

Cambios, continuidades y resignificaciones en las prácticas agrícolas del sector norte del Valle Calchaquí.

Licenciada Gimena Alé Marinangeli
Directora Dra. María Cecilia Páez
Directora Dra. Bernarda Zubrzycki

Facultad de Ciencias Naturales y Museo
Universidad Nacional de La Plata
2022



A la lucha campesina e indígena y a quienes, espero, esta tesis les represente un apropiado aporte académico. Con todo mi respeto y compromiso.

A la Dra. María Cecilia Páez, por hacerlo posible.

A las personas máspreciadas de mi vida, que se fueron y llegaron a este plano durante el desarrollo de la tesis: mi mamá, Cloty y mi hijo, Román. A papá Gualter y mi compañero, Darío, desde el más profundo amor y gratitud.



AGRADECIMIENTOS

En el trayecto de realización de esta investigación han colaborado y participado muchas personas e instituciones, y otras han sido sostenes emocionales fundamentales. Nada hubiese sido posible sin la urdimbre que conforma este tejido.

En principio, agradezco a la población del departamento de Cachi, en especial a todas aquellas personas que confiaron en nuestro trabajo y participaron en las distintas instancias de construcción de conocimiento. A quienes me recibieron en su casa y permitieron entrar en su intimidad, con quienes compartimos momentos y reflexiones, y aquellas con las que construimos lazos de amistad y cariño que trascienden la distancia. Gracias a las autoridades del Museo Antropológico de Salta y el Museo Pío Pablo Díaz de Cachi; Fernanda, Alfredo, Ernesto y funcionarios de la Secretaría de Agricultura Familiar de Salta por su colaboración y hospitalidad, las personas del municipio de Cachi y Payogasta que nos han recibido, referentes de comunidades diaguitas kalchakíes de la zona, a Eva y María de la Biblioteca Municipal de Cachi, Milagro e Isidro Liquín y familia. Gracias por la paciencia y por todo lo compartido que, en parte, se expresa en los resultados de esta tesis.

A mis directoras de tesis y aquellos profesionales que se tomaron el tiempo de evaluar los planes para postularme a becas (Alfredo, Roberto, Ramón, Patricia y Guillermo, en distintas oportunidades), por su tiempo y dedicación. A la Dra. María Cecilia Páez por su energía dedicada a mi formación en investigación, por guiarme y acompañarme en este camino y comprender las distintas situaciones personales. Por su amistad y paciencia en estos más de diez años reflexionando sobre la responsabilidad ética y política de la profesión, y nutriéndome como persona. Celebro su compromiso y admiro su dedicación, profesionalismo y generosidad como directora de equipo, exigiéndonos a ser críticos y generando un clima de trabajo ameno y colaborativo sin abusar del verticalismo que conducir un grupo a veces conlleva. A la Dra. Bernarda Zubrzycki por acompañarnos en la dirección, sus aportes en el trabajo antropológico y el seguimiento y corrección de esta tesis. A Guillermo Banzato, co-director de beca, por sus reflexiones que nutrieron el plan de trabajo. A mis compañeros de equipo del *Laboratorio 103* presentes y pasados, con quienes compartimos saberes y experiencias, disfrutamos las campañas y han colaborado en forma desinteresada y generosa en las caminatas y en el desarrollo, desgrabación y análisis de entrevistas. En particular, a Euge y Yami por presentarme, Pablo y

Andrés por su colaboración con materiales y cuestiones técnicas, y su grata convivencia en el Anexo. A Andrés en particular agradezco la ayuda con la edición de las imágenes y compartir algunas de su autoría. Y a Nacho, Laura, Sara y Agus por las entrevistas y reflexiones conjuntas.

A la Educación pública y gratuita por cobijarme todos estos años de formación profesional. A la Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo y la División de Arqueología, y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Al CONICET por financiar parte del desarrollo de este trabajo mediante una beca de finalización doctoral, así como los proyectos marco de este trabajo dirigidos por la Dra. María Cecilia Páez, junto a otras instituciones como la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, y la Universidad Nacional de La Plata. A mi directora, la docencia y familia que también contribuyeron al financiamiento de la investigación. A la antropología, esa “ciencia de la autodeterminación ontológica del mundo de las personas y que por lo tanto, es una ciencia política en el sentido más completo” (Viveiros de Castro, 2003, p. 18).

A mi familia de origen: mamá, Cloti, y papá, Gualter, que acompañaron y apoyaron cada elección que hice, pese a no entender demasiado de que se trataba o incluso a veces no estando de acuerdo. Gracias por incentivar me a lograr mis metas, por llevarme y ayudarme en las previas de las campañas, estar siempre cerca y para todo en la vida en forma incondicional. Y a mi hermano Gerónimo que también ha nutrido el recorrido para llegar hasta acá, y aguantado y apoyado mis elecciones, viajes, ausencias. A mi tía Susana y abuela Mabel que siempre han estado, alentaron a seguir pese a no contar con una beca desde el inicio y apoyaron con entusiasmo cada uno de los viajes. A mis tíos Ale y Xavi con los que compartimos tantas reflexiones y me ayudaron a matenar mientras cerraba el manuscrito, así como la elección de las imágenes y detalles de la presentación. A Ale un párrafo especial porque fue quien me sembró la inquietud respecto a la elección de la carrera, mucho de lo que fui construyendo tiene que ver con su presencia y compartir constante, gracias. A Darío, mi amor y compañero que tanta paciencia y aliento me ha dado para que desarrolle y finalmente termine la tesis. Gracias también por el asesoramiento como profesional agrónomo en la interpretación de algunas prácticas, realización de imágenes, logística de campañas, etc. Su apoyo incondicional, compañerismo y sostén emocional aun en los momentos más complicados fueron indispensables en todo momento. A nuestro pequeño Román, por bancarse estar tanto tiempo sentado sus nueve meses de gestación y compartirme con la computadora estos primeros meses de vida. Los amo profundamente bellos “de Migueles” y amo la familia que formamos. A mi suegra Angélica, madrina Mirtha, sobrinos/as (Alejo, Juan Pedro, Eva, Emilia, Salvador y Genaro), cuñadas y concuñado (Marianela, Luciana, Cecilia, Sofía y Pedro), son todo lo que está bien en esta vida, e

indispensables en esta gran familia que formamos. Este puñado de gente son el motor que le da sentido a todo. Gracias por interesarse en mi trabajo, por su paciencia y comprensión ante las ausencias y energía volcada a esta investigación. A Luciana de Miguel por su trabajo desinteresado en el diseño de la presentación de la tesis y Cecilia Zunino por la ayuda con la traducción del resumen. A Eva Arjona, hermosa poeta y amiga cacheña por crear y compartir sus coplas para este trabajo.

A mis amigos/as de la secundaria, donde comenzaron las inquietudes profesionales. A mis amigas de la vida que también bancaron este proceso, comprendieron actitudes y tensiones aun sin saber que me ocupaba tanto tiempo y aceptando que siempre estaba “estudiando”. Sobre todo a Mer y Ceci, que no pude estar para despedir y acompañar, respectivamente. A los/as amigos que me dio la carrera: Juan, Nico, Yami, Vani, Tatum, Sergio, Sofi, Euge y Lau, a quienes admiro como colegas además de querer profundamente. Gracias por sus aportes, compañía, aliento, disposición para colaborar y por sembrar también ideas y acciones a esta mujer y antropóloga en constante construcción y deconstrucción. A Elisa y Xiomara por sus sugerencias en la edición de la tesis. A mis compañeros/as de trabajo docente y directivas, mi prima Marina, estudiantes de estos años y todas aquellas personas que de una u otra manera me han acompañado en este trayecto, ya sea asesorando, dando permisos, interesándose y alentando a concretar este tan ansiado trabajo.

ÍNDICE

RESUMEN	9
ABSTRACT	11
INTRODUCCIÓN	13

PARTE I. CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

Capítulo 1. Las prácticas agrícolas en los Andes. Entramado de las configuraciones actuales y perspectivas de análisis.....	20
1.1. La agricultura en el contexto andino	22
1.2. Prácticas agrícolas en el Noroeste argentino	45
1.3. Las particularidades del Valle Calchaquí Norte en el Noroeste argentino	53
Capítulo 2: Consideraciones metodológicas	63
2.1. Abordaje metodológico.....	64
2.2. Delimitación espacial y temporal del objeto de estudio.....	72
Capítulo 3: El departamento de Cachi (Salta) en el Valle Calchaquí Norte.....	74
3.1. Características geográficas, ecológicas y agroeconómicas del Valle Calchaquí Norte	75
3.2. El Departamento de Cachi en los Valles Calchaquíes.....	79
3.3. Características socioeconómicas de la población	80

PARTE II ANTECEDENTES DE LA INVESTIGACIÓN

Capítulo 4: La historicidad de las prácticas agrícolas del Valle Calchaquí Norte.	88
4.1. Desarrollo histórico regional	89
4.1.1. Población prehispánica del Valle. Dinámicas territoriales y socioculturales. Organización de las prácticas agrícolas, tipos de cultivos.....	89
4.1.2. Las prácticas agrícolas en el registro arqueológico prehispánico	92
4.1.3 Las poblaciones indígenas del Valle tras la conquista española	95
4.2 Configuración de las grandes haciendas y estancias. Organización de las prácticas agrarias, relaciones sociales y destinos de la producción. El Mercado como principal destino de la producción en estas unidades productivas	98

PARTE III DESARROLLO DE LA TESIS

Capítulo 5: Configuración del territorio en Cachi y construcciones de territorialidad	102
5.1. Procesos que intervinieron en la configuración actual del territorio	103
5.2. Disposiciones a partir del nuevo marco legal del año 2006.....	111

5.3. Conflictos inherentes a la configuración del territorio	118
Capítulo 6: Formas de tenencia y uso del espacio productivo.....	125
6.1. Configuración actual del espacio productivo. Características de las Explotaciones Agropecuarias	126
6.2. Organización y uso de la tierra. Formas de tenencia. Formas jurídicas de tenencia de la tierra: Propiedad privada, contratos de arriendos y medierías	134
6.3. Sujetos y prácticas productivas. Adscripciones identitarias en relación a las actividades agrícolas	145
Capítulo 7: Sistemas hídricos y uso del agua de riego. Complejidades actuales en torno a su regulación, acceso, limitaciones. Dinámicas comunales y lazos recíprocos en el uso de agua	151
7.1 Infraestructura de riego en Cachi.....	152
7.2. Regulación y distribución del agua de riego	156
Capítulo 8: Tipos de cultivos del departamento de Cachi y sus representaciones.....	171
8.1. Los cultivos del departamento de Cachi en el siglo XX	172
8.2. Distribución geográfica	180
8.3. Cultivos para autoconsumo y comercialización	182
8.4. Representaciones de los principales cultivos mencionados	186
8.5. Representaciones de cultivos introducidos con fines comerciales.....	190
Capítulo 9: Trabajo con la tierra. Prácticas, saberes y representaciones en las actividades agrícolas	196
9.1. Labranza de la tierra: preparación de la tierra en los espacios de cultivo. Saberes y prácticas ancestrales y modernas en la actividad agrícola actual	197
9.2. Organización de las prácticas agrícolas: dinámicas sociales en la huerta, en el rastrojo y cuidado de los animales	218
Capítulo 10: Circulación de la producción agrícola en el mercado. Características de la comercialización, dinámicas mercantiles, actores e instituciones.....	235
10.1. Momentos de intensificación de la producción de renta de los AFCel en Cachi	236
10.2. Canales de comercialización de los cultivos principales en la actualidad.....	243
10.3. Actividades productivas en auge: vid y turismo.....	256
Capítulo 11: “Darse la vuelta”. Dinámicas de intercambio. Características de los trueques y cambios, préstamos y convidos en la actualidad.....	264
11.1. El valor de los intercambios en la actualidad	265
11.2. La dinámica de los intercambios en Cachi	267
Capítulo 12: Ritualidad y representaciones de las prácticas agrícolas. La creencia en la Pachamama y su relación con el ciclo agrícola	284
12.1. Las instancias rituales de agosto y el ciclo agrícola.....	291

12.2. Dinámicas de los rituales y eventos conmemorativos del ciclo agrícola en la actualidad	297
CONSIDERACIONES FINALES	304
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	313



RESUMEN

Esta tesis doctoral presenta los resultados de un trabajo etnográfico que tiene como objetivo abordar las características que adquiere la organización agrícola actual de un sector de la población del departamento de Cachi, en los Valles Calchaquíes salteños. En particular, se centra en la configuración de aquellos saberes y prácticas desarrollados en la agricultura tanto de autoconsumo como de renta de un segmento de población que comprende a los Agricultores Familiares Campesinos e Indígenas [AFCeI]. Esta denominación, corresponde a una categoría surgida en el campo que refiere a la identificación de una diversidad de personas con respecto a su actividad agrícola en pequeña o mediana escala. Es decir, comprende tanto a aquellos interlocutores que se autoperceben como *pequeños productores*, *productores familiares* o *agricultores familiares*, *agricultores indígenas* –en relación a términos *emic*-, así como a los *campesinos*, como en principio se configuró a dicho sector poblacional desde el marco teórico de la investigación. La adopción de esta denominación, proveniente del Estado pero apropiada y resignificada por los interlocutores, ha sido una de las decisiones teórico-metodológicas que orientaron el desarrollo de la investigación. En este sentido, se procuró que el conocimiento se construya a partir de una instancia conjunta de co-teorización en el campo con los interlocutores, y un diálogo con la academia, entendiendo la teoría y práctica de manera enlazada e inseparables. Desde este marco, como estrategias metodológicas se desarrollaron entrevistas y observaciones en el campo, realizadas en las localidades de Cachi y Payogasta, y parajes rurales del departamento de Cachi, provincia de Salta, entre los años 2014 a 2019.

El área de estudio, enmarcada en el espacio andino, comparte una matriz sociocultural que tiene varios puntos de contacto así como particularidades respecto a otras trayectorias de las actividades agrarias de los sujetos de la zona, que se presentan imbricadas en el tejido sociocultural de estas poblaciones andinas. En particular, el foco está puesto en ciertos procesos que se fueron sucediendo en la organización de la agricultura a partir de las intromisiones modernas ocurridas en el siglo XX. Este recorte se debe a las posibilidades de análisis que permite el registro de la memoria oral de nuestros interlocutores. Asimismo, también se han registrado prácticas de raíces prehispánicas que continúan en el presente, aun con las diversas alteraciones, cambios y resignificaciones que han atravesado en su devenir histórico. En este punto, nos interesó indagar en cómo se resuelven estas configuraciones

complejas y las características que adquieren dichas articulaciones en la organización agrícola actual.

El concepto de *ch'ixi*, como espacio intermedio e indeterminado que se conforma por la imbricación de entidades yuxtapuestas (Rivera Cusicanqui, 2010, 2018), ha sido una herramienta central de análisis para comprender estas configuraciones heterogéneas. Este enfoque ha permitido identificar cómo estos elementos modernos e indígenas se expresan de manera diferencial en los espacios que están en mayor o menor medida interceptados por el mercado, en lugar de concebir síntesis o hibridaciones indiferenciadas de los mismos. Así, pudimos identificar que si bien las dinámicas capitalistas son preponderantes y se intensifican cada vez más en múltiples aspectos de la organización agrícola de los AFCel cacheños, hay dinámicas de organización comunales que, aun condicionadas, limitadas, alteradas o resignificadas, están presentes en la matriz sociocultural y se activan de diferentes formas en lo cotidiano. En este sentido, el devenir de estos elementos en las presentes articulaciones complejas se conciben en cuanto a formas de resistencia vigentes pese a los embates de distintas intromisiones de lógicas capitalistas en la región.



ABSTRACT

This doctoral thesis presents the results of an ethnographic work that aims to address the characteristics acquired by the current agricultural organization of a specific sector of the population that is settled in the department of Cachi, in the Valles Calchaquíes of Salta. It focuses, particularly, on the configuration of the developed knowing and practicing of the agriculture _both for self-consumption and earnings_ of a segment of this population comprising the Peasant and Indigenous Family Farmers [AFCel]. This denomination corresponds to a category that emerged in the field of study and refers to the identification of a diversity of people in regard to their small or medium-scale agricultural activity. In other words, it includes both those interlocutors who perceive themselves as small producers, family producers or family farmers, indigenous farmers -in relation to *emic* terms-, as well as peasants, since this sector of the population was initially configured from the theoretical framework of the research. The adoption of this term, coming from the State but later appropriated and re-signified by the interlocutors, has been one of the theoretical-methodological decisions that guided the development of this research. From this point of view, it was sought that knowledge should be built from a conjunct instance of co-theorization in the field of work together with the interlocutors, and in mutual dialogue with the academy, understanding that theory and practice are linked and inseparable forms. Within this framework, methodological strategies, interviews, and field observations were carried out in the towns of Cachi and Payogasta, and rural areas of the department of Cachi, in Salta province, between 2014 and 2019.

The study area, framed in the Andean area, shares a sociocultural model that has several points of contact as well as the singularities related to other trajectories of the agricultural activities of the people within the area, that are imbricated in the sociocultural fabric of these Andean populations. In particular, the focus is placed on certain processes that have taken place in the organization of agriculture since the modern irruptions that occurred in the 20th century. This approach enables the possibilities of analysis that allow the recording of the oral memory of our interlocutors. Practices with pre-Hispanic roots have also been recorded and still continue in the present as well, in spite of various alterations, changes, and resignifications they have gone through in their historical development. At this point, we are

interested in researching how these complex configurations are solved and, the characteristics that these articulations acquire in the current agricultural organization.



INTRODUCCIÓN

La investigación que se presenta en esta tesis se enmarca en los trabajos que se vienen desarrollando desde hace más de diez años en el departamento de Cachi (Salta, Argentina), bajo la dirección de la Dra. María Cecilia Páez en la División de Arqueología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP. Las motivaciones iniciales al sumarme al equipo en el año 2011, rondaban en torno a conocer las prácticas de las comunidades indígenas y su vinculación con las tareas arqueológicas efectuadas en el área. Así, comenzaron los primeros acercamientos al campo, impulsados por lograr una mayor articulación entre el estudio del pasado y el presente de las comunidades agrícolas del Valle, en un contexto de co-producción de conocimiento con la población local.

Atendiendo a lo anterior, en las primeras aproximaciones etnográficas, uno de los aspectos que más llamó nuestra atención se relacionaba con la importancia de las actividades agrarias –agricultura, cría y pastoreo de animales- en la cotidianeidad de los pobladores, tanto en lo que respecta a la dinámica de organización diaria como a las relaciones interpersonales involucradas. A la par de esto también nos detuvimos en el arraigo de ciertas prácticas de matriz indígena, que a partir de la orientación arqueológica de parte del equipo de trabajo, se pudieron vincular con aquellas formas de organización que primaron en el pasado mediato, con el cual gran parte de la población mantenía lazos de identidad. Las formas de manejo de la tierra y la construcción de territorialidad, la administración del agua de riego y los saberes y prácticas relacionados con la agricultura representaron nuestros primeros puntos de observación, al igual que la vigencia de las relaciones de cooperación y los vínculos recíprocos, los honores a la Pachamama, o la importancia de los aspectos simbólicos y rituales en las actividades de siembra y cosecha.

Asimismo, en la medida en que fuimos transitando esta área del Valle, nos sentimos interpelados por otros actores que, en distinto grado y en diferentes oportunidades, también formaban parte del paisaje social. Tal es el caso del mercado en sus diferentes formas, como el turismo, la emergencia de los cultivos de renta o el rol del Estado en la configuración del presente agrario. Identificados estos diferentes sujetos y actividades, y a partir de una visión muy fragmentada de la realidad, como es propio de los inicios de toda investigación, la inquietud más evidente empezó a girar entonces acerca de cómo estos elementos se relacionaban, imbricaban e interpelaban en la configuración del presente agrícola de Cachi. Para ello partimos de identificar un componente indígena que forma parte de un pasado

impregnado en la identidad de los pobladores, a la par de un impacto progresivo de las lógicas mercantiles, que con mayor o menor prevalencia dependiendo del contexto, se han intensificado en la última centuria.

En este contexto se posiciona nuestra investigación, que tiene como objetivo principal analizar cómo los distintos avatares modernos han interactuado con funcionamientos más locales vinculados a prácticas indígenas, y qué correlatos e implicancias tienen estas articulaciones en la organización de la agricultura de un sector de la población de Cachi, que comprende a los Agricultores Familiares Campesinos e Indígenas –en adelante AFCel-.

Estas complejas coexistencias y articulaciones han sido analizadas para otras regiones del área andina, algunas de ellas más interceptadas por lógicas capitalistas y afectadas por la globalización, y otras donde las prácticas indígenas están más presentes. Esta heterogeneidad es constitutiva de las sociedades andinas, que comparten asimismo cierta matriz sociocultural cuyas configuraciones -aun con procesos diferenciales-, han ido integrando elementos divergentes en su devenir (Izko, 1986).

Dentro de este marco general, para el Noroeste argentino [NOA] se encuentra bibliografía en este sentido asociada a diversas dinámicas locales afectadas en forma diferencial por el mercado, de acuerdo a las zonas, actividades, etc. Por ejemplo, hay trabajos que se concentran en las estrategias de complementariedad a través de los intercambios mediante el trueque, así como otras prácticas vinculadas a los impactos de la inserción de la población al mercado laboral de la región, los procesos de modernización agrícola e intensificación de la producción. En este sentido, abordan cuestiones como la especialización productiva que conlleva una profundización de la actividad comercial agrícola, así como un uso más intensivo de la tierra y mayor empleo de agroquímicos, entre otros correlatos en la organización familiar como la pluriactividad o la migración. Para los Valles Calchaquíos salteños, las investigaciones se han centrado en gran medida en las características e impactos de los procesos de modernización agropecuaria asociados a la vid para vinificar, y la intensificación de la actividad turística hacia fines del siglo XX y comienzos del XXI.

De esta manera, si bien algunas de estas articulaciones han sido analizadas para el área, el aporte de esta investigación radica en una comprensión de estos procesos apelando no sólo a las coyunturas actuales sino también a su componente histórico.

En relación al área de estudio, se enmarca dentro del espacio andino del NOA, en los Valles Calchaquíos salteños. Allí, de acuerdo al último censo disponible, un 59% de la población reside en el ámbito rural (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos [INDEC], 2010) y se dedica en mayor medida a la agricultura bajo riego y la cría y pastoreo de ganado ovino y caprino como complemento de sus actividades productivas (Arqueros, 2007; Cieza, 2010; Frere, 2004;

Manzanal, 1987, 1995; Pais, 2011; Teves, 2005, 2011). El proceso de conformación del espacio rural en estos Valles tiene profundas raíces históricas, desde la ocupación indígena prehispánica del área hasta la conformación de las haciendas en el siglo XVII y XVIII, los que serán retomados en distintos pasajes de la tesis en virtud de comprender las formas de organización actual.

En virtud de lo anterior, se definieron un conjunto de objetivos específicos secundarios a partir de los cuales abordar el interés primario de investigación, que contemplan:

1. Analizar las formas de tenencia de la tierra y las relaciones que se establecen a partir de su uso entre los productores agrarios de Cachi, contextualizando su configuración en tanto proceso histórico.
2. Comprender las dinámicas de uso del agua de riego y los actores que intervienen en su regulación, analizar la persistencia en el uso de tecnologías indígenas y su articulación con los requerimientos del Estado. Evaluar las tensiones y disputas en torno al acceso al agua.
3. Indagar las características de los saberes, representaciones, formas de labranza y organización agrícola, teniendo en cuenta el rol que desempeñan las prácticas rituales en las sociedades andinas actuales y las interacciones con otras prácticas presente entre sus aspectos constitutivos.
4. Analizar el vínculo de los agricultores familiares campesinos e indígenas con organismos e instituciones del Estado, y la influencia que ejerce en su organización productiva y mercantil.
5. Explorar la forma en que el dinero y el mercado se articulan con las políticas de trueque, reciprocidad y redistribución dentro de la estructura económica local y regional, analizando el funcionamiento de cada uno de estos mecanismos dentro de la estructura social, y los nuevos actores resultantes.
6. Dilucidar las redes de circulación de la producción agrícola y las características de los intercambios y las relaciones sociales que están involucradas, teniendo en cuenta las lógicas subyacentes que intervienen en las mismas.

Cabe aclarar que el planteamiento de los objetivos y plan de tesis, así como la investigación misma, han sido resultado de un proceso en el que se han revisado puntos de vista, marcos conceptuales, delimitaciones espacio-temporales, en función de la dialéctica del vínculo entre teoría y práctica que requiere el proceso de investigación. Asimismo, su abordaje ha requerido el interjuego entre diferentes enfoques disciplinares como la agronomía, geografía, arqueología e historia, lo que ha permitido enriquecer sustancialmente nuestro abordaje metodológico.

Por otro lado, hay tres aspectos que es importante retomar antes de comenzar con nuestra propuesta de trabajo. Uno de ellos se relaciona con la categoría analítica que

constituye el eje de la propuesta –AFCel-, que responde a una autodenominación de diversos sectores del país que han participado en la gestación y están representados en forma integral en el respeto hacia su diversidad en la Ley N° 27.118 de Reparación Histórica de la Agricultura Familiar, constituida en 2014. La adopción de esta amplia denominación, pretende respetar las distintas identificaciones con las que las personas refieren a su actividad agrícola, con la que el Pueblo Diaguita también acuerda. No obstante, de ningún modo se intenta reducir y agotar en ellas las diversas autoadscripciones identitarias de las personas del departamento, que son situadas, cambiantes y tienen que ver tanto con el lugar de origen y el proceso sociohistórico y cultural de la zona, así como las actividades realizadas, que generan identidades colectivas que los representan.

Por otro lado, en relación al recorte temporal de la investigación también se han tomado decisiones para acotar la extensión del trabajo y hacerlo factible, de acuerdo a ciertas coyunturas clave para la agricultura de la zona. En este sentido, si bien los procesos que se proponen analizar tienen su anclaje histórico en prácticas que se desarrollan con la modernidad en América, se ha optado por establecer como límite el período contemplado desde la década de 1940 a la actualidad. Dicha delimitación tiene que ver, por un lado, con los alcances del trabajo a partir de la memoria oral de los interlocutores, así como con una coyuntura histórica en el área donde suceden importantes transformaciones en el ámbito socioproductivo. En dichas transformaciones, el Estado y el mercado han tenido una importante injerencia en las prácticas agrícolas, profundizando lógicas modernas en la configuración de actividades y relaciones entre los sujetos, aun con la vigencia de las formas de organización indígenas.

Espacialmente, si bien la delimitación corresponde a la totalidad del departamento de Cachi, se ha recorrido en mayor medida las principales localidades y parajes de la jurisdicción, los que serán presentados con detalle en el apartado metodológico.

Estructura de la tesis

El tratamiento de los objetivos se concentra en ocho capítulos de análisis que representan una selección posible que ha resultado más conveniente a fin de facilitar la organización de los principales núcleos interpretativos. De esta manera, la tesis presenta una parte inicial que comprende las perspectivas de análisis y decisiones metodológicas, abordados en los capítulos uno y dos respectivamente; y una caracterización del área de estudio. El primero de ellos se plantea a partir del desarrollo de etnografías consultadas para el área andina, que procuran presentar los aspectos centrales para el análisis de los elementos indígenas, y su relación con las lógicas organizativas modernas. Asimismo, en este devenir se

abordarán las herramientas conceptuales que aportarán al desarrollo de la tesis, que corresponden a enfoques teóricos vinculados con las problemáticas latinoamericanas. Por otro lado, en el capítulo dos destinado a la metodología, se explicitarán el recorte temporal y espacial de la investigación, así como la denominación elegida para referir a los sujetos que comprenden la unidad de análisis, y las decisiones técnicas y prácticas que orientaron el trabajo de campo. Además, esta primera parte incluye la caracterización del área de estudio - centrada en aspectos geográficos, ecológicos y agroeconómicos del Valle-, así como cuestiones poblacionales y socioeconómicas del departamento de Cachi, abordadas en el capítulo tres.

A continuación, en la segunda parte se presentan los antecedentes de la investigación con el desarrollo histórico de las prácticas agrícolas en el departamento de Cachi en el capítulo cuatro, tal que nos permita una comprensión más acabada de los factores que contribuyeron a configurar la actual configuración, objeto de la tesis.

En la siguiente parte se agrupan los principales procesos de elaboración y análisis, titulados como desarrollo de la tesis, que se presentan entre los capítulos cinco y doce. Así, en el capítulo cinco se analiza la configuración actual del territorio en Cachi y los procesos que intervinieron en su conformación, con los conflictos inherentes al mismo y las disposiciones a partir del nuevo marco legal del año 2006. En vinculación a lo anterior, en el capítulo seis se aborda la distribución y uso del espacio productivo en el departamento, mediante las formas de acceso a la tierra y las diferentes relaciones y construcciones de territorialidad que se establecen a partir de las formas de tenencia. En este sentido, se contemplan tanto categorías jurídicas y ordenamientos empleados por el estado, como las adscripciones identitarias que construyen los sujetos en relación a las prácticas agrícolas que realizan. En el capítulo siete, por su parte, se aborda la comprensión de las dinámicas de acceso, uso y distribución del agua de riego y los actores que intervienen en su regulación, así como la coexistencia y las diferentes maneras en las que se resuelven las tensiones entre las distintas lógicas de uso.

Por otro lado, en el capítulo ocho se profundiza en el análisis de las prácticas agrícolas a partir del desarrollo de los diferentes tipos de cultivos que se producen en Cachi en la actualidad. Para este desarrollo, se contempla tanto su distribución geográfica así como el devenir de los mismos a partir del siglo XX, a partir de su diferenciación en cultivos de autoconsumo y comerciales, y las representaciones inherentes a los mismos. En vinculación con lo anterior, en el capítulo nueve se abordan las prácticas y saberes que conlleva el trabajo con la tierra para obtener dichos cultivos, atendiendo a las dinámicas de organización y formas de labranza, los ciclos, rotación y técnicas de cultivo, entre otros aspectos relacionados con la labor agrícola. Una vez obtenida su cosecha, los capítulos diez y once se enfocan en la circulación de los productos agrícolas, en los que se combinan e interactúan distintas lógicas

que han sido separadas para su desarrollo en dos capítulos –sólo con fines analíticos, porque en lo cotidiano se presentan muchas veces imbricadas, como tantos otros aspectos que se han abordado así-. De esta manera, mientras el primero da cuenta de la comercialización de los cultivos de renta regido por las pautas que impone el mercado en mayor medida; el capítulo once profundiza en las dinámicas de intercambio donde la reciprocidad constituye un aspecto central en dinámicas locales como la del trueque. Por último se trata un aspecto que se vincula en forma transversal con los capítulos anteriores, dado que presenta cuestiones rituales y representaciones en torno a la actividad agrícola, como la creencia en la Pachamama y su vinculación con el inicio del ciclo agrícola, las prácticas desarrolladas en el mes de agosto, entre otras.

Por último, se integran los resultados y se plantean las consideraciones finales de la investigación, poniendo el acento en los diferentes puntos de confluencia y tensión que acontecen en la configuración del espacio agrícola de Cachi.

PARTE I. CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

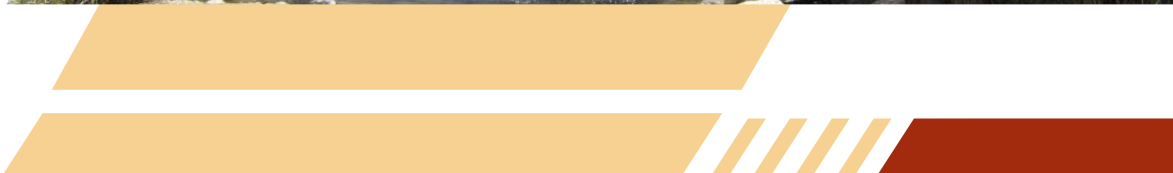


CAPITULO 1

Las prácticas agrícolas en los Andes. Entramado de las configuraciones actuales y perspectivas de análisis.

*Con sus permisos señores
Mis coplas voy a cantar
Espero que sean de su agrado
Y que puedan disfrutar*

Eva Arjona, coplera de Cachi



El proceso de modernización una vez iniciada la conquista y colonización española ha socavado en gran medida diversos funcionamientos inherentes a los colectivos indígenas en el espacio andino. Sin embargo, este proceso no arrasó con lógicas previas sino que se puso en interacción con las formas locales y durante años se han ido configurando y reconfigurando saberes y prácticas en contextos dinámicos y cambiantes, en los que diversas variables y complejidades socioculturales han ido aportando a este entretejido. Desde este marco, se comprende lo *andino* no sólo como el extenso territorio que cubre la parte occidental de América del Sur¹ (con una gran diversidad de condiciones ambientales y procesos socioculturales, históricos, organizados en distintos Estados, etc.), sino también como una identidad regional en relación a organizaciones socioculturales que presentan ciertos aspectos comunes, tanto en la historia pre-colonial como en el presente (Lumbreras, 1969; Murra, 1975 [1972]). Es decir que las referencias a lo andino no responden exclusivamente a una cuestión orográfica, sino a determinadas características sociohistóricas, prácticas, representaciones y rasgos culturales compartidos, que configuran ciertas organizaciones de elementos a partir de una raíz prehispánica, en relación con otros urbano-occidentales (Izko, 1986), configurando una visión dinámica que conjuga lo originario con el devenir histórico de las sociedades (Salazar Lohman, 2010). Así,

Si se considera “lo andino” como una categoría que aísla lo que se encuentra en el devenir, entonces descubrir las expresiones culturales propiamente “andinas”, resulta ser una vacua petición de principio. Por el contrario, si se acepta que en el decurso de la historia, en la interacción social y en la construcción múltiple de la “lógica cultural” se configuran, variando o siendo recurrentes, éstos u otros patrones cosmovisivos, entonces se superan nociones andinas tales como las de “simbiosis” o “sincretismo” cultural, y se asume que la totalidad de una sociedad compleja expresa multiplicidades que se rehacen, se destruyen y renacen (Lozada Pereyra, 2001, p.8).

De esta manera, las configuraciones actuales son producto de esos complejos procesos de interacción históricos, que toman forma en determinadas coyunturas en los que se ponen en relación múltiples factores. Esta forma de expresión de ningún modo relativiza el impacto y la violencia de la irrupción española en los pueblos indígenas andinos y sus consecuencias, así como los efectos del capitalismo y globalización posteriores, sino más bien por el contrario, visibiliza los procesos de resistencia que han efectuado y la relevancia de aspectos de su

¹ Lumbreras (1969) clasifica como áreas de co-tradición la septentrional, central y meridional, comprendiendo esta última el sur Peruano, Bolivia, Centro y Norte de Chile y NOA.

cosmología en la actualidad. Asimismo, en el presente, representantes del avance global de la moderna cultura occidental como los gobiernos de los Estado Nación y medios de comunicación, así como procesos de urbanización, migración, mestizaje, entre otros; contribuyen tanto a la desarticulación como a nuevas formas de reivindicación étnica. Estos factores complejizan aún más las dinámicas actuales, en las que coexisten tradiciones étnico-culturales en paralelo a la moderna racionalidad técnico-económica (Mansilla, 2002).

En este sentido, es necesario reconocer tanto diversos saberes y experiencias que componen formas de ser en y entender el mundo (Blaser y de la Cadena, 2009; de Sousa Santos, 2006; Escobar, 2015, 2016), así como trascender incluso la existencia de un único mundo con diversas representaciones o cosmovisiones de él para pensar que “...existen múltiples mundos y que la alteridad es una función de la existencia de estos mundos” (Tola, 2016, p. 132). Desde este marco, la noción de naturaleza es central para comprender estos mundos y el sentido que adquieren las prácticas con la tierra, el cultivo y crianza de distintos seres, entre otras prácticas productivas. Así, existen diversas perspectivas latinoamericanas que centran sus análisis en la multiplicidad de relaciones entre naturaleza y cultura (Blaser, 2009; Blaser y de la Cadena, 2009; Blaser y Escobar, 2016; de Sousa Santos, 2006; Descolá y Pons, 2012; Descolá, 2016; Escobar, 2011; Gudynas, 2015; Viveiros de Castro, 2013). Estos enfoques conciben la articulación dicotómica naturaleza-cultura moderna que se ha ido consolidando desde el colonialismo, como una forma más de entendimiento del mundo entre otras posibles (Blaser, 2009; de Sousa Santos, 2006; Escobar, 2015, 2016). En este sentido, posicionar al mundo moderno como “...un mundo entre muchos otros mundos” (Escobar 2015, p. 97), adquiere una dimensión política que, además, implica trascender la ocupación física de los territorios para pensarlos como ocupaciones ontológicas en la que pueden emerger conflictos producto del contacto, y de las propias transformaciones de las grupalidades (ibid).

1.1. La agricultura en el contexto andino

En el contexto mencionado, se va a puntualizar en la tesis en la ruralidad y producción agrícola, por lo que es necesario tener en cuenta el sentido que se les otorga, en relación a las dimensiones de las configuraciones actuales de la organización de la agricultura que se van a poner en relación. De acuerdo con Ringuelet, Rey y Cacivio (2018), lo *agrario* está vinculado a un significado productivo que incluye las relaciones sociales y adjetiva la actividad, mientras que lo *rural* es más abarcativo e incluye el contexto socioterritorial diverso que rodea la producción agraria, configurado por los sistemas políticos, jurídicos, formas asociativas, distintas configuraciones culturales, etc. Es decir, lo rural se superpone con lo agrario, pero

además incluye significados demográficos (en relación a la densidad poblacional de los asentamientos rurales, por ejemplo), y geográficos, en cuanto a las regiones o territorios donde las personas desarrollan la producción agraria en forma principal (Ringuelet, 2011). En esta diferenciación, lo *agrícola* tiene más que ver con un significado tecnológico, específico del funcionamiento productivo agrario (ibid; Ringuelet et al., 2018), entre otras producciones posibles –ganadera, apícola, florícola, etc.-. Mientras por *producción*, se concibe en esta tesis lo referente a las actividades agrícolas y ganaderas del área, teniendo en cuenta que la tecnología andina involucra no sólo dimensiones empíricas y económicas sino también simbólicas o religiosas (Van Kessel y Condori Cruz, 1992). Así, en cada ciclo productivo están imbricadas la cosmovisión, religiosidad, ecología, economía (Merlino, 1981), y los rituales de producción que siempre acompañan dichas actividades, dado que

Así como los rituales de producción son inseparables de las técnicas, la economía es inseparable de la representación y percepción del medio en que se desarrolla la vida; lo que permite producir, vivir y establecer con él una relación de continuidad a través del intercambio (Bugallo, 2014, pp. 311-312).

Como se mencionó al inicio, en los análisis de las configuraciones actuales de la producción agrícola que se propone analizar, es frecuente encontrar la puesta en relación de elementos que provienen de dos lógicas predominantes distintas, en base principalmente a la presencia de lo individual frente a lo colectivo de las prácticas, el destino de la producción y los distintos grados de atravesamiento del mercado en las dinámicas agrícolas. En estas intersecciones se enmarcan diversos procesos presentes en las etnografías andinas vinculadas a la agricultura, por lo que requieren un abordaje más profundo. En gran parte de la bibliografía recuperada para analizar este abordaje, los autores refieren con frecuencia al concepto de *comunidades andinas* que, aun reconociendo la heterogeneidad y dinamismo de las distintas organizaciones socioculturales, resulta operativo para analizar las interacciones y articulaciones de lógicas familiares, comunales y supracomunitarias (Izko, 1986), aún “...aunque los mecanismos tradicionales de acceso a los recursos económicos estén completamente individualizados y existan diferencias socio-económicas acusadas” (Lehmann 1982, como se citó en Izko, 1986, p. 61). Asimismo, remite a componentes políticos en tanto determinados tipos de organización, e incluye además a grupos indígenas como campesinos en los entramados de relaciones con las sociedades que los engloban (Salazar Lohman, 2010). En este sentido, Isla (2002) vincula las identidades diferenciadas y múltiples significados asociados a comunidad que se han propiciado en relación, entre otros actores y procesos, del devenir

regional de las historias coloniales y las leyes e instituciones de los estados nacionales de los que forman parte. Así, refiere para Amaicha del Valle, en los Valles Calchaquíes argentinos que

...la *comunidad*, pronto descubrí, no es sólo una forma sociológica de pensar la organización de la gente rural en los Valles, sino que constituye para los actores una identidad cultural y a veces étnica de referenciarse al *sí mismo*: “ser comunero” es una fuerte marca que delimita el adentro y el afuera. Ser parte o ser foráneo es un elemento constitutivo de la identidad en aquellos parajes en donde se usó el término *comunidad* para una serie de reclamos dominiales, documentados por lo menos desde el XVIII (Isla, 2002, p. 9).

Mientras que otros trabajos, se refieren a las *comunidades campesinas andinas*, a las que también haremos referencia para enmarcar la investigación. Las mismas, entendidas en tanto forma de organización social de la producción, tienen características propias que se reflejan en el uso de los recursos, las formas de organizar el trabajo y una especial relación con la tierra y los cultivos, que les otorga una identidad particular, aunque también son permeables a las lógicas capitalistas modernas, que toman forma dentro del contexto de cada sociedad (Hocsman, 2003a, 2003b, 2012; Kroeber, 1948; Mayer, 2004a). En estas organizaciones los aspectos reproductivos en sus distintas dimensiones -biológico, económico, político, social e ideológico-, se presentan de manera indisociada e imbricada dentro del entramado social (de la Cadena, 1986), condicionando las formas de interacción tanto al interior del grupo, así como los lazos con el exterior.

En los estudios que tomamos como referencia, se expresa cómo estas comunidades andinas reproducen sus partes –unidades domésticas, familias extensas, *ayllus* (Alberti y Mayer, 1974; de la Cadena et al., 2018; de la Cadena, 2020; Golte y de la Cadena, 1986), etc.- como conjuntos dinámicos que están insertos en economías regionales y vinculados al mercado nacional y mundial, en los que participan de forma parcial (Golte y de la Cadena, 1986). Esta reproducción se produce al combinar productos provenientes del mercado en el proceso productivo, que se obtienen mediante la venta de la cosecha o de la fuerza de trabajo; con elementos que están presentes a nivel comunal y familiar (Blum, 1994; Golte y de la Cadena, 1986). Es decir que insumos como insecticidas y algunas herramientas se obtienen del mercado, así como ciertos instrumentos y alimentos que no puedan ser provistos por la labranza directa o el intercambio entre los integrantes de la comunidad. Mientras que el acceso a la tierra suele darse por herencia familiar o colectiva, así como algunos instrumentos de trabajo, las semillas y los animales de tracción a los que se puede acceder también a cambio

de la fuerza trabajo o de especies, y no necesariamente mediante el dinero. Por lo tanto, para la producción de bienes de cambio destinados al mercado es necesaria la confluencia de elementos de la organización comunal que ya existían previo a esta forma de intercambio, como la producción de bienes de uso y el intercambio no monetario de bienes y servicios (Golte y de la Cadena, 1986). Esta situación es referida para dar cuenta de cómo se sostiene en algunos lugares la mercantilización de la producción aun cuando no es eficiente, dado que la remuneración no alcanza a cubrir los gastos implicados en su proceso (Golte, 1987; Golte y de la Cadena, 1986). Es decir que las equivalencias estimadas en la formación de precios, no siempre corresponden a los costos de producción en las comunidades, por lo que si no hubiera un sistema de intercambio con equivalencias propias a nivel regional preexistente a la intromisión del mercado general en los Andes, la reproducción de la economía local no sería posible en dicha esfera (Golte y de la Cadena, 1986; Golte, 1987). En este marco, actividades como las desarrolladas en Quinchés por ejemplo –próximo a Lima, Perú-, en relación al desarrollo de la actividad ganadera orientada a la comercialización de carne, queso y cueros; no serían posibles sin el sustento de la producción de cultivos agrícolas para consumo e intercambio cotidiano. La familia es quien se encarga de afrontar ambas actividades y la organización del trabajo que conlleva esta dinámica productiva en la que se trabaja para el consumo y para la renta (Mossbrucker, 1990).

Estas dinámicas de organización del proceso productivo agrario, se asocian a varios ciclos de producción diversificados, y requieren por lo tanto una optimización de la fuerza de trabajo y la necesidad de cooperación de tareas para poder desarrollarlo. Una de las formas de cooperación que existe desde hace siglos es la gestión comunal de los pastos naturales y el manejo de rebaños en relación a la rotación de pastoreo, así como la que se desarrolla entre las participaciones recíprocas de actividades ganaderas y agrícolas para asegurar la reproducción, adquiriendo una racionalidad propia (Golte y de la Cadena, 1986). Asimismo, cada familia suele tener sus parcelas agrícolas en diferentes momentos de su ciclo de actividad, producto de la rotación de cultivos, o estar en fase de descanso, contribuyendo a la fertilidad de las tierras y alternancia de la mano de obra familiar. En esa instancia casi siempre la familia realiza actividades de pastoreo en las zonas más altas, como complemento de la agricultura (Grillo y Rengifo, 1990). En este proceso de trabajo, muchas veces los grupos de parientes o vecinos se ayudan por ejemplo en la cosecha de terrenos cercanos y así amplían el espacio orientado al pastoreo posterior, en el que asimismo se turnan para su cuidado, repartiendo la dedicación al trabajo de pastoreo de los animales (de la Cadena, 1986). También, las familias suelen participar de manera coordinada en la producción de los distintos

grupos de parientes ubicados en distintas zonas ecológicas, e incluso la migración de algunos de los miembros de la familia, ya sea para tener acceso a productos de otra región u obtener ingresos monetarios por empleos asalariados, está integrada a estas dinámicas de trabajo colectivo (Grillo y Rengifo, 1990). Estas formas de cooperación están presentes también en los intercambios de dinero, productos o trabajo en los momentos de mayor demanda, así como en instancias de ceremonias colectivas en la limpieza de las acequias o los festejos familiares y comunales al menos una vez al año, en los que todos sus integrantes aportan (de la Cadena, 1986; Golte, 1987).

Estas prácticas y dinámicas de organización de las actividades productivas han sido ampliamente desarrolladas en los estudios andinos, por lo que es necesario puntualizar algunas cuestiones que luego se trabajarán en los capítulos. En esta área, el acceso a los recursos productivos ha estado mediado por estas formas comunales donde la *cooperación*, *reciprocidad* y *complementariedad* son instituciones de gran relevancia que, aunque afectadas por el impacto de la penetración capitalista, no han desaparecido (Alberti y Mayer, 1974; de la Cadena, 1986; Matos Mar, 1976). Así, sobre la base de la complementariedad, Murra (1975 [1972]) ha planteado el acceso mediante el control directo vertical de una familia o una comunidad sobre los distintos pisos ecológicos, así como también se han explicitado otras estrategias en la bibliografía como los viajes de intercambio con los que se obtienen recursos complementarios (Molina Otárola, 2011; Salazar Lohman, 2010). En la actualidad, estas estrategias y mecanismos deben pensarse en relación a todas las actividades que se realizan (Golte, 1987). Entre ellas, el *trueque* por ejemplo, continua vigente en tanto intercambio no monetario de bienes (Alberti y Mayer, 1974; Anderlini y Sabourian, 1998; Ferraro, 2004; García et al., 2002; Mayer, 2004b), que al constituir una esfera separada de la del dinero, permite acceder a bienes que la familia no puede producir, teniendo un mayor control frente a la escasez monetaria y las variaciones del mercado (Alberti y Mayer, 1974; Mayer, 2004b). Esta esfera de intercambios, motivada por la posibilidad de sostener un sistema de relaciones que aseguren el abastecimiento de bienes (Golte y de la Cadena, 1986), permite acceder a productos de distintos pisos ecológicos, así como fortalecer redes de organización social y posibilitar un mayor control de la economía local para no depender en forma exclusiva del mercado (Hocsman, 2010). Asimismo, la mayoría de estos intercambios se realizan para el autoabastecimiento, y las equivalencias de los productos son establecidas por quienes intercambian, siendo variables en tiempo y espacio (Alberti y Mayer, 1974). En este sentido, el trueque consiste en un tipo de relación que se activa y actualiza cada vez y no una institución como por ejemplo la complementariedad, que se manifiesta a través del trueque (Burchard,

1974 como se citó en González y Bergesio, 2016). Sin embargo, aunque “las redes de trueque organizan el espacio regional en forma diferente y mueven a personas y bienes por canales y caminos diferentes a la organización del espacio dominado por espacios urbanos y sus sistemas mercantiles” (Mayer, 2004b, p. 67), y sigue siendo central para la organización socioeconómica andina (Alberti y Mayer, 1974); en la actualidad se entrecruzan varios elementos, como el uso del dinero en los intercambios (Barabas, 2006; Ferraro, 2004).

De todas maneras, como se ha referido, en estos mecanismos prevalecen relaciones de reciprocidad directa, en tanto elemento fundamental en la circulación de bienes y servicios de sociedades andinas, basada en un sistema sociocultural que le da sustento y significado (Alberti y Mayer, 1974). Si bien ha sufrido modificaciones, esta

...modalidad no mercantil de intercambio de bienes, servicios y símbolos, se realiza en el seno de un sistema de relaciones personales. Estos procesos de intercambio favorecen la cohesión del grupo social, a través del fortalecimiento de las redes sociales, creando un fuerte sentido de pertenencia al grupo (Geffroy komadina et al., 2002, p. 15).

En este sentido, hay estudios para otras áreas que analizan las nuevas dimensiones que adquieren las prácticas de intercambios recíprocos, que han sido reformuladas y resignificadas en sociedades atravesadas por procesos de diferenciación, conflictos y contradicciones a raíz de su inserción en el capitalismo. Así, Gordillo (1994) estudia para grupos indígenas del oeste de Formosa, como se ha visto alterado el compartir y las modalidades de distribución de alimentos en función de estas relaciones sociales diferenciales, aunque la reciprocidad siga siendo el principal mecanismo inhibitorio de dicha diferenciación. Cabe destacar, asimismo, que las formas de intercambios recíprocos han sido abordadas desde distintas perspectivas disciplinarias que trascienden el espacio andino, de las que se pueden señalar ciertos elementos en común. Uno de ellos es el acuerdo implícito entre dar y devolver, más allá de la voluntad de establecer el intercambio y el tiempo inmediato o diferido que medie entre ellos. En este sentido, Mauss (1980 [1925]) es el referente clásico que caracteriza al intercambio recíproco como “hecho social total”, que excede lo estrictamente económico e involucra toda la estructura social, y está regido por las obligaciones de dar, recibir y devolver. En este punto, más allá de lo que motoriza a sostener esas relaciones donde se da y devuelve y las razones de realizar el intercambio, son concebidas como un tipo de transacción que “...produce y reproduce las relaciones de cooperación mutua, de parentesco, de amistad y con lo sagrado” (Barabas, 2006, p. 150). Asimismo, Balazote (2007) puntualiza otras ideas

recurrentes presentes en la bibliografía de los vínculos recíprocarios, entre ellas la universalidad de su presencia en distintas sociedades, la ambigüedad respecto a las cantidades, plazos, mecanismos de contraprestación, etc. que configuran dicho vínculo, así como la invisibilización de los conflictos y desigualdades. En este sentido, se ha advertido respecto a su uso extendido para referir a muchas situaciones sociales, en las que "...“reciprocidad”, “don”, “intercambio”, son formas, que pueden estar presentes en diferentes situaciones sociales, sean igualitarias, sean “tributarias” o redistributivas”” (Abduca, 2007, p. 120), sobredimensionando su capacidad explicativa (Balazote, 2007).

De esta manera, en la tesis se analizarán estos vínculos en su especificidad, en el marco del área andina, donde estos aspectos como la reciprocidad, complementariedad y cooperación adquieren gran notoriedad en las lógicas colectivas que se vienen mencionando. Entre ellas, la cooperación es otro de los elementos centrales en la organización colectiva del trabajo, tanto para acceder a los recursos como para afrontar las limitaciones que presentan la mecanización productiva y la dispersión parcelaria (Alberti y Mayer, 1974; Golte, 1980; Gonzales de Olarte, 1984). Una de las formas en que se ha mencionado este sustento en las actividades de cooperación, es la mantención de la capacidad de trabajo durante el año articulando distintos ciclos productivos (Golte, 1987), a fin de optimizar la mano de obra por la cooperación entre familias (Salazar Lohman, 2010).

Además de la lógica colectiva en el proceso productivo, los contextos de organización de la agricultura andinos también se caracterizan por un orden reproductivo que se presenta imbricado en cuanto sus planos ideológico, político, económico y biológico. Asimismo, los conocimientos, herramientas y otros aspectos tecnológicos también se comprenden en esta organización social andina que las regula, donde la comunidad, el grupo de parientes y la familia son las principales instituciones coordinadoras (de la Cadena, 1986). De esta manera,

Así, las interacciones en la comunidad no pertenece únicamente a la esfera de interacción creada por las equivalencias establecidas en el mercado general, sino que también participan de otra esfera de interacciones que se basa en un sistema de equivalencias, cuya naturaleza difiere de la del mercado general. Las dos esferas de interacción están lejos de ser autónomas, pues, en realidad ambas coexisten en una estructura única (Golte y de la Cadena, 1986, p. 6).

Esta organización no implica la ausencia de asimetrías y desigualdades, pero el grupo de parientes es central en la cooperación, dado que otorga acceso tanto a los bienes productivos como a una red de relaciones de prestaciones. Así, el trabajo forma parte de uno

de los derechos y obligaciones que implica dicha relación, con el compromiso de retribuirlo cuando se solicite, o pagar con dinero lo convenido. Entre quienes tienen posiciones económicas distintas, la obligación de quien tiene más recursos pasa por apadrinar al hijo de quien le presta servicio (de la Cadena, 1986). Es notorio que el dinero, aunque sea usado como medio para obtener trabajo, no reemplaza estas formas y además, debe acompañarse de actividades como el ofrecimiento de coca y comida en retribución a las prestaciones. Es decir que, aun con la intromisión mercantil estos mecanismos siguen funcionando en forma yuxtapuesta muchas veces, a pesar de las asimetrías económicas que genera la inserción diferencial en la mercantilización de cultivos y ganado de las distintas familias (ibid). Asimismo, la retribución del trabajo con dinero no significa necesariamente una relación salarial en las comunidades andinas (de la Cadena, 1986), dado que muchas veces se paga con productos o con el intercambio de prestaciones (ibid; Golte, 1987).

Estas interrelaciones entre las esferas de mercado y de equivalencias han sido interpretadas por los autores mencionados en función de una co-determinación de la organización social andina. En este marco, ambas racionalidades diversas, superpuestas, muchas veces interdependientes, y a veces opuestas, coexisten en un conjunto o estructura única donde es posible una amplia gama de situaciones que deben contemplarse para entender la dinámica de la organización productiva y de intercambio en la región andina. Este abordaje no es dualista ni mucho menos unilineal, sino que concibe la incorporación de diversas variantes modernas al proceso dinámico de trabajo andino durante el tiempo, caracterizado por la organización comunal subyacente y la cooperación como base de las relaciones. Es decir que la mecanización, individualización en el proceso productivo, la acumulación de capital, entre otras instituciones que se derivan del mercado, se pueden analizar como una entidad que penetra una estructura de producción y reproducción social previa y se pone en interacción con esta esfera en la que las instituciones andinas participan asimismo parcialmente en la otra (de la Cadena, 1986; Golte y de la Cadena, 1986). En esta interacción, además de transformarse y alterarse, se ocultan características adhiriéndose una a la otra, por lo que es necesario para el análisis “descubrir detrás de los efectos producidos por el mercado monetarizado el sustento “andino” y, viceversa, detrás de lo “andino” hurgar elementos mercantiles” (de la Cadena, 1986, p. 32). En este sentido, es pertinente pensar estas lógicas desde el concepto de *ch'ixi* que propone Silvia Rivera Cusicanqui (2010a, 2018) como metáfora para describir e interpretar la compleja heterogeneidad constitutiva de las sociedades andinas, superando enfoques historicistas y binaristas. La potencia de esta conceptualización, radica en que lo *ch'ixi* articula fragmentaciones conformadas por dos cosas

a la vez, portando contradicciones que no buscan síntesis en una entidad indeterminada. Dicho espacio intermedio o zona de incertidumbre entonces, está compuesto por articulaciones de identidades antagónicas en las que se yuxtaponen, se imbrican pero no se funden y mezclan entre sí creando una unidad homogénea, sino que conforma algo que es y no es a la vez, un gris heterogéneo, una mezcla abigarrada entre el blanco y el negro, contrarios entre sí y a la vez complementarios (Rivera Cusicanqui, 2010a). Es decir que antagonizan o se complementan confundándose para la percepción, pero sin nunca mezclarse del todo (Rivera Cusicanqui, 2018). Así,

...el significado de la palabra *ch'ixi* simplemente designa en aymara a un tipo de tonalidad gris. Se trata de un color que por efecto de la distancia se ve gris, pero al acercarnos nos percatamos de que está hecho de puntos de color puro y agónico: manchas blancas y negras entreveradas. (Rivera Cusicanqui, 2018, p. 79)

En lo cotidiano de estas comunidades, al estar tan articuladas estas lógicas, actúan como un conjunto dinámico en el que la distinción entre economía de mercado y de subsistencia, por ejemplo, sólo tiene sentido con fines analíticos. Así, la racionalidad que predomina en las sociedades andinas es la optimización de recursos basado en la producción y reproducción de las unidades domésticas, donde la cooperación e interacción con otras unidades es esencial. Deben incluirse en estas unidades tanto al pueblo donde residen las comunidades, como otros pueblos con los que puede haber relaciones de intercambio, por ejemplo, así como también ámbitos urbanos donde se dan los intercambios comerciales (Mossbrucker, 1990). En este sentido, Rabey, Merlino y González (1986) en su propuesta de análisis consideran un patrón andino de articulación en sus formas intraétnica, interétnica y con el núcleo de la sociedad compleja, en relación a las formas en las que fluyen aspectos materiales y energéticos, así como la información. Este sistema al que abonan para el sur de los Andes Centrales –NOA, sudoeste de Bolivia y porción andina de Antofagasta en Chile-, se compone de esferas interrelacionadas –no separadas ni antagónicas-, caracterizadas en términos de lo “tradicional” y lo “moderno” (ibid).

Asimismo, hay autores que aluden al predominio en la actualidad de economías campesinas caracterizadas por la pequeña escala y organización familiar productora y consumidora a la vez de sus productos, vinculadas en distintas formas y grados al mercado (Mayer, 2004a, 2004b). El mercado en estas economías, no constituye un fenómeno periférico a la organización de la unidad doméstica sino que estas se relacionan con el mundo exterior al menos por tres esferas de intercambio. En primer lugar, las unidades domésticas se vinculan

entre sí e intercambian bienes y servicios; y también producen para el mercado, que opera con dinero penetrando en las estructuras internas de la unidad; y además hay una tercera esfera intermedia entre los márgenes del mercado y el de las relaciones sociales (ibid). Así, “...encuentro que la rígida demarcación entre mercado y no-mercado a la larga ha resultado poco útil, más bien, debemos reconocer que las esferas de intercambio constituyen un continuo, y lo que deberíamos observar es cómo interactúan entre sí” (Mayer, 2004b, p. 53). Si bien el autor señala que la producción para el autoconsumo y para el mercado adquieren modos de intercambio diferenciados en cada esfera o espacio donde circula, cuestiona la idea de que sólo se destina a la venta el excedente de la producción, una vez cubiertas las necesidades de autoconsumo. De esta manera,

Sugiero que un modelo más realista debe considerar dos sectores al interior de la unidad campesina. Uno está orientado al mercado (para la plata) y el otro es un sector interno que se ocupa de las necesidades de consumo de la familia-casa (para el gasto). Los dos sectores son interdependientes y se subsidian mutuamente, pero también pueden desgastarse y agotarse en acciones de retroalimentación negativa (Mayer, 2004b, p. 58).

Por otro lado, si bien hay coincidencias en que las actividades agrarias conforman la base económica del modo de vida andino, hay posturas que abonan por una gran desestructuración a partir de la intromisión de la lógica mercantil (Golte, 1987), iniciada por ejemplo en la sierra andina a partir de la institucionalización de la hacienda. En este espacio, además de readecuar los ciclos productivos agrarios² a las exigencias del mercado y buscar la maximización de ingresos por venta, se paga una renta monetaria o servicios personales a cambio de la fuerza de trabajo de las comunidades, alterando el esquema de relaciones de cooperación en la producción por el asalaramiento (Golte, 1987). Esta lógica introducida desestructura y reemplaza la lógica de trabajar para vivir, produciendo valores de uso, por la lógica de vivir para trabajar y producir valores de cambio (mercancías) en la institución del mercado (ibid).

² Por lo general, las sociedades andinas conciben un tiempo cíclico y no lineal (Merlino, 1981), asociado al espacio, donde se construyen las experiencias en el habitar (Manga Qespi, 1994). Así, expresiones como *es tiempo de granos*, dan cuenta de “...una sucesión de vivencias asociadas a la predominancia de cierto tipo de cultivos, y este tiempo se compone de diversidad de escenas, vividas por humanos, naturaleza y deidades, vinculadas a la siembra, cultivo, y consumo de granos” (Guilcamaigua y Chancusig, 2008, p. 10). Estas dimensiones espacio temporales están imbricadas en el concepto andino de pacha y sus eventos se encuentran “...entrelazados y marcados por el caminar cíclico del sol en un lapso conocido como año. Cada año, asocia e integra a una diversidad de acontecimientos climáticos, agrícolas, ganaderos, astronómicos, festivos, rituales y organizativos que se manifiestan en una secuencia de sucesos eslabonados” (Guilcamaigua y Chancusig, 2008, p. 8). Asimismo, estos ciclos están acompañados por momentos ceremoniales marcando un calendario agrofestivo. El ciclo ritual agrario difiere según las actividades estén ligadas al pastoreo puro, donde las tareas acompañan la ciclicidad de vida de los animales; mientras las actividades agrícolas y agrícolas combinadas con el pastoreo, tienen un ritmo discontinuo con etapas más activas alternadas con otras pasivas (Merlino, 1981). Así, “El calendario agrícola tiene ritmos cotidianos, como también estructuras agronómicas, económicas, rituales e ideológicas. Cada actividad tiene su época, sus ceremonias asociadas, y su manera íntima y familiar de hacerlo” (Mayer, 2004).

En el contexto mencionado con anterioridad, se destacan consecuencias que se intensifican durante la época republicana. Entre ellas, el aumento en la privatización de tierras abocadas al monocultivo de productos de renta y la expansión de las haciendas, disminuyendo el acceso a los recursos y el consecuente incremento de la producción campesina orientada al mercado (ibid). En épocas más recientes, se han registrado procesos similares de intensificación del capitalismo en distintas áreas andinas. Estas dinámicas suelen estar asociadas a la intromisión de nuevos cultivos orientados a las demandas del mercado, e innovaciones tecnológicas que impactan junto a otros factores, en la organización de la producción agrícola.

De esta manera, es posible identificar dos momentos de gran influjo de lógicas derivadas del capitalismo mercantil, a mediados del siglo XX y a partir de la década del 1970, cuando el neoliberalismo se hace presente en la región y se desarrolla con mayor énfasis aún hacia fines de siglo. Asimismo, estos cambios han estado acompañados de aumentos de flujos en la comunicación y el transporte a través del incremento en obras de infraestructura, promoviendo una mayor integración regional (Matos Mar, 1976). Estos procesos se pueden rastrear para diversas áreas andinas, donde el mercado articula sectores y regiones muy desparejas, adquiriendo diversos matices y particularidades.

Por un lado, en el área andina correspondiente al territorio peruano hay diversidad de situaciones que han sido ampliamente abordadas desde los estudios etnográficos, en relación a las características socioproductivas de las comunidades campesinas. Por un lado, en las haciendas de la costa peruana, es notoria la presencia de un proceso temprano de modernización que comenzó a fines del siglo XIX en las haciendas con cultivos intensivos de azúcar y algodón (Collin- Delavaud, 1976; Matos Mar, 1976). Estas actividades están asociadas al reclutamiento de mano de obra asalariada estacional proveniente de distintas zonas, alterando su actividad económica (Matos Mar, 1976). El proceso se ha acelerado a partir de 1940 en su conjunto, dada la adopción de tecnología moderna en la agricultura, una amplia mecanización y utilización de fertilizantes, así como insecticidas y herbicidas. Esta tecnificación, asimismo, repercute en los sistemas y decisiones productivas que impactan también en las estructuras sociales (Collin- Delavaud, 1976). Por otro lado, estos momentos de intensificación hacia mediados de siglo y luego a partir de 1970 con mayor profundidad, son visibles también en el área serrana a partir de la especialización productiva para la renta. Allí, este proceso se suma a las transformaciones provenientes del ingreso monetario a partir del empleo asalariado, alteraciones en la distribución de la organización agrícola en relación a cultivos de autoconsumo y comerciales, entre otras dinámicas que se ponen en relación.

Asimismo, hay sectores donde es más visible la profundización de prácticas mercantiles en la actualidad, como el Valle de Colca en vinculación con el turismo y la diversificación de actividades productivas, que alteran las dinámicas locales de organización agrícola. Sin embargo, la estructura productiva se sustenta en actividades agrícolas bajo riego y el pastoreo, cuyas principales transformaciones respecto a la organización ancestral local tienen que ver con las formas en las que se produce, la tecnología utilizada y la comunicación, así como el destino de los bienes (Robles Mendoza, 2010).

Uno de los casos para graficar estos procesos, sucede en la comunidad Huayopampa del valle alto del río Chancay (Lima), en la zona serrana central de Perú, dando cuenta del proceso de profundización de las prácticas mercantiles con el cultivo de la fruta comercial a comienzos de la década de 1950 (Fuenzalida et al., 1967). Hasta entonces, la vinculación con el mercado regional en esta área se establecía a partir de la venta de cultivos tradicionales como maíz, papa, oca, maswa y cebada, de los que obtenían reducidos ingresos. Otros ingresos para complementar su economía provenían del empleo como mano de obra temporal en haciendas de la costa. Asimismo, si bien hubo otros procesos generadores de cambio como la apertura de la ruta en 1940 y la intensificación de la tenencia de la propiedad privada de la tierra que actuaba debilitando la integración comunal, la introducción de los frutales produjo consecuencias casi inmediatas en distintas escalas. Entre ellas, los autores dan cuenta de la obtención de elevados ingresos con su cultivo en parcelas pequeñas, y la consolidación de la privatización de la tenencia concentrada en las tierras irrigadas de la parte baja dedicadas al cultivo del frutal, no así en tierras de secano orientadas a los cultivos tradicionales y de pastos. A nivel productivo, se produce una especialización en función de las necesidades del mercado y se introducen nuevas tecnologías. Además, aunque disminuyeron las migraciones laborales a las haciendas costeras, la población orientó su residencia hacia esta parte baja e intensificó los vínculos con la costa en lugar de la sierra. Sin embargo, estas y otras transformaciones a nivel sociocultural ocurren sin grandes deterioros ni conflictos en la estructura comunal sino, por el contrario, postulan que se vio fortalecida porque ya existía una predisposición a la innovación, dando cuenta de varios procesos en el tiempo de transformaciones productivas y comerciales. Es decir que

...la “modernización” del frutal es sólo notable por su magnitud y su espectacularidad, pero que la comunidad ha estado siempre en proceso de modernización. Que la promotora de esta modernización ha sido constantemente la comunidad, aunque los estímulos hayan procedido desde el exterior y las respuestas hayan debido

conformarse a las limitaciones de su propia condición interna y de su relación con el resto de la sociedad nacional (Fuenzalida et al., 1967, p. 5).

En este sentido, dan cuenta de varias presiones a partir del siglo XVI y luego con el Estado nacional para integrar la comunidad a la economía de mercado, acrecentando las exigencias monetarias en el tributo, así como intensificaciones a nivel productivo, de la propiedad privada, los contactos con la costa y búsqueda de soluciones individuales ante el debilitamiento de la estructura comunal a principios de siglo XX (ibid). En la organización agrícola, este nuevo cultivo propició el uso de prácticas como la implementación de variedades híbridas, abonos químicos, insecticidas y maquinarias, así como el intenso contacto con las ciudades y otros rasgos socioculturales, de servicios e infraestructura que dan cuenta de una gran injerencia de la modernidad. Sin embargo, a pesar de estar inserta y participar plenamente de la economía de mercado nacional, la comunidad está muy integrada y mantiene bastante autonomía, conservando también sus fiestas que dan cuenta de la dinámica comunal (ibid).

En términos generales, la economía tradicional comunal basada casi en forma exclusiva en la producción agrícola y ganadera de subsistencia, con un importante sistema de rotación en el ciclo anual y manejo de riego, se ha ido modificando conforme a la mayor vinculación a la economía capitalista (Matos Mar, 1976). La integración de la economía campesina a la de mercado es cada vez mayor en la zona de sierras peruanas, con intercambios mucho más fluidos que en la década de 1940 y la intromisión de nuevas pautas de consumo de bienes urbanos (Figueroa, 1989). Asimismo, si bien el trabajo asalariado ya existía, la proporción de la entrada monetaria dentro del ingreso campesino total en las últimas décadas se ha incrementado (ibid). Además, se introducen nuevos cultivos comerciales y se especializa la producción en hortalizas y frutales, en detrimento de los cultivos ligados a la autosubsistencia (Caballero, 1981), se estimula la ganadería a gran escala para abastecer a los mercados, y se alteran intercambios como el trueque frente a mecanismos inherentes de la economía monetaria (Matos Mar, 1976). Es decir que, si bien no son procesos nuevos ni exclusivos de esta área, la penetración de dinámicas capitalistas ocurre en forma más acelerada, produciendo y reproduciendo la diferenciación campesina y tomando ciertas características ligadas a su expansión en el país (Caballero, 1981). En este contexto, la transformación económica que opera en las comunidades consiste en

...adicionar a su tradicional agricultura de subsistencia otra de carácter comercial, con el consiguiente cambio de cultivos, la alteración en la rotación de las tierras agrícolas,

una incipiente mecanización agrícola, algunos intentos de industrialización y el trastorno de los sistemas de trabajo comunal, lo que a la postre da lugar a una notable diferenciación socioeconómica en su seno (Matos Mar, 1976, p. 206).

En este sentido, la economía mercantil interviene tanto en el mercado de productos agrícolas y manufacturados, como en el trabajo y sector financiero, a través de la utilización del crédito bancario, teniendo cada vez más prioridad los ingresos monetarios (Caballero, 1981, p. 335). El autor remarca en este sentido, que

...la penetración mercantil no se reduce a la incorporación de los campesinos a un mercado "que les viene de fuera". Otro aspecto es la mercantilización de las relaciones tradicionalmente no mercantiles, o sea la interiorización del mercado. El intercambio directo de productos se convierte en transacciones monetarias ajustadas a los precios del mercado, y en los trueques que persisten, la relación de precios implícita tiende a regirse cada vez más por su relación en el mercado monetario. Desde el punto de vista de la diferenciación campesina, lo más importante es la interiorización del mercado de trabajo. La posibilidad de adquirir dinero a fuerza de trabajo, que antes sólo podía obtenerse mediante la reciprocidad y, simétricamente, la de retribuir en forma monetaria obligaciones que antes sólo podían satisfacerse con trabajo personal, abren una ancha vía a la diferenciación. El intercambio recíproco de servicios va cediendo paso a la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía, no sólo fuera sino también dentro de la comunidad o aldea campesina. Aquél, sin embargo, no desaparece por completo; y mientras muchas relaciones que aparecen envueltas en un mundo de reciprocidad tienen como contenido esencial la compra-venta de fuerza de trabajo, otras de apariencia salarial descansan, inversamente, en la reciprocidad. Frecuentemente, la distinción es muy difícil (Caballero, 1981, p. 336).

Este proceso de diferenciación, que toma un gran impulso a partir de 1950 y 1960 (Caballero, 1984) tiene que ver con los distintos grados de capitalización que adquieren los productores en la comunidad, y la asimetría que genera en el acceso a posiciones de poder y prestigio, condiciones de comercialización, entre otros factores que alteran las dinámicas comunales (Caballero, 1981) e intensifican el proceso de transformación de las comunidades (Matos Mar, 1976). Se constituye a partir del conjunto de la propiedad privada familiar en sus distintos tamaños, relaciones salariales, inversión de los excedentes de la actividad e ingresos extraprediales (de la Cadena, 1986).

El proceso de modernización y desarrollo de la zona sur de Perú se aceleró a partir de la década de 1970 –sin políticas agrarias que lo regulen-, y se difundió en gran parte del campesinado andino (Blum, 1994), quedando este sector profundamente incorporado al mercado (Caballero, 1984). En este marco adquieren notoriedad el impulso del uso de pesticidas, la aplicación de fertilizantes, el estímulo de sembrar semillas híbridas para cultivos comerciales, y el uso de tractor donde sea factible, intensificando así la producción. Estos cambios técnicos respecto a otros, se caracterizan porque ninguno de los factores mencionados puede ser reproducido y provisto por la misma economía campesina, sino que tienen que ser comprados recurriendo al mercado (Blum, 1994). Asimismo, estas prácticas conllevan la intensificación del uso de la tierra ante la limitante de tierras de cultivo, alterando el sistema de rotación y descanso del suelo frente a la adopción de insumos provenientes del mercado para fertilizar el suelo, alterando por lo tanto también la organización comunitaria con un proceso más individualizado (Caballero, 1981).

Sin embargo, esta adopción de insumos modernos como el uso de fertilizantes y pesticidas se enmarca en las labores de la familia campesina como principal unidad de producción y consumo, basada en actividades agrícolas y ganaderas con una tecnología tradicional en gran medida (Figueroa, 1989). Los principales cultivos como maíz y papa, así como otros tubérculos, raíces y granos que complementan el sistema productivo, se producen en gran parte para autoconsumo (Blum, 1994; Trivelli y Smith, 1997) respecto a una parte que se comercializa de los cultivos para obtener dinero y cubrir otras necesidades de consumo (Blum, 1994; Caballero, 1983; Mayer y Glave, 1999). En la región serrana de Antapampa, cercana al Cusco hacia el sur de Perú, un 70% en promedio de los principales cultivos como papa, maíz, trigo, cebada y habas que se producen en un 60% de la tierra, se orientan al autoconsumo familiar (Gonzales de Olarte, 1994). De todas formas, estos cultivos principales también son los más comercializados, junto a otros que se producen para la venta (Caballero, 1981). Asimismo, de la proporción productiva que se destina al intercambio, es mayor el monetario al que se da por trueque, aunque estos aspectos varían de acuerdo a la propiedad de la tierra de las familias, los recursos y organización de las mismas en las relaciones de producción, entre otros factores (Gonzales de Olarte, 1986). En cuanto a las formas de trabajo asalariado fuera de la comunidad, si bien representan la mitad de la fuerza de trabajo empleada fuera de la familia (ibid), las relaciones de producción familiares y la organización comunal del trabajo son, mayoritariamente, quienes permiten la continuidad del sistema productivo (de la Cadena, 1986; Golte y de la Cadena, 1986; Gonzales de Olarte, 1986).

Es decir que, si bien no hay duda que la racionalidad del mercado ha penetrado profundamente el área andina (Caballero, 1984) y se han debilitado formas de acción comunal (Matos Mar, 1976), existe una interdependencia en estas zonas entre la producción de subsistencia y mercantilizada (Mayer, 2004b), donde la organización comunal actúa limitando la dependencia mercantil (Gonzales de Olarte, 1994). En este sentido, Matos Mar (1976) destaca que el comportamiento del campesino en el mercado se diferencia respecto a otros sectores por su capacidad de atender en gran parte a sus requerimientos de subsistencia sin pasar por el mercado, así como contar con la cooperación necesaria para reproducirse. En la misma dirección, Caballero (1984) propone concebir la "...relación entre campesinado y capitalismo como un proceso dinámico y conflictivo de *destrucción*, pero también de *recreación*, del campesinado" (ibid, p. 28), dado que esta economía no puede ser reemplazada por una meramente capitalista. Estas dinámicas asimismo, abonan al análisis de la co-determinación de la organización social andina propuesto por Golte y de la Cadena (1986).

Por otro lado, hay regiones en el área andina peruana donde la estructura productiva continúa siendo similar a la desarrollada desde hace seis siglos, dado que las transformaciones ocasionadas por la modernización no han tenido gran impacto ni llegaron a desestructurar prácticas ancestrales (Robles Mendoza, 2010, 2019). Así, en el Valle de Colca (departamento de Arequipa, Perú), se diferencia una organización dual donde el espacio se diferencia por su uso especializado, siendo el intermedio y bajo orientado a la agricultura, mientras el alto de puna se dedica al pastoreo de ganado (Robles Mendoza, 2019). Las transformaciones en este contexto se relacionan en forma principal con formas de producción, tecnológicas, de comunicación y destino de los bienes en general (Robles Mendoza, 2010). La organización de la producción, si bien se enmarca como economía campesina, está inserta en una economía capitalista en la que se desarrollan actividades asalariadas que disminuyen cierta atención a las prácticas agrícolas, el turismo, nuevas demandas y orientaciones de los cultivos, entre otras (Sánchez, 2017).

De esta manera, las principales actividades en el área han sido la agricultura bajo riego y el pastoreo (Robles Mendoza, 2019). La organización y gestión de los recursos hídricos ha sido siempre muy relevante para el desarrollo de los cultivos, dadas las características geográficas y climáticas del Valle (Robles Mendoza, 2010, 2017; Sánchez, 2017). En la actualidad, el riego sigue siendo por gravedad y se gestiona mediante las comisiones de regantes, y se ha modernizado sólo en algunos aspectos como el revestimiento de los canales, haciendo más eficiente la capacidad de riego y requiriendo por lo tanto, menos trabajo colectivo en su mantenimiento (Robles Mendoza, 2019). En este sentido, si bien no se han

producido grandes cambios en la organización social del riego ni consecuencias en los rituales dedicados al agua y continúa vigente su sacralidad, el autor estima que las modificaciones en la cultura tradicional de riego se irán profundizando al ritmo del mejoramiento de la infraestructura (ibid).

Asimismo, los cultivos que se producen son los que han podido adaptarse a estas características de escasez de agua y fuertes heladas y sequías (Sánchez, 2017). Estos cultivos como maíz, haba, mote, cancha, quinoa, han estado en forma histórica dedicados en gran parte para autoconsumo, aunque también se producían excedentes orientados al tributo, y en la actualidad para el mercado capitalista (Robles Mendoza, 2010). La comercialización se da en mercados cercanos, o se vende a los acopiadores que recorren la zona. La quinoa ha sido un cultivo de autoconsumo que dado el auge internacional que ha tenido hace pocos años, se produce para la venta al mercado nacional y también extranjero, obteniendo un precio de venta hasta cinco veces mayor que otros productos agrícolas (Sánchez, 2017). Por otro lado, la tecnología que se utiliza para la labranza alterna entre lo tradicional y lo moderno, de acuerdo a las características del terreno (Robles Mendoza, 2019). Además, hay otros factores que intervienen en las decisiones

En algunas campañas agrícolas, los costos altos de abonos e insecticidas, sumados a los costos del alquiler de yuntas de bueyes o de tractores para los terrenos planos y semiplanos, supera a los precios de la comercialización. Por esta razón, el campesino medio y con escasas tierras de cultivo prefiere sembrar sólo lo que necesita para el consumo familiar. Estas dificultades afectan también a los criaderos de ganado ovino y de camélidos sudamericanos de los pueblos del alto Colca. Tanto a los agricultores como a los ganaderos les afectan los vaivenes de precios. Hasta la fecha no han logrado enfrentar organizadamente la comercialización de la producción campesina (Robles Mendoza, 2019, p. 146).

Sin embargo, la agricultura como actividad económica central para algunas comunidades del Valle de Colca “...comenzó a ser desplazada paulatinamente por una pluriactividad asalariada, fenómeno cuya tendencia se viene generalizando en otras comunidades andinas” (Diez, 2012, 2014 como se citó en Sánchez, 2017, p. 239). Así, la dedicación se diversificó hacia servicios complementarios como el turismo, artesanías, transporte, así como la ganadería, construcción, entre otros (ibid).

El elevado costo de mano de obra hace que muchos agricultores dejen de sembrar y se dediquen a rentar su mano de obra y/o a diversificar sus ingresos económicos. Incluso gente

foránea que alquila tierras para producir, paga más la mano de obra por lo que entre ellos ya no se consigue. Sin embargo, más allá de que el trabajo para la producción sea asalariado, rigen mecanismos en la comunidad basados en la reciprocidad (Alberti y Mayer, 1974; Geffroy komadina et al., 2002; Matos Mar, 1976) aunque su producción agrícola es controlada por agentes foráneos como las empresas, la relación con los peones solo se remite al pago monetario de su jornal (Sánchez, 2017).

Por otro lado, la obtención de productos agrícolas que no se cultivan en las comunidades del Valle, se efectúa con la compra y venta en los mercados regionales, o en menor medida cuando se organizan ferias. Con anterioridad, los productos locales y foráneos se trocaban en las ferias, cuando en la actualidad sólo algunas familias realizan trueques agrícolas dentro de la misma comunidad, entre agricultores y pastores o por productos de otras latitudes (Sánchez, 2017). En zonas altas de la puna por ejemplo, dedicadas al pastoreo de alpacas, llamas y ovinos, se intercambia el cuidado de ganado por productos, servicios y/o dinero con los comuneros de las zonas bajas (Valderrama, 2012, como se citó en Sánchez, 2017). Respecto al trueque como intercambio de productos, ha tenido un retroceso considerable durante la segunda mitad del siglo XX, deteniéndose considerablemente desde inicios de siglo XXI (ibid). Estos intercambios o trueque producto por producto entre pastores de altura y agricultores del Valle, es reemplazado en la actualidad por las ferias y exposiciones de productos que se organizan en distintas localidades, trazando "...la continuidad de la unidad social, cultural y económica de los pueblos del Valle del Colca" (Robles Mendoza, 2019, p. 136). En este sentido, y respecto a los intercambios de trabajo es gráfica la siguiente referencia,

Sí, todavía sí [es vigente]. Pero ante sera puro ayni no más. Así era antes, pero ahora es casi muy poco porque ya la gente no viene a hacer ayni solamente, quieren dinero. Pero hay otros, así de la edad de mí, que siempre está yendo, como a divertirse de ayudar al compadre, al ahijado o al amigo. Antes era así. Antes la yunta que hacíamos era también para turno, uno venía con su yunta así. Ahora no, cambió también eso. Ya no quieren ayni, ahora tienen que pagar, quieren que les paguen (Gerardo Huaracha, 73 años, comunero dedicado a la agricultura, ganadería y turismo, como se citó en Sánchez, 2017, p. 239).

En este contexto, la actividad ganadera también se ha transformado a partir de la segunda mitad de siglo XX, y resulta cada vez más escasa. Para que sea rentable ser pastor de llamas y alpacas en la puna, es necesario contar con gran cantidad de ganado, y esta posibilidad por distintos motivos ha mermado. Sin embargo, con frecuencia se complementa el

pastoreo con las actividades agrícolas, así como la crianza de vacunos permite obtener productos de autoconsumo y alquilar por ejemplo los toros para las tareas de arado (Sánchez, 2017).

Otra actividad que se instala hacia finales del siglo XX, es el turismo como una producción complementaria a la agricultura y ganadería en la comunidad de Yanque, que además es impulsado por organizaciones. A partir de 1985 comenzó el auge turístico, y la infraestructura para su servicio se ha ido concentrando en la capital de una de las provincias de Arequipa, llamada Chivay, donde los proveedores de servicios turísticos centralizaron las actividades. De esta manera, se inició allí un proceso de expansión urbana y crecimiento demográfico, mientras que el resto de los pueblos ha participado muy poco de los beneficios turísticos. Recién en los últimos años están empezando a equiparse estas localidades con alojamientos y restaurantes controlados por pequeños empresarios de Arequipa (Córdova Aguilar, 2003). Muchas veces este turismo estacionario se aloja en hoteles de lujo y los contactos con las comunidades son escasos, aunque también se propicia el alojamiento en las casas de los comuneros, enmarcado en el Turismo Rural Comunitario. Esto generó que, si bien la actividad turística repercute en la mejora de infraestructura de servicios por ejemplo, no tenga gran impacto en el desarrollo local, siendo que los ingresos que genera se distribuyen solo entre familias que logran insertarse en la actividad, que son quienes cuentan con mayor capital para diversificar sus actividades productivas e insertarse en el turismo (Diez Hurtado, 2014, como se citó en Sánchez, 2017).

De esta manera,

...Yanque es una comunidad andina que, en el siglo XXI, continúa preservando la tradición de sus herencias culturales mientras se encuentra inserta en modernos cambios sociales que conllevan los dinámicos procesos de interrelación con sociedades urbanas y globales capitalistas. Es cierto también que muchas de estas evidencias predominantemente sugieren una progresiva “desaparición” de lo “andino”: a) En la dimensión económica, existe un fuerte desplazamiento de la reciprocidad y de la agricultura por la compra-venta de productos y servicios de una pluriactividad asalariada; así como también existe muy poco interés de las generaciones jóvenes hacia la agricultura en detrimento de las actividades asalariadas; b) En la dimensión política, ha aparecido una nueva figura: la del Presidente de la Comisión de Turismo, que revela la importancia social-productiva de esta actividad asalariada. Pero también recordemos que en Yanque se mantiene aún una fuerte comunalización con respecto a

la defensa de sus tierras agrícolas, fuentes de agua de riego y formas de gobierno local. (...) la comunidad de Yanque ha venido teniendo, progresivamente, cada vez más directas relaciones con lo urbano y lo global. Ello ha hecho que su panorama social actual sufra profundas transformaciones, evidentes ya a nivel económico y político (Sánchez, 2017, p. 254).

Las transformaciones señaladas han sido analizadas en otras áreas andinas, donde se registran procesos similares. Así, en la zona sur de Cochabamba en Bolivia por ejemplo, también se diferencia una agricultura tradicional desarrollada en áreas de secano en mayor medida, y otra orientada al mercado en los valles de riego, que ha tenido un mayor impacto de la tecnificación agraria promovida por efectos de la Revolución verde (Calvo et al., 1994). Allí, la incorporación de paquetes tecnológicos no contribuyó a la eficacia del sistema productivo campesino sino a promover su desarticulación y "...en el mejor de los casos a la diferenciación interna del campesinado sin por ello haber mejorado las condiciones de producción" (Regalsky, 1985; Rico, 1985 como se citó en Calvo et al., 1994 s/n). De la misma forma, en la comunidad de Julio Chico, al noreste de Potosí, se señalan importantes transformaciones que se retrotraen a los cambios en la estructura agraria de la región andina boliviana, vinculadas a la parcelación de tierras comunales a fines de siglo XIX (Salazar Lohman, 2010). A partir de allí, además de la pérdida del control directo de distintos pisos ecológicos, entre otros cambios en la organización comunal, se comenzó a producir para la venta en tierras de propiedad individual. De esta manera, la producción agrícola que era destinada al autoconsumo e intercambios a partir del trueque para obtener recursos de otras zonas, desde entonces se destina en gran parte para el mercado. Así, por ejemplo el maní con el que se accedía a productos de zonas de altura como la papa y el trigo, en la actualidad parte importante se destina a la venta, otra para autoconsumo y en menor medida para trueque. En este contexto, las relaciones mercantiles más importantes están vinculadas a la venta de productos agropecuarios, que se realizan tanto en los mercados regionales, como por medio de asociaciones o intermediarios que llegan a la comunidad a comercializar. El autor resalta en este sentido, que el intercambio comercial con estos últimos actores denominados *ranqhira*, suele establecerse con aquellas personas conocidas y con las que se tiene confianza, dado que "...las relaciones familiares, de compadrazgo y de amistad, son fundamentales para que el intercambio comercial se lleve a cabo" (Salazar Lohman, 2010, p. 141). Es decir que así como el mercado es central para esta comunidad, tanto como el dinero con el que obtienen productos de las ciudades y fuerza de trabajo, también lo son dinámicas comunales como la reciprocidad. De esta manera, si bien la *ranqhira* fuerza esta relación hacia un ámbito mercantil sacando

provecho de ella, debe ceder también en su rol como comerciante para mantener la confianza con la comunidad. Así,

Cuando la comunidad se relaciona con las *ranqhiras* se evidencia el desencuadre de dos marcos de referencia distintos. Los comunarios de Julo Chico se relacionan con el mercado a partir de su propio orden cultural sustentado en la matriz de reciprocidad, por eso es que esperan relacionarse con las comerciantes en las que ellos confía, entendiendo que esa confianza será construida a partir de las prácticas de reciprocidad propias de la comunidad. En alguna medida la comerciante tiene que forjar amistad con los comunarios y acumular prestigio a partir de las actividades que ella realice. Pero para la *ranqhira* el ganarse la amistad y prestigio tiene un fin distinto, los necesita para lograr que las puertas de la comunidad permanezcan abiertas para realizar su actividad comercial, y por tanto ella convierte este tipo de relaciones comunales en una fuente de poder (Salazar Lohman, 2010, p.153).

Por otro lado, para el área andina del norte de Chile, también se registran procesos que han sido alterados por dinámicas del capitalismo, pero continúan basando sus estrategias en prácticas como la movilidad para acceder a distintos recursos. Así, la población de Socoroma por ejemplo, ha implementado la complementariedad ecológica de acuerdo a sus principales actividades agrícolas y pastoriles desde tiempos prehispánicos. En esta área, la escasez de agua e incluso su salobridad en algunas partes, así como las características del suelo, condicionan el uso de la superficie de cultivo en un lugar, teniendo que contar con terrazas de cultivo por ejemplo para ampliar y diversificar la producción. Asimismo, la producción ganadera requiere forrajes para su abastecimiento, lo que implica movilidad a sectores donde puedan pastar. Esta dinámica se acrecentó durante el siglo XX con las presiones del mercado en la producción ganadera, provocando que se ocupen otros sectores del Valle ante el incremento de la necesidad forrajera. De esta manera, el desarrollo de estas actividades ha estado asociado al desplazamiento en relación a factores como la disponibilidad de recursos, generando una forma particular de trashumancia (Merlino y Rabey, 1978), cambiando de residencia en determinados momentos del año de acuerdo al pastoreo o el ciclo agrícola (Moreira Peña, 2017). Las prácticas de complementariedad, asimismo, han ido cambiando con el tiempo. Así, pasaron de ser prácticas comunitarias en las que controlaban el flujo caravanero de diversas zonas productivas de acuerdo a su posición en el territorio y su movilidad, a centrarse en las unidades domésticas durante el siglo XIX y verse afectadas por los cambios que acontecieron en la región en el siglo XX. Entre estos cambios, la construcción de nuevas vías de comunicación ha tenido un gran impacto en las dinámicas territoriales,

modificando el sistema de complementariedad que si bien ha tenido continuidad, se recontextualiza en relación a las transformaciones político-administrativas e integración económica de la región. Así,

Todas sus actividades productivas implicaban la movilidad para alcanzar el ideal de complementariedad, si bien unas más que otras: la agricultura mediante el desplazamiento a las chacras que se encuentran distanciadas en el territorio, a manera de islas productivas; la ganadería con un traslado constante de una localidad a otra, tanto al interior del territorio comunitario como a los sectores de valle; y el intercambio comercial a través de movimientos amplios que cruzaban los deslindes comunales en busca de vender su producción agropecuaria, fundamentalmente ganado, e incorporar productos y mercancías inexistentes en su lugar de origen. (...) Actualmente, la población socoromeña continúa su permanentemente movilidad a través de la macro región andina, atravesando los diversos pisos ecológicos. Eso no ha cambiado. Sin embargo, estos desplazamientos hoy son realizados en los modernos medios de transporte y utilizando las rutas vehiculares, observando a través de las ventanas, en un abrir y cerrar de ojos, los caminos que décadas atrás recorrieran con sus animales en viajes de varios días consecutivos. En la actualidad, el sistema de complementariedad ecológica, desarrollado insistentemente por los socoromeños a lo largo de su historia, se encuentra presente solo en la memoria de sus pobladores (Moreira Peña, 2017, p. 125).

Por otro lado, en la Puna atacameña el rol de la arriería³ también ha sido central en el abastecimiento de recursos para diversas zonas productivas que se encontraban articuladas a partir de intercambios como el trueque (Molina Otárola, 2011; Morales et al., 2018). Así, la

³ Se diferencian dos tipos de arriería en esta zona. Una de ellas refiere al traslado de ganado en pie para el abastecimiento de carne hacia los centros mineros y salitreros a Chile y Bolivia, realizados hasta las primeras décadas del siglo XX. Eran viajes estrictamente comerciales donde los arrieros eran contratados para trasladar animales (García et al., 2002; Molina Otárola, 2011). El otro tipo, se refiere al *caravaneos* o viajes realizados por familias de distintos puntos de la puna de Atacama para realizar intercambios o trueques de bienes de necesidad, basado en relaciones sociales a distancia que pervivieron hasta reciente época (Göbel, 1998; Molina Otárola, 2011), así como desde la puna catamarqueña con caravanas de burros a los Valles Calchaquíes y otros Valles Serranos, que en la actualidad han mermado considerablemente (García et al., 2002). Por lo general, en los Andes Meridionales son los pastores quienes “bajan” a intercambiar bienes hacia ecosistemas de menor altura (Karasik, 1984). De esta manera, “Las mulas y burros eran cargados de productos agrícolas y textiles, propios o adquiridos a conveniente precio, llevados para el intercambio o ‘cambalache’, con los que se obtenían recursos complementarios para las economías familiares (Molina Otárola, 2007). La articulación del espacio puna-valle-desierto la hacían en ambos sentidos y en distintas temporadas del año. La dirección de la arriería dependió de las necesidades de abastecimiento de productos complementarios, de la conveniencia del intercambio, de los valores equivalentes que los productos y animales traficados adquirían en una y otra vertiente de la cordillera de los Andes” (Molina Otárola, 2011, p.178). Estas formas de organización social y económica andinas basadas en el control de recursos productivos y la reciprocidad y redistribución como principios que regulan la circulación de bienes, han permitido superar las limitaciones del hábitat andino (Karasik, 1984) a partir la complementariedad económica y ecológica, cuya finalidad consiste en el autoabastecimiento (Alberti y Mayer, 1974). En la actualidad las caravanas forman parte de las estrategias de diversificación de los campesinos, que les permite tener un rol activo en la articulación de formas de la economía capitalista y estructuras de intercambio más tradicionales (Göebel, 1998).

movilidad en esta zona entre comunidades argentinas y chilenas ha sido permanente hasta mediados del siglo XX (ibid). Incluso, en la década del 2000 se han revitalizado los viajes a un lado y otro de la frontera, asociados a ferias de intercambio, invitaciones a eventos deportivos y otras celebraciones colectivas donde se establecen los intercambios, aunque los vínculos son menos estables y se realizan más por una cuestión reivindicativa que económica (Morales et al., 2018). Uno de los eventos de gran congregación es la Feria denominada Manka Fiesta realizada en La Quiaca (Jujuy) en forma anual, cada tercer domingo de octubre. Allí asisten productores artesanos, agricultores y ganaderos de una gran área tanto argentina como boliviana, y dura aproximadamente una semana (Campisi 2001; Karasik, 1984). Si bien existen otras ferias donde se realizan intercambios, tanto en la puna como en Iruya en el NOA (Karasik, 1984), “La Manka” es la más antigua, grande y persistente de la provincia que mantiene la lógica del intercambio campesino (Bergesio et al., 2016). La organización de estas ferias responden a momentos del ciclo agropastoril y calendario ceremonial, por lo que se agrupan unas hacia finales de verano y otras en invierno o primavera, además de combinarse con el trabajo asalariado estacional (Karasik, 1984). Estos espacios, si bien funcionan como estrategias de acceso a bienes que no se producen y la finalidad del intercambio de bienes campesinos sea el autoabastecimiento en lugar de la búsqueda de ganancia (ibid), están penetrados por lógicas capitalistas que le imprimen ciertas características (González y Bergesio, 2016). Así, el dinero interviene en algunos intercambios y “...cada vez avanza más el uso de la moneda como patrón de medida y medio de pago, y eventualmente de acumulación” (Karasik, 1984, p. 55), y los comerciantes la utilizan para vender productos industriales o los acopiadores de fibra por ejemplo para comprar productos a bajo precio (ibid). En este sentido, hay una distinción por parte de los campesinos “...entre los productos de intercambio: “para la plata” y “para el cambio” o “cambalache”. Esta doble clasificación atiende a distintos mecanismos de circulación de los bienes articulados sin embargo dentro de un mismo sistema” (Karasik, 1984, p. 63). Además, en el caso de La Manka se ha vuelto un evento conocido por su traducción como la Fiesta de las Ollas, que está incluida incluso el calendario turístico de la provincia de Jujuy (Campisi, 2001).

De esta manera, en la actualidad los trueques pueden darse en los viajes interzonales de intercambio personal o fiestas y rituales comunitarios, pero lo más común es que se concreten en los espacios de las ferias, donde se combinan aspectos económicos, sociales, festivos y rituales (Bergesio y Montial, 2010, como se citó en González y Bergesio, 2016).

1.2. Prácticas agrícolas en el Noroeste argentino

Como se comentó al final del acápite anterior, en algunas áreas puneñas del NOA, así como la Quebrada de Humahuaca en Jujuy, en lo cotidiano están presentes el autoconsumo y los intercambios mediante el trueque para abastecerse de productos extralocales, prácticas muy difundidas con regiones vallistas y también transfronterizas (Abeledo, 2013; Arzeno, 2001; Molina Otárola, 2011; Morales et al., 2018). Estos intercambios implican movilidad en mayor medida de los pastores de altura a partir del desarrollo de viajes en caravanas de burros con sal y carne hacia otras zonas ecológicas para obtener los bienes necesarios como tubérculos, hortalizas y granos de los valles agrícolas, para complementar la dieta (Abeledo, 2013; González y Bergesio, 2016). Estas prácticas de complementariedad en la actualidad ocurren en gran medida en las ferias, y están permeadas por el mercado, siendo que muchas veces las permutas están mediadas por el dinero (Molina Otárola, 2011). Sin embargo, en el tratamiento del tema no suele incluirse el hecho de que el dinero y los productos también pueden ser intercambiables y coexistir dentro de la misma transacción (Ferraro, 2004). En este sentido, Rabey et al. (1986) proponen una clasificación para los tipos de transacciones que pueden realizarse por medio del trueque. Por un lado, describen los intercambios de productos cuyas equivalencias son relativamente invariables, como la carne por verdura. Otro tipo incluye intercambios de objetos cuyas equivalencias entre productos y mercaderías se acuerdan por la referencia de un valor en dinero a cada uno, que puede no coincidir con los valores que el mercado capitalista establece para estos productos. Mientras, un tercero hace alusión a la existencia de productos intermediarios que permiten el acceso a otro bien, por ejemplo cambio de carne por sal, y luego sal por papas.

Sin embargo, los viajes de intercambio aún se practican en algunas localidades de la Quebrada de Humahuaca (Arzeno, 2001), Antofagasta de la Sierra al norte de Catamarca (García et al., 2002), Santa Rosa de los Pastos Grandes en la puna salteña (Abeledo, 2013), entre otros. Asimismo, en algunas zonas se ha dejado de hacer en períodos muy recientes (González y Bergesio, 2016), o se desarrollan bajo nuevas dinámicas vinculadas a la esfera mercantil que le imprime nuevas lógicas, combinando así diversas estrategias de producción (Abeledo, 2013; Bugallo, 2008; Campisi, 2001; Göbel, 1998). En cuanto a la organización de caravanas que partían de Santa Rosa de los Pastos Grandes por ejemplo, su alcance regional se fue estrechando hasta reducirse durante la segunda mitad del siglo XX a zonas próximas de valles salteños (Abeledo, 2013). Mientras que, en áreas vinculadas a mercados regionales como Antofagasta de la Sierra, el intercambio mediante el trueque o “cambalache” de un producto por otro, coexiste con las formas capitalistas de comercio (García et al., 2002),

garantizando la estabilidad en el acceso a productos de consumo, sin depender de las fluctuaciones de los salarios y precios en el mercado (Karasik, 1984).

De todas maneras, en general se registra un declive de estos viajes, que se asocia a distintos factores como cuestiones coyunturales históricas y económicas del país y los países vecinos, la sustitución de cultivos en los valles y el mayor tránsito automotor (Rabey et al., 1986), así como la construcción de nuevas vías de acceso (Göbel, 1998), agilizando al mismo tiempo el intercambio mercantil. En este sentido, hacia fines de la década de 1970 en Jujuy (García et al., 2002; González y Bergesio, 2016), se trazan rutas que alteran los tradicionales caminos para comerciar, al tiempo que reducen el aislamiento de algunas localidades vinculándolas con otras y generan, como una de sus principales consecuencias, nuevas pautas de consumo. Además, estas vías de comunicación posibilitan la instalación de comercios locales para abastecerse de distintos bienes (García et al., 2002) e incluso son utilizadas para viajes de intercambio en camiones o colectivos, adoptando nuevas formas (González y Bergesio, 2016). Por otro lado, en la década de 1970 también se profundiza el desarrollo de la minería regional, así como el empleo en el sector público y actividades comerciales locales, alterando las prácticas caravaneras y generando una creciente vinculación con el mercado (Abeledo, 2013, 2014). Es decir que,

...el período 1960-1970 constituyó un importante punto de inflexión (...). La llegada de los contratistas, el mejoramiento de los caminos, la presencia de la Gendarmería Nacional, el aumento de los controles fronterizos y más tarde el turismo, en fin, la mayor presencia del Estado y el capital, irán transformando lentamente a esta región, especialmente en los casos de Susques y Antofagasta de la Sierra que habían quedado comparativamente más aisladas del resto del país que San Antonio de los Cobres (Benedetti, 2005, p. 402).

En este contexto, además de obtener dinero y los bienes necesarios sin salir de sus poblaciones, se reduce la posibilidad de realizar viajes de intercambio (Abeledo, 2013, 2014; García et al., 2002; González y Bergesio, 2016; Karasik, 1984). Mientras que en los valles, también ocurren importantes transformaciones, como especialización productiva orientada al mercado, contribuyendo al deterioro de las relaciones de intercambio (Abeledo, 2014). Es decir que

La retracción de los viajes manifiesta la pérdida de la relativa autonomía que la economía pastoril aún mantenía en relación con la penetración sostenida del mercado y restringe su capacidad de contrarrestar los efectos de las fluctuaciones laborales y

diversificar las estrategias de obtención de recursos (Molina, 1987; Göbel, 1998; García et al., 2003, como se citó en Abeledo, 2014, p. 56)

Sin embargo, el intercambio desarrollado a partir del caravaneo continua en determinados contextos, como en poblados que a inicios de siglo XXI aún permanecían aislados, posibilitando el comercio entre zonas alejadas (García et al., 2002). Así, esta vigencia adopta otras formas, prácticas, sentidos y representaciones como el uso de transporte público, cambio de productos que no pertenecen a la propia producción (Abeledo, 2014) e incluso el reemplazo del trueque por el uso de dinero, en referencia a los precios del mercado (Bugallo, 2008). Es decir, a pesar del retroceso de los viajes de intercambio a grandes distancias en los últimos años, los trueques se siguen dando en ocasiones festivas y entre parientes, coexistiendo con la compraventa, de modo de obtener una amplia gama de productos (Hocsman, 2010).

Es notorio entonces que en la actualidad las poblaciones andinas acceden a estrategias múltiples para diversificar sus fuentes de ingresos, en lugar de depender en forma exclusiva de la producción agropecuaria (Abeledo, 2017; Bugallo, 2014). En este contexto, una de las principales transformaciones en la organización de la producción agrícola, ha estado asociada a la inserción masiva de población campesina al mercado laboral en la región –aunque la dependencia salarial proviene de la instauración de las haciendas (Abduca, 1995)-. También se ha modificado en gran medida la forma de producir, donde se destaca el proceso de modernización agrícola (Arzeno, 2001) y el aumento del cultivo de hortalizas para su comercialización (Arzeno, 2008; Manzanal, 1995; Pais, 2011; Reboratti et al, 2003; Troncoso, 1998).

De esta manera, en el caso del área de la Quebrada de Humahuaca y puna en Jujuy, si bien se establecían articulaciones con mercados locales y regionales, hasta las primeras décadas del siglo XX preponderaba la producción agrícola y ganadera de autoconsumo en la población (Arzeno, 2001; Teruel, 2005). Como se mencionó con anterioridad, los productos necesarios que no eran producidos en forma local, como sal, chalona, quesos, naranjas, etc., se obtenían mediante intercambios a través del trueque con áreas de puna y los valles ubicados hacia el este (Arzeno, 2001). Sin embargo, en el primer cuarto del siglo XX, la Quebrada adquiere mayor presencia en el mercado regional a partir de la producción de frutas, primero, y hacia 1950 también hortalizas (Arzeno y Castro, 1998; Arzeno, 2001; Karasik, 1994; Sanmartino, 2015; Troncoso, 1998). Junto a este proceso, la producción de autoconsumo se ha ido desestructurando, y se destacan además dos procesos ocurridos durante el siglo XX que

permiten en gran medida, dar cuenta de las configuraciones que adquieren las actividades productivas en la Quebrada (Reboratti et al., 2003). Uno de ellos es la inserción de la población campesina al mercado laboral a partir de la demanda de fuerza de trabajo de la industria azucarera, y el otro corresponde a la modernización tecnológica en la producción del fondo de valle a partir de 1970 (ibid). Asimismo, en la región puneña han coexistido el espacio mercantil andino, donde se especializaban en la producción de ganado, y el modelo agroindustrial azucarero implantado en zonas vallistas a fines de siglo XIX, que integraba la producción jujeña al mercado nacional (Teruel, 2005). En este contexto, si bien se sucedieron importantes cambios introducidos por el capitalismo⁴, no lograban desestructurar su característica de sociedades campesinas (ibid).

Previo a describir dichos procesos, es necesario diferenciar en la zona dos tipos de prácticas agrícolas, que han sido atravesadas por distintas variables socioeconómicas, por lo que las transformaciones en cada lugar adquieren diversos matices. Por un lado, se encuentran las tierras altas que son menos productivas y con menor disponibilidad de riego, así como las más alejadas de la principal vía de comunicación correspondiente a la Ruta Nacional N° 9. Allí, la subsistencia aún se centra en los cultivos de autoconsumo a base de papa, maíz, trigo, haba, arveja, oca, quinoa y forrajeras como la alfalfa, y la ganadería de ovinos y caprinos, así como bovinos en menor medida, cuyos productos derivados suelen comercializar en pueblos cercanos (Arzeno y Castro, 1998; Arzeno, 2001). Mientras que otro sector constituye el fondo de valle, cuyos suelos son más fértiles y con posibilidad de riego artificial. Este espacio ha estado más expuesto a la penetración mercantil, orientando sus cultivos hasta principios de siglo XX hacia la producción de alfalfa para el engorde de ganado que se comercializaba tras la frontera, aunque también era relevante la producción de autoconsumo como frutales, hortalizas, habas, maíz, trigo, y la ganadera. La construcción del ferrocarril a inicios de siglo XX, propició la desestructuración del espacio mercantil andino con la consecuente merma del comercio ganadero, y favoreció la integración al mercado nacional en la que esta zona se reorientó hacia el comercio frutícola primero, y hortícola después (Arzeno, 2011). En este sentido, Seca (1989) identifica tres etapas para la Quebrada de Humahuaca, marcadas por el cultivo de alfalfa primero, frutas hacia 1920 con la instauración del ferrocarril, y el desarrollo de la horticultura a partir de 1930, traccionada por el aumento de la demanda de Jujuy. Sin embargo, hasta la década de 1960 aproximadamente, la producción en las unidades

⁴ Si bien el capitalismo está instalado en el agro latinoamericano, ha tenido distintos influjos y lo hace de diversas maneras, configurando determinados procesos. En su forma hegemónica, es visible el desarrollo de las cadenas y complejos agroindustriales que requieren grandes inversiones y el Estado otorga su apoyo para integrarse al mercado y los sistemas agroalimentarios mundiales. Por otro lado, se encuentran formas como las empresas capitalistas de las viejas haciendas y estancias. En estos sistemas, si bien productores familiares, campesinos e indígenas han logrado integrarse, muchos han quedado excluidos (Piñeiro, 1996). En el NOA, las relaciones sociales capitalistas se instalan con fuerza desde el último cuarto del siglo XIX (Paz, 1994).

campesinas no se vinculaba en forma tan masiva al mercado, sino que en primer lugar los cultivos abastecían el autoconsumo, luego al trueque y por último se orientaban a la comercialización (Troncoso, 1998). Así, la producción de autoconsumo representaba un complemento muy importante en las familias (Arzeno, 2011; Reboratti et al., 2003). De esta manera,

Vemos entonces que la subsistencia del sector campesino se basaba fundamentalmente en la producción de autoconsumo, complementada con los intercambios con poblaciones de otras áreas y especialmente en el fondo de valle, con producción para el mercado. Pero en todos los casos esta subsistencia se realizaba al margen del ingreso salarial (Teruel, 1995, como se citó en Arzeno, 2001, s/n).

Sin embargo, hay un proceso que marca transformaciones muy profundas, en el sentido que inicia la dependencia al ingreso salarial de la población puneña y de la Quebrada (Abduca, 1992; Campi y Lagos, 1995; Karasik, s/f, como se citó en Arzeno, 2011). Esta inserción como fuerza de trabajo en la industria azucarera a partir de la década de 1930 en gran medida se realizó en forma violenta, a través de mecanismos de coacción para que al menos un integrante de la familia concurra en la época de zafra entre mayo y septiembre (Karasik, 1994). Abduca (1992) considera que la relación de los miembros de la unidad campesina de la zona de Yavi (Jujuy) con el capital, comienza con el empleo de su fuerza de trabajo en los ingenios campesina a partir de 1930. Además de representar su integración a la agroindustria, "...se le impidió a la unidad campesina asignar toda su fuerza de trabajo a la tierra -o a la producción de artesanías, o a los viajes de intercambio y venta- (ibid, p. 12). En este marco, se propició el inicio de

...un proceso de desestructuración de la organización económica tradicional de esta población, la cual comienza a incorporar el salario como parte de su subsistencia y la migración estacional como patrón de movilidad, todo lo cual con el tiempo tendrá consecuencias directas en la producción (Reboratti et al., 2003, p. 197).

Asimismo, si bien los procesos no son homogéneos en la Quebrada, en términos generales hubo importantes consecuencias ocasionadas en la organización laboral familiar y las relaciones de arriendo en las haciendas que respondían a la demanda de mano de obra de los ingenios, así como la disminución de superficie destinada a cultivos tradicionales y cantidad de animales a cargo, y con el tiempo, la merma de intercambios de productos con pobladores de otras regiones (Arzeno, 2001, 2008, 2011). Además de la desestructuración de la

organización económica tradicional al depender de un ingreso salarial como parte de la subsistencia, se introducen nuevas pautas de consumo (ibid, Troncoso, 1998). Así, ocurre una

...pauperización creciente, que transformó las prácticas y las pautas de ocupación del espacio por el aumento de la migración de los miembros excedentes del grupo doméstico, con la consiguiente limitación en la capacidad social para el cultivo y el manejo de las manadas, el abandono de prácticas artesanales y formas de intercambio y la dependencia de los productos manufacturados urbanos (Belli y Slavutsky, 1996, como se citó en Arzeno, 2001, s/n).

Sin embargo, la venta de fuerza de trabajo por parte de algunos miembros de la familia puede enmarcarse como una estrategia de la unidad familiar para mantener su economía campesina al posibilitar el pago de arriendos, impuestos y otros requerimientos (Teruel, 1995). Con posterioridad, la inserción laboral se fue diversificando hacia otros empleos, como en las cosechas de otros cultivos, en las explotaciones mineras, ferrocarriles o vialidad, entre otros menos frecuentes; y las actividades agrarias se combinaron así con ingresos extraprediales. Sin embargo, la modernización de los ingenios en la década de 1970 ocasionó despidos masivos de sus trabajadores, que sumado al cierre de los ferrocarriles y otros procesos regionales, contribuyó a la desocupación y migraciones hacia distintos centros urbanos (Arzeno, 2001).

Por otro lado, para dicha época, se registran nuevas especies hortícolas en la zona y una creciente importancia de la actividad hacia las últimas décadas del siglo XX (Troncoso, 1998). Estos cultivos han estado acompañados de un uso más intensivo del suelo con el incremento de la productividad, y por la difusión de nuevas prácticas agrícolas como el uso de agroquímicos, fertilizantes y semillas de alto rendimiento, en el marco del proceso de modernización tecnológica (Arzeno, 2001, 2011; Reboratti et al., 2003; Sanmartino, 2015; Troncoso, 1998). De esta manera, a partir del establecimiento del modelo económico neoliberal en el país en la década de 1970, y su correlato en la modernización de las actividades productivas regionales (Arzeno, 2008), se instalan nuevas prácticas como los paquetes tecnológicos, la incorporación de nuevos productos, la apertura a nuevos mercados, entre otros (Reboratti et al., 2003). Este proceso de modernización agrícola tiene gran incidencia en el sector campesino de la Quebrada, dada la intensificación en la horticultura comercial en el fondo de valle, que "...produjo progresivamente la mercantilización casi completa del proceso productivo -con excepción del componente laboral que siguió basándose en el aporte de la familia en gran medida-" (Arzeno, 2008, p. 131). Asimismo, Troncoso (1998) refiere que la producción de hortalizas de la Quebrada es la que ha recibido mayor impacto de

la revolución verde⁵ “...dada la difusión del uso de plaguicidas, pesticidas, abonos químicos y semillas que son adquiridas por los productores y puestas en uso” (Troncoso, 1998, p. 110). Hay varios factores que confluyen en las razones de ese proceso, por un lado la posibilidad de realizar en esa zona agricultura bajo riego gran parte del año, así como la cercanía y acceso a los principales mercados mediante vías de comunicación rápidas, como el caso del ferrocarril primero, y la ruta 9 después que fue pavimentada en la década de 1970, contribuyendo a la comercialización en los principales mercados regionales (Arzeno, 2001, 2008; Sanmartino, 2015). Asimismo, se encontraba disponible mano de obra que con anterioridad a la modernización de la actividad azucarera se empleaba estacionalmente en la zafra (Arzeno y Castro, 1998), y se da también una apertura de mercados para la horticultura quebradeña tras reconversiones productivas de otras zonas que hasta entonces cubrían las demandas de los mercados regionales (Reboratti et al., 2003).

Así, a partir de la década de 1970 se produce una especialización productiva en la Quebrada como zona productora de hortalizas, destinadas al mercado local y centros urbanos del NOA, reduciendo la dedicación a la producción de autoconsumo agroganadera frente a la agricultura comercial (Arzeno, 2008). Asimismo, el proceso de modernización se acentúa hacia la década de 1990, acompañado también de modificaciones en la organización de la producción en cuanto a la ocupación de la mano de obra familiar en los cultivos durante gran parte del año, una mayor demanda de mano de obra en determinadas épocas que conlleva muchas veces la contratación de peones asalariados (Arzeno, 2008). Por otro lado, la comercialización se desarrolla en general a través de intermediarios que compran la producción y la venden en los mercados de ciudades como Jujuy o Salta, por lo que se genera una dependencia respecto a estos actores y una competencia entre los productores que disminuye sus ingresos (ibid; Troncoso, 1998). Esta situación, sumada al condicionante del acceso a la tierra, provoca que se intensifique aún más el uso de la tierra y tengan que realizar actividades extraprediales para cubrir la subsistencia. Así,

⁵ La Revolución Verde fue un paradigma de desarrollo capitalista en la agricultura que impulsó procesos de tecnificación agraria en gran parte del mundo a partir de la mitad de siglo XX (Girbal-Blacha, 1998). En el contexto nacional se han orientado políticas productivas en ese sentido, tendientes a la incorporación de capitales y tecnología que permita obtener una mayor eficiencia productiva, sobre una estructura agraria que hasta entonces se había mantenido ajena a estas formas modernas (Gras y Hernández, 2016). En el Noroeste, este proceso se observa con claridad en la agroindustria azucarera, donde se generalizó el uso de agroquímicos y la incorporación de nueva tecnología en el proceso productivo, provocando el reemplazo de la mano de obra por la maquinaria hacia 1970 (Rossi, 2016). El contexto neoliberal y de globalización conllevó profundas transformaciones en el ámbito agrario nacional (Lázzaro, 2017). Así, entre 1975 y 1990 se suceden importantes cambios en la innovación tecnológica, reconfigurando la estructura productiva y los desarrollos empresariales (Gras y Hernández, 2016), signada por un mayor uso de insumos químicos como plaguicidas y fertilizantes, un aumento en la mecanización de las labores agrarias, así como la incorporación de nuevas variedades híbridas y procesos de cambio en los usos del suelo, extensión del área agrícola y su especialización, mientras se retrae la ganadera (Obschatko, 1988, como se citó en Gras y Hernández, 2016).

Los procesos de reestructuración de la minería, privatización de Altos Hornos Zapla y cierre de los Ferrocarriles, que tuvieron lugar a principios de la década de 1990, provocaron una intensificación en el ritmo de los despidos que condujo a una reubicación de estos trabajadores, en el sector servicios o en la actividad agrícola o no agrícola, tanto en la provincia como fuera de ella. También se produjo una “vuelta al predio”, que significó, en las tierras altas, un “ámbito de refugio” donde se complementan las actividades agrarias con ingresos extraprediales generalmente ocasionales. En algunos sectores de fondo de valle, la vuelta al predio implicó retomar la actividad agrícola pero en este caso como actividad principal en la generación de ingresos (Arzeno, 2008, p. 129).

Sin embargo, es importante destacar que los cultivos tradicionales como el maíz, la papa y habas aún siguen produciéndose por los pobladores de la Quebrada, en general para autoconsumo, junto a la producción ganadera (Arzeno, 2008; Troncoso, 1998). Es decir que hay una simultaneidad de prácticas asociadas con la especialización productiva, y otras vinculadas a la diversificación de cultivos para autoconsumo y/o circulación no mercantil. Sin embargo, los cultivos de renta van ganando preeminencia, e incluso se comercializan cultivos asociados al autoconsumo que se han mantenido estables en su importancia como papa, maíz y habas. En este sentido se da un caso interesante con la papa andina en determinados sectores de fondo de valle de la Quebrada de Humahuaca, que a fines de 1970 ha sido reemplazada “...por una variedad “más comercial”: se trata de la papa “abajaña” (proveniente de Buenos Aires), que es de mayor tamaño y tiene un ciclo productivo más corto” (Arzeno, 2008, p.135). Estos cambios alteran el tiempo de descanso del suelo por un uso más intensivo y focalizado -asociado a una determinada tecnología de riego, uso de agroquímicos, etc.- en lugar de diversificar y rotar los cultivos, así como los espacios y organización con los que cuenta la familia para dedicarles. En este marco, el ciclo agrícola debe comprenderse en la actualidad como la urdimbre que se genera a partir de las tensiones entre consideraciones espacio-temporales en la organización de la producción agrícola andina, y el ritmo y estacionalidad de los cultivos de renta. Estos, por lo general, provienen de variedades genéticas modificadas que se adquieren mediante la compra junto a los insumos que conlleva, por lo que se requiere disponer de capital para poder iniciar su ciclo productivo (Arqueros, 1999; Arzeno, 2008).

Sin embargo, más allá de las dinámicas que se pongan en relación en la producción, se sostienen en el ciclo ritual andino agrícola dos momentos de mucha actividad ceremonial, marcados en forma principal por la estación seca, donde se prepara la tierra para los cultivos, y

la estación húmeda o lluviosa, que es cuando se cosecha (Costa y Karasik, 1996; Merlino y Rabey, 1978; Podjajcer y Mennelli, 2009). Así, el ciclo inicia en agosto, acompañado de rituales que propician la fertilidad de la tierra previo a los cultivos; y entre noviembre y marzo-abril es la época de lluvias, donde el día de las almas y carnaval son las principales celebraciones (Avenburg, 2011; Costa y Karasik, 1996; Merlino, 1981). De todas formas, si bien es durante el mes de agosto que se brindan ofrendas a la Pachamama, cuando “hambrea” y su fuerza se ve debilitada y debe regresarse en forma recíproca lo que ella ha entregado; representa una entidad tutelar femenina que está presente todo el año (Fernández Juárez, 1994; Suárez Rojas, 2014). Así, durante la instancia de agasajos realizadas en el mes de agosto,

...se celebran numerosos rituales propiciatorios tendientes a aplacar a la Pachamama y ganar su favor. El acto litúrgico central de este período ceremonial es el denominado “challaco”, complejo ritual de ofrendas propiciatorias y de libaciones rituales que se realiza, preferentemente, en los lugares asociados a la economía del área (acequias, manantiales, ojos de agua, lagunas, corrales, “rastros”) y a la vivienda (rincones de las habitaciones, cocina, patio, horno).

Además de este ritual, de índole estrictamente familiar, hasta hace poco tiempo tuvo vigencia, en esta misma época, un ritual comunitario de corte netamente agrícola, vinculado a la apertura y limpieza de acequias y canales.

Este hemicycle se cierra con las actividades relacionadas con la cosecha y la ceremonia ritual del “despacho” del Carnaval, además de las señaladas que realizan las familias que poseen majadas (Merlino, 1981, p. 119)

Por último, adquiere relevancia que esta y otras instancias festivas se realizan en forma colectiva, por lo que las alteraciones mencionadas respecto al plano individual y colectivo en la organización del proceso productivo que entran en conflicto, aquí no tendrían lugar (ibid).

1.3. Las particularidades del Valle Calchaquí Norte en el Noroeste argentino

Procesos similares en la organización de la producción agrícola han sido abordados para el Valle Calchaquí Norte, donde se circunscribe el área de estudio de la presente tesis. Allí, la producción agropecuaria realizada en las haciendas ha estado orientada a la comercialización en el espacio mercantil andino, desde la época colonial hasta inicios de siglo XX (Mata de López, 1991a, 2005). La producción de renta se especializaba en la cría e internada de mulas y ganado vacuno, así como el cultivo de cereales para el mercado local y

regional y la elaboración de vinos y aguardientes (Cieza, 2010; Mata de López, 1991a, 2005). En este contexto, la principal producción agrícola en la zona se ha ido especializando en el cultivo de vid para vinificar, que a partir de 1970 es atravesado por un proceso de modernización agropecuaria que se intensifica hacia 1990 (Vázquez y Aguilar, 2014; Villagrán, 2013, 2014). De igual manera, la producción de autoconsumo ha sido transversal a los procesos de profundización del mercado mencionados (Arqueros, 2016; Cieza, 2010; Teves, 2005, 2011), dado que las actividades agrícolas no se circunscriben sólo a la producción especializada de renta en las fincas. Así, por ejemplo, como se explicitó en forma previa, los Valles estaban integrados en circuitos de caravaneo cuyas rutas de intercambio "...han ido variando a lo largo del tiempo, incluyendo y conectando zonas ecológicas diferentes de Jujuy y Salta (Puna, Quebrada y Valles), Sur de Bolivia y norte de Chile (García y Rolandi, 2000; Bugallo, 2008; Teves, 2011)" (Morgante y Martínez, 2014, p. 49).

Sin embargo, son notorias las transformaciones ocurridas en el ámbito productivo y las actividades de subsistencia en los últimos treinta años, en el marco de cambios en la economía regional y las condiciones de trabajo de la población (Teves, 2005). En el departamento de Molinos por ejemplo, hay un desplazamiento en algunos sectores desde la dedicación de actividades agrícolas-ganaderas hacia la ocupación en actividades comerciales, el trabajo asalariado, empleos administrativos y la práctica profesional y/o técnica en el hospital o escuelas (Remorini, 2013). En este marco además, hacia fines de siglo XX y comienzos de siglo XXI, se dan en esta zona procesos vinculados con el desarrollo de actividades económicas como un tipo de vitivinicultura especializada, asociada a una mayor presencia del turismo (Vázquez y Aguilar, 2014; Villagrán, 2013, 2014). Pese a dichas transformaciones, en la actualidad la producción agrícola bajo riego y el complemento de ganadería ovina y caprina es preponderante, tanto para la comercialización como para el autoconsumo y el intercambio (Arqueros, 2016; Cieza, 2010; Teves, 2005, 2011). Las principales intersecciones del mercado en las prácticas locales es en la agricultura de renta del área, que es donde ocurren importantes transformaciones, resignificaciones y tensiones en las dinámicas productivas. De los principales cultivos de renta en la actualidad, el de vid es histórico y ha sido el principal en departamentos como Cafayate desde fines del siglo XIX (Vázquez, 2014; Villagrán, 2014), que concentra alrededor del 70% del total de la producción de vid para la elaboración de vinos de la provincia (Manzanal, 1995). La prevalencia de esta actividad ha tenido su correlato en la economía de la región y en la configuración de las fincas del lugar, dispuestas en función de la misma, así como las relaciones sociales que allí se daban entre los patrones y los peones y sus familias (Vázquez, 2014; Villagrán, 2014). Este esquema productivo orientado a grandes volúmenes de uvas comunes y vinos de mesa para abastecer una pequeña porción del

mercado interno del país, ha sido reemplazado hacia fines de la década de 1970 y durante 1980 por otro basado en una modernización de la organización del trabajo, a través de la mecanización y tecnificación productiva (Villagrán, 2014). Este proceso toma un nuevo impulso en la década de 1990, vinculado a la acentuación de políticas neoliberales y la globalización (Vázquez, 2014), donde la actividad pasa de un modelo productivista a otro regulado por requerimientos de calidad, orientado a los vinos finos y de alta gama (Villagrán, 2013). Este modelo se intensifica hacia la década de 2000 en respuesta a nuevas demandas del mercado global del vino, generando también una mayor expansión de la actividad vitivinícola (ibid), especializada en los vinos de altura –cultivados desde los 1750 hasta los 3100 msnm- (Vázquez y Aguilar, 2014). De esta manera, las transformaciones ocurren tanto en las características de la producción, comercialización, calidad y consumo del vino (Vázquez y Aguilar, 2014; Villagrán, 2013), así como las prácticas sociales y culturales locales que “...resisten, se reacomodan y/o entran en conflicto” (Vázquez, 2014, p. 5). En este contexto, se amplía la superficie de cultivo y se incorporan innovaciones técnicas al proceso de la vitivinicultura. Asimismo, se produce la venta en Cafayate de gran parte de las fincas orientadas a la producción de vid a capitales concentrados extralocales, ocasionando desempleo y expulsión de los pobladores de las fincas donde residían, quedando imposibilitada de acceder a las tierras y contratos que establecían con los antiguos propietarios (Villagrán, 2013). Es decir que, además de los cambios en la estructura agraria, como consecuencia de esta modernización se ven afectadas también las relaciones sociales de producción y dinámicas productivas y de organización agrícola. Así, se resquebraja el tipo de vínculo de acuerdos recíprocos –aunque asimétricos- entre patrones y peones que aseguraba el acceso a tierra y vivienda para el peón y su familia a cambio de su trabajo. Asimismo, la reestructuración significó la expulsión y desalojo de los trabajadores y las familias de las fincas y la configuración de un nuevo tipo de relación con los nuevos empresarios propietarios (Villagrán, 2013), ampliando la brecha social y económica entre los mismos. El despido de los peones rurales asimismo, generó un aumento del proceso migratorio y de urbanización al tener que abandonar los predios para expandir el área cultivable para la vid y asentarse por lo tanto en las principales localidades de los departamentos (Cáceres, 2015). Este proceso también ha sido registrado en el departamento de Molinos, donde un número considerable de fincas con bodegas de tradición artesanal han sido adquiridas recientemente por industriales extranjeros y argentinos (Martínez y Crivos, en prensa). Es decir que estas transformaciones implican “...además de mayor desigualdad económica, la actualización del poder del colonizador, quien se adueña se territorios y cultura, configurando una modificada sociedad globalizada y neocolonial” (Vázquez, 2014, p. 21).

Otro proceso que se vincula de forma estrecha con la reconversión productiva de la vid para vinificar, y que impacta en la organización agrícola del área, es la intensificación del turismo en los Valles Calchaquíes salteños. Un primer impulso de esta actividad se registra hacia la década de 1940 por parte de los distintos gobiernos provinciales, cuando se inaugura el tramo de la Ruta Nacional N° 40 en la región y otras obras de infraestructura para mejorar los accesos, y se crean los circuitos turísticos en Salta. El Valle se posiciona en este marco, y Cafayate en particular, como un recorrido alternativo a la ciudad de Salta, caracterizado por los aspectos de la naturaleza y el paisaje, asociado al turismo familiar de la capital y provincias cercanas (Cáceres, 2015, 2018). Además, a partir de la década de 1960 adquiere popularidad un festival que en sus inicios estuvo reducido a los peones rurales de las fincas, denominado “Serenata a Cafayate”, que se promociona como atractivo cultural de los Valles Calchaquíes salteños, al que comienzan a asistir personas de distintas provincias (ibid). Así, a partir de la década de 1970 se intensifica el proceso de desarrollo turístico en la zona, posicionándose Cafayate como principal centro turístico y vitivinícola de la zona (Cáceres, 2015; Vázquez, 2014; Villagrán, 2013), cuyo atractivo principal es el vino. Ambas actividades, además de complementarse (Villagrán, 2014), se asocian a un conglomerado de servicios de elite como la hotelería, gastronomía, que involucran asimismo los paisajes de altura (Vázquez, 2014) y aspectos culturales donde las personas y sus prácticas aparecen muchas veces ancladas en una tradición estática idealizada (Cáceres, 2015). En este contexto, para las últimas décadas del siglo XX, se diversifican los servicios y atractivos ofrecidos al turismo así como las categorías de infraestructura hotelera de la zona, generando impactos en las dinámicas locales (Cáceres y Troncoso, 2014; Cáceres, 2015). A partir del nuevo milenio entonces, se perfila un determinado tipo de turismo de categoría en los Valles Calchaquíes, que demanda exclusividad y se asocia a una nueva infraestructura de elite que permita el consumo de este producto en el mismo lugar donde se producen los vinos salteños. Con este marco, ocurre también una transformación del territorio tendiente a una sofisticación orientada al turismo enológico en mayor medida, impulsada por nuevos actores sociales como inversores inmobiliarios, planificadores turísticos, empresarios gastronómicos y agropecuarios de capital concentrado (Vázquez y Aguilar, 2014). El Estado también es un actor preponderante, que a través del gobierno provincial promovió el desarrollo del turismo desde el año 1995 en forma ininterrumpida mediante la propaganda y estimulando inversiones para crear infraestructura hotelera y de servicios que respondan a la demanda de los visitantes (Villagrán, 2013). En este marco, se atiende también a la protección y conservación del patrimonio histórico cultural y natural como parte de la inversión turística, y a partir de 2003 comienza a trabajarse sobre la Ruta del Vino y el Museo del Vino y la vid, inaugurado en 2011 en Cafayate; con el objetivo de

“potenciar el negocio vitivinícola a través del turismo” (Villagrán, 2013, p. 42). Para sintetizar los efectos que generan estas nuevas actividades económicas en la región, Cáceres (2015) describe que:

...un proceso es común a los poblados mencionados: la influencia del turismo en la estetización y transformación del territorio. Tales cambios, asociados a la exigente demanda de exclusividad de quienes viajan por este destino, generaron distintas disputas y problemáticas sociales por las grandes contradicciones que tal desarrollo turístico implicó. Problemáticas que se viven como ‘injusticias’ en un contexto de opulencia y carencias, entremezcladas con los nuevos usos del territorio ahora devenido en turístico. Precisamente, ésta representa una de sus contradicciones, a las que se suman las grandes obras de riego e infraestructuras hoteleras con cuerpos de agua artificial, cercana a pueblos con carencias de agua potable para consumo y también para riego (Cáceres, 2015, p. 134).

Varios aspectos son destacables de esta referencia y permiten retomar elementos presentes en la organización agrícola de la zona. Por un lado, el desarrollo de bodegas y emprendimientos turísticos en Cafayate, sumado a su potencial económico, hacen que los terrenos se valoricen aún más y se expulse a la población local (Cerra, 2015; Sabio Collado y Milana, 2018). En este contexto de transformación reciente en el área, “...varios departamentos conforman actualmente el ranking de extranjerización en la propiedad de la tierra, como Molinos y San Carlos con casi el 60% de extensión bajo dominio extranjero” (Sabio Collado y Milana, 2018, p. 129). Así, las familias que residían en estos territorios no sólo vieron alteradas las relaciones que sostenían en las fincas por las nuevas formas que adoptan los empresarios de organizar el trabajo y usar el espacio, sino que además fueron desalojados (Sabio Collado y Milana, 2018; Vázquez, 2014; Vázquez y Aguilar, 2000; Villagrán, 2013). Con el nuevo milenio, los conflictos territoriales en la región se fueron agudizando, siendo que

Estos emprendimientos que apuntan a la activación económica de la región por la vía del turismo van a la par de la adquisición de grandes extensiones de tierra por un puñado de inversionistas extranjeros y/o empresarios salteños y de Buenos Aires que mediante innovaciones técnicas encaran transformaciones en la producción vitivinícola. Uno de los aspectos en donde esta situación impacta notablemente es en las dinámicas de ocupación del suelo, ya que avanza sobre áreas antes consideradas inutilizables para este tipo de actividad (por la imposibilidad del acceso al riego) pero las cuales, sin embargo, históricamente han sido aprovechadas de modo sostenido

para la economía de autosubsistencia. Como puede advertirse en este contexto, antiguos acuerdos y modalidades de acceso a la tierra (yerbaje, mediería, arriendo) pierden vigencia con el arribo de nuevos propietarios y, ante los movimientos que inciden directamente en la valorización de la tierra, se avivan los conflictos (Castellanos et al., 2018, p. 27).

De esta manera, con este proceso de intensificación y reconversión económica basado en el turismo y la vitivinicultura, resurgen conflictos territoriales que estaban latentes (ibid), sustentados en experiencias que provienen de diversas formas de concebir el territorio y sus relaciones. Estas dinámicas actuales conllevan una gran complejidad y procesos de cambio que sitúan por ejemplo la configuración identitaria de comunidades indígenas como parte de los procesos de resistencia de los pobladores, basada en una construcción de territorialidad que tensiona con las formas legales de considerar el territorio (Cerra, 2011). En este punto, es necesario dar precisiones acerca de estos conceptos, centrales para la tesis. Uno de ellos refiere a la *territorialidad*, entendida como las estrategias y tensiones que se construyen en el uso y apropiación del territorio. Si bien el concepto de *etnoterritorio* es más amplio, dado que constituye el "...soporte central de la identidad y la cultura porque integra concepciones, creencias y prácticas que vinculan a los actores con los antepasados y con el territorio que estos les legaron" (Barabas, 2003, como se citó en Cerra, 2011, p. 216), se ha optado por territorialidad, que también resulta pertinente en tanto incluye múltiples dimensiones – sociales, económicas, identitarias, históricas, políticas, etc.- y configuraciones de relaciones de poder en el espacio, en una trama relacional y compleja donde se entrecruzan lógicas de acción y racionalidades distintas (Raffestin, 1994). Asimismo, resulta un concepto operativo y adecuado en el sentido que personas de las comunidades de la zona refieren a los territorios en lugar de la tierra, expresando una totalidad que comprende el espacio y todo aquello que les provee la vida, su origen, el lugar habitado, las relaciones y todos los aspectos que conforman su cosmovisión, que hace que sean diaguítas allí o en la ciudad, porque ellos son parte constitutiva de esa territorialidad. Mientras en el ámbito académico, el *territorio* es entendido como "...el espacio –biofísico y epistémico al mismo tiempo- donde la vida se enactúa de acuerdo a una ontología particular, donde la vida se hace 'mundo' (Escobar, 2015, p. 98). Es claro que el posicionamiento difiere al referir a los territorios en lugar de la *tierra*, que alude a una porción de espacio que puede ser apropiada por un individuo o por una persona jurídica en forma individual. En este sentido, el estado provincial refiere a ella como "...un instrumento de producción y objeto de una explotación racional para el adecuado cumplimiento de su función social y económica" (Art. 81° Constitución Provincial de Salta de

1998). En relación a este aspecto, las formas de *tenencia de la tierra* también son analizadas en referencia a los derechos de propiedad, es decir la relación jurídica que tiene el productor o la comunidad con la tierra. Así, puede haber propiedades individuales o comunitarias, contratos agrarios con el propietario como el arrendamiento, contrato accidental, aparcería, pastaje, etc., así como situaciones irregulares cuando hay otra forma de tenencia que no son ni la propiedad ni el contrato agrario, y por lo tanto la tenencia es más precaria e insegura (Van Dam, 2007). Sin embargo, también se han relevado otras perspectivas en relación a la tierra para el área andina, que no tienen que ver con cuestiones jurídicas sino ontológicas. Entre ellas, es importante destacar que lejos de concebirla como recurso que se puede explotar, hay una asociación con las nociones de gestación, crianza y protección hacia los seres que la habitan (Giraldo, 2012), sustentado en la metáfora de la tierra como madre (Salas, 2008). Esta forma de racionalidad también se sustenta en los principios mencionados de la correspondencia, la complementariedad y la reciprocidad (Estermann, 1998).

En relación a situar estas cuestiones en el área, como se viene mencionando, si bien los procesos identitarios son dinámicos e intervienen múltiples factores en su configuración, “...en la actualidad, existen reivindicaciones étnicas que son territoriales, en tanto los conflictos en el territorio se han convertido en impulsos para la organización de la comunidad y para los procesos de reconocimiento y legalización de la misma” (Cerra, 2014, p. 193). De esta manera, los conflictos en este sentido han sido los impulsos para que la comunidad de la zona se organice en sus reivindicaciones étnicas y territoriales, y para los procesos de reconocimiento de la misma por parte del Estado, que la registra en 2011 como comunidad indígena diaguita-calchaquí “El Divisadero” (ibid). Asimismo, estas reivindicaciones se enmarcan en procesos más amplios que se profundizaron en los Valles durante las últimas dos décadas, interpelando retóricas y prácticas hegemónicas en las que “...colectivos autoidentificados como diaguitas reivindican su descendencia de los originarios ocupantes del valle, exigiendo el reconocimiento de la vitalidad de su cultura así como el efectivo cumplimiento de sus derechos en tanto pueblo indígena” (Sabio Collado, 2013, s/n). Estos procesos, son comprendidos en relación a esencialismos estratégicos (Spivak, 1987, 2003; Laclau, 1996), a través de los cuales los sujetos constituyen sus adscripciones en contextos específicos, politizando sus identidades étnicas como estrategia para empoderarse. De la Cadena y Starn (2009) advierten en este sentido en los riesgos de concebir los indigenismos como identidades estereotipadas sin historizarlas, en lugar de formas de relación y formaciones discursivas. Mediante dichos esencialismos indigenizantes, la modernidad ha asimilado, anclado al pasado, invisibilizado y otros resaltado rasgos de la indigenidad, negando

su capacidad de agencia y futuro, mientras debe comprenderse “...como un proceso histórico abierto, marcado de manera inevitable por colonialismos pasados y presentes y que aun así también se desarrolla como un camino aún indeterminado” (de la Cadena y Starn, 2009, p, 196). En estos escenarios de tensión dinámicos y más amplios, la indigenidad “...exige que se la reconozca como un campo relacional de gobernanza, subjetividades y conocimientos que nos involucra a todos —indígenas y no indígenas— en la construcción y reconstrucción de sus estructuras de poder e imaginación” (ibid, p. 195), donde además de integrar lo no indígena, es históricamente contingente y cambiante.

Por último, es importante considerar que aunque no conforman el objetivo principal de la tesis, estos procesos identitarios, así como aquellas construcciones de memoria que se abordarán a partir de los relatos orales de las entrevistas, “...no son cosas sobre las que pensamos, sino cosas con las que pensamos. Como tales, no tienen existencia fuera de nuestra política, nuestras relaciones sociales y nuestras historias” (Gillis, 1994, como se citó en Jelin, 2002, p. 25). Desde este marco, se concibe a las memorias colectivas abordadas en la investigación en tanto proceso de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por la sociedad, dando significaciones compartidas en relación a la multiplicidad de temporalidades y representaciones de su marco espacial (Halbwachs, 2004). Así, aun cuando el recuerdo parece individual, adquiere un sentido colectivo, dado que se apuntala en marcos sociales de memoria que, asimismo, no es la mera conservación de hechos tal como ocurrieron sino una compleja y dinámica construcción desde el presente (ibid). Como refiere Jelin (2002), la memoria como experiencia del presente, refuerza el sentido de pertenencia e identidad con un grupo, en el que “Conscientemente o no, los individuos y las sociedades siempre dieron forma a las representaciones de su propio pasado en función de lo que estaba en juego en el presente” (Candau, 2006, p. 122). Isla (2002) en este sentido analiza los usos políticos de la identidad y la construcción de la memoria vallista de Amaicha del valle, muy vinculada al territorio donde

De repente son “indios” o ‘calchaquíes’ que reclaman la expropiación de tierras a aquellos comuneros con títulos consolidados. De repente, son ‘tucumanos’ o ‘vallistos’ donde lo étnico y la memoria histórica desaparece o se convierte en resabios folklóricos.

La articulación del espacio nacional, hegemónico sobre el local subalterno, no arroja como resultado un espacio social y culturalmente homogéneo, a pesar de elementos

comunes: la voluntad de pertenencia a la comunidad de Amaicha como territorio, y una emergente identidad étnica “calchaquí” (Isla, 2002, pp.116-117).

En vinculación con estos procesos y escenarios, es pertinente analizar las actitudes críticas y procesos de resignificación que los AFCEI construyen a partir de sus memorias en tanto formas de resistencia, teniendo en cuenta los constantes embates que los atraviesan en su devenir histórico, no sólo en lo referente a la organización agrícola sino en su conformación identitaria, formas de habitar el territorio, relacionarse, etc. La resistencia, en este sentido, asume diversas formas, que no sólo tienen que ver con rebeliones o confrontaciones directas, sino más bien con procesos constantes, en apariencia pasivos e indirectos que sin desafiar abiertamente las normas y refugiadas en lo cotidiano, incluyen diversas estrategias de acción (Bartolomé, 1993; Bonfil Batalla, 1988). Estas formas, asimismo pueden darse en simultáneo o alternativamente, según las coyunturas, el grado de resignificación y asociación con lo contrahegemónico, etc. Así, Scott (2014) enumera como formas de resistencia las actitudes reticentes, de disimulo, falta de aceptación de las normas, hurto, ignorancia fingida, difamación, sabotaje, evasión que sin ser planificadas son informales, inmediatas, encubiertas aunque guiadas por valores y propósitos. Incluso la apropiación de elementos culturales dominantes y sus resignificaciones, o las innovaciones y cambios que acontecieran de ellos a partir de rasgos propios (Baschet, 2012), y las negociaciones -aunque parezcan reproducir estructuras de dominación-, son concebidos como formas de resistencia. En este marco, hay análisis que centran la mirada en estas formas de resistencia, que permiten dar cuenta de cómo actúan estos procesos. Por ejemplo, Perren (2010) explica tanto la permanencia de pautas culturales y determinados entramados sociales en los repertorios de acción campesina neuquinos respecto a la movilidad trasandina, así como otras acciones leídas como delictivas desde el Estado, en el marco de formas cotidianas de resistencia. De esta manera, sin mediar grandes revueltas y formas organizativas entre los trabajadores rurales, las formas de resistencia pasivas, así como las prácticas de desobediencia, evasiones y engaños son interpretados como repertorios de acción ante el poder, que permiten sostener hábitos cotidianos en contextos donde “... una cultura pretendía ser impuesta y un conjunto de ‘usos y costumbres’ que ofrecía resistencia a su extinción” (ibid, p. 474).

Por otro lado, Pizarro y Trpin en una publicación realizada en el año 2010 basada en trabajos de campo con trabajadores rurales frutícolas del Alto Valle de Río Negro y de los cinturones hortícolas de Buenos Aires y Córdoba, refieren a distintas formas de resistencia cotidiana frente a sus condiciones laborales y relaciones con los actores y sectores hegemónicos del sector. Estas formas refieren a distintas formas de confrontaciones

simbólicas por ejemplo respecto al abandono del trabajo o de alguna tarea, la modificación de relaciones o responsabilidades laborales, cambiar de lugar de trabajo, patrones o de rubro (como la construcción, servicio doméstico, etc.). Mientras que luchas sistemáticas colectivas, organizadas y directas en el marco de las relaciones paternalistas con los empleadores en que desarrollan su actividad, sumado a las diferencias y competencias entre trabajadores nativos y migrantes, la escasez de recursos económicos, modalidad de pago a destajo y las características individualistas de los procesos de trabajo; el escaso reconocimiento social de los trabajadores; la estacionalidad del empleo; el frecuente cambio de tareas, patrones y lugar de residencia; la baja rentabilidad de las explotaciones que los emplean; la influencia de altos niveles de desempleo; y la sobreoferta de trabajadores rurales, sumado a la aspiración a convertirse en productores; son algunas de las limitaciones que mencionan frente a formas de confrontación más abiertas como la rebelión, la asociación con sus pares a través de reivindicaciones gremiales o la apelación a la intervención estatal (Rau, 2006 como se citó en Pizarro y Trpin, 2010).



CAPITULO 2

Consideraciones metodológicas.

Planta y pimiento
Cachi es bonito
calor y viento

Eva Arjona, coplera de Cachi



2.1. Abordaje metodológico

La problemática tratada en esta tesis se inscribe dentro de una perspectiva metodológica cualitativa, que permite abordar la dinámica de las acciones y relaciones sociales y dar cuenta de los universos de representación de los actores (de Souza Minayo et al., 2007). Desde esta aproximación, se busca dilucidar prácticas, discursos, valores, significaciones, etc. que transcurren en la cotidianidad de una sociedad, tratando de entender o interpretar los fenómenos en términos de los significados que la gente les otorga (ibid), y por lo tanto la manera en que el mundo es comprendido, experimentado y producido por los actores sociales (Mason, 1996, como se citó en Vasilachis de Gialdino, 2009). Este ejercicio implica una práctica interpretativa y reflexiva constante a partir de múltiples métodos que conllevan un proceso interactivo en el que están presentes condicionamientos personales, relaciones de poder, implicaciones políticas e ideológicas, etc. (Denzin & Lincoln, 2005; Vasilachis de Gialdino, 2009).

Por otro lado, se incluye el análisis de información cuantitativa como complemento para el trabajo con datos específicos, obtenidos a partir de información censal o de informes provenientes de documentos consultados de distintos organismos públicos. En este sentido, se relevaron datos de Censos Nacionales de Población, Hogares y Viviendas para dar cuenta de aspectos sociodemográficos de la población, Censos Nacionales Agropecuarios de diversos años para visualizar la estructura agraria e información productiva de Cachi en relación con la provincia de Salta y su evolución en el tiempo (consultados en INDEC y el Archivo General de la Nación), publicaciones periódicas -informes anuales- de la Dirección Provincial de Estadísticas y Censos y del Programa de Estadísticas del Ministerio de Cultura y Turismo de Salta, así como del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria [INTA] y la Secretaría de Agricultura Familiar, informes de consultoría de agencias estatales, etc. Esta información fue sistematizada en función de criterios relevantes que contribuyeran a los objetivos de la investigación, recurriendo a la estadística descriptiva para organizar, relacionar e interpretar los datos que luego se representaron en forma gráfica (gráfico de sectores, cuadros de doble entrada) y/o integrados con el resto de la información interpretada.

Las fuentes de información primarias y secundarias entonces, permitieron abordar la problemática desde diversos ángulos y triangular información, solapando estrategias documentales con las propias del trabajo de campo (Valles, 1997) antropológico, que son las preponderantes. Asimismo, el planteo de un diseño flexible como posibilitan las investigaciones con abordaje cualitativo (Guber, 2001; Valles, 1997) permitió, en la alternancia entre las etapas de trabajo de campo y de análisis en el laboratorio, reformular estrategias

metodológicas, abordajes conceptuales y las interpretaciones a medida que se construía la información con las personas y se producían resultados parciales.

El abordaje antropológico se realizó desde la etnografía, considerada como enfoque o perspectiva de construcción de conocimientos sobre realidades socioculturales particulares (Rockwell, 2008). Como se mencionó en la introducción, el acceso al campo para el trabajo etnográfico y la construcción de la problemática estuvo mediada por una primera aproximación realizada con el equipo de trabajo en el área. Así, los acercamientos iniciales se efectuaron en el año 2011 y 2013, estableciendo los primeros contactos con las personas a través de conversaciones informales, participación en eventos y visitas a familias de distintos pueblos y parajes. En el año 2014 al participar en festividades locales, se ampliaron los lazos y el grado de involucramiento, y tras regresar al campo en septiembre del mismo año, se pudieron identificar situaciones problemáticas con las que se delimitaron los objetivos y plan de tesis. A partir de allí se realizaron trabajos de campo con periodicidad entre los años 2015 y 2019.

Sin embargo, el acceso al campo fue gradual y por etapas. En un primer momento los vínculos se fueron estableciendo y ampliando con la familia y contactos estrechos que ya teníamos los integrantes del equipo de años anteriores. Asimismo, se desarrollaron conversaciones informales con personas que fuimos conociendo de manera aleatoria, visitando viviendas y dialogando en espacios públicos. De todas formas, entablar relaciones de confianza fue un proceso complejo, en el que la lejanía física y escaso contacto durante el año tuvieron una gran incidencia. Por lo general, de un año al siguiente de conocernos recién establecíamos verdaderos diálogos de entrevistas con los interlocutores y se gestaban espacios de reunión para discutir, por ejemplo, aspectos del trabajo con referentes de la comunidad y miembros de asociaciones de productores. Por otro lado, en la vinculación se ponían en juego diversos aspectos donde el género, la edad y el aspecto foráneo, así como la referencia a la universidad para hacer un estudio, han sido los más visibles y reticentes para las primeras relaciones. También es importante señalar un aspecto coyuntural de gran relevancia en parte de la población, que atravesaba un proceso de reivindicación étnica, así como episodios muy violentos de desalojos y conflictos por los territorios. En dicho contexto particular, muchas personas tenían desconfianza al considerarnos representantes del gobierno que íbamos a extraer información para perjudicar su situación, por lo que nuestra presencia generaba reticencia en principio, así como propició después discusiones en relación a nuestro rol desde lo académico en dichos conflictos, y la posibilidad de consensuar algunos ejes de trabajo.

Este aspecto es muy importante, dado que en la medida que el antropólogo y los interlocutores participan en forma conjunta de esta construcción o co-teorización en un espacio crítico (Rappaport, 2007), hay implícito un gran compromiso y colaboración entre las partes en el proceso de investigación, en la que se produce un conocimiento conjunto (Tamagno et al., 2005) desde una práctica en la que los miembros de la comunidad son agentes de cambio y no objetos de estudio (Balcazar, 2003). Es decir, se activa metodológicamente ese reconocimiento hacia los “...actores sociales con voz propia, con capacidad de decisión, de reflexión y de participación” (Trentini, 2015, p. 84), a través de la construcción activa de significados colectivos en el proceso de investigación (Álvarez Veinguer y Sebastiani, 2020; Balcazar, 2003). Este tipo de etnografías concibe la práctica como

“ecología de saberes” que remite a diálogos entre conocimientos científicos, así como a otras formas de saberes, que han sido subalterizados e invisibilizados durante mucho tiempo (Álvarez Veinguer y Dietz, 2014: 7), es decir, se reivindican las voces de los (hasta ahora llamados) sujetos de estudio considerando que su “expertise” cultural es tan valiosa como nuestras competencias profesionales (García-Mingo, 2015, p. 73).

En este sentido, el trabajo de campo se resignifica como una instancia de co-teorización, en tanto “...producción colectiva de vehículos conceptuales que retoman tanto a un cuerpo de teorías antropológicas como a los conceptos desarrollados por nuestros interlocutores” (Rappaport, 2007, p. 204). Esta dimensión trasciende la fase concreta del trabajo de campo donde se concentran las interacciones con los sujetos, siendo transversal en todo el proceso de investigación etnográfico en su conjunto, en el que las personas participan en la interpretación de los procesos socioculturales que los involucran.

De esta manera, en el trabajo de campo ocurre un desarrollo progresivo de las relaciones intersubjetivas (Dumont, 1992, como se citó en Rappaport, 2007), en el que los sujetos que interactúan en la situación de “encuentro etnográfico” (Cardoso de Oliveira, 2004) y se constituyen como interlocutores (Bartolomé, 2003), se abren a un diálogo de iguales en el que en se intercambian ideas (Cardoso de Oliveira, 2004) y se co-teoriza (Rappaport, 2007). Así, la producción de conocimiento conjunto resulta del diálogo con los interlocutores en el campo, y un diálogo con la academia –entendiendo la teoría y práctica como inescindibles-, en relación a realizar ajustes conceptuales para superar obstáculos epistemológicos y comprender las dinámicas socioculturales (Tamagno et al., 2005).

Durante el encuentro etnográfico entonces, se han desarrollado las distintas instancias complementarias, como el mirar, oír y escribir las interpretaciones en forma reflexiva y situada

(Cardoso de Oliveira, 2004). Así, por un lado, se han ido construyendo las complejas redes de relaciones de campo a través de las visitas recurrentes, compartir conversaciones, participaciones en distintos eventos, y en forma progresiva hemos establecido nuevos vínculos y ampliado los contactos con otras personas. En el marco de estas participaciones conjuntas, se han realizado observaciones y entrevistas con dichos interlocutores como principales técnicas de construcción de conocimiento etnográficas. En cuanto a las observaciones, se han realizado participantes y no participantes con su respectivo registro en el grabador y/o cuaderno de campo. Estas últimas han sido las menos frecuentes, y se limitan a las realizadas al pasar por los campos de cultivo para conocer qué se producía y cómo estaba labrada la tierra, así como la observación de canales de riego (sus compuertas, composición, cantidad, distribución, entre otras), entre otros aspectos materiales en mayor medida. Mientras que las observaciones participantes a partir de la experiencia vivida en el campo han sido más numerosas, es decir aquellas en las que hay un compromiso con las actividades que está desarrollando el grupo o persona (Scribano, 2008) y requiere "...una actitud cognoscitiva, afectiva y reflexiva en la que el investigador (...) se dispone a aprender con las personas que interactúa, en el marco de un proceso de transformación constante" (Pizarro, 2014, p. 465). En este caso, el grado de participación varía de acuerdo al rol que se tome en relación con la situación, contextos, prácticas que se está observando (Scribano, 2008), así como el tipo de relación cognitiva entablada con los sujetos (Guber, 2001) y la familiaridad con las personas con las que se comparte. En este sentido, cabe aclarar que si bien en la situación de observación participante⁶ comprendida en el marco de una investigación colaborativa y recíproca, todos los participantes son, a la vez, participantes y observadores (Greenwood, 2000), al configurarse bajo los objetivos que tiene la investigación, hizo que mi intervención adopte distintas formas. Así, en ocasiones donde me han alojado las familias en sus viviendas y hemos compartido sus prácticas cotidianas, o en determinados espacios como los laborales, participar en labores agrícolas, compartir celebraciones, entre otras, el rol⁷ preponderante no

6 Si bien la observación participante es un rasgo distintivo de la práctica antropológica, se advierte sobre los riesgos de caer en la dicotomía entre "observar" y "participar", dado que implica una neutralidad valorativa por parte del investigador (Guber, 2001). Por el contrario, consiste en una técnica que posibilita comprender las perspectivas y significados sostenidos por los sujetos en sus contextos nativos en la que "...se participa para observar y que se observa para participar; es decir, involucramiento e investigación no son opuestos sino partes de un mismo proceso de conocimiento social" (Holy, 1984, como se citó en Guber, 2001, p. 57).

7 Los roles sociales del trabajo de campo adquieren distintos nombres, pero tienen que ver en gran medida con el grado de involucramiento en las situaciones en las que se observa y participa (Scribano, 2008). Marradi Archenti y Piovani (2012), en la caracterización que realizan de las formas de observación directas, de campo, intensivas, participantes y no mediadas; expresan una tipología de Gold (1958) en relación a los roles de trabajo de campo a partir de la observación y participación. Esta tipología incluye desde el *participante completo* -o encubierto, dado que el investigador no revela su verdadera identidad ni sus propósitos, al *observador completo*, que no interactúa socialmente con los sujetos investigados. En sus términos medios, se encuentra el *participante como observador*, donde es explícita la relación de campo pero también se establecen relaciones con los sujetos a lo largo del tiempo y hay mayor integración, por lo que el observador tiene oportunidad de participar en las situaciones investigadas y también un mayor compromiso al estar involucrado en las actividades del grupo o personas. Mientras que el *observador como*

era de observadora sino más bien de participante observador. Mientras que en otras actividades donde tenía menor participación o no lo hacía en forma directa mientras se desarrollaban, como la asistencia a la celebración de la Pachamama o a ferias y festividades locales, preponderaba el rol de observadora, cuadrando con la clasificación de observación participante (Scribano, 2008). Vivenciar estos acontecimientos permitió familiarizarse con el entorno y aportar a una visión más compleja y complementaria de los registros orales, además de compartir las vivencias cotidianas con los interlocutores.

En relación a las entrevistas, entendidas como una verdadera interacción en la que los interlocutores se abren a un diálogo (Cardoso de Oliveira, 2004) y se construyen datos o co-producen entre el entrevistador y entrevistado (Guber, 2001), han variado de abiertas y casuales al inicio, a más puntuales y con personas referentes para cada tema, al transcurrir el tiempo. De esta manera, en los primeros trabajos de campo realizados en el marco de la tesis a partir de 2014, se realizaron entrevistas abiertas como estrategia comunicativa o invención dialógica para acceder a categorías descriptivas y significaciones de los sujetos en tanto actores sociales (Alonso, 1999; Guber, 2001). Asimismo, este acercamiento permite aproximarse a la comprensión del modo en que ellos viven, conciben y dan significado a situaciones de su cotidianeidad, así como contextualizar la problemática y generar nuevas preguntas e interpretaciones a partir de la puesta en diálogo con cuestiones conceptuales provenientes del ámbito académico y los propios supuestos. En los siguientes trabajos de campo se retomó esta estrategia, así como también se establecieron diálogos informales en encuentros casuales con distintas personas, o en la participación en eventos de diversos pueblos y parajes del departamento de Cachi (Salta), que también contribuyeron a considerar dichos aspectos. Estas conversaciones fueron registradas en mayor medida en el cuaderno de campo, y se utilizó el grabador para algunas de ellas, así como para apuntar con mi relato los principales ejes de las conversaciones para luego transcribirlos y analizarlos.

Durante el transcurso de los trabajos de campo, las conversaciones se volvieron más profundas y se centraron en aspectos más específicos y relevantes para la investigación, desarrolladas con las personas conocidas así como nuevos contactos con personas especializadas y representativas en la organización de la producción agrícola -productores, familias agricultoras, comerciantes y funcionarios estatales-. Como técnica predominante, se realizaron entrevistas basadas en guión o semiestructuradas (Patton, 2002) en profundidad, entre una hora y hora y media en general, que fueron en su mayoría registradas en grabador.

participante es una actividad más formal en la que no participa en forma directa de las actividades que comparte el grupo (Angrosino, 2012; Marradi et al., 2012; Scribano, 2008).

Las decisiones en torno al conjunto de personas con quienes realizar las entrevistas – denominado en forma académica como muestreo⁸–, han variado entonces desde formas accidentales o casuales (Baranger, 1999) a otras más selectivas, orientado a buscar la representatividad y heterogeneidad (Valles, 1997) de diversos sectores de la población con quienes establecimos diálogos significativos para la problemática de investigación, tratando de que estén presentes personas de diversas edades y géneros. En este sentido, la unidad de análisis se conformó en torno a la organización de la principal actividad de las personas, es decir la agricultura en pequeña escala. El enfoque estuvo orientado hacia las prácticas y saberes de un colectivo amplio de productores agrupados bajo la categoría inclusiva de *Agricultores Familiares Campesinos e Indígenas*⁹ – en adelante AFCeI–, que refiere a una diversidad de personas vinculadas a la actividad agrícola en pequeña o mediana escala, situadas en el departamento de Cachi (Salta). En este marco, las entrevistas se han realizado tanto con personas que se autoidentifican indígenas como las que no, aquellas que se dedican en la actualidad a la agricultura como quienes provienen de familias que trabajan la tierra, los que producen para la venta y quienes se emplean en diversos rubros y cultivan para el consumo. También se han ampliado las situaciones de entrevista con comerciantes que compran los cultivos, funcionarios públicos, sectores empresarios, terratenientes con quienes se vinculan en la dimensión productiva. La elección del conjunto de personas entrevistadas no estuvo pre-especificada, sino que las entrevistas se conformaron en el proceso de los trabajos de campo y análisis en el laboratorio en relación a ejes significativos y las construcciones e interrogantes surgidos en el diálogo, permitiendo una flexibilidad guiada por el planteamiento conceptual más que una preocupación por la representatividad. Entre los ejes incluidos en las entrevistas predominaron el tipo, organización y formas de producción agrícola, sus variaciones en el tiempo, ciclos de cultivo, riego y manejo del agua, aspectos rituales y festivos vinculados, tenencia de la tierra, relación entre distintos actores sociales y con el Estado e instituciones del mercado, destino de la producción (autoconsumo, trueque, venta), circuito de comercialización y actores involucrados, dinámicas de organización familiar, actividades comunales, etc. A partir de la información construida, se ha podido acceder a las representaciones de los sujetos en relación a los distintos aspectos que comprende la

⁸ En los diseños cualitativos se habla de construcciones progresivas de la muestra teórica (Glaser y Strauss, 1967), guiados en este caso por criterios de accesibilidad, representación y heterogeneidad (Valles, 1997), y se denominan no probabilísticos (Baranger, 1999). La cantidad de los muestreos se basan en criterios de saturación o redundancia (Valles, 1997), así como el tipo de información que se construya (Ruiz Olabuénaga, 2012). Sin embargo, si bien deben precisarse estas cuestiones técnicas, no volverá a hablarse de muestras para referirse a las personas entrevistadas, a quienes se considera interlocutores.

⁹ Como se expresó en la introducción, la adopción de esta amplia categoría para representar a diversos sectores sociales que practican la agricultura (tanto a los agricultores familiares, como a los campesinos e indígenas), se basa justamente en intentar respetar las diversas autoadscripciones identitarias con las que las personas refieren a su actividad agrícola. De esta manera, incluye tanto a aquellos agricultores familiares, como campesinos e indígenas del departamento, con la que el Pueblo Diaguita también acuerda al estar representados.

organización de la producción agrícola en Cachi, aportando de esta manera a los objetivos de la tesis, junto a los datos provenientes de otro tipo de registros (fuentes bibliográficas, censales, periodísticas, etc.).

En total se realizaron 95 entrevistas, de las cuales 72 fueron semiestructuradas en profundidad, y 23 de tipo abiertas, en relación a algunos ejes planteados. Asimismo, se registraron en el cuaderno de campo datos de más de 60 conversaciones informales establecidas con personas que por algún motivo, no pudimos coordinar una entrevista. En este caso, corresponden a preguntas o comentarios en relación a algún aspecto puntual que se han realizado en forma ocasional en alguna festividad al pasar, un encuentro en el transporte público o algún comercio, etc. De las entrevistas semiestructuradas, 58 han sido grabadas y posteriormente transcritas en el gabinete, mientras 14 se registraron en el cuaderno de campo. Las mismas fueron establecidas con pobladores de diverso género y edad de las principales localidades y diversos parajes del departamento de Cachi. En relación a la edad, en mayor medida se han realizado con personas adultas, siendo aquellas de más edad las más representadas. Asimismo, dentro de estas entrevistas semiestructuradas, 15 de ellas fueron realizadas con funcionarios estatales municipales y provinciales asociados a programas de políticas públicas o a cargo de oficinas relacionadas al ámbito productivo. Mientras que de las 23 entrevistas abiertas, nueve están grabadas, y el resto registradas en las notas de campo junto a información proveniente de las conversaciones informales establecidas y las observaciones realizadas.

A medida que se iban desarrollando las entrevistas fueron desgrabadas y transcritas textualmente en el gabinete, efectuando el análisis para avanzar en la comprensión de la información construida en base a los objetivos planteados, así como para identificar y/o profundizar en nuevos ejes de entrevistas. Asimismo, en las situaciones de campo se profundizó en la interpretación de los ejes tratados y la co-teorización fue más profunda aún en los dos últimos trabajos de campo, con aquellas personas con las que se estableció un mayor vínculo, referentes de la comunidad indígena y personas de mayor edad en general. En este sentido, como sugiere Rockwell (1987, como se citó en Achilli, 2005), en las notas de campo se procuró registrar nuevas preguntas, impresiones, reflexiones, vinculaciones con términos teóricos, observaciones, categorías emergentes por lo que la instancia de análisis no se reduce sólo al gabinete. De esta manera,

El análisis de los datos etnográficos es simultáneo al trabajo de campo. En este proceso se generan distintas producciones escritas tales como diarios de campo, registros,

transcripciones de entrevistas y comentarios e interpretaciones que el etnógrafo va realizando a lo largo de reiteradas lecturas. Estos escritos buscan relacionar e integrar los fragmentos de información empírica con un entramado de conceptos teóricos para lograr un texto etnográfico que presente una argumentación coherente (Achilli, 2005, Hammersley y Atkinson, 1994, como se citó en Pizarro, 2014, pp. 478-479).

Mediante las historias orales entonces, se procuró construir un relato que permitiera dar cuenta de la organización de la producción agrícola actual, y divisar prácticas y sentidos en la complejidad de las situaciones socioculturales a partir de la observación participante, tanto en las actividades diarias de los pobladores como en eventos festivos, en los que se ponen en relación diversas significaciones entre habitantes de distintos parajes. La importancia de utilizar conjuntamente las diversas técnicas mencionadas radica en que la *perspectiva del actor*, como universo de referencia compartido (Geertz, 1973) al que se aspira llegar, no siempre se verbaliza, pero subyace y articula el conjunto de prácticas, nociones y sentidos organizados por la interpretación y actividad de los sujetos sociales (Guber, 1991). De acuerdo con Guber (1991), se concibe al proceso de investigación como flexible, creativo y heterodoxo, ligado a la constante y paralela relación entre la observación y la elaboración, la obtención de información y el análisis de datos. Sin embargo, en el laboratorio se desarrollará gran parte del análisis en profundidad, tendiente a interpretar y desentrañar estructuras de significación en relación a su campo social (Ruiz Olabuénaga, 2012). Así, mediante el análisis de los discursos se intentó dar cuenta de la construcción de significados que las personas construyen y le asignan a su mundo¹⁰. También se efectuó como procedimiento analítico el trabajo documental con las fuentes mencionadas (etnohistóricas, oficiales del Estado, investigaciones de otros autores, etc.); de las notas de campo obtenidas a partir de la observación y las experiencias vivenciadas en el contexto de construcción de la información; y análisis estadísticos de las fuentes secundarias citadas. Como se mencionó, la integración a partir de la triangulación de técnicas y de información, permitió obtener un panorama para dar cuenta de los objetivos de la investigación, que si bien no se somete a ningún esquema rígido de procedimientos y normas de comprensión de la realidad sociocultural, seguirá criterios explícitos que aseguren la confiabilidad de los resultados y la ética de los estudios etnográficos.

¹⁰ En la tesis, más allá de su análisis, se procuró incluir varios fragmentos textuales de las entrevistas realizadas, a fin de dar cuenta de los universos de sentido tal como fueron relatados, y destacar la riqueza de las expresiones empleadas. Como decisión ético-metodológica, la codificación de los datos textuales se realizó con el siguiente criterio: inicial del nombre de la persona entrevistada, año de realización de la entrevista y localidad o paraje donde reside. De esta forma, es posible representar diferenciaciones geográficas pertinentes de algunos aspectos desarrollados, a la vez que se aseguran la confidencialidad y el anonimato. Otra de las decisiones en este sentido, tiene que ver con el género, que no ha sido destacado en esas referencias a fin de evitar una cuestión sexista/binaria, impuesta por la autora a priori. Asimismo, a fin de facilitar la lectura en el documento, no se incluyen recursos como “@”, “x”, “e” o “-a/as”, aunque se acuerda con una perspectiva de género que se expresa por ejemplo en ponderar el rol de la mujer en las prácticas (agrícolas, de cuidado, instancias rituales y decisiones familiares, como fuerza de trabajo asalariada, etc.). Sin embargo, no ha sido un objetivo profundizar en ello, por eso no se ha trabajado con mayor énfasis.

2.2. Delimitación espacial y temporal del objeto de estudio

El desarrollo de la investigación presenta como límites espaciales al departamento de Cachi (Salta), y como referente empírico a la población de Agricultores Familiares Campesinos e Indígenas –AFCEI- de las localidades de Cachi y Payogasta y sus áreas de influencia. De esta manera, dada la amplitud del territorio, los trabajos de campo se han centrado en mayor medida en las principales localidades y parajes de la jurisdicción, siendo Cachi y Payogasta los espacios más frecuentados. Más allá de las cuestiones logísticas del trabajo en el área -como el pernocte, cuestiones de tiempo, traslados y accesos a los diferentes lugares, entre otros-, en estas localidades radican o reciben la afluencia de personas de distintos parajes, permitiendo el contacto con mayor cantidad de personas. Asimismo, entre los parajes recorridos, se priorizaron aquellos ubicados en las proximidades de Cachi, tanto por cuestiones de movilidad y acceso como por las características productivas que tiene la zona, que reúne por lo tanto una mayor cantidad de productores en un espacio delimitado a quienes pudiera visitar durante el día en sus horas de labranza y/o de descanso. De esta manera, los parajes de Fuerte Alto, Cachi Adentro, La Aguada, San Pedro hacia el oeste de Cachi han sido los más frecuentados en todas las campañas, así como Las Arcas, Las Trancas, San Miguel, Las Pailas y El Algarrobal con menor regularidad en los años 2014, 2018 y 2019. Hacia el sur se ha realizado trabajo de campo, con menor frecuencia durante los años 2015, 2017 y 2018 en Escalchi, Rancagua, Puerta la Paya y San José de Escalchi. Mientras que a los parajes de El Barrial, Villa María, La Paya, El Quebrantal, Vallecito, El Santuario y El Colte, no hemos accedido más que a una aproximación general a través de la observación y/o de las personas que entrevistamos en la localidad de Cachi. Hacia el norte los trabajos de campo estuvieron centrados en Quipón y en el municipio de Payogasta en forma principal en la localidad cabecera del mismo nombre, y los parajes de Bella Vista, Buena Vista en mayor medida, así como Cortaderas, Punta del Agua y Potrero de Payogasta que fueron visitados en la campaña 2017, Palermo Oeste en 2019, y Río Blanco, Tonco, Piul en 2016. Por otro lado, se han realizado entrevistas en la ciudad de Salta a representantes de organismos públicos provinciales, vinculados en gran parte a políticas públicas implementadas en Cachi. En este sentido, se dialogó con funcionarios de la Secretaría de Agricultura Familiar, la Subsecretaría de Asuntos Hídricos, Dirección de Tierras Fiscales y Bienes del Estado, Subsecretaría de Asuntos Indígenas, Dirección General de Agricultura, Secretaría de Asuntos Agrarios, Agencia de Extensión del INTA en Seclantás (Molinos), representantes técnicos del programa Prosap y Pisear. También se consultaron documentos en la Dirección General del Inmueble, el Archivo y Biblioteca Provincial *Victorino de la Plaza*, Biblioteca provincial *Atilio Cornejo*, bibliotecas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Económicas y Jurídicas de la Universidad Nacional de Salta, y se establecieron diálogos

informales en el mercado *CoFrutHos* y mercado municipal de Salta *San Miguel* en relación a la producción del Valle.

Por otro lado, la delimitación temporal -planteada en forma previa en la introducción-, se ha establecido desde la década de 1940 a la actualidad, en relación a un contexto de importantes transformaciones socioproductivas en el área que han generado un fuerte impacto sobre las prácticas agrícolas actuales. A partir de esa época, se han introducido modificaciones que contribuyen a profundizar lógicas modernas en torno a las prácticas agrícolas, con los consecuentes efectos en las formas indígenas. En este contexto, se producen en Cachi cambios en la orientación productiva comercial y reconfiguraciones en la propiedad y uso de la tierra. Estos procesos, asimismo, han estado acompañados por nuevas dinámicas de intercambio y una gran incidencia del Mercado en las decisiones y formas de producir, así como también una mayor presencia del Estado configurando prácticas y relaciones entre los sujetos.

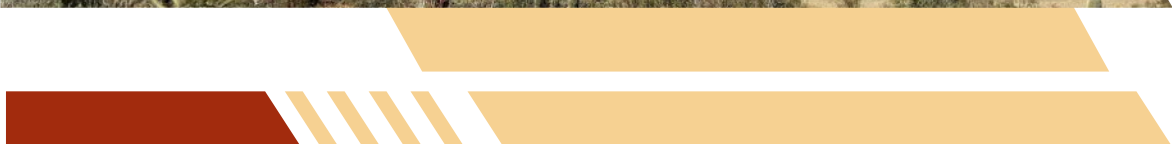


CAPITULO 3

El departamento de Cachi (Salta) en el Valle Calchaquí Norte

*Ahí viene el carnaval llegando
En ancas de aguacero
En Cachi lo estoy esperando
Con chicha y asau de ternero*

Eva Arjona, coplera de Cachi



3.1. Características geográficas, ecológicas y agroeconómicas del Valle Calchaquí Norte

El área de estudio en la que se desarrolla la tesis se denomina Valle Calchaquí, situada en el NOA. Esta área comprende una unidad geográfica de valle mesotermal, caracterizada por una depresión geológica que transcurre a través de las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca. Los ríos que surcan esta depresión geológica configuran el Valle Calchaquí hacia el norte, y Valle de Santa María o Yocavil, hacia el sur (Zelarrayán y Fernandez, 2015).

La investigación se enmarca en la región del Valle Calchaquí Norte, una subregión que transcurre a modo de franja a lo largo del río Calchaquí con orientación general N-S, adyacente al margen oriental de las Sierras Subandinas, a una altura entre 2.000 y 3.000 metros sobre el nivel del mar –msnm- (la altura desciende de norte a sur). En la provincia de Salta abarca unos 200 Km entre los 24° 30' y 26° 30' de Latitud Sur y 66° 20' de Longitud Oeste (Zelarayán y Fernández, 2015), con una topografía montañosa y depresiones intermontanas que posibilita un uso agrícola entre un 2 y 3% de su superficie (Paoli, 2003; Valencia et al., 2003 como se citó en Salusso, 2005). El Valle es más estrecho hacia el extremo norte, donde nace el río Calchaquí a más de 5.000 msnm en el nevado de Acay -ubicado hacia el sur del departamento de La Poma-; mientras que alcanza su máxima área transversal de 10 km de ancho hacia el sur, a la altura de Cafayate (ibid), donde asimismo confluye con el río Santa María entre dicha localidad y San Carlos, en la Quebrada de las Conchas. En términos de jurisdicciones provinciales comprende cinco departamentos ubicados hacia el oeste de la provincia de Salta, denominados de norte a sur: La Poma, Cachi, Molinos, San Carlos y Cafayate.

Desde el punto de vista ecológico, se diferencian en Salta tres regiones fitogeográficas denominadas Dominio Amazónico, Chaqueño y Andino – Patagónico, conformados a su vez por Provincias y Distritos (Cabrera, 1976). Dentro del dominio Chaqueño, la provincia del Monte Occidental en Salta corresponde a la región de los Valles Calchaquíes y comprende los fondos de valles y laderas de montañas en donde el clima cálido y seco con precipitaciones estivales entre los 80 y 200 mm anuales, condiciona una actividad agrícola bajo riego. Además, dentro del dominio chaqueño también se diferencia la provincia de Prepuna y Monte; y Puneña dentro del dominio Andino-Patagónico. La superficie de Prepuna conforma las laderas y quebradas de la Cordillera oriental a partir de los 2.500 msnm, donde las precipitaciones son muy escasas y la actividad productiva se concentra en torno la cría de ganado caprino, ovino y camélidos. Mientras que la Puna constituye una altiplanicie superior a los 3.000 msnm, rodeada por cordones montañosos de alturas variables entre los 4.000 a 6.000 msnm aproximadamente. Se caracteriza por tener un clima muy árido, de bajas temperaturas y gran

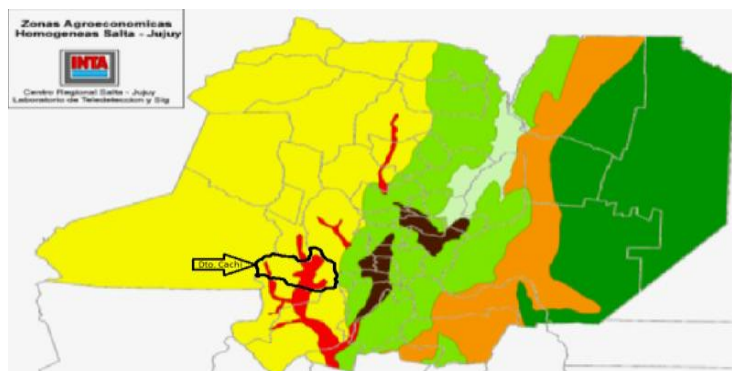
amplitud térmica, escasas precipitaciones y elevada sequedad del aire (Paoli, 2003). Estos factores junto a otros climáticos, edáficos, hídricos, etc. condicionan una escasa vegetación característica de la Provincia Puneña, por lo que las actividades agropecuarias se limitan a ciertos cultivos durante la época de lluvias y la producción ganadera en algunos sectores (Ramírez, 2010).

Por otro lado, el INTA a fin de dar cuenta de la diversidad de sistemas productivos en las provincias de Salta y Jujuy, caracteriza siete zonas agroeconómicas homogéneas a partir de “...determinadas condiciones ambientales, económicas y sociales que posibilitan o condicionan el desarrollo de diversos sistemas de producción” (Piccolo et al., 2008, p. 19). Así, en el departamento de Cachi se integran dos de estas áreas (figura 1) correspondientes a los Valles y Bolsones Áridos con Oasis de Riego y Ganadería Menor abarcando un 25% de su superficie, y Puna y Altoandino con Ganadería Menor y Camélidos en el 75% de la superficie departamental (ibid).

De esta manera, en la extensión de las depresiones alargadas del Valle entre los 1.500 a 3.000 msnm de altitud se desarrollan actividades agrícolas en mayor medida, en torno a las áreas de riego. Los cultivos principales se componen de alfalfa, pimiento para pimentón, vid, hortalizas (cebolla, tomate, papa, poroto pallar), habas, nogal, entre otros; combinada con la ganadería extensiva de cría vacuna, camélida, caprina y ovina. Mientras que en la Puna, dadas sus características, se condiciona a un tipo de agricultura de subsistencia en zonas propicias con acceso al agua y una actividad ganadera extensiva pastoril de ovinos, caprinos y llamas en mayor medida, además de mulas, burros y vacunos (Bravo et al., 1998, como se citó en Zelarrayán y Fernández, 2015). En relación a la crianza de estos últimos animales, los autores dan cuenta del incremento que generan en los procesos erosivos del área al no estar adaptados al ambiente de puna y modificar las características del suelo, dada la morfología de sus pezuñas y su forma de cortar los alimentos que disminuye la cobertura vegetal (Zelarrayán y Fernández, 2015).

Figura 1

Departamento de Cachi en las Zonas Agroeconómicas Homogéneas de Salta y Jujuy.



Nota. Adaptado de Pícolo et al. (2008, p. 19). El color rojo de la figura representa los Valles y Bolsones Áridos con oasis de riego y ganadería menor, mientras el amarillo la zona de Puna y Altoandino con Ganadería Menor y Camélidos.

Por otro lado, Mabel Manzanal (1995) teniendo en cuenta la preponderancia del uso del suelo de la provincia de Salta para la agricultura, establece una zonificación en base a características físicas y ambientales que se relacionan con la diversificación de la producción agrícola. De esta manera, identifica los principales cultivos de cada zona a partir de la cantidad de superficie y explotaciones agropecuarias que lo producen en relación al total. Así, clasifica seis zonas denominadas oeste, central, este, norte, noroeste y suroeste. Los departamentos del Valle Calchaquí integran la zona oeste de la provincia, caracterizada por la producción de forrajeras perennes para el alimento de los animales y cultivos de hortalizas con los que los productores se insertan en el mercado, además de la vid vinífera y la ganadería de subsistencia (ibid).

Disponibilidad y uso de recursos hídricos

La región del Valle Calchaquí pertenece a la Subcuenca Calchaquí dentro de la alta cuenca del Río Juramento¹¹. Presenta como principal curso de agua el río Calchaquí, que nace en los nevados del Acay y recibe afluentes por ambos márgenes de los ríos Salado, de las Conchas, Cachi, Tin Tin, Brealito, Molinos, Angastaco, Amblayo, entre otros (Salusso et al., 2001; Paoli, 2003). En gran medida "...la red de drenaje es de carácter temporario y de escaso caudal, dado por la permeabilidad del sustrato y el aprovechamiento intensivo para riego y consumo humano (Morandi, 2014, p. 35). En Cachi, tiene una dirección de escurrimiento norte – sur y recibe como afluentes principales a los ríos Trancas y Arcas -que convergen en el río Cachi- y Palermo de cauce permanente (Paoli, 2003), además de otros cursos de agua que presentan sus máximos caudales durante la época de lluvia en los meses de diciembre a febrero. El mayor aporte hídrico de la cuenca del río Calchaquí proviene del agua de las zonas de hielo permanente donde algunos ríos como Trancas y Arcas tienen sus nacientes (Pícolo et al., 2008). El agua que se utiliza para la irrigación proviene en mayor medida de fuentes superficiales (INDEC, 2002; Dean, 2008; Morandi, 2014; Paoli et al., 2011) a partir de dichas vertientes de los ríos y arroyos de la zona, y sus caudales varían de acuerdo a las crecidas del período estival y las nevadas en los picos de los cerros que aportan también al flujo de los ríos, que durante gran parte del año tienen escasos o nulas contribuciones de caudal (Paoli, 2003).

¹¹ Una cuenca hidrográfica superficial es un espacio delimitado por las divisorias de agua que discurren por una red de cauces secundarios que convergen en un cauce principal único (Dean, 2008).

Como se mencionó con anterioridad, el uso de agua de riego para el sustento a través de su provisión hacia los cultivos y el ganado es indispensable en estos ambientes condicionados por el clima semiárido de altura con altos niveles de radiación solar, su tipo de relieve, las lluvias estacionales y las propiedades del suelo junto a los procesos erosivos de la zona que también tienen gran implicancia en su configuración. En este marco, el Valle Calchaquí Norte presenta un déficit hídrico permanente al superar la evapotranspiración al volumen de agua de las lluvias, que varía entre 100 a 200 mm anuales (Salusso et al., 2001). Además, dentro de este régimen de precipitaciones, los mayores registros se concentran en los meses de verano cuando se producen las temperaturas más altas –entre noviembre y marzo precipita entre 80 a 85 % del total anual registrado (Paoli, 2003)-, por lo que el agua se evapora con facilidad, además de generar una gran erosión de suelos con las corrientes de los ríos que aumentan su caudal, arrastrando gran cantidad de sedimentos (Paoli, 2003; Salusso et al., 2001). El clima potencia las limitaciones edáficas dadas por suelos de texturas gruesas, la excesiva permeabilidad y deficiente retención de agua, su escasa profundidad, bajo contenido de materia orgánica y exceso de sales en algunos sectores, que los convierte en suelos de alta infiltración y baja capacidad de almacenamiento de agua (Morandi, 2014).

Estas características son muy relevantes para el desarrollo de las actividades agrícolas, dado que afecta los tiempos de siembra, los tipos de cultivo, la organización de turnos de riego entre los productores, la logística para acumular agua durante el período de lluvias, entre otras cuestiones (Villarreal, 2010).

Asimismo, la acción eólica también es considerable en estos suelos que no poseen un gran desarrollo (Paoli, 2003) agravando los procesos de erosión, así como también los factores antrópicos como la implementación de monocultivos y uso de agroquímicos que desertifican el suelo, por lo que la disposición de los recursos hídricos no es efectiva (Salusso et al., 2001; Zelarrayán y Fernández, 2015). Ramírez (2010) en su tesis analiza los procesos erosivos de la cuenca del río Juramento a la que pertenece el río Calchaquí, estableciendo que “Sólo el 47% de la superficie de la cuenca no presentaría problemas graves de erosión, al resto corresponden pérdidas significativas de suelo (mayor a 50 tn/ha/año)” (ibid, p. 81). Por otro lado, en determinados sectores del recorrido –como entre las localidades de La Poma y Payogasta-, el río Calchaquí discurre sobre sedimentos terciarios, cargando sales en disolución en sus aguas (Salusso, 2005).

3.2. El Departamento de Cachi en los Valles Calchaquíes

Los límites jurisdiccionales de la provincia de Salta en departamentos y municipios se establecen hacia 1840, conformándose en los Valles Calchaquíes los departamentos de Molinos, San Carlos y Cachi, abarcando este último los distritos de San José, Payogasta y La Poma (Lera, 2005).

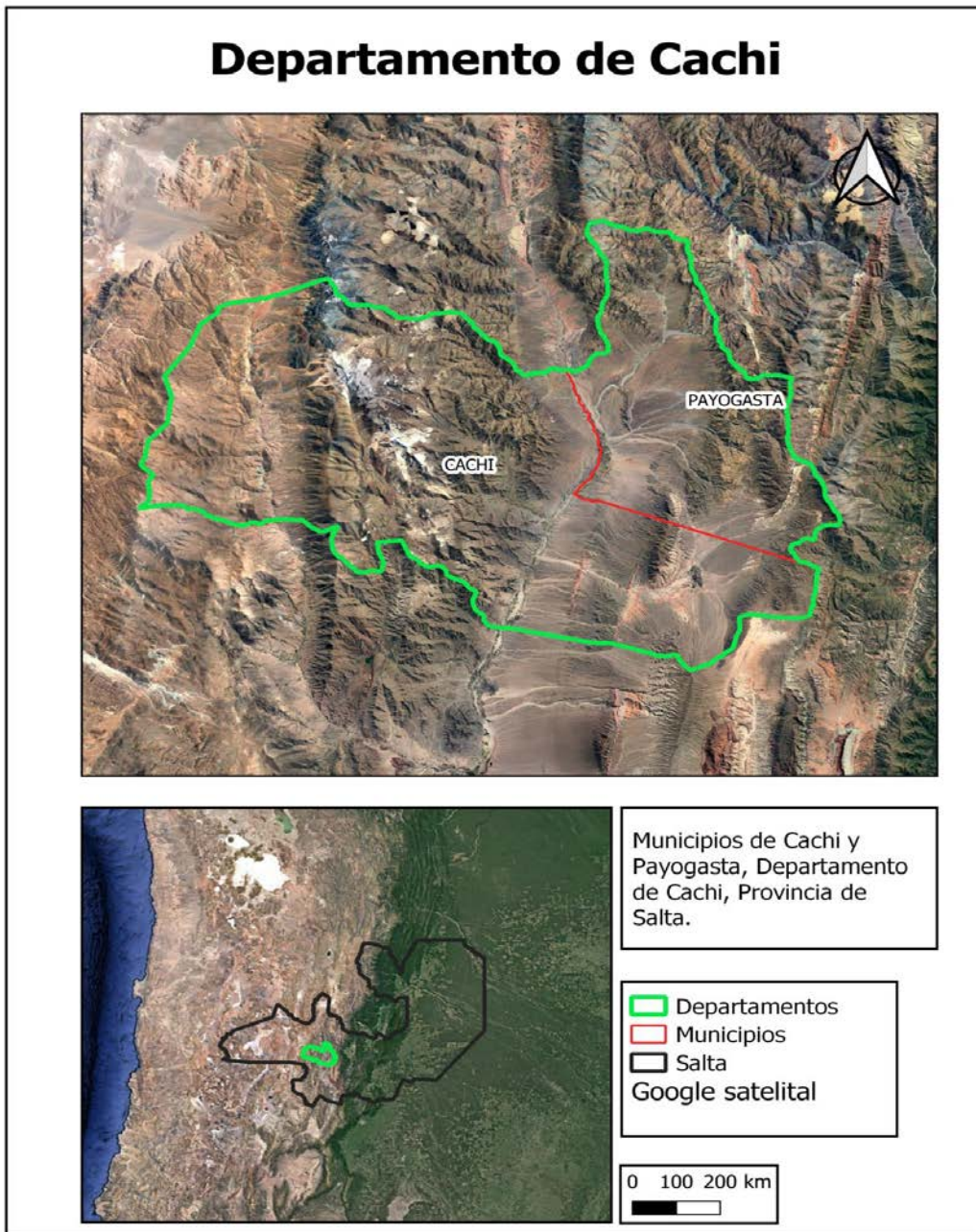
Los departamentos ubicados en los Valles Calchaquíes salteños tienen orígenes similares, en cuanto a que se han ido formando en torno a grandes latifundios constituidos en haciendas o a las capillas que se establecían en la zona (Lera, 2005; Mata de López, 2005). En el caso de Cachi, surge como hacienda en el año 1666 y luego se conforma como curato en 1799, al dividirse el Curato Calchaquí con Cachi como cabecera y Payogasta, la Vice Parroquia de La Poma y la Vice Parroquia de San Antonio (Lera, 2011).

Desde su configuración departamental en 1840, ha habido cambios jurisdiccionales como la división en 1867 de Cachi y Payogasta en dos departamentos, dadas las distancias entre uno y otro y las dificultades que eso conllevaba en las labores administrativas, religiosas, etc. Sin embargo, a fines de 1869 se vuelve a incorporar Payogasta a la superficie departamental y se establece el departamento de La Poma (ibid). Para este momento, no existía el departamento de Los Andes, por lo que el límite político de Cachi colindaba con la Puna de Atacama, siendo un lugar de relevancia en la regulación de la frontera. Este lugar estratégico propició que en 1864 Cachi contara con una receptoría Calchaquí de impuestos nacionales, y en 1902 se fundara la aduana. Mientras que la gobernación de Los Andes se funda en 1899 al reorganizarse el espacio fronterizo con los países de Chile y Bolivia y se constituye como departamento en 1943, por lo que Cachi deja de contar con el espacio fronterizo (ibid).

De esta manera, a partir de 1895 el departamento de Cachi posee la delimitación actual, contando con una superficie de 2.925 km², de los cuales 1.777 km² pertenecen al municipio de Cachi y 1.148 km² al de Payogasta (Dirección General de Estadísticas, 2019). Esta superficie abarca cerca del 2% de la provincia de Salta, que tiene 155.488 km² de superficie (ibid). La cabecera del departamento –la localidad de Cachi– se ubica a 66° 16' de longitud oeste y 25° 12' latitud sur, y se encuentra a 2.280 msnm. Además del pueblo que le da nombre, al municipio de Cachi lo integran los parajes de San Pedro, Fuerte Alto, Cachi Adentro, Las Pailas, La Aguada, El Algarrobal, Las Arcas, Las Trancas, San Miguel, Escalchi, Rancagua, Puerta la Paya, San José de Escalchi, El Barrial, Villa María, La Paya, El Quebrantal, Vallecito, El Santuario, El Colte y Quipón. Mientras que el municipio de Payogasta está integrado por dicho pueblo como cabecera y los parajes de Palermo Oeste, Pucará, Tonco, Puil, Río Blanco, Bella Vista, Buena Vista, La Ciénaga, El Saladillo, Punta de Agua, Las Cortaderas, Potrero (Figura 2).

Figura 2

Delimitación de los municipios de Cachi y Payogasta en el departamento de Cachi, Salta.



Nota. Adaptado de imágenes provistas por Google.

3.3. Características socioeconómicas de la población

El Valle ha estado intensamente poblado desde tiempos prehispánicos y ha tenido una dinámica particular, relacionada con los procesos sociohistóricos y culturales propios de la región que se abordarán en la sección siguiente. Una vez conformado el Estado Nación, es posible analizar de forma cuantitativa la trayectoria de la población a partir de los Censos

Nacionales de Población. En Argentina el primero de ellos se realiza en el año 1869, cuando el departamento de Cachi ya estaba delimitado y Payogasta o La Poma aparecían bajo dicha nomenclatura como otro departamento que comprendía las localidades de San Antonio, La Poma y Payogasta. La población de Cachi en ese momento era de 2694 habitantes y 3325 para el departamento de Payogasta (Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires), de los cuales 1.857 personas residían en el municipio de Payogasta (Lera, 2005). Para el próximo Censo Nacional de Población realizado en 1895 –en el que Payogasta es parte del departamento de Cachi al separarse el departamento de La Poma-, se registran 5.079 habitantes, de los cuales 4479 residen en zona rural y 600 en centros urbanos (Comisión directiva del Segundo Censo de la República Argentina, 1895). Estos datos han sido analizados por Lera (2005), quien indaga en la composición de la estructura poblacional y registra entre ambos períodos censales una disminución de la población económicamente activa masculina, que atribuye tanto a la escasez de los recursos naturales como a la emigración hacia centros que acaparaban mano de obra, tanto la región azucarera como el Valle de Lerma (ibid). Asimismo, quienes habitan en el ámbito rural en mayor medida se ubica en torno a la disponibilidad de recursos como el agua para riego y alrededor de las haciendas en las que se ocupaban como mano de obra, concentrando entre Payogasta y San José el 54% de la población (Comisión directiva del Segundo Censo de la República Argentina, 1895). Es importante destacar que la actual localidad de Cachi, así como Cachi Adentro y Fuerte Alto que corresponden a las zonas más fértiles del departamento y las más pobladas, hasta mediados del siglo XX eran parte de una gran hacienda latifundista en la que sólo residían sus arrenderos, por lo que es esperable que la población se concentre y crezca en otros parajes (Lera, 2005). Los censos posteriores no toman los mismos criterios clasificatorios, por lo que no es posible contrastar los datos, pero se colocan en la tabla 1 la cantidad total de población del departamento en los distintos censos, en los que es posible observar que no hubo crecimiento notorio de la población a lo largo de los años, ni tampoco se modificó considerablemente la proporción de población rural del departamento¹², a pesar de las migraciones hacia las cabeceras municipales u otras ciudades. En este sentido, Manzanal (1995) señala que el lugar de asentamiento de las personas está vinculado con las principales actividades que desarrolla la población, es decir la agricultura bajo riego en zonas irrigadas del departamento y la ganadería, que implica aún un patrón más disperso de asentamiento en zonas rurales.

¹² De acuerdo a la Dirección General de Estadísticas de Salta, la población se considera urbana cuando excede los 2000 habitantes. Al no hallar datos disgregados de las localidades en todos los censos, no se pudo establecer la comparación correspondiente. De todos modos, País (2011) analiza en su tesis que recién en 2001 la localidad de Cachi supera ese valor, pasando de 1434 habitantes en 1991 a 2189 en 2001; mientras que los residentes de Payogasta no serían considerados población urbana en ningún caso, dado que pasan de 407 habitantes en 1991 a 404 en 2001.

Tabla 1.*Cantidad de población del departamento de Cachi en distintos Censos Nacionales.*

Censos	1895	1914	1947	1960	1970	1980	1991	2001	2010
Dto. Cachi	5079	4852	5608	4746	5030	5457	6157	7280	7315

Nota. Información obtenida del Anuario Estadístico de la Provincia de Salta (Dirección General de Estadísticas, 2017).

La información más actualizada corresponde al último Censo Nacional de Población y Viviendas realizado en 2010. A nivel regional, el Valle Calchaquí salteño cuenta con 36.571 habitantes de los 1.214.441 del total de la provincia, representando apenas el 3% de la población salteña. En este contexto, Cafayate constituye la jurisdicción marcadamente más numerosa, mientras que el departamento de Cachi aporta un 20% de la población, dado que allí se registran 7.315 personas (INDEC, 2010). Gran parte de la población de los departamentos del Valle Calchaquí salteño reside en el ámbito rural -59%- (INDEC, 2010). En el departamento de Cachi, este porcentaje asciende a 64%, mientras que el restante 36% de los residentes radica en la parte urbana, es decir en la localidad de Cachi que concentra 2.616 habitantes (INDEC, 2010). Si se establece una comparación con el Censo previo realizado en 2001, la población del departamento apenas se ha incrementado pero es notoria la mayor concentración en las localidades cabeceras en detrimento de la población rural de los parajes (tabla 2). En este sentido, tanto el crecimiento poblacional de algunos pueblos como Cachi así como la migración de los pobladores del Valle hacia la capital de Salta y otras ciudades del país ha sido abordada por los autores que trabajan en la zona (Pais, 2011; Cieza, 2010). Pais (2011) señala una disminución en el rango edad de la población rural económicamente activa -entre los 15 y 54 años de edad- entre los censos de 1991 y 2001 en Cachi, que posiblemente se relaciona con las migraciones a la ciudad de Salta y otras regiones del país, así como a los pueblos del departamento que son los espacios en los que han mejorado los índices de calidad de vida. Para el censo de 2010 es destacable la disminución de la franja etárea de los 20 a 24 años de Cachi, por lo que esta cuestión será retomada en los capítulos para indagar el estado actual de los procesos migratorios. Un dato que aporta a la caracterización general de la población y las posibilidades de residir en su territorio tiene que ver con el acceso a la educación pública. En este sentido, se observa que de las 39 unidades educativas que integran el departamento, 17 corresponden al nivel inicial, 16 a escuelas primarias, cinco a secundarios y sólo hay uno de nivel superior no universitario (Ministerio de Educación, 2017).

Tabla 2

Población rural de los municipios de Cachi y Payogasta en 2001 y 2010.

Dto. Cachi	CNPyV			
	2001	% del total	2010	% del total
Total	7.280	100	7.315	100
Cachi	2.189	30	2.616	35.8
Payogasta	404	5.5	532	7.3
Zona Rural	4.687	64.4	4.167	57

Nota. Elaboración propia en base a datos del Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001 y 2010 (INDEC 2001, 2010).

Por otro lado, los censos incluyen el registro de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI)¹³, a fin de considerar si las condiciones mínimas de bienestar de la sociedad, evaluadas a partir de que determinadas necesidades materiales básicas están resueltas. Para el departamento de Cachi, en 2001 el porcentaje de NBI consistió en 34,4%, mientras que para 2010 se redujo a 21,6% (Dirección General de Estadísticas, 2017). Dentro del departamento, Payogasta en 2001 tenía una proporción más elevada de NBI (37,7% frente al 33,3% de la localidad de Cachi), mientras que para 2010 se reduce en mayor proporción para dicha localidad, llegando a 22% para Payogasta y 20,3% en Cachi (INDEC, 2010). Cieza (2010) menciona que el porcentaje promedio de NBI para los departamentos vallistas de Salta se ha reducido entre los últimos censos, siendo 52,33% para 1991, 34.52 % en 2001 y 22.82% para 2010, pero que sin embargo continúan siendo más altos que el promedio general de la provincia -correspondiente al 19,4% para 2010 (Dirección General de Estadísticas, 2017)-. En este marco, los indicadores más altos de NBI para los departamentos del valle son hacinamiento y condiciones sanitarias deficitarias (Cieza, 2010).

Principales actividades económicas

Las actividades agrícolas bajo riego junto a la ganadería de ovinos y caprinos como complemento son preponderantes en el Valle Calchaquí Salteño (Arqueros, 2007; Cieza 2010; Frere, 2004; Manzanal 1987, 1995; Pais 2011; Teves, 2005, 2011) y constituyen las principales fuentes de ingresos y empleo de la población (Cieza, 2010; Manzanal, 1995).

Los cultivos agrícolas más frecuentes en el área de riego del Valle son la vid, el pimiento para pimentón y la alfalfa (Manzanal, 1995; Pais, 2011), así como diversidad de hortalizas, poroto, especies aromáticas como el comino, y cultivos de autoconsumo –cereales

¹³ "...cuando los hogares, o la población que vive en los mismos, no pueden satisfacer tales necesidades, los mismos son categorizados con NBI. De acuerdo con este enfoque, se define un concepto de pobreza estructural a partir de indicadores vinculados a condiciones habitacionales esenciales, a la escolarización en el nivel primario de educación formal y a la inserción en el mercado laboral de los integrantes del hogar, conceptos estos que están muy vinculados a la calidad de vida." (Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación, 2014: 3).

como el maíz y trigo, papas andinas o criollas, habas y hortalizas- (Cieza, 2010; Manzanal, 1987, 1995). Si bien la producción de los valles calchaquíes salteños tiene escasa representación a nivel económico en la provincia (Arqueros y Manzanal, 2004; Pais, 2011), constituye la principal región productora de pimiento para pimentón del país, tanto por la superficie cultivada –representa más de la mitad de superficie implantada con hortalizas en el Valle Calchaquí Norte (Manzanal, 1995)-, como por la cantidad producida, que alcanza dos tercios del total nacional (Cieza, 2010), alcanzando el mayor volumen de este producto que se comercializa a nivel nacional (Manzanal, 1987; Cieza, 2010). De esta manera, el pimiento para pimentón es el principal cultivo comercial del norte del Valle Calchaquí (Manzanal, 1987, 1998; Arqueros y Manzanal, 2004; Frere, 2004; Cieza, 2010; Manzanal, 1987, 1995; Pais, 2011). Su cultivo se produce en todos los departamentos vallistas salteños a excepción de La Poma (Pais, 2011), siendo Cachi quien más hectáreas destina a su producción, seguido en importancia por San Carlos y Molinos (Manzanal, 1995). En San Carlos, su producción es propia de sectores más capitalizados en mayor medida, mientras que en Cachi es preponderante en las pequeñas explotaciones agropecuarias de los campesinos (Pais, 2011).

Otro cultivo característico del Valle y que ha adquirido mayor preponderancia en el siglo XXI es la vid para vinificar. La producción vitivinícola tiene una larga historia que se remonta al desarrollo de las grandes haciendas coloniales en la zona, y que actualmente constituye una importante actividad destinada a la venta (Cieza, 2010), en relación, en mayor medida, a unidades productivas empresariales (Pais, 2011). En Cachi comienza a desarrollarse al menos desde 1908, cuando se contabilizan algunas explotaciones en el Censo Agropecuario, destinadas a vid para consumo como pasa y/o para vinos caseros (Marinangeli et al., 2016b). En los últimos años ha alcanzando una importancia significativa en las actividades económicas del departamento, asociado al arribo de emprendimientos empresariales para la producción vitivinícola que se intensifican a partir de la década del 2000 (Pais, 2011), transformando la producción regional del vino (Villagrán, 2014). En dicho contexto, la producción que se prioriza es la de vinos varietales -80%- mientras que en menor medida se elaboran vinos comunes y los regionales como el mistela y los pateros dulces y secos (Cieza, 2010). Esta industria vitivinícola especializada en los vinos de altura ha cobrado gran relevancia, siendo que su producción representa el 20% de los vinos finos destinados al mercado nacional y la exportación, aunque solo alcanza el 1% de la producción total en el país (Informe de Economía y Producción, 2009, como se citó en Cieza, 2010).

Asimismo, esta actividad está muy vinculada con el turismo, que cada vez obtiene más relevancia en los valles. En este marco, dada la concentración de bodegas y la gran afluencia

de turismo, Cafayate adquirió características distintivas respecto a otros departamentos vallistas, dado que las prácticas sociales se han transformado más rápidamente en capitalistas (Frere y Cosentino, 2004), mientras que Cachi representa el otro gran centro turístico del Valle. Asimismo, la sofisticación de los vinos ha estado acompañada de la implantación de hoteles boutiques para alojar a los visitantes, por lo que se registran transformaciones en el Valle Calchaquí salteño asociadas a la articulación de estos emprendimientos inmobiliarios, turísticos y vitivinícolas (Villagrán, 2013).

También es muy relevante en su extensión los cultivos de forrajeras perennes como la alfalfa principalmente, que se utiliza como alimento para abastecer al ganado menor y mayor (Manzanal 1987, 1994; Cieza, 2010; Pais, 2011), así como su uso en la rotación de cultivos debido al aporte de nitrógeno al suelo que realiza (Pais, 2011). En el departamento de La Poma destinan gran parte de la superficie de cultivo a su producción –un 90%, mientras 4% se utiliza para el cultivo de hortalizas- (Manzanal, 1995), dado que constituye una “...subzona de producción ganadera de subsistencia dedicada especialmente a ovinos y caprinos y en menor medida bovinos” (Manzanal, 1995, p. 104). En departamentos como Cachi y Molinos, esta actividad se reduce por lo que la superficie implantada con alfalfa representa la mitad aproximadamente, mientras se observa una diversificación de cultivos de hortalizas, legumbres, cereales y aromáticas (ibid). Así, la producción ganadera es complementaria de las actividades agrícolas y se destina en mayor medida al abastecimiento familiar o para el trueque de sus subproductos. La hacienda caprina es la más relevante, seguida por la ovina y vacuna en algunos casos (Manzanal, 1995; Pais, 2011).

En el departamento de Cachi, el poroto pallar sucede en orden de importancia a los principales cultivos mencionados, que lo posiciona también como una de las principales zonas productoras del país de este cultivo y es producido también por sectores campesinos y empresarios (Pais, 2011). Además, se cultivan hortalizas como tomate, cebolla, quinoa y zanahoria y especies aromáticas para el mercado como lavanda, menta y comino. Asimismo, son destacables los cultivos de autoconsumo como el maíz, papas andinas o criollas, trigo, habas, frutales y variedad de hortalizas (Cieza, 2010). Si bien no generan ingresos, esta estrategia diversificada de cultivos permite el autoabastecimiento así como mantener el trabajo familiar durante el año. De todas formas, la extensión de superficie destinada a esta producción ha ido reduciéndose ante el avance de otros comerciales, al igual que las elecciones de productos, que varían en función de las demandas del mercado (Manzanal, 1987; Pais, 2011).

Por otro lado, las actividades relacionadas con la minería se han incrementado especialmente a partir del año 2000 en la provincia de Salta, al recibir inversiones de compañías mineras interesadas en la explotación de minerales metalíferos (Villarreal, 2010). La región de los Valles Calchaquíes reúne -luego del departamento de Los Andes-, reservas metalíferas entre las que el uranio tiene especial relevancia (Bonzi, 2009, como se citó en Villarreal, 2010). El autor señala la preocupación que genera en la población esta actividad y las movilizaciones que se han desarrollado ante el conocimiento de la gran demanda de agua que conlleva, así como una posible contaminación ambiental y afectar la calidad de vida de los pobladores (ibid).

PARTE II ANTECEDENTES DE LA INVESTIGACIÓN

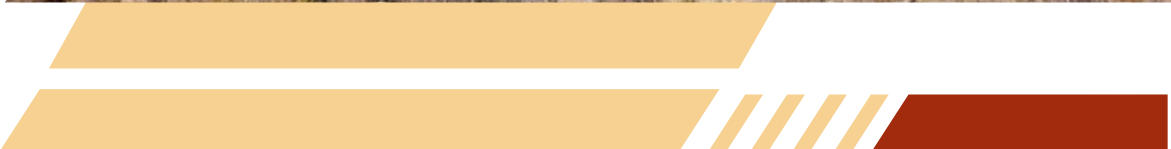


CAPITULO 4

La historicidad de las prácticas agrícolas del Valle Calchaquí Norte.

*Va llegando el carnaval
Con su caja y su ponchito
Haciendo cantar los gallos
Del más grande al más chiquito*

Eva Arjona, coplera de Cachi



4.1. Desarrollo histórico regional

4.1.1. Población prehispánica del Valle. Dinámicas territoriales y socioculturales. Organización de las prácticas agrícolas, tipos de cultivos

Además de las características ecológicas, geomorfológicas, agroeconómicas, climáticas e hidrográficas mencionadas que le conceden cierta unidad al Valle, es notorio también un proceso histórico regional en el área, que denota rasgos socioculturales comunes (Cieza, 2010; Manzanal, 1995; Mata de López, 2005). Estos elementos compartidos se enmarcan en un proceso de ocupación prehispánica continua durante milenios, en los que los Valles Calchaquíes fueron intensamente ocupados por las poblaciones nativas del área andina meridional (Tarragó y Díaz, 1972; Tarragó y Núñez Regueiro, 1972; Tarragó y de Lorenzi, 1976; Tarragó, 1978).

El registro arqueológico presente sobre ambas márgenes del río Calchaquí sugiere una profunda temporalidad, con ocupaciones de sociedades cazadoras recolectoras desde fines del Holoceno medio (Restifo, 2019), dispuestas en terrazas fluviales altas, próximas a fuentes de agua -aunque sin asentamientos estables- y con tecnología lítica orientada en forma principal a la caza de camélidos (Serrano, 1968; Cigliano, 1968; Tarragó y de Lorenzi, 1976). Por otro lado, la materialidad para el período Formativo se caracteriza por estructuras construidas en forma preponderante en montículos, asociadas a un tipo de alfarería monocroma típica (Baldini, 2007; Díaz, 1983; Rivolta y Cabral Ortiz, 2017; Tarragó, 1980; Yazlle et al., 2009). Allí, se registran para estos momentos tempranos evidencias de espacios de vivienda y muros de distintos tipos para organizar el espacio doméstico que sugieren que las primeras ocupaciones locales de este período podrían ubicarse entre los 3.500-2.400 AP. Asimismo, aun se registra una importante movilidad de la población para la obtención de recursos, dando cuenta de la transición entre las sociedades cazadoras y las ocupaciones aldeanas. Por otro lado, las evidencias del uso de vegetación y la presencia de instrumentos de molienda como morteros y manos, dan cuenta de una posible agricultura incipiente, así como también restos de animales asociados al consumo e indicios de manufactura cerámica (Rivolta y Cabral Ortiz, 2017).

Las ocupaciones del Segundo Milenio prehispánico, por su parte, registran gran densidad en cuanto a las evidencias materiales (Acuto y Gifford, 2007; Acuto et al., 2007; Ambrosetti, 1906, 1907; Baldini et al., 2004; Boman, 1908; D'Altroy et al., 2000; Debenedetti, 1908; Difrieri, 1948; Dillenius, 1909; Tarragó y De Lorenzi, 1976; Tarragó y Díaz, 1972, 1977; Tarragó y Núñez Regueiro, 1972; Williams 2002- 2005). Para estos momentos del Período de Desarrollos Regionales –entre 900 d.C. hasta principios del SXV-, los registros arqueológicos permiten dar cuenta de un proceso de cambio y complejización creciente donde se

regionalizan las relaciones sociales y jerarquiza la estructura política, además de una intensificación de los procesos productivos (Núñez Regueiro, 1974; Tarragó, 1995, 2000). El registro material de estos momentos se caracteriza por un patrón de asentamiento conglomerado o semiconglomerado de tamaños variables que articulan con caseríos y unidades domésticas en el ámbito agrario, de diversa densidad poblacional (DeMarrais, 2001; Tarragó y Díaz, 1972; Tarragó y De Lorenzi, 1976). De esta manera, se producen nuevas dinámicas de uso y organización del espacio que incluyen determinadas estrategias productivas respecto al período anterior, así como una organización social marcada por una asimetría en torno a las relaciones de generación, uso y distribución de bienes, dado el control político establecido a nivel regional en el que estaban incluidas estas grupalidades (Tarragó, 1995). En este marco, se consolidan circuitos de interacción entre distintas regiones ecológicas (Sprovieri, 2014), en los que el Valle ha tenido gran relevancia como espacio de circulación, al constituir una vía natural de comunicación entre distintos ámbitos macroregionales (Baldini y de Feo, 2000). Asimismo, en el área se desarrollaba la agricultura bajo riego, por lo que los espacios productivos estaban dispuestos mayormente en el fondo de valle, en torno a la presencia de los cursos de agua permanente, o en las altitudes intermedias, aprovechando el deshielo de los picos nevados (Páez et al., 2012; Páez y Giovannetti, 2014; Páez y López 2016, 2019).

La intromisión incaica hacia el siglo XV en el NOA se ha manifestado en el área a partir de una arquitectura con rasgos cusqueños (Acuto y Gifford, 2007; D'Altroy et al., 2000; De Marrais, 1997), estilos cerámicos propiamente incaicos pero también con variantes estilísticas locales (Calderari y Williams, 1991), y la intensificación y ampliación de la circulación interregional previa para movilizar, no sólo recursos y materias primas, sino bienes de gran relevancia simbólica (Sprovieri, 2014). También se describe una intensificación productiva evidenciada por el aumento en la variedad de cultivos y las superficies de implantación de granos, además de la construcción de canales, represas, estructuras de almacenaje, asentamientos estatales y la apropiación simbólica de los espacios productivos (Williams et al., 2005). Este contexto habría propiciado además, la organización de un trabajo cooperativo que hiciera posible el aprovechamiento de los recursos naturales para suplir las demandas sociales (DeMarrais, 2001). Sin embargo, las formas de organización política, tecnológica y social de los momentos previos han logrado perpetuarse, aun en la cambiante situación política de las sociedades de la zona. Este aspecto, posibilita pensar en espacios de negociación como principal estrategia, dado que además, no se hayan evidencias de fuerte conflictividad en este sector norte del Valle (Páez et al., 2020). Así, hay estudios que señalan que la presencia incaica en la región no significó cambios sustanciales en la organización política y social previa, ni en

los aspectos materiales y simbólicos (D'Altroy et al., 2000; González y Tarragó, 2005; Williams, 2002-2005), sino que hubo “reorganización de espacios, la resignificación y construcción de nuevos paisajes, como también la incorporación de nuevos significados y símbolos relacionados al estado Inca” (Williams, 2008 como se citó en Castellanos, 2016, p. 275).

De esta manera, desde la arqueología se registra en el Valle Calchaquí, espacios públicos con una organización espacial con rasgos similares a la observada en el Área Andina central, una intensificación de las áreas productivas y por lo tanto un mayor desarrollo de los sistemas de riego, además de la incorporación de nuevos caminos destinados a mantener una fluida comunicación entre el incanato y la región (D'Altroy et al., 2000; de Lorenzi y Díaz, 1977; Páez y Giovannetti, 2014; Páez et al., 2012; Tarragó, 1977, 1978; Tarragó y de Lorenzi, 1976; Vitry, 2002, 2007; Williams, 2002- 2005; Williams et al., 2010, como se citó en Páez y Marinangeli, 2016). Sin embargo, en los estilos alfareros con frecuencia se han reproducido estilos locales (Perotta, 2014), y en mayor medida se han combinado en la cerámica elementos incaicos con otros locales en un mismo objeto, configurando un estilo híbrido o mixto, siendo menos recurrentes la producción de estilos cusqueños (Calderari y Williams, 1991; Páez y Giovannetti, 2008).

Para el momento en que los españoles avanzan en la región, tras la violenta embestida del proceso de conquista y colonización de los siglos XVI y XVII, las principales actividades productivas desarrolladas por los grupos indígenas estaban dadas por la agricultura bajo riego y el pastoreo de llamas y guanacos. Los registros etnohistóricos indican que en el Valle se cultivaba papa, maíz, quinua, legumbres, algarroba y chañar (Mata de López, 2005), algunos de los cuales siguen representando el principal sustento de la población actual en nuestros días. Así, la autora cita una referencia documental del año 1.592 en la que se menciona que el Valle Calchaquí

Es tierra muy abundante de papas, papas como turmas de la tierra, que se siembran maíz, frijoles y quinua, zapallos, trigo, cebada y todas legumbres, algarroba y chañar; y tienen la puña, que es el páramo cerca, donde tienen gran suma de caza de guanacos, vicuñas y tarugas y otras muchas cazas. Siembran con acequias de regadío todo lo dicho [...] tienen ganados de castilla, de los que tomaron a los españoles cuando los mataron e hicieron despoblar (Pedro Sotelo de Narváez, 1592, como se citó en Mata de López, 1989, p. 68).

4.1.2. Las prácticas agrícolas en el registro arqueológico prehispánico

La pesquisa acerca de la actividad agrícola, en particular en el último milenio de ocupación prehispánica, permite destacar tres aspectos centrales que requieren consideración. Por un lado, la existencia de grandes extensiones productivas, además de las chacras relacionadas con los espacios domésticos. Uno de los sitios más representativos de ello es Las Pailas, con aproximadamente 500 ha de tierras de cultivo entre los dos sectores que lo componen. Al respecto se ha descrito un área de recintos y una amplia zona compuesta de cuadros de cultivo y estructuras asociadas como recintos subcirculares dispersos desde épocas tardías con continuidad en el momento Inkaiko. Además, se han identificado estructuras de molienda, instrumentos de labranza –palas, azadas, lascas, etc.- y procesamiento de granos como conanas y morteros, y un destacable sistema de irrigación mediante una amplia red de canales que distribuían el agua para el riego proveniente de los ríos de deshielo y de vertientes en los cerros, dando cuenta de la preeminencia agrícola en el espacio (Páez et al., 2012; Páez y Giovanetti, 2014). Estos canales, tanto aéreos como subterráneos, están interconectados en toda la extensión del sitio y parten desde las tomas donde se capta el agua y se dispersa luego mediante canales primarios, secundarios y regueras hacia los campos, posibilitando el cultivo (Páez y López, 2016, 2019). La presencia de recintos circulares pequeños al interior y en los laterales de los canchones de cultivo es recurrente, pudiendo estar relacionados al acopio para los momentos de escasez y/o para redistribuir entre la población (Giovannetti y Páez, 2012; Páez et. al., 2012).

Una extensión de cultivo significativamente menor aunque también muy importante, se encuentra hacia el Norte de Las Pailas y hacia el Oeste de la localidad de Payogasta, en el sitio conocido como Río Blanco. Este lugar destaca además por su privilegiada localización en relación a la visibilidad de todo el sector norte del Valle (Páez et al., 2020). Aún más hacia el Norte, en el paraje de Las Peras-Sauzalito se concentra otro sector agrícola de gran envergadura, en este caso conformado por aterrazamientos y un complejo sistema hidráulico de tomas de agua, represas y canales de diferente caudal (Páez, M. C., comunicación personal, 28 de noviembre de 2019). En estos casos, así como en Las Pailas, la arquitectura utilizada demuestra no sólo el desarrollo de una tecnología apropiada para el manejo de las condiciones del ambiente, sino también la importancia del trabajo cooperativo como mecanismo para asegurar la supervivencia del grupo y relacionarse con el medio natural.

En este marco, las características que adquirió el sistema hidráulico desarrollado en el Valle, tanto en el sitio Las Pailas como en los dos mencionados, posibilitó el cultivo en grandes extensiones a través de un sistema articulado de obras hidráulicas que incluyen canales de distintas dimensiones, tomas de agua y represas para abastecer el riego en el proceso

productivo en superficies agrícolas como las terrazas y los campos de cultivo (Páez, 2015; Páez y López, 2016). Así, en el sitio Las Pailas, por ejemplo, se desarrollaron extensos sistemas de irrigación para abastecer una amplia superficie agrícola que incluía canales revestidos y no revestidos (Páez y Giovannetti, 2014; Páez y López, 2016, 2019) de distinta jerarquía, en virtud del tamaño y características constructivas (Páez y López, 2016). Dentro de estos canales, los troncales de mayor dimensión, captarían el agua de los ríos de la zona, derivándolos hacia canales menores tapizados, alcanzando los campos de cultivo a través de otros de tercer orden o regueras en su tramo final (Páez y Giovannetti, 2014). De esta manera, se describe una importante estandarización en la gestión del agua (Páez y López, 2016) y un trabajo coordinado asimismo para su regulación y abastecimiento, evidenciado por ciertas características de los canales como sus medidas de ancho y profundidad, que de no haber sido mantenidos mediante su limpieza y frecuente acondicionamiento, hubiesen colapsado con facilidad por los sedimentos que acarrearía el flujo hídrico, por ejemplo (Páez y López, 2016, 2019). Una infraestructura hidráulica de menor envergadura aunque igualmente eficaz para el riego se puede observar en el sitio Río Blanco, en donde los canales revestidos se distribuyen en medio de los campos agrícolas, captando el acuífero a partir de tomas que aún son utilizadas en la actualidad (Páez, M. C., comunicación personal, 28 de noviembre de 2019). Asimismo, una mayor conservación se observa en el complejo y articulado sistema hidráulico del sitio Las Peras- Sauzalito. Allí, es notoria la presencia de una toma de agua y tres represas ubicadas en la cima de los cerros, en forma sobreelevada a los conductos, de modo que el acuífero se transportaría posiblemente desde las represas hacia las zonas cultivadas. Una de ellas articula con una amplia red de canales y al menos tres líneas de terrazas de cultivo dispuestas en las laderas de los cerros en forma perpendicular a los canales de riego. Los mismos bajan por la pendiente desde la cima en articulación con un canal más ancho, irrigando de esta manera la superficie de los andenes de cultivo, y llegan hasta la base (Páez, 2015).

Otro de los aspectos que destaca en el registro arqueológico del Segundo Milenio prehispánico es la complementariedad de la agricultura con otras prácticas, como es el caso del pastoreo y la crianza de los animales. Las figuras de camélidos son una representación frecuente en el arte rupestre de la zona, en algunos casos inclusive se los dibuja encerrados en corrales o se resaltan algunas como las de hembras preñadas o con su cría (Acuto et al., 2011; Páez et al., 2016). La complementariedad entre la zona de valles y puna es otro aspecto a tener en cuenta para pensar una economía y modo de vida en donde ambos aspectos son interdependientes, e inclusive configuran un tipo de actividad que, para otros valles, se ha denominado agropastoralismo (Laguens et al., 2013).

Algunos elementos como la presencia de obsidianas o malaquita, que no están disponibles en la geología local, son tomados por la Arqueología como indicadores de intercambios que se producen en el marco de las prácticas de caravaneo y que abonan a la idea precedente (Páez et al., 2014). En este sentido, es posible interpretar estos datos a la luz de las investigaciones prehispánicas que destacan la complementariedad como una de las características sobresalientes de las lógicas de organización andinas, para dar cuenta de las estrategias de organización social, económica y cultural de estas comunidades (Murra, 1975 [1972], 1975; Núñez y Dillehay, 1995; Platt, 1987; Nielsen, 2002). La complementariedad ha sido abordada como una estrategia que permite acceder a distintos tipos de recursos entre los pastores de altura, por ejemplo, cuyas posibilidades productivas son más limitadas, y abastecerse de cultivos y otros productos de zonas bajas. En este marco, una de las propuestas para analizar esta estrategia ha sido establecida por Murra (1975 [1972]) que plantea el acceso a dichos bienes mediante el control directo vertical de distintos pisos ecológicos. Mientras que otras explicaciones se centran en los intercambios de productos de distintas regiones a través de la organización de grandes viajes o caravanas por parte de grupos pastoriles (Nielsen, 2002; Núñez y Dillehay, 1995).

Los aspectos rituales conforman otro de los elementos importantes a mencionar para comprender la agricultura de tiempos prehispánicos. Así, espacios con grabados rupestres han sido interpretados en vinculación con las labores del ciclo agrícola, como el caso del sitio La Herradura, muy próximo a Las Pailas (Páez et al., 2017). Por otro lado, en distintos lugares del Valle, se han registrado estructuras de piedra en medio de los campos de cultivo denominadas *huanca*s que destacan por su forma y tamaño, además de que se encuentran en forma individual o en pares en alusión a la complementariedad femenino/masculino (Platt, 1980) propia de la ontología andina (Páez y Marinangeli, 2016; Páez et al., 2016, 2017). Estas piedras paradas, que no son exclusivas del Valle Calchaquí sino que parecen recurrentes en el área andina (Burger y Salazar 2015; Gentile, 2003; Manzo, 2010; Robin Azevedo, 2010; Tantaleán y Leyva, 2011), asociadas a la confluencia de prácticas y relaciones colectivas (Tantaleán y Leyva, 2011), han llamado la atención ya de los primeros cronistas (Avendaño, 1648; Arriaga, 1968), promoviendo interpretaciones posteriores acerca de su importancia en relación a los ancestros y la fertilidad, asociadas a lo agrícola (Duviols, 1978, 1979). Uno de los aspectos que llama la atención es que su ubicación, en medio de las parcelas cultivadas, habría dificultado las tareas de siembra y cosecha, y a pesar de ello, su importancia prehispánica hace que en muchos casos, se conserven aún en la actualidad (Páez y Mariangeli 2016; Páez et al., 2016). Así, si bien las veneraciones a la Pachamama relacionada con la funcionalidad de las piedras en principio

se ha ido resignificando de acuerdo a las nuevas condiciones históricas y sociales de los pobladores del lugar,

...el hecho de que permanezcan dentro de los campos que utilizan actualmente para la siembra, aunque no practiquen rituales de fertilidad junto a ellas, da cuenta de que las piedras conservan aún un lugar en la memoria colectiva, lo que hace que de alguna manera sigan estando presentes en la práctica cotidiana (Páez et al., 2016, p. 151-152).

4.1.3 Las poblaciones indígenas del Valle tras la conquista española

De acuerdo a los registros etnohistóricos, apenas acontecida la conquista, los españoles organizaron la producción en las tierras más fértiles del Valle Calchaquí -en territorio de la actual provincia de Salta- en torno a la vid, los frutales, cereales como el maíz, trigo y cebada, y mantuvieron también los cultivos tradicionales como tubérculos y curcubitas (Mata de López, 1989). En este sentido, Giovanetti (2005) desde un análisis arqueológico de los cultivos en el NOA, argumenta que aquellos introducidos como el trigo y la cebada se producían en mayor medida orientados a la dieta española, mientras que no fueron significativos en el consumo indígena, al menos durante el primer siglo y medio de la conquista, siendo el maíz el principal alimento, junto a otros como poroto, algarroba, etc. Sin embargo, los animales domésticos han sido incorporados rápidamente, por lo que el autor enmarca estos procesos como parte de la resistencia establecida en el orden simbólico y cultural de los pueblos locales. Así, explica que

...los indígenas de los siglos XVI y XVII, en lo que respecta al consumo cotidiano de productos agrícolas, como el trigo, la cebada y frutales, presentaron una barrera escasamente permeable y que esto puede ser interpretado como una resistencia cultural ante los valores y costumbres del invasor que ponían en peligro los propios. Pero, ¿por qué esta resistencia parece ser selectiva con algunos productos y no así con otros? Como primera medida [...], los grupos sociales en contacto tienden a permeabilizar sus fronteras culturales ante ciertos aspectos que no ponen en peligro su identidad (Giovanetti, 2005, p. 277).

En los Valles Calchaquíes, la resistencia de los grupos indígenas se extendió por más de 130 años (Lorandi & Boixadós, 1987-1988). En conjunto, estos grupos han sido denominados “diaguitas” (Lorandi, 1988; Rodríguez, 2008), pero constituyen sectores heterogéneos que Lorandi y Bunster (1987-1988) agrupan en parcialidades de acuerdo a una sectorización de la población prehispánica del área. Así, el territorio que corresponde a Cachi en la actualidad,

quedaría enmarcado en el sector norte, y comprende desde La Poma hasta un punto intermedio entre Molinos y Seclantás, donde predominaban las poblaciones pulares; hacia el centro se ubicarían las poblaciones denominadas calchaquíes, y finalmente el área sur, también llamada valle de Yocavil, dada la preponderancia de dicha grupalidad (ibid). Durante el proceso de resistencia, estas parcialidades han adoptado diversas estrategias para conservar su autonomía política en las que no siempre ha habido enfrentamientos violentos. Los episodios más ofensivos han sido caracterizados en tres momentos de ese período, en los que se han asesinado y enfrentado a los españoles y desestructurado sus instalaciones, a las que los colonos respondieron con distintas campañas de pacificación que culminaron con éxito recién en 1664 en la parte sur del Valle (Rodríguez, 2008).

De esta manera, una vez finalizada la resistencia armada en el siglo XVII, los españoles avanzaron sobre las tierras comunales que comenzaron a repartirse y explotar bajo las *Mercedes de tierras*. Estas fueron adjudicadas por la corona en retribución a quienes participaron de la conquista, y se instituye además la *Encomienda* de indígenas como forma de explotación de la fuerza de trabajo de los habitantes locales para la labranza de dichos espacios (Lera, 2005; Mata de López, 2005). Los trabajos de análisis de fuentes etnohistóricas rondan entre un vaciamiento y desestructuración total de los habitantes del Valle, a posturas más relativas que consideran el rol activo de los indígenas en la adopción de diversas estrategias durante el proceso de resistencia. Desde esta mirada, si bien las grupalidades en general han sido desnaturalizadas y extrañadas, su grado de desmembramiento fue diferencial de acuerdo al carácter de su participación en la conquista. Así, los pueblos que residían en la zona de Cachi –área pular-, que habían optado por estrategias negociadoras, fueron considerados “indios amigos” y trasladados a Salta para resguardarlos de los ataques previo a culminar los enfrentamientos (Lanusse, 2009; Lera, 2005; Lorandi, 1988; Lorandi y Boixadós, 1987-1988). Estos grupos, “...en vez de resistir abiertamente la conquista, se integraron al orden colonial como otra adaptación que les permitió controlar sus tierras y garantizar la reproducción de sus comunidades” (Quintián, 2008, p. 300). De esta manera, tras establecerse el orden colonial, obtuvieron condiciones para evitar la desestructuración de sus pueblos y conservaron también parte de sus territorios hasta fines del siglo XVIII, de acuerdo a la documentación judicial analizada por el autor (ibid). Asimismo, es considerable la cantidad de población indígena registrada en el Padrón de Pueblos y Encomiendas de Salta del año 1673, posiblemente pulares, dado que al menos tres de los cinco pueblos y encomiendas en las que fueron asentados se ubican en la misma área de residencia -encomienda de San Pedro de Nolasco en Molinos, y cerca de los pueblos de Cachi y Payogasta otras dos parcialidades- (ibid). Lorandi y Boixadós (1987-1988) en base al análisis de las cédulas reales de los primeros

otorgamientos de encomiendas en la zona, no descartan tampoco la posibilidad de que áreas como Cachi y Payogasta estuvieran habitadas por grupos de etnia pular.

En este marco, Lorandi (1990-1992, 1992) introduce la idea de mestizaje y etnogénesis que da cuenta del componente indígena en la población rural identificada posteriormente como criolla (Rodríguez, 2008), así como la confluencia de varias parcialidades indígenas durante el llamado repoblamiento del Valle, que potenció la multiculturalidad (Lanusse, 2009; Lorandi y Boixadós, 1987-1988; Mata de López, 2005; Rodríguez, 2008). Por otro lado, la complejidad arqueológica en la zona de Cachi para momentos posteriores a la conquista española (Cabral, 2018; Cabral y Yazlle, 2014; Yazlle et al., 2009), expresa a través de su registro material las resignificaciones de prácticas y relaciones sociales en momentos de contacto en el área, donde hubo rupturas pero también continuidades (Cabral, 2018; Cabral y Yazlle, 2014). De esta manera, los procesos poblacionales del Valle sugieren una persistencia de grupalidades locales a pesar de los movimientos parciales de la población. Da cuenta de ello la gran cantidad de habitantes que allí residían, que indica que nunca estuvo despoblado, así como la pronta incorporación de mano de obra indígena para el desarrollo agrícola, que ha mantenido una continuidad productiva. En consonancia con este planteo, Rodríguez (2008) se pregunta

...además de estos nuevos propietarios y sus familias ¿quiénes conformaron la nueva población? Las desnaturalizaciones, como ya hemos señalado, plantearon una paradoja: si bien los conquistadores accederían finalmente a la propiedad de la tierra ¿quiénes serían los encargados de trabajarla? Si cabe la posibilidad de que todos los pobladores originarios fueran desterrados de sus tierras natales ¿es dable que, a pesar de la prohibición que sobre ellos pesaba, muchos volvieran al Valle durante esos primeros años post-conquista? (Rodríguez, 2008, p. 76).

Asimismo, menciona otra paradoja en cuanto a la composición étnica de la población rural vallista, dado que si ha sido despoblado de sus habitantes originarios ¿cómo podría explicarse que, de acuerdo con el censo de 1776, la población indígena fuera mayoritaria? (ibid). En este sentido, si bien se registran complejos procesos demográficos y de movilidad de población, se sugiere que los antiguos pobladores del Valle que habían sido desnaturalizados, volvieron. Dentro de estos procesos poblacionales, se destacan la merma de población local durante la primera mitad del siglo XVII, y la afluencia de grupos indígenas del Alto Perú a partir de 1750, atraídos por la expansión del comercio mular y el desarrollo ganadero en el área (Mata de López, 1998). En cuanto a las razones de los regresos, se mencionan “el vínculo ancestral que ligaba al indio con su tierra” (Mata de López, 1990, p. 50), las obligaciones

impuestas de los encomenderos (Lorandi, 1988; Mata de López, 1990; Rodríguez, 2008), o las mercedes de tierra en las que se habían mantenido a los indios amigos en el área pular (Mata de Lopez, 1990; Quintian, 2008). Estos retornos durante y después del proceso de desnaturalización al lugar de donde habían sido extrañados, tomaron distintas formas en cuanto a las causas, cantidad de población, forma de realización, etc. pero han sido constantes en el tiempo (Rodríguez, 2017).

4.2 Configuración de las grandes haciendas y estancias. Organización de las prácticas agrarias, relaciones sociales y destinos de la producción. El Mercado como principal destino de la producción en estas unidades productivas

Las posesiones de Mercedes de tierras asignadas al finalizar la conquista en el siglo XVII configuraron las grandes concentraciones de superficie que caracterizan al Valle (Lanusse, 2011; Mata de López, 2005; Rodríguez, 2008) y dieron origen tanto a las *haciendas*¹⁴, como a los *campos comuneros* o *mercedes indivisas*¹⁵, es decir propiedades rurales utilizadas de forma colectiva a partir de una serie de derechos y acciones (Rodríguez, 2015). Estas formas de propiedad eran amparadas por las Leyes de Indias durante la Colonia, aunque hacia fines de este período al perder vigencia desaparece la propiedad comunal en cuanto figura legal en el Valle Calchaquí, y se consolida la propiedad privada (Mata de López, 1990). Los marcos jurídicos instaurados en la segunda mitad del siglo XIX profundizan los procesos de privatización de las tierras indígenas (Madrado, 1970; Teruel y Fandos, 2007), acompañando el avance de estructuras capitalistas como la agroindustria azucarera en el NOA y la instauración de un orden “liberal” en el Código Civil en detrimento de los derechos indígenas (Teruel y Fandos, 2007 s/n). Del mismo modo, estas formas de propiedad se han visto condicionadas por procesos en los que “...a través del tiempo se fueron vendiendo, heredando y donando derechos y acciones de uso sobre los mismos, dando lugar a una compleja situación jurídica respecto a la propiedad” (Zubrzycki et al., 2003, p. 105). Sin embargo, los campos de uso común o comunales en el NOA continúan vigentes en la actualidad (Hocsman, 2003a; Isla, 1992; Faberman y Boixadós, 2015; Rodríguez, 2015; Slutzky, 2008; Zubrzycki, 2002, 2007) y se suelen encuadrar bajo la forma jurídica de tierras fiscales a cargo del Estado (Rodríguez, 2015).

¹⁴ *Hacienda* refiere a aquellas propiedades extensas con producción diversificada, especializada y excedentaria para los mercados locales y regionales. Mientras que las *Estancias* son propiedades más pequeñas que las haciendas y destinadas exclusivamente a la ganadería, y *Chacra* refiere a propiedades de dimensiones reducidas y dedicadas a la producción agrícola con escaso ganado. Los *potreros* y *tierras* corresponden a categorías locales que refieren a terrenos potencialmente aptos para el cultivo y/o crianza de animales (Mata de Lopez, 2000; 2005)

El término *Finca*, por otro lado, es utilizado en la actualidad en el NOA para designar propiedades agrarias que pueden variar de un tamaño grande a mediano, pero en ellas predomina una forma de producción orientada al mercado, es decir que por lo general son explotadas empresarialmente (Lanusse, 2011, p. 172)

¹⁵ Zubrzycki (2002) caracteriza a los *campos comuneros*, *mercedes indivisas* o *estancias indivisas* del NOA como “...tierras originariamente dedicadas a la actividad pastoril y que en la actualidad, marginales a un desarrollo agrario, complementan y en muchos casos sustentan la economía de sus pobladores” (ibid, p. 1).

Por otro lado, las grandes propiedades rurales son las que prevalecen como propiedad privada, siendo más reducidas las pequeñas y medianas extensiones (Lera, 2005; Mata de López, 1989, 1990, 2005). Al respecto, Quintián (2013) realiza una distinción acerca de la concentración territorial en distintos sectores del Valle Calchaquí para mediados y fines de siglo XIX. Así, mientras en los extremos norte y sur (La Poma y Cafayate) se consolidaron con mayor fuerza las grandes propiedades rurales, en Cachi y Molinos la estructura era más polarizada dada la significativa existencia de familias campesinas en su mayoría indígenas, mientras que en San Carlos tenían mayor presencia los pequeños y medianos propietarios, siendo menor la concentración territorial en grandes haciendas (ibid). Esta configuración se mantuvo relativamente estable y las grandes propiedades se traspasaron por herencia durante varias generaciones desde los primeros encomenderos de la zona (Lera, 2005; Mata de López, 2005; Rodríguez, 2008), atravesando un paulatino fraccionamiento recién en la primera mitad del siglo XX (Lanusse, 2011). Sin embargo, en Cachi estas fracciones aun representaban grandes latifundios que cubrían casi la totalidad de la superficie departamental, acompañados también de formas de explotación de la fuerza de trabajo similares a las instauradas en la Colonia (Lanusse, 2011). Estas prácticas derivadas de la Encomienda colonial, conllevaron que parcialidades indígenas locales o foráneas residan en los latifundios en calidad de arrenderos, agregados o peones estables (Pais, 2011). Muchas veces, esta situación se trataba de un mecanismo de endeudamiento al que eran sometidas las personas con la finalidad de obtener dinero para comprar tierras y así obligar el servicio personal (Mata de López, 1989). Estas formas aún continúan presentes en la actualidad bajo figuras como el arriendo, adquiriendo variantes dentro del esquema de patronazgo (Pais, 2011).

De esta manera, entonces, durante el siglo XVIII el sector norte del Valle estaba compuesto por estancias y haciendas como la Hacienda de Molinos, La Hacienda de Cachi, Estancia Payogasta, Hacienda de La Poma, Anexo de San Antonio, Vice parroquia de San Carlos y Amblalillo, conformando el Curato Calchaquí (Lera, 2011), que dieron origen a las haciendas del actual territorio de Cachi (Mata de López, 2005). Así, hasta mediados del siglo XX, casi el total de la superficie del departamento de Cachi estaba distribuida en dos fincas o haciendas (Dávalos, 1937; Cortazar, 1950; Borla, 1993, como se citó en Lanusse, 2007), denominadas Hacienda de Cachi y Palermo (Lera, 2005). La primera de ellas abarcaba la totalidad del casco urbano de Cachi y parte de Fuerte Alto y Cachi Adentro, mientras que la Finca Palermo Oeste es un desprendimiento de la anterior que comenzó a explotarse intensivamente recién a principios del siglo XX y se ubica al norte, al pie del nevado de Cachi, en el límite con el departamento vecino de La Poma (Lanusse, 2011). En cuanto sistema económico, las haciendas se han caracterizado por destinar sus extensas superficies de tierra a la producción

agrícola o ganadera para abastecer al mercado, conformadas sobre la base de los cultivos de vid, trigo y ganado que se producían en las mercedes de tierra (Mata de López, 2005).

En esta estructuración agraria, desde fines del siglo XVI y posteriormente con la organización del Estado, se consolidan en el espacio mercantil surandino circuitos especializados en determinadas producciones (Mata de López, 1991b, 2005), donde el Valle se constituye como área de invernada de ganado mular, principal medio de transporte para la mercantilización en dicho espacio (Mata de López, 2005) y fuente de riqueza en Salta desde el siglo XVII (Lanusse, 2007). De esta manera, se reunía el ganado mular proveniente de otros lugares del país en los campos de invernada antes de su paso a las explotaciones mineras de los territorios actuales de Bolivia y Perú (Mata de López, 2005). Asimismo, se realizaba cría de ganado vacuno y ovino y se comercializaba sebo, jabón y ganado en pie en el Valle (Mata de López, 1991a), además de la producción de vinos y aguardientes (como las haciendas de Molinos, San Carlos y Angastaco). Los cultivos de cereales como el maíz y el trigo adquirieron también gran desarrollo en este sistema y se constituyeron en la principal producción durante el siglo XIX, como es el caso de las haciendas de Payogasta, y la de Cachi (Mata de López, 2005) que además se especializó en el cultivo de vid y producción de ganado mayor y menor, y alfalfa para pastaje (Borla, 1993). En la vecina Hacienda de Molinos, también se producía trigo y elaboraban harinas para comercializar en el mercado local y regional, así como vinos, sebo y jabón, además de la producción ganadera (Cieza, 2010). Más allá de la producción agraria diversificada en estos espacios durante el siglo XIX, es preponderante la orientación al ganado mular primero, y la intensificación del vacuno en la segunda mitad de siglo, vinculado a coyunturas sociohistóricas entre países vecinos (Lanusse, 2007; Lera, 2005). De esta forma, hasta la primera mitad del siglo XX el área se destinó en forma principal a la cría, engorde y mantenimiento de ganado vacuno que provenía de distintas provincias (Borla, 1993; Lanusse, 2007; Lera, 2005). En este contexto, la producción alfalfera constituyó el cultivo principal de la zona asociado a la actividad ganadera; así como continuaba siendo importante la producción de cereales (Lera, 2005). Pasado el cuarto del siglo XX, la comercialización ganadera se redujo (Lera, 2005; Lanusse, 2007; Manzanal, 1995; Pais, 2011), así como la demanda de cultivos forrajeros, y se afianza la producción agrícola orientada al mercado, que en forma gradual se va a ir expandiendo y diversificando con los años (Manzanal, 1995). En este marco, el pimiento para pimentón se constituye a partir de la década de 1940 como el principal cultivo de renta en el Valle Calchaquí Norte (Arqueros y Manzanal, 2004; Cieza, 2010; Manzanal, 1987, 1998; Pais, 2011).

PARTE III DESARROLLO DE LA TESIS

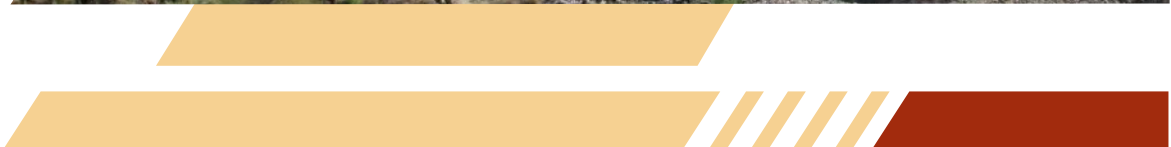


CAPITULO 5

Configuración del territorio en Cachi y construcciones de territorialidad

*Cuesta abajo corre el agua
Yo corro por las orillas
Cayendo medio las piedras
Caminando de rodillas*

Eva Arjona, coplera de Cachi



5.1. Procesos que intervinieron en la configuración actual del territorio

Como se mencionó en el capítulo anterior, la configuración del territorio como propiedad privada fue un proceso impuesto iniciado con la colonización española, y representó un acentuado cambio respecto a la organización comunal preexistente, estableciendo límites y derechos individuales a los espacios, y por lo tanto también la restricción de su acceso, acarreando otras dinámicas organizativas. En la actualidad, conviven diferentes construcciones de territorialidad que se han ido resignificando y tomando diversas formas de acuerdo a las distintas coyunturas sociohistóricas y los múltiples factores que inciden en la configuración del espacio –actores, intereses, marcos normativos, etc.-.

En estas configuraciones, la distribución de las tierras en fincas o haciendas de propiedad privada ha prevalecido ante otras formas, como los campos de uso común o comunales, que en el NOA se suelen encuadrar desde la órbita del Estado bajo la forma jurídica de tierras fiscales (Rodríguez, 2015). Así, hasta mediados de siglo XX casi el total de la superficie del departamento de Cachi estaba distribuida en dos grandes fincas o haciendas (Dávalos, 1937; Cortazar, 1950; Borla, 1993, como se citó en Lanusse, 2007; Lera, 2005; Pais, 2011). Una de ellas es la Finca Hacienda de Cachi, que se mantuvo desde su conformación en el siglo XVIII como una de las más grandes del sector norte del Valle hasta mediados del siglo XX (Lera, 2011), dando origen a haciendas actuales (Mata de López, 2005), entre ellas a la Finca Palermo Oeste (Lanusse, 2011), otra de las grandes haciendas presente hasta el último tercio del siglo pasado. Este aspecto da cuenta de la importancia que han tenido estos espacios en la configuración del territorio en el departamento cacheño, en especial al fragmentarse la Finca Hacienda de Cachi con su expropiación en 1949, así como el reparto de tierras de la Finca Palermo a partir de la adquisición por parte del Estado en 1987, y la venta de San Miguel en la década del 2000.

En cuanto a la Hacienda de Cachi, tiene su origen en la encomienda otorgada a Domingo Díaz Rodríguez, compuesta por aguadas y acequias que conformaban el territorio indígena (Borla, 1993, como se citó en Pais, 2011). Su extensión comprendía las localidades actuales de Cachi Adentro, Fuerte Alto y la banda oriental en las cercanías del pueblo de Cachi (Lera, 2005), río Quipón y Banda Sur del río Calchaquí (Borla, 1993), abarcando la totalidad del casco urbano de Cachi (Lanusse, 2011). Hasta finales del período colonial, “...Cachi aparecería asociado a la Hacienda de Cachi, la cual fue arrendada en 1793 y posteriormente comprada por Juan José Aramburu, en 1796” (Lera, 2005, p. 41), familia que la mantuvo en propiedad hasta principios del siglo XX (ibid). De todas maneras, hubo distintos propietarios que han ido heredando derechos sucesorios e incluso remates y compra venta de la misma, con

fraccionamientos y cambios de titularidad de dominio que alteraron su extensión. Una transformación importante ha sido la ampliación de su superficie al incorporar tierras de la zona de la Finca Palermo en el siglo XVIII (Borla, 1993; Lera, 2005).

En la década de 1940, en un contexto de políticas agrarias nacionales¹⁶ que a través del Consejo Agrario Nacional –organismo de aplicación de la Ley de Colonización sancionada en 1940- buscaban intervenir en la inequidad del sistema de propiedad y contener la situación social de los productores agrícolas (Lázzaro, 2017), se inicia el proceso de expropiación de esta Finca. De esta manera, la expropiación se implementa con la Ley 2435, sancionada el 23 de septiembre de 1949 y aprobada por decreto en 1950, durante el gobierno presidencial de Juan Domingo Perón y provincial de Ricardo Joaquín Durand. En este caso, la finalidad consistía en ampliar la superficie del pueblo de Cachi –comprendido dentro de la propiedad- a partir de la venta de diez hectáreas de lotes urbanos circundantes. Además, la superficie rural se fraccionó en parcelas para vender a los antiguos arrenderos y adecuar así a la Ley de colonización de la provincia de Salta, ampliando también el área de riego para el cultivo. Al momento de la expropiación, la Finca contaba con aproximadamente 9.000 hectáreas, de las cuales 35 correspondían al pueblo y sólo 519 estaban cultivadas, y se encontraba arrendada por Felipe Wayar, que también tenía la propiedad de una finca en Cachi Adentro y finca La Perseverancia en Animaná, constituyendo una gran unidad económica (Borla, 1993). Este esquema de manejo de las haciendas, como se abordará en adelante, propició además de concentración de poder político y económico de los terratenientes, una organización de trabajo regida por el sometimiento, las injusticias y excesos por parte de patrones y grandes arrendatarios, que oscilaban entre la violencia desmedida física y vínculos paternalistas, según los “usos y costumbres” de estos sistemas (Borla, 1993; Lanusse, 2011; Pais, 2011). En este contexto, si bien la expropiación permitió a los arrendatarios obtener algún grado de independencia al ser propietarios de pequeñas parcelas, no fue suficiente para neutralizar los diversos mecanismos de explotación que despliega la agricultura capitalista en la región (Pais, 2010). Una de las expresiones de los interlocutores refiere en cuanto a su configuración que

¹⁶La política de colonizaciones se inicia en la década de 1930, pero la intervención estatal y las modificaciones en la política agraria se profundizan con el primer gobierno peronista. El mismo, asentado sobre una campaña de reforma agraria, incluyó entre sus medidas expropiaciones de tierras de propiedad privada para su reparto, la sanción del estatuto del Peón de campo, el decreto del Estatuto del tambero-mediero, una política de arrendamiento con mayor intervención estatal en cuanto a la rebaja de los cánones, prórroga de los contratos, imposibilidad de desalojos, entre otras (Lázzaro, 2017). Si bien durante el período 1947-1960 hubo incrementos en la propiedad de la tierra como forma de tenencia y un retroceso del arrendamiento, además de modificaciones en el contratismo rural, las reformas no resultaban suficientes para afectar la redistribución (ibid). Además, en la provincia de Salta, la desestructuración de algunos antiguos esquemas y la monetarización de las relaciones sociales que ocasionaron dichas políticas, aumentó la dependencia del trabajo en los ingenios y fincas tabacaleras, así como la dependencia de la provisión de bienes de los almacenes (Rossi, 2016).

Esta zona era una finca de un solo dueño, la Finca Hacienda de Cachi. El hospital, escuela todo eso eran potreros de finca. Cuando se expropió en la época de Perón cada arrendero ha quedado con una parcela, y se arregló el tema del riego, los turnos. Antes era arriendo y el arrendero tenía de noche nomás el agua, de día era para la finca. Aquí el arrendero tenía la obligación de hacer 15 días de trabajo para el patrón en el mes, el turno, y otros 15 trabajaba para él (Q., 2019, Cachi Adentro).

Tras la expropiación, la superficie rural fue dividida en parcelas entre cuatro y ocho hectáreas, otorgadas para los aproximadamente 80 arrenderos según la superficie que ocupaban en arriendo y el trabajo en los terrenos dentro de la finca, y las posibilidades de pago. Otras parcelas que no eran de cultivo hasta entonces, fueron adquiridas por personas que no eran arrenderas, quienes debían desmontar y despedrar para poder trabajarlas (Pais, 2011). Este aspecto es de particular importancia para la investigación, dado que la expropiación de la Finca, además de permitir el acceso de sus arrenderos a la propiedad de la tierra, estuvo acompañada por un incremento de sus prácticas mercantiles directas, a partir de la comercialización del pimiento para pimentón para poder afrontar el pago de las parcelas (Borla, 1993), quebrantando en parte las características del vínculo histórico que tenían con el patrón (Pais, 2011). En forma previa a la expropiación, la actividad económica principal de la Finca atravesaba una reconversión desde las prácticas asociadas a la invernada de ganado vacuno para su exportación, hacia la inserción al mercado hortícola con el cultivo comercial de pimiento para pimentón (Manzanal, 1995). Esta producción se restringía en principio a la Hacienda, dado que los trabajadores sólo accedían al agua de riego en sus predios en horarios nocturnos, además de la imposibilidad de dedicarse a las labores que insume su labranza al tener que trabajar cierta cantidad de días para la Hacienda, limitando por tanto su actividad a los cultivos de autoconsumo (Borla, 1993). Sin embargo, “el acceso a la tierra que se derivó de la expropiación impulsó la obligación por parte del campesinado a introducir un producto netamente mercantil, el pimiento, para contar con moneda que le permita efectuar los pagos emergentes” (ibid, p. 118).

En este sentido, son frecuentes los relatos de los interlocutores respecto al trabajo de sus padres y abuelos en la Finca, en la que limpiaban las parcelas para hacerse su vivienda y adecuarlas para poner sus cultivos –que de otro modo sería *campo*¹⁷–, así como rememoran

¹⁷ En las denominaciones locales, la referencia a *campos* apunta a los espacios rurales no trabajados, agrestes y sin intervención para la agricultura, así como a lugares hallados al pie de los cerros y de altura, que son transitados y vivenciados por los pobladores como zonas de paso, pastoreo de sus animales, recolección de leña y hierbas aromáticas o medicinales, entre otros.

que empezaron a producir pimiento para pimentón para sí mismos, a fin de poder pagar la cuota anual de las parcelas adquiridas. En las expresiones, se da cuenta que

Mi abuelo compró este pedazo de tierra que era de la finca chica de Wayar, que es Fuerte Alto aquí, que expropió cuando ganó el General Perón en el '45 y de ahí quedó este pedacito. Me acuerdo que era chica y mi abuelo ponía en las tierras estas como en otras fincas de otra gente, ponía y cosechaba cantidad de pimiento, entonces eso vendía y eso era para pagar la cuota anual de las tierras que se habían comprado (A., 2019, Fuerte Alto).

El proceso de venta de la propiedad se extendió hasta 1957, período en el que hubo cambios de propietarios, revisión de adjudicaciones –dado que se habían asignado a personas no residentes en Cachi, “acomodos” políticos, entre otras irregularidades en el reparto- (Borla, 1993). En este proceso de expropiación, no sólo los arrenderos se beneficiaron al pasar a ser independientes, sino también la última propietaria de la Hacienda al venderla al gobierno, así como representantes del poder político al establecer el fraccionamiento y reparto de las tierras (Pais, 2011).

De acuerdo a la Dirección provincial de Tierras Fiscales, en la actualidad se registran algunos desmembramientos de su territorio y hay fragmentos fiscales por fuera del pueblo, pero por lo general en su cercanía y en las inmediaciones de los ríos donde están las áreas cultivables, la mayoría son titulares registrales de dicha superficie. En Cachi, el municipio va ampliando su ejido urbano hacia esas zonas fiscales para dar contención a las necesidades habitacionales, como el caso de Fuerte Alto y el barrio Luján en forma más reciente, así como han propuesto establecer un área protegida de flora y fauna en su cercanía, en sectores que si bien no son cultivables, podrían afectar las dinámicas de pastoreo.

Por otro lado, el proceso ocurrido en la Finca Palermo Oeste, ubicada hacia el norte del departamento, en el límite con el de La Poma, es mucho más reciente y tiene otras características de base que lo hacen diferente. En principio, su superficie corresponde a un desprendimiento de la Hacienda de Cachi durante el siglo XVIII (Borla, 1993; Lera, 2005) que comenzó a explotarse intensivamente recién a principios del siglo XX con 700 hectáreas bajo riego de las 18.000 que abarcaba (Lanusse, 2011). En este contexto, los arrenderos padecieron pésimas condiciones de vida asociadas a crueles formas de explotación laboral que fueron denunciadas y luego constatadas por el estado provincial, iniciando así procesos de organización y acciones de visibilización de dichos atropellos. Asimismo, el precedente de la expropiación de la Hacienda de Cachi y la mayor participación sindical e involucramiento con

los derechos que los amparaban, propició un imaginario democrático que permitió “...entender la relación de subordinación que históricamente habían mantenido con sus patrones como una relación de opresión y muchos cacheños empezaron a demandar no sólo mejores condiciones laborales sino, también, que se expropian las tierras en las cuales vivían” (Lanusse, 2011, p. 186). En este marco, en 1965 se presenta un proyecto de expropiación en la legislatura, que fue derogado (Caro Figueroa, 1970 y Hall, 1992, como se citó en Lanusse, 2007), por lo que la expropiación de la Finca se comienza a discutir en el gobierno provincial recién en el año 1984 (Pais, 2011) y se efectiviza en 1987 la compra con el compromiso de entregar en propiedad las tierras a sus históricos pobladores (Abdo, 2017). La adjudicación de las parcelas se prolongó hasta 1996, donde la mayor parte de los antiguos arrenderos -aproximadamente 100-, recibieron entre dos a cinco hectáreas con su correspondiente título de propiedad individual (Pais, 2011) que asimismo en muchos casos aún son provisorios (Lanusse, 2007). En este proceso, gran parte de la superficie conformada por serranías y montañas -no aptas para la agricultura pero que admite el pastoreo de ganado menor-, fue entregada en condominio indiviso (Abdo, 2017; Pais, 2011; Popp y Gasperini, 1999), mientras muchas instalaciones de la Finca quedaron en propiedad del gobierno provincial administradas bajo un representante para su utilización (Lanusse, 2007), así como algunos terrenos comunales. En este sentido, Abdo (2017) señala que la intervención en el reparto de parcelas reprodujo el sistema de dominación y patronazgo proveniente de la época colonial, al recibir mayor cantidad superficie personas allegadas al poder político local y regional, quienes también lograron la posesión de terrenos comunitarios en condómino y obtenerlos en propiedad privada, consiguiendo también para esos lotes el abastecimiento de agua de riego que en principio no poseían.

Si bien los motivos enunciados por el Estado para realizar la compra de la propiedad han sido las deudas que contraía el propietario con el Estado (Hall, 1992, como se citó en Lanusse, 2007), y no las condiciones de explotación y la gran inequidad que se venían denunciando. Este hecho tuvo un gran impacto no sólo para quienes residían en la Finca, sino también para los demás cacheños. La Finca Palermo Oeste era entonces y aun es representada como un “verdadero feudo”, dado que para la década de 1980 eran pocas las propiedades tan extensas en Cachi y con la gran concentración de gente que residía en la misma (Lanusse, 2011, p. 174). En este sentido, es notorio como la profundidad temporal de estos sistemas y las dinámicas y configuraciones territoriales que conllevan interpelan la subjetividad de las personas, manifestadas por ejemplo en expresiones de ex arrenderos que refieren no tener un registro del momento en que se conforman las fincas, sino que “...era como si para ellos éstas

siempre hubiesen formado parte del espacio cacheño” (Lanusse, 2011, p. 177). Asimismo, la expropiación de la Hacienda de Cachi también está presente en el imaginario de los pobladores como un hito en el que el Estado reconoce el derecho a la tierra a sus trabajadores (Pais, 2011).

Otro caso reciente de fraccionamiento territorial, es el de la venta de la Finca San Miguel en el año 2001, propiedad de Miguel Rodó desde 1970 que se conformó a partir de un desprendimiento de 12.000 hectáreas de la ex Finca Hacienda de Cachi (Pais, 2010, 2011). La Finca comprendía 420 hectáreas con concesión de riego en la que residían 50 familias arrenderas, que se parcelaron para su venta. Mientras fue propiedad de Rodó, las familias contaban con una superficie de entre cinco y ocho ha en cada arriendo, en el que producían cultivos de autoconsumo en primer lugar, y otros para el mercado (Pais, 2010, 2011). Estas parcelas eran puestas en producción a partir del acondicionamiento por parte de los arrenderos para poder trabajarlas, y pasaban a ser parte de la administración directa de la finca cuando el arriendo quedaba libre -muerte del arrendero, migración o problemas de “desobediencia”- (Pais, 2010, p. 163). Asimismo, en las partes de mayor altura sobre los cerros, había puestos vinculados al uso de tierras de pastoreo, por la que los arrenderos pagaban para tener su hacienda allí, que son los espacios en los que se han desarrollado los principales conflictos tras la venta de la propiedad, dados sus límites difusos.

El proceso de venta en principio fue comunicado y se les otorgó prioridad a los arrenderos para obtener la propiedad, sin embargo los interlocutores refieren que muchas veces los hijos de los patrones desestiman y no respetan los acuerdos sostenidos respecto a las viviendas y tierras labradas de sus familias. En este caso, al efectuarse el proceso de venta a través de una inmobiliaria de Salta, los pobladores de San Miguel consideran que ha sido un recaudo del antiguo patrón para apartarse del compromiso con los arrenderos que habían trabajado en sus tierras por un lado, así como para asegurarse vender la tierra al valor que fijaba el mercado poniendo un intermediario (Pais, 2010). En estas condiciones, algunas personas relatan que “Yo era arrendero de Rodó y compré cuando vendió San Miguel, pero ahorrando mucho y comiendo poquito” (Q., 2019, Las Pailas), incluso otras manifiestan la gratitud a los patrones que “durante estos años que hemos estado nos han dado esa posibilidad, aunque trabajemos para pagar pero teníamos donde vivir y cosechábamos y ahora el mismo patrón nos ha vendido este terreno, igual que otros peones que eran de ahí” (N., 2018, Cachi Adentro), aunque también señalan que hay partes donde se han alterado las dinámicas locales al haber comprado extranjeros, incluso en zonas que no son identificadas con la extensión de la Finca,

La finca San Miguel en los últimos años se vendió en dos partes. Tiene una historia muy larga pero Antonio Rodó padre ha muerto y el hijo ha decidido vender con una inmobiliaria pues, él se lava las manos nomás. La vendió a los que trabajaban en la finca y a otras personas que venían de afuera, ahí de Buenos Aires, franceses creo, alemanes. Hay varios que compraron la finca, quedan todavía unas hectáreas para trabajar, y esa zona es muy rica para la agricultura. Mi abuelo era uno de los peones que trabajaba en la finca, era uno de los arrieros que iba a Chile y tenía un terreno donde tenía su casa porque prestaba servicio a la finca. Cuando se enfermó lo tuvo que entregar el servicio porque ninguno de los hijos quería servir a la finca y no pudimos comprar (P., 2014, Las Pailas).

Las tierras se las habían ofrecido a los arrenderos pero la inmobiliaria metió precios y muchos no pudieron comprar. Los arrenderos que compraron tienen entre 2,700 a 5 hectáreas, pero la mayoría que compró son suizos, de Buenos Aires, Salta capital, y todavía quedan tierras para vender. La parte de Cachi Adentro que está pegado a San Miguel está vendiendo todavía, y en las Pailas tienen más problemas porque bueno están las comunidades, pero han seguido vendiendo. Pero la ex Finca San Miguel ya se ha comprado y han empezado a lotear para vender, no para cultivar sino ya para hacer casa quinta o algo así como dar hospedaje, algunos han comprado por inversión de plata nada más y tienen ahí sin cultivos, pero se ha parado con el tema de las comunidades que se han puesto firmes porque eran tierras productivas, actualmente el loteo nos está jugando en contra. Son 24 hectáreas que ha loteado esa inmobiliaria, ahora quedarán 15, ahí se sigue cultivando como antes pero se está vendiendo de a poco. El productor no puede comprar porque una hectárea te sale 1 millón y medio, bueno Robles el intermediario cobra eso, vos has visto como se maneja Robles tiene toda la movida, no solamente esta finca ha vendido un montón así que contra él poco podés hacer y sigue vendiendo. Así viene la mano aquí (A., 2017, Cachi).

De esta manera, se expresa cómo la compra se hace prácticamente inaccesible para los AFCEI, dado el precio fijado en dólares y el pago al contado que requería la inmobiliaria con la que el patrón efectuaba la venta, sumado a que el interés en el área generó un considerable aumento del valor de la tierra, afectado asimismo por la situación de la paridad cambiaria de esos años también. Este proceso entonces, contribuyó a la afluencia de inversores de otros lugares del país y extranjeros, así como la expulsión de personas que habían trabajado por generaciones dentro de la propiedad, ahora fragmentada y orientada a otros fines no necesariamente productivos. En este contexto, sólo algunos arrenderos pudieron acceder a la

compra de una parcela, mientras que otros tuvieron que abandonar el arriendo que ellos mismos habían convertido en tierras de cultivo y donde habían construido sus casas durante más de veinte años de trabajo, así como otras familias se quedaron en las parcelas que tenían arrendadas y están en conflicto con los nuevos propietarios (Pais, 2010), con el temor de ser desalojados. En este sentido los interlocutores nos comentaban que

Los Wayar tienen la mayor parte de que tenía Rodó acá en San Miguel. Tenían 53 hectáreas, después se las han vendido a los mismos arrenderos que trabajaban la tierra y ahora se las están pidiendo, está viniendo gente de afuera para arriba, han hecho mucho viñedo. Pero nosotros estamos desde antes que compren los extranjeros, queremos que se conozca que no se diga que usurpamos. Hay caminos comunales y no quieren que pasemos, cercan, algunos no dejan usar el agua... (Q., 2019, Las Pailas).

Algunos vienen a medir la tierra y está en el papel cuanto mide, después cuando ellos vienen con el papel del agrimensor aquí dice tantos metros mide entonces cruzan camino y siguen porque hay que cumplir lo que dice el papel, eso pasó mucho. La avivada fue de los vendedores, pero ellos no pensaron que después se iban a pasar por arriba, entonces ahí se perjudican los vecinos, pero no es la culpa de los dueños de los extranjeros porque ellos están cumpliendo lo que dice un papel. Ellos hacen la compra a través de una agencia inmobiliaria, todo eso ve influye en los problemas que hay ahora (O., 2019, San Miguel).

De acuerdo con lo relatado en la Dirección de Tierras Fiscales de Salta, esta última situación se vincula con que, muchas veces al no contar con un plano que materialice los límites en el terreno, la superficie está sujeta a las descripciones que aparecen en los títulos como “desde el algarrobo hasta el río, desde el río hasta la punta del cerro, desde la punta del cerro hasta la piedra blanca...”, así como tampoco se informa que hay personas que residen en esos espacios y tenían acuerdos con sus propietarios. En este sentido, el rol que adquiere el Estado vuelve a ser central en estos procesos. Por un lado, en esta oportunidad intervino mediando en algunas situaciones con los vendedores para que se reconozcan viviendas a ex arrenderos, así como facilitando la construcción de nuevas casas mediante la aplicación de programas del estado nacional (Pais, 2011) en terrenos fiscales otorgados por el municipio en la zona de Fuerte Alto, para aquellas personas que no pudieron comprar –aunque sin poder producir al no contar con agua de riego e incluso potable en muchos casos-. A diferencia de los procesos anteriores, no hubo una intencionalidad de expropiar o comprar las tierras para que

los arrenderos obtengan la propiedad. Este aspecto ha sido analizado por Pais (2010) junto a la población local, que coinciden en señalar que además de no haber un compromiso del gobierno con el sector, había inversores interesados en obtener las tierras a partir de la visibilidad e interés turístico que obtuvo el lugar, por lo que el valor de la propiedad se había incrementado. Asimismo, estos procesos se enmarcan en cambios de mayor dimensión que tienen que ver con el avance de determinados modelos productivos en el país y sectores más capitalizados que concentran la tierra¹⁸, cuyo uso del espacio y las actividades que desarrollan entran en conflicto con las dinámicas locales, acrecentando las tensiones. En este marco, por lo general nuevos actores sociales foráneos impulsan emprendimientos vitivinícolas, construcción de grandes casas de campo, hoteles, promoviendo la especulación inmobiliaria (ibid) y generando un gran impacto sobre la población local. El Estado en este contexto, es quien está mediando entre los intereses de estos sectores capitalizados –que muchas veces responden al poder económico y político- y los AFCel, quienes habitan y viven en mayor medida en los territorios que están en conflicto. En la actualidad, rige un marco legal que exige el relevamiento territorial de las comunidades que residen en los territorios en forma ancestral, evitando hasta tanto desalojos y acciones de este tipo, aunque de todas maneras los sectores de poder encuentran intersticios para conseguir apoyo judicial y de las fuerzas de seguridad para amedrentar a la población local en reiteradas oportunidades.

5.2. Disposiciones a partir del nuevo marco legal del año 2006

Los procesos de concentración territorial y la configuración en grandes espacios privados como fincas o haciendas de matriz histórica, coexisten y entran en tensión con la reconfiguración territorial que se vislumbra con el nuevo marco legal a partir de 2006, sustentado en construcciones de territorialidad de las comunidades indígenas. Si bien desde el Estado se realizan relevamientos tendientes a dar cuenta de la situación de posesión de las tierras comunitarias, representando un avance frente al derecho a la propiedad y a la posesión comunitaria de la tierra que establece la Constitución -entre otros derechos de los pueblos indígenas-, aun no se avanzado sobre una ley de propiedad.

¹⁸ El proceso de acaparamiento de tierras en Argentina se intensifica a partir de la década del 2000, asociado a diversos factores internos y externos que profundizan la mercantilización del mismo en torno a modelos intensivos agropecuarios, mineros o forestales para la exportación (Constantino, 2012). Con la acentuación del modelo extractivista en las últimas décadas en la región, la tierra se privatiza y extranjeriza con más intensidad, generando mayor concentración de riqueza y exclusión de la población (Rivas y Natera-Rivas, 2009; Gras 2012; Morina y Cacace, 2010; Reboratti, 2006, como se citó en Garay et al., 2017) en relación al uso de los bienes naturales comunes, afectando en mayor medida a indígenas, campesinos y agricultores familiares (Garay et al., 2017). En la provincia de Salta, los nuevos modelos de producción agropecuaria empresariales requieren la incorporación de nuevas tierras productivas, y transformaciones socioproductivas que no demandan gran cantidad de mano de obra como en el pasado, por lo tanto implica deforestación y desalojo de la población local como principales consecuencias (Slutzky, 2005).

En este punto, es relevante analizar el rol que ha tenido el Estado Nación, que durante gran parte del tiempo desde su conformación, ha tendido mediante políticas y organismos creados para articular con los pueblos indígenas, a su asimilación e incorporación bajo un modelo de ciudadano (Bartolomé, 2003), inspirado en un “...ideario de nación homogéneamente blanca y europea, [que] secuestra y silencia internamente la existencia de otro tipo de alteridades, como la de los pueblos indígenas –supuestamente, siempre pocos en número y siempre a punto de terminar por desaparecer por completo-” (Briones, 2008, p. 21). Pese a estas significaciones y prácticas construidas frente al “otro” indígena, que ha sido negado, representado como un relictos del pasado (Balazote y Radovich, 2013), estigmatizado e invisibilizado y/o subsumido a otras autoadcripciones identitarias no étnicas; ha habido cambios legislativos en épocas más recientes en torno a reivindicaciones indígenas que, sin embargo, aún son incompletos e insuficientes. Esos cambios se desarrollaron a partir de un proceso gradual, de acuerdo a distintas coyunturas políticas y sociohistóricas del momento, promovidas asimismo por la acción política de empoderamiento de los pueblos, que tiene como antecedentes la conformación de asociaciones y organizaciones indígenas y el establecimiento de foros y conferencias nacionales e internacionales a partir de la década de 1970 en adelante (Radovich, 2014). En este contexto, recién en 1985 se establece una legislación específica de Política Indígena y Apoyo a las Comunidades Aborígenes -Ley 23.302-, tendiente al reconocimiento de derechos, y se conforma el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas –INAI-, encargado de promover y proteger los derechos de los pueblos indígenas de Argentina (ibid). Sin embargo, la capacidad de acción de dicha institución ha estado sujeta a decisiones políticas –en torno a la designación de recursos en mayor medida-, y cuestionada en algunos casos por ejemplo, al no conformar de manera representativa su Consejo Asesor de Pueblos Indígenas en 1998 (Mombello, 2002). Durante la década de 1990, se avanza en las garantías de los derechos con la reforma de la Constitución Nacional en 1994, uno de cuyos resultados fue el reconocimiento legal de la preexistencia de los grupos indígenas en el territorio del Estado, así como su capacidad para obtener personería jurídica, la propiedad comunitaria de la tierra que tradicionalmente ocupan y el derecho a mantener y desarrollar su lengua y cultura, garantizar el respeto a su identidad y capacidad de gestionar sus recursos naturales, entre otras garantías (Constitución Nacional Argentina 1994, artículo 75º inciso 17º).

A partir de la reforma, las provincias debieron modificar sus constituciones de acuerdo a la legislación nacional, y Salta lo realiza en 1998. De acuerdo a Carrasco (2008), este hecho contribuye al paso de la invisibilización a la asistencia y el paternalismo, conformando a las comunidades como receptoras de programas y legislaciones vigentes y no como sujetos de

derecho, ni al reconocimiento de su diversidad cultural, y por lo tanto no representa avances respecto a la situación de irregularidad territorial de las comunidades de la provincia.

Pero hay un hito legislativo en nuestro país que contribuye al reconocimiento de derechos en relación al territorio, contemplando un reclamo histórico de las comunidades indígenas con el Estado, en consonancia con el Artículo 75, Inciso 17, de la Constitución Nacional y el Artículo 14 inc. 2 del Convenio 169 de la OIT de 1989¹⁹. De esta manera, con la sanción en el año 2006 de la Ley 26.160 de Emergencia territorial, reglamentada en 2008, se plantea la emergencia en la situación territorial de las comunidades indígenas en materia de posesión y propiedad de las tierras ocupadas por las distintas comunidades indígenas del país. Entre sus objetivos incluye el Programa de Relevamiento Territorial de Comunidades Indígenas -Re.Te.C.I-, por lo que encomienda al INAI el relevamiento técnico, jurídico y catastral de dichas comunidades y las tierras que ocupan de forma actual, tradicional y pública²⁰ en todas las provincias que asimismo, a partir de 2009 debían determinar el catastro de las tierras ocupadas en su jurisdicción. Así, el relevamiento lo realizan profesionales de distintas disciplinas que conforman Equipos Técnicos Operativos, con participación del Consejo de Participación Indígena, las Provincias y el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas, junto a las comunidades, y al terminar se realiza el registro y entrega una carpeta técnica a las comunidades. Esta carpeta técnica se compone de cartografías, informes históricos, antropológicos, legales, además de la resolución administrativa que da por realizado el relevamiento; por lo que es una herramienta fundamental que el Estado propone como primera instancia en el camino a una futura regularización de las tierras. Asimismo, la Ley implica también que durante su vigencia, se suspendan la ejecución de sentencias, actos procesales o administrativos cuyo objeto sea el desalojo o desocupación de las tierras que ocupen las mismas. Si bien en la actualidad no se cuenta con los registros de todas las comunidades –57% de las comunidades registradas tienen el relevamiento territorial-, ni se ha planificado la titulación de tierras para una efectiva reivindicación más allá del reconocimiento territorial que ocupan las comunidades (Amnistía Internacional, 2019), la Ley ha sido prorrogada en tres oportunidades (2009, 2013 y 2017) y continúa vigente hasta 2021. Su

¹⁹ Este convenio del que Argentina es parte, establece entre otros puntos que los gobiernos deberán reconocer el derecho de propiedad y posesión sobre las tierras que los pueblos tradicionalmente ocupan y sus recursos naturales, mediante procedimientos jurídicos que los garanticen. Asimismo, propone que deberá incluirse en la utilización del término tierras, el concepto de territorio (Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, 1989).

²⁰ La Ley refiere con actual a aquellas tierras que la Comunidad ocupa al momento de sancionarse la Ley Nacional N° 26.160 (noviembre del año 2006). Como tradicional a aquellos signos materiales y simbólicos que sean reconocibles en el territorio que la Comunidad ocupa actualmente, según sus pautas culturales y cosmovisión enmarcada en experiencias ancestrales –aunque no se refiere a la ocupación ancestral de la Comunidad-. Y por pública refiere a que la ocupación sea reconocida por terceros (ej: organismos públicos, otras comunidades, organizaciones de la sociedad civil, etc.). La Ley no tiene como objetivo realizar el relevamiento de las tierras que las Comunidades manifiestan que ocupaban ancestralmente, si estas no son ocupadas de manera actual, tradicional y pública (INAI, Secretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y derechos Humanos <https://www.argentina.gob.ar/derechoshumanos/inai/ley26160>)

existencia, de todas maneras, constituye parcialmente un freno al avance especulativo de ciertas formas de concentración sobre los territorios indígenas, y un primer paso en el reconocimiento del estado nacional sobre la ocupación de tierras que de manera actual, tradicional y pública realizan las Comunidades Indígenas. Además, el reconocimiento se acompaña con el Programa de Fortalecimiento Comunitario del INAI, orientado a acompañar a las comunidades en acciones que contribuyan a consolidar la posesión de las tierras con el objetivo de alcanzar la propiedad comunitaria (Arenas, 2013).

Acompañando este proceso, las autoadcripciones identitarias étnicas en la provincia de Salta han tornado mayor visibilidad en la esfera pública y se registra un aumento²¹ a partir de esta apertura que posibilitó el Estado y que a su vez condicionó, al solicitar la personería jurídica de las comunidades para ser reconocidas y registradas como tales en el INAI. En este contexto, si bien la reaparición pública y el proceso organizativo del pueblo diaguita en los Valles Calchaquíes tuvo visibilidad a partir de 1990, se acentúa en los inicios del siglo XXI (Sabio Collado, 2013), y cuyas

...formas de redefinición (...) se producen en una interacción que es procesada dentro de un marco político preciso, cuyos parámetros están dados por el Estado Nación. Este proceso de reorganización social es denominado por Pacheco de Oliveira (2010) como “territorialización” (...) denotado por una instancia política y la territorialidad [que] es un estado o cualidad inherente a cada cultura (Cerra, 2011, p. 213).

En Cachi, una parte de la población suele autoadcribirse como parte del *Pueblo Nación Diaguita Kalchakí*. En relación a estas identificaciones, se registran distintas connotaciones vinculadas a lo indígena, más allá de quienes configuran su identidad grupal en torno a la etnicidad. Por un lado, son muy frecuentes las representaciones de la memoria oral de sus antepasados o quienes vivieron allí antes, los antiguos u originarios, asociando por lo tanto lo indígena como parte del pasado. En menor medida, hay personas que atribuyen dichas identidades construidas a partir de la existencia de la Ley, aunque identifican y hacen uso de territorios comunales ancestrales -para pastar animales, recolectar hierbas medicinales, hacer leña, pescar, etc.- y subyace una historia común respecto a la profundidad temporal de la presencia de sus antepasados en el territorio, trabajando y “haciendo” las tierras. Mientras

21 Para los años 2004 y 2005, 14.850 personas se autoidentifican como diaguita-calchaquí en Salta, Jujuy y Tucumán (INDEC, 2004), mientras que para 2010 79.204 personas de los 1.214.441 habitantes de la provincia de Salta se reconocen indígenas o descendientes de indígenas, representando un 6.5% de la población (INDEC, 2010). De las 79.204 personas, 9.466 -12%- se autoadscriben como diaguita calchaquí (ibid). Si bien no se pueden realizar comparaciones con datos censales previos ni entre los mencionados, dado los diferentes criterios y escalas espaciales que utilizan, es notorio el incremento de la autoidentificación identitaria diaguita calchaquí, dado que la cantidad de personas expresadas para 2010 sólo equivale a la provincia de Salta.

que algunos AFCel vivencian como una cuestión externa el proceso de reivindicación étnica de las comunidades, aun identificándose con trayectorias socioculturales e históricas similares y un fuerte arraigo al territorio que asocian a lo originario en el sentido de lo vallisto. Si bien a esta matriz cultural algunas personas la atribuyen a la ancestría diaguita calchaquí que habitó la zona desde tiempos prehispánicos, aún no es una representación con la que se autoidentifiquen la mayoría de las personas entrevistadas, aunque puede corresponderse con una dinámica interna que en algún momento pueda llegar a exteriorizarse. En este sentido, Sabio Collado (2013) analizó el proceso de revisibilización indígena que transitó una comunidad salteña del pueblo diaguita, dando cuenta de distintas instancias en las dinámicas de autorreconocimiento y adscripciones identitarias grupales en torno a la etnicidad que tienen que ver con procesos internos de las familias primero, donde estuvo circunscripta dicha identificación, y luego de procesos de exteriorización, organización y reivindicación pública. En el Valle, además, las representaciones que han tenido mayor difusión de la historiografía regional han instalado la idea de un vaciamiento y despoblamiento del Valle tras las guerras calchaquíes, con la consecuente desestructuración y pérdida de identidad colectiva de los pueblos indígenas, prevaleciendo en cambio una noción de mestizaje de quienes vuelven a ocuparlo. Por lo tanto, estas visiones no dan lugar a contemplar las distintas estrategias y matices que pudieran tener curso en las dinámicas de adscripción identitaria de estos grupos (Rodríguez 2008, 2009; Sabio Collado, 2013), e incluso asumen una completa fusión que acarrea la noción de mestizaje, en lugar de pensar una coexistencia y yuxtaposición de identidades diferentes que coexisten en lugar de sintetizarse (Rivera Cusicanqui, 2010a). Como correlato, en Cachi han prevalecido estigmas fenotípicos, culturales y de clase asociados a las representaciones indígenas, que promovieron severas prácticas discriminatorias y generaron un distanciamiento respecto a dichas identificaciones (Lanusse, 2007). Es importante por lo tanto, atender a las estrategias y dinámicas sociohistóricas propias de la región a partir de distintos registros, en lugar de caer en la totalidad que implica el despoblamiento; así como las contradicciones que conlleva la articulación de fragmentaciones en lugar de focalizar en la síntesis o mezcla homogénea que las invisibiliza bajo relatos hegemónicos. Para ello las representaciones de las personas presentes en la memoria oral son muy relevantes, teniendo en cuenta que se construye desde el presente pero está atravesada por múltiples planos que existen en la conciencia histórica, cuya matriz estructuradora que opera en forma subyacente es "...un modo de dominación sustentado en un horizonte colonial de larga duración, al cual se han articulado - pero sin superarlo ni modificarlo completamente - ciclos más recientes" (Rivera Cusicanqui, 2010b, p. 13). Esta matriz interpela en forma diferencial la subjetividad de las personas, siendo que por ejemplo aun identificando que sus ancestros habitaron esos

territorios desde antes de ser conquistados, y que incluso desde el ámbito jurídico y político la identidad indígena incluye a sujetos colectivos de territorios cuya “...historia se remonta a poblaciones que fueron conquistadas, colonizadas y nacionalizadas por otras que provenían de tierras lejanas” (Lazzari, 2018, p. 18), hay tensiones entre los AFCEI respecto a las adscripciones identitarias en relación al territorio y las reivindicaciones públicas de las comunidades. Algunos delegados de las comunidades identifican los procesos de reivindicación pública en la zona hacia el año 2008, posterior a otras comunidades del Valle que empezaron en la década de 1990 e incluso antes. En este contexto, mencionan que el Estado fue clave para habilitar ese cambio y profundizar más el proceso de organización, que permitió “...fortalecernos y empezar a discutir nuestros derechos cuanto intentaron desalojar en Las Pailas. Antes indio era mala palabra, ahora ya no es tanto” (U., 2019, La Aguada). A partir de la Ley, el INAI identifica en la actualidad para el departamento de Cachi ocho comunidades, de las que gran parte cuenta con el registro de su personería jurídica y se han concluido los relevamientos territoriales técnicos, jurídicos y catastrales que establece la Ley (Tabla 3). Sin embargo, según comenta un delegado comunal, algunas comunidades no disponen aún de las carpetas técnicas, y por lo tanto no cuentan con amparo jurídico para, por ejemplo frenar los desalojos –que de todos modos se realizan en aquellas que si tienen la documentación también-.

Tabla 3

Estado del relevamiento territorial de las comunidades indígenas de Cachi hasta el año 2020.

Comunidades del Pueblo Nación Diaguita-Kallchaquí en el departamento de Cachi			
Localidad	Nombre Comunidad	Personería	Estado Relevamiento territorial
Cachi (pje. Las Pailas)	Comunidad Originaria Diaguita Kalchakí Las Pailas	Inscripción Nacional 18/12/2012	Culminado 08/01/2011 (fecha resolución INAI 2014)
Cachi (pje. Las Trancas)	Comunidad Originaria Diaguita Calchaquí Las Trancas	Inscripción Provincial 07/08/2013	Culminado 08/01/2011 (fecha resolución INAI 2014)
Cachi	Comunidad Originaria Diaguita Calchaquí La Aguada	Inscripción Provincial 03/07/2018	Culminado 28/03/2012 (fecha resolución INAI 2014)
Fuerte Alto	Comunidad Originaria Diaguita Kallchaki Fuerte Alto		En trámite 18/04/2017
Cachi (pje. El Algarrobal)	Comunidad Originaria Diaguita Calchaquí El Algarrobal	Inscripción Provincial 29/06/2018	Culminado 08/01/2011 (fecha resolución INAI 2014)
Buena Vista	Comunidad Originaria Diaguita Calchaquí Buena Vista		Culminado 08/05/2017 (fecha resolución INAI 2018)
Cachi (pje. La Paya)	Com. Originaria Descendientes Diaguitas Calchaquíes La Paya	Inscripción Nacional 26/03/2012	Culminado 20/11/2013 (fecha resolución INAI 2015)

Payogasta	Comunidad Diaguia Piul	Inscripción Provincial 22/04/2013	En trámite 27/03/2017
-----------	------------------------	--------------------------------------	-----------------------

Nota. Adaptado del listado de comunidades indígenas con fecha 20/11/2020 del INAI, Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Presidencia de la Nación (<http://datos.jus.gob.ar/dataset/listado-de-comunidades-indigenas>).

Más allá de las cuestiones de autoadscripción identitaria que mencionamos entre los AFCEI, hay vivencias, expresiones, prácticas, etc. que expresan el sentido comunal, arraigo y construcciones de territorialidad presentes que tensionan con las lógicas de propiedad privada. Este aspecto es más notorio aún en relación a prácticas como el pastoreo o la recolección de leña, que se desarrollan en espacios comunales como los cerros y sus faldeos, la limpieza de las acequias, el tránsito y acceso en lugares como los sitios sagrados, entre otras. En este sentido, es oportuno destacar expresiones que permiten asimismo introducir el acápite siguiente, como las siguientes

Mi abuelita nació en 1878 vivía más allá arriba así que mis bis abuelos que nacieron acá estaban antes que se formara el Estado. Los blancos los han ido corriendo pero ellos fueron los que han hecho las fincas limpiando todo para producir. Por eso nosotros somos originarios de aquí, siempre hemos vivido aquí sin molestar a nadie. Ahora tenemos todo lo que dice la Ley, sólo nos falta el título comunitario. Nose para que van a crear las leyes si no las van a cumplir (R., 2019, Las Pailas).

Ahí en Fuerte Alto, en el fondo, se puede todavía acceder a los cerros, pero fuera de donde están marcados, porque últimamente la municipalidad ha dado muchos terrenos (...) Las tierras que compraron los extranjeros son fincas privadas, lo otro son campos fiscales que nosotros usamos, comunales (...) De los campos fiscales todavía podemos llevar las ovejas más al fondo, sacar leña, pastar, cosa que antes no era así porque todo el campo era libre y podíamos ir... ahora ya no, es como que la parte plana de abajo todos tienen dueño esos campos. La montaña no, la montaña sigue siendo como era antes, pero ya no tenés esa libertad de decir yo de aquí corto leña y me llevo para la casa, no, eso ya no se puede hacer porque todos tienen dueño ahí, todos están marcados (E., 2018, Fuerte Alto).

Robles ha declarado que acá no hay comunidades pero si los mismos rasgos que nosotros tenemos, que somos de aquí de varias generaciones, nuestra sangra nos lleva a trabajar y nunca nos cansamos de trabajar sin molestar a nadie. Pero cuando he ido allá [a Salta] he visto como que nosotros somos malos señorita, de verdad, y la policia nos viene a decir que nos vayamos ¿cómo nos vamos a ir si nosotros vivimos de esto? Ahicito entraron sus títulos, números de catastro todo pero jamás nos vieron trabajar la tierra. Yo lo que quiero es que se sepa la verdad, lo que uno vive, que existimos (Q., 2019, Las Pailas).

5.3. Conflictos inherentes a la configuración del territorio

Como se viene desarrollando, hay diversos sujetos en el área que construyen territorialidades múltiples al apropiarse, gestionar y controlar los territorios, que coexisten adquiriendo un carácter dinámico y conflictivo. Con el transcurso del tiempo, las lógicas contrapuestas que mencionamos al inicio se han ido resignificando, aunque aquellas inherentes a la propiedad privada han adquirido mayor poder y se han convertido en hegemónicas al valerse de las formas jurídicas que otorga el Estado para organizar el territorio y formas de tenencia para la propiedad. En este marco, es notorio como en referencias etnográficas de diversos interlocutores AFCel incluso, estas tensiones se ven reflejadas en el sostenimiento del derecho a la propiedad individual, mientras se apela al mismo tiempo a los derechos de propiedad comunitaria que ampara la Ley. Asimismo, quienes abonan por la defensa de los territorios comunales, señalan no avanzar sobre la propiedad individual que permite a los AFCel producir en ciertas condiciones, sino sostener los espacios de uso común ancestrales que habitan en forma preexistente al Estado y sobre los que intentan cambiar sus dinámicas de uso los sectores más capitalizados y/o grandes propietarios.

Por otro lado, coexisten con estas dinámicas locales, los impactos inherentes a los nuevos actores sociales que configuran otros usos y distribuciones de los espacios mencionados con anterioridad, profundizando la concentración de la propiedad privada que ya existía. Así, en algunos casos, esto ha significado la venta de terrenos que eran usados para la agricultura, lo que ha devenido en que o bien los AFCel tuvieran que arrendar para seguir desarrollando la actividad, o bien tuvieran que cambiar de actividad para proveer su sustento o su lugar de residencia migrando a las metrópolis cercanas. Una de las prácticas que se ven afectadas es la de llevar a pastar animales al pie de los cerros en los alrededores de Cachi, siendo reemplazada por la alimentación con pasturas en el corral. Próximo a Payogasta,

también se ha manifestado en el registro oral que el establecimiento de grandes fincas²² de capitales extranjeros dedicadas a los vinos de altura en la zona, han restringido el acceso de los pobladores a campos a los que se acercaban a buscar leña. Así, se hacen visibles expresiones en el área como “Hay muchas fincas arriba que tienen viñedos” (W., 2016, El Arenal), “Mucha gente extranjera compro tierras para aquí y allá arriba y puso viñedos y postes para cercar” (O., 2016, Las Trancas), “Se han comprado muchas fincas arriba también, hay extranjeros que hacen vino de altura y tienen chivos por la leche” (A., 2016, Cachi), “hasta el 2014 más o menos llevábamos los animales a los cerros de propiedad comunal para pastar, luego cercaron y ya no dejan pasar” (M., 2017, Cachi Adentro); “Con las comunidades han frenado un poco a los extranjeros que compraban todo, pero arriba del cerro unos noruegos que están con el tema del vino compraron y pusieron propiedad privada, ahora nadie puede entrar” (N., 2016, Cachi Adentro),

Hay dos viñedos de unos suizos que compraron a muy bajo precio para el lado de los cerros pero bueno ahora son dueños, uno ya no puede ir a sacar un palo de leña porque te están vigilando. Antes era de uno de acá y se podía ir a pastar los animales, hacer leña (M., 2016, Payogasta).

En otros casos, se ha avanzado sobre los territorios motivando violentas acciones de desalojo que, en el caso de no prosperar, condicionaron la forma en que se desarrolló la actividad económica de allí en más. Estos conflictos son recurrentes y las presiones cada vez mayores para desalojar los territorios, así como para reemplazar el uso productivo local por otros asociados a estos nuevos actores sociales. Como parte de estos procesos encontramos la nueva configuración desarrollada tras el proceso de venta iniciado en San Miguel, que desencadena conflictos preexistentes y disputas por el uso del espacio, así como tensiones entre situaciones irregulares como las siguientes:

Los extranjeros han comprado tierra para arriba del cerro y pusieron propiedad privada y nadie puede entrar. Unos noruegos que están con el tema del vino. Los arrenderos que vivían arriba los sacaron pero del camino para arriba eran tierras remanentes de la Finca San Miguel. No estaban en el catastro pero han escriturado,

²² Lanusse (2011) describe que en los Valles Calchaquíes, “(...) la palabra finca suele evocar, antes que nada, a aquellas enormes propiedades agrarias –o haciendas– que caracterizaron a la región desde tiempos coloniales” (ibid, p. 173). Los interlocutores refieren por fincas a grandes extensiones agropecuarias en propiedad de un dueño o patrón que orienta su producción a los cultivos de renta. en las entrevistas es recurrente el uso del término finca para mencionar estos establecimientos, mientras la denominación de hacienda se atribuye a la posesión de ganado.

nose como pero las inmobiliarias, el poder judicial, inmuebles, los políticos están todos entreverados, arman todo con gaita, son estafadores. Aquí todos se prenden (N., 2016, Cachi Adentro).

Los únicos arrenderos que se quedaron con la tierra fue en Palermo pues, en San Miguel vendían y el gobierno justo estaba Romero y con Wayar vendieron la finca a toda gente de afuera, han puesto viñedos, antes era todo pimienta pues. Los dueños de los arriendos no tenían para pagar han quedado 4 o 5 que podían nomás, el resto han tenido que salir todos y ha entrado gente de afuera y compro todo eso. En el Algarrobal tampoco tienen ningún papel los arrenderos, si el patrón vende quedan sin arriendos, nose como va a ser pues (...) nadie puede decir que no era ocupado con la gente originaria aquí (R., 2019, Cachi Adentro).

Estos relatos refieren al desplazamiento y expulsión que significó la venta de la propiedad de más de la mitad de los arrenderos, incluso involucró el uso de la fuerza pública por parte del nuevo dueño en varias oportunidades para desalojar a las familias arrenderas de la finca que no pudieron acceder a la compra de los lotes por el alto costo de las tierras. En estos casos

(...) en el que los viejos arrenderos se resistieron a ser desplazados, la orden de desalojo impartida por una jueza provincial autorizó al nuevo propietario a arrasarse con los hogares y espacios ocupados por estas personas, valiéndose de la fuerza policial para ello. Unos meses antes de diciembre de 2010, estas familias – junto a otras de parajes cercanos- habían iniciado en el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) la tramitación de una personería jurídica que los reconociera como comunidad indígena (Lanusse, 2011, pp. 192-193).

Este desalojo desarrollado en diciembre de 2010 ha tenido gran trascendencia dada la violencia con la que arrasaron con las viviendas y campos de cultivo de cinco familias que ocupaban esa zona de Cachi Adentro por generaciones, impulsado por Robles –el intermediario que puso Rodó mediante su inmobiliaria para la venta de la Finca- junto a la policía y un representante de la Justicia provincial (Lanusse, 2011). En este sentido, las personas han comentado experiencias muy crueles vinculadas a ese momento, como la siguiente:

Acá tenía pimienta ya sembrado, alfalfa y teníamos arvejas sembradas, todo chacrita y todo han pasado la rastra, han dejado suelo pues. Mis hijos eran chiquitos y vieron

todo eso. Han ido a mi casa abajito y me han tirado todas las cosas, ahí he perdido la libreta de desempleo que me ha dado Rodó. Tengo 22 años de servicio aquí y ahora no me voy a poder jubilar. Aquí arriba teníamos los arriendos, mi mamá ya lo tenía con haciendita, pero no era gratis. En el recibo figuraba póngale \$200 pero en el cuaderno nos descontaba la mitad del sueldo por las tierras estas, por la tierra, el agua, la leña así que ahora para reclamar ese recibo no sirve porque nosotros firmábamos de conformidad como si nos pagara eso. Y abajito hemos comprado la casita cuando el patrón vendió y nos fuimos a vivir ahí, terminamos de pagar en 2007. Pero hemos comprado poquitos y eso duele, tanta gente que ha trabajado y ha tenido que ir a parar a los barrios. Teníamos vacas, ovejitas, cabras, mulas, herramientas para trabajar y al irte a los barrios tenés que vender todo o dejar por ahí pues. En Fuerte Alto casi todas las casas son de los arrenderos de San Miguel y eso es para que uno ande molestando atrás de la muni (Q., 2019, San Miguel).

El nuevo patrón fue a expulsar a la gente directamente en la zona de Las Pailas. Es muy triste porque ellos hicieron, formaron los campos y estaban con sus familias. De Las Arcas para arriba eran terrenos de la provincia, fiscales y el señor Robles avanzó todo para arriba, no conozco hasta donde es realmente propiedad de este patrón pero ahí arriba son fiscales. Tengo una prima allí, Robles ordenó a uno de sus peones que fuera con el tractor y paso la rastra y tenían campo sembrado con poroto, arveja a punto de cosechar, le paso toda la rastra y las casitas que tenían las derrumbo, eso no es un ser humano ¿Cómo no va a pensar? ¿Por qué no hay diálogo? Y ahí se levantó la gente de Las Pailas, son gente buena humilde, muy respetuosa, pero a raíz de esa situación reaccionaron, se han organizado como comunidad y están luchando con este tema (P., 2014, Las Pailas).

Estas familias arrenderas de la Finca San Miguel resistieron el intento de desalojo pero sin embargo, estuvieron mucho tiempo sin cultivar sus rastrojos o criando un número reducido de ganado caprino frente al temor de volver a ser violentados. Como estas familias, hay muchas que trabajaron la tierra durante generaciones y eran arrenderos del antiguo dueño de la finca y por tanto tenían su casa allí como parte del arreglo del “trabajo para el patrón”, aunque sin contratos formales que los amparen, y no pudieron acceder a la compra de los terrenos dado el aumento de la propiedad de la tierra. Sin embargo, su preexistencia, la continuidad sociohistórica y cultural con aquellos primeros habitantes del Valle, sumado a la concepción de que “la tierra es de quien la trabaja” y la construcción de territorialidad que en su proceso se ha configurado en el marco de comunidades indígenas reconocidas incluso por el

Estado, son fundamentos que entran en contradicción con la concepción jurídica de la propiedad privada, y más aún con los intereses de quienes conciben la tierra de acuerdo al rédito económico que pueda darles.

En momentos recientes volvieron a producirse desalojos en contextos de disputas por el uso del espacio que los comuneros denunciaron tras tener realizado el relevamiento territorial, y por los cuales se esperaba una resolución de la justicia. Uno de ellos sucedió a principios de 2019 en el marco de un conflicto entre la Comunidad Diaguita Kalchakí La Aguada y la Bodega Puna, quien cuenta con títulos de propiedad en una parte y la posesión del sector en disputa (Vove, 2019). En este contexto, en la zona se habla de que el poder político provincial y nacional de ese momento se encontraba involucrado al menos desde lo discursivo en emprendimientos de barrios privados, bodegas, hoteles boutiques, entre otros. Además, se argumenta que los espacios en pugna son aquellos de uso comunal,

Donde tiene la bodega Puna trabajaba mucha gente del camino para el alto, eran medieros, arrenderos. Después ha venido la bodega Puna y quería agarrar todo el camino para arriba los cerros todo, entonces ya la gente se ha levantado para que no agarren del camino para arriba. Cuando estaba la intendenta ya habían llegado a un acuerdo con los comuneros (...) El problema es que utilizaban los comuneros un canchón ahí para secar el pimiento y han agarrado y han vendido y los comuneros han alquilado para la empresa que ha venido a hacer el hotel, la bodega. Y bueno al llegar a un acuerdo con la comunidad, le dieron el espacio. Después la empresa se ha ido de la noche a la mañana viene la bodega Puna y mete máquina, sin pedir permiso ha sacado los alambres, todo. Eso antes cuando vivían mis abuelos verdaderamente era todo finca, no hablemos cerros, hablemos tierra cultivable nomas, era todo de los Wayar, después se ha vendido por partes (R., 2019, San Miguel).

Durante el período de revisión de esta tesis también se han sucedido episodios de gran violencia institucional, al reprimir con la fuerza policial e intentar desalojar personas de la comunidad diaguita Las Pailas de sus territorios ancestrales. Así, terratenientes y sectores de poder de la zona se amparan en algunos funcionarios de la justicia salteña que no respetan la Ley nacional vigente ni los convenios internacionales respecto a los territorios comunitarios. Respecto a estos episodios, hay representantes de gobierno que atribuyen la responsabilidad de los conflictos a la vigencia de la Ley 26160, que hace que el Estado deba registrar las tierras que pertenecen en forma ancestral a las comunidades, lo que favoreció que muchas de ellas se conformen para tal fin. Asimismo, los medios hegemónicos de comunicación intentan

deslegitimar los reclamos por las tierras e instalar la idea de “usurpadores”, “indígenas truchos”, “violentos que no corresponden a familias locales y quieren quedarse con lo que no es suyo”, que “El INAI permitió inventar caciques y comunidades”, entre otras. Esta deslegitimación tiene alcances nacionales y representa un constante asedio a las comunidades indígenas y la invisibilización u ocultamiento de su identidad por parte de grupos de poder que han intentado históricamente avasallarlos. En este sentido se han manifestado recientemente diversas autoras que trabajan en el Valle ante una alarmante nota publicada en un medio nacional de amplia difusión, señalando una campaña mediática de desprestigio en los últimos años en desmedro de la identidad y luchas reivindicatorias de los pueblos indígenas argentinos, ya sea acuñándolos de terroristas o de indios truchos, como el artículo al que hacen referencia respecto a los diaguitas (Castellanos et al., 2018). Así,

...Argentina ha sido un país tan negador que la lucha indígena más sostenida ha pasado y pasa por lograr visibilidad y por vencer estereotipos que no sólo asumen la desindianización en contextos urbanos (...), sino que instalan severas sospechas sobre la autenticidad de intelectuales indígenas cuya escolarización o capacidad política los distancia de la imagen del “indígena verdadero”, tan pasivo e incompetente, como sumiso y fácil de satisfacer desde políticas asistenciales mínimas” (Briones, 2008, p. 32).

Estos conflictos se desprenden en gran medida de las nuevas configuraciones territoriales que no son exclusivas de esta área, sino que ocurre en otras zonas del país y Latinoamérica. El hecho de que estos procesos tengan lugar aún en plena vigencia de la Ley 26160, pone de manifiesto que las herramientas legislativas resultan insuficientes sino se acompañan con políticas del Estado que avancen sobre la legitimación de esos territorios relevados con la Ley, aun en detrimento del poder concentrado político y económico que los socava en forma permanente y avanza sobre los territorios. Asimismo, la obtención de la personería jurídica y las carpetas técnicas otorgadas por el relevamiento territorial de la Ley, conforman un gran avance en los procesos de creciente autonomía –entendida como creación de las condiciones que permitan cambiar las normas de un mundo desde adentro (Escobar, 2015a)-, de las reivindicaciones identitarias que se vienen desarrollando para hacer frente a los reclamos y resistir los violentos desalojos impulsados por empresarios haciendo uso del aparato represivo estatal.

En estos hechos se hace explícito además que el mismo Estado que construye marcos jurídicos para avanzar en los derechos de las comunidades como sujeto colectivo, es también quien fortaleció y promovió la propiedad privada en su momento y quien comienza a ser

cuestionado e interpelado desde dichos movimientos (Radovich, 2014), por lo que los conflictos territoriales son inherentes a las distintas lógicas que operan en estas discrepancias que Escobar (2016) denomina luchas ontológicas. Asimismo, cabe destacar que los conflictos por los territorios así como los procesos de reemergencia étnica han cobrado mayor protagonismo respecto a otros contextos durante la segunda mitad del siglo XX y la primera década del XXI en Argentina. Estas dinámicas han sido de encuadradas también para América Latina como “proceso de transfiguración étnica” o el “revival de lo étnico” (Bartolomé y Barabas, 1996; Ribeiro, 1971), en relación a respuestas articuladas ante nuevas situaciones,

...manteniendo y reforzando los “límites” cuando estos se encuentran bajo la presión de compulsiones asimilacionistas. Se trata de un momento político desarrollado durante lo que Bengoa denomina como “posindigenismo” (Bengoa, 2007), cuando los movimientos indígenas comienzan a desarrollar “estrategias de poder” (García Linera, 2007), a través del surgimiento y fortalecimiento de movimientos etnopolíticos, superando situaciones de cooptación estatal y con agendas políticas que dejan atrás los meros reclamos “asistencialistas” y las actitudes “defensivas” (Radovich, 2014, p. 141).



CAPITULO 6

Formas de tenencia y uso del espacio productivo

*Ha llegado el carnaval
Montado en una mulita
Yo le he salido a topar
Con mi caja retobadita*

Eva Arjona, coplera de Cachi



6.1. Configuración actual del espacio productivo. Características de las Explotaciones Agropecuarias

Como se pudo analizar en el capítulo anterior, la superficie del departamento de Cachi es en gran parte rural, y se configura desde un marco jurídico e institucional, a grandes rasgos, en términos de tierras privadas y fiscales. En este contexto, el estado provincial a través de la Dirección General de Inmuebles organiza el espacio agrario salteño a partir de zonificaciones delimitadas por la aptitud y uso de las tierras, con las que regulan sus subdivisiones y generan una nomenclatura para establecer las valuaciones fiscales. En esta configuración, actualizada en el año 2011, Cachi así como los demás departamentos del Valle Calchaquí, pertenecen a la zona cuatro, y se dividen en dos subzonas, de acuerdo a las condiciones agroclimáticas y los cultivos que se realizan. En estos espacios, se definen las superficies mínimas de las parcelas para que sean consideradas *Unidades Económicas Rurales*²³, expresando en Cachi, de acuerdo a sus dimensiones, las características de los predios con los que cuentan las familias para poder vivir de su producción. De esta manera, para la Subzona 4-2, que corresponde a las áreas productivas destinadas a los cultivos de pimentón, verdura de estación, alfalfa y frutales, se establece como superficie mínima 15 ha para la zona bajo riego, y 3.000 ha para las serranías y pastizales de altura. Mientras que para las partes altas del departamento, incluidas en la subzona 4-3, las superficies deben tener al menos 10 ha para considerarse rurales en las zonas bajo riego, y 3.000 ha para las serranías y pastizales de altura (Resolución N° 34847, Dirección General de Inmuebles, 2011).

Además, se identifican en el departamento importantes fracciones de tierra dedicadas a los cultivos intensivos que no encuadran ni en la clasificación de rural –al tener superficies inferiores a la Unidad Económica Rural-, ni en urbanas, y se consideran entonces como zonas subrurales (Resolución N° 34875, Dirección General de Inmuebles, 2011). En este marco, para definir la superficie de las parcelas subrurales se tienen en cuenta, de acuerdo a sus características, tres clasificaciones, A, B y C. En Cachi, como puede observarse en la figura 3, se visualizan extensas parcelas rurales, una escasa superficie urbana y numerosas parcelas subrurales alrededor de las localidades principales. Estas parcelas subrurales en su mayoría son de tipo A o de subsistencia, es decir inmuebles de entre tres a 15 ha para la subzona 4-2 y

23 La Unidad Económica Rural, tal como está expresado en la Resolución N° 34847 de la Junta de Catastro de la provincia de Salta, refiere a las superficies mínimas de la Unidad Económica Agraria a las que deben ajustarse las subdivisiones, desmembramientos y fraccionamientos de inmuebles rurales, de acuerdo a las distintas zonas. La Unidad Económica Agraria se define en la Ley 14.392 de la Legislación Agraria Argentina en el art. 21, tiene como antecedente la ley 13.246 de Arrendamientos y Aparcerías Rurales, y refiere a "todo predio que por su superficie, calidad de tierra, ubicación, mejoras y demás condiciones de explotación, racionalmente trabajado por una familia agraria que aporte la mayor parte del trabajo necesario, permita subvenir a sus necesidades y a una evolución favorable de la empresa"(González y Pagliettini, 2001, como se citó en Saldungaray et al., 2016).

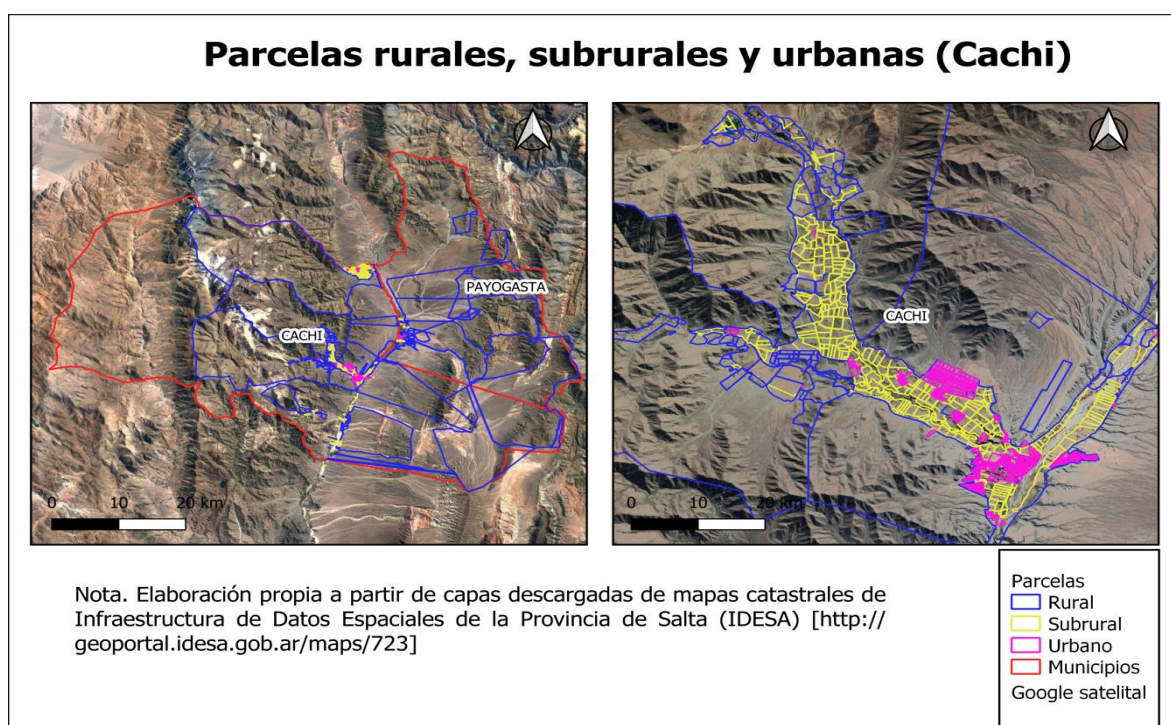
entre dos y diez ha para la 4-3, que por su escasa superficie o las condiciones agroecológicas desfavorables no pueden considerarse Unidades Económicas Rurales,

...pero que por sus fines, tipo de producción (agrícola, ganadero, forestal u otros) o que funcionen como asentamiento de trabajadores, constituyan minifundios, donde el trabajo familiar prevalece sobre la tierra y el capital, y que debido a la baja rentabilidad, la misma sea complementada con el trabajo de uno o más integrantes del núcleo familiar en otros sectores de actividad económica (Resolución N° 34875, Dirección General de inmuebles, 2011, p. 3).

También se identifican parcelas con actividades agrícolas y ganaderas, categorizadas como Subrural B, que se diferencian de las anteriores por contar con tecnología que potencie el desarrollo productivo, como luz eléctrica y provisión de agua para riego. Así, estas parcelas deben contar para la subzona 4-2 con al menos cinco y hasta 15 ha, y para la subzona 4-3 entre tres y diez ha. Por último, se contempla una zona subrural C, destinada a actividades industriales, agroindustriales u otras que impliquen la transformación de materias primas como las bodegas o proyectos de agroturismo en el área, así como las viviendas en medios rurales. En este caso, para la subzona 4-2, se incluye entre una ha y media a cinco ha, mientras que para la 4-3 de dos a cinco ha (ibid).

Figura 3

Delimitación de parcelas rurales, subrurales y urbanas del departamento de Cachi



Por otro lado, a nivel nacional existe otra configuración para los espacios rurales, que incluye otros factores, en términos de *Explotaciones Agropecuarias –EAP–*, referidas a

...la unidad de organización de la producción, con una superficie no menor a 500 m² dentro de los límites de una misma provincia que, independientemente del número de parcelas (terrenos no contiguos) que la integren: 1) produce bienes agrícolas, pecuarios o forestales destinados al mercado; 2) tiene una dirección que asume la gestión y los riesgos de la actividad: el productor; 3) utiliza los mismos medios de producción de uso durable y parte de la misma mano de obra en todas las parcelas que la integran (INDEC, 2002).

Esta conceptualización es la que se emplea en los relevamientos de los Censos Nacionales Agropecuarios –adoptada, con mínimas diferencias a partir de 1988- realizados cada diez años aproximadamente a través del INDEC, en los que diferencian asimismo explotaciones que tienen límites definidos y las que no. En esta clasificación, las EAP que poseen límites definidos son propiedades privadas a las que se puede acceder mediante distintos tipos de tenencia: propiedad, arrendamiento o sociedad. Mientras que en las explotaciones sin límites definidos no se identifica la cantidad de hectáreas que las componen, dadas sus demarcaciones indeterminadas o incluso pueden no poseerlas (INDEC, 2002).

Estos elementos son importantes para analizar la situación de los AFCel de Cachi, cuya superficie productiva conforma una proporción considerable de estas EAP sin límites definidos, padeciendo por lo tanto una gran desigualdad, dadas las condiciones a las que están sujetos (Paz y Jara, 2014). Para el período intercensal 2002-2008, es visible un detrimento tanto en cantidad como en superficie de este tipo de explotaciones, siendo que para 2002 constituían el 39% de las totales del departamento, mientras que para 2008 un 19,5% (INDEC, 2002 y 2008)²⁴. No obstante, esta reducción está vinculada a una de las consecuencias del proceso de concentración territorial que atraviesa toda el área, al reducirse en gran medida los espacios que los pobladores denominan *fiscos* o *terrenos fiscales* y los *campos comunes* o *comunales* - además de la venta de pequeñas propiedades a cargo de los AFCel o fragmentaciones de fincas de mayor tamaño-.

Desde la óptica del Estado, los campos comuneros representan una de las modalidades de tenencia de este tipo de EAP, que conceptualizan como “explotaciones que derivan de

²⁴No se utilizaron datos censales previos para establecer la comparación dado que a partir de 1988 comenzaron a tenerse en cuenta las explotaciones sin límites definidos para la clasificación y análisis, que de todos modos en este censo se incluyó en un cuestionario especial separado cuyos datos se obtuvieron a partir del análisis de Manzanal (1995) en su tesis. Asimismo, los datos por departamento de las provincias no están sistematizados aun para el último CNA realizado en 2018.

formas de tenencia originarias de la época colonial (...) generalmente otorgadas en concesión por la corona española, con una delimitación muy poco precisa” (INDEC [Glosario CNA], 2002, s/n). También incluyen en dichos espacios a lugares que suelen ser identificados como comunidad, mancomunidad, merced, estancia, tierra indivisa, así como extensiones de tierra que el Estado ha reconocido en propiedad a una comunidad indígena; a los parques y reservas nacionales y otras tierras de propiedad del fisco que no están declaradas como Parque o Reserva forestal, y tierras privadas ocupadas por productores cuyas explotaciones no están definidas en su interior. A lo largo del tiempo sostienen que la imprecisión para delimitar estos espacios ha ido en aumento dados los “...cambios en las medidas de superficie (...), falta de trámites de sucesión o complicaciones en éstos, la existencia de títulos de propiedad imperfectos, las cesiones de derechos hereditarios (...) [y] superposiciones de derechos en el interior de una comunidad” (ibid, s/n). Según la Dirección General de Tierras Fiscales y Bienes del Estado de Salta, en Cachi no existen “campos comunitarios o campos de la comunidad”, tal como se registran para otros sectores de la provincia a partir de denominaciones establecidas desde tiempos coloniales. Sin embargo, como se abordó en el capítulo anterior, desde los equipos técnicos provinciales y nacionales en el marco de la Ley 26.160 se han relevado territorios comunales en el departamento -que estarían incluidos dentro de la categoría de las EAP sin límites definidos, de acuerdo a la delimitación mencionada con anterioridad-. Esta nueva configuración que reconoce el Estado, si bien está presente desde al menos el año 2012 con los otorgamientos de personerías jurídicas a las comunidades en Cachi, entra en tensión con aquellas que responden a otras lógicas, por lo que los conflictos son evidentes. Si bien los resultados del CNA del año 2018 aún no están sistematizados, habría que ver cómo se consideran estos espacios²⁵, dado que la Ley nacional está vigente y respalda el arraigo en la memoria local de los territorios comunales.

La información provista por los últimos Censos²⁶ Nacionales Agropecuarios, registra a la par del retroceso de las EAP sin límites definidos, un aumento notorio de aquellas EAP con límites definidos que se encuentran en propiedad entre los años 1988 y 2002. Incluso, han sido las de menor tamaño las que más aumento registran en cantidad en dicho período (INDEC, 1988, 2002). Estos datos no se hallan para el departamento de Cachi en el censo

²⁵ Como se abordó en el capítulo anterior, es importante destacar que estos territorios son reconocidos en el marco de la Ley asociado a comunidades indígenas, y aunque no todos los AFCEl adscriban a una identificación étnica, si comparten representaciones respecto a los espacios comunales, así como la continuidad de prácticas ancestrales, entre otros aspectos identitarios. Estas cuestiones deben analizarse en el marco de procesos de representación étnica dinámicos y cambiantes, como se mencionó con anterioridad, y quizás con el tiempo tengan cada vez más adherencia dado el contexto actual.

²⁶ No se incluyen todos los censos realizados dado que los datos suministrados muestran variaciones en los parámetros intercensales para medir las variables, valores disonantes dados los cambios en la tenencia, efectos de acontecimientos históricos puntuales como cambios en los límites políticos del departamento, expropiaciones o venta de alguna finca, procesos de herencia, etc. Respecto a ello, encontramos dificultades metodológicas difíciles de sortear, por lo que estableceremos parámetros generales para abordar las tendencias que muestran los datos censales, cotejados con el apoyo bibliográfico o etnográfico.

correspondiente a 2008, ni 2018 aún, por lo que las características de las explotaciones agropecuarias con límites definidos de menor extensión en los últimos censos realizados visibilizan lo siguiente (tabla 4):

Tabla 4

Cantidad de EAP con límites definidos hasta diez hectáreas y representación en el total de EAP.

	EAP's totales	EAP's hasta 5 ha	% del total	EAP's entre 5,1 y 10 ha	% del total	EAP's HASTA 10 HAS
CNA 1988	381	287	75%	40	10,50%	85,5%
CNA 2002	416	309	74%	79	19%	93%
CNA 2008	390	235	60%	115	29%	89%

Nota. Elaboración propia a partir de los datos relevados de los Censos Nacionales Agropecuarios 1988, 2002 y 2008 (INDEC 1988, 2002, 2008).

Es visible que la mayor cantidad de las EAP con límites definidos corresponden a pequeñas explotaciones a cargo de AFCel, una proporción aún más acentuada que la del noroeste en general, donde la cantidad de dichas explotaciones en manos de estos productores promedia un 80% de las totales (INDEC, 2002). De acuerdo a la clasificación presentada al inicio del capítulo, estas dimensiones corresponden a parcelas consideradas subrurales para las características de la superficie de las subzonas de Cachi, de las que aquellas que comprenden hasta cinco ha representan el 75% del total de las EAP en 1988 y 2002, y 60% en 2008 (INDEC, 1988, 2002, 2008). En esta configuración, han tenido un importante rol el fraccionamiento y distribución de tierras de las dos grandes fincas del área –desarrollado en el capítulo anterior-, que permitió que sus arrenderos y otros AFCel accedan a su propiedad, algo impensable años atrás (Lanusse, 2011).

Sin embargo, a pesar de los cambios en la propiedad de la tierra, la estructura agraria no ha sufrido grandes cambios en cuanto a su concentración, caracterizada por la distribución inequitativa (Manzanal, 1987; Pais, 2011). Esta desigualdad se encuentra muy extendida en el NOA y se identifica como una estructura agraria de tipo bimodal, en la que prevalece una polarización inequitativa. Es decir que coexisten grandes extensiones en pocos dueños que concentran gran parte de la superficie rural y los recursos, y numerosas explotaciones de pequeñas superficies (Arqueros, 1999; Cieza, 2010; Frere, 2004; Manzanal, 1987, 1995; Marinangeli et al., 2016a, 2016b; Pais, 2011; Píccolo et al., 2008; Poop y Gasperini, 1999; Torres, 2007). Una gran cantidad de pequeños productores rurales entonces, se encuentran en el otro extremo de la polarización, contando con poca superficie productiva (Arqueros y Manzanal, 2004). Estos productores, además, residen muchas veces en explotaciones

agropecuarias sin límites definidos, condicionando un uso ineficiente de la tierra y una gran desigualdad social (Paz y Jara, 2014), o con la tenencia irresuelta de la propiedad (Frere y Cosentino, 2004, Manzanal, 1987; Pais, 2011). De esta manera, para el departamento de Cachi en la década de 1980, se describe que




El 92% de los propietarios no superan la unidad económica familiar, son minifundistas y sus parcelas tienen en promedio apenas 2,5 ha. En el otro extremo, apenas un 5% de los propietarios tienen en su poder más de la mitad de la tierra cultivada bajo riego – 56%-- (Manzanal, 1987, p. 20).

Asimismo, las explotaciones familiares menores a 25 ha que representan al 80% de los productores del Valle, no alcanzan a disponer del 1% de la superficie en esta situación inequitativa que remarca la autora (Manzanal, 1995). Mientras que para la década del 2000, Pais (2011) menciona que el 71% de las explotaciones agropecuarias con límites definidos corresponde a pequeños propietarios cuyas parcelas rondan entre una y cuatro ha –con un promedio de 2, 7 ha cada una-, que se distribuyen el 3% de la tierra; cuando el 3% de las explotaciones concentran el 94% de la superficie delimitada. Estas cifras indican una situación aún más desigual que la ocurrida para la región, siendo que para 2002 la cantidad de explotaciones en manos de pequeños productores (80%) sólo conforman el 17% de la superficie total de las explotaciones agropecuarias del NOA (INDEC, 2002).

Por otro lado, si bien es visible la reducción en la cantidad de estas explotaciones durante el lapso temporal de seis años entre 2002 y 2008, no representan demasiadas variaciones como podría esperarse dado el aumento que se registra en forma simultánea en la concentración territorial. En este sentido, se observa una disminución de la cantidad total de EAP con límites definidos –además de la reducción ya mencionada de las sin límites definidos para este período- (tabla 5), a la vez que se expresa con claridad la tendencia a la concentración de superficie en las EAP de mayor tamaño (tabla 6).

Tabla 5

Cantidad de EAP totales y variación porcentual entre aquellas con límites definidos y sin límites definidos entre los años 2002 y 2008.

EAP'S	2002	2008	VARIACIÓN %
TOTALES	680	485	 28,67%
CON LÍMITES DEFINIDOS	416	390	 6,25%
SIN LÍMITES DEFINIDOS	264	95	 64%

Nota. Elaboración propia a partir de los CNA 2002 y 2008 (INDEC, 2002, 2008).

Tabla 6

Cantidad y superficie de EAP con límites definidos según rango de hectáreas en los años 2002 y 2008.

CENSO		EAP sin lim	EAP con lim	EAP's hasta 5 ha	5,1 a 10 ha	10,1 a 25 ha	25,1 a 50 ha	50,1 a 100	100,1 a 200	200,1 a 500	500,1 a 1000	1000,1 a 2500	2500,1 a 10000	más de 10000 ha
CNA 2002	CANT.	264	416	309,00	79	14	6	4	1	0	0	1	0	2
	SUP.		28263,6 ha	836,90	565	208,3	227	240,4	120	0	0	1066	0	25000
CNA 2008	CANT.	95	390	235	115	16	10	1	2	4	3	1	1	2
	SUP.		39538,4 ha	679,7	838,4	236,8	396	s/d	s/d	1600	2197,5	s/d	s/d	s/d

Nota. Elaboración propia a partir de los CNA 2002 y 2008 (INDEC, 2002, 2008).

Esta tendencia también se extiende para todo el NOA, donde no hubo una gran reducción en el número de EAP en manos de pequeños productores entre los censos agropecuarios 1988 y 2002, pero sí una retracción en la superficie que ocupan las mismas (Obschatko et al., 2007). Es decir que la prevalencia histórica de la distribución inequitativa de las tierras y su concentración en propiedad privada como uno de los aspectos más destacables en Cachi (Manzanal, 1987, 1995; Pais, 2011), se profundiza aún más con el incremento en cantidad y en superficie de las EAP con límites definidos de mayor extensión. Este proceso de concentración creciente de la propiedad en manos privadas conlleva asimismo un aumento en el valor de la tierra, con la consecuente especulación inmobiliaria y la afluencia de nuevos actores sociales ligados a actividades económicas como la vitivinícola o turística -en gran parte en manos de capitales extranjeros- que retroalimentan el acaparamiento de territorio, además de otros factores como el crecimiento poblacional en torno a los pueblos, en menor medida. Las expresiones de este proceso pueden observarse en forma más notoria si contemplamos la superficie ínfima que ocupan las pequeñas explotaciones respecto a la cantidad total de las EAP con límites definidos del departamento (tabla 7).

Tabla 7

Superficie de EAP con límites definidos hasta diez hectáreas en los años 2002 y 2008.

	TOTAL SUPERFICIE EAP's	SUPERFICIE EAP's hasta 5 ha	% del total	SUPERFICIE EAP's 5,1- 10 ha	% del total	SUPERFICIE TOTAL EAP's HASTA 10 HAS
CNA 2002	28.263,60	836,9	3%	565	1.7%	5%
CNA 2008	39.538,40	679,7	2%	838,4	2%	3.7%

Nota. Elaboración propia a partir de los datos relevados de los Censos Nacionales Agropecuarios 2002 y 2008 (INDEC, 2002, 2008).

Esta tabla refleja tanto la disminución durante el período considerado de la cantidad de las pequeñas explotaciones respecto al total, y la ínfima porción del espacio que ocupan en la estructura agraria de la zona, mientras que la cantidad de superficie de las EAP totales aumenta. De esta manera, en Cachi, el 89% de las explotaciones de hasta diez ha de superficie que están a cargo de AFCel, representan a sólo un 3,7% del total de superficie del departamento (INDEC, 2008). Esta proporción se redujo respecto a aquellas presentes en el 2002, cuando estos espacios representaban el 93% del total de EAP que ocupaban un 5% de la superficie en 2002 (INDEC, 2002). En sentido inverso, las EAP de grandes superficies aumentan tanto en cantidad como en la superficie que contienen. Así, es notorio como en el CNA 2008 se registran siete propiedades entre 201 y 1000 ha de aproximadamente 3800 ha de superficie en total, y una explotación entre 5001 y 10000 ha –no está definida su superficie-, que en el período anterior no habían sido relevadas (tabla 6) pero que, sin embargo, para 2002 sólo dos predios comprenden el 89 % de la superficie productiva de Cachi (INDEC, 2002).

Esta situación de inequidad se agrava aún más teniendo en cuenta que se estima que sólo un 20% de la superficie del departamento es apta para las prácticas agrícolas, ganaderas o forestales dadas las afloraciones rocosas, pendientes, salitrales, lagunas, etc. (Manzanal, 1995, p. 243). Respecto a la superficie cultivable del departamento, los censos agropecuarios registran que un 80% de la superficie de las EAP no es cultivable o se destina a otros usos (INDEC, 1988), mientras que para 2002 alcanza un 94,2% de la superficie (INDEC, 2002) y 95,7% para el año 2008 (INDEC, 2008). Este dato es curioso, dado que se esperaría una ampliación en la superficie cultivable de las explotaciones al no haber procesos de urbanización²⁷ considerables en las zonas productivas, e incorporarse fertilizantes y agroquímicos que podrían sumar áreas de cultivo –aunque puede, por el contrario, quitar potencial al uso del suelo mediante su degradación- (Marinangeli et al., 2016b). Es muy probable que las nuevas prácticas económicas e intereses financieros tengan que ver en dichas proporciones. Además, como se mencionó con anterioridad, son las EAP sin límites definidos las que tienen la mayor retracción -64%- dentro de la reducción total de EAP entre 2002 y 2008 -de 680 a 485, respectivamente-, entre las que aparecen los campos comunales y tierras fiscales en los que producen los AFCel.

Esta ínfima porción del espacio que ocupan en la estructura agraria de la zona es una tendencia que se acrecienta en el marco de la concentración territorial. Manzanal (1995) adjudica el inicio de este proceso a las políticas liberales implantadas en el país a partir de la

²⁷ Estos procesos (como la creación de nuevos barrios, construcción de planes de vivienda, etc.) si han sido observados en zonas donde no hay acceso al agua de riego o que por las características del suelo no son aptas para producir.

década de 1970, que tuvieron como consecuencia una reestructuración parcelaria en la que los pequeños productores vendieron o entregaron parcelas de su tierra a productores de gran poder económico que las concentraron. Aun no contamos con información del último censo realizado en 2018, pero se espera que esta tendencia se acentúe, dados los emprendimientos instalados en los últimos años, la promoción turística de la zona, los nuevos actores sociales interesados en la compra de inmuebles, la especulación inmobiliaria y los avales del gobierno nacional y provincial para la extranjerización del territorio²⁸, entre otros factores. En este sentido, incluso funcionarios entrevistados de distintos organismos públicos provinciales expresan conocer los mecanismos con los que gente con poder económico y político acapara tierras fiscales o con situaciones irregulares en propiedad privada. Asimismo, los autores que han trabajado en la zona ya han alertado con anterioridad que la concentración afecta principalmente a la superficie destinada a los cultivos de autoconsumo, que es la que se reduce, en pos de dar lugar a los cultivos comerciales (Manzanal, 1987; Pais, 2011). En los siguientes capítulos se discutirá como repercute este cambio en la organización de las prácticas agrícolas y otras dimensiones de la vida de los pobladores, al tiempo que acrecienta las desigualdades así como los conflictos inherentes a las diversas construcciones de territorialidad de los diferentes sujetos sociales involucrados.

6.2. Organización y uso de la tierra. Formas de tenencia. Formas jurídicas de tenencia de la tierra: Propiedad privada, contratos de arriendos y medierías

Las formas jurídicas de tenencia de la tierra comprenden otra configuración instituida que condiciona, junto a la posibilidad de contar con agua de riego, las actividades agropecuarias a partir de las distintas formas de acceder y trabajar la tierra. Como se ha manifestado previamente, la territorialidad vallista trasciende aquellas constituidas por el Estado, construyendo un uso del espacio materializado en un habitar muy disonante con estas categorías, muy interpelado por la identidad e idiosincrasia local, que si por el contrario contempla la Ley 26.160. En este marco, *ser propietario* no se limita sólo a la situación jurídica

²⁸ En el año 2016, el entonces presidente Mauricio Macri firmó un decreto que modifica el decreto que reglamentaba la Ley Nº 26.737, sancionada en 2011 a fin de establecer límites a la titularidad de tierras rurales por extranjeros en el territorio nacional (Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Presidencia de la Nación, 2016). Si bien las facultades del ordenamiento territorial corresponden a la jurisdicción provincial, la Ley establecía restricciones a la cantidad de tierra que se podían adquirir, así como exigencias para quienes pretendieran invertir, al tener que ser habilitados por un Registro Nacional de Tierras. Esta modificación conllevó que se facilite la venta de tierras a extranjeros al reducir las exigencias para la compra. En la provincia de Salta para ese momento el 11% del total de tierras rurales ya se encontraban en propiedad de extranjeros, siendo la cuarta provincia con mayor cantidad de ha bajo estas características, con una tendencia que se ha ido acentuando desde al menos el año 2012. En los Valles Calchaquíes, las inversiones extranjeras se asocian a la actividad vitivinícola y la minería (La Gaceta de Salta, 12/07/2016; Della Croce en América Latina en Movimiento, 25/06/2017). De acuerdo a conversaciones sostenidas con funcionarios públicos de la provincia, la Ley de extranjerización nunca se regularizó en la provincia, ni se designó a nadie para controlar y registrar la extranjerización y hay muchísima gente que quiere hacer emprendimientos con el turismo, las minas, el vino.

respecto a la existencia de un título que acredite la tenencia de la tierra, que incluso en muchos casos no se posee. Para la década de 1990, el 95% de los productores que trabajaban entre dos y cuatro ha no contaban con un título de propiedad (Popp y Gasperini, 1999, p. 36). Esta situación, aunque generalizada, tiene sus matices al interior del departamento, por ejemplo en la zona de Cachi Adentro “algunos son propietarios, tienen un pedacito de lote de 20 por 30, 15 por 20 así, hay gente que tiene más”, “generalmente Fuerte Alto, Cachi Adentro son propietarios, y también los arrenderos de la ex Finca San Miguel que ahora son propietarios, pero la mayoría es gente extranjera.” (E., 2015, Fuerte Alto). En esta zona, algunos arrenderos han obtenido la propiedad con la venta de la Finca en la década del 2000, “este terreno es de nosotros ya. Toda esta Finca era del patrón Rodó, trabajamos con el patrón, éramos arrenderos. En el 2000 ha vendido la Finca y nosotros hemos comprado este pedacito” (N., 2015, Cachi Adentro). Sin embargo, cerca de allí “en la zona de Las Pailas y San Gabriel casi no tienen tierras propias, para arriba son todas grandes fincas o terrenos fiscales” (W., 2014, las Trancas) y “Las tierras son o de terratenientes que tienen mucho, o de pequeños productores que tienen muy poco” (J., 2017, Buena Vista). Asimismo, en Payogasta y Buena Vista “No hay productores pequeños propietarios” y “son pocos los dueños” (O., 2018, Payogasta). Estas expresiones son reiteradas en el municipio de Payogasta, donde incluso mencionan unas pocas familias que son quienes concentran el territorio, y lo atribuyen al reparto proveniente de la época colonial, argumentando que “la tierra ha quedado de la época de los grandes latifundios que decían vos tenés de allá hasta acá, se fue heredando de familia y está en manos de dos o tres terratenientes que son los dueños de grandes fincas” (J., 2017, Payogasta). También la obtención de las propiedades por parte de estas familias locales se vincula al trabajo en los arreos de ganado hacia Chile, con el que han obtenido dinero y comprado las tierras durante el siglo XIX y principios del XX.

La situación irregular de la tenencia de la propiedad entonces, es muy generalizada en cuanto muchas veces los AFCel no cuentan con los títulos dominiales ya sea porque aún se encuentran en trámite, el dueño al que han comprado ha fallecido y su familia aún no les otorga la escritura o cuentan sólo con la boleta de compra venta e incluso con el acuerdo de palabra, etc., de modo que por lo general las personas no tienen forma de acreditar la tenencia legal de la propiedad. Asimismo, en muchos casos se poseen títulos precarios que provienen de varias generaciones hacia atrás, en las que las familias no han realizado las líneas sucesorias y trabajan la tierra en condominio indiviso, por lo que tampoco cuentan con una situación regular de la propiedad. En estas condiciones, afrontar una sucesión entre los herederos implica un alto costo, trámites burocráticos y contar con asesoramiento profesional que en muchos casos no pueden hacer frente, o simplemente no se ponen de acuerdo entre

las partes y terminan vendiendo la propiedad o con sucesiones indefinidas. También puede suceder que se hayan extraviado los títulos o derechos de uso y se opta por realizar la prescripción adquisitiva para poseer el derecho de propiedad sobre las tierras al tomar posesión veinteañal continuada en el tiempo, y cumpliendo los requisitos determinados por la ley para tal fin, aunque hay muchos juicios posesorios irresueltos o sin judicializarse. Algunas formas de expresar estas situaciones dan cuenta de que “Tenemos unas escrituras viejas y con eso hemos podido correr a dos o tres extranjeros que vinieron a querer corrernos de nuestra tierra” (O., 2019, La Paya), o “Nosotros estamos en las tierras que eran de mi abuelo, pero no tenemos escritura ni nada porque todavía no se han dividido las tierras, eso pasa mucho aquí” (F., 2017, Cachi Adentro). Así como otras que denotan situaciones de irregularidad como las mencionadas:

El tema con la propiedad son las sucesiones, hay propiedades que son de los bisabuelos pero no tienen papeles. Yo compré eso a mis hermanos pero papá es heredero y tampoco está a nombre de él por eso yo quiero pagar las boletas de servicios. Acá nada es formal, con escritura debe estar la escuela y la iglesia después todas son irregulares (C., 2017, San José).

Son muy pocos los que tienen posesión de las tierras, la mayoría son con sucesiones indivisas o arriendos. El gran problema que tiene Cachi y todo el Valle, es que los dueños han fallecido o vienen de generación en generación y los papeles no se actualizan. Para evitar el costo de la sucesión y las formalidades de papeles arriendan a terceros y es complicado para presentarse a proyectos –programas estatales-, para los consorcios (A., 2015, Cachi).

Mi suegro tenía una hectárea pero sin escritura, cuando falleció nadie quería ese terreno porque antes no había nada de casas, era campo, campo, cerro. Entonces mi marido se ha quedado ese terreno y hemos seguido pagando todos los impuestos hasta el día de hoy, ya va a ser como treinta años y no nos entregan las escrituras todavía (M., 2016, Fuerte Alto).

Nosotros tenemos un problema grande con la tierra, somos herederos pero tenemos una escritura de 1892, tenemos que hacer juicio sucesorio pero necesitás plata para ver abogado, escribano, ir a Salta... hay otros herederos pero no se presentaron. Yo no se si pelear por las tierras porque hay una ley originaria pero han luchado tanto por las tierras y no la han conseguido, aunque si no lo hacían se las hubiesen sacado. Pero si te metés con abogados les tenés que dar parte del campo así que es complicado. Encima

siempre andan extranjeros, donde hay agüita andan midiendo, probando siempre andan (D., 2017, La Paya).

La situación de venta de tierras a los extranjeros es recurrente en los relatos, más aún asociadas a estas situaciones de irregularidad. Asimismo, en varias oportunidades hijos o nietos de propietarios que en principio se habían ido a la ciudad a estudiar o trabajar han manifestado que vuelven con el tiempo para hacerse cargo del cuidado de sus padres en la adultez, o cuando fallecen para ocuparse de las tierras, aunque muchas veces terminan vendiendo ante la falta de acuerdo entre los herederos. En este sentido,

Nosotros hemos sido siempre de aquí, mi papá ha tenido las tierras esas de enfrente yendo a trabajar allá en el tabacal, se iba a pelar caña en la azucarera y así ha juntado la plata ha venido y ha pagado la tierra. Tenemos ahí otro pedacito que sería como herencia que mi abuelo ha comprado al gobierno, ese tiempo de Perón cuando vendían la Finca, pero mi mamá no las ha reclamado. Ese es el problema de las familias, si uno tiene es problema, sino tiene también es problema. Y culpa de eso con mis hermanos también tuvimos problemas, yo les decía si no hacemos medir se hace cargo el gobierno de esos pedazos que no tienen dueño y después lo venden a los extranjeros. Y bueno así ha pasado, ha habido problemas con los extranjeros que han venido a comprar las tierras, en un tiempo también nosotros teníamos sembrado ahí chacra todo eso cuesta arriba, han venido han metido la máquina por ahí han pasado haciendo camino todo eso para allá porque eran los que compraban la Finca, todo han hecho pedazos y pasado por arriba los terrenos, hubo mucha denuncia (N., 2018, Cachi Adentro).

Muchas familias que tenían sus tierras ya se murieron y sus hijos algunos se fueron, quedó abandonada la casa con la tierra pero siempre han tenido valor de no vender. Después vinieron los nietos que no se ponen de acuerdo y terminan vendiendo porque como llegaron los interesados y ahora todo es comercio, el único valor es la plata entonces bueno los nietos no se ponen de acuerdo y terminan vendiendo porque para ellos es barato. A veces los herederos tanto que se pelean que terminan abandonando, no pueden trabajar ninguno si hay juicio sucesorio y están por años así entonces bueno se está vendiendo mucho para la gente extranjera, se quejan que han vendido a extranjeros pero es culpa nuestra. Hay suizos, franceses, ingleses, ellos vienen con otro pensamiento y por ahí no tienen nada, ya pusieron cercos han hecho casas o ponen un poco de alfa después vienen pasan unos días y ya se van. Otros han invertido, han

hecho un pequeño hotel, otros están haciendo viñedos una bodeguita, les interesa hacer vinos de altura para llevar a Europa (H., 2017, Cachi).

En muchos casos también, dan cuenta de una forma de propiedad en la que si bien no hubo formalidades “de papeles” por medio, han obtenido sus viviendas por medio de acuerdos con los patrones de las fincas en las que trabajaban, como forma de pago. Así, en la actualidad las personas quedan supeditadas a la voluntad del patrón o de los herederos de aquellos con quienes establecieron el contrato, o los nuevos dueños que en general establecen otro tipo de arreglos. Como se mencionó con anterioridad, varias familias han sido desalojadas de las tierras en las que han trabajado y vivido toda la vida, y en general se establecen cerca de los pueblos empleándose en otros oficios y dedicándose a la agricultura sólo en la huerta familiar para autoconsumo, en el caso que sea posible. Es necesario aclarar, en este sentido, que gran parte de las personas entrevistadas aducen a permisos de arriendo que obtenían de forma contractual con los propietarios de las grandes fincas del departamento, dado que han sido lo que históricamente han conocido y vivenciado. Esta situación de despojo posterior representa un gran daño para la idiosincrasia de los AFCel, como expresan los siguientes fragmentos y todo el encuadre que se viene realizando,

Aquí han venido los blancos y han dicho esto es mío, agarraron fueron a inmuebles han dicho ocupó esta parte y listo. La gente ha hecho las fincas limpiando todo, sacaban las piedras, ponían los palos, limpiaban con bueyes también. Y cuando uno se jubilaba si el nieto no quería trabajar tenía que irse, venía otro y si andaba bien quedaba, todos iban limpiando un poco. No era nada esto, era un campo de cebolla y todo era así, se asentaban y empezaban a limpiar. Estos ni conocen pues son mentiras que viven allí (R., 2019, Las Pailas).

La Finca (San Miguel) se ha vendido, ha venido gente de aquí, de afuera. Así han vivido siempre toda la vida peleando pero ¿de quién es la tierra? Es el que la ha hecho a la tierra, yo digo mi papá la ha hecho a la tierra, la ha limpiado y trabajado, la hizo cultivable pero no he pedido nada (J., Cachi Adentro, 2014).

Amén de estas situaciones, como se describió en el acápite anterior, la superficie con la que cuentan los AFCel aun estando en propiedad, muchas veces no es suficiente, por lo que con frecuencia nos expresan los interlocutores que “algunos tienen propiedad pero en general se arrienda o pone en sociedad” (W., 2014, Las Trancas). Frente a esta situación y otras similares, y como contrapartida a la escasez o insuficiencia de la superficie de tierras que

poseen para los cultivos, la falta de agua de riego como limitante para la agricultura y la situación irregular de los títulos de propiedad, se acude a formas de tenencia asociadas a contratos formales o informales con quienes poseen el dominio de la tierra, para acceder a la labranza de *rastrojos*²⁹ de los terratenientes de la zona. Los contratos que se establecen reproducen la figura del patrón y las relaciones de dominación históricas de los grandes latifundios (Cieza, 2010; Pais, 2011; Villagrán, 2014). Estas formas aún prevalecen con sus variantes entre los terratenientes y productores de menor escala, a partir de relaciones como el arrendamiento –bajo las formas de arrendero y arrendatario–, y la *mediería*, muy extendidas en el Valle Calchaquí salteño (Cieza, 2010; Manzanal, 1995; Pais, 2011; Sola, 1987; Villagrán, 2014). En la actualidad, en el departamento de Cachi, la *propiedad* y el *arrendamiento* son las principales formas de tenencia de la tierra, y la *mediería* es frecuente en áreas de cultivo de pimiento para pimentón en mayor medida (Pais, 2011). Esta situación representa una preocupación manifestada tanto por los interlocutores de distintas zonas del departamento, como por quienes están a cargo de programas estatales, empleados municipales e investigadores que trabajan en la región (Cieza, 2010; Manzanal, 1987; Pais, 2011; Paz y Jara, 2014). Asimismo, las formas de contrato manifestadas en las entrevistas coinciden con las formas en que se concibe la tenencia de las explotaciones con límites definidos en los últimos censos nacionales agropecuarios, así como con las mencionadas en las referencias bibliográficas y las reglamentadas en la Ley nacional N° 13.246 de Arrendamientos rurales y Aparcerías, de 1948.

Por un lado, el *arrendamiento*³⁰ continúa existiendo como un arreglo mediante el cual el productor paga por el derecho de uso de la tierra. La ley establece que ese canon por la concesión del uso de una explotación para producir bienes agropecuarios, debe abonarse con dinero. Sin embargo, en Cachi como se ha mencionado en los antecedentes, el pago al propietario ha sido tanto monetario como con parte de la producción, o prestar mano de obra

²⁹ Los interlocutores utilizan la denominación de rastrojos para los espacios destinados a la producción agrícola. Se trata de superficies de cultivo de dimensiones que varían entre el cuarto de ha a nueve y diez ha de extensión en su mayoría, ubicados en las periferias de las localidades de Cachi y Payogasta y la zona rural del departamento con acceso al agua de riego –que consta aproximadamente de 800 ha-. A estos espacios se los prepara adecuando la superficie tanto de cultivo como los surcos de riego y se los delimita. Allí se producen principalmente cultivos de renta, aunque también es frecuente destinar unas rayitas o surcos de cultivo para las verduras de autoconsumo. Con menor frecuencia, también se han referido a estos espacios como potreros, fincas a los de mayor tamaño, e incluso en algunas oportunidades campos de cultivo. Asimismo, asociado a las viviendas suele destinarse una porción del espacio para la agricultura, así como también en algunos casos se ubican corrales para el ganado ovino y caprino. A este lugar lo denominan huertas y tienen menores dimensiones que los rastrojos, por lo general no exceden el cuarto o media ha, dependiendo de la superficie del terreno. Los cultivos se orientan en mayor medida al abastecimiento del consumo familiar, por lo que la producción es diversificada, así como de menor escala y con mayor rotación entre los ciclos de cultivo. La diferenciación entre ambos espacios implica además una determinada organización de las tareas en los mismos, diferentes cuidados, requerimientos de insumos y formas de labranza, lo mismo que la circulación de la producción que se obtiene, por lo que adquieren una lógica particular que amerita diferenciarlas.

³⁰ Según el Artículo 2° de la Ley N° 13.246 “Habrà arrendamiento rural cuando una de las partes se obligue a conceder el uso y goce de un predio, ubicado fuera de la planta urbana de las ciudades o pueblos, con destino a la explotación agropecuaria en cualesquiera de sus especializaciones y la otra a pagar por ese uso y goce de un precio en dinero” (<http://servicios.infoleg.gov.ar/infolegInternet/anexos/65000-69999/66159/texact.htm>)

por determinada cantidad de días (Manzanal, 1987; Pais, 2011). En este sentido, es valioso retomar una diferenciación que realiza Cieza (2010) para el Valle Calchaquí en cuanto a la figura del arrendero de la del arrendatario. Así,

Los arrenderos se caracterizan por ser productores de subsistencia en el interior de unidades territoriales mayores: las fincas. La forma de pago de los arriendos es mediante el trabajo en estas explotaciones. Los arrendatarios explotan una determinada extensión de tierra bajo contrato –formal o informal– mediante el pago a su propietario de una cantidad determinada en dinero o especies (Cieza 2010, p. 36).

Es decir que, antes de la fragmentación de las grandes fincas y acceder los AFCel a la propiedad de la tierra, la forma más frecuente de contrato era ser arrendero; mientras que en la actualidad lo más apropiado es denominar arrendatarios a quienes producen en tierras de otro propietario, pero no implica residir allí, ni trabajar para ellos ni relacionarse con el patrón. En este sentido, en los relatos de los AFCel acerca del arrendamiento es posible identificar estas dos formas de contratos diferentes. Una tiene que ver con el “trabajo para el patrón” como arrenderos, muy presente en la memoria oral y es incluso como las personas mencionan los contratos actuales, que de acuerdo a la bibliografía encuadrarían como arrendatarios. Estos arreglos implicaban una vinculación y acuerdos en los que los arrenderos residían en una porción de la finca y establecían cultivos propios a cambio del trabajo en la finca –mujer en las tareas domésticas de la casa y el hombre atendiendo los cultivos o animales una cierta cantidad de días-. Así, este tipo de contratos y de relación con el patrón ha sido una constante en la configuración social de la región, siendo por lo tanto central para comprender los procesos sociohistóricos del Valle (Villagrán, 2014), como se analizará en capítulos siguientes.

Si bien estas formas de vinculación denotan una profunda desigualdad y relaciones de explotación que se establecían al interior de las fincas, donde además “los patrones no dejaban poner vid porque era un cultivo anual que arraigaba al suelo así que antes se tenía prohibido, hoy si se pone” (J., 2018, Payogasta); había un uso del espacio que en la actualidad las personas ven afectado. En este contexto, los nuevos patrones son mencionados ahora como extranjeros y es notable en los relatos el distanciamiento y la ausencia de vinculación, la reticencia que genera la restricción en los espacios que usan, las modalidades de producción agrícola que implementan y el uso que le dan a la tierra, etc. El turismo que atrae este tipo de actividades, por otro lado, está confinado a determinados lugares, por lo que no representa ni siquiera una fuente de empleo ni una vía para canalizar la venta de sus cultivos y sí en cambio,

una gran modificación en su modo de vida por las territorialidades impuestas que las actividades conllevan. Investigadoras que trabajan en el área han venido manifestando que

...los conflictos territoriales fueron recrudesciendo paulatinamente en los últimos veinte años en la región, no como producto de la nueva legislación indígena –como suelen sostener periodistas, empresarios y otros actores locales y no locales-, sino más bien por los movimientos que se dieron en la propiedad de la tierra a partir de cierta reactivación y transformación económica. En tal sentido, el turismo junto a la vitivinicultura son fenómenos directamente implicados en la intensificación de los problemas antes referidos (Castellanos et al., 2018, p. 26).

Por otro lado, el arrendamiento tiene vigencia y es bastante frecuente a partir de los *arriendos*, un contrato en el que se establece un canon que cobran los dueños de las parcelas por hectárea para poder producir allí. Si bien la ley establece un mínimo de tres años de contrato, en los relatos expresan que son anuales y casi siempre de palabra, es decir, informales, además de muy costosos:

Antes era distinto, casi todas las tierras eran de la finca de la sala y daban arriendos a cambio de que por ejemplo la mujer preste servicio en la sala, el hombre regaba las plantitas pero después ponía gratis, no perdías, siempre se trabajaba así. Ahora se arrienda o pone en sociedad (O., 2016, Payogasta).

La mayoría de la gente arrienda pero es muy caro, la hectárea está 10.000, 11.000 en Payogasta y con arado, químicos se va como \$15.000 y después tenés que vender al precio que fija el comprador. En Cachi Adentro se ha puesto carísimo el arriendo, pagás \$18.000 ¿y si perdés? Antes no era así, y sociedad prefiero que no, algunos son buenos pero ¿para qué trabajar así? (G., 2016, Payogasta).

Para el arriendo hay contrato, se hace por año y hay bastante. Pero se hace mucho a sociedad, es decir te doy la tierra y vos me entregas tantos kilos de producción. Son contratos feudales, uno pone la tierra y el otro las semillas y todo el trabajo, luego le tiene que dar la mitad (Funcionaria provincial, 2014).

Yo soy propietario y le tomo a usted como socio, y ponemos pimiento a medias, yo como propietario tengo que arar y hacer todo el movimiento de tierra y lo dejo listo para sembrar, entrego la tierra lista para que el socio ponga el plantín y comience a trabajar en todo lo que viene: desyerbe, cosecha, y cuando viene la época de cosecha van 50 y 50. Cuando uno es arrendero alquila la tierra y uno pone solo y queda la

cosecha para uno. Se hace contrato escrito por un año para el arriendo de tierras, la sociedad es de palabra (M., 2014, Buena Vista).

En estos relatos se observan los contratos a *sociedad*, denominados *aparcerías* en los censos agropecuarios, y sucede cuando una de las partes aporta la tierra y parte de los elementos de trabajo, y la otra parte la mano de obra y algunos insumos para luego convenir libremente el porcentaje en la distribución de los frutos. Así, La Ley de Arrendamientos rurales y Aparcerías lo caracteriza este tipo de contratos

...cuando una de las partes se obligue a entregar a otra animales, o un predio rural con o sin plantaciones, sembrados, animales, enseres o elementos de trabajo, para la explotación agropecuaria en cualesquiera de sus especializaciones, con el objeto de repartirse los frutos (Art. 21° Ley Nacional 13.246).

Dentro de este tipo, la *sociedad*, también llamada *arreglos al partir o mediería*, de la misma manera es un contrato que tiene su raíz histórica en las fincas (Pais, 2011), regulado con la normativa de las aparcerías y se refieren a un tipo de relación socioproductiva, generalmente de palabra, que se da entre el propietario que aporta la tierra, tecnología y el capital operativo, y el productor que aporta la totalidad de la mano de obra del trabajo y quizás parte de los insumos (Ringuelet et al., 1992). En este caso, según los relatos de campo y a diferencia de la reglamentación, el porcentaje de distribución ya está establecido de antemano, repartiéndose en partes iguales las cosechas. Además, es el productor quien aporta el capital y la tecnología para producir, además del trabajo, y no el dueño del rastrojo, quien sólo proporciona la tierra preparada para producir. Algunos entrevistados aseguran que si bien no es conveniente, se corren menos riesgos. Por lo tanto, si cuentan con el capital en general se prefiere el arriendo sino “ponen a medias con el patrón”, dado que no hay que asumir el costo y es menos riesgoso porque no se pierde dinero en caso de una mala cosecha, aunque en realidad “a nadie le gusta trabajar así” (J., 2014, Fuerte Alto). También hacen referencias a estos contratos en tanto:

Arrendar no se arrienda mucho, trabajamos a medias, la mitad para el patrón y mitad para nosotros. En la finca grande de Wayar se trabaja a medias, nos dan la tierra arada, rayada y nosotros sembramos, cuidamos y después le damos la mitad. Cuando tenemos para arrendar, arrendamos (F., 2014, San Miguel).

...ir en sociedad digamos, vos ponés unas hectáreas de tomate y después se reparte con el dueño, el dueño la ara y entrega lista para que vos la plantés nomás, la mitad es para él, si sacás 200 cajones, 100 son para él. Con el arriendo sacás un poco más, lo

que pasa que acá los productores no ganan bien porque casi nadie es dueño, todos trabajan para otro digamos, y pagan tan poquito que no sacan nada (H., 2017, San José).

Cualquier productor que quiera producir tiene que ir a arrendar o trabajar a medias, en sociedad digamos, mediería con los tres dueños de acá. Es un poquito complicado el tema de la tierra, o sea el más perjudicado es el productor porque el dueño se sigue aprovechando, los arriendos son caros y cuando trabajás a sociedad tenés que trabajar todavía la mitad de todo el sistema para él, termina perdiendo pero sin embargo sigue bueno la gente vive ¿no? Encima el sistema de mediería acá en la zona no está implementado como dice la ley, que vos cuando trabajás todo es a medias, únicamente el dueño pone la tierra y vos tu trabajo hasta ahí, después todo el resto es a medias, a sociedad, ambas partes. Acá no, el que trabaja a veces tiene que comprar agroquímicos, cargar el camión para llevar la producción al mercado, o sea no llega hasta la cosecha como dice la ley. Hay cosas que no van y no las vas a cambiar así nomás (A., 2015, Payogasta).

En los censos a lo largo del tiempo se puede rastrear la predominancia de cada forma de tenencia. Así, mientras que para fines del siglo XIX, con una estructura agraria en la que gran proporción de territorio estaba repartido en latifundios en el departamento de Cachi, los arriendos eran preponderantes (60,4%) respecto a otras formas de tenencia, siguiendo en orden a los propietarios con un 37,5% de las explotaciones (Comisión directiva del Segundo Censo de la República Argentina, 1895). Es curioso que si bien a lo largo del tiempo el territorio se ha ido fragmentando en propiedades más pequeñas, no hubo cambios sustanciales en dichas proporciones. Un acontecimiento que sí repercutió en estas formas de contrato es el acceso a la propiedad de los 100 arrendatarios aproximadamente tras la expropiación de la Finca Hacienda de Cachi. Así, en el CNA de 1960 se expresa que un 98,8% de las explotaciones se encuentran en ese momento en manos de propietarios –titulares registrales-, frente a otras formas de tenencia (Dirección Nacional de Estadísticas y Censos, 1960). Sin embargo, a partir de allí el arrendamiento vuelve a adquirir preponderancia mediante un crecimiento progresivo reflejado a través de los censos y en la vigencia de la memoria colectiva de los interlocutores. Así, para 1988, la tenencia en propiedad de las explotaciones con límites definidos sigue siendo preponderante con un 26,5%, mientras que es llamativa la cantidad de las mismas en propiedad familiar o sucesión indivisa, representando un 65,5% del total (INDEC, 1988). Esta última forma de tenencia refleja la situación de irregularidad respecto a los títulos mencionada anteriormente, y en los siguientes censos no se puede apreciar su evolución dado que aparece

asociada a la de propiedad o sucesión indivisa. Mientras que el arrendamiento representa para esta época tan sólo un 0,14% del total de la distribución de superficie de acuerdo al régimen de tenencia, y la *aparcería* –sociedad en términos de los interlocutores- es prácticamente insignificante³¹ (ibid). Una forma que es representativa con un 7,8% es la de ocupación con permiso, que podría corresponderse a estos arreglos con el patrón mencionados por los productores.

Para 2002, la propiedad o sucesión indivisa alcanza el 98% del total de superficie en cuanto a las formas de tenencia registradas para las EAP con límites definidos, superando el 92% que sumaban las categorías del censo de 1988; mientras que el arrendamiento y *aparcería* aparecen agrupados y constituyen un 1,4% restante, siendo superior también este valor respecto al de 1988. Por otro lado, las formas de ocupación se reducen considerablemente y las EAP que combinan tierra en propiedad o sucesión indivisa con arrendamiento y *aparcería* u otra forma de contratos también son ínfimas (INDEC, 2002). No es posible realizar comparaciones entre los últimos censos dado que el correspondiente a 2008 no cuenta con la información acerca del régimen de tenencia para el departamento de Cachi en particular, y los datos del realizado en 2018 no han sido publicados aún.

Otra forma de contrato establecido durante mucho tiempo ha sido el cobro por las pasturas para alimentar el ganado ovino, caprino e incluso vacuno de los productores. Hasta hace algunos años, terratenientes del lugar y otros que aducían ser propietarios de terrenos fiscales cobraban por ello un *yerbaje*, que solía ser un porcentaje en base a la cantidad total de animales con los que contaban los productores. De acuerdo a lo expresado en los relatos “Trabajaba para el patrón en la finca y pagaba *yerbaje*, si tenías por ejemplo 1000 cabras, porque llegué a tener y caminaba mucho, le daba 200, 300 pero siempre se pagaba” (C., 2016, Las Arcas),

El *yerbaje* se cobraba a fin de año, era el cobro del dueño de la finca por pastar los animales en el cerro algo así como 10 cada 100 cabras. Las corridas las organizan los dueños de los campos a fin de año, hacen bajar todo el ganado y de ahí cuentan cuantas cabras, ovejas tienen (antes la gente era más pícara y bajaba la mitad, con esto hacen bajar todas). La gente casi no lo hace acá porque se dieron cuenta que no hay dueños de los cerros, les pidieron papeles y no tenían entonces no pagan más. Pero en Potrero y otros lugares se sigue haciendo (D., 2016, Cachi).

³¹ No necesariamente porque no se de, sino que por las condiciones en las que se practica puede ser declarada como arrendamiento u otro tipo de tenencia.

Teníamos puestos en el cerro y nos cobraban yerbaje, 8 o 10 cada cien depende la haciendita. Hasta que la gente dijo no ¿por qué nos van a cobrar si los cerros no tienen dueño, son fiscales? Ahora lo que tiene problemas la gente arriba es porque han comprado extranjeros la Finca San Miguel y cercaron, ya no pueden pasar (R., 2019, La Aguada).

Llevábamos a pastar nuestras ovejas y cabras al cerro, que son comunales, pero ahora las cuidamos en el corral, llevan los de la orilla porque está todo cercado (N, Cachi Adentro, 2014).

Mi abuela ya pagaba el yerbaje, mas antes ella de 100 animales daba 10. A mi hace 7 años que me han pedido yerbaje, me han pedido que pagara el pasto. Nosotros hemos tenido problemas en diciembre, la otra casa nos han sacado, teníamos mejores tierras para cultivar. Nos pasaron el arado por encima, teníamos pimienta y arvejas, hemos perdido todo. Una vez querían entrar a nuestro corral, le pedí los papeles, sino no iba a pagar. El dijo que ha comprado los cerros, pero no tenía las escrituras así que no le iba a pagar, después ha mandado otra gente de abajo a pagar, pero hasta que no traiga los papeles no le voy a pagar. Nosotros no tenemos papeles. La comunidad se reúne ahora por ese tema, yo participo. Solo con los animales piden yerbaje, con el cultivo no, pero ahora no han venido más. Ahora también hay que pagar por el agua, los turnos siguen igual, pero hay que pagar. (M., 2014, Las Pailas).

Esta renuencia a abonar el pastaje ha sido mencionada en varias oportunidades, y tiene que ver en gran medida con el proceso de organización y reivindicación de las comunidades indígenas de la zona, y un mayor empoderamiento de la población, dando cuenta que los cerros y acuíferos no son de propiedad privada y por tanto, no corresponde el pago por su derecho de uso que además, es comunal. Como puede verse a lo largo del desarrollo de los capítulos, las tensiones resultan muchas veces de las construcciones de territorialidad de los diferentes actores sociales, disputas de sentido y de poder en las que subyacen además cuestiones identitarias, simbólicas, ontológicas, etc. de larga data.

6.3. Sujetos y prácticas productivas. Adscripciones identitarias en relación a las actividades agrícolas

La problemática a investigar en la tesis se orienta a la organización de la principal actividad de las personas, es decir la agricultura a pequeña escala que se realiza en los espacios configurados con anterioridad. En este aspecto, se ha optado por la adopción de categorías inclusivas, pero sin reducir y agotar en ellas las diversas autoadscripciones identitarias de los

sujetos, que son situadas, dinámicas, en constante construcción, y tienen que ver tanto con el lugar de origen y el proceso sociohistórico y cultural de la zona, así como las actividades realizadas, que generan identidades colectivas que los representan. En este sentido, se estableció un intercambio con los interlocutores para reevaluar las categorías de análisis de partida y delimitar a los sujetos que conforman el referente empírico de la investigación desde aquellas *emic*, con los que las personas se identifican en relación a su actividad. Esta construcción de saberes conjuntos permitió repensar y profundizar aspectos identitarios que conllevan diversas lógicas y configuraciones de sentido, por lo que considero relevante esbozar el recorrido conceptual que se ha realizado.

En principio, partimos de una configuración teórica de los sujetos que estaba en tensión con sus propias representaciones. Durante las primeras aproximaciones, se identificaron algunas características relacionadas con formas de organización social de la producción propias de las comunidades campesinas andinas, como el tipo de uso de los recursos, las formas de organizar el trabajo y la relación con la tierra y los cultivos (Euguren y Urioste, 1991; Mayer, 1994), que les otorga una identidad particular, aunque son también dinámicos y permeables a las lógicas capitalistas modernas, que toman forma dentro del contexto de cada sociedad (Hocsman, 2003a, 2003b y 2012; Mayer, 2004a). En un trabajo previo realizado en la zona, Pais (2011) caracteriza a quien desarrolla una "...agricultura como estilo de vida sobre las formas de agricultura como negocio" (Pais, 2011, p. 238), bajo la figura del campesino, concebido como un sujeto social que toma las decisiones y trabaja en una unidad de explotación con su familia y produce bienes para consumo propio y también para el mercado. Si bien existen cuantiosas definiciones de *campesino*, se registran puntos en común en cuanto a una escasa o nula acumulación de excedentes (Llambí, 1981; Mayer, 2004b; Shanin, 1976), y el uso de la fuerza de trabajo familiar para las actividades productivas. Estas actividades tienen como objetivo la reproducción de las unidades familiares (Schejtman, 1980), que son asimismo quienes garantizan el proceso agropecuario (Archetti y Stölen, 1975) e intervienen en la regulación del acceso a la tierra, los recursos y conocimientos que permiten perpetuar las prácticas productivas (Hocsman, 2010).

Si bien esta denominación se ha utilizado en mayor medida para aludir a las realidades de otros países de Latinoamérica (Ringuelet, 1991), interpelados por su matriz indígena y procesos de reformas agrarias (Giarraca, 2017) en Argentina, tanto desde los sectores académicos como gubernamentales, se ha recurrido a conceptos con menores implicancias teóricas, que niegan y ocultan su especificidad (Hocsman, 2010). Así, se ha subordinado a las economías regionales y una heterogeneidad de sujetos sociales agrarios en función de aquellos sectores rurales presentes en la región pampeana que aportaron al desarrollo agrario

nacional (Giarraca, 2017; Barbetta et al., 2012; Pais, 2011; Paz, 2010). En este marco, vinculado a ciertos posicionamientos³², es que se intentó abordar en principio a la especificidad del sujeto campesino, comprendido en función tanto de ciertos aspectos sociohistóricos y culturales que lo diferencian de otros productores (Giarraca, 1990), aunque teniendo en cuenta las estrategias dinámicas actuales como la comercialización de parte de su producción en el mercado (Karasik, 1994; Manzanal, 1993), la incorporación de fuerza de trabajo extrafamiliar (Abduca, 1992; Manzanal, 1993; Radovich y Balazote, 1992; Reboratti, 1996), y su empleo en el mercado laboral (Abduca, 1992; Karasik, 1994; Manzanal, 1993; Radovich y Balazote, 1992).

Sin embargo, esa categoría no generaba identificación al dialogar con los interlocutores acerca de su actividad e incluso propiciaba un rechazo al referir a sujetos que no trabajan la tierra –campo es un espacio no trabajado-, por lo que se ha desestimado. Los representantes de las comunidades indígenas tampoco se identificaban porque el campesino no es sujeto de derecho en la constitución como sí los pueblos originarios, y además en su definición analítica contempla una delimitación territorial que no coincide con la lógica de territorialidad propia de su cosmovisión, y todo lo que implica transitar esos espacios para llevar su modo de vida.

Otra de las categorías con la que los sujetos sociales en el área de estudio han sido configurados es la de *minifundista* (Manzanal, 1995), asociada a la pobreza rural y entendida como unidades en las que trabaja la familia, con escaso nivel de capitalización y prácticamente nula integración al mercado (Barbetta et al., 2012). En el contexto que Manzanal desarrolla su trabajo, desde el Estado era una expresión muy corriente a través de acciones desarrolladas por el INTA, así como el relevamiento para cuantificar la población minifundista en el Censo Nacional Agropecuario de 1969 (Paz, 2010), y los Programas de Desarrollo Rural que se desarrollan a partir de la década de 1980, orientados a atenuar las condiciones de pobreza que las medidas económicas neoliberales generaban en los sectores del agro (Arzeno et al., 2015;

³² Por un lado, el paradigma de la Cuestión Agraria, que configura al campesinado como un sector que se mantiene subalterno a los procesos del capital, diferenciándose y resistiendo mediante distintas estrategias de articulación, y recreándose producto de estas fuerzas contrapuestas (Cáceres, 2003, Paz, 2006; Hocsman 2010, 2014). Mientras que la adopción de la categoría de Agricultor Familiar es una postura enmarcada en el paradigma del Capitalismo Agrario de la etapa neoliberal de la década de 1990, con grandes implicancias tanto en el desarrollo de políticas públicas en los gobiernos de casi toda América Latina, como en las mismas organizaciones de productores y en el ámbito académico (Fernandes, 2004; Hocsman, 2010, 2014). Desde este modelo, para que el campesino y otros sectores puedan continuar su existencia en el capitalismo, debe haber políticas de desarrollo rural que los integre como agricultores familiares al modelo capitalista imperante (Fernandes, 2004). Sin embargo, esta denominación también ha generado controversias respecto al origen de su conformación y el desplazamiento de sectores como el campesino (Barbetta et al., 2012; Obschatko et al., 2006), ignorando su idiosincrasia y especificidad al mezclarlos con otros sujetos agrarios y visible solo en términos de su incorporación a las lógicas capitalistas mediante la asistencia de políticas que promuevan la transformación de sus rasgos característicos, hacia los de agricultores familiares (Barbetta et al. 2012, Paz 2010, Soverna et al. 2008). Así, en esta categoría amplia se incluyen tanto a los campesinos como a los farmers o productores capitalizados (Hocsman, 2010, 2014), invisibilizando las luchas sociales y la historia que caracteriza al campesinado y que lo empodera como sujeto de acción (Hocsman, 2010, 2014; Barbetta et al., 2012) y las disputas inherentes entre los sectores por el uso de la tierra y los recursos (Fernandes, 2004). En este sentido, se contraponen dos modelos de análisis en el ámbito latinoamericano desde los que se abordan los sujetos agrarios.

Manzanal, 2009). Si bien esta denominación proveniente de políticas estatales hacia el sector no ha sido reapropiada por los interlocutores, otras como *pequeño productor* o *agricultor familiar*, si generan representatividad. Estas denominaciones han tenido gran adhesión tanto en ámbitos políticos y organismos del Estado como en la academia a partir de fines de los años '80 y principios de los '90 (Hocsman, 2010; Paz, 2011), en relación a las escalas de producción y trabajo familiar en pequeñas superficies. Así, por un lado, *pequeño productor* remite a la participación directa del productor y la fuerza de trabajo de la familia en el proceso productivo, la ausencia de contrato de mano de obra permanente y los escasos recursos y capitalización con que cuentan (Carballo et al., 2004; Tsakoumagkos et al., 2000; Obschatko et al., 2007), limitando por lo tanto el tamaño de la explotación agropecuaria y tecnología para el proceso productivo (Tsakoumagkos et al., 2000), y cuya acumulación de capital que es escasa o nula (Carballo et al., 2004). Mientras que la *agricultura familiar* se define en relación al "...uso de la mano de obra familiar en el proceso de producción, una cierta capacidad de acumulación, la propiedad de la tierra, su transferencia a través de la herencia y un nivel de tecnificación en las tareas agrícolas" (Paz, 2010, p. 300). En forma más integral, Foro Nacional de la Agricultura Familiar la define como

... una "forma de vida" y una "cuestión cultural", que tiene como principal objetivo la "reproducción social de la familia en condiciones dignas", donde la gestión de la unidad productiva y las inversiones en ella realizadas es hecha por individuos que mantienen entre sí lazos de familia, la mayor parte del trabajo es aportada por los miembros de la familia, la propiedad de los medios de producción (aunque no siempre la tierra) pertenece a la familia, y es en su interior que se realiza la transmisión de valores, prácticas y experiencias (...) Incluimos en esta definición genérica y heterogénea distintos conceptos que se han usado o se usan en diferentes momentos, como son: Pequeño Productor, Minifundista, Campesino, Chacarero, Colono, Mediero, Productor familiar y, en nuestro caso, también los campesinos y productores rurales sin tierra y las comunidades de pueblos originarios. (FONAF, 2006, p. 9).

En nuestro país la adopción de esta categoría, tanto en el ámbito académico como desde las políticas de desarrollo rural y en las mismas organizaciones de productores a partir de fines de 1980 y principios de los años '90, ha contribuido a visibilizar y dinamizar la relevancia de este sector agropecuario (Paz, 2010; Hocsman 2010, 2014; Pais, 2011; Nogueira,

2013). Así, desde el estado nacional³³, se han impulsado acciones para caracterizar su situación y ponderar su participación en la economía nacional (Tsakoumagkos et al., 2000; Obschatko et al., 2007; Soverna, 2008), así como un replanteo de la perspectiva del Desarrollo Rural en el país que incluya la diversidad de sectores y actividades rurales existentes (Nogueira, 2013; Soverna, 2008). Sin embargo, al ser estas categorías tan generales y ambiguas, muchas veces solapan aspectos que conciernen a una amplia gama de actores (Obschatko et al., 2007), o sólo se centran en cuestiones productivas de este sujeto, subordinándolo a los procesos del capital y vaciando de sentido el resto de sus características (Durand, 2004 como se citó en Barbetta et al., 2012).

Estas denominaciones de procedencia moderna, con sus implicancias teóricas y políticas y las inclusiones y omisiones que conllevan, han generado distintos grados de representatividad en aquellas personas que se dedican a la actividad agrícola a pequeña escala, muchas veces al asociarlas a la implementación de políticas públicas. Este es el caso de las categorías de *pequeños productores y agricultores familiares*, que junto a las referencias de *agricultores, productores, productores familiares*, han sido las más frecuentes. Entre las mismas, *agricultor familiar* genera una gran representatividad en relación a las cantidades producidas y el tipo de organización familiar para la actividad agrícola en mayor medida, e incluso ha sido discutida y capitalizada por las comunidades diaguitas de la zona en relación a una decisión política estratégica para ser reconocidos de esta manera. Sin embargo, en este caso, las comunidades han consensuado optar por la denominación más específica de *Agricultor Familiar Campesino e Indígena –AFCel-*, porque incluye diversos sectores reconocidos por el Estado y amparados como sujetos de derecho por una ley de reparación histórica que contempla bajo esta categoría abarcativa el respeto hacia su diversidad.

Es importante resaltar que si bien dicha denominación proviene del Estado, ha sido reapropiada y reconfigurada por los sujetos –aunque de diferente manera-, de modo que se vuelve también un término nativo con el que la mayoría de los interlocutores manifiestan

³³En este marco, se gestaron acciones como la creación del Centro de Investigación para la Agricultura Familiar -CIPAF- dependiente del INTA durante el año 2005, con el objetivo de impulsar investigaciones, asesorar y articular entre los actores y aportar tecnología para el desarrollo sostenible de este sector de acuerdo a su zona. A su vez, se constituye el Foro de Universidades Nacionales para la Agricultura Familiar (ForoUNAF), también con representación regional, tendiente a acompañar el proceso (INTA, 2014). Por otro lado, en el año 2006 se crea el Foro Nacional de la Agricultura Familiar en articulación con la SAGPyA. En el año 2009, dicha secretaría se conforma en Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, otorgándole mayor relevancia y con ello una mayor planificación de políticas públicas, centradas en la figura del agricultor familiar, y en 2014 se le otorga mayor relevancia al agricultor familiar al conformarse la Secretaría de Desarrollo Rural y la Secretaría de Agricultura Familiar en dicho Ministerio. También durante ese año se aprueba la Ley de Agricultura Familiar N°27.118, que aborda temáticas como el acceso a la tierra, desalojos, financiamiento y desarrollo, en el marco de una reparación histórica que alcanzaría al 65% del total de productores (Hang et al., 2015). Esta Ley de carácter nacional, sancionada en diciembre de 2014 reconoce la diversidad en la agricultura familiar y tiene como prioridad “...incrementar la productividad, seguridad y soberanía alimentaria y valorizar y proteger al sujeto esencial de un sistema productivo ligado a la radicación de la familia en el ámbito rural, sobre la base de la sostenibilidad medioambiental, social y económica” (InfoLEG, 2014).

identificarse. Además, tanto su conformación como la constitución de la Ley N° 27.118 de Reparación Histórica de la Agricultura Familiar en el año 2014, resulta de la participación y consenso de los diversos sectores que están integrados en ella -movimientos sociales y organizaciones de la agricultura familiar, campesinos y pueblos originarios-. Dichos sectores excluidos del modelo de agronegocios hegemónico consolidado a partir de la década de 1970 en la estructura agraria argentina (Gras y Hernández, 2009), han desarrollado diversas acciones colectivas para promover sus derechos y la creación de políticas públicas inclusivas. Una de las acciones clave ha sido la constitución del Foro Nacional de la Agricultura Familiar (FONAF) en el año 2004, en el que se reunieron más de 1000 organizaciones de todo el país para poner en discusión el desarrollo rural, la agricultura familiar y los pueblos originarios. En el año 2006 comienzan a interactuar con el Estado a través de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación (SAGPyA) para elaborar en forma consensuada y federal un proyecto de ley que finalmente se sanciona en diciembre en 2014, adquiriendo gran legitimidad (De Luca, 2016). Esta Ley fue denominada *Reparación Histórica de la Agricultura Familiar para la construcción de una Nueva Ruralidad en la Argentina*, y es la que enmarca la denominación por la que optamos en este trabajo, dada la discusión y consenso de las comunidades para posicionarse desde estas denominaciones, que también incluye a las personas que no se autoidentifican indígenas.



CAPITULO 7

Sistemas hídricos y uso del agua de riego. Complejidades actuales en torno a su regulación, acceso, limitaciones. Dinámicas comunales y lazos recíprocos en el uso de agua

*Sale una nube negra
Señal que va a llover
Cerra bien la compuerta
El río va crecer*

Eva Arjona, coplera de Cachi



Los bienes naturales de los territorios incluyen múltiples aspectos materiales y simbólicos, que por una cuestión de organización de la tesis, se ha focalizado en la tierra y el agua en estos capítulos iniciales dado su condicionamiento para la organización productiva tanto de consumo como comercial. Asimismo, este es uno de los principales factores por los cuales la disponibilidad de irrigación se encuentra sujeta a disputas entre quienes intervienen en su regulación y acceso, tensionada por distintas lógicas e intereses inherentes a los usuarios de este bien. En este marco, explorar la provisión de las fuentes de agua de riego, la infraestructura y superficie irrigada del departamento de Cachi, así como la regulación de su distribución, son aspectos de base que contribuyen a tomar dimensión de la importancia del riego como factor que posibilita la agricultura en las condiciones ambientales del Valle.

7.1 Infraestructura de riego en Cachi

La proporción de hectáreas bajo riego disponibles para la agricultura respecto a la totalidad de superficie del departamento es escasa, más aún al considerar que es la actividad principal que se desarrolla allí. Para el año 2002 el área regada de las EAP con límites definidos comprendía 1634 ha (INDEC, 2002), para 2019 aquella sistematizada bajo riego alcanza 3946 ha, de las cuales 3866 ha cuentan con riego permanente y a perpetuidad, y 80 ha bajo riego eventual (Secretaría de Recursos Hídricos de la provincia de Salta [SRH], comunicación personal, 19 de septiembre de 2019). Si bien puede haber variaciones de acuerdo a los criterios usados en el relevamiento de ambas entidades, y las áreas de cultivo se han ido ampliando con el tiempo al aumentar la capacidad de riego, representan una porción ínfima respecto a las 292.500 ha de superficie que tiene el departamento de Cachi. La posibilidad de ampliar el área de riego está sujeta a contar con la tecnología necesaria –que sólo tienen los sectores más capitalizados–, dado que el relieve y la infraestructura hídrica con los que cuenta el lugar son los principales condicionantes. Esta situación es extendida en el Valle Calchaquí salteño, donde las tierras aptas para la agricultura de riego corresponden a un 20% de los suelos de la región, cuyo suministro de agua proviene casi exclusivamente de fuentes superficiales (Morandi, 2014), a excepción de Cafayate que cuenta con sistemas de riego más complejos, y algunos sectores del Valle que combinan las mismas con fuentes subterráneas (Manzanal, 1995). Los caudales de estas fuentes superficiales dependen del agua de lluvias que se concentran en los meses de verano y las nevadas en los picos de los cerros que aportan al flujo de los ríos (Paoli et al., 2003), por lo que en determinados períodos del año su disponibilidad se reduce considerablemente, incrementando los conflictos por su control (Arqueros, 2016). A esta situación de escasez de recursos hídricos y la variabilidad estacional de los caudales, se le agrega “...la carencia de infraestructura de obras de captación,

conducción y distribución de agua para riego, con baja tecnología en la aplicación del recurso” (Paoli, 2002, p. 16). Es decir que prevalece una baja eficiencia de los sistemas de riego, cuyos métodos suelen ser poco efectivos (por surco, por melgas o por inundación), con una infraestructura deteriorada por desinversión pública y falta de mantenimiento, que repercute en los embalses colmatados, tomas precarias, canales con baja capacidad de conducción, entre otros (Morandi, 2014). En este sentido, para el área podemos identificar los dos primeros tipos de sistemas de riego que Dean (2008) sistematiza para la provincia de Salta, caracterizados como:

(i) sistemas de riego servidos con agua superficial a través de obras de captación de carácter precario empalmados con infraestructura de conducción, operación y/o distribución de similares características; (ii) sistemas de aprovechamiento de aguas superficial apoyados en obras fijas de cabecera de sistema (obras de toma, dique embalse, etc.) generalmente enlazadas con sistemas de conducción, distribución y operación de carácter precario; y, (iii) bombeo de agua superficial y aprovechamiento de agua subterránea a través de pozos profundos, sistemas que generalmente son administrados por usuarios individuales es decir no consorciados (Dean, 2008, p. 98).

Se trata de sistemas gravitacionales, a riego tendido (INDEC, 2002; Paoli et al., 2011), que se caracterizan por contener una obra de toma de agua superficial de los ríos que se vincula a canales principales de conducción o matrices, por lo general a cielo abierto de distinto diámetro, que conducen a canales secundarios o acequias, y llega por derivaciones a los rastrojos, donde se riega por surco, mediante la regulación de compuertas que derivan el agua hacia canales más pequeños (figura 4). En muchos casos estas tomas y canales o acequias por los que circula el agua de riego en forma superficial, continúan usándose sin revestimiento, por lo que requieren un mantenimiento frecuente para posibilitar el escurrimiento, dado que la porosidad del suelo genera una gran pérdida. Para el año 1987, Manzanal estima que el 75% del agua que se recibe en la toma se pierde, tanto por la baja eficiencia de los sistemas de riego y las construcciones precarias, como la salinización de los suelos, el sostenimiento de una distribución basada en pautas muy antiguas, y su manejo dentro del predio (Manzanal, 1987).

Figura 4

Canales de distribución de riego revestidos y no revestidos en las proximidades de Cachi.



Pese a estas limitaciones, las actividades de mantenimiento de tomas y acequias organizadas y desarrolladas en forma comunal, han posibilitado asegurar el abastecimiento hídrico mediante el trabajo articulado entre los usuarios a través del tiempo. Estas prácticas se vinculan con formas comunales ancestrales de manejo del recurso, que requerían de estas prácticas coordinadas. Asimismo, se observa en el campo estructuras interconectadas como las mencionadas, que se corresponden con dinámicas de funcionamiento como las que se han descrito en el capítulo cuatro. Incluso, al observarlas junto a una interlocutora refería que son las mismas que usaron sus antepasados (figura 5), y existen desde que tiene memoria, así como su abuelita también las empleaba, y que

Las mismas familias hicieron la distribución de agua hace años aquí, en cambio en Cachi Adentro el patrón de la finca impuso el turno de riego. Los abuelos salían sí o sí a palear las paredes de las acequias el primero de agosto, el día de la Pachamama,

eso viene de años ya que se hace comunal. Hoy se sigue haciendo, todos los que tienen tierra van a limpiar (M., 2019, Las Pailas)

En Piul el agua era propia de nosotros, pero costaba tanto a mi abuela, mi papá, tenían que subir hasta el límite de la acequia porque siempre cuando venía el río destruía la toma y llevaba semanas hacerle la pirca. Ahora siguen con el mismo problema, se arreglan entre las familias (M., 2017, Payogasta)

Figura 5

Riego de rastrojos a partir del cauce de un canal



Parte de las acequias mencionadas se corresponden con tramos de canales relevados arqueológicamente (Páez et al., 2010; Paéz et al., 2012; Páez y Giovanetti, 2014; Páez y López, 2016, 2019), tal como ha sido desarrollado en el capítulo cuatro. Para el caso específico de Las Pailas, en muchos casos se siguen utilizando sin revestimiento, en tanto en otros se ha agregado cemento a los fines de minimizar la pérdida del agua e incrementar su velocidad,

considerando la merma en el caudal de los ríos Peñas Blancas y Potrerillos. De acuerdo a la información oportunamente referida, el sistema de irrigación que tomaba y distribuía el agua para el riego en tiempos prehispánicos también habría requerido tareas de limpieza y mantenimiento para evitar la colmatación, posibilitado por una sistemática organización comunal en su manejo (Páez y López, 2019).

El revestimiento actual de los canales, en parte, ha sido tarea de gestiones estatales, en particular desde mediados del siglo XX, cuando ocurrieron la mayoría de las canalizaciones de Cachi y Payogasta utilizando piedra calzada y cemento. Estos revestimientos facilitan el paso del flujo hídrico e impermeabilizan la superficie para evitar la infiltración y los desmoronamientos. Además, asisten técnicos en la actualidad para asesorar, gestar e implementar obras de conducción de agua, etc., y hay organismos destinados a atender estas problemáticas que aún siguen vigentes, por lo que estas acciones continúan siendo escasas ante la insuficiencia del riego.

Sumado a esta complejidad, en la actualidad se visualizan otras técnicas de riego que demandan una tecnología y conocimiento específico, así como otras prácticas organizativas; que tienen que ver con la aspersión, microaspersión, goteo, y la provisión de agua por pozo y bomba para riego, asociados a cultivos específicos como la vid de altura. En el CNA de 2002 se registra sólo una hectárea con este tipo de técnicas, mientras que la acumulación de agua para posibilitarlas era inexistente (INDEC, 2002), por lo que proliferaron en forma posterior a la fecha de realización del censo, acompañando el proceso de especialización productiva desarrollado por un determinado sector socioeconómico.

7.2. Regulación y distribución del agua de riego

Las nuevas actividades y actores sociales presentes en el área que disponen de tecnologías como los pozos con bomba para riego -presentes al menos desde 2014 (Secretaría de Agricultura Familiar [SAF], comunicación personal, 17 de septiembre de 2015)-, contribuyen a la demanda de un bien que tiene sus limitaciones. Si bien quienes cuentan con estas nuevas tecnologías esgrimen que más allá del manejo que se realice con posterioridad, el agua que acumulan proviene del caudal del turno de riego que tienen atribuido, los interlocutores AFCel mencionan como un aspecto resonante la existencia de retención de agua en estanques de las bodegas y hoteles boutique de la zona. Incluso resulta conflictivo su uso paisajístico más allá de lo productivo; mientras que en otros sectores escasea o no se llega a irrigar determinadas superficies destinadas a la siembra. En este sentido, hay expresiones como “Yendo a Piul hay una bodega, tienen pozo de agua y aparte hacen riego por goteo” (F., 2016, Payogasta), “hay

escasez de agua, el hotel tiene un pozo grande y nadie le dice nada, encima van 2 años de sequía, esperas la lluvia y sino ya no ponés porque si no vas a poder regar” (I., 2018, Cachi Adentro). Por lo tanto, además de las dificultades en torno a su aprovechamiento, las tensiones se acrecientan a partir de la complejidad que configuran los nuevos usos y demandas conforme varían las actividades agrícolas y los sujetos involucrados en su administración. En este sentido, además de las condiciones estructurales -que pueden tener sus deficiencias, limitaciones, no alcanzar a cubrir toda el área, etc.- en las que el Estado ha intervenido en cierta medida, es central contemplar la administración del agua de riego para posibilitar su distribución y acceso. Este aspecto no ha tenido cambios considerables respecto a su manejo por “usos y costumbres”, de larga data en el Valle, desde tiempos coloniales (Manzanal, 1987; Ontivero, 2018; Villarreal, 2010a), ni tampoco respecto a la organización comunal preexistente que está presente pese a las distintas administraciones y prácticas actuales.

El manejo del agua de riego en la zona se ha estipulado en forma histórica mediante su distribución por turnos entre los usuarios, estableciendo momentos cada determinada cantidad de días y por ciertas horas, en los que deben realizarse las tomas y los destomes de agua para que abastecer a todos los usuarios de acuerdo a las explotaciones que deban regarse (Villarreal, 2010a). Como se abordó para tiempos prehispánicos, estos sistemas de riego tan integrados debieron manejarse en forma coordinada para poder irrigar las grandes superficies de riego implantadas (Páez y López, 2016, 2019). Sin embargo, desde la conquista y durante el periodo colonial, el dominio de la gestión del agua estuvo a cargo de los propietarios de las haciendas y estancias, alterando la organización comunal. Desde entonces, los terratenientes de propiedades que han sido cabeceras de finca dispusieron y sostienen los sistemas de turnado de riego, acaparando por lo tanto mayor caudal de agua respecto a otras (Ontivero, 2018) de menor superficie o más alejadas de los cursos de agua (Villarreal, 2010a, 2011). Esta situación genera que haya predios que cuentan con mayor caudal, que incluso muchas veces no ocupan, mientras que en otros la provisión de agua es insuficiente (Manzanal, 1987). Además, prevalece una inequidad respecto a la cantidad de días que se recibe el turno de riego, siendo que en algunas fincas el ciclo es cada diez días mientras que otras reciben cada dieciocho, algo que se ha perpetuado de acuerdo a la disposición conveniente de los titulares registrados de las fincas que en algún momento los han instalado. De todas formas, dinámicas de organización comunales respecto por ejemplo al mantenimiento de acequias, regulación de compuertas, préstamos de agua, entre otras están

presentes a pesar de las distintas configuraciones que adquiriera la administración del agua de riego.

En este punto, es importante considerar el análisis que han hecho autores que trabajaron en la zona respecto al rol del Estado como garante del acceso y responsable de la regulación y administración del agua de riego (Manzanal, 1987,1995; Villarreal, 2010a y Arqueros, 2016). En el Valle, así como en otras zonas áridas, el uso y control del agua “...es estructurante de la producción y la sociedad. Y por lo tanto, es una fuente de poder y eje de conflictos” (Arqueros, 2016, p.128). Es decir que, además de mantener y mejorar la infraestructura, se debería implicar en la reorganización de la distribución del agua en el marco de un acuerdo social entre los productores usuarios del riego con el poder local, y el asesoramiento técnico de las instituciones responsables, a fin de que las mejoras se mantengan y perpetúen en el tiempo (ibid).

Desde la conformación del estado provincial en el año 1821 ha habido distintas formas de regularizar el manejo del agua de riego que han contribuido a la configuración actual, sobre la base de las dinámicas comunales y la reorganización de los finqueros mencionadas. Así, en principio al prevalecer las grandes estancias y haciendas no hubo diferencias importantes en cuanto a la administración del agua de riego, que comenzó a residir en los gobiernos locales (Villarreal, 2010a, 2010b). Desde entonces, hubo intentos de intervención por parte del estado provincial para centralizar la administración del agua, que fueron resistidos por los grandes terratenientes, procurando mantener bajo su órbita a través de los municipios la gestión de los turnos de riego, perpetuando por lo tanto su poder y control sobre este bien (Ontivero, 2018; Villarreal, 2010b). La centralización provincial se logra recién en el año 1946, con la sanción del primer Código de Aguas (Ley 7017, art. 24) de la provincia, en el que se establece que el agua en tanto recurso natural es un bien público, y por lo tanto las actividades de irrigación serán reguladas desde la provincia; junto a la conformación de la Administración General de Aguas de Salta –AGAS-, un organismo público creado para administrar centralmente el agua (Figuroa, 2017; Villarreal, 2010a, 2010b). Esta administración, a través de la Dirección de Hidráulica, tenía a cargo las obras de riego y contaba con una Intendencia en Cachi con injerencia en los departamentos de La Poma, Cachi y Molinos (Manzanal, 1995). De esta manera, tanto los municipios –y por lo tanto el poder de los terratenientes sobre el agua- como el gobierno nacional que había realizado y administrado obras de irrigación en la región, fueron perdiendo intervención en forma gradual, hasta alcanzar la centralización total el estado provincial a principios de la década de 1970 (Villarreal, 2010a, 2010b). De todas maneras, su presencia no implicaba una injerencia sobre las concesiones de riego provenientes

de la época colonial (Hoops, 2004 y Ashur, 2004, como se citó en Villarreal, 2010b), y por lo tanto tampoco afectaba los privilegios en su distribución.

El Código de Aguas creado en 1946 legitima en forma oficial las actividades de irrigación y la prioridad de uso del recurso, así como sistematiza los dos mecanismos para la administración del agua (Villarreal, 2010a). Uno de los mecanismos refiere a las concesiones de riego, en cuanto a los permisos permanentes o transitorios para obtener la toma de agua, que son inherentes a la tierra, y por lo tanto no son negociables ni pueden ser transferidos. El otro está vinculado a los turnos de riego de las concesiones permanentes, y establece la cantidad de agua y los momentos en que se puede obtener a partir de las fuentes superficiales de abastecimiento. De acuerdo a esta Ley, el agua debe repartirse en forma proporcional a la cantidad de hectáreas de tierra empadronada y cultivada que cada canal debe abastecer, y en caso que el caudal no sea suficiente debe sujetarse a turno. Además, implica que

...en épocas de estiaje, quienes toman agua cerca de los orígenes del cauce de un río (aguas arriba) deban solidarizarse con los que están localizados en zonas cercanas a la desembocadura (aguas abajo). Porque, en general, estos últimos tienen mayores dificultades para disponer de agua en esas épocas (ya que el caudal es menor, por ejemplo a causa de la evaporación). Por esto, es que los que se encuentran aguas arriba deben, durante el estiaje, destomar. Es decir, cerrar sus compuertas y dejar que el agua circule para que los productores localizados aguas abajo puedan disponer de la misma en sus explotaciones (Villarreal, 2010a, pp. 97-98).

Sin embargo, la intervención estatal en los servicios públicos comienza a socavarse a partir de la segunda mitad de la década de 1970 con las políticas neoliberales implementadas, propiciando el paulatino desfinanciamiento de AGAS y el deterioro de la infraestructura de riego y sus mecanismos de regulación. En este contexto, la administración del agua de consumo domiciliario se transfiere a la órbita privada, y en el caso del agua de riego hubo instancias intermedias hasta su transferencia a manos privadas. Así, en el año 1998 AGAS se desmantela y en el mismo período se constituye el Programa de Intendencias Sociedad Anónima -PROIN SA-, un organismo estatal para administrar el agua de riego, previo al paso a manos de los usuarios del sistema, organizados en Consorcios de Usuarios del Agua Pública (Villarreal, 2010a, 2010b). De esta manera, tras la disolución de PROIN SA en el año 2002 y acompañado por un nuevo Código de Aguas (Ley N° 7017) promulgado en 1998, se otorgan mayores atribuciones locales al descentralizar y pasar la administración a cargo de aquellos sectores de mayor poder económico que representan el consorcio (Arqueros, 2016; Villarreal,

2010b). Por lo tanto, implicó un nuevo desamparo para los AFCel al haber menor control estatal, habilitando "...la concentración irrestricta del poder y de los recursos y mantuvo, e incluso aumentó, la histórica desigualdad social y económica presente en el territorio" (Villarreal, 2010a, p. 182).

De acuerdo al nuevo Código de Aguas, los Consorcios de Usuarios del Agua Pública son definidos como

...las personas físicas o jurídicas que se agrupen o se constituyan para el uso de agua pública desde una toma, presa común, sistema de cauces específicamente determinados para la administración, control, aforo, planificación, conservación, mantenimiento y preservación de la infraestructura hídrica para riego u otros usos especiales... (Art. 184 del Código de Aguas, 1998).

Estos consorcios se componen por los usuarios regantes que eligen una Comisión Directiva que los representa, y ejercen las funciones que establece la legislación entre las que se encuentra la administración de los caudales para el suministro, distribución, integridad del cauce, la cantidad o calidad de las aguas que conduzcan, así como el mantenimiento de la infraestructura, la resolución de conflictos, representación legal de sus miembros, cuestiones administrativas, entre otras disposiciones del Código de Aguas (Arqueros, 2016; Villarreal, 2010b). Así, hasta la creación en el año 2008 de la Secretaría de Recursos Hídricos, perteneciente al Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la provincia, el Estado no intervino en la administración descentralizada de los consorcios. Esta entidad se conforma para representar la autoridad de aplicación del Código de Aguas, por lo que la provincia vuelve a adquirir un mayor control en la regulación del riego, arbitrando ante los conflictos por los que puedan acudir los usuarios de los sistemas de riego (Villarreal, 2010b). Por medio de ella, los usuarios acceden al derecho al agua del dominio público mediante la obtención de un Título de Concesión que otorga la provincia, y establece los derechos y obligaciones del concesionario de acuerdo al Código de Aguas vigente. Desde entonces, el manejo del agua de riego en una primera instancia continúa a cargo de los Consorcios de Usuarios del Agua Pública, desde su captación a la distribución equitativa entre los usuarios, entre otras labores, pero trabajan en forma coordinada con la Secretaría. Mientras que este organismo se encarga de demarcar el área de los Consorcios y controlar sus funciones y ejercer poder de policía al considerarse el agua un bien de dominio público, aunque no tiene injerencia en la conformación de sus administradores, que está sujeto a voto de los delegados de los usuarios y tiene una vigencia de dos años. Los administradores del agua son quienes reúnen el canon de

riego y la prorrata, siendo el primero una contribución que deben realizar los regantes a la provincia para su funcionamiento (gestión administrativa, realización de obras provinciales de irrigación, etc.); mientras la prorrata corresponde a un aporte para el funcionamiento de los consorcios, es decir para el pago de los tomeros, obras menores de mantenimiento de las acequias, etc. (Arqueros, 2016; SRH, comunicación personal, 19 de septiembre de 2019; Villarreal, 2010a). Además, ejecutan las acciones en el terreno, procurando cumplir con las funciones prescritas en el Código y respondiendo al ente regulador de la provincia que los controla, coordinando sus tareas con él.

Sin embargo, en Cachi también existe en la actualidad la organización de turnados de riego coordinados por los usuarios sin conformar consorcios, que por lo general responden a la distribución de agua tal como se realizaba en forma ancestral, como en Punta del Agua, Potrero, Piul. En estos casos el mantenimiento de las tomas y acequias se organiza exclusivamente en forma comunal, procurando que cada familia se encargue en un determinado momento de un tramo para que el agua abastezca a todos los rastrojos. Incluso cuando hay que invertir dinero y trabajo para arreglar o mejorar la infraestructura también se organizan de esta manera, consensuando acuerdos y decisiones.

De esta manera, de acuerdo a información provista por la Secretaría de Recursos Hídricos de Salta en el año 2019, en el departamento de Cachi hay en el presente 978 usuarios regantes en una extensión de 3946 ha bajo riego -permanente y eventual-. De la cantidad de usuarios mencionados, 613 están consorciados, siendo los Consorcios de Usuarios del Agua Pública vigentes el Calchaquí Norte, el consorcio Cachi Adentro y el de Palermo. Las características que adquieren estos consorcios fueron sistematizadas en un informe de diagnóstico de INTA para el área en el año 2015 (Zelarrayán y Fernández, 2015, p. 82-83), donde se detalla lo siguiente:

- Consorcio de Riego Palermo: Cuenta con 211 usuarios, todos permanentes. El agua se toma del Río Las Conchas, y tiene dos represas de almacenamiento y distribución, la mayor ubicada en el pueblo, colmatada, por lo cual su capacidad de almacenamiento está reducida. Tienen 4 canales madres (solo 1000 metros revestidos) y otros secundarios, con un 10% revestidos aproximadamente.
- Consorcio de Riego Calchaquí Norte- Campo Largo: Cuenta con 44 usuarios empadronados y 9 agregados, que riegan 344 has. El agua se toma del Río Calchaquí, con desvío de cauce a través de una toma precaria tipo parrilla. El canal principal sin revestir, con 22,5 km de largo aproximadamente, posee 6 sifones ubicados sobre los

cruces de arroyos y ríos más importantes. Los trabajos de limpieza lo hacen los usuarios, a partir del invierno. Contratan un tomero desde noviembre-diciembre hasta marzo. Riegan principalmente cultivos de pimiento para pimentón, alfalfa, tomate, zanahoria y cebolla.

- Consorcio de Riego Río Cachi Adentro: Tiene 461 usuarios, de los cuales un 90% es permanente. Están involucradas unas 1100 ha de cultivo. Utiliza aguas de los ríos Calchaquí, Las Trancas y Las Arcas. Cuenta con 20 km de canales, de los cuales el 48% está revestido, 65 km de acequias (no revestidas) y 33 bocas tomas precarias. El usuario paga el canon más una prorata con la cual se paga a 3 tomeros (los mismos se contratan de noviembre a enero) y se ejecutan tareas de mantenimiento con la ayuda de los usuarios.

Para dar cuenta del estado de los consorcios en la última década a partir de la información disponible, se visibiliza en la tabla 8:

Tabla 8

Usuarios regantes consorciados y no consorciados, y superficie de riego del departamento de Cachi (años 2013, 2015, 2017, 2019).

	2013	2015	2017	2019
Total Usuarios Regantes	663	982	977	978
Total superficie de riego en has empadronadas	4004,4	3953,95	3945,97	3945,9
Cantidad de Regantes Consorciados	288	758	no menciona	613
Total superficie bajo riego consorciadas	no especifica	2687,2	no menciona	2307,7
Cantidad de Regantes no consorciados	375	224	no menciona	365
Hectáreas regadas no consorciadas	no especifica	1266,75	no menciona	1638,2
Regantes Consorcio Calchaquí Norte (C.LARGO-B.V.-PAYOG)	44	54	54	55
Superficie de riego en has Consorcio Calchaquí Norte	no especifica	354,37	354,37	354,4
Cantidad de Regantes Consorcio Cachi Adentro	182	270	271	271
Superficie de riego en has Consorcio Cachi Adentro	no especifica	1134,39	1138	1138
Cantidad de Regantes Consorcio La Paya	35	36	36	36
Superficie de riego en has Consorcio La Paya	no menciona	54,5	54,5	54,5
Cantidad de Regantes Consorcio Calchaquí-Seclantás	no menciona	168	168	23
Superficie de riego en has Consorcio Calchaquí-Seclantás	no menciona	440,4	440,4	57,5
Cantidad de Regantes Consorcio Palermo	no menciona	230	228	228
Superficie de riego en has Consorcio Palermo	no menciona	703,55	703,4	703,4
Cantidad de Regantes Consorcio El Colte	27	no menciona	no menciona	no menciona
Superficie de riego en has Consorcio El Colte	no especifica	no menciona	no menciona	no menciona

Nota. Elaboración propia a partir de datos relevados del Programa de Servicios Agrícolas Provinciales –Prosap- del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (2013), Anuarios Estadísticos de la Provincia de Salta (2015, 2017) y registro público de aguas para

febrero de 2019 de la Secretaría de Recursos Hídricos (comunicación personal, 19 de septiembre de 2019).

La Secretaría de Recursos Hídricos sostiene que es sumamente relevante que los usuarios estén organizados en consorcios para poder interceder en la regulación de su uso y hacer cumplir el Código, por lo que asumen que quienes no lo estén, se debe a la falta de regulación jurídica del territorio para poder registrarse como usuario del agua pública primero, para consorciarse después. En este sentido, como el derecho al agua está sujeto al territorio, no a las personas; el Código establece que para ser usuario debe estar registrado el título de la propiedad de la tierra en la Dirección General de Inmuebles. Sin embargo, existen muchos casos de irregularidad por sucesiones irresueltas, o en el caso de la ex Finca Hacienda de Cachi que fue expropiada y aún quedan matrículas remanentes, la Finca Palermo que no tiene dividida la matrícula de origen, entre otras situaciones que complejizan la regularización de los usuarios. En este contexto, y ante la gran cantidad de casos similares en la provincia, más aún en Cachi, de acuerdo a la información proporcionada en la Secretaría de Recursos Hídricos de Salta, en la actualidad están tomando las matrículas junto a los testimonios de personas para acreditar el uso de la propiedad y así otorgar permisos a los usuarios y conformar los consorcios, mientras se resuelven los problemas legales. Este es el caso por ejemplo del uso comunero del agua de riego en la zona sur de Cachi. Sin embargo, en los relatos de los AFCel no se pondera de igual manera el hecho de pertenecer a un consorcio, e incluso en muchos casos consideran que no hay grandes disonancias respecto a las funciones que cumple en el terreno frente la organización comunal de los turnos y mantenimiento de las acequias, ni mucho menos intercede en la administración por usos y costumbres establecida. La limpieza de las acequias y mantenimiento de las tomas por ejemplo, se realiza de forma comunal asistiendo los usuarios a palear las mismas y las canalizaciones para que no se obstruya la circulación del agua, así como la dinámica de apertura cierre de compuertas respetando los turnos preexistentes a los consorcios, incluso entre los usuarios consorciados que cuentan con tomeros que contratan para realizar dicha labor. Estos mecanismos comunales que se activan representan "...una clara evidencia que el sistema hidráulico y el ciclo agrario funcionan dentro de un esquema racional y ancestral" (Farfán Lobatón, 2002, p. 140). Así, los relatos en torno a lo manifestado dan cuenta que: "Canales, acequias seguimos usando las mismas, los turnos también era en los tiempos de nuestros mayores, a mí me toca cada ocho días" (H., 2014, Las Trancas); "Hay consorcio pero todos vamos a limpiar las acequias, eso viene de años que se hace comunal. Antes venía linda, ahora hay problemas con el agua, no alcanza para regar" (F., 2014, San Miguel); "Decimos tal día vamos a palear, a limpiar los canales, medimos 3 metros

cada uno hasta la toma y así, porque el agua tiene que llegar para todos” (M., 2018, Las Pailas); “Tocaba el turno dos veces al día, había que levantarse a las 3 am para cambiarlo. Actualmente también es por turnos pero hay que pagar por el agua a una empresa y lo único que hicieron es emproljar los canales” (W., 2018, Cachi Adentro); “En el cerro no había consorcio de riego, era agua propia de nosotros pero mi abuela, mi papá subieron a hacer las acequias, costaba mucho cuando venía el río y les destruía la toma, llevaba semanas hacerle la pirca” (M., 2017, Piul);

El consorcio se ocupa de cobrar nada más, porque a alguien se le ocurrió que hay que pagar el agua pero no porque ellos van a limpiar la acequia. Tiempo atrás no había consorcio, había un encargado del agua y los vecinos íbamos todos a limpiar los canales porque la palabra valía, ahora ya algunos no cumplen y perjudicás a los vecinos porque es difícil hacer llegar agua más lejos (...) acá no, pero para abajo hay problemas de agua (H., 2017, Cachi).

Además, en varias oportunidades han relatado que no se visibilizan mejoras respecto al sistema hidráulico ancestral, sólo que ahora deben abonar un canon. Estos relatos expresan además prácticas coordinadas y más simétricas entre los AFCel, referidas como una organización “ancestral o a lo antiguo” (A., 2017, Cachi). Así, como en otras áreas del Valle se encuentran lazos de reciprocidad que compensan en cierta medida la desigualdad, así como las formas históricas de resolver conflictos, los acuerdos implícitos y la solidaridad con el riego, dado que nadie puede quedarse sin regar (Arqueros, 2016). De esta manera, así como con el mantenimiento de tomas y acequias, otro aspecto en el que se visibiliza la vigencia de la organización colectiva tanto en usuarios consorciados como los que no, es en los préstamos de agua por ejemplo cuando un pariente o vecino lo necesita. Así, se expresan frases como: “Hay problemas con el agua porque no alcanza para regar todo, antes venía linda. Ahora hay consorcio pero todos vamos a limpiar las acequias, eso viene de años que se hace comunal” (F., 2018, Las Arcas), “El agua es por turnos, como era antes así, y bueno si me prestás unas horas en el otro turno te devuelvo yo. Esas ayudas si hay, aunque antes era más desinteresado, más lindo” (N., 2014, Cachi Adentro); “Hay épocas que escasea el agua y no llega para el cultivo, y si sembramos y no regamos después se seca, entonces el agua se presta. Cuando toca el turno en vez de tener 10 horas tenemos 5 y así” (F., 2015, Payogasta). En este sentido, le llaman torna a ceder unas horas el agua de riego cuando toca el turno a los rastrojos o viviendas cercanas, mediante la regulación de las compuertas, entre noviembre y febrero en mayor medida, cuando “se necesita más el agua porque estamos criando plantas” (V., 2019, Cachi Adentro). El préstamo es recíprocarario, por lo tanto cuando la otra persona

recibe el turno devuelve el agua de riego. Esta práctica es muy relevante, dado que cuando se cultiva es necesario regar en ese momento y mientras sea un acuerdo interno entre los usuarios regantes, la Secretaría de Recursos Hídricos lo avala y no interviene. Por otro lado, en las referencias mencionadas con anterioridad la alusión al tiempo de “antes” –referido al pasado de los sujetos y aquello que conocen de otras generaciones- en cuanto a que la disponibilidad de agua era mayor, son reiteradas. También es frecuente la asociación de la continuidad de prácticas ancestrales respecto al manejo del agua de riego en parajes rurales frente a las localidades, que también ha sido registrado en otras áreas del Valle como el departamento de Molinos. En este sentido, autoras que han trabajado en dicha localidad refieren que el pueblo

...aparece mayormente vinculado al cambio: acceso a bienes y servicios, empleos asalariados, transporte y medios de comunicación. Los pobladores de las fincas y parajes (o también de los “cerros” o del “alto”) son presentados como más conservadores. Ello conlleva a una serie de consideraciones y valoraciones - positivas y negativas-, respecto del uso diferencial de los recursos del entorno en el contexto de diferentes actividades (Crivos et al., 2017, p.112)

Asimismo, en distintos parajes se mencionan con frecuencia problemas con el agua de consumo también, dado que no cuentan con agua potable o que aun teniendo, en verano suelen cortar el suministro, o la tienen que ir a buscar a lugares retirados. En estos casos, cuando no hay abastecimiento, las personas tienen que clorar el agua corriente o comprar agua potable, lo que les representa un gran obstáculo para su calidad de vida. Asimismo, hay zonas como los parajes Punta del Agua, Piul, Belgrano, Potrero de Payogasta que suele haber escasez hídrica y dificultades con las tomas precarias de agua que obstaculizan la irrigación. Incluso la calidad del agua también es condicionante en algunos sectores como en parte del recorrido del río Calchaquí entre las localidades de La Poma y Payogasta, dado que el curso de agua discurre sobre sedimentos terciarios que cargan sus aguas con sales en disolución (Salusso, 2005), por lo que se vuelve salina, condicionando la producción. El paraje rural de Punta del Agua, municipio de Payogasta, es un caso donde los usuarios no tienen consorcio pero se han organizado para realizar y reparar las obras de infraestructura necesarias para abastecerse del agua de riego. Así, los productores nos relataban:

Cuando llueve bajan los ríos de Potrero y de Belgrano pero en esta época no, lo único que nace es de la escuela para abajo. Siempre han tenido problemas, cuando mi marido era más joven dice que se secaba del todo el agua, en pleno verano se veía

todo marrón, seco. Y ahí todos los que viven para abajo venían a esta hora con sus tarritos, sus botellitas para cargar agua para tomar el día, tenían pozo pero no salía, no corría el agua, dice que era horrible. Y yo desde que estoy aquí han sido dos veces que se ha secado el agua, ahora también se estaba secando, ya no alcanzamos a regar casi nada. Con la excavación que han hecho ahora se ha aumentado y estamos regando, esta vuelta este turno que paso se ha regado bien, y así nos damos vuelta que vamos a hacer, no nos queda otra que rogarle a dios que llueva todos los veranos y a veces llueve y a veces no llueve (C., 2017, Punta del Agua).

Nosotros los vecinos no tenemos consorcio. Entre vecinos damos lo que podemos para la obra que se está haciendo en la toma, según los días de agua que te toca para regar. Después el intendente de Payogasta nos está ayudando con plata y los caños que salen por la acequia (M., 2017, Punta del Agua).

Esta obra que se menciona, ha sido impulsada por la gestión de la comunidad que se organizó para acondicionar las tomas y encausar el agua, poniendo tanto la fuerza de trabajo necesaria como el dinero para los materiales, con el que también contribuyó el municipio de Payogasta y los profesionales de la Subsecretaría de Agricultura Familiar [Ss.A.F] mediante su gestión. Este proceso de organización existía con anterioridad, dado que la comunidad ha ido regulando los turnados en función de la escasez de agua, así como la problemática de pérdidas por infiltración de las acequias, la fluctuación del caudal de agua captado por la toma superficial en el río Potrero según las precipitaciones que, asimismo, en época estival deterioran las tomas por los desbordes del río (López Amorelli et al., 2012). En este contexto, el estado municipal junto con las familias de la comunidad han realizado obras de captación de agua entre 1996 y 2004, que fueron afectadas por las crecientes del río. Una de ellas realizada por drenes en el año 2004, fue mermando su disponibilidad con el tiempo al no encontrarse a una profundidad suficiente como para asegurar la captación en épocas o temporadas de escasez, así como no tener los filtros necesarios para evitar que el material obstruya el paso del agua (ibid). En conjunto, estas limitaciones condicionan el desarrollo de los cultivos y el alimento de los animales, por lo que algunas familias migraron con sus rebaños. Así, a partir de 2010 con la iniciativa y participación activa de la comunidad para solucionar el problema, comienza un trabajo conjunto con el equipo técnico Valle Calchaquí Norte de la Subsecretaría de Agricultura Familiar del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación para gestionar, planificar, articular y ejecutar una obra de agua para riego,

Este proyecto tenía por objeto mejorar la obra realizada en el 2004 y construir un sistema de drenes nuevo, aguas arriba, que aporte mayor caudal. (...) La mencionada obra fue llevada a cabo a partir de la articulación entre la Ss.A.F, el municipio de Payogasta, la Comunidad de Punta del Agua, la Secretaría de Obras Públicas y la Secretaría de Recursos Hídricos, ambas del Gobierno de la Provincia Salta (López Amorelli et al., 2012, s/n)

Los profesionales de la Subsecretaría de Agricultura Familiar han hecho además asesoramientos técnicos y diagnósticos en distintas localidades y parajes del Valle, y tienen presencia en los territorios, por lo que las personas los identifican y mencionan al referirse al Estado. Durante el transcurso de los trabajos de campo hemos visto obras que han sido asesoradas, planificadas, gestionadas y desarrolladas por el Estado a través de dicho organismo, con técnicos en el terreno comprometidos en el diagnóstico junto a los AFCel, cuya organización comunal se encuentra muy arraigada respecto al manejo del agua.

De esta manera, la experiencia organizativa mencionada expresa que las dinámicas comunales constituyen una trama vigente fundamental para el uso del agua de riego, más allá de constituirse en consorcios o no y el grado de injerencia del Estado. Asimismo, si bien el mismo Estado en sus relevamientos admite la precariedad de las tomas de los consorcios (Prosap, 2013) y se conoce que el manejo de este bien natural sigue siendo desigual (Arqueros, 2016; Villarreal, 2010a, 2011), la existencia de consorcios con personería jurídica habilita la presentación de los mismos a programas o subsidios estatales para encausar proyectos de agua, como el que tiene en la actualidad el Consorcio Cachi Adentro de dicha zona. Como se destacó, el Estado está más presente en la regulación a partir del año 2008 con la constitución de una entidad que se encarga de regularizar la gestión de riego y acompañar la actividad de los consorcios de usuarios a través de la Secretaría de Recursos Hídricos.

Sin embargo, al estar vinculada la distribución del uso del agua con la estructura agraria inequitativa del área, hay desigualdades instaladas que son difíciles de sortear, aun pese a quien administre el agua de riego en Salta. Más allá del caudal y tiempo de irrigación mencionado con anterioridad, hay determinadas propiedades que aun teniendo menor superficie que otras, reproducen aquella organización de las grandes haciendas al beneficiarse con el riego, aun tras su fraccionamiento (Secretaría de Estado de Agricultura, Ganadería, Minería y Pesca de la Nación, 1986 como se citó en Manzanal, 1987). En este sentido, en la Secretaría de Recursos Hídricos un funcionario menciona respecto a Cachi que

San Miguel era una sola finca con un solo dueño que tenía una concesión de 400 ha, pero él en su práctica regaba bien 200 y el resto iba viendo donde distribuía un poquito más de agua. Entonces, esa finca cuando se vendió se dividió en cerca de 100 parcelas distintas y ahora con el consorcio hemos trabajado en el turnado de riego acorde a la superficie que le tocó de riego a cada una de las nuevas matrículas, porque el agua es inherente al suelo y se debe dividir proporcionalmente a cada fracción (J., 2019, Secretaría de Recursos Hídricos).

Asimismo, al expropiarse la Finca Hacienda de Cachi las familias que fueron más beneficiadas al haberla administrado, tuvieron mayor rédito respecto al agua, al poder regar la totalidad de la superficie (ibid). Este es otro aspecto relevante dado que muchas veces, los usuarios de mayor poder imponen ciertos representantes en la comisión que administran la distribución sosteniendo estos esquemas previos. Por ejemplo dentro del consorcio Cachi Adentro, que es un consorcio grande con 1138 ha y 33 tomas, están irrigadas las parcelas que conformaron la Finca San Miguel, que en su momento abarcaba 460 ha, acaparando gran superficie de riego y por lo tanto poder de decisión sobre su administración. El problema con la distribución de la tierra en estos casos es un gran condicionante y sigue vigente pese a su división, dado que “los turnos son iguales a cuando era finca, yo soy nativo de aquí, papá tenía arriendo primero con el patrón Wayar, después Mamaní y Rodó, la distribución la organizaron ellos por la superficie que tenía la Finca San Miguel” (J. 2015, Cachi Adentro). Así, una interlocutora expresa que en estas situaciones, más allá de que se elijan los administradores, estos puestos pueden ser coptados por gente de poder para administrar a su favor: “El consorcio tiene delegados y presidente, pero son todos los mismos, el finquero más grande se da la mano con el que es jefe del consorcio, y más agua para el finquero resta agua a los otros y así” (M., 2017, Payogasta). Lo mismo plantean funcionarios que trabajan con políticas públicas orientadas a los AFCEI, que comenta que el agua la maneja el que tiene la propiedad de la tierra, “...son quienes participan de las decisiones y se distribuye como hace muchos años. El problema del agua además de las tomas y las sequías, es el clientelismo político que no deja organizarse”. Es decir que, al igual que se menciona para otros departamentos del Valle, la estructura de poder en el manejo del agua de riego no se ha modificado (Villarreal, 2010a), y en muchos casos en Cachi continúa ajuntándose a los usos y costumbres de la época colonial, por lo que la intervención estatal no profundiza en las lógicas que subyacen y las tensiones inherentes al uso de este bien tan indispensable para la vida. Además, hay terrenos en los que la pendiente no favorece al sistema gravitacional del área, así como el tamaño y condición jurídica de la propiedad condiciona la cantidad de horas y por lo tanto el agua

proporcionada, sumado a las características de la infraestructura descrita. Así, hay expresiones como:

El agua de riego se maneja por turnos de acuerdo a la cantidad de hectáreas que tenga el usuario. El consorcio nos da dos turnos de riego al mes de doce horas cada uno en el rastrojo que arrendamos, pero en el terreno fiscal que vivimos pasa una sola vez (E., 2016, Fuerte Alto).

La mayor problemática es la del agua, hay escasez de agua, acá llega poco y al ser un terreno chico no nos corresponde el turno. A veces las horas de los turnos no les alcanzan a los vecinos tampoco. (Y., 2017, Cachi Adentro).

A estas problemáticas, se les suma aquellas que configuran los nuevos actores sociales y actividades productivas y turísticas en el área, profundizándolas:

Recuerdo de chica vivía en el cerro bien en la montaña arriba, venía el agua cristalina y tenías maíz, papa, arveja, choclo, zapallo, lo que querías poner ponías. Pero ahora hasta el agua se va apocando y ya no se puede, ya no es como antes, ya no alcanza el agua para regar todo los sembradíos que vos quisieras tener, por la sequía, porque de los mismos cerros se va cortando, increíble porque no tendría que suceder pero está sucediendo. Y acá también solía haber mucha agua pero vinieron estos del viñedo y sacan para regar sus viñas con bombas de abajo y esa agua se va mermando (M., 2017, Piul).

Hace muchos años tenemos problemas con el agua en Payogasta. Tenemos consorcio pero no tiene plata para pagar abogado, contador, viajar a Salta por papeles, hacer proyectos como nos dice el ministerio. La poca plata que tenemos la utilizamos aquí para hacer arreglar las compuertas. Las acequias son así nomás no es canalizada, así que el agua se pierde un montón. Una crecida se lleva todo y así estamos, acá gracias a dios la seguimos luchando cada uno está en la agricultura, no hay fábricas así que es lo único que tenemos. Se paga un canon de riego pero esa plata tiene que seguir a la ciudad, con la caja chica se paga el plomero que administra el agua, los gastos necesarios. Acá en esta parte alcanza el agua, en ese sentido estamos bien, el año pasado en Cachi Adentro estaban sufriendo de agua, para abajo también pero acá estamos bien todavía (Miembro del consorcio, 2016, Payogasta).

En este último fragmento se hace visible cómo las problemáticas están interrelacionadas y concluyen en la centralidad que tienen las prácticas agrícolas en el modo

de vida de las personas, y que al mermar y/o alternar con otras trastoca distintos aspectos de lo cotidiano que asimismo, tienen un arraigo muy profundo con saberes y prácticas ancestrales que constituyen una matriz desde la que se resignifican las actividades actuales, junto a otros factores coyunturales que iremos mencionando.

Tipos de cultivos del departamento de Cachi y sus representaciones

*En la tierra del pimiento
Voy sembrando un sentimiento
Para que se haga eco en los cerros
Y vuela en alas del viento*

Eva Arjona, coplera de Cachi



A lo largo del siglo XX ha ido variando la relevancia de los cultivos representativos de la producción agrícola desarrollados en los espacios mencionados con anterioridad, cambios que se pueden visibilizar a través de los datos de los censos agropecuarios. Un repaso por esta información resultará en una mejor comprensión de la configuración de la matriz productiva actual, que abordaremos en este capítulo.

8.1. Los cultivos del departamento de Cachi en el siglo XX

Como se relató al inicio de la tesis, los colonos orientaron la producción agrícola hacia cultivos como la vid y el trigo a partir de la segunda mitad del siglo XVII, aunque aquellos locales como papa, maíz, quinoa, legumbres, algarroba, chañar, etc., continuaron siendo relevantes (Mata de López, 2005). Los registros de los primeros censos agropecuarios a fines del siglo XIX y principios del siglo XX, sustentan la importancia de la producción de alfalfa, frutales, trigo, maíz, papa y en menor medida cebada, legumbres, hortalizas y viñas para el departamento de Cachi (Comisión directiva del Segundo Censo de la República Argentina, 1895; Comisión Nacional, 1908, 1914). Durante esa época, gran parte de la superficie –superior al 50% para el Censo de 1895- se encontraba sembrada con alfalfa, orientada al abastecimiento de la producción ganadera en la que se especializaba la región para la época. El maíz y el trigo lo seguían en importancia, de acuerdo a la cantidad de cuadros cultivados, así como también la papa y gran variedad de frutales (Comisión directiva del Segundo Censo de la República Argentina [Censo de Agricultura], 1895). La producción de vid, que alcanzaba 40 ha de viñas para 1908 (Comisión Nacional, 1908), fue mermando a partir de allí, concentrándose en el departamento vecino de Cafayate. Así, para 1914 la superficie cultivada alcanza las 21 ha (Comisión Nacional, 1914) y hacia 1937, 1,5 ha destinadas a uva para mesa y uva para pasa, distribuidas en 20 EAP (Ministerio de Agricultura de la Nación, 1937). Durante dicho período, la producción de Cafayate alcanzaba las 105 toneladas –frente a las siete desarrolladas en Cachi-, destinada exclusivamente a uva para mesa (ibid). En este contexto, la alfalfa continúa siendo preponderante –de acuerdo a la cantidad de hectáreas y de explotaciones dedicadas a su producción-, seguidos por el maíz y el trigo, y se observa una diferenciación de otros cultivos destinados fundamentalmente al autoconsumo. Asimismo, en este relevamiento de 1937 se observa por primera vez el cultivo de ajíes y pimientos en 2 ha sembradas de una explotación agropecuaria en el departamento de Cachi (ibid). Si bien para San Carlos y Cafayate ya se rastreaban explotaciones agropecuarias con dichos cultivos, es interesante remarcar su aparición en este momento, por la importancia que va a tomar a partir de la merma de la producción ganadera. Este declive se produce hacia mediados del siglo XX (Pais, 2011), impactando a partir de allí en la demanda de alfalfa como forraje para el engorde del ganado

por un lado (tabla 9 y 12), y en la necesidad de implementar una actividad comercial alternativa, por otro (Manzanal, 1995). A partir de entonces, si bien los censos correspondientes a 1947 y 1952 se realizaron a escala provincial y no refieren información por departamentos, en este último se establece una comparación interesante entre ambos períodos para Salta respecto al pimiento. Allí, se contabilizan 489 explotaciones agropecuarias implantadas con 1411 ha de este cultivo en 1947, mientras que para 1952 asciende a 990 explotaciones con 3214 ha de producción (Ministerio de Asuntos Técnicos, 1952). Es decir, hay un 57% más de superficie que se destina a dicho cultivo en la provincia, centrada en los departamentos del Valle Calchaquí salteño. Este aumento considerable en el período de 5 años denota una rápida expansión del cultivo en la región y tiene su correlato en Cachi, donde coincide con la reconversión productiva hacia el mercado hortícola.

Hacia 1960, el CNA da cuenta de una superficie importante de explotaciones que cultivan principalmente maíz, trigo y alfalfa –aunque esta última abarca una superficie mayor-, pero no especifica, para el departamento, el área sembrada con hortalizas, por lo que no puede establecerse una comparación de la preponderancia de uno y otro. No obstante, las superficies implantadas con maíz y trigo comienzan a retraerse (tablas 10 y 11), coincidiendo con el mayor lugar que adquieren las variedades orientadas a la renta. Mientras, el pimiento para pimentón representa uno de los principales en cantidad de hectáreas de producción de la provincia durante dicha campaña, tras el poroto, garbanzo y tomate (Dirección Nacional de Estadísticas y Censos, 1960). De esta manera, comienza a ser más preeminente ante otros cultivos que, por el contrario, van mermando su superficie sembrada (tabla 12). En el caso del trigo; esta reducción ya era notoria en el registro censal de 1947, cuya causa atribuyen los interlocutores a la llegada de harinas refinadas provenientes de la región pampeana, con el advenimiento del ferrocarril en la zona (Lera, 2005). Esto hizo que se oriente el consumo hacia el trigo ya molido y más refinado, perdiendo la transmisión del proceso de trabajo que conlleva su cultivo. Asimismo, con el tiempo se fueron estableciendo lugares que realizan panificados en distintas localidades, por lo que se fue adoptando la práctica de comprar el pan ya elaborado.

Tabla 9

Superficie sembrada de Alfalfa en Hectáreas

Año	ha
1895	851
1908	1561
1914	s/d
1937	1068
1947	s/d
1960	1528
1988	1097
2002	691,1
2008	781,4

Nota. Elaborado por Marinangeli, Platiné Pujadas y Páez (2016, p. 1996) a partir del análisis de los Censos Nacionales de Agricultura y Agropecuarios.

Tabla 10

Superficie sembrada de Maíz en Hectáreas

Año	ha
1895	322
1908	447
1914	514
1937	522
1947	540
1960	458
1988	127
2002	62,3
2008	s/d

Nota. Elaborado por Marinangeli, Platiné Pujadas y Páez (2016, p. 1996) a partir del análisis de Censos Nacionales de Agricultura y Agropecuarios

Tabla 11*Superficie sembrada de Trigo en Hectáreas*

Año	ha
1895	211,75
1908	s/d
1914	331
1937	490
1947	414
1960	396
1988	s/d
2002	17,5
2008	s/d

Nota. Elaborado por Marinangeli, Platiné Pujadas y Páez (2016, p. 1995) a partir del análisis de Censos Nacionales de Agricultura y Agropecuarios

Tabla 12*Tipos de cultivos y cantidades de hectáreas cultivadas en distintos registros censales*

Hectáreas cultivadas según referencias censales de distintos años									
Cultivos/ Censos	1895	1908	1914	1937	1947	1960	1988	2002	2008
Trigo	211,75	s/d	331	490	414	396	s/d	17,5	s/d
Maíz	322	447	514	522	540	458	127	62,3	s/d
Alfalfa	851	1561	s/d	1068	s/d	1528	1097	691,1	781,4

Nota. Elaboración propia en base a datos recopilados de Censos Nacionales Generales y Agropecuarios (Comisión directiva del Segundo Censo de la República Argentina, 1895; Comisión Nacional, 1908, 1914; Ministerio de Agricultura de la Nación, 1937; Ministerio de Asuntos Técnicos, 1947; Dirección Nacional de Estadísticas y Censos, 1960; INDEC, 1988, 2002 y 2008).

Conforme avanzan los años, para 1969 es posible registrar que los cultivos anuales y perennes tienen mayor superficie de siembra que la destinada a las forrajeras (INDEC, 1969), aunque recién en el censo de 1988 es notoria la importancia que adquiere el pimiento para pimentón frente a otros cultivos como la alfalfa, que disminuye un 30% entre el CNA de 1960 y los registros obtenidos para la década de 1980 (tabla 9 y 12). Si bien esta estimación se realiza

a partir de la superficie implantada³⁴, su producción alcanza más de la mitad (454 ha) de la superficie total de hortalizas (800 ha), que asimismo es el segundo grupo de cultivos en importancia tras la alfalfa. Esta forrajera entonces, durante la década de 1980 mantiene, aunque en forma diferencial, su preponderancia en el departamento. Así, para la localidad de Palermo alcanzaba el 77% del total de la superficie cultivada, un 58% en Cortaderas, 44% en Payogasta y Buena Vista, y 54% en Tonco, en similar proporción que el cultivo de arveja en este último caso. Para la misma época, el cultivo de pimiento para pimentón en Payogasta alcanza apenas un 3% de las hectáreas cultivadas, siendo otros como el trigo y el maíz aún muy representativos para esta época con un 16 y 12% respectivamente, al igual que el tomate con un 12% (Manzanal, 1987). Una proporción similar se registró para parajes como El Colte, Rancagua, Puerta la Paya y La Paya, donde la proporción de alfalfa por hectáreas cultivadas alcanza para esa época casi un 60%, mientras que para Cachi y los parajes situados hacia el oeste y algunos hacia el sur, representaba alrededor de un 36% (ibid). Otros cultivos como las legumbres, cereales como el maíz, el tomate, cebolla, trigo y zanahoria lo siguen en orden descendente de relevancia (INDEC, 1988). De acuerdo a Manzanal (1987, 1998), el poroto pallar y posteriormente el tomate son las principales producciones tras el pimiento, a partir de la cantidad de productores que orientan su trabajo a dichos cultivos y las hectáreas destinadas a los mismos. En este marco, mientras que para 1977 la producción de pimiento para pimentón del Valle Calchaquí alcanzaba un 78% del total de la producción provincial, para 1982 ascendía al 97%, conformándose Cachi como el principal departamento productivo (Manzanal, 1987). De esta manera, se ha afianzado como el cultivo comercial más importante del Valle Calchaquí (Arqueros y Manzanal, 2004; Cieza, 2010; Frere, 2004; Manzanal, 1987; Pais, 2011), y el área como la principal zona pimentonera del país (Cieza, 2010).

A partir de allí, la configuración de la matriz productiva no ha variado significativamente. De esta manera, para el año 2002, Cachi representa el segundo departamento que más superficie dedica a la producción de pimiento para pimentón en Salta. Así, de las 807 ha totales implantadas con su cultivo en la provincia, un 44,5% se concentran en el departamento vallisto de San Carlos (359,4 ha), mientras que un 38,8% de la superficie destinada a dicho cultivo se encuentran en Cachi (312,8 ha), seguidos por los departamentos de La Viña, Molinos, Cafayate, La Poma y Guachipas (INDEC, 2002). Para ese momento, la producción de poroto se ubica como la segunda en importancia para el departamento (ibid), y lo posiciona como una de las principales zonas productoras del país (Pais, 2011). En este

³⁴ Es preciso aclarar que para un análisis más integral de estos datos, deberían considerarse otros aspectos relacionados con las características productivas de cada cultivo, dado que por ejemplo, la cantidad de superficie que requieren puede variar –según sean explotaciones extensivas o intensivas, etc.–, por lo que mayor superficie no significa necesariamente que sea un cultivo principal. A los intereses de la tesis, consideramos que los datos que arrojan los censos son suficientes para representar la matriz productiva del departamento.

contexto, las variedades de poroto representaban más del 66% de la superficie de legumbres sembrada, y la arveja, otro cultivo importante, un 33% restante (INDEC, 2002). Estas cifras son significativas, más aun teniendo en cuenta que la producción de poroto pallar, la principal variedad del departamento, se encuentra confinada a un espacio muy definido. Otro cultivo que se destaca por la gran cantidad de superficie destinada a su producción es la alfalfa, mientras que el tomate, cebolla y zanahoria alcanzan gran notoriedad entre las hortalizas – tabla 14- (INDEC, 2002; Manzanal, 1998). En la tabla 13 se puede ver la relevancia que adquiere la producción diversificada de cultivos de autoconsumo, expresada además de su diversidad, por las pequeñas cantidades de hectáreas que se destinan a los mismos.

Tabla 13

Superficie implantada de las EAP con límites definidos, según grupos de cultivos en Cachi, año 2002

Forrajeras	691,1	42%
Aromáticas, medicinales y condimentarias	332,2	20,20%
Hortalizas	317,7	19,40%
Legumbres	176,8	10,80%
Cereales para grano	80,3	4,90%
Frutales	40,3	2,45%
Bosques y Montes	1	0,06%
Viveros	0,1	0,01%
Total	1639,5	100%

Nota. Elaboración propia a partir del CNA 2002 (INDEC, 2002).

Tabla 14

Superficie en hectáreas según variedades de hortalizas (sembradas a campo) en Cachi, año 2002

Tomate perita	102,2
Cebolla de bulbo	60,4
Zanahoria	35
Otras hortalizas	33,7
Tomate redondo	23,2

Choclo	18,1
Pimiento fresco	15,1
Papa	10,8
Zapallito	7,2
Haba	4,8
Chaucha	2,4
Ajo	1,8
Remolacha	1,2
Acelga	0,8
Cebolla de verdeo	0,6
Lechuga	0,2
Pepino	0,2
Total	317,7

Nota. Elaboración propia en base a información del CNA (INDEC, 2002).

En los últimos años, la producción de pimiento para pimentón ha mermado, de acuerdo a la información etnográfica proporcionada por los AFCEl y las entidades del Estado, particularmente en lo que respecta al municipio de Cachi. Entre las causas se mencionan el costo de su producción y el trabajo que conlleva, que muchas veces no se ve reflejado en el precio al que venden la cosecha e incluso, en ocasiones no alcanzan a asegurarse de poder venderla. Así:

Siembran lo que puedan vender, el tomate, cebolla o pimiento. Hay partes que se ha puesto menos pimiento, porque no lo pueden vender o tienen que vender barato y tienen que sacar para el gasto que han hecho por el arado, por lo que significa arar porque tenés que primero cincelar, después arar, rastrar después rayar, y es mucha máquina (C., 2015, funcionario municipal).

De Cachi para abajo ya no sale lindo el pimiento, falta el agua y es el Calchaquí el río que riega, pero en tiempos de octubre, noviembre no hay agua así que ahí ponen más cebolla ahora. Pimiento es la parte esta la que más ponen, ahora han terminado de vender en junio y en julio han comenzado a poner los almácigos, año redondo hay que trabajar (W., 2015, Fuerte Alto).

Por otro lado, es notoria a partir de la década del 2000 una reconversión productiva del cultivo de vid, orientada hasta entonces en mayor medida hacia su consumo como fruta fresca, pasa o elaboración de vinos caseros por parte de los AFCel. Esta producción se caracteriza por una determinada escala de producción y tipo de uva –como el turrón de riojano, típico del área-, técnicas de elaboración tradicional, un especial vínculo con la tierra y formas de preparación, etc. (López et al., 2012). En la actualidad, es en el sur de Cachi más que nada donde se observan vides que las personas utilizan como uva, uva para pasa y elaboración de vino casero, e incluso producen también para las bodegas de la zona. Pero en los últimos años, se han instalado emprendimientos vitivinícolas que conllevan un manejo industrial concentrado en las grandes fincas y con un alto grado de sofisticación³⁵. Esta producción se vincula al desarrollo de vinos de altura, realizados con uvas tintas de alta calidad enológica como Cabernet Sauvignon, Malbec, Tannat y Bonarda (Secretaría de Asuntos Agrarios, 2006), en respuesta a las demandas del mercado globalizado (Pais, 2011), en sintonía con lo que se registra para Cafayate y San Carlos (Arqueros y Manzanal, 2004; Cáceres, 2018; Vázquez, 2014, Villagrán, 2013, 2014). Si bien el Censo realizado en 2002 se produce en un momento muy incipiente de los cambios registrados en la actividad vitivinícola, su incremento es visible al comparar con datos del realizado en 2008. De esta manera, los registros dan cuenta de 11,6 ha de vino para mesa y 2,9 de vid vinífera para 2002, mientras que para 2008 se reducen las hectáreas de vid de mesa a 7,5 –asociada al autoconsumo de los AFCel-, y la producción de vid vinífera asciende a 33,7 ha (INDEC, 2002, 2008). En este período de seis años, los censos reflejan un incremento de 91% en la actividad vinífera para el departamento de Cachi (ibid). Datos más recientes provienen del Instituto Nacional de Vitivinicultura y remarcan el crecimiento sostenido en la superficie implantada de vid a partir del año 2000 en Salta, alcanzando para 2018 las 3370 ha en producción, correspondientes a las 275 bodegas de la provincia (Instituto Nacional de Vitivinicultura, 2018). La producción salteña se concentra casi de manera exclusiva en los Valles Calchaquíes salteños, siendo Cafayate y San Carlos sus

³⁵ En otros lugares del Valle como Cafayate y San Carlos, el proceso de re-estructuración de la producción industrial vitivinícola se registra a partir del aumento de la mecanización agraria a fines de 1970, que generó importantes transformaciones tanto en las formas de concentración de la propiedad, organización del trabajo en las viñas y bodegas, así como modificaciones en las pautas de consumo a fines de la década de 1990 y 2000 (Arqueros y Manzanal; Villagrán, 2014; Vázquez, 2014; Cáceres, 2018). Entre las estrategias de innovación tecnológica propias de esta reconversión, los autores mencionan la incorporación de paquetes tecnológicos, como el sistema de riego por goteo mecanizado –mayor eficiencia del recurso hídrico que permite a su vez expandir los cultivos e incluso producir en tierras que hasta entonces no tenían uso productivo-, sustitución de los saberes tradicionales por el asesoramiento de especialistas como agrónomos y enólogos, así como las formas de procesar y almacenar la producción y la incorporación de variedades que responden a demandas internacionales de vinos más finos, en detrimento de los de tradición local (Cáceres, 2018; Pais, 2011; Vázquez, 2014; Villagrán, 2013, 2014). Pais (2001) agrega que estas demandas en Cachi incluyen “...uvas de variedades tintas, (...) un sofisticado paquete tecnológico que se compone de riego presurizado, fertilización calculada según las necesidades que indica la relación suelo planta, nuevas técnicas de conducción y poda y un cambio significativo en la tecnología de bodega” (Pais, 2011, p. 205).

principales exponentes, y en los últimos años se posiciona Cachi en tercer lugar de importancia (Tabla 15).

Tabla 15.

Cantidad de viñedos y superficie en hectáreas de los mismos en los Valles Calchaquíes salteños

Departamento	Viñedos 2000	Superficie 2000	Viñedos 2005	Superficie 2005	Viñedos 2010	Superficie 2010	Viñedos 2015	Superficie 2015	Viñedos 2018	Superficie 2018
Cachi	7	3,2	9	25	11	53,4	13	78,6	15	87,4
Cafayate	76	1271,9	80	1347,5	100	1856,8	110	2318,2	117	2518,3
Molinos	9	22,5	10	76,7	11	119,1	14	125,6	12	3,9
San Carlos	150	496,7	155	499,6	118	496,7	129	616,2	129	625,9
La Viña	0	0	0	0	1	5	1	5	2	8,1
Total VCS	242	1794,3	254	1948,8	241	2531	267	3143,6	275	3243,6

Nota. Elaboración propia en base a datos de los informes anuales del Instituto Nacional de Vitivinicultura (Instituto Nacional de Vitivinicultura, 2018).

Los datos cuantitativos más actuales de la matriz productiva de la región corresponden a un informe de INTA (Zelarrayan y Fernandez, 2015), e indican un predominio de la alfalfa entre las especies forrajeras que cubren casi la mitad de la superficie en el departamento de Cachi (42%). En tanto, dentro de las aromáticas (20%), se destaca el pimiento para pimentón, y también el comino y el orégano. En cuanto a las hortalizas (19%) predominan el tomate (39%), cebolla (19%), zanahoria (11%), choclo (5.5%), papa (3) y pimiento fresco (4.5%), así como otras de hoja, choclo y remolacha. Entre las legumbres (10%) se destaca el poroto pallar, y en menor medida habas y arvejas.

8.2. Distribución geográfica

Es importante señalar que existen variaciones en los tipos de cultivos que se realizan según la zona del departamento, de acuerdo a la irrigación y características del agua de riego, la cantidad y calidad de la superficie del terreno, etc. Así, tomando Payogasta como referencia y el eje que traza el río Calchaquí, acompañado por la Ruta Nacional Nº 40 que corre paralela al mismo, podemos diferenciar hacia el norte del departamento parajes que combinan actividades agrícolas y ganaderas en distinto grado, según la disponibilidad de agua y las posibilidades con las que cuentan en la superficie que habitan. En esta área, la actividad de molienda de cereales como trigo y maíz que se cultivan en los alrededores, ha nucleado gran cantidad de productores, representando un espacio social y productivo muy importante en Payogasta entre mediados del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, disminuyendo en importancia de ahí en adelante (Pifano y Páez, 2020). También fue preeminente allí el cultivo de alfalfa, que se extiende al menos hasta la década de 1980. El pimiento para pimentón,

habas, arvejas, cebolla, tomate y otros que también son importantes en la actualidad, han adquirido amplio desarrollo a partir de entonces.

Dentro de esta zona, la localidad de Palermo Oeste es la que nuclea mayor cantidad de población –alrededor de 400 familias que trabajan aproximadamente 1000 ha- (Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda, 2018). Estas familias producen, en cuanto a los cultivos de renta, pimiento para pimentón, tomate y cebolla, así como también alfalfa, comino y verduras varias para consumo entre las que los interlocutores resaltan el trigo, maíz y papa de distintas variedades. El cultivo de alfalfa en esta localidad es abundante y se emplea para alimentar a cabras, vacas, ovejas, dado que no todas las familias llevan los animales a los puestos en el cerro, sino que los atienden en los corrales³⁶.

Otros cultivos presentes en el norte del departamento, además de los mencionados para comercialización, son las hortalizas, diversificadas para consumo, y poroto pallar en algunos lugares como Piul, donde el agua es dulce. Durante los últimos años se han implementado quinoa y comino, aunque en la actualidad no se están comercializando. En estos parajes ubicados a mayor altura como Tonco, Piul y Punta del Agua, la producción predominante es de papa, arvejas y habas para autoconsumo, y comino y tomate para la renta. Allí, también es importante la cría y pastoreo extensivo de baja escala de caprinos y ovinos. Asimismo, la dinámica de cultivo en las partes más bajas se complementa con el manejo de los animales en los puestos de altura para regular los recursos y abastecerse de lo necesario de acuerdo a los ciclos productivos. Así, el ganado caprino y ovino en mayor medida, que se orienta tanto al consumo como a la venta de carne y queso, “...se basa en el encierre a corral de los animales durante la noche y el pastoreo en pasturas naturales la mayor parte del año, reservando para la época invernal especies forrajeras cultivadas como alfalfa” (López Amorelli et al., 2012:2). En lugares como Palermo Oeste, se bajan las vacas que están pastando en el cerro a fines de abril o en mayo a los campos de cultivo una vez que se cosecha, y las suben con las primeras lluvias para empezar a cultivar. En esa época además, hay pasturas disponibles en el cerro, donde las familias trasladan los animales de puesto cada quince días aproximadamente. En estas zonas, como Punta del Agua, asimismo, suele haber dificultades con la irrigación del agua para riego, que incluso en algunos sectores se saliniza, condicionando

³⁶ Este tratamiento con los animales no es exclusivo de la localidad, sino que puede establecerse una diferenciación en el área según se trate por lo general de zonas de fondo de valle, pie del cerro o zonas altas, de acuerdo a las dinámicas de las actividades agrícolas y ganaderas y su complementariedad. Así, mientras la estrategia en el fondo de valle –donde la actividad principal es la agricultura de renta- se vincula por lo general con el pastaje de ganado menor en los campos agrícolas en barbecho, y la alimentación también en los corrales cercanos; las estrategias para el pastaje en los pie de cerro como en zonas altas implican otras dinámicas y movilidad. En el primer caso, el pastaje de ganado menor –también en mayor medida orientado al autoconsumo, así como la agricultura en estos lugares-, se realiza en pastos naturales así como en el encierre a corral en invierno, donde los alimentan con fardos de alfalfa. Mientras que en las zonas altas la cría de animales es la principal actividad, y se registra una movilidad estacional vinculada a la disponibilidad de pasturas naturales, alternando de esta manera entre los puestos de altura en verano y encierre en invierno (Jakel, 2018).

determinados cultivos dado que “el agua es salada, entonces el poroto no se da” (M., 2018, Punta del Agua). Además, dada la configuración territorial, signada por la distribución de la superficie en grandes haciendas, la condición de arrendatarios que tienen la mayor parte de los AFCel, es un condicionante importante para la producción.

Por otro lado, desde Payogasta hacia el sur del departamento, los interlocutores coinciden en señalar que la zona de Las Pailas, Cachi Adentro, Las Arcas, Las Trancas, El Algarrobal, San Gabriel, San Miguel, Fuerte Alto, San Pedro y el margen occidental del río Calchaquí representan una región muy productiva con suelos muy ricos donde “se da todo”. Más hacia el sur o “Valle abajo”, se encuentran los parajes de Escalchi, Rancagua, Puerta la Paya, San José de Escalchi, El Barrial, Villa María, La Paya, El Quebrantal, Vallecito, El Santuario y El Colte. En estos lugares suelen ser insuficientes los cursos de agua en determinados momentos, por lo que eligen cultivos con mayor tolerancia al déficit hídrico, como la cebolla. De todas maneras, también hay producción de alfalfa, zanahoria, comino y vid, así como pimiento para pimentón, tomate y quinoa, cultivados en mayor o menor medida en los distintos parajes. En La Paya, por ejemplo, se destacan los frutales, mientras que en otros como El Colte es significativa la producción artesanal de tejidos, más que la dedicación a la agricultura.

De acuerdo a un relevamiento del municipio de Cachi para el año 2016, el pimiento para pimentón sigue siendo el cultivo más preminente, con una superficie cultivada de 300 ha, concentrada en los parajes de Fuerte Alto, Cachi Adentro, San Miguel, Las Arcas, Las Pailas, La Aguada, Las Trancas y El Algarrobal, el poroto pallar. A excepción de Fuerte Alto, en el resto también adquiere importancia otros cultivos como alfalfa (500 ha), poroto pallar (400 ha), tomate y cebolla (con 200 ha cada uno), verduras varias (60 ha), además de 40 ha de vid que en mayor proporción se destina a la producción de vinos (Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda, 2018). Sin embargo, la Secretaría de Producción del municipio de Cachi en 2018, ha detectado una reducción considerable de la superficie implantada con pimiento para pimentón para la campaña 2017-2018 respecto a 2016, que alcanzan apenas las 102 ha (comunicación personal, 20 de julio de 2018).

8.3. Cultivos para autoconsumo y comercialización

Como se viene expresando en el capítulo, la agricultura en Cachi se orienta tanto a abastecer el consumo familiar, como a su incorporación en los circuitos de comercialización. En el primer caso, la producción suele ser diversificada en los tipos de cultivo, así como en las formas de labranza de la tierra, y desarrollada a pequeña escala. En tanto, los cultivos destinados a la comercialización se vinculan con una producción más intensiva en los rastrojos,

a mayor escala y con diverso grado de tecnificación y participación de distintos actores en su circuito productivo. En lo cotidiano, esta diferenciación no es taxativa, e incluso hay matices respecto a los espacios y formas de saber-hacer de dichos cultivos, aunque sí se establece una asociación entre la idea de *producción* y los cultivos de renta, que no es tan directa cuando se trata de cultivar para autoconsumo o para realizar intercambios entre familiares y vecinos.

A pesar de los cambios sociohistóricos y las diversas orientaciones productivas, dinámicas socioterritoriales, etc., hasta al menos la década de 1980 cultivos de autoconsumo como el trigo, alfalfa, maíz y papa, han tenido prioridad en algunos lugares ante los cultivos destinados al mercado (Pais, 2011). En la actualidad, suelen colocarse en las huertas asociadas a las viviendas, e incluso en los rastrojos donde también se producen los cultivos de renta, aunque en menor proporción. Allí, por lo general, se destinan “algunas rayas” o surcos de cultivo a cada uno de ellos y se asegura contar con una diversificación de verduras para abastecer el consumo familiar en distintos momentos del año, de acuerdo a sus ciclos de cultivo. Es decir que, “ponemos para venta pero huerta también para consumo. Imagínese que es una única temporada, nosotros no tenemos invernadero, si ponemos gran cantidad de pimiento por ejemplo ¿qué vamos a comer? Es imposible, por eso cada uno tiene su propia huerta” (E., 2014, Fuerte Alto). Para otra zona, también han referido que “Lo que producimos arriba lo vendemos a sociedad, este año la cebolla no ha valido nada, la zanahoria tampoco. Por eso te digo poco o mucho ponemos y con eso nos damos vuelta porque aquí todo usamos para consumir nosotros” (C., 2017, Punta del Agua). De esta manera, nos han mencionado y se observaron cultivos de zanahoria, acelga, lechuga, cebolla, cebolla de verdeo, tomate, habas, arvejas, maíz, papa, zapallo anco y verde, ajíes, poroto, ajo, apio, repollo, remolacha, frutales, e incluso perejil, orégano y otras aromáticas y plantas medicinales.

Parte de estos cultivos o sus excedentes suelen destinarse también al intercambio y a la venta en los comercios locales o en las ferias que se realizan en épocas de cosecha, del mismo modo que se consumen aquellos producidos en mayor medida para la renta. Los interlocutores lo expresan en los siguientes relatos en los que además, se ven reflejadas las localizaciones donde los realizan: “...Arveja, papa, haba, maíz, poroto, zanahoria, aquí se da todo lo que podés poner, aunque a veces tenemos problemas con el agua” (C., 2017, Potrero de Payogasta),

Aquí se pone de todo un poco, el agua es dulce, lo que pongas te da. Las verduras son para consumo de la casa desde lechuga, zanahoria, perejil, cilantro, papa, zapallo angola, mate, zapallo tronquero, cebolla, arveja, todo lo que es verdura. Pero maíz y

papa más que nada, todo lo que hace falta para cocinar. Después para vender pimentón, Morrón, también es chacra, y algunas personas ponen tomate, tomate el híbrido, otros tomate criollo, poroto y todas esas cositas... Y de todo un poco, ¡aquí se da todo! en parte es para consumir nosotros y otra parte para la venta. Lo que me sobra vendo, vienen camiones y ya le vendo (J., 2015, Cachi Adentro).

Generalmente la cultura nuestra era para consumo, antes el productor tenía gallinas, chanchos, ovejas, cabras y ponía verduras como zapallo, acelga, lechuga, habas, de todo para subsistir digamos. Ellos sabían calcular cuánto comían, lo que quedaba le daban a los animales. Para venta únicamente el pimentón ponían. Ahora nosotros somos más derrochones, pero la mayoría ponemos más para consumo, las verduras para la casa. Y para vender ponemos tomate, pimentón, poroto, cebolla (V., 2017, Cachi).

En este marco, debe considerarse además, que los cultivos abocados al consumo familiar se han realizado desde antaño en la región, por lo que aquellos prehispánicos como el maíz y la papa generan una gran identificación y adquieren una especial relevancia entre los AFCEI, así como el trigo que aunque ha sido incorporado en tiempos coloniales, tuvo una amplia aceptación y difusión. Las personas de mayor edad, rememoran que cuando gran parte de las familias eran arrenderas de las extensas fincas de la región, debían abastecerse de prácticamente todo lo necesario para el consumo, y la totalidad del proceso productivo agropecuario solía desarrollarse en sus viviendas, exceptuando la molienda del trigo que se efectuaba en los molinos harineros de la zona. Incluso la conexión de las localidades de la región con la ciudad de Salta, por ejemplo, recién se agilizó a partir de la década de 1940 al ampliarse el trazado de la Ruta Nacional N° 40, que hasta entonces llegaba a Cafayate. De esta manera, los interlocutores recuerdan que la comunicación no era fluida y sólo compraban lo indispensable en el pueblo como yerba, azúcar y las telas por metro para realizar sus vestimentas, mientras los demás consumos se obtenían a partir de su labranza, como el siguiente relato:

El patrón nos dejaba tener cultivos y animales. Lo que no teníamos comprábamos poquito y bien medidito porque plata había poquita y no había ni camino a Salta, nada. El correo era a mula y el camino se limpiaba a pico, no había puente para cruzar el río, después han venido las máquinas y se ha hecho un camino hermoso pero antes no había nada. Era muy triste antes, en Cachi no había luz y allí sólo vivían los patrones,

las maestras venían a Cachi Adentro a caballo con polleras largas a enseñar y nos traían los útiles (J., 2014, Fuerte Alto).

En la actualidad, las personas coinciden en que la producción de cultivos para el mercado ha desplazado significativamente la de autoconsumo. Esto genera una mayor dependencia del dinero para el abastecimiento familiar y, en especial, se ven afectados en los relatos la disminución de cultivos que generan gran identificación como trigo, maíz y papa: “Ahora tienen valor otros cultivos, ponen pimiento, poroto, cebolla, arvejas, habas, tomate, morrón. Los cultivos tradicionales como trigo y maíz se siembran poco, trigo antes sabían poner mucho” (C., 2015, Cachi Adentro),

Ahora se pone más verdura para la venta, antes era pimiento y poroto nomas. Más antes era trigo, maíz y papa de distintas variedades. Ahora maíz y papa ponen para consumo nomas, ponemos y después guardamos. Se mantiene la papa. También ponemos verduras y se crían animales para consumo para la casa. Pero más ponemos en la finca arriba, ahí ponemos poroto, tomate, pimiento, cebolla, todo lo que es para vender (C., 2015, Cachi Adentro).

Antes de la expropiación de la Finca [Hacienda de Cachi] ya se ponía pimiento pero más cereal en el arriendo: maíz, trigo, papa de todo lo que se daba aquí, poroto, arveja. Con decirle que aquí, nadie iba a comprar la harina para el pan, el frangollo, nada, porque todo se hacía con el cereal que se cosechaba. El trigo se juntaba en gabillas con una ichuna [herramienta para cortar dentada] y se emparbaba, trillaba con animales y se aventaba con el viento, se lava y va al molino que había por todos lados aquí en Cachi Adentro, Cachi, Escalchi, Payogasta, Rancagua, Quipón, toda la gente usaba la harina del cereal que cosechaba. Después ya con la tecnología ha cambiado mucho, ya no quieren sembrar el trigo porque viene mejor de allá y no tenés que lavar y eso (Q., 2019, Cachi Adentro).

Claro para consumo nosotros tenemos linda tierra ahí porque se da la arveja, ponemos lechuga, acelga, tomate, toda clase de verduras, zanahoria. En una partecita del rastrojo hacemos lugar y vamos poniendo el maíz, el choclo. La verdura en diciembre, enero, febrero, marzo, abril hasta mayo no nos falta, no tenemos que venir a comprar nada de verdura, después si ya hay que comprar. Pero más antes era trigo, papa y maíz esos eran los tres que se ponía para consumo y para venta del trigo, antes se consumía

mucha harina de trigo pero después con el tiempo salió la semilla del poroto y después ya llegó la plantación de pimiento desde Rosario de Lerma de Salta. Ahora todo es más para la venta, se pone lo que se vende y cada uno ya se arregla (A., 2019, Las Pailas).

Sin embargo, en estos relatos se visibiliza también la presencia que tienen en la actualidad estos cultivos representativos como maíz y papa, aún ligados al consumo. En este sentido, se destaca su presencia tanto en las huertas de las familias -pese las actividades diversificadas de sus integrantes-, así como en fracciones de los rastrojos de quienes se dedican a la agricultura de renta. La relevancia de los mismos además, está presente en las elaboraciones de comidas con fuerte identidad local, que se preparan en distintas festividades, principalmente a base de maíz. Asimismo, es notorio el trato diferencial que se les otorga, asociado a la significación que adquieren y los cuidados a la tierra que involucran, como una especial forma de labranza, empleo de abonos naturales frente a los químicos, etc., como se verá más adelante en este capítulo.

8.4. Representaciones de los principales cultivos mencionados

Además de sus usos y de las formas diferenciales de labranza que conlleva cada cultivo, como se mencionó con anterioridad, algunos de ellos tienen una especial relevancia y generan una gran identificación entre los AFCel. Así, a pesar de que en la actualidad, según indican los datos estadísticos, los cultivos de importancia sean aquellos introducidos con fines comerciales; algunos como la papa, el maíz y trigo preponderan en los relatos y se observan con gran presencia en el área en distintas ocasiones. El maíz, por ejemplo, tiene una gran valoración simbólica y afectiva, y representa una dimensión identitaria muy importante al considerarlo un cultivo “de la región”, “típico” o “tradicional” en términos de quienes lo producen. Es muy frecuente encontrar marlos de maíces de distintas variedades en festividades o ferias locales expuestos en vinculación a otros elementos locales, así como comidas realizadas a base de maíz como el locro, mazamorra, chicha, frangollo, mote, etc. En la actualidad se coloca para autoconsumo en mayor medida, aunque sea en poca cantidad ya sea en el rastrojo como en las huertas, y se cultivan en mayor medida las variedades capia blanco -que se utiliza para el locro-, pisingallo y amarillo de ocho hileras -que se emplea para la elaboración de chicha- (Solari y Gómez, 1997), e incluso los interlocutores mencionan otras variedades que producen como el morocho y capia overito. Si bien su cosecha se da en un momento delimitado, sus granos se administran para las diversas festividades que se hacen durante el año en la zona, en particular en agosto para Pachamama, donde entre las comidas que se realizan, no pueden faltar aquellas a base de maíz. Si bien las personas dan cuenta de

su merma tanto en cantidad de superficie sembrada como en las variedades, así como el uso cambiante que se le ha otorgado (por ejemplo señalan el uso de maíz como choclo en lugar de la harina o sémola que ya no se hace tanto), está presente siempre al dialogar sobre los cultivos relevantes en la región. Además, se ponderan otras prácticas asociadas al mismo como la elaboración de las comidas señaladas, la reutilización de sus granos para volver a sembrar, el hecho de que no genera desperdicio al alimentar a los animales con la chala, marlo y granos que de otra manera se descartarían, su procesamiento y molienda, entre otras. Así, en las expresiones orales se da cuenta que:

El maíz lo aprovechamos mucho porque el amarillo lo hacemos moler para la sémola y así evitamos de comprarla para hacer la polenta. Y el blanco lo hacemos moler para los frangollos, lo que está feo se les da a los animales y evitás comprar comida (C., 2017, Payogasta).

Acá los cultivos tradicionales son el maíz porque la mayoría consume mucho maíz, más que nada para el choclo no para harina, mucho maíz. Después la papa, la papa sigue en todas las casas siempre hay un lugarcito que siembran la papa. Pero el trigo y maíz se ha dejado de poner mucho porque ahora se vende el poroto y el pimiento, el tomate. Eso más ponían los antiguos (E., 2015, Fuerte Alto).

Acá toda la zona de Cachi Adentro para arriba es poroto y pimentón, y también verduras que antes muchos años atrás no lo hacían, y mucho más antes eran los cereales: trigo, maíz y la papa, que eran la base más para autoconsumo y era trueque más bien así y bueno con los años fueron cambiando al pimentón y poroto y hace como cinco años atrás verduras y siguen con el poroto y pimentón (P., 2014, Las Pailas).

Otros cultivos locales que generan gran identificación, son la papa y el trigo que, aunque introducido este último, ha sido una producción muy relevante. De esta manera,

La papa se pone para el consumo de uno y la guardamos además porque se mantiene. Hay tres variedades: la astilla, la santafesina que es la blanquita esa grande que en todos lados se come y después hay otra papa blandita, la andina, y la moradita también. El maíz también se pone para el consumo y para las gallinas, chanchos. El

capia se pone, después está el amarillo, el híbrido para choclo, es chiquito ese en cambio el capia es lindo (V., 2019, Cachi Adentro).

Ahora no se pone trigo, los changuitos no conocen de donde sale el pan. Antes sabían poner muuucho todos la mayoría ponía trigo, maíz, papa ahora ponen poquito para el gasto, consumo, no se pues por qué será. Yo se cultivarlo al trigo, pero desde que llegó más facilidad de traer la harina en la bolsa ya no se sembró el trigo, sino en esta época ya se estaba sembrando el trigo, la cebada, las habas, el ajo y la zanahoria (H., 2017, Cachi).

Acá se cultivaba el trigo, la papa. El trigo ya el primero de julio hacían regar la tierra para tirar el trigo, lo araban pasando una rama no había rastra. Rayaban y regaban y después ya salía el trigo, se cortan las espigas cuando comienza a amarillear y hacían gabillitas. Primeros días de diciembre se alza el trigo, está bien corto y la paja que quedaba comían las vacas. Pero ahora, se ha dejado de sembrar, se ha perdido casi el tema del trigo, porque ya tampoco funcionan los molinos como había antes. Antes había molinos con agua, pero se va perdiendo la costumbre de hacer moler el maíz, de hacer el frangollo, moler harina, moler trigo. He puesto cebada también para las vacas y ovejas en invierno. Cuando ha llegado diciembre necesitaba las tierras para volver a sembrar el poroto y las vacas se han ido al cerro, he agarrado la pala he cortado la cebada y arado con animales las mulas cuatro días. Se pudrió la paja por la humedad y ese abono ha venido el poroto como nunca, era la tierra fértil por la paja de la cebada igual que el trigo, es un gran abono. He vendido gran cantidad de poroto, me han hecho un favor las vacas de votar la cebada, meto el guano como abono para el poroto desparramadito y meto cincel sin arar directamente. Octubre noviembre dejo, diciembre le vuelvo a dar otra rayadita y meto la rastra y al 15 por ahí siembro (J., 2015, Cachi Adentro).

Por otro lado, si bien desde el plano simbólico parece no tener el mismo peso, la alfalfa es otro cultivo muy reiterado en los discursos que, además, tiene y ha tenido una gran presencia en el área. Esta especie es prácticamente la única forrajera implantada en el departamento, sembrándose pura sin consociarla con otras especies (INDEC, 2002). Dado que es un cultivo perenne y extensivo, los AFCel mencionan que su producción no conlleva demasiados cuidados ni mano de obra, lo que representa una ventaja frente a otros. Su siembra se realiza generalmente en otoño o primavera y se practican alrededor de 3 cortes al

año para enfardar, para lo cual contratan el servicio de las maquinarias necesarias. Su presencia es de especial relevancia porque más allá de su uso productivo como forraje para la alimentación de animales menores y orientarse o no a la renta –muchas veces se comercializa en caso de haber excedentes-, se emplea como abono. De esta manera, junto a otras prácticas que complementan este cuidado -como las veneraciones a la Pachamama, restablecen la fertilidad y riqueza de la superficie, enmarcado en el vínculo estrecho que se tiene con la tierra y la significación que adquiere para los AFCel. En este contexto, la implementación de alfalfa actúa recuperando los nutrientes³⁷ de la tierra, por lo que se considera un “fertilizante natural”, al colocarlo para el barbecho de las tierras y así obtener “tierra nueva”, necesarias tras su “empobrecimiento” con la producción intensiva de pimiento para pimentón. Es decir que tiene un rol muy importante en las estrategias de rotación de cultivos de los AFCel dadas sus características, como lo explicaba un ingeniero de la zona: “En el ámbito local, se le denomina barbecho al arado de la tierra tras tres o cuatro años de estar sembrada con alfalfa, periodo en que se considera que la tierra está descansando de otros cultivos intensivos que se realizan” (U., 2017, Cachi Adentro),

Hay varias formas de fertilizar la tierra. El suelo rinde tres, cuatro cosechas, después ya empieza a rendir menos entonces se va rotando, se pone porotos, o alfa, arvejas, luego pimiento. También se incorpora el guano de oveja o de cabra para abonar las tierras con minerales que necesitan las plantas, y la otra es usando químicos. Pero la que más sirve y se usa bastante aquí es la alfa, porque es la que más fija nitrógeno al suelo por ser leguminosa. Aparte las hojas que van cayendo incorporan carbono, potasio, todo al suelo. Entonces ya no hace falta que uno le agregue nutrientes a partir de la síntesis química. Luego de tres o cuatro años se pasa el arado, aquí le llamamos barbecho cuando vamos a arar la alfalfa (U., 2019, Cachi Adentro).

En cuanto a su uso como alimento, fue muy relevante en la época de producción ganadera hasta mediados del siglo XX, así como en la actualidad, que además de reserva se utiliza en lo cotidiano en los corrales ante la imposibilidad y/o limitación de llevar a pastar los animales al cerro en espacios comunales. Así, es visible su relevancia en tanto:

La alfalfa viene de muchísimos años. Yo llegué aquí en el '71 y los viejitos contaban que el cauce del río era angosto y después se ha enanchado y aparecido todos los alfares

³⁷ Las forrajeras leguminosas como la alfalfa tienen la capacidad de fijar nitrógeno atmosférico a la tierra.

para el engorde de las mulas, había ganado criollo, ahora ya no hay pues ponen pimiento, verduras para ellos ya para el ganado no queda pues (E., 2018, Payogasta).

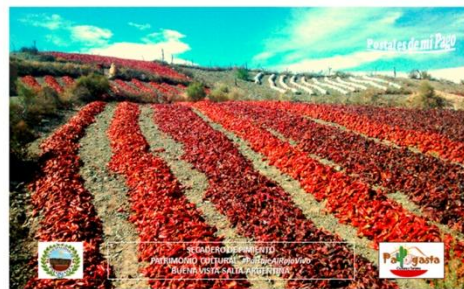
Normalmente aquí se trabaja con la alfalfa, se deja 3 años de alfalfa y de ahí se vuelve a hacer movimiento de tierra para pimiento, barbechamos decimos nosotros para el pimiento que es lo que se produce aquí más que nada (M., 2014, Buena Vista).

8.5. Representaciones de cultivos introducidos con fines comerciales

Como se mencionó, el pimiento para pimentón en Cachi fue introducido en la década de 1930 por dueños de fincas o sectores rurales capitalizados, aunque el lugar donde se introdujo y expandió no está delimitado con claridad. De acuerdo a Manzanal (1998) y Pais (2011), su expansión se produjo desde la Finca Hacienda de Cachi hacia la zona de Las Pailas y Las Trancas en la década de 1950. Por otro lado, de acuerdo a un registro del municipio de Payogasta que se presentó como evidencia histórica durante la fiesta del pimiento para pimentón en julio de 2018, un funcionario relató que fueron dos agricultores de Payogasta quienes en 1933 “...daban comienzo a una nueva era de la agricultura, ese día iniciaban la primera plantación de pimiento para pimentón en un predio de cinco ha, denominado rastrojo El Membrillo, ubicado en el paraje Buena Vista del municipio de Payogasta”. De acuerdo a dicho registro, proveniente de la memoria oral de los vecinos de mayor edad que participaron en estos primeros años de producción, la tierra poseía una gran fertilidad al haber estado implantada durante muchos años con alfalfa, por lo que el pimiento en esos primeros años alcanzaba un óptimo rendimiento y, por lo tanto, representaba un buen rédito económico que atrajo el interés de otros productores en producir dicho cultivo. De esta manera, acompañando a este proceso de difusión y su implementación por parte de diversos productores, en la localidad de Payogasta se fue gestando una identificación con el mismo y a partir de 1964 se celebra allí la Fiesta Provincial del Pimiento –institucionalizada por la provincia en 1969- (Figura 6). En la actualidad prevalece el arraigo con dicho cultivo y siguen dándole prioridad, pese a las dificultades que mencionan en relación a su proceso productivo.

Figura 6

Maquinaria y carroza expuestas en la edición N° 46 de la Fiesta Provincial del Pimiento en Payogasta, desarrollada en el año 2019. Las imágenes restantes corresponden a postales de pimiento secándose al sol con las cuales el municipio atribuye el término “Patrimonio cultural” y promociona como #PaisajeAlRojoVivo (obtenidas del Facebook del municipio de Payogasta: <https://www.facebook.com/MunicipalidadDePayogasta>)



En este sentido, rememoran en torno a los inicios del pimiento para pimentón que: “Antes se ponía maíz, trigo y se molía para hacer la harina que era más tradicional de acá. Laxi fue quien trajo el cultivo de pimiento y se fue extendiendo desde Payogasta para el lado de San José” (D., 2018, Payogasta).

En la finca de Ruiz de los Llanos, los primeros que han puesto pimiento ahí eran gallegos, en esa época ya hacían de todo, cebolla deshidratada, la zanahoria también, inclusive hacían dulce de leche, salsa de tomate en botellas de sidra. En la finca de Díaz he visto que sembraban tomate, pero noo aquella finca yo he visto que ponían más. En aquellos años estaba el pimiento no el largo el redondo ese, el manzana. Luego el trigo y la alfa se dejaron de poner porque el pimentón era más rentable será (J., 2018, Payogasta).

Venían de La Virginia y decían pongan pongan, vamos a progresar, vamos a tener. Otra gente puso más antes que Laxi, Albarracín me parece que del lado de abajo, o Díaz, no recuerdo porque cuando nació ya estaba el pimiento aquí (J., 2018, Payogasta).

La semilla del pimiento la ha traído el patrón, entonces ya no había vacas. Al estar la línea férrea ya no iban por tierra con las vacas y han cambiado de cultivo, ahí vino el pimiento. Para la expropiación, entonces ya se ponía pimiento cada uno en su parcela [antes se ponía más cereales] y cuando lo vendías pagabas la cuota de la tierra. Ya no estaba el patrón, cada uno trabajaba su parcela (Q., 2019, Cachi Adentro).

Este último relato da cuenta de cómo, en la década de 1940 con la expropiación de la Finca Hacienda de Cachi, quienes arrendaban allí se orientaron también hacia este cultivo por sobre los de autoconsumo, para poder pagar la renta de su propiedad al participar en forma directa en el circuito mercantil. Acompañando a este proceso, se consolida una mayor presencia del mercado en la región centrado en la producción agrícola con el pimiento para pimentón, siendo “...el elemento definitivo que impulsa el cultivo para el mercado, fue la necesidad de realizar el pago de los terrenos y el alto rinde económico que ofrecía el cultivo” (Borla, 1993, p. 102).

Otro producto comercial presente en el área que genera distintas representaciones es la quinoa. Este cultivo andino consta de al menos 5000 años de antigüedad, y tuvo una amplia extensión en todo el imperio incaico, para quienes representaba un alimento sagrado y se usaba también como medicina (de Carrasco y Encina Zelada, 2008). Sin embargo, en Cachi si bien ha estado presente en generaciones pasadas, se reintrodujo en los últimos años a partir de una demanda comercial, más que por una cuestión conmemorativa. Incluso más allá de identificarlo como un cultivo tradicional andino, los interlocutores argumentan que su producción no correspondía a la zona de los Valles Calchaquíes, donde ha sido prácticamente inexistente –información sustentada también por trabajos realizados en la zona (Bayón de Torena, 2010-2011; Cieza, 2010)-. En esta región entonces, ha sido el Estado quien impulsó su producción, mediante la Agencia de Extensión Rural de INTA en Molinos, proyectos provinciales de “Desarrollo de la quinoa” durante 2002 y 2004 en Cachi en los que se capacitaba a los productores y se establecían lugares de ensayo del cultivo para su elaboración, etc. Sin embargo, fueron los sectores empresariales locales quienes le dieron un gran incentivo otorgando semillas a los productores y luego comprándoles la producción (Marinangeli et al., 2016a), que para el año 2015 se vendía a buen precio y generó por lo tanto una mayor difusión. También manifiestan que el turismo ha ejercido un incentivo dado que los visitantes la requerían. Un informe del Proyecto de Inclusión Socio-Económica en Areas Rurales –PISEAR- realizado por la Secretaría de Asuntos Agrarios da cuenta que en la zona del Valle Calchaquí se cultivan alrededor de 100 ha de quinoa y la cantidad de productores creció de 50 a 100 en los últimos años, debido a la promoción del mismo (Pisear, s/f). Sin embargo, los AFCel mencionan con mayor frecuencia la kiwicha como un cultivo andino con profundas raíces históricas y de gran valor nutricional. Así, en referencia a dichos cultivos se mencionaba: “La quinoa, la kiwicha estaban escondidas, se sembraban pero sólo para consumir en familia no se vendía. Recién están saliendo esos productos aquí también con el turismo, el turismo dijo que era bueno” (H., 2017, Cachi),

La quinoa es otro de los productos andinos que se dio auge hará dos años atrás, más antes había poquito, lo hacían en Las Trancas pero ahora ya es conocido. No me acuerdo en qué año pero aquí empezó en la escuela el cultivo de la quinoa y se fue expandiendo, creo que con el INTA estos últimos años. Pero es un producto que para nosotros es caro, porque el kilo de harina de quinoa estaba \$120 en efectivo y es más pesada a comparación de la otra. Mi mamá sabía la proporción, hacía comidas dulces y saladas. Mi abuelo tenía la kiwicha y la pelaba en el mortero, así como pelaban antes el maíz el trigo para cocinar, mi papá, mi abuelo me decían: poné hija en el mortero, igual que pelar el maíz, después le echábamos un poquito de agua tibia y empezás a picanear, con eso hacés sopa, guiso no sabes es rico pero digo eso es distinto, será otra variedad (A., 2014, Cachi).

Ahora están volviendo a poner quinoa, kiwicha, hará 5 años 6, vino INTA y gente de otros lados que empezaron a meter el tema de la quinoa y algunos dos o tres que son los que más o menos innovan pusieron y les fue bien. Este año han puesto mucha quinoa y ha bajado el precio (...) se ha hecho más conocida, más comercial, el año pasado estaba ochenta y ahora está cincuenta, sesenta, depende también si es lavado, no es lavado, es otro precio. Pero es mucho trabajo y por ahí no vale, entonces nosotros dijimos no vamos por lo seguro, el pimiento que lo compran (E., 2015, Cachi Adentro).

Una chica que trabaja con la plantación de quinoa en Jujuy trajo semillas y se repartió a los productores pero la mayoría no anduvo, no se animaron. El productor tiene temor, por eso a los que vienen de afuera con ese tipo de semillas les digo que arrienden un lugar o se busquen un predio para hacer los ensayos primero ahí para ver si funciona porque es una garantía para ellos, o hacer con un gran productor no con el pequeño, porque si el pequeño que tiene 4 ha y le jodiste las 4 ha lo mataste todo el año (C., 2015, funcionario municipal).

En el Valle por 2005, 2006 vino una empresa con nombre inglés que hacía la propuesta y te decían que cuando tuvieras la producción te comunicues para venirla a buscar. Y en Cachi prendió mucho eso, y también desde el Ministerio de Producción de la provincia hubo una promoción del cultivo de quinoa, en el 1999-2000. En Cachi incluso los investigadores de la universidad hicieron un encuentro en relación a la quinoa,

comidas con quinoa y todo montaje para la temporada (M., 2015, IPAF INTA Seclantás).

Antiguamente se hacía quinoa, yo me acuerdo que en la finca nuestra salía de forma natural, nose si era quinoa o kiwicha pero me acuerdo que mi papá traía siempre. Ahora hacemos quinoa pero digamos antes salía como yuyo y es un alimento muy bueno, los nutricionistas recomiendan la quinoa, chia. La propagó ahora un poco el Estado y los productores también porque en un tiempo se puso de moda y todo el mundo venía y hemos puesto un poco en todo el valle entonces todo el mundo tenía. (V., 2017, Cachi).

En estos relatos puede verse la mixtura entre los distintos sujetos que participan e intervienen en la agricultura –AFCEl, funcionarios estatales y empresarios-, ya sea impulsando cultivos y/o revalorizándolos, regulando precios, buscando la veta comercial en algunos casos mientras en otros se pone en relación con el arraigo local, las actividades de su familia, los valores –aunque sin descuidar la seguridad que otorga un cultivo que tiene su tradición en el lugar y cuya venta es segura para contar con un ingreso-.

Por último, el poroto pallar y el tomate constituyen otros cultivos que aunque orientados principalmente al mercado, tienen una amplia trayectoria e identificación con la agricultura de la zona. El origen del poroto pallar junto con el comino como cultivos de renta, se vinculan al igual que el pimiento para pimentón a la expropiación de la finca Hacienda de Cachi hacia mediados del siglo XX (Manzanal, 1995; Pais, 2011). En la actualidad reviste gran importancia en aquellas áreas en las que es posible producirlo dado sus réditos económicos pero además, porque se prefiere ante otros al requerir menor mano de obra, insumos de agroquímicos y maquinarias. Además, los AFCEl mencionan la reutilización de semillas que provienen de sus ancestros, aunque en la Secretaría de Producción del municipio de Cachi argumentan que se reutilizan y seleccionan las semillas más grandes que si bien tienen ese origen, se han mejorado con genética de semillas provenientes de otros lugares. Por su parte, el tomate, si bien ha sido introducido en la estructura productiva de la región, se produce en cantidad y de distintas variedades tanto para consumo como la venta. La implantación de la variedad platense para su comercialización coincide con la difusión de distintos tipos de semillas por parte del INTA a mediados de la década de 1970 (Manzanal, 1998). La autora plantea para el momento que realiza su estudio que esta variedad se cultivaba en mayor medida en las grandes fincas de la zona de Cachi Adentro dadas las mejores condiciones productivas. Mientras, los pequeños productores cosechan principalmente el perita porque es

más resistente y conlleva menos cuidados para su cosecha y embalaje (ibid). Para el año 2002, la variedad de tomate perita aún seguía siendo preponderante dado que de las 317,7 ha relevadas en el censo con hortalizas, 102,2 estaban implantadas con tomate perita mientras que 23,2 con tomate redondo –ver tabla 14- (INDEC, 2002). Desde entonces, las hectáreas dedicadas a la variedad comercial del tomate han aumentado, ocupando el tercer lugar de importancia en la producción de Cachi, luego del pimiento para pimentón y el poroto pallar (Frere y Cosentino, 2004; Manzanal, 1998; Pais, 2011). Así, al menos desde el año 2015 cuando comenzaron los trabajos de campo, los AFCel han optado por la implementación de la variedad híbrida, condicionados por las presiones del mercado para poder comercializar el producto. Aunque para el consumo se sigue optando por la variedad criolla, como le llaman ellos, es decir el tomate perita, que conlleva menos cuidado y utilización de agroquímicos, se conserva más tiempo tras la cosecha y permite reutilizar la semilla, además de contar con un empaque más sencillo. Como refiere una persona “vienen unos hermosos tomates que cosechás aquí sin químicos sin nada, y tiene otro sabor. A mí no me gusta el híbrido, lleva más atención y comprás las semillas pero no las usás de nuevo” (M., 2018, Las Pailas).

En el próximo capítulo se desarrollarán las formas de labranza que requiere cada cultivo, y cómo se han ido complementando distintas estrategias productivas.



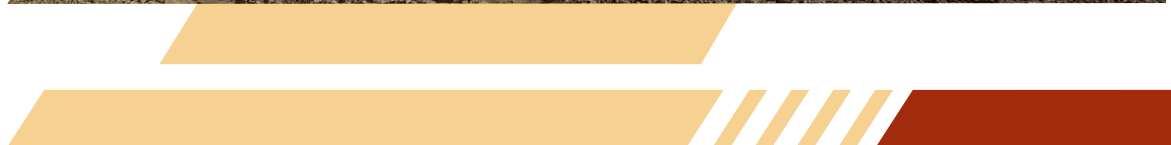
CAPITULO 9

Trabajo con la tierra.

Prácticas, saberes y representaciones
en las actividades agrícolas

*Qué lindo se ven los campos
Cuando la cosecha madura,
Mas linda se ve mi mulita
Trabajando en la agricultura*

Eva Arjona, coplera de Cachi



9.1. Labranza de la tierra: preparación de la tierra en los espacios de cultivo. Saberes y prácticas ancestrales y modernas en la actividad agrícola actual

La labranza de la tierra ha sido y es un aspecto fundamental en la organización de las prácticas de los AFCel, dada la centralidad que históricamente ha tenido la agricultura en la región. De hecho, muchos de los interlocutores que no cultivan en la actualidad, rememoran y otorgan valor a las actividades que realizaban sus familias, por lo que es un saber hacer que está muy presente en la población, y en general se asocia a las tareas comunitarias y los lazos recíprocos en determinados momentos de la labor agrícola en los que se compartía y prestaba ayuda. En este sentido, una interlocutora rememora que:

Me acuerdo que acá antes se juntaban cinco familias, venían a la casa y uno traía un pedazo de carne el otro zapallo y así, se ayudaban entre todos y hacían un almuerzo grande, yo me acuerdo que era wawa y mi mamita hacía chicha. Ahí era por ejemplo el invite a sembrar papa, en ese rastrojo de enfrente todo era papa, los hombres trabajaban en las tierras y las mujeres clasificaban las semillas. Él iba a avisar a todos que iban a sembrar papa, como eran amigos, salían juntos a carnavalear y así... antes eran pocos pero más unidos y venían todos a la casa: los hombres a trabajar la tierra, las mujeres separaban las papas lo que sirve para semillas ya para dejar para el año, otras cocinando, otras ya haciendo el pan para la tarde para que tomen el té, y cuando estaba para sembrar ya todas las mujeres a sembrar también, y así entre todos terminaban ese terreno grande. Y otro día decía el señor bueno ahora tengo que sembrar trigo yo, y se volvían a unir en su casa. Cuando cosechaban iban grupos y se ayudaban, en cambio ahora no, tenés que pagar un peón si querés que te ayude a sembrar y sino hacerlo vos. En cambio antes no, se llamaba tornita: todos vienen a ayudarme y después todos te ayudamos a vos, no había para pagar a los peones, todo se pagaba con el mismo trabajo, cuando había que sembrar todos a sembrar. Y yo me acuerdo cuando era chica que cuando cosechaban las papas que habían sembrado sabían entre todos elegir la papa más grande de todas que se llamaba eraca, así que cada uno agarraba su raya, iban cavando y las mujeres embolsando ya cuando encontraban una grande la dejaban aparte para saber quién ganaba la eraca más grande y todas esas papas que sacaban grandes se llevaba cada uno, cada familia. Comían todos juntos y así era una forma de ayudarse, ahora ya no, raro la familia que trabaje con eso, ahora cada uno para su buche y listo, a pesar que con la familia vivimos ahicito, ya ella trabaja para ella nosotros para nosotros y así. Compartir sí pero ayudar si es muy necesario, sino no, ya no es como antes que se comunicaban más o

eran más unidos no sé. Ahora trabajamos con todos los hijos, gracias a dios tenemos esta territa porque mi marido era muy trabajador y nos hacía trabajar a la par de él, tanto a mi como mis hijos, mis hijas son mujercitas y saben hacer todas las cosas de los hombres (N., 2018, Cachi Adentro).

Este relato expresa varios cambios que conllevan las dinámicas colaborativas asociadas a las prácticas manuales y a tracción animal que han mermado significativamente, así como quiénes y de qué manera participaban de las actividades, y cómo se organizan en la actualidad. Es muy frecuente también en las expresiones de personas adultas -mayores de 40, 50 años-, el recuerdo del uso de bueyes o mulas para el arado de la tierra, y la organización que implicaba realizar dicha tarea. Mientras que en la actualidad, la preparación de la superficie para el cultivo por lo general se realiza con tractor en los grandes espacios como los rastrojos, contratando el servicio a quienes poseen las maquinarias correspondientes, volviendo la actividad más individualista y despersonalizada -en las huertas familiares en mayor medida el trabajo es de carácter manual o a tracción animal-. El primer registro en los Censos Agropecuarios es de 1908, donde se contabilizan arados y sólo una cosechadora en Cachi, mientras que los animales utilizados para trabajar constaban en ese momento de 471 caballos, 310 bueyes y 710 mulas (Comisión Nacional, 1908). En los relatos se expresa que el arado con yunta de bueyes ha sido reemplazado por aquel tirado a mulas o caballos, que se perpetúa aun tras la incorporación de los tractores:

Yo vengo de aquella época cuando no araban con tractores, aquí araban con caballos, mulas y antes con las yuntas de bueyes. Mira yo cuando he tenido uso de razón, he conocido a los hombres trabajando en la agricultura con los toros con los yugos el palo aquí con los arados de palo y sino barbechando con un arado grande, había un arado de disco con reja de hierro, y el abono era natural, orgánico. Después han ido incorporando la mula, el caballo y actualmente el tractor. Yo he tirado la mula con mi wawa en la espalda y mi marido iba carpiendo, pero ahora no en coche, yo no he conocido eso. Y el manejo de cortar alfa era con guadaña por tareas, cortaban el trigo también con el chuna por tareas, después ha ido evolucionando han empezado a cortar con tractor (E., 2018, Fuerte Alto).

Antes se trabajaba con mulas, más antes mis abuelos con bueyes ha visto. Ahora todo el mundo ara con tractor, debe ser desde el cincuenta y pico sesenta que se usan. En la zona de El Algarrobal hicieron más caminos y pueden andar los tractores, antes era

todo a caballo ahí. El mediero que no tiene tractor usa un mular o caballo para carpir pues, y las fincas grandes todo tractor nomás (...) Antes se juntaban las familias y se pedía permiso para abrir la tierra, teníamos que enterrar algo, ya teníamos donde, agujeritos ahí que echaban de toda comida y pedían permiso ahí para volver a trabajar la tierra, también se agradecía en tiempos de levantar la cosecha (M., 2018, Las Pailas).

Para preparar el terreno antiguamente se araba con bueyes, se les colocaba el yugo y pasaban semanas arando. Con el tiempo va cambiando, se hace con tractores, facilita la mano de obra del hombre y se hace más rápido, eso sí se paga al dueño de los tractores, porque antes trabajar con animales era más económico, lo hacía el mismo productor, ahora los que pueden pagan con kilaje de poroto, de pimienta, sino con plata. Ahora se facilita el rayado de las tierras porque hay máquinas especiales, se ha avanzado para carpir y todo eso se hace con tractores. Los que tienen posibilidades, el resto con animales, se hace en forma manual con animales. Lo mismo pasa con los alfares, antes todo se trabajaba manualmente con guadaña, se medían tareas y los peones cobraban por tarea, los atados se ataban a la cabeza y se hacían las parvas o percheles, los fardos vino después, los que eran más habilidosos hacían balsas para cargar el alfa y tiraban con dos animales para llegar hasta la parva. Pero con el tiempo, han empezado a enfardar, era novedad para nosotros. En la actualidad lo realiza la mayoría, se facilita el trabajo y es distinto, el dueño del alfar le da al cortador, o sea el dueño del tractor y se queda con la mitad de los fardos (E., 2014, Cachi).

De esta manera, la preparación de la tierra conlleva las tareas de labranza convencional que implican preparar las superficies de cultivo arando, rastrando, rayando, desyerbando o carpiendo, etc.; todas en la actualidad con cierto grado de innovación en la mecanización, combinado con trabajo manual y a tracción animal en distinta medida (Figura 7).

Figura 7

Imágenes de las formas de labranza convencional con las que las personas trabajan la tierra en los rastrojos (manual en un caso y a tracción mecánica, en otro).



En este sentido, hay menciones a este proceso como:

En la producción primero se prepara la tierra, se riega el terreno, se hace arar, antes se hacía con mula, ahora se ara con maquinaria puede ser cincel o arado a disco. Después bueno va la rastra, también para rayar el terreno la mayoría ya lo hace con tractor, porque es más fácil y rápido, menos cansancio para el agricultor, menos trabajo. Si no la raya o surco para plantar también se suele realizar con la azada a mano, lo mismo que el desyerbe aunque también se utilizan productos agroquímicos. Una vez que se coloca la planta o los plantines ya se trabaja con animales porque hay que carpir, hay que abonar. La fumigación también lo hacen de forma manual, con mochilas que llevan cargados en el hombro, hay que tener mucho cuidado las plagas, hay que tener un buen control, que fumigarlo ponerle abono foliar, también depende mucho la época, si llueve si no llueve, la falta de agua desfavorece mucho a la producción. Todavía se usa mucho el guano de animal, de cabra o de oveja (J., 2018, Cachi Adentro).

En el fragmento vuelven a identificarse tanto la vigencia de las tareas manuales o de tracción a sangre animal y el uso de abonos naturales, que también ha sido relevado en las observaciones de campo, como el empleo de maquinarias y productos industrializados. Los datos del último CNA disponibles sustentan la prevalencia de la labranza convencional frente a la vertical con cincel –no existe la siembra directa en la zona-, con un mayor uso del disco frente al arado con reja (INDEC, 2002). Para ese momento, eran muy pocas las explotaciones agropecuarias que contaban con maquinaria, siendo que sólo 7,6% de las unidades productivas del departamento de Cachi tenían un tractor (ibid). Esta situación aún persiste en la actualidad, según los relatos y observaciones de campo, e implica que gran parte de los productores tengan que contratar el servicio de tractores para la labranza en los rastrojos a quienes tienen las maquinarias correspondientes. Como consecuencia, genera un costo adicional en el proceso productivo que muchas veces es difícil de afrontar por parte de los AFCel, condicionando sus actividades. Así, se expresa que:

Ahora ya nadie ara con las mulas, con los caballos, ahora ya es pagar para que venga el tractor y te are y ya vas a sembrar. O mi vecino que tiene rastra por ahí le pagamos a él para que mi marido ocupe el tractor y va a rastrar, después rayar con el mismo tractor o con los mismos caballitos a veces (M., 2016, San José).

Mi suegro, mis cuñados tienen el tractor, el arado, la rastra, cinceles rayador para cultivar la tierra, y después bueno los animales para carpir cuando ya está sembrado. Ellos ya tienen sus animales también para trabajar porque uno tiene que carpir y el otro tiene que rayar. Depende mucho el tamaño también (C., 2018, Payogasta).

Bueno ahora los últimos años ya ingresó la maquinaria digamos, ya hay trilladoras con los tractores para el tema de la cosecha del poroto en Cachi Adentro (...) Por ahí cuando sembramos maíz o papa hacemos una pequeña ofrenda si es que te acordás pero hoy en día todo se maneja con maquinaria (N., 2018, Cachi Adentro).

Los relatos mencionados corresponden a distintas áreas del departamento y se pueden identificar varios aspectos. Uno de ellos es la dependencia de dinero para abonar un servicio que se ha vuelto indispensable en la actividad productiva. En algunos casos se recurre al empleo de animales o se alterna con los mismos, de acuerdo en gran medida al tamaño de la superficie a trabajar. Asimismo, se apela a distintas estrategias para el acceso, según el grado

de familiaridad y confianza con quien posea la maquinaria, e incluso es frecuente que el abono se realice con parte de la cosecha, y por lo tanto con un tiempo diferido al que se emplea la maquinaria. También sucede que los municipios de Cachi y Payogasta disponen de tractores para efectuar el servicio a quien lo requiera, aunque la demanda es muy elevada y no suelen cubrirla en el tiempo que se requiere realizar dichas actividades.

Por otro lado, en la última cita se introduce una tensión en relación a la forma en que el uso de maquinarias afecta el desarrollo de otras prácticas, de raigambre más local. Estos aspectos se abordarán más adelante, pero es importante identificar a qué atribuyen dichos cambios y desde qué momento se los puede rastrear.

De esta manera, los AFCel suelen remarcar grandes modificaciones en sus actividades agrícolas a partir de la introducción del pimiento para pimentón como cultivo hortícola de renta en la zona, dados los requerimientos que conlleva dicha producción comercial de tipo intensiva, y el grado de dispersión y especialización que alcanzó su cultivo. Mientras que algunos interlocutores sitúan los cambios profundos más cercanos en el tiempo, en consonancia con una época en el que el estado nacional promovió prácticas de modernización agrícola para aumentar la productividad. Así, “el tractor debe ser del '60 en algunos lugares y después más del '80 para acá porque antes se trabajaba con mulas, mis abuelos trabajaban con bueyes. Y los químicos empezaron desde el '70-'75 ya más, antes no, todo natural” (F., 2016, Cachi Adentro). Este período de modernización tuvo un primer impulso en la década de 1950, y posteriormente un nuevo auge asociado al inicio del neoliberalismo en nuestro país a partir de 1970, profundizándose hacia 1990 con los desarrollos de la genética. Como consecuencia de esta modernización agrícola se deben mencionar el paquete tecnológico que implica la compra de semillas y el uso de maquinarias que conlleva este tipo de producción dependiente de insumos, y especialmente la utilización de agroquímicos, que en la actualidad está muy difundida aunque en algunos sectores provoca una gran resistencia.

En este contexto, Pais (2011) sitúa la introducción de bromuro de metilo en el Valle para la desinfección del almácigo de pimiento para pimentón a partir de mediados de 1970, como una alternativa frente al uso de materia orgánica y el desyerbe a mano que se empleaba hasta entonces. Este producto adquirió gran difusión en la zona, hasta que fue prohibido por su gran toxicidad y reemplazado por el Vapam, que es el que se utiliza en la actualidad (Pais, 2011). A partir de allí, los interlocutores sitúan que comenzaron a aplicar otros herbicidas y fertilizantes que aún se utilizan y se extienden también a otros cultivos, pero se asocian de forma principal al tomate y pimiento para pimentón, el cual indican como promotor de dicha práctica que comenzó desde aproximadamente “...el '70, '80 por ahí, pero ahora se pone más” (I., 2015, Cachi). Entre los agroquímicos que mencionan para la agricultura están el fosfato

diamónico -18-46-0- y la urea -40-0-0- como abono, también de las familias de la urea el linurón y Herban como herbicida, Cipermetrina como insecticida y Zineb -etilenbis de zinc- y Azufre como fungicida. En este sentido, hay referencias en torno al inicio e importancia su uso como:

El patrón Rodó toda la vida trabajó con eso en la Finca San Miguel, la tierra esté buena o esté mala lo ponés un poquito y la planta da cantidad: pimiento, los porotos, después además las papas. Yo he trabajado ahí y él nos enseñaba a trabajar como tiene que ser y bueno hemos aprendido de todo. Más desde el setenta, setenta y cinco empezaron ya los químicos, antes era todo natural (J., 2015, Fuerte Alto).

Ahora hay mucho químico pobres plantas antes dábamos menos cosas, sin ninguna curación nada o abono de los animales nomás, el pimiento crecía así nomás, muy poquito le poníamos. Ahora no lo abonas, no la curás y ya la tirás porque es tierra buena pero todo ha cambiado ya, está contaminada la tierra y la planta no te va a dar sin el abono ese por la mosca, hongos, el pulgón, hay mucha plaga ahora y tenés que usar. Le ponen mucho a los tomates ahora y salen duros (...) Se compra en Salta, es carísimo. A la intendenta le mandan una bolsita pero reparte una bolsita apenas (W., 2014, Fuerte Alto).

Y químicos algunos usan otros no, se dan maña con productos preparados caseros para pulgón, para el gusano para todos esos bichitos que entran a la planta. Siempre hemos hecho todo casero, antes no había químicos y si había no comprabas porque no tenías la maquinita para fumigar, y hay que entender para preparar sino matás las plantas. Los abonos tampoco se usaban, la cosa era no gastar también la plata y cuidar porque por ahí quemabas plantas que son necesarias o algún bichito que era necesario en las plantas. Eso ya lo sabían los abuelos pero gusanos hay que matarlos y hay muchos son plagas...más allá de lo económico, la tierra es lo principal como decimos nosotros, sino tenés tierra no sos nadie porque en la tierra ponés una semilla y tenés para comer, te crías una gallina y tenés carne, huevo, te crías una cabra y ya tenés leche, carne y tenés el abono y tenés disponible esa comida (H., 2017, Cachi).

Se usa mucho el abono que traen de Salta y eso para las plantas, antes se usaba pero muy poco, dicen que desgasta la tierra pero a las grandes les echamos nosotros, al pimiento al poroto, después en la huerta no porque es poquito y es para consumo de

nosotros nomás, en cambio allá en las tierras grandes si para que de más. (C., 2015, Cachi Adentro).

En este último relato se observa la reticencia que hay en la aplicación de agroquímicos o “remedios” en algunos AFCEl, aunque su uso esté muy extendido en el presente. Algunos de ellos se limitan a colocarlo sólo en los cultivos de renta, no así para los que orientan al autoconsumo. En algunos casos, argumentan que es porque se contamina y/o empobrece la tierra al “quitarle fuerza”, o porque lo implementan sólo para aumentar la productividad –los porotos por ejemplo rinden más al ser de tamaño más grande y estropearse menos-, mientras que no es un fin necesario para el consumo familiar donde si la legumbre se mancha igual se consume. En términos de los interlocutores, las menciones rondan en torno a: “No usábamos químicos, todo natural de la tierrita así nomás poníamos, abono de guano nada más. Ahora todos ponen, sino no sacan, pero más se pone para la venta” (R., 2019, Fuerte Alto),

Pongo muy poco químicos, a mí nunca me ha gustado pero por ahí más antes poníamos a lo que íbamos a vender pero ahora no le pongo a ninguno porque también es caro. Lo que he echado es el abono de la cabra del corral porque mi papá dice que usar químico elimina la fuerza de la tierra, se disminuye la tierra ya queda mal así que nosotros más con abono de la cabra, con azadón matamos el yuyito, no le echamos matayuyo sólo si está muy avanzado o cuando llueve mucho y no te deja sacar las malecitas pero después no, lo hacemos con la mano sacamos todos los yuyitos porque mi papá no deja usar matayuyo porque dice que la tierra ya queda con poca fuerza. Igual la gente ahora usa mucho cuando nace la plantita ya le van echando remedio, después cuando florece, con la vainita todo así todo remedio nomás, ¡¡¡le ponen cada cosa a sus plantitas!!! yo no le echo nada ellos me dicen echale, no no le echo nada si igual es, a veces le echan abono y si se lo ve grande, linda después es lo mismo y cosechan la misma cantidad ve (M., 2018, Las Pailas).

Noooo allá en San José no se ha usado nunca eso, todo es natural, han empezado a usar después ya con el pimiento, salieron los químicos para que crezcan rápido los almácigos y después igual ya con la zanahoria, comino echan eso para matar yuyos cuando está sanita, ya se contamina pues la tierra y ya no quiere dar, antes no estaba contaminada, salían los yuyos iban desyerbando a mano. Ahora dicen no da, no da, y le digo ¿qué van a dar? ¿Cómo antes daban tanto? lo araban con bueyes aradito y lo sembraban y lo desyerbaban bien con azadón no dejaban yuyo le removían la tierrita a

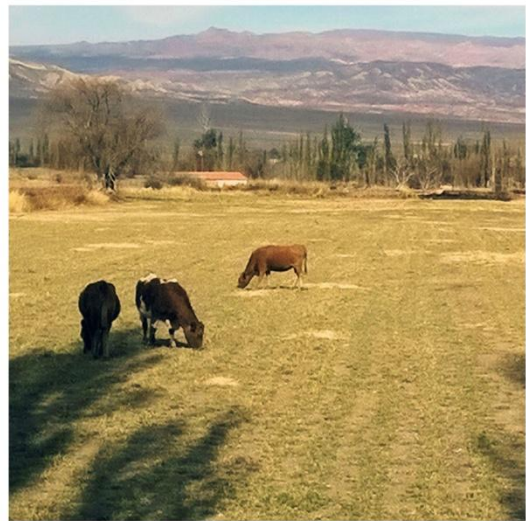
mano y cosechaban de todo, papas de toda clase, ¿ahora no has sembrado papa? no porque no dan... ¿no has sembrado maíz? no porque no se da los loros le comen, toda la vida ha habido loros, toda la vida ha habido pájaros, así dicen que lo comen no sé yo cuántos años hace que no pongo (M., 2018, San José).

Antes era todo natural, por ejemplo se sembraba la papa, regabas y no ponías ningún químico, la arveja tampoco, la zanahoria, nada... se ablandaba un poquito la tierra y plantan la papa, después volvían a amontonar la tierra, y ya paría la papa ahí, y después lo que le echaban era abono de huerta, del corral, y ese era el químico que ponían para la papa, y para las habas, para todas las siembras. Pero ahora no, hay mucho químico, igual para la arveja le ponen muchos remedios, porque si no hay un bichito que se lo come, el maíz también, hay un gusano que se adentra en el maíz y ya no lo deja crecer el choclo, todo se lo come, el grano, y lo mismo la papa, si no la curás está llena de gusanos. Porque no sé, si habrán sido los años, habrá sido la tierra ya no es como era antes, antes parecía todo más limpio, ahora ya no, ya todo viene con más plaga. Para consumo y para venta igual, el tomate también ya le curan mucho, hasta los duraznos creo que curan ya, porque también le entra el gusano y se empieza a pudrir todo el durazno, ya no crece nada. Y antes no, antes todo era natural, así nomás (E., 2018, Payogasta).

Las menciones a lo natural que han caracterizado a los cultivos vallistos, vuelven a aparecer ligadas a un pasado donde las prácticas adquieren otro valor. Así, por ejemplo, se mencionan algunas de la época de los abuelos que aún se realizan, como el hecho de bajar los animales que pastan en el cerro -como las vacas- a comer la cebada o alfalfa que ponen en el rastrojo, y al retirarlas aran la tierra para que se incorporen los nutrientes del guano al suelo, completando el abono de la superficie (Figura 8).

Figura 8

Formas de complementariedad entre la agricultura y el pastoreo de animales. En tres de los casos, alimentándose con alfalfa en los rastrojos y en otro, en los cerros en momentos donde estos espacios están cultivados y los cerros con pasturas naturales.



Mientras que, a pesar de la resistencia que genera el uso de agroquímicos, también se visibiliza en estos relatos el condicionamiento vinculado a prácticas introducidas por el mercado y fomentadas por el Estado que entre otras cosas, alientan la inmediatez de procesos que suelen llevar más tiempo, y la agilidad en el trabajo. Así, se adquieren nuevos saberes y formas de hacer que se ponen en relación con los previos, aun enmarcándolas en una lógica de cuidados de la tierra. En este sentido, hay manifestaciones de cuidar el trabajo, no desperdiciar los cultivos y potenciar la fertilidad:

Al usar químicos no desperdiciás la producción porque ¿Qué pasa si tenés un tomate y le entra la polilla y te perfora todo el tomate? si no fumigás no lo curás, o sea, es todo tu trabajo perdido. Yo pienso que la tierra se contamina porque ponés por ejemplo veneno. Nosotros respetamos pero también uno tiene que ver las posibilidades de

defenderse, de no perder tus días de trabajo y si has alquilado la tierra, y si no producís, no hacés lo correcto con una planta de fumigarla, de cuidarla, de abonarla, ¿Con qué vas a sacar para pagar? así que, viste, si hay que fumigar, si hay que abonar, hay que cuidar la planta, hay que hacerlo (E., 2018, Fuerte Alto).

...si vos no curás no la cuidás es lo mismo que la salud nuestra si no nos ponemos la vacuna para protegemos nos enfermamos. Es una forma de cuidar también la cosecha nuestra ya no es la tierra, perjudicamos quizás a la tierra pero nuestra cosecha va a salir más buena digo yo. Al maíz, la papa no se le pone, no más es por el pimiento y el tomate y el morrón que el gusanito perfora la piel del fruto y ya no te lo compran así, otros penetran adentro y se ponen negras, se pudre directamente entonces para evitar eso hay un remedio que viene para la mosca y le ponen y se da bien la cosecha. Cada año está peor la tierra, con la alfa está más reservada sino se desgasta año a año ha visto no tiene la misma fuerza ya de dar todo. También se usa mucho fertilizante, abonamos para que de buena... te rinda (N., 2018, Cachi Adentro).

Asimismo, también hay relatos donde se permea aún más la lógica mercantilista, utilizando en estos casos los agroquímicos no sólo para su cuidado sino para aumentar la productividad de los cultivos y posicionarse mejor en su comercialización. Así, por ejemplo:

Los químicos hay para gusanos un montón, antes no se usaban pero tampoco sembraban mucho, en cambio ahora con los químicos cosechan mucho las plantas les da pero le ponen los químicos. Habrá sido del '70 para adelante ya que se empezaron a usar, pero ahora le echan químico hasta para que les pinte el morrón por ejemplo. El morrón verde tiene un precio, el rojo tiene otro entonces si vos compras para que pinte echás y en 15 días el morrón está pintado y en el mercado lo vendés mejor así que todo eso tienen ahora, antes no había eso. Para abono se usa el guano, no tanto los químicos si son para las enfermedades que no llegue a las plantas así que le echan mucho químico. Químico se pone al pimiento nada más, por ejemplo al maíz a la papa así para consumo no porque no necesitan, en cambio el pimiento necesita más (E., 2018, Payogasta).

En este caso vuelve a mencionarse la década de 1970 como período en el que se comenzó a extender la práctica del uso de agroquímicos, en un contexto donde el estado nacional incentivó las producciones dependientes de insumos para aumentar la rentabilidad,

en el caso del Valle en relación a cultivos como el pimiento para pimentón y el tomate³⁸. En este sentido, durante los períodos de trabajo de campo se han observado acciones del Estado, tanto de técnicos de agencias provinciales como municipales, en relación al empleo de agroquímicos y prácticas de labranza. Una de las acciones que se observan es el otorgamiento del servicio de maquinarias desde los municipios de Cachi y Payogasta, además de la entrega de productos empleados para los cultivos de renta –que de todas maneras no alcanzan a todos los productores-. Además, se han registrado visitas de profesionales técnicos y charlas de asesoramiento para la aplicación de los mismos. Por ejemplo desde la oficina de producción del municipio de Cachi se han convocado profesionales de la provincia para asesorar a los productores en el uso de agroquímicos, mientras que en Payogasta se han desarrollado acciones desde la escuela agrotécnica en conjunto con técnicos de INTA para el mismo fin, aunque resultan muy esporádicas y no alcanzan a toda la población. Además, se ha observado en los talleres que no hay una cantidad representativa de productores –ya sea por falta de tiempo o de necesidad- que, asimismo, tienen un saber hacer muy arraigado con estos productos, que cambiar su uso, grado de aplicación, etc. es complejo. En una oportunidad hemos podido acceder en el año 2016 a una charla de productores dictada por profesionales de Asuntos Agrarios de la provincia, en la que los mismos han detectado como principales problemáticas en torno al uso de agroquímicos la falta de indicación de las concentraciones de los productos y fechas de vencimiento en los envases que compran, la indiferenciación entre aquellos sistémicos y de contacto, problemas en su aplicación (incluso en relación al suelo arenoso y riego que se realiza en pendiente y lava la sustancia aplicada), la cantidad y el propósito con el que se utiliza, el momento de aplicación, entre otros. En este sentido, los interlocutores también han mencionado la ausencia de rotulación en los envases de los agroquímicos que muchas veces compran a los vendedores particulares que llegan a la zona, o les llevan los intermediarios o conocidos que viajan a Salta, aunque en algunos casos también compran en el corralón de materiales de Cachi. Así se expresa en los relatos:

En Cachi hay un corralón que está vendiendo semillas y agroquímicos, pero el problema acá son las distancias, si vos querés comprar algo rotulado y esas cosas tenés que ir a Salta o a veces uno se arriesga a pedirle al intermediario (C., 2017, San José).

³⁸ Mariana Arzeno (2001) relata un proceso similar para la quebrada de Humahuaca en el mismo periodo, dado que si bien la horticultura como producción del fondo de valle se registra desde la década de 1940, toma un mayor impulso con el proceso de modernización agrícola hacia 1970 emplazada cada vez más hacia el mercado y generando por tanto consecuencias como la horticultura comercial en tanto principal fuente de recursos –y la dependencia por tanto al ingreso así como a los intermediarios, el aumento de competencia, etc.- y la intensificación en el uso de la tierra.

Compro matayuyo en la agroquímica de Santa Rosa de Güemes porque es más barato, ahora debe estar 1500 el bidón de 5, ya cuando llega la época de echar matayuyos cobran \$600 el litro, el año pasado, y además de pagar un montón cuando uno necesita no hay, así que yo ya lo he buscado con tiempo y cuando llega la época de echarle a la semilla y tengo matayuyo seguro y los tachos para preparar (J., 2015, Cachi Adentro).

En la charla referida también hubo lugar para el intercambio de saberes, planteamiento de dudas, sugerencias de otras sustancias y utilización por ejemplo de coadyuvante y otras estrategias para mejorar el rendimiento de los productos, así como la importancia de la rotación y sugerir análisis de suelos para regular mejor su uso. Por otro lado, también hay agentes de la Secretaría de Agricultura Familiar³⁹ que llevan un trabajo sostenido y recurrente en el territorio, que recorren, asesoran y asisten a los productores en sus inquietudes –no sólo vinculadas a sus cultivos de renta sino desde enfoques más integrales-, aunque para lo planteado con anterioridad es necesario un trabajo sistemático y acompañado de ordenanzas que contemplen la reglamentación de uso de agroquímicos en la zona, e incluso se avale desde el Estado y promuevan otras prácticas locales menos invasivas. De esta manera lo planteaba incluso un agente municipal de Cachi:

El problema que tiene Cachi es que no regula sus ordenanzas que prohíben o aprueban qué se usa. O sea está buena la capacitación pero debe haber un acompañamiento del Estado si no no sirve. La sociedad es cambiante y los productores ya no usan los abonos naturales, antes era común pero las generaciones que vienen ven que sus padres no usan (C., 2017, funcionario municipal).

Como se puede apreciar en los relatos mencionados acerca de las prácticas agrícolas, si bien el saber hacer tiene una trayectoria local que está presente tanto para el recuerdo o sostenimiento en algunos casos de las labores manuales (desyerbe, labranza de la tierra, uso de abonos naturales), también se sostiene la implementación de agroquímicos para asegurar y/o propiciar un mejor rendimiento en las cosechas. Esto suele combinarse, asimismo, con abonos naturales –guano de cabras y ovejas- y otras prácticas y saberes locales como el

39 La Secretaría de Agricultura Familiar de Salta (en algunos momentos con rango de Subsecretaría), es extensiva del Programa Social Agropecuario de la década de 1990 y pertenece al Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (2009- 2015), Ministerio de Agroindustria (2015-2018), Secretaría de Agroindustria (2018-2019) y a partir de agosto de 2019, nuevamente Ministerio de Agroindustria hasta diciembre del mismo año que con el cambio de gobierno vuelve a denominarse Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de Nación. Cuenta con equipos territoriales específicos para el Valle Calchaquí Norte (Cachi, Payogasta y La Poma sur), que visitan con frecuencia la zona, diagnostican problemáticas, asesoran, capacitan y buscan recursos y financiamiento para distintas obras de infraestructura que mejoren la calidad de vida de los pequeños productores.

manejo de los ciclos de cultivo, actividades rituales, entre otras. Una expresión de esta coexistencia de manejos puede verse en los siguientes relatos:

Esta tierra es como un lote urbano, es chiquito, pero todos los años tiene sus 30 bolsas de abono de cabra, abono de oveja, sino no va, no levantas nada. La bolsa la compra mi hijo a una señora que tiene mucha hacienda, después ya se tira así roceado y va arando mi hijo entonces la va entreverando a la tierra, entonces la tierra ya está linda y todo florece. Después ya se trabaja con químicos 1846 que se le pone un granito para que después la planta tenga fuerza para crecer porque los años que yo vivo nunca creció alta yo tengo que poner los alimentos porque la tierra no va más porque no le ponemos alfa porque no he tenido donde poner entonces pongo los alimentos, después ya le pongo los químicos, ojalá no usara (J., 2016, Fuerte Alto).

El trabajo se hace a mano, con tractor y alguno que no tiene hace con carpidor o con aradito se hace la rayita, el surco para plantar y después se ensaya y se planta. Y bueno después llega el matayuyo para el pimiento, carpir los cultivos, y cuando las plantas están más grandes otros desyerbe. En febrero se hace un aporque y la primera desyerbada, dependiendo de la lluvia, son 4 desyerbes y después hay que regarlo y curarlo siempre para la mosca, lleva muchos jornales. Juntamos siempre el pimiento después de la fiesta de San José que es el 19 de marzo, se pone a secar en canchas, superficies limpias en el cerro donde les da el sol, luego se levanta en bolsones de 50 kilos clasificando según el color primero rojo brillante sin manchas, se acopia para su posterior venta. La municipalidad compra en vaina un determinado cupo este año a \$56 se compró, se vende a Molinos, Cerrillos. Mano de obra por hectárea se gasta entre 50.000 y 70.000 del total de la cosecha dependiendo el patrón, el que más invierte saca mejor rendimiento. De agosto a junio es el proceso (J., 2015, Cachi Adentro).

Yo del pimiento tengo noción que antes aquí no se hacía almácigo porque no había plástico. El pimiento lo hacían en la campaña de Rosario de Lerma y de ahí iban a traer los atados de pimiento para trasplantar. Se ha empezado a hacer almácigos en el año 1969-70. Me acuerdo que tapaban por ejemplo con frazadas o cosas viejas a la planta para que no se hele, tardaba mucho para crecer. Después al tiempo alguien ha traído plástico y han enseñado y empezado a poner plástico una vez que han aprendido a poner los almácigos y no han traído más de Salta directamente ponen aquí. Los

químicos para mí que en esa época no se usaban porque no ponían casi tomate, era únicamente pimiento y no llevaba tanto. El tomate era el redondo, después ha empezado a entrar el perita, últimamente tenés que hacer el híbrido sino no te lo llevan, la planta tiene que estar encatrada no en el suelo ahora, es mucho trabajo y cuando no tiene precio no te da ganas ni de poner, así es (E., Fuerte Alto, 2018).

Asimismo, el uso de las nuevas tecnologías demanda también la compra de semillas, sobre todo para los cultivos de renta como el caso especialmente del tomate híbrido y también el pimiento. Sin embargo, también se sostienen prácticas como el intercambio de semillas y la selección y reutilización de las mismas para volver a cultivarlas, cuando la variedad que se cosechó tiene buenas características. Esta práctica se ha observado con el poroto, maíz, morrones, tomates para autoconsumo, etc. En este sentido:

Las semillitas las compramos, por ahí también vienen de INTA, les dan al hospital y el agente sanitario reparte las bolsitas a los que hacen la huerta en la casa cuando recorre los domicilios. También se saca semillas de la cosecha anterior, las del pimiento largo que es de aquí de la zona se reutilizan, este año hemos sembrado semillas que mi cuñado ha sacado del tomate que habían hecho el año pasado y se da lindo. Antes se sabía sacar muchas semillas, ahora todos compran para que se de lindo. De poroto también tenemos, no compramos y a veces de pimiento tampoco (C., 2015, Cachi Adentro).

Se usan químicos y el abono también, que antes era natural y la semilla también la compran, vienen de la ciudad. Mi abuelo decía que hay que cambiar las semillas, traer de otro lado que eran de mejor calidad, pero ahora la compran y sale más caro, a veces el maíz buscan de otra zona para hacer un cambio (P., 2014, Las Pailas).

Nosotros seleccionamos semillas, la gente yo creo que sacaba pero la mayoría compra las semillas en la ciudad. Es caro comprarlas y por ejemplo el tomate híbrido es más caro y necesita todo un cuidado con remedios, hay que cuidar mucho de la polilla, hay que comprar las bandejas, fertilizantes, el alambre para atarlos y es muy costoso. Tampoco se reutilizan esas semillas por la calidad, el otro tiene hermoso tomate vos no vas a vender nada (E., 2015, Fuerte Alto).

Como es visible en los relatos del apartado, todos estos insumos y formas de producir conllevan una dependencia del dinero para producir y un gran costo económico que genera una preocupación en los AFCel, muchos de los cuales parten de una situación de desventaja inicial al no contar con la propiedad de la tierra y se ven condicionados a adoptar estas prácticas para que los intermediarios les compren sus cosechas. Por otro lado, también es notorio que más allá de que los agroquímicos incluso se hayan incorporado para fertilizar el suelo, se sostienen y existe un gran arraigo con las prácticas de rotación de cultivos de acuerdo a los nutrientes que requieren las plantas y ciclo que tiene cada uno de ellos, que permite su alternancia. De esta manera, hay un conocimiento muy arraigado del esquema de rotación, donde “se rotan los cultivos, poroto con tomate así van poniendo para cuidar la tierra. Si ponés poroto en el mismo lugar para el año no se da bueno, vos sembrás uno cultivas otro” (N., 2018, Cachi Adentro),

En este esquema además, se reitera la importancia de respetar los períodos de barbecho con alfares, en el que la tierra descansa y se abona a la vez durante tres o cuatro años consecutivos con los nutrientes de este cultivo, atenuando de acuerdo a los interlocutores el uso intensivo que se hace del suelo, sobre todo en la producción de pimienta para pimentón. Sin embargo, en términos agronómicos, durante este período también se hace un uso productivo del suelo al hacer los cortes de la alfalfa para su comercialización. Es decir que barbecho sería un tiempo de descanso entre los cultivos, en este caso si se dejara descansar la tierra con la alfalfa y no se hiciera un uso productivo, pero desde las prácticas locales, se concibe como barbecho al arado de la tierra tras tres o cuatro años de estar sembrada con alfalfa. Es así que en esta práctica también es visible una lógica subyacente de cuidado y respeto a la tierra, aun cuando la intersectan lógicas mercantiles en el que este tiempo no debe ser improductivo. En cuanto al barbecho de alfalfa “La alfalfa se deja 5 años después ya se barbecha y la tierra está linda. Ahí sí, da abonito más lindo se da todo. Si no tienen animalitos se venden los farditos” (J., 2019, Cachi Adentro).

Se hace rotación de cultivos poniendo alfa o cebada, ahí se abona la tierra de nuevo. Nosotros tenemos alfares que ponemos 4 años de alfalfa, después tenés que arar la tierra y recién poner el pimienta, da dos años pimienta, se puede estirar 3 después se enferma sino, y hay que ponerle otra vez maíz u otro y después alfalfa otra vez. Se hace la rotación, porque si no, si vas a poner pimienta pimienta no te da nada (E., 2018, Payogasta).

La alfa está bien linda, tiene siete cortes, va el tercer año de barbecho y pongo para los animales, para las ovejas, vaca. Se deja cinco años, después ya se barbecha y la tierra está linda, más lindo se da todo. Si no tienen animalitos se venden los farditos. Ahí tengo ese abono de vaca de oveja y quiero sacar un tractor para desparramar todo el abono a la tierra que yo lo riego y paso el tractor, químico también uso pero ya al poroto le gusta mucho el natural (J., 2015, Cachi Adentro).

Hay que saber hacer rotación de suelos para el cultivo porque vos por ejemplo pones cebolla y al siguiente año pones zanahoria y no sale ninguna zanahoria, tenés que poner otra cosa. Y si vos ponés en el mismo terreno maíz, maíz, maíz, va a llegar una época que si no ponés abono no vas a sacar nada, si el terreno es muy pobre lleva mucho producto químico, mucho abono. Por eso es que aquí se hace mucho lo que se llama los barbechos cuando dicen abrir un barbecho, viste cuando hacen alfalfa que hacen tres, cuatro años de alfalfa, entonces el suelo vuelve de nuevo a enriquecerse y de ahí al arar bueno ahí siempre ponen primero que nada pimiento y levantas bien el primer y segundo año, da muy buena producción y bueno la papa se da bien, la papa por ejemplo necesita un suelo rico, y como que el maíz le quita mucha fuerza al suelo (E., 2015, Fuerte Alto).

En este contexto, es preciso dar cuenta además de las alteraciones que generó en la agricultura la implementación del pimiento para pimentón como cultivo de renta en la zona, que además de su difusión y lo intensivo de su producción, su esquema productivo al requerir un trabajo anual modificó la rotación de cultivos de otras producciones así como la disposición de mano de obra disponible en todo el proceso que requiere su producción. En la actualidad, una de las principales desventajas que manifiestan los productores en relación al pimiento para pimentón, es la dedicación anual que requiere su cultivo -además de los abundantes insumos y mano de obra que requiere su labranza-, más aun teniendo en cuenta que los cultivos de raigambre local alternan entre aquellos anuales invernales y anuales de verano, y conllevan entre 3 y 6 meses, pudiendo obtener así dos cosechas anuales. Es decir que, mientras que con los almácigos de pimiento se comienza en julio o agosto para trasplantar a los rastrojos entre octubre y noviembre y cosechar recién entre febrero y abril, para luego terminar su proceso poniéndolos a secar; otros cultivos como el poroto, arveja y papa pueden alternar con otros al constar su ciclo productivo de tres meses, así como otros (maíz, tomate, zanahoria, etc.) que requieren alrededor de seis meses.

Lo que permiten también estos ciclos es alternar con otras prácticas productivas como la ganadería y otras actividades extraprediales que conllevan distintas dinámicas de organización familiar. De acuerdo a Pais (2011), el poroto por ejemplo es un cultivo al que su ciclo generalmente precede la arveja y la rotación en su esquema productivo es con el tomate o pimiento. La preparación de la tierra comienza hacia fines de octubre y noviembre, posteriormente se siembran semillas clasificadas de la cosecha anterior y al igual que el pimiento, se realiza el aporque⁴⁰ y riego a través de los surcos que se abren con el carpidor. En este sentido, hay menciones reiteradas acerca de la forma de trabajo del poroto, por ejemplo, que requiere menor dedicación en tanto:

La siembra de poroto requiere aporque, es decir el movimiento de tierra. Se cincela, se ara después se rastra y ya si hay tractor se hace surco, se raya bien a una distancia, según como es el terreno. Y después de eso se hecha agüita toda la reguera, el riego se hace a mano y por ejemplo hoy toca el agua, hoy se hace todo y mañana sembrar. El porotito semilla de a doscitos también cada 20 cm dos granitos, dos granitos sale bien lindo para desyerbar después. Bueno después ya se tapa, se echa el agüita se lo asienta el poroto y a los 8 días ya hay que preparar el herbicida para echarle con la mochila por el surquito de punta a punta, queda limpiecito el poroto si le echas matayuyo. A los 8-15 días dependiendo el turno de agua, cuando llega se pega una regadita, después a los otros 8-15 días ya carpimos con mula y después con la azada se vuelve a rayar de vuelta. Después otra pasadita de agua y ya comienza el poroto para florear y así viene para carpir de vuelta y quedan banderitas ahí para las plantitas. El poroto es más fácil que el pimiento, el pimiento son 4-5 desyerbes. Se hacen dos carpidas durante todo el proceso y un desyerbe manual con azadas, algunos ponen herbicidas. Y después bueno se lo siembra, el corte comienza el 5 de abril cuando la vaina está seca y por lo tanto el poroto maduro. A veces busco peoncito, a veces el changuito me ayuda. La planta cortada se va amontonando en montones y allí terminan de madurar y empieza el emparvado, se juntan los montones en una parva, cuando está la hera lista (un contrapiso de rectángulo de tierra apisonado) se traslada ahí y se debe aventar (J., 2015, Cachi Adentro).

Mientras que el tomate y pimiento para pimentón requieren más dedicación:

⁴⁰ Se denomina aporque a la práctica agrícola de cubrir con tierra el hoyo donde se sembró, para asegurarse de que la semilla quede cubierta y protegerla previo al riego para que no se lave.

El tomate encatrado lleva mucho riego, merma cuando salen las hojas y se le pone producto para la polilla, un insecticida, abono para la raíz y otros químicos para un buen crecimiento y proteger las enfermedades porque es preventivo. El trasplante se hace a fines de octubre hasta enero, a los 6 días se abona primera carpida y desyerbe. El aporque se hace antes de atar el tomate. La cosecha se comienza en enero hasta abril dependiendo de las heladas, cada vez que se cosecha se fumiga para la mosca, el producto se vende al menudeo en cajones a los camioneros del mercado del Cofruto de Salta, cajón criollo \$40 e híbrido \$80 el cajón (A., 2018, funcionario municipal Cachi).

Para el pimiento, además del período de los almácigos, debe prepararse la tierra – arada y rastrada- previo al trasplante, ya sea con animales o tractor. Luego durante la siembra, se procura mantener regado y tapado el almácigo con tierra, y se realiza el control de distintas plagas con agroquímicos. Su cultivo culmina entre los meses de febrero a mayo, donde se lo cosecha a mano y tiende a secar a campo al sol en canchones al aire libre⁴¹, porque en el departamento de Cachi no hay secaderos. Este proceso de secado previo a la molienda se realiza hasta que las vainas alcancen un tenor de humedad entre 9 y 12% (Cameroni, 2010), para posteriormente clasificarlos y embolsarlos para su venta en general a granel o en vaina. La clasificación del pimiento seco varía entre primera, segunda y tercera, y se establece de acuerdo a su calidad, evaluada en función de la intensidad y uniformidad de su color, y si presenta manchas, roturas, pudriciones (Correa y Orell, 2002; Maggi, 2007).

Por otro lado, también están presentes en la consideración de los tiempos de cultivos, su estrecha relación con los ciclos lunares y otros ciclos naturales como la fecundidad en la mujer. Si bien esta vinculación ha estado más presente en relación a los cultivos locales y en relatos de las personas de mayor edad en mayor medida, expresan nuevamente este carácter no dissociado entre la naturaleza y la producción, vivenciada en términos de ciclos circulares que en algún sentido se asemeja a la crianza de la vida, tan arraigada en el área andina (van Kessel y Condori Cruz, 1992). Si bien estos aspectos parecen diluirse ante los tiempos que lleva aparejado el productivismo y mercantilismo y, por el contrario, suelen asociarse a prácticas y enseñanzas de las personas mayores, algunos interlocutores mencionan estar atentos a la luna para cosechar, podar las plantas o castrar animales, en una relación constante para que garantice su crianza, así como vinculan la fecundidad femenina con la preñez de la tierra, entre

⁴¹ Se llama canchas de secado al lugar cercano a los lotes de cultivo en los que se distribuye el pimiento para su secado a campo. Así, los frutos se exponen al aire libre y la acción directa del sol, y también a impurezas y agentes contaminantes (Correa y Orell, 2002). Si bien el INTA ha impulsado otras prácticas que mejoran la calidad del producto como los tendaleros –separados del suelo para evitar tierra e impurezas-, así como también existen los secaderos que utilizan energía solar o los hornos industriales (Maggi, 2007), el 90 % de la producción de los valles calchaquíes se seca al sol (ibid).

otras cuestiones que se ponen en diálogo. En este marco, también es notoria la imbricación entre los ciclos de vida de los distintos seres que componen su totalidad cosmológica, en expresiones como el “despertar” de las plantas, las referencias al aspecto de la papa o maíz cuando están sanos y lindos en tanto *guaguas* (bebés), y la atención a distintos indicadores para anticiparse a las condiciones climáticas y al ámbito en el que se desarrolla la vida como, por ejemplo, la altura del año que comienzan los carnavales en cuanto a la previsión de heladas y épocas ventosas, las características de las cenizas del sahumado de las casas, etc. Asimismo, el hecho de tener para comer y aprender a compartir espacios con los animales y plantas en un diálogo constante con la madre tierra es mencionado como uno de los motivos por los que se “cría” en lugar de “producir”. En este sentido, se atiende por ejemplo a los días que “entra la luna” para sembrar los cultivos que “se crían para arriba” como el maíz, habas, arvejas y trigo; mientras para la papa, zanahoria y los que crecen debajo de la tierra se espera que cambie, e incluso se tiene en cuenta para frutos como el tomate que maduran con la luna llena y al cosechar también se observa la luna. De la misma manera, la luna nueva propicia el crecimiento de los animales y las plantas, por lo que durante dicho ciclo lunar es preferible castrar a los chivos para que “crezcan igual que la luna”. Esta subjetivación de la naturaleza se contrapone significativamente a los requerimientos de un mundo tecnologizado ligado a lo productivo que también está presente y predomina en el circuito productivo mercantil. En este sentido, es visible el avance de las políticas de modernización que impulsan determinados productos para aumentar la rentabilidad de la mano de nuevas tecnologías, junto a los cambios en la organización, saber hacer, etc. que las mismas conllevan. Asimismo, estas formas incorporadas implican prácticas más individuales que han ido avanzando sobre aquellas sostenidas por vínculos de reciprocidad y colaboración mutua, al punto de transformar lo que otrora era la idiosincrasia propia del grupo, en momentos de añoranza o actitudes virtuosas del presente. Sin embargo, aún subyacen nociones como la de crianza, que tal vez han perdido entidad semántica pero se conservan en lo más profundo de la cotidianidad local (Páez et al., 2019).

En este sentido, es necesario referenciar las expresiones que dan cuenta de esta cosmología andina tan arraigada a través de sus propios relatos, ante la dificultad de poner en palabras desde el lenguaje occidental cuestiones tan disonantes entre sí. Algunos de estos pasajes son:

...Algunos se guiaban con la luna para el tiempo de poner almácigos, de trasplantar, de desyerbar. Luna nueva tiene que ser para poner los cultivos ahí se te da todo todo, pero ponés luna llena no, se llena de malezas o no sale algo. A la luna nueva pedíamos

que nos ilumine y que nos de protección a nuestros sembradíos, que se de hermoso, y se daba. El hombre al sol, mi marido siempre cuando salía el sol sacaba la gorra "hola tata sol", decía. Yo cuando veo la luna nueva digo "hay mamita luna que me de siempre tu fortuna" saco un sencillo y lo muestro y no me falta, eso sí a la luna siempre le pido. A los cerros también les pido, cuando viajás dejás coca, alcohol para que no te cansés, no te apunés (J., 2018, Payogasta).

Cuando estaba por cosechar poroto esperaba la luna nueva, cuando se veía chiquitita ahí comenzaba a cosechar, yo sabía decir bueno ya hay que ir a juntar la arveja, juntar el poroto y me decían no espere la luna nueva, ahora ya no. Dice que la luna nueva aumenta tu producción sabía decir mi abuelita, no vas a ir a cosechar así nomás tu arveja tu poroto, es para que aumente la luna nueva ella así decía. Los que crecen para abajo por ejemplo la zanahoria bueno ahora nosotros lo hacemos cualquier día, cosechar todavía por ahí se acuerdan pero ya muy poco en menguante. Yo sabía ver a la abuela que saludaba a la luna, decía mira allá está la mama luna y salía ella con sus dos manitos le pedía cuando recién estaba apareciendo, así es con sus dos manitos le pedía: "mama luna mamá luna" le decía ella ¿qué le sabrá pedir? (M., 2018, Las Pailas).

Los ciclos de cultivos tienen que ver con la luna. La gente de antes todos, todos miraban la luna. Hay que mirar, tenés que elegir el día, los cultivos que crecen como la luna nueva, se cría mucho para arriba digamos, puede ser la haba, la arveja, el choclo el trigo ella da hermoso para arriba. Después hay algunos que maduran como el tomate con luna llena, se pintan más enseguida cuando le da la luz (N., 2018, Cachi Adentro).

Sabía escucharle a mi abuelita que cuando está la luna nueva hay que castrar a los chivos, porque así crecen igual que la luna. Ella sabía hacer eso, igual cuando recién aparecía la luna nueva ella salía y se levantaba los vestidos: "luna nueva dame más fortuna" y se movía la pollera y daba una vuelta. "Así, así, chinas hagan así" decía y sabía enseñarnos a nosotros a hacer así, cuando éramos chicas, yo todavía me acuerdo. Y las mujeres embarazadas se pasaban pollereando en los cultivos, se ponían pollera y se venían por medio de las habas, las papas, por ejemplo el maíz, todo así (E., 2018, Cachi).

Si usted va a cosechar papa la señora embarazada tiene que pasar y hacer como una cruz, pasar por la raya o sino andar por ahí ponerse un vestido y dice bueno hay que poder hacer pollerear dice para que salga linda la papa, si es maíz para que salga lindo, maduro. Así sabía decir la abuela, busquemos una señora que esté embarazada y venga a pollerear la cosecha, alguien de la familia o bueno, si hay una vecina bueno que venga a cruzarse por lo menos si no quiere hacer la cruz como tenía que hacer si quiera que cruce por el rastrojo ya está. Mi papá sabía hacer pasar una señora que siempre...debe ser que la conoce ella tenía 14 hijitos ¿cómo habrá hacer esa señora? porque criar 14 hijos, toda una vida trasnochando (M., 2018, Las Pailas)

Mi abuelita sabía hacer, cuando estábamos embarazadas nos hacía sembrar la papa más, teníamos que echar las semillas y pisotear las semillas de papa, caminar así, "así va a parir más" dice. Y parece que era verdad porque la papa a veces tenía un montón de papas, una planta papas lindas, bien grandes (E., 2018, Cachi).

Si hay una mujer embarazada le da muuucha fuerza a la planta por ejemplo la papa da grande, el maíz bien grande como si fuera una wawa sale el maíz y bien gordo, eso tengo referencia que si pasa, el maíz bien lindo bien lleno viene por eso yo creo en la Pachamama, la tierra da de todo, todo lo que comés todo te da! (J., 2018, Fuerte Alto).

9.2. Organización de las prácticas agrícolas: dinámicas sociales en la huerta, en el rastrojo y cuidado de los animales

Como se viene expresando, las labores agrícolas demandan una gran fuerza de trabajo en determinados períodos de los ciclos de cultivo. Esta demanda es cubierta por la familia, en general, aunque también suelen contratarse peones para aquellas de mayor necesidad de mano de obra, e incluso en algunos casos se realizan las *tornas*, basadas en formas de relación colaborativas y recíprocas.

La *torna* consiste en prestar colaboración en las labores de siembra y cosecha en el rastrojo de una familia, que luego retribuye la ayuda recibida en las mismas condiciones (Figura 9). Como se refirió en el acápite anterior, eran muy frecuentes durante las jornadas de arado con yuntas de animales o sembradíos, y si bien los interlocutores señalan su pérdida o transformación en algunos casos, aun es una práctica muy valorada. En algunos casos las personas mencionan que aún se realiza aunque en menor medida y sobre todo en determinados lugares, e incluso algunas señalan que con la crisis económica de estos últimos años se ha vuelto a incentivar, al no poder pagar peones y necesitar ayuda en la agricultura.

Así, por ejemplo en Palermo Oeste al observar varias familias trabajando en un rastrojo, una persona comenta que “Ahí están haciendo tornita, están transplantando cebolla. Mañana van allá porque le toca el agüita ya, siempre se hace aquí, se juntan entre cuarenta y ochenta personas, depende el turno se van llamando (N., 2019, Palermo)”. Mientras que en otros lugares expresan que:

Sí ayudábamos, venían 20 para acá y agarrábamos de aquí hasta allá, terminábamos ese y nos íbamos a ayudar a otro, y después ya venían en torna, así era, plantábamos pimiento, también para desyerbe “dame a torna” decían y ahí íbamos, se hacían comidas en grandes ollas y se colgaba de un alambre en un sauce o algo así. Cuando empezábamos a trabajar le dábamos la coca, el vino a la tierra. Ahora por lo menos nosotros ya no lo hacemos, ya no ayudamos porque tenemos chiquito aquí. Hay yo me acuerdo como ponían los toritos mi mamita cuando era jovencita que yo era y teníamos 3 o 4 yuntas de buey, eso era bonito, le ponen el yugo, el palo en la cabeza, doscitos, después el otro va arando le ponen la cadena en el medio y agarran el arado y arriba le ataban la bandera Argentina el día que iban a sembrar el maíz, toda la vida hacíamos así (J., 2014, Fuerte Alto).

Antes se trabajaba más en conjunto ha visto, torna, no hacía falta plata para pagar. Yo tomo peón, le pago 200 con la comida, mate todo completo, pero a veces necesitamos muchos peones o hay una temporada que no se encuentran peones entonces se hace torna y después vamos a devolver. En noviembre-diciembre que ya todos trasplantan pimiento, tomate, poroto ya comienzan a poner de diciembre en adelante, entonces tenés que hacer torna. Yo voy con mi changuito, mujer, si hay algún peoncito por ahí acoplo y van todos por mi cuenta. Después ellos también ocupan otritos o tienen más chicos ya vienen a devolver así es trabajar aquí (J., 2015, Cachi Adentro).

La labor del trabajo en el campo antes era por torna, es decir se ayudaban unos a otros, por ejemplo esta semana le tocaba a Pérez supongamos ir a desyuyar o a carpir el campo, la plantación. La próxima semana tocaba a la familia Cruz así que los de Pérez se venían todos a ayudar, y así trabajaba la gente, o sea se manejaba poco el tema de dinero, todo era por torna. Y también el tema del manejo del agua. Decían me voy a prestar agua, tocaba el turno al vecino pero justo tenía la plantación entonces iba y le pedía el agua, así hacían, cuando le tocaba el turno le devolvía, todo se manejaba tipo trueque. Y ahora algunos todavía manejan eso pero en cuanto a la labor

no, se paga el día, y se maneja por horarios: entra a las 8 a las 12 en punto sale, entra a las 2 de la tarde a las 6 de la tarde ya, no se quedan ni un minuto más ni un minuto menos (M., 2014, Buena Vista).

Figura 9

Trabajo colaborativo en torna en un rastrojo de Palermo Oeste.



Nota. Imagen tomada por Andrés Jakel (2018).

Uno de los factores que mencionan como condicionante para la realización de tornas en la actualidad, es la obstaculización del paso entre los rastrojos al cercar los espacios y no poder llegar en forma directa. Otro motivo es que los integrantes de las familias muchas veces están abocados a otros empleos como la construcción, remisería, trabajo en el municipio, comercios, etc., o migran hacia otras ciudades; por lo que ya no cuentan con el tiempo ni con las personas necesarias para intercambiar el trabajo –aunque a veces se contratan peones, como refiere uno de los interlocutores-. Sin embargo, la mencionan asociada en la actualidad a la época de mayor demanda de trabajo manual, es decir en noviembre con el trasplante del pimiento o tomate, en agosto cuando deben limpiar las acequias, o las familias que se juntan para ir a bajar los animales del cerro en épocas que no hay pastoreo allí, por ejemplo, entre otras prácticas comunitarias.

Otros factores que intervienen en las formas de organización de las labores agrícolas han sido mencionados en capítulos anteriores, como el tamaño de los predios y acceso a los mismos, la posibilidad de contar con agua de riego, la composición y actividades familiares, grado de mecanización y/o posibilidades de contratar servicios de labranza, el destino de la producción, entre otros. Uno de ellos, que ha intervenido en forma histórica condicionando las

dinámicas familiares, es el desigual acceso a los bienes y recursos productivos, y la situación de los AFCel dentro del entramado social. En este sentido, los vínculos peón-patrón que se han conformado a partir de la estructura agraria latifundista característica de los Valles Calchaquíes (Villagrán, 2014), han tenido mucho que ver en las configuraciones relacionales y en las dinámicas que han adquirido las prácticas y organización agrícola de los AFCel en dichos contextos. Así, las estrategias con las que han atravesado estas desigualdades varían en las distintas coyunturas, con especial énfasis a partir de la década de 1940 cuando suceden varios cambios importantes, e incluso en la actualidad, donde las relaciones de poder se reproducen bajo nuevas formas.

Como se abordó con anterioridad, la expropiación de la Finca Hacienda de Cachi en 1949 y el acceso a la propiedad por parte de los antiguos arrenderos, vinculada a la orientación hacia el pimiento para pimentón como cultivo de renta para acceder al dinero que posibilitaría el pago de la propiedad de la tierra, han sido factores muy importantes en cuanto al paso a la comercialización directa de sus productos y por lo tanto, una nueva vinculación con aquellos para quienes trabajaban. Este cambio de estrategia productiva hizo que la organización, motivaciones, uso del tiempo, herramientas, etc. sea diferente en tanto ya no se cultiva para consumo solamente ni el pimiento sólo para el patrón, sino que al comercializar de manera directa –aunque en el mismo entramado de poder-, deben negociar con los intermediarios, ex patrones o finqueros con mayor volumen de producción y capital e incluso los comerciantes de la zona. En este marco, uno de los cambios más notorios entonces a partir de la orientación de los AFCel a la producción y comercialización directa de los cultivos, es la configuración histórica de la relación con el patrón.

La relación entre “la finca”, “los patrones” y “los peones” en el área ha estado y está atravesada por vínculos personales de compromisos y obligaciones que se establecen entre los propietarios de la tierra y quienes trabajan para ellos en relación de dependencia y por lo tanto, desde posiciones diferenciales de poder (Villagrán, 2014). Algunos autores han denominado a las formas históricas de organizar la mano de obra para la labranza en las fincas de la zona como “usos y costumbres” (Borla, 1993; Garreta y Sola, 1992-1993; Sola, 1987), adquiriendo legitimidad en base al consenso y uso tradicional (Garreta y Sola, 1992-1993). En la bibliografía de la zona han sido muy desarrolladas las características de este tipo de relaciones, basadas muchas veces en mecanismos coercitivos que ejercían quienes estaban a cargo de las fincas (Borla, 1993; Cieza, 2010; Garreta y Sola, 1992-1993; Lanusse, 2007; Pais, 2011).

Los interlocutores han hecho mención a las condiciones de trabajo como arrenderos, en las que se pone de manifiesto el poder y la autoridad que imponen estas figuras, y su

influencia en el poder político. Así, las expresiones pasan de la justificación, distanciamiento y respeto hacia el patrón –e incluso gratitud, perpetuando el sometimiento y la naturalización de esa relación-, hasta las manifestaciones de desigualdad, injusticia y explotación a la que estaban expuestos, como siguen estando hoy frente a determinados actores sociales. En este sentido, respecto a las rememoraciones de las dinámicas de trabajo en la finca, hay menciones como las siguientes: “el patrón me ha dejado hacer la casa” (M., 70 años, productora de Buena Vista), “me ha enseñado a trabajar la tierra” (J., 84 años, productora de Fuerte Alto), e incluso una persona rememora haber “tenido suerte, el patrón ha de cumplir, ha pagado vacaciones, ayuda para los hijos, he podido hacer mi casa” (J., 74 años, productor de Cachi Adentro),

Trabajábamos para el patrón y nos daban a los arrendatarios un pedazo de tierra grande, dejaba tener nuestro arriendo con la huerta y animales pero no se pagaba porque mi mamá trabajaba en la finca y nosotros hacíamos esa tarea para poder tener nuestro arriendo ahí, íbamos a cuidar las cabras y ovejas de los patrones, tres veces a la semana o a veces la semana entera para pagar el arriendo (M., 2018, San José).

Yo he trabajado antes para el patrón, los patrones antes no aportaban a la caja para jubilarse, trabajé 36 años para retirarme. Recién después el último patrón, yo he entrado en el 69 pero cuando tenía 60 años estaba Menem que hizo la ley hasta los 65 así que a trabajar 5 años más, recién he cobrado y entregué el arriendo porque antes daban la casa, va la casa la hicimos nosotros ellos la tierra, teníamos 5 hectáreas para trabajar para nosotros, poníamos papa, maíz, trigo, de todo y eso para gasto nuestro nomás y vender a quien nosotros querramos. Y para el patrón hacíamos quince, diecisiete días de trabajo todos los meses, el llevaba a Salta por camionada. Cuando vendió la finca yo ya me he jubilado pero a la otra gente los indemnizó porque tenían años de servicio y tenía que pagarle pues y se han retirado, algunos que tenían han podido comprar pero justo ese año subió el dólar también. Nosotros podíamos comprar una hectárea, estaba 1 y 1 entonces \$6000 estaba la hectárea y fue subiendo, no pude comprar y no tenía agua esa parte tampoco, otras partes tenían con agua la gente, deben ser como 50 arrenderos que ponían pimienta, poroto, cebolla, tomate y todo poníamos en la finca, llevábamos todos a Salta a Cofruto, y vendíamos a los camiones que venían, pagaban chauchitas pero ya lo vendíamos el vendía al por mayor (H., 2017, Cachi Adentro).

Cuando estaba en la finca nosotros trabajábamos en arriendo y era todo tarea. Iba con mula tapando el abono del pimiento, hasta las 11-12 de la noche sabía estar, al otro día otra vez, sabíamos alzar 16 bolsones de pimiento redondo y 18 del largo para hacer pimiento seco. Estaba tendido en el canchón así tenía que encordonar y alzar ya clasificadito para hacer ya pimentón, esa es la tarea. Y el poroto cortar, alzar el poroto tenías que chasnear las vainas sueltito todo y después chanquearlo todo al porotito y aventarlo y ya clasificadito llevarlo listo, 30 kilos por día por cada peón. Para juntar nueces eran 70 kilos, y nosotros teníamos que ir a trabajar allá (J., 2015, Cachi Adentro).

Yo he tenido que aprender a arar, carpir todo con la mula cuando era chica, bah digamos cuando me he casado mi marido trabajaba en la finca, en la sala de ahí arriba vivía el patrón, él era el dueño de estas tierras, y ellos tenían que trabajar 15 días para el patrón para pagar todo el arriendo, y 15 días para ellos. Pero aquí ponías lo que querías para vos sola con la condición de ir a cumplir todos los meses allá, además le pagaban un sueldo y tenían salario para los chicos, la mitad del sueldo por el arriendo era pero si le pagaban, después cada uno vendía a quien quería. Nosotros le hemos comprado animales a él porque traía de Colomé y nosotros le pagábamos con la cosecha, cosechábamos pimiento bueno tanto sale una mula tantos kilos, ahí está, le pagamos la mula es nuestra. Podía ser el otro señor que vendía mulas y le comprábamos igual pero el patrón siempre nos hacía más barato, y el mismo patrón nos ha vendido este terreno, él era muy bueno la señora también muy buena. Yo digo que hay que estar agradecidos que nos han dado esa posibilidad aunque trabajemos para pagar pero teníamos donde vivir y cosechábamos y te daban salario, no te hacían trabajar gratis tampoco (N., 2018, Cachi Adentro).

Si bien estas expresiones corresponden al trabajo en la finca que rememoran las personas en su juventud o niñez en relación a sus labores familiares, las personas de mayor edad cuentan cómo sus padres y abuelos debían cruzar ganado a Chile con mucho sacrificio tras días de viaje y muchas veces costándoles la vida “de la finca lo mandaban a Chile a pie con los toros, cuando estaba lindo tardaban 15 días. Muchos han muerto así, se han helado, venían enfermos, era triste, nosotros quedábamos votados porque mamá también se iba lejos a trabajar” (J., 2019, Fuerte Alto),

Aquí se hacía de todo porque era zona ganadera, trabajan mucho con alfalfa porque los patrones engordaban la hacienda que pasaban a Chile, no había otro cultivo era zona ganadera aquí. Mi papá de jovencito ha andado con eso, era el trabajo de todos, tenía que ir, le llevaba un mes para ir y volver, con ese frío. Todo era a lomo de mula. Por ahí le pagaban, pero no pagaban nada. El arreglo era pagar el jornal pero era una poca cosa, pasa que antes con un peso llenabas la alforja que se llama, comprabas todo yerba, azúcar en el comercio, la plata valía (Q., 2019, Cachi Adentro).

Otros cuentan que los mismos patrones les imponían ir a trabajar a la zafra a lugares lejanos por lo que, además de no cumplir con los 15 días que debían trabajar para obtener el permiso de arriendo, debían dejar a su familia que se arreglara en sus labores para autoconsumo: “Los llevaban meses completos, no 15 días, y después venían a trabajar las tierras acá. Tenían que ir sí o sí, si no ya no tomabas agua de Cachi como decían sabía contar mi abuela” (A., 2019, Cachi); “Mi padre servía en la finca y también lo llevaban al ingenio Ledesma a cortar caña con machete, tenían que ir como esclavos porque si no obedecía le decían que lo iba a comer el diablo” (R., 2019, Cachi Adentro). Estas referencias han sido reiteradas y también aparecen en los relatos, vinculaciones de mediería dentro de los arrendamientos, y la idea de que la propiedad de la tierra es de quien la trabaja, es decir, quienes han limpiado los terrenos y hecho aptos para la agricultura. Así,

Había castigos físicos, uno tuvo la suerte de hacer el primario pero los privados no querían que el hijo del obrero estudie. Mi papá ha sido víctima de eso, él ha nacido en Las Trancas, después el abuelo se vino y ha desmontando a pulmón todo esto y papá ya ha crecido acá. El abuelo le ha pedido al padrino de papá que era sastre en Cachi que vaya con él para ir a la escuela. Pero vino el patrón y le dijo: “mirá, si no sacás el chico de la escuela te vas ya de acá”. No quería que vaya el hijo del obrero porque así ellos mantenían su política, ¿es así la historia no? al no tener nada no se puede defender el ser humano, es así. Lo ha sacado y mandado a cuidar chanchos a la finca, después dice que ha juntado 40 chicos de acá, 40 creo de Palermo y los han llevado a limpiar la finca del Pedregal que era de los Costas. Esa es la escuela que le daban, tremendo es. Y en las elecciones no había cuarto oscuro, venía el patrón y decía “mirá vos tenés que votar acá, a la vista”, entonces nunca perdían pues. Después, más adelante vino el Estatuto del Peón de Perón pero muchos no cumplían con las ocho horas de trabajo, ni tampoco los jubilaron (Q., 2019, Cachi Adentro).

Entonces él nos daba la tierra arada, rastrada, la raya la pagaba pero es 1 día de trabajo y ya plantábamos y eso iba a medias, el pimiento has sacado 600, van 300 para vos y 300 para mí. Trabajaba toda la familia, nadie quedaba en la casa, todos salían a trabajar. Ahora no es así, esa finca se ha comprado, se ha vendido, ha venido gente de aquí, de afuera, así han vivido siempre toda la vida peleando, y digo yo ¿de quién es esa tierra? El que la ha hecho a la tierra, mi papá ha hecho la tierra pero yo no he ido a pedir esas tierras (J., 2014, Fuerte Alto).

De esta manera, las expresiones dan cuenta de formas de trabajo en las que los dueños de las fincas contrataban peones para su producción, a cambio de un espacio donde puedan construir una vivienda para residir allí con su familia y producir para el consumo, además de una retribución monetaria y aportes, en el mejor de los casos. Las características de los contratos tienen que ver con las reglamentaciones de cada época y el poderío de los hacendados para flexibilizar esas condiciones. En Salta el Código Rural es de 1884 y la regulación de las relaciones laborales se basaban en el conchabo (del valle Michel et al., 1998), sosteniendo una forma coercitiva de trabajo en la que se beneficia únicamente el patrón, profundizando las diferencias sociales y la explotación. En este sentido, los mecanismos de captación y retención de la fuerza laboral en Cachi han sido similares a los descritos para otros lugares del Valle en cuanto a las formas de contratos, mecanismos de endeudamiento, alto valor de la mercadería en los almacenes, etc., así como el bajo valor de los jornales y la escasa retribución monetaria por el trabajo en las fincas (Borla, 1993; Lanusse, 2007).

El empleo de la fuerza de trabajo de los AFCel en Cachi en los arriendos de las grandes haciendas no sólo se vinculaba con tareas productivas agroganaderas, sino también como las labores domésticas –cocina, lavado y planchado de ropa, etc.-, que realizaban las mujeres, así como también estaban a cargo del cuidado de la hacienda del patrón y del cuidado de sus casas. Las personas de mayor edad rememoran que en principio la retribución por estas tareas se establecía con parte de la producción, y luego con dinero. Este salario, además de arbitrario, estaba sujeto a los descuentos correspondientes que se registraban en una libreta –aportes, arriendo de la tierra, etc.-, por lo que las personas aseguran que debían firmar un recibo por otro valor al que allí figuraba. En este sentido, refieren que:

Trabajaba en la finca y vivía aquí, lo que podía sembrar sembraba pero no era gratis. En el recibo figuraba ponele \$200 pero en el cuaderno el patrón nos descontaba la mitad del sueldo por las tierras, el agua, la leña. Descontaba la mitad del sueldo y para

reclamar no servía porque nosotros firmábamos el recibo como si nos pagara eso (Q., 2019, Las Pailas).

Asimismo, la regularización del salario junto con la percepción de aportes jubilatorios y la obtención de mejores condiciones laborales la vinculan a partir del estatuto del Peón Rural de Perón en 1944, aunque Pais (2011) menciona una continuidad a partir recién de la década de 1980, cuando se comenzó a pagar salario por los servicios y beneficios sociales.

En la actualidad, como se abordó en capítulos anteriores, al desmembrarse parte de las grandes fincas del área por un lado, y cambiar las modalidades productivas y el uso de la tierra en los latifundios por otro, hizo que la relación con los nuevos terratenientes se haya visto alterada. En este sentido, Pais (2011) refiere que con frecuencia el antiguo patrón es en la actualidad una figura con poder político en la región, por lo que la relación de dependencia de los arrenderos con ellos no pasa sólo por conseguir una parcela, sino también “...para la percepción de beneficios sociales que brinda el Estado y que se canaliza a través del poder político” (Pais 2011, p.168) mediante prácticas clientelares. De esta manera, los cambios no terminan con el sistema de arriendo y mediería, ni con la estructura de poder en la relación contractual patrón- peón, sino se transforma adoptando nuevas formas en relación al poderío político y empresarial que sostienen los propietarios de los recursos agrícolas en Cachi, y a las distintas estrategias que despliegan los AFCel en sus labores agrícolas en este entramado.

Una de las estrategias que se ha perpetuado tiene que ver con esas formas de relación recíprocas y colaborativas mencionadas al inicio. Es decir, las familias sostenían estas actividades para el autoconsumo en sus parcelas en forma paralela al servicio brindado para las actividades productivas de renta en las fincas a cambio de bienes o un salario, así como en la actualidad sigue siendo una manera de cubrir la fuerza de trabajo necesaria para las labores agrícolas. Estas relaciones entonces, se dan en mayor medida por fuera de las prácticas mercantiles pero en paralelo, y tienen que ver tanto con prestar la fuerza de trabajo y retribuirla así como intercambiar cultivos, hacer convidos y favores entre parientes, amigos y vecinos, etc. Sin embargo, gran parte de los interlocutores adultos –en especial mayores a 40 años-rememoran con nostalgia que se han perdido muchas de estas prácticas colaborativas, desinteresadas y recíprocas en pos del individualismo e interés personal -realizando por tanto una vez más la distinción en los discursos entre el “antes” y el “ahora” respecto a las formas de relación-. Esto es visible en algunas situaciones como las relatadas a continuación: “Antes era mucho trabajo, mucho sacrificio pero nunca faltaba. Los chicos eran más sanos y trabajadores, eran muchos hijos, sabían comer. Ahora no les gusta nada, hay más pestes...” (M., 2018, Payogasta); “Antes no corría mucha plata, la gente se ayudaba nunca faltaba la papa, el maíz”.

Como factores de este cambio, se ha mencionado muchas veces a la política – representantes del Estado y política partidaria-, como una de las causantes del mayor individualismo y desinterés hacia el otro, responsable de que “ahora cada uno se ocupe de lo suyo”. En este sentido, sugieren que los funcionarios intentan socavar este tipo de relaciones y las tentativas de organizarse, aunque en los últimos años se ha observado el impulso a la creación de cooperativas como requisito para acceder a subsidios de políticas públicas de nación y provincia que así lo requerían. Es el rol del Estado en cuanto producto de la modernidad que condiciona las prácticas, saberes, y múltiples aspectos de la vida cotidiana de los productores y pobladores en general. Para ellos, el Estado es quien provee en determinadas ocasiones algún servicio, acopia la cosecha o está a cargo de alguna política pública, como así también se acude al estado municipal a la hora de la búsqueda laboral. Un aspecto transversal que se ha ido mencionando a lo largo del capítulo es la injerencia del Estado en distintas etapas de la producción. Una de ellas recae en la elección de determinados cultivos mediante su promoción y acompañamiento, como el caso de INTA. También en el acopio –como se verá en el capítulo siguiente con el pimiento para pimentón- y generación de mercado, como el caso de la realización de ferias y eventos gastronómicos que ponen en valor ciertos productos locales por parte del estado provincial y municipal. También, se ha mencionado la intensificación del uso del suelo y la mecanización agrícola propiciada desde ámbitos nacionales a municipales, en el marco de una tendencia en el país de hacer más rentable la agricultura y especializarse en determinadas producciones. Estos cambios afectan la organización de las tareas productivas, que junto a otros procesos como el pluriempleo, inciden en las prácticas migratorias, la diversificación de ingresos, falta de fuerza de trabajo familiar e incluso para las tornas, debiendo pagar peones, etc. La infraestructura de riego así como cuestiones estructurales de propiedad de la tierra, regulaciones laborales y formas de tenencia, etc. también se configuran de acuerdo a intervenciones u omisiones de un Estado que responde muchas veces a intereses de sectores más capitalizados frente a las demandas de los pequeños productores que suelen ser beneficiarios de políticas públicas en general paliativas y orientadas al otorgamiento de subsidios o créditos que no resuelven la situación de inequidad de fondo. Algunas de estas políticas se desarrollarán en el capítulo siguiente.

Asimismo, el mercado también impone, con sus condiciones para la comercialización, prácticas más individualizadas mediadas por el dinero como la contratación de peones y servicios de labranza, el manejo del instrumental y maquinaria tanto antes como tras la cosecha, el uso de determinadas tecnologías y formas de trabajo, etc. a las que se debe atender para solventar su modo de vida. Mientras tanto, en las huertas de autoconsumo, con mayor frecuencia se dispone una organización familiar tanto para la preparación de la tierra, la

producción de los cultivos y su circulación. En estos casos las dinámicas de organización varían según, principalmente, la composición familiar y las ocupaciones de los mismos en cuanto afectan al grado de dedicación que puedan atribuirle a la huerta.

En este sentido se realiza otra diferenciación en los relatos, en cuanto a las labores del hombre y la mujer de la familia, y también de los hijos. Las actividades del hombre están asociadas a aquellas que requieren mayor esfuerzo como el arado, carpido, etc. y las mujeres en las tareas más específicas que implican mayor detalle como la clasificación de semillas, realizar la comida, cosechar, el cuidado de los animales, etc. En la época que se trabajaba para el patrón en la finca, la mujer debía sostener los cultivos de autoconsumo y el ganado los días que el hombre prestaba servicio al patrón, por lo que debían realizar múltiples tareas en la agricultura. Sin embargo, en la actualidad las mujeres de mayor edad aseguran que sus congéneres están más abocadas ahora a las labores agrícolas, y si bien manifiestan muchas veces que “los hombres saben más del trabajo con la tierra”, que “ellos trabajan más porque tienen más fuerza”, etc., relatan con gran detalle el trabajo en la chacra, que siempre se han ayudado y trabajado con los animales arando la tierra, fumigan, siembran, cosechan, embolsan, clasifican, venden en las ferias, establecen contactos y emprenden nuevas formas de producción, etc., por lo que no encontramos grandes diferencias respecto a la distribución de tareas por género. Una entrevistada manifestó en este sentido que:

Eran muy distintas las tareas del hombre y la mujer, pero ahora tanto el hombre como la mujer salen a cultivar la tierra, la mujer sale a azadonear los pimientos, a fumigar, hecha los venenos, a regar...ahí sí que está a la par del hombre, antes no antes era el hombre más y la mujer estaba en la casa ahora no, la mujer sale. La mujer arriaba los animales, ahora ya no a veces por ahí alguna que otra, pero ya no más están en la agricultura las mujeres, la gente joven ayuda al marido al desyerbe y en las plantaciones al cuidado de las plantas, ya casi no se atan a los animales (E., 2018, Payogasta).

De chiquitos ya aprendíamos de nuestros papás, abuelos a carpir, semillar, poner los almácigos. El changuito nuestro, mi nieto ya está dando una mano con el poroto, carpiendo. Las mujeres desyerban, también algunas son braaavas también para carpir, agarran las mulas se ponen a carpir igual que un varón. Sí, hombre, mujer, chicos todos trabajan porque hoy en día ¿cuánto gana un peón? entonces trata de trabajar toda la familia y si no, se hacen tornas. Por ejemplo 5 acá y 5 otra familia que pone ellos

vienen te ayudan y después vos vas y ayudás a ella entonces ya no hay plata de por medio (M., 2017, Payogasta).

En casa éramos muchos entonces venía una señora. Mi papa cosechaba maíz y ella se ofrecía a pelar el maíz en un mortero que teníamos para la mazamorra, el locro. Era comadre de mi mamá pero venía y nos ayudaba todas las semanas según el trabajo que mama tenía en la casa para hacer y mamá le daba choclos, papa, pimienta, cebolla que envolvía en un trapito que torcía y se ponía en la cabeza o en la espalda si no traía al chiquito (M., 2018, San José).

El hombre ni uno cuida las cabras porque está ocupado trabajando, los chicos son atorrantes no quieren cuidar las ovejas, la que las cuida es la mujer. En épocas antiguas quizás los hombres iban a pastar en los cerros. Pero los hombres con los toros barbechaban, pobrecitos semanas y semanas arando los rastros. Para la mujer es difícil manejar un carpidor, aunque hay, contadas pero hay mujeres que saben manejar un carpidor, y bueno la mochila viste que podés cargar. Pero la mayoría de los trabajos esos con animales maneja el varón, lo que sí la mujer tira la mula. Y después el azadón si las mujeres, los chicos, toda la familia, porque pagar un jornal está medio caro. Para las zonas alejadas la organización de la familia en la producción no cambió tanto, porque tanto padres e hijos continúan a la par (E., 2015, Fuerte Alto).

En este último relato se hace visible tanto las redes de cooperación, como la relevancia del rol de la mujer en la organización familiar, en la que no sólo está a cargo de una diversidad de tareas que comparte con el hombre y con los chicos sino que se encarga de las decisiones del sustento de la casa. Los niños y adolescentes colaboran tanto con las tareas agrícolas como en las labores del hogar. Una docente de la escuela de Cachi da cuenta de que a veces este esfuerzo que dedican en la mañana aquellos estudiantes que asisten al turno tarde a la escuela, se traduce en una disminución en la concentración y rendimiento escolar en los niños, pero asimismo es muy común que colaboren en la casa. En este sentido:

El turno mañana la mayoría son hijos de empleados, el turno tarde del agricultor y hay una diferencia en el rendimiento de los chicos. Los de la mañana los padres se dedican un poco más y además los de la tarde comen más, a la mañana salen de trabajar los chicos y van a la escuela. Pero yo pienso que está bien, antes lo hacíamos, hay niños

que le das todo servido y no te saben valorar, tienen que tomar una responsabilidad en la casa (P., 2014, Las Pailas).

Otro interlocutor nos ha referenciado que antes la cantidad de hijos era importante para contar con ayuda en la agricultura, sin embargo en la actualidad no lo han mencionado como un factor condicionante de la planificación familiar. Además, los adultos refieren que los jóvenes cada vez menos quieren dedicarse a la agricultura y, por el contrario, deciden irse a terminar el secundario o comenzar una carrera terciaria o universitaria o a buscar trabajo. En este sentido, tanto los relatos de los interlocutores como trabajos anteriores realizados en Cachi, manifiestan que este proceso de migración poblacional de los jóvenes se ha acrecentado en los últimos años. Estas dinámicas de población de la zona que tienen que ver con la movilidad a los centros urbanos alteran las relaciones interfamiliares así como los lazos comunitarios que se daban de una generación a dos atrás. Así, muchas familias mencionan que su organización familiar con las labores agrícolas se ve alterada porque “los jóvenes no quieren trabajar en la agricultura”, y optan por ir a estudiar y/o emplearse para tener un “trabajo digno” en centros urbanos como Salta capital, Buenos Aires, Tierra del Fuego, Trelew o distintas zonas del sur en las que se han ido radicando otros jóvenes migrantes. También hay quienes estudian en los centros de formación o terciarios de Cachi, y buscan otras alternativas laborales a vivir de la producción de la tierra como emplearse en la municipalidad, manejando vehículos como remiseros para el traslado de personas, albañiles, en comercios, etc. La búsqueda de un ingreso fijo se presenta como una alternativa de estabilidad económica para hacerle frente a los inconvenientes de la producción –años de sequías consecutivas, aumento de los costos mientras el precio de los productos se mantiene o incluso reduce respecto a los años anteriores, imposibilidad de competir con las importaciones, etc.-. En este sentido refiere un interlocutor:

Hay productores que hoy se han volcado a la albañilería justamente por la plata fija que le decimos nosotros, vos lo hacés al trabajo y a la tarde estás cobrando, a la semana estás teniendo tu plata. El productor casi no, en este tiempo –agosto hasta diciembre- es todo gasto, te arriesgás y no sabés si va a tener buen precio y recuperás (C., 2017, San José).

A los chicos les gusta porque cuando ellos eran más chiquitos nos sabíamos ir, nos íbamos arriba a las tierras a trabajar y así que ellos andaban ahí. Yo siempre estoy con las verduras nomás. Los jóvenes por ahí estudian y trabajan los chicos, o van a ayudar a

los padres en las tierras la agricultura y después estudian, ahora hay aquí terciario que hay distintos profesorados de educación física, maestra jardinera así que últimamente ya no están yéndose los chicos de acá, antes si todos se iban los que estudiaban o algunos directamente no estudiaban iban a trabajar a otro lado, todos se van lejos, más para el sur (C., 2015, Cachi Adentro).

Como el anterior, hay varios relatos que dan cuenta de adultos hablando de los motivos por los que se van los jóvenes, adultos que han regresado luego de su experiencia de desarraigo, jóvenes acerca de otros que optan por irse, etc. Entre ellos:

Cuando mi marido estaba acá yo le iba a ayudar a sembrar el poroto, a plantar el pimiento, a hacer los almácigos y ahora él no está, se ha ido a trabajar al sur y hemos quedado nosotros. Yo me quedé con mis hijos acá en mi casa y las tierras las arrendamos y después yo aquí pongo verdura y hemos traído tres gallinas que nos dio la tía de mis hijos. Mi marido se fue porque aquí es mucho sacrificarse porque la municipalidad gestiona un precio de poroto por ejemplo y después viene el comprador y nos paga menos de lo que fija la municipalidad, entonces no nos conviene porque uno ocupa peones, por ahí a veces hay que regar de noche, dejar los chicos durmiendo para ir a regar. El pimiento también hay que atenderlo, desyerbar, carpir, ablandar la tierra, es más trabajo que el poroto y después vienen aquí y te pagan poco y...allá trabaja en la petrolera así que bueno en cualquier momento va a venir porque hace un tiempo se fue, él ya va a decir si vamos a comprar algo acá o en Salta para irnos y hacer algún negocio (F., 2017, Cachi Adentro).

Los que estudian si se van a la ciudad y vuelven ya con su título a trabajar y otros no quieren saber nada con la tierra, entonces se quedan a vivir en otro lado. La juventud ahora ya no quiere ganado ni nada, quiere la ciudad así que ya la mayoría se va a Capital Federal a trabajar en gastronomía, a lavar los platos, barrer y si no es gastronomía es taxista, aprenden aquí a manejar un poco y allá van y se ocupan de taxistas. Vuelven para las fiestas por ejemplo carnaval, fiestas patronales vienen a visitar a los familiares que han quedado. Ya no queda gente, muy poco queda que quieren trabajar la tierra. Y ahora mismo ya los jóvenes no quieren trabajar tierra dicen, no vamos al sol hay tierra, no vamos a la tierra dicen. La gente se va a la muni porque la tierra no da o mucha gente al no valer la producción está buscando irse a

Buenos Aires y ya se hacen taxistas, trabajan en cualquier otro lado, a veces vienen con su taxi nuevo y los que ponen pimienta no tienen nada (E., 2018, Payogasta).

Primero trabajaba toda la familia, poníamos trigo, maíz, de todo y así hemos criado a nuestros hijos. Ahora los hijos se han criado y se han ido ya, trabajan en Buenos Aires, Salta, compran su casita y ya... la juventud ya no quiere trabajar las tierras, es muy cansador ganar poco por ahí no les conviene. Yo de chiquito desyerbaba el campo, cosechaba el maíz, andaba con los animales y un montón de cosas hacía (H., 2016, Buena Vista).

Bueno los jóvenes acá los que pueden estudiar, se van a estudiar porque son mal pagados, no te alcanza para vivir, y el que no, se queda y ya forma su familia. Algunos trabajan en la tierra, otros tendrán algún trabajo en el pueblo, en la municipalidad y así. La juventud se escapa de la agricultura por falta de recursos, a mí me paso de irme porque si no contás con recursos favorables, es difícil trabajar en las tierras (M., 2014, Fuerte Alto).

Ahora ya no trabaja toda la familia como antes. Uno ya es remisero, otro trabaja en la municipalidad, trabajan por ahí ya no tanto en los campos como antes, no porque ya no hay tierra. Mucha tierra se ha vendido, ha venido gente extranjera que ha comprado (M., 2014, Cachi Adentro).

Los jóvenes se van, ahora se quedan un poco, crearon esos sistemas de estudios terciarios en Cachi y estudian y se quedan en el lugar y trabajan para maestras jardineras ya han salido una tanda y así se va eso de pueblo en pueblo y ya se queda trabajando en su lugar, teniendo una familia si logran un trabajo ya se quedan. Pero si quieren estudiar otra carrera tienen que irse, algunos vuelven y otros vienen una vez al año y se van porque no hay donde ejercer el trabajo (M., 2017, Payogasta).

Estas trayectorias laborales, migratorias, de organización familiar y educativas podrían enmarcarse dentro de lo que Cragnolino (2002) denomina como conjunto de estrategias de reproducción social campesina, siendo el proceso migratorio una estrategia más "...que garantiza ingresos extraprediales mientras el grupo continua con las labores del proceso productivo propio" (Hocsman, 2003a). Si bien estas estrategias implican que en lo cotidiano sean menos personas para trabajar, o incluso muchas veces los hijos que han tenido familia

dejan sus niños al cuidado de los abuelos para poder irse a estudiar o trabajar, permanece el arraigo con la familia y la explotación –en muchos casos los entrevistados han sido hijos que han vuelto a cuidar la salud de sus padres o hacerse cargo de la producción-.

Como se mencionó también en los relatos, en Cachi se visibilizan opciones que tienden a retener la población joven. Una de ellas es la formación terciaria, que tiene como entre las carreras más elegidas turismo y hotelería. También hay un Centro de formación profesional que desde alrededor de 2012 ofrece cursos de capacitación con salida laboral como producción textil, peluquería, tejido a mano y máquina, cocina, repostería, carpintería artesanal, albañilería. Este centro, en el año 2017 contaba con una matrícula de 140 personas de distintos parajes, jóvenes en su mayoría aunque el rango etario abarcaba desde los 14 a los 60 años. La existencia del programa Progresar de alcance nacional, que ofrece dinero para proseguir carreras de formación, según algunas personas ha contribuido a evitar el desarraigo de los jóvenes. En Payogasta, una de las actividades que promueven el arraigo de los jóvenes, además de las herramientas que les proporciona la escuela agrotécnica para trabajar en la agricultura-, es la Asociación de fútbol local que participa en la liga regional e intenta fortalecer el arraigo de la juventud con diversas actividades.

Estas situaciones conllevan muchas veces el desplazamiento de las familias desde los parajes rurales hacia los pueblos de Cachi y Payogasta en búsqueda de empleo formal, en lugar de abocarse a la agricultura. En estos casos suele ocurrir que, además de la problemática del aumento de la demanda de puestos de trabajo se agrega que las nuevas casas en las que residen no suelen contar con un espacio para la huerta doméstica, o el agua es insuficiente para mantener los cultivos de autoconsumo. De todos modos, los adultos buscan un empleo estable para tener ingresos fijos, y si bien en los parajes suele haber escuelas primarias y secundarias, el acceso a la educación, salud pública y otros servicios son tenidos en cuenta a la hora de radicarse en los pueblos aledaños. Un entrevistado relata que “...en San José mi pueblo no hay nadie casi, gente grande nomás, todo se está centralizando acá en Cachi y acá no hay trabajo pues, el trabajo está allá en el campo y se viene la gente acá” (H., 2017, San José). Así, hemos encontrado varias casas abandonadas en parajes rurales y nos han manifestado incluso que varios estudiantes han cambiado de escuela porque sus familias se establecen en los pueblos buscando oportunidades laborales. En otras unidades familiares de zonas rurales hemos encontrado a las mujeres y niños de las familias, y nos han comentado que sus maridos residen prácticamente fuera del hogar porque trabajan en empresas mineras, constructoras viales, etc. por lo que viajan y trabajan lejos de su residencia. Pais (2011) plantea esta situación con base en el análisis comparativo del censo poblacional 2001 y observaciones de campo en Cachi, formulando que la disminución de la población rural económicamente

activa -entre los 15 y 54 años de edad- posiblemente se relaciona con las migraciones a la ciudad y otras regiones del país. En ese caso, se encargan de la huerta y animales quienes residen en el hogar, e incluso en algunos casos las mujeres ponen en sociedad o arriendan, labores que como se mencionó anteriormente no tienen grandes diferenciaciones por género.

En los siguientes capítulos se seguirán profundizando estas dinámicas de organización en relación a la circulación de la producción agrícola y la injerencia de diferentes actores y actividades económicas con los que interactúan.



CAPITULO 10

Circulación de la producción agrícola
en el mercado.

Características de la comercialización,
dinámicas mercantiles, actores e instituciones

*Quisiera ser como el zorro
y pasarme la vida cantando
Más alegre cantaría
Cuando el chañar va madurando*

Eva Arjona, coplera de Cachi



Una vez cosechados los cultivos que se producen, tanto los destinados al autoconsumo e intercambios, y aquellos para la renta, circulan y se distribuyen mediante distintos mecanismos, por lo general asociados a esta orientación diferencial. En cuanto a los primeros, se suelen activar mecanismos locales basados en lógicas indígenas de larga data, aunque en la actualidad interceptados cada vez más por dinámicas modernas. Las mismas tienen que ver con reglas propias del mercado y condiciones de comercialización que se han ido instalando, y son las que rigen en la circulación de aquellos cultivos orientados a la renta. De esta manera, si bien estas dinámicas de mercado están muy presentes e inmiscuidas en diversas prácticas cotidianas, y constituye el principal destino de la producción, también en parte transita mediante intercambios no monetarios de raigambre más local junto a otros bienes, aunque bajo diversas formas y con alteraciones respecto a lógicas ancestrales. Esta última parte de la tesis está organizada en función de estos dos circuitos, aunque como se viene haciendo mención, son distinciones analíticas, dado que en lo cotidiano estas prácticas, además de naturalizadas, se van entrecruzando.

10.1. Momentos de intensificación de la producción de renta de los AFCel en Cachi

Durante el desarrollo previo de la tesis, se ha referido que la orientación productiva de renta estuvo asociada desde sus inicios a la actividad agrícola-ganadera de las mercedes de tierras otorgadas a colonos españoles, en principio, y posteriormente a partir del siglo XVIII a la producción de las haciendas, a cargo de sus dueños y encargados. En estas unidades productivas, los AFCel que prestaban su fuerza de trabajo allí como arrenderos, también producían para autoconsumo y ocasionalmente vendían parte de su producción, por lo general al patrón o encargado de la finca, o a los comerciantes locales.

Esta situación comienza a cambiar a partir de fines de la década de 1940, cuando los ex arrenderos comercializan en forma directa el principal cultivo de renta del momento para comprar sus parcelas tras la expropiación de la Ex Finca Hacienda de Cachi⁴². En este contexto, los interlocutores rememoran que “para la expropiación ya se ponía pimienta. Ya no estaba el patrón, cada uno trabajaba su parcela y cuando vendías el pimienta pagabas la cuota de la tierra” (Q., 2019, Cachi Adentro); “el abuelo ponía para consumo más que nada, pero con la expropiación ponía y cosechaba cantidad de pimienta, entonces eso vendía y era para pagar la cuota anual de las tierras que se habían comprado” (A., 2019, Cachi). Para ese momento, el

⁴² Otra estrategia ya mencionada, fue la de emplearse como braceros para la zafra entre 1930 y 1960 (Lanusse, 2007), aspecto que también rememoran las familias para poder obtener un salario que permita acceder a la propiedad de su tierra. Esta forma de explotación del trabajo, ha sido analizada por Abduca (1995) para campesinos del NOA con producción agropecuaria de autoconsumo, quien atribuye asimismo una dependencia salarial preexistente configurada a partir del dominio de las haciendas, a la que con posterioridad “Alrededor de 1915, a la relación de explotación basada en la renta en dinero se le suma la concurrencia incipiente a los ingenios azucareros del noroeste argentino” (Abduca, 1995, p. 82).

pimiento para pimentón se encontraba en expansión, dadas las condiciones favorables de su rendimiento y comercialización (Frere y Cosentino, 2004; Manzanal, 1998; Pais, 2011), por lo que era una de las formas de obtener dinero con la agricultura.

De esta manera, la mayor orientación hacia la producción comercial por parte de los AFCEI acrecentó la práctica mercantil en sectores no empresariales que hasta entonces trabajaban para el patrón y cultivaban para consumo propio o la venta a escala local a comerciantes, patrones o productores más capitalizados. Estas dinámicas, además de intensificar la comercialización directa y el aumento de escala y especialización en un cultivo de renta –sumado a la dependencia económica, nuevos consumos, etc.–, están vinculadas con otras importantes modificaciones productivas mencionadas con anterioridad (la organización familiar frente al ciclo anual de trabajo respecto a otros cultivos estacionales, cambios en las formas de labranza que implica el uso más intensivo del suelo con dicho monocultivo, la disposición del espacio y tiempo de dedicación en relación a otras actividades como la cría y pastoreo de animales, etc.).

En este proceso de intensificación productiva para la renta se han ido articulando dinámicas de trayectoria local –como aquellas basadas en relaciones sustentadas en la reciprocidad, por ejemplo–, y otras provenientes de la inserción directa en el mercado, adquiriendo distintos matices a partir de los múltiples factores, actores y relaciones que entran en juego a lo largo del tiempo. En este contexto, es preciso señalar que las condiciones en las que se insertan en el comercio directo y la capacidad de comercialización de los AFCEI, dista de aquellos sectores más capitalizados ya inmersos en las lógicas mercantilistas. Por ejemplo, a diferencia del sector empresarial, los AFCEI, con una menor escala y determinados factores condicionantes, y sin contar con una organización que los nucleee, han estado sujetos desde el inicio a vender su producción a los intermediarios o acopiadores que se acercaban a retirar la cosecha para colocarla en el mercado. De esta manera, a partir de la década de 1950, cuando rememoran los interlocutores de mayor edad que llegan los primeros camiones a retirar la producción, se gesta una relación dependiente en posiciones de desventaja en ese entramado social al que estaban sujetos, además de una gran inestabilidad, teniendo que ajustarse al precio y circunstancias de venta que pautaban los mismos. Asimismo, aquellos patrones o sectores que contaban con mayor capital, acopiaban la producción de productores pequeños para llevarla de forma particular a Salta y venderla con un margen de ganancia más amplio. Además, a partir de la creciente intensificación del uso de agroquímicos y tecnología en los esquemas productivos que se implementa a partir de la década de 1970, la brecha se fue ampliando al volverse más costosa la producción y dependiente de insumos. Mabel Manzanal

ha analizado en profundidad este asunto en su tesis, en la que relata respecto al pimiento para pimentón que

Los productores medianos y grandes tienen mejor calidad y más pareja, ofrecen mayores cantidades y pueden aguardar el tiempo necesario para vender el producto en busca de un precio más ventajoso. En cambio el pequeño no puede esperar y en general vende al intermediario –incluso a veces tiene su producción comprometida con el bolichero, como pago de partidas de alimentos e insumos comprados con anterioridad a la cosecha-. Sea por su necesidad de efectivo, por disponer de un producto menos seleccionado, o por su falta de acopio de cantidades importantes, se encuentra en una situación desfavorable, que hace que obtenga un precio que puede ser la mitad y menos aún de lo que otros productores mejor posicionados consiguen (Manzanal, 1995, p. 312).

Estas limitaciones representan una gran inequidad que acarrea los AFCel en las condiciones de negociación y decisiones que pueden tomar, que se extienden hasta la actualidad. En este sentido, un informe del Proyecto de Inclusión Socio-Económica en Áreas Rurales –PISEAR- en cuanto al diagnóstico de estas problemáticas menciona que:

Históricamente, la estructura agraria es de un alto porcentaje de pequeñas explotaciones atomizadas principalmente a lo largo del Valle Calchaquí, quienes producen en general en forma tradicional y con escasos cambios a nivel tecnológico y de gestión comercial. Esto ha impedido mejorar la escala de producción y los rendimientos por hectárea, y la comercialización del producto, tanto en modalidad como en los precios (Pisear, s/f, p. 42).

Por lo general, ha habido una gran ausencia del Estado para propiciar acciones hacia los pequeños productores de Cachi (Manzanal, 1987; Pais, 2011), y en las oportunidades en las que ha intervenido para mejorar las condiciones de comercialización de los AFCel, han resultado ineficientes y/o insuficientes para equiparar su situación desigual de fondo. Estas acciones, ocurridas en mayor medida entre las décadas de 1970, 1980 y parte de 1990, fueron esporádicas y se orientaron a generar políticas paliativas que atenuaran las condiciones de pobreza que enfrentaba el sector llamado entonces minifundista, a partir de una visión economicista que no contemplaba los aspectos socioculturales, políticos, étnicos, etc. de los pequeños productores (Manzanal, 1987). Si bien existió un antecedente de una política que intentó realizar reformas profundas para el sector a través de un programa integral de la Secretaría de Agricultura y Ganadería que llegó a implementarse antes de la dictadura en la

década de 1970 (Giarraca, 2017), las acciones más sistematizadas orientadas al sector de los AFCEI se desarrollaron a partir de la década de 1990, con los Programas de Desarrollo Rural mediante la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca y el INTA. Estos programas, implementados también desde una lógica de desarrollo rural orientada a atenuar las condiciones de pobreza, se abocaron además a la asistencia técnica, capacitación y financiamiento, asociados al influjo de la modernización agrícola (Soverna, 2008). Desde esta perspectiva, se buscó fomentar los modelos asociativos para lograr que los agricultores familiares mejoraran sus ingresos y calidad de vida, a través de acceder a la modernización y diversificación de sus unidades agropecuarias (SAGPyA, 1997). Es decir, rasgos característicos de estos grupos como el trabajo familiar, el destino de su producción tanto para el mercado como para el autoconsumo, las formas de labranza y su bajo nivel de capitalización, etc., fueron considerados como carencias estructurales que se debían recomponer con la ayuda de estas políticas, en el marco de gobiernos neoliberales que las impulsaban, buscando asimismo retener la población rural produciendo en ese medio, ya que las ciudades no podrían absorberla (Soverna, 2008). Estas acciones de alcance nacional, fueron pensadas para un sector en forma homogénea, sin tener en cuenta en ningún caso las lógicas subyacentes de la organización agrícola de cada zona del país donde se implementaban.

En Cachi, la promoción de formas asociativas ha tenido como antecedentes experiencias previas de organización. En la década de 1970, el gobierno provincial de Salta creó una “Cooperativa de productores agrícolas del Valle Calchaquí”, con el fin de acopiar la producción de pimiento para pimentón y molerlo para venderlo fraccionado, mejorando su comercialización. Esta organización, también conocida como “Cooperativa de Cachi”, es muy rememorada por los interlocutores adultos, y ha sido abordada ampliamente por los autores que han trabajado en la zona. Funcionó entre los años 1979 y 1988 y tuvo su sede en Cachi, donde se tomaban las decisiones y se encontraban los galpones de acopio, molinos, etc. Si bien no generó cambios sostenibles, durante su existencia los pequeños productores pudieron vender su producción a un precio mejor que el que obtenían de los intermediarios o los mayoristas (Manzanal, 1995). Sin embargo, la autora manifiesta que fue ineficiente al no poder generar en diez años un mercado ni representante de ventas, así como tampoco capital propio con los desembolsos no reintegrables que recibía de la provincia, entre otros factores que a su vez afectaban a la transparencia de su funcionamiento. Uno de los interlocutores recordaba el momento fundante como:

Quando se formó la Cooperativa en la época de los milicos vino acá el interventor a juntar los productores y formar la cooperativa. “Señores agricultores aquí les dejo la

instalación de la cooperativa y el dinero para la adquisición del producto, espero la buena voluntad del productor para que siga adelante”, eso es lo que ha dicho. Éramos muchos pimentoneros, teníamos el estatuto con derechos y obligaciones del asociado, todo. Se hacían estudios de costo, el que venía a buscar ya sabía porque la cooperativa daba el precio. Los productores entregaban y la cooperativa vendía y traía insumos a precio por cantidad. Después ya se ha disuelto porque los productores no hemos sabido cuidar esa herramienta idónea que teníamos. ¿El político tiene que estar de la vereda para afuera o no es así? la ha hecho fundir, adulteraban el pimiento y la cooperativa no ha tenido chances por la calidad, mucha adulteración. La junta provincial del pimiento he andado por ahí también (Q., 2019, Cachi Adentro).

La Junta Provincial del Pimentón y Especies mencionada, se crea por decreto en el año 1986 como una forma de control y equilibrio del funcionamiento de la Cooperativa, dando participación a medianos y grandes productores de la parte sur del Valle como San Carlos y Cafayate, que también acopiaban con intenciones de mejorar el precio de venta (Manzanal, 1995). Estos organismos han confrontado y perdido recursos que provenían de la provincia y provocaron el endeudamiento de los productores que en un momento dado entregaron su producción, y además de perderla al no cobrarla –y con ello el año de trabajo-, tuvieron que afrontar deudas que había contraído la cooperativa y la junta en los años anteriores (Manzanal, 1995; Pais, 2011).

Otra experiencia previa ha sido la Asociación de Pequeños Productores Agropecuarios –APPAC-, creada en 1986 en función del Programa de Apoyo a los Pequeños Productores del Norte Argentino coordinado por la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación para reunir a sus posibles productores beneficiarios (Manzanal, 1987). Este programa, a través de la APPAC, impulsó acciones tendientes a promover el desarrollo rural y mejorar la comercialización a través de, por ejemplo, comercializar en forma conjunta las hortalizas que producían en el mercado de Salta. Sin embargo, como refiere la autora, este programa no contemplaba la posición económica y el poder político de estos pequeños productores en la negociación de precios, así como otras cuestiones de fondo, por lo que no resultó efectivo (ibid). Además, pese a las aspiraciones de financiar a los productores, aportar asistencia técnica, capacitar y fomentar su organización mediante la Asociación a fin de incorporarlos al proceso de desarrollo global; en dicho período confluyeron factores que lo hicieron insuficiente. Entre ellos, la apertura de importaciones de pimiento, que provocó una retracción en el número de parcelas cultivadas al no poder competir con esos precios (Manzanal, 1987; Pais, 2011), y la escasa o nula participación en la elección de los delegados de la APPAC que

motivó la ausencia de representación y la desconfianza entre los productores y que no pudieran por tanto apropiarse de los beneficios que planteaba la cooperativa (Pais, 2011). Las personas rememoran en este marco la adquisición de un tractor a través del INTA de uso comunitario y un camión que en la actualidad administra el municipio, entre otras maquinarias que han perdido –en gran parte- en un juicio tras una demanda de las familias de las víctimas de un accidente en el tractor. Coinciden en que los técnicos de la Secretaría de Agricultura Familiar de entonces (que en su momento eran del Programa Social Agropecuario)⁴³, fueron quienes los incentivaron a unirse para mejorar la producción, darle valor agregado y así vender mejor la cosecha comercializando incluso en forma directa en Salta. En este marco, las mujeres rememoran haber elaborado por ejemplo dulces y conservas, para lo que contaban con un salón de agroindustria en el marco de la APAAC y recibían cursos y capacitaciones⁴⁴. Así, de acuerdo a distintas experiencias con la asociación, las personas expresan que

Ha venido gente de provincia, de nación, de organizaciones internacionales que ayudaban a las partes más carenciadas de Latinoamérica y el caribe en ese entonces. Éramos 12 productores, hicieron una reunión y nos preguntaron todo y después de todo eso hicimos la asociación con personería jurídica, en el 1982 sacamos personería hasta 1988 más o menos. A mí me gustaba porque uno trabaja por el bien común, muchas veces he puesto plata mía y a veces en el mes he trabajado dos días para mi nomas [...] De la Secretaria de Agricultura ha venido un equipo completo: tractor, rastra, cincel, todo eso. La cooperativa cobraba 50 kg de pimiento por arada y hemos bajado a 25 kg y con todo eso ha venido una gente de INTA de Buenos Aires a ver si era cierto. Teníamos un galpón, compramos un terreno de un sobrante de un proyecto de Canadá por una enfardadora, teníamos una pequeña agroindustria, estábamos trabajando lindo, fondos rotatorios que el productor pagaba con la cosecha, pero hubo poco interés de las cosas. Llegamos a ser 30 pequeños productores, gestionábamos con INTA, de agropecuaria de todo. El último proyecto vino de los alemanes por el asunto del agua, propusieron la impermeabilización de los canales. De Santa María venían a comprar pero cuando no hay responsabilidad hacían quedar mal. Después se fue todo para abajo, a lo último han quedado las mujeres trabajando con la

⁴³ La Secretaría de Asuntos Agrarios –en la actualidad llamada Secretaría de Desarrollo Agropecuario de Salta-, así como la Dirección General de Agricultura (que tienen injerencia en cuestiones ligadas a la productividad, comercialización, etc.) y la Secretaría de Asuntos Hídricos, funcionan dentro de la órbita del Ministerio de Producción y Desarrollo Sustentable de la provincia. Varias de las personas que trabajan allí, nos han comentado que ingresaron a trabajar a la dependencia como parte del Programa Social Agropecuario de la década de 1990, y luego se conformó la Secretaría.

⁴⁴ De acuerdo a un Boletín de la Secretaría, mediante su intervención en el año 1986 se consigue una parcela de la provincia para realizar ensayos de cultivos para la Asociación, se intercede en la comercialización de productos en CoFrutHos y los mercados jujeños, asesoramiento técnico, se consigue una rastra, tractor, arado de disco, acoplado, barra cegadora y a partir de 1987 se lanza un proyecto tendiente a la integración de las mujeres en la Asociación (Programa Social Agropecuario Salta, 1997).

agroindustria, han ido hasta Brasil, Mendoza para todos lados preparándose para esto (Q., 2019, Cachi Adentro).

En principio, cuando se formó, la Asociación eran nuestros maridos que trabajaban la agricultura, se unieron para poder mejorar la producción y venta de la cosecha. Y después nos agregamos nosotras las esposas para poder darle un valor agregado por ejemplo con la fruta, la verdura, las hortalizas y lo más importante juntarnos entre todos para poder vender. Nos juntamos porque vinieron los técnicos y nos hablaron porque aquí nadie sabía nada sobre eso, nos dijeron que juntándose, organizándose podríamos lograr muchas cosas, y nosotros siempre éramos individuales, uno para un lado el otro para el otro, siempre nos manejaron los de arriba. Y bueno, un tiempo anduvimos bien, hicimos reuniones, nos asesoraban, daban capacitaciones, íbamos a talleres en Salta, Buenos Aires, conocimos distintas partes de la República Argentina juntándonos y adquiriendo experiencias con otros productores de otras partes e intercambiando, llevando lo nuestro hacia ellos y de ellos hacia nosotros, eso nos fortaleció mucho. Trabajé muchísimo en la APAAC con las chicas de la Secretaría de Agricultura de Salta hará 25 años atrás más o menos, hacíamos dulces que nosotros cosechábamos, desecado y conservas, aprendimos a injertar desde un principio, a abonar la tierra y logramos mejorar las plantas. Ahora queda el local que seguimos pagando los impuestos aunque la asociación bueno está durmiendo. Muchos han querido meterse, agarrarlo políticamente ha visto, y no le digo nosotros no nos hemos muerto, todos tenemos hijos, nietos, qué vamos a decir el día de mañana que nosotros hemos trabajado, hemos logrado todo esto y nuestros nietos cuando quieran unirse, quieran hacer una organización ¿cómo vamos a explicar qué hemos hecho el local? ¿Por qué hemos dejado quitar? Ahora está funcionando la organización de Fuerte Alto que está ahí haciendo desecado, moliendo porque no se qué pasó con su localcito, que hicieron quitar y bueno, por lo menos pagan la luz y se usa (A., 2019, Cachi).

En este sentido, Manzanal (1987, 1998) realiza una evaluación positiva de la implementación del Programa, en tanto se promovió la organización de los productores, se realizaron obras y mejoramiento del acceso al riego y se gestionó como asociación un puesto para la venta en el mercado CoFrutHo de Salta y un camión para realizar el traslado, aunque no lograron hacerlo efectivo (Manzanal, 1998), probablemente por conflictos asociados a la corrupción (Pais, 2011). Como otros aspectos negativos, comenta que el Programa no benefició a todos los productores que se agruparon en la Asociación, no se cumplieron todos sus objetivos, hubo instituciones que no participaron, el acceso a los créditos fue irregular e

incluso ineficaz, dado que no contribuyó a mejorar los aspectos estructurales ni las condiciones de comercialización que representan grandes dificultades para el sector (Manzanal, 1987).

Estas experiencias, que no prosperaron o generaron inconvenientes, aún están muy presentes en la memoria colectiva de aquellos que vivenciaron esta época, dejando una impronta tal en las personas más adultas sobre todo, que genera desconfianza y descreimiento hacia las formas asociativas y desaliento ante la posibilidad de organizarse. En los relatos acerca de la desintegración de la APPAC, rememoran tanto el accidente del tractor por el que perdieron las maquinarias obtenidas, así como cuestiones financieras y algunos episodios de corrupción a causa del mal asesoramiento de personas externas a la misma. Si bien hay pequeños productores que relatan que las intenciones de esta experiencia eran buenas y funcionó en un momento con gran participación y entusiasmo; también reconocen un aumento del individualismo y que “cada uno trabaja para sí mismo”, aun reconociendo que organizándose conseguirían mejores precios y condiciones para producir y comerciar, y lo atribuyen a la intervención de “la política”.

10.2. Canales de comercialización de los cultivos principales en la actualidad

Los principales cultivos de renta de los AFCel se direccionan hacia distintos canales de comercialización. Por un lado, en menor proporción hay productores que fraccionan parte de su producción para venderla “al menudeo”. Por ejemplo, en el caso del pimiento para pimentón, algunas personas reservan una parte para hacerla moler en los molinos cercanos y así venderla con un valor agregado a los almacenes locales o a los turistas que visitan la zona en las ferias o paradores de la ruta. Pero en mayor medida, aun se vende el producto disecado en bolsones a los intermediarios que se acercan al área para comercializar. Esto sucede también con otros productos como cebolla, tomate, zanahoria, poroto payar y otras legumbres, que se venden a granel.

En este esquema, la figura del intermediario –que muchas veces son acopiadores o fleteros locales-, sigue representando un eslabón muy importante, dado que los AFCel están sujetos en mayor medida a su paso por los rastrojos en temporada para sus cultivos. Estos actores casi siempre son los mismos, por lo que se vuelven conocidos y se sostiene una relación de confianza con quienes se suele comercializar “en consignación”⁴⁵. Es decir que, en esa relación cimentada en una situación de dependencia difícil de sortear, estos intermediarios o fleteros locales además de fijar los precios y las condiciones de la transacción, abonan por lo

⁴⁵ Los intermediarios locales por lo general son conocidos y actúan adelantando mercadería, insumos o dinero en efectivo, a cuenta de la producción futura, financiando la ausencia de recursos entre las cosechas, dado que recién pagan cuando se hace efectiva la venta en el mercado Cofruthos (Manzanal, 1998).

general recién tras vender el producto. Si bien los interlocutores manifiestan que en la actualidad al tener mayor fluidez en la comunicación y conocer los valores que maneja el mercado tienen mayor posibilidad de negociación, resulta insuficiente frente al peso de los otros factores mencionados. De esta manera, al necesitar el dinero en efectivo para volver a producir, se siguen reproduciendo mecanismos de dependencia como el adelanto de "...mercadería, insumos, o dinero en efectivo, a cuenta de producción futura. De aquí que el intermediario se constituye en un "mal necesario", es la figura que les "financia" la ausencia de recursos entre cosechas" (Manzanal, 1998, p. 8). En relación a estas cuestiones, los interlocutores mencionan que

No sé qué pasa con el pimiento, antes nosotros poníamos y venían de Santa María que acopiaban todo, de Jujuy, Tucumán venían también a pegar un vistazo cuando estaba por pintar y preguntaban ¿qué quiere? ¿mercadería o plata?, eso era lindo, venían con la mercadería o el cheque. No sé si traerán el pimiento más barato de otro lado pero ya no vienen, son los intermediarios que compran y venden (Q., 2019, Cachi Adentro).

Antes era más difícil el tema de los precios porque lo fijaba el intermediario sólo porque no había comunicación. Hoy en día tenemos celular, internet entonces llamás a CoFrutHo y te actualizan los costos entonces un poco ya es negociable el precio, antes venían con un precio y vos por no quedarte con la mercadería tenías que cargarlo (M., 2015, San José).

Saravia tiene sus intermediarios en Molinos y acá en Cachi también. El lleva para su molino, hay otro en Rosario –de Lerma-, otro por Cafayate, y de ahí ya va fraccionado para Buenos Aires. Yo vendí la primer tanda en \$44, soy cliente viejo de los intermediarios, ya tengo confianza y él viene, deja el bolsón, yo le preparo y a la semana estoy cobrando, a otros llamo y me dicen que no pueden depositar el cheque. Ahora tengo ahí sin vender, y está tan armado que aunque vayas con un camión a Saravia te dice no porque acá hay un precio, o no puedo pagar. En CoFrutHo ya tenés que pagar impuestos y no sé si compran el bolsón de 50 kg en los puestos, es todo un tema ese, ya tenés que tenerlo molido y empaquetado. Nosotros vendemos a granel 2000-3000 kg al camión y el productor tiene sus problemas, pasa que a veces si no hay acompañamiento del Estado... Igual hay que seguir, no me puedo quedar (C., 2017, San José).

Los AFCel dan cuenta del recorrido de sus cosechas una vez retirada de Cachi, y le otorgan un especial valor al ser producida en el Valle. Así, mencionan que los intermediarios entregan al mercado CoFrutHo de Salta u otros mercados regionales, y a los molinos en el caso del pimiento para pimentón u otros centros que acopio que en muchos casos, pagan con retraso la mercadería que obtienen, y de acuerdo a la calidad del producto recibido. También sucede que los acopiadores locales "...entregan la producción a un tal Saravia, quien procesa en su molino el pimiento seco "en rama" para comercializarlo luego como pimiento seco molido" (Pais, 2011: 226). En ese sentido, y referido a las condiciones de comercialización y destino de la producción, nos han comentado que:

Los que vienen a buscar el pimiento son intermediarios. Hay un Saravia que trabaja con La Virginia, con el molino de Salta, que les fija el precio para el intermediario y él viene y compra aquí con su camión. Ellos creo que sacan con su ganancia el tema de transporte, o sea el flete nada más, quizás tenga un plus pero no sé. Nosotros no ponemos precio acá, tenemos la necesidad de darle salida al pimiento porque tenemos poco plazo para volver a trabajar, nosotros el pimiento lo estamos vendiendo en junio/julio que cosechamos y en agosto se vuelve a trabajar para poner los almácigos. En Payogasta por lo menos se trabaja todo el año con el pimiento, también se ponen un poco de verduras pero más cantidad es el pimentón, el pimiento (M., 2014, Buena Vista).

El pimiento lo llevan los industriales, lo muelen y sale a la venta. Llevan la primera, segunda también. Antes venían a buscarlo ahora muchos que ponen lo llevan a Salta, no hay otros compradores. Para arriba son patronales, hay dos patrones que ponen ellos y le llevan toda la cosecha a los arrenderos, después bueno le sabrán pagar lo que les corresponde. Pero siempre hay uno que anda comprando y lleva una sola vez porque no son muchas cantidades, acá son pequeñas. El que más cosecha será 3000 kg por hectárea (W., 2015, Fuerte Alto).

Ese año no ha tenido precio el pimiento. Hemos puesto más que todos los años y no ha valido, pero tenés que vender igual porque necesitás la plata y además no sirve para guardar para el año, en diciembre llega la humedad y se empieza a arruinar el pimiento y con el tiempo se va haciendo así blanco. Nosotros entregamos al señor Saravia, él tiene molino en Salta, otros llevan a vender a los molinos de Salta, Catamarca, Jujuy, Tucumán, por ahí debe ser que lo revenden. Acá hay un molino pero es para poca cantidad para usar así para la comida, para esas cosas (N., 2015, Cachi Adentro).

En esta cadena productiva del pimiento para pimentón, quienes tienen el poder de fijar los precios y regular los mercados son las especieras –que se encargan de su importación y la exportación-, así como los grandes mayoristas, distribuidores y fraccionadores ubicados principalmente en ciudades como Córdoba, Rosario y Buenos Aires. Estas empresas concentran el producto que muelen, fraccionan y distribuyen en mayor proporción al mercado interno, con la industria alimentaria como destino principal, y el resto a consumo directo (Arqueros, 2016; Maggi, 2007). Si bien se identifica esta realidad, se les atribuye a los intermediarios esa demarcación del precio al que terminan vendiendo.

Una forma de sortear la figura del intermediario en la comercialización, es la posibilidad de algunos AFCel de organizarse para llevar por cuenta propia la cosecha al mercado CoFrutHo. Así, al contar con un vehículo o juntarse para obtener una carga y llevarla de forma directa al mercado de Salta o los molinos, evitan los intermediarios, esperando obtener mejor precio de venta –incluso en algunas oportunidades han mencionado haberlo llevarlo con el valor agregado de la molienda-. Algo similar ocurre cuando estos AFCel que cuentan con cierto grado de capitalización, tienen un margen para retener la cosecha y así elegir venderla a aquellos intermediarios que ofrezcan mejor precio, pudiendo en ese caso acopiar y contar o conseguir vehículos, afrontando también los costos del transporte para llevarlo ellos mismos. Incluso, algunas personas nos han mostrado habitaciones donde reservan cultivos como el poroto de un año al siguiente, esperando venderlo a mejor precio, dado que no corre riesgo de deteriorarse y ellos cuentan con una producción diversificada que les permite vender algunas cosechas, y retener otras. Otros, en cambio, necesitan el dinero para volver a comenzar el ciclo productivo, incluso no cuentan con espacio para guardar la cosecha –la retiran directamente de los canchones donde se seca-, y los volúmenes no son tan grandes como para tener mayor capacidad de negociación, además de tener pimientos de primera, segunda y tercera calidad, entre otros factores que condicionan al momento de comercializar. En este sentido, hay varias expresiones alusivas:

Salta maneja el precio, uno averigua cuanto está y vendes acá cuando vienen a buscar más o menos lo que vale en Salta. Por ahí conviene esperar un poquito o ya cuando hay más cantidad llevar vos a vender a Salta, pero digamos con propia movilidad. En Salta vendemos en una feria, un predio donde hay puestitos o sino en el CoFrutHo. Pero hay que alquilar los puestos en época de cosecha, cuando sale la mayor producción, y a veces vamos dos veces a la semana o una vez porque te lleva ir, descargar, vender todo el día allá y ya más tarde descansas un poco y pegaste la vuelta, así que dos días te lleva. En Cachi también se hace feria en la avenida para las

verduras entre diciembre y marzo que hay más, o el que quiere vende su producto, ya tiene sus arreglos con los almacenes, y va y ofrece. El poroto vienen camiones de Jujuy, lo llevan a Buenos Aires, Santa Fe, pero es distinto porque se puede guardar (E., 2015, Cachi Adentro).

Una vez que esté ya el producto maduro hay muchos que se organizan por sus propios medios para trasladarlo a Salta. Si no, siempre viene un comprador de otro lugar y lo lleva. Por ejemplo en la venta de morrón, zapallito, zanahoria, arvejas, en la cebolla, siempre entran camiones compradores. Aquí los llaman los jujeños, vienen de Jujuy de Perico, de Fraile Pintado, y si no también vienen de Tucumán a sacar tomate en la época. Y aquí bueno los que tienen más terreno, los que están más bien económicamente que tienen sus propios vehículos llevan las cosas allá, pero el pequeño productor, el más chiquitito lo vende a otro, a un intermediario. Y bueno pobre siempre el que lleva se queda con la ganancia, porque al pequeño productor no le va a pagar lo que él pida, ellos le ponen el precio cuánto le van a pagar (M., 2016, San José).

El morrón va para Salta y Jujuy, el poroto se puede guardar hasta que se pague mejor. El apio se lo cosecha poco y se lo lleva a moler, excepto cuando hay feria en el verano que lo llevan a vender fresco. Pero los intermediarios salen ganando, es mucho trabajo cosechar, desmalezar y después que los precios sean bajos, entonces por ahí vemos como que está desvalorizado nuestro trabajo (F., 2015, Cachi Adentro).

Vienen los medieros de Salta, de Tucumán a llevar el pimiento en vaina, y te pagan lo que ellos quieren. Nosotros con la Asociación de Fuerte Alto vendemos fraccionado, entonces hay ventaja. Vamos a las ferias, fuimos a caminos y sabores de Buenos Aires, estamos vendiendo a Rosario de Santa Fé, Salta, mandamos un flete y trabajamos a concesión (F., 2019, Cachi).

En estos relatos se mencionan otros cultivos comerciales, que al ser estacionales y producirse en menor cantidad, muchas veces se venden frescos en las ferias locales o de Salta, o en mercados regionales como el CoFrutHo y en Jujuy. Este es el caso de las hortalizas como el tomate, en los que asimismo se resalta la problemática del transporte y las distancias, dado que no puede pasar mucho tiempo entre la cosecha y su venta, por la calidad del producto. Así, los AFCel entregan el tomate además de los intermediarios o fleteros locales, a puesteros del mercado CoFrutHo y, hasta hace un tiempo, a transportistas jujeños con quienes se

prefería comerciar porque venían a buscar mercadería en el Valle y abonaban con dinero en efectivo en el momento (Manzanal, 1998).

Vienen camiones de afuera para el tomate, vienen de Tucumán, de Jujuy, de Salta también para el CoFrutHo. Cada vez piden más seleccionado, mejor producto, se trabaja mucho con el perita y se lo encatra, cosa que favorece a que no se pudra. Se lo lleva a Tucumán, Jujuy, Salta, no hay fábrica así como para envasar tomate, hacer salsas no hay (E., 2014, Cachi Adentro).

Ahora están poniendo más cebolla y tomate de ese encatrado que pimiento. La agricultura es como la lotería, hay años buenos y malos. El poroto de la zona de Cachi Adentro, Las Pailas también va para Salta y como el tomate son para consumo interno, pero también se exporta. Después hay años que la cebolla vale y se entusiasman, se la vende a la ciudad de Salta alguno llevan para Jujuy, un tiempo llevaron a Brasil cebolla, ajo (J., 2017, Buena Vista).

La quinoa se da aquí pero no tiene salida. Con el pimiento, con la cebolla y bueno el tomate también nos está pasando que no se vende, el precio del tomate ha andado el cajón entre \$70-\$80. Y este año ha habido un poco más de agua que el año pasado, pero los precios han sido muy bajos, tanto de la verdura como el poroto, el pimiento, todo. La cebolla anduvo mal este año, el año pasado ha valido por lo menos entre 100 y 120 la bolsa. Este año está \$60 allá en el CoFrutHo, aquí te pagan \$30-\$40 (A., funcionario municipal 2017, Cachi).

Sumado a la dependencia del precio y las personas que se acercan a comprar la producción, hay otros factores a los que están condicionados los AFCel. Parte de ellos se mencionaron con anterioridad, y tienen que ver con los insumos que requieren los cultivos, incrementando el costo que ya representa la disponibilidad de tierras, acceso al agua de riego, contrato de servicios para la labranza, la organización del período anual de trabajo en el caso del pimiento, etc. Si bien estas condiciones han sido una constante, en determinados momentos coyunturales pueden representar mayor o menor complejidad, según el caso.

Además, en Cachi, a diferencia de otros departamentos como San Carlos, donde son los sectores más capitalizados quienes lo producen, el pimiento para pimentón está a cargo de los AFCel en mayor medida –o pequeños agricultores (Pais, 2011)-, por lo que las tecnologías implementadas en su proceso productivo, formas de comercialización, etc. van a condicionar la calidad y capacidad de negociación respecto al precio que se obtenga por el mismo, formas de pago, etc. Sin embargo, también para los productores de San Carlos se han identificado

como problemas productivos la concentración en pocas empresas compradoras de pimiento, además de la adulteración del producto final y el escaso valor agregado que se le asigna, que configura sus bajos precios (Arqueros, 2016). Un docente relata además que frente a otras zonas que se han incorporado en momentos recientes a la actividad pimentonera –como los departamentos de Cerrillos, Guachipas y La Viña con un importante aporte en superficie y en volumen producido por hectárea (PISEAR, s/f)-, se presentan limitaciones productivas como:

Encima que nosotros tenemos este sistema nos están ganando los del Valle de Lerma, de Salta capital y alrededor, que están produciendo pimiento. Ellos cosechan 2500 kg por hectárea y acá están cosechando 800 kg por hectárea, ahí ya hay una diferencia abismal con ellos, además el clima favorece y secan en la estufa del tabaco, entonces sale mucha mejor calidad que la nuestra. Entonces La Virginia le compra a ellos y más barato porque además, tienen mucho menos costo de traslado. Acá en primer lugar para subir el rinde tenés que adelantar la producción, porque acá empiezan a plantar en noviembre y allá en el valle de Lerma en septiembre ya le ganaron dos meses, allá están cosechando y acá está floreciendo tirando frutito por eso cosechan 800 kg por hectárea, las heladas tempranas o sea no tienen tiempo. Eso hay que corregir: los rindes, el secado (A., 2017, docente de Payogasta).

Frente a las situaciones relatadas, el Estado interviene en distintas instancias para regular las condiciones de comercialización a las que están sujetos los AFCel. Por un lado, la provincia establece anualmente un precio de referencia del pimiento para pimentón para su comercialización⁴⁶, a partir de una mesa con distintos representantes. Sin embargo, a pesar de que todos los actores conocen el precio sostén que se fija para el pimiento, no se respeta en la práctica y los productores están sujetos a vender al que estén dispuestos a pagar los intermediarios. Incluso el municipio de Cachi, que interviene en la cadena de comercialización como se aborda a continuación, no llega a conseguir que le abonen ese precio sostén. Así para el año 2017, un funcionario municipal explica que:

La municipalidad ha comprado 10.000 kg y está previsto comprar 10.000 kg más, pero el molino pone la traba de que tenemos la competencia de Chile y de China porque las importaciones están abiertas y eso al pequeño productor de aquí de Cachi le juega en

⁴⁶ La Mesa Sectorial de pimiento para pimentón y aromáticas fue creada por la Secretaría de Asuntos Agrarios de Salta en 2013, para promover un comercio justo, coordinar actividades con el sector, asesoramiento técnico-administrativo, capacitar, estar atento a las necesidades de los productores y a difundir información. Además, la Secretaría de Asuntos Agrarios de Salta es quien otorga crédito a los municipios para acopiar parte del pimiento para pimentón a los pequeños productores a partir de un precio de base (Pisear, s/f).

contra. Nosotros acopiamos, tenemos un intermediario ya hace dos años que está en la ciudad de Salta que son los hermanos Dávalos, en Cerrillos y ellos nos están sacando pero de a poco. No tenemos contacto con un comprador bueno como sería de La Virginia directo. Y el precio es muy bajo, el año pasado nos han comprado a \$41-\$42 y este año se está vendiendo a \$43, a nosotros nos dan y les pagamos a ellos, no nos queda una diferencia así que del flete, del acopio y de todos los gastos se hace cargo la municipalidad. Y bueno está muy dura la venta, el año pasado a esta época ya no teníamos nada para acopiar, este año nos está quedando casi la mitad. Y con la plata tenés que andar, estamos recién por pagar lo que hemos entregado, nosotros dependemos de asuntos agrarios, así se está manejando la compra del pimiento. Pero Dávalos está pagando cheques a 90 días y el resto a un año, así que eso son pérdidas para nosotros. (...) Para el año que viene yo le aconsejo al productor que ya no haga cantidad de pimiento, ellos lo que nos piden es buscar otra alternativa (A., 2017, Cachi).

Este año no vienen a buscar el pimiento, \$45 el kg vendieron este año pero a principio, igual que el año pasado, y ahora dicen que no quieren pagar más de \$40 y no están retirando mercadería. Así que bueno los que vendieron primero se salvaron todos, no ganaron pero tampoco se quedaron con la mercadería, el resto está todavía con la producción en la casa y este año yo creo que la municipalidad no puso ni precio de sostén, no consiguieron fondos, no sé qué pasó. Todos los años la muni compraba por ejemplo a \$45 entonces el que venía de afuera ponía \$46, \$47 pero este año no hubo nada de eso así que está ahí la gente todavía con la producción (A., 2018, San José).

Esta gestión de los municipios para acopiar parte de la producción e interceder en su venta y hacerlo en mayor volumen a grandes molinos acopiadores, se desarrolla mediante un programa provincial de la Secretaría de Asuntos Agrarios. Sin embargo, estas políticas parecen ser insuficientes, dado que no suelen respetarse los precios de base al momento de realizar la comercialización directa entre los AFCel y el intermediario, así como desde el municipio de Cachi manifiestan que no llegan a alcanzar toda la producción, y que también les cuesta cobrarles a los acopiadores a término. En el municipio de Payogasta no realizan esta mediación, por lo que tampoco es un programa que tenga gran alcance.

Por otro lado, se han registrado distintos programas de diversos organismos estatales nacionales y provinciales orientados a motorizar la producción y mejorar las condiciones de comercialización, aunque también los interlocutores destacan diversos obstáculos. Algunos de ellos tienen que ver con cuestiones propias de la idiosincrasia local, otros con cuestiones

logísticas y dificultades con el recorrido burocrático, también mencionan la injerencia del poder político local que obstaculiza sus desarrollos, entre otros. En este marco, si bien se han reconocido algunas intervenciones en cuanto al asesoramiento para la preparación de la tierra, campañas de vacunaciones, etc., atribuyen su falta de continuidad e impedimento para que lleguen políticas de instituciones provinciales y nacionales a la identificación de los intereses de quienes concentran la provisión de insumos, asociado a figuras políticas que pretenden mantener las condiciones de sumisión de los AFCel, impidiendo que se empoderen y organicen.

Uno de los proyectos que nos han mencionado con interés es uno implementado desde 1993 y hasta 2008 para producir e importar ajo en el municipio de Cachi, proveniente del Programa Social Agropecuario. En épocas más recientes, rememoran la participación en las ferias de Salta y otras localidades de la provincia organizadas por el INTA en unos casos, y la Secretaría de Agricultura Familiar en otros. Con este organismo en la actualidad, hay un proyecto en conjunto con el municipio de Cachi para crear un Mercadito en la localidad donde los productores puedan comercializar en forma directa y obtener un margen mayor de ganancia. Desde esta Secretaría además, se han implementado distintos programas de desarrollo que han tenido injerencia en esta región, como el PROINDER, PRODERI, (así como otros programas del Ministerio como PROSAP y PISEAR), que han tendido a financiar y otorgar créditos para tecnificar y aumentar la productividad de los productores. Respecto a INTA, si bien cuenta en la zona con un centro regional de Salta y Jujuy en Cerrillos (Salta), Agencias de extensión rural en el Valle Calchaquí Salteño (Cafayate, Seclantás) y una Oficina de Información Técnica en San Carlos, “no realiza actividades de desarrollo rural en el ámbito del territorio municipal de Cachi” (Pais, 2011, p. 250). Es decir, si bien hay varios programas como Cambio Rural I y II, Pro Huerta, Programas Regionales con enfoque territorial –PRET- como el de fortalecimiento del desarrollo endógeno del Valle Calchaquí Salteño, el registro de actividades de la agencia es limitada en la memoria de los interlocutores y asociada a cuestiones de ensayos de investigación en la zona. Sin embargo, el INTA es una de las instituciones del Estado vinculadas al ámbito agropecuario que mayor visibilidad y representatividad tiene entre los AFCel. Incluso es notable la valoración que tienen con la Agencia de Extensión Rural ubicada en el departamento vallisto de Molinos, de la que los interlocutores tienen referencia de personas allegadas que trabajan muy bien junto a los agricultores. En relación a la vinculación con el organismo, los interlocutores mencionan que han ido técnicos a asesorar, recorrer y han hecho pruebas experimentales en la zona y participado en proyectos con la escuela agrotécnica de Payogasta, gestionado recursos e investigado. Las autoridades municipales de Cachi incluso mencionan estar trabajando en la actualidad en conjunto con INTA y la Secretaría de

Agricultura Familiar, aunque en este último caso ha habido interrupciones durante el macrismo a causa del despedido de personal del organismo, falta de recursos para asistir a la zona con regularidad, etc.

Por otro lado, las personas a cargo de la producción del municipio de Cachi, tanto en la actual gestión como con la anterior, han estado abocadas a impulsar la creación de cooperativas o asociaciones de productores, para poder por un lado gestionar de forma más justa y eficiente los precios, y por otro conseguir recursos dado que es la forma jurídica que requiere el Estado para otorgar créditos, adjudicar programas, etc. En este sentido, uno de ellos aduce que, para 2017:

Se puso menos pimiento que el año pasado, la gente se resiste a cambiar pero de todas maneras andaban. Hay que ir pensando que opciones hay, por ahí si de INTA o Agricultura Familiar pudieran ayudar con maquinarias básicas para hacer cultivos, acá tenemos tractor de la municipalidad y sólo un arado y bueno empezamos a arar, cobramos \$1800 la hectárea, que un particular te cobra de \$2500 a \$2800 (...) Hay una cooperativa que estaba funcionando antes que yo llegara y empezamos a formar otra, hemos empezado a trabajar con gente de Asuntos Agrarios, el veterinario, con el asesor de aquí de Cachi y con él hemos podido ingresar los papeles a Buenos Aires. Tenemos una constancia de que la cooperativa está en trámite, así que la idea es agrupar todos los productores y presentarse a proyectos pero falta la personería jurídica, ahora depende todo de Nación, y es cansador pero necesitamos hacer un proyecto para vender la cosecha, para sacarlo de donde está el productor (...) La idea del Mercadito ha sido lo primero que hemos empezado a trabajar con Agricultura Familiar y bueno con Asuntos Agrarios y la cooperativa, yo me encargo de hacer los papeles y se los mando a los chicos de Nación que nos están ayudando mucho y vienen seguido. El mercado estaría manejado por la municipalidad y sería más que nada hacer un tinglado con puestos para asociaciones, productores particulares para que no tengan que salir a llevar a Salta, se vendería todo lo de aquí del Valle Calchaquí: especies, poroto, pimiento, nuez, dulce, miel, artesanías, vinos. Los vinos le haríamos lugar a las bodegas y también a las comunidades y los que hacen el estilo de antes, el vino patero y la mistela que están trabajando con los chicos de Agricultura Familiar. El Mercadito va a estar en el circuito de los folletos, hay que modernizarlos turísticamente marcando todas las cosas que se puedan visitar y hacerles llegar a todas las empresas que nos visitan (A., 2017, Cachi).

En relación a las cooperativas, además de la desconfianza que producen en los más adultos tras experiencias previas, al tratarse de gestiones de gobierno, existe el prejuicio de que quien no la integre no va a estar incluido en ciertos beneficios como la compra de su producción por parte del municipio, el otorgamiento de insumos cuando hay, etc.; así como perciben que esta voluntad depende de a quien hayan apoyado los productores en su momento, por lo que es muy difícil conformarlas. En el caso de los jóvenes es notorio un mayor entusiasmo frente a la organización de cooperativas y proyectos comunales para los pobladores. Entre los comentarios resaltan opiniones como: “Hace falta una cooperativa para poder pelear precios, vender mejor pero está la experiencia que vino gente de afuera e hizo macanas”, “No se hace nada, hay proyectos pero después la plata no aparece, uno queda esperando y las cosas no aparecen”.

Desde distintos estamentos del Estado, se incentivan aun en la actualidad este tipo de estrategias como condición para habilitar créditos que mejoren sus condiciones productivas. Sin embargo, aunque represente ventajas en las formas de organización y comercialización para los AFCel, y se base además en formas de relaciones comunales preexistentes, termina siendo impuesta como requisito del Estado para fines financieros más que nada, y una asociación que no ha resultado en otras oportunidades, por lo que no adquiere la respuesta esperada. Así, los técnicos nos explicaban que teniendo personería jurídica es más sencillo postularse para el otorgamiento de créditos, aunque por otro lado, los productores nos mencionaban que implica demasiados trámites, viajar a Salta, y se pierde tiempo en lugar de dedicarlo a trabajar, y a veces no llegan a cumplir con los requisitos solicitados, etc., sumado a la reticencia que mencionamos respecto a las formas organizativas y la intervención de los funcionarios de gobierno. De esta manera, si bien se encuentran incipientes organizaciones como la “Asociación Agroapícola Cachi” de Fuerte Alto y hay experiencias organizativas en departamentos adyacentes con muy buenas experiencias –como la Comunidad Unida de Molinos, Cooperativa San Carlos, Cooperativa Cafayate, entre otras (Marinangeli et al., 2016a)-, cada uno se arregla con lo suyo, estando sujetos a la capacidad de negociación individual frente a quienes comercializan sus cosechas.

De esta manera, si bien en la actualidad hay programas específicos de Nación para el área y otros promocionados por la provincia y el municipio que acompañan e impulsan los propios, la insuficiencia de la intervención estatal y/o su ineficiencia o alcance limitado en los casos de acciones concretas; sumado a la falta de organización para comercializar que otorgaría mejores condiciones, complejiza la situación de los AFCel, que los posiciona en situación de inequidad en todos los casos. En este sentido además, cabe destacar que algunas intervenciones estatales a nivel macroeconómico también han repercutido en forma negativa

en economías regionales como la vallista. Así, por ejemplo, durante la campaña 2017 a raíz de las políticas neoliberales de la gestión del ex -presidente Mauricio Macri se incrementaron las importaciones de pimiento para pimentón desde países como China, Chile y Perú. Si bien ya se registraban este tipo de importaciones en campañas anteriores (Maggi, 2007; Manzanal, 1987, 1995), esta mayor apertura provocó que los productores no pudieran vender el pimiento al no lograr competir con los precios con los que los acopiadores obtenían el producto extranjero – US\$1.50 a 2.60 por kg promedio (Boletín del Gobierno de la Provincia de Salta, 2018)-. En el rango de años 2014-2016 se triplicaron las importaciones de pimiento seco, siendo 2016 año récord de importación a un precio que las economías regionales no pueden competir (INDEC 2016 en Vove, 2017). Así, en las entrevistas realizadas en aquel momento, los AFCEl nos relataban la preocupación de que los intermediarios no se acercaban a retirar la cosecha, y además los costos de producción, al estar dolarizados, habían aumentado, por lo que motivaba a emprender otros cultivos dada la inestabilidad. Las referencias rondaban en:

Se abrieron importaciones de pimentón de Chile, China, Perú. Por eso este año no valió nada, yo estoy vendiendo \$40 la bolsa y el año 2015-2014 estaba \$200-300 por ahí. Además no se vende, no se lo llevan. Entonces vos te ponés a hacer números y con la inflación los herbicidas y todo eso nada queda entonces mucha gente va a Cachi a buscar empleo a la municipalidad o se emplea como albañil para cobrar por semana o día y tener plata diaria (C., 2017, San José).

Este año han vendido bien, imagínese que todos los que han tenido pimiento han vendido y han pagado ahí nomás así que ha salido bien, lo importante es que salga sino queda de un año para el otro y ya no sirve, se enferma el pimiento. Otros años no podían vender, los compradores decían que traían mejor de España, de Perú y pagaban poquito. El pimiento ahora lo han pagado \$53 el kg y el kg de azúcar, de harina, de arroz ¿cuánto está? entonces vendés el pimiento y compras la mercadería pero no alcanza (E., 2018, Payogasta).

Bueno el año pasado 2016 eran casi 150.000 kg que se ha cosechado de pimiento, este año se ha cosechado 122.000 kg, un poco menos pero menos venta por las importaciones. Se reemplazó con cebolla, tomate y bueno algunos alfalfa igual no da lo que tenía que dar el pimiento porque al tener sequía y las lluvias han sido tardías se ha caído la primera flor... el agua también afectó al poroto. Este año el poroto ha andado en los 204.000 kg y el año pasado 250.000 kg. Esta producción de la gente de zona

norte es mayor a la del pimiento, los productores están pensando alternativas (A., funcionario municipal, 2017, Cachi).

En 2017, el precio sugerido por la Mesa de Pimiento para Pimentón de Salta era de \$45 el kg, y en 2018 ascendió a \$58 el kg a partir del convenio entre dicha Mesa, representantes del sector productivo del pimentón y funcionarios de la Secretaría de Asuntos Agrarios y del Ministerio de Producción, Trabajo y Desarrollo Sustentable de la provincia (Boletín del Gobierno de la Provincia de Salta, 2018)⁴⁷. Sin embargo, los productores mencionan que lo han llegado a pagar entre \$53 y \$56, en el caso que lo retiraran ante la conveniencia de importar. Referentes municipales sostienen esta observación, y nos comentaban que:

Fue un buen año respecto a los kg pero la verdura no ha tenido buen precio de venta. El pimiento un poquito ha levantado, por lo menos se ha logrado vender a \$53, \$56 y el poroto a \$45, que es barato. Se fija un precio pero difícil que se llegue a pagar eso, los intermediarios se quedan con buena parte, el poroto por ejemplo pagaron igual que el año pasado siendo que \$43 fue el piso, el pimiento de \$53 a \$56, tomate \$80 y el criollo \$40 (A., 2018, Cachi).

En 2019 el precio referencial que se fijó fue de \$100 el kg, motivado este gran aumento por la situación económica del país y los costos que deben afrontar los productores pero, sin embargo, tampoco se llegó a pagar este valor aunque sí pudieron vender la cosecha. En este sentido, mencionan que “el pimiento se ha levantado este año pero no tiene precio, llegan a pagar \$70 u \$80, la municipalidad pagó \$90. No se puede pelear el precio, ahora algunos están poniendo pimiento, poquitos” (J., 2019, Cachi Adentro), “Acá vienen los intermediarios de Salta, de Tucumán y te paga \$90 como mucho el pimiento en rama, o te dejan un cheque, te pagan de a poco, no hay controles para eso” (A., 2019, Las Pailas). Este factor de precios ha sido mencionado como una de las causas de la merma de la comercialización de este producto, e incluso referentes municipales cacheños ligados al sector han referido a un descenso de la dedicación agrícola en general:

El productor está dejando de costado la agricultura por los bajos costos de las cosechas y apunta a otra cosa, otro trabajo, a otro rubro, ya. Eso se está viendo mucho para la zona sur, la zona norte dentro de todo, como está haciendo viñedo, y hay algunos patrones nuevos de afuera que toman más o menos 50 empleados, en cambio para

⁴⁷ El aumento del precio sostén interanual –que no siempre se respeta, como hemos visto-, ha crecido un 5% para el período 2016/2017; 22,5% respecto 2017/2018 y 42% para 2018/2019 (Boletín del Gobierno de la Provincia de Salta, 2018). Sin embargo, teniendo en cuenta el ritmo inflacionario de estos últimos años, estos aumentos han sido insuficiente para equipararla.

abajo hay un solo patrón pero no tiene mucho personal, se dedica a hacer alfa y más que nada turismo, y en ese caso no te lleva mucha gente (A., funcionario municipal 2017, Cachi).

En este sentido, es preciso abordar las nuevas prácticas y actores económicos presentes en el área, que si bien no son representativas de los AFCel, afectan su dinámica en las distintas etapas del proceso de producción.

10.3. Actividades productivas en auge: vid y turismo

La profundización del modelo neoliberal en nuestro país a partir de la década de 1990 ha exacerbado las lógicas del mercado, representada en el Valle por el desarrollo de la actividad vitivinícola industrial orientada a un nuevo mercado globalizado (Arqueros y Manzanal, 2004; Cieza 2010; Pais, 2011), que se intensifica a partir de la década del 2000 con la producción de vinos finos y de alta gama (Villagran, 2014). Como se refirió para la situación contextual del Valle, este tipo de actividad ha generado desempleo y expulsión de la población local de las fincas en las que residían (Cerra, 2015; Sabio Collado y Milana, 2018; Villagrán, 2013), contribuyendo al proceso migratorio y de urbanización (Cáceres, 2015), y afectando por lo tanto las relaciones y dinámicas de organización agrícolas preexistentes (Villagrán, 2013). Asimismo, dicha actividad suele articularse con otros emprendimientos inmobiliarios que conllevan la acentuación del turismo (ibid). Este último ha adquirido cada vez mayor importancia como asunto público en el país, percibido como un factor central de crecimiento con posterioridad a la crisis del 2001, y se vio favorecido, en particular el turismo extranjero, por la devaluación del peso argentino durante el año siguiente (Schenkel, 2015). El impacto de los procesos que conllevan estas prácticas económicas ha sido analizado con mayor profundidad para Cafayate, aunque ambas están muy presentes en el Valle (Arqueros y Manzanal, 2004; Cieza, 2010; Pais, 2010, 2011; Vázquez, 2014, Vázquez y Aguilar, 2014; Villagrán, 2013, 2014; Villagrán y López, 2017). Esta asociación de actividades y las implicancias que conllevan pueden verse con claridad en el siguiente fragmento:

La producción vitivinícola local se inserta en el mercado globalizado, adecuándose a la re-estructuración neoliberal y a la “modernización” productiva; las propiedades se transnacionalizan y, a la vez, el vino se complementa con la actividad turística y los procesos de patrimonialización –todo en un mismo paquete, donde los grupos empresariales son los artífices de ese maridaje. El diseño y ejecución de dos emprendimientos de gran incidencia a nivel local, la ruta del vino y el museo de la vid y el vino, enlazan de modo indisoluble vino y turismo. Paralelamente se observa el

arribo de inversionistas que llevan adelante proyectos inmobiliarios turísticos, como la construcción de “hoteles boutique”, “estancias y pueblos de vino” y “bodegas turísticas”, promoviendo el vino como principal atractivo. En ese contexto el pasado señorial de las fincas, su halo colonial y la “tradicción” que condensan, se pone en valor desde los discursos de promoción turística y las casonas de antiguas haciendas transmutan a exclusivos museos y hoteles (Villagran, 2014, p. 175).

En principio, al implantarse estas bodegas en el departamento de Cachi, los AFCEl tenían como opción la venta de su cosecha a estos emprendimientos que se instalaban en la región para producir vino. Así, algunas de ellas entregaban palos para las espalderas, semillas y otros insumos a los productores a cambio de que luego concedieran parte de la producción. Esta alternativa, sobre todo centrada hacia la parte sur de Cachi, se vio disminuida al especializarse los viñedos en nuevas variedades de uva, abocadas a la realización de vino de altura y excluyendo por lo tanto a la producción tradicional local, como sucedió en otras partes del Valle. En este sentido, un funcionario municipal de Cachi comentaba que:

En Cachi las bodegas no impactan tanto en la producción porque son clases de viñedos que vos tenés que hacer el goteo y es mucha inversión. Y gente de aquí de Cachi hay uno sólo que le ha hecho el goteo -énfasis-, después el resto han sacado el formato, el estilo de trabajar con la uva y la han encatrado digamos la uva pero tenés que hacer una represa, tenés que tener una bomba, las mangueras todo y es mucha inversión, ya no les da para la gente así criolla de aquí, pero la gente de afuera lo está haciendo y se han visto resultados, se está vendiendo bien gracias a dios y bueno pero el tema es que la gente de aquí no lo hace, no le da el bolsillo para hacerlo. A veces compran uva a la gente, este año por ejemplo todos los que han hecho viñedo la bodega grande que sería de Colomé ha comprado todo, le han dado la damera para que junten y la llevó toda la cosecha. Iban pesando y vendiendo, eso está bien lo que han hecho, nos ha jugado a favor. Pero también había, el anteaño pasado ha salido un empate no tenían nada de ganancia así que es como toda producción (A., 2018, Cachi).

Es notorio entonces que, si bien el auge de la actividad propició expectativas respecto a la oportunidad laboral en estas explotaciones como fuerza de trabajo, fueron mermando al no requerir este tipo de producción tan sofisticada demasiada mano de obra, ni comprarles la cosecha de sus variedades de uva a los AFCEl. Con posterioridad, esta expectativa fue renovada al complementarse con otras actividades como la turística, motorizando por lo tanto emprendimientos asociados que convocan la afluencia de nuevos actores como agentes

inmobiliarios, empresarios hoteleros, gastronómicos, agropecuarios, etc., para crear una determinada infraestructura orientada a recibir los visitantes. En este sentido, se suele emplear personas jóvenes más que nada para trabajar en limpieza, mozos, recepción y guías locales en hoteles y restaurantes, aunque comparada con la actividad agrícola, la demanda es mucho menor (Pais, 2010).

En este marco, el Estado ha venido acompañando y propiciando estos procesos de diversas maneras. Por un lado, a nivel más general desde el gobierno nacional, en el marco de regulaciones del Instituto Nacional de Vitivinicultura⁴⁸, se gestionó en 2004 el Plan Estratégico Argentina Vitivinícola 2020 para desarrollar la actividad, en el que se declara, entre otras cosas, el vino como bebida nacional en el año 2013, mediante la Ley 26.870. En la actualidad, su desarrollo en los Valles Calchaquíes ha traccionado además el interés de Nación en fortalecer el turismo mediante el beneficio de algunas de sus localidades a través del Fondo Nacional de Desarrollo Turístico. Cachi en particular, fue el único pueblo salteño seleccionado en 2017 para incluirse al Programa Nacional Pueblos Auténticos, que tiene el objetivo de potenciar el desarrollo turístico de determinadas comunidades, poniendo en valor la identidad local y el patrimonio cultural⁴⁹, y también se han recibido fondos del BID para financiar la ruta escénica de Salta a Cachi, además de capacitaciones y otras actividades para potenciar el turismo. En este marco, se intenta promover la afluencia de visitantes a partir de focalizar en su pintoresca cultura, historia e identidad, realzando sus características coloniales y pasado indígena –generando por tanto un distanciamiento con los pueblos indígenas actuales- (Castellanos et al., 2018).

Por otro lado, la provincia además pone en vigencia desde 2011 el Programa de Posicionamiento de vino de altura para fortalecer el consumo de este producto salteño,

⁴⁸ “El Instituto Nacional de Vitivinicultura tiene como objetivo fundamental la fiscalización de la genuinidad de los productos vitivinícolas; contralor de la producción, circulación, fraccionamiento y comercialización de los alcoholes etílico y metanol y Autoridad de Aplicación del Sistema de Designación del Origen de los Vinos y de las Bebidas Espirituosas de Origen Vínico, simplificando la normativa vigente para los diferentes actores del medio, e innovando con tecnología de punta para alcanzar estándares de calidad” (Secretaría de Agroindustria del Ministerio de Producción y Trabajo de la Nación, 2019). El organismo se crea en 1959 mediante la Ley N° 14878 con la finalidad de promocionar la industria y el comercio vitivinícolas y controlar y regular la producción. Permaneció intervenido desde fines de 1963 hasta 1984 y en 1991 acompañando políticas neoliberales se desregularizó y restringió su función, modificando además su estructura, financiación, adecuando intereses, etc. (Hernández, 2014). En mayo de 2003 mediante Decreto 1279 se adecúa la estructura organizativa del Instituto descentralizado dependiente de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos del Ministerio de la Producción. En la actualidad, producto de las reestructuraciones en los organismos de gobierno, actúa como organismo descentralizado que depende de la Secretaría de Agroindustria del Ministerio de Producción y Trabajo de Nación.

⁴⁹ “El foco está en enaltecer sus características únicas y distintivas, su patrimonio inmaterial vinculado a historia, fiestas, tradiciones, producción artesanal, gastronomía tradicional y cualquier otra manifestación que dé cuenta de la identidad local. Una propuesta innovadora que busca poner en valor la identidad de pueblos con características únicas a lo largo de todo el país, promoviendo la apropiación de la comunidad local y la revalorización del patrimonio natural y cultura” (Ministerio de Turismo y Cultura de la Nación, 2017).

instituyendo entre otras cosas la celebración del Día Internacional del Malbec y la Semana del Vino, propiciando distintos eventos, capacitaciones y actividades orientadas a su promoción (Ministerio de Gobierno Salta). También creó en 2011 el Museo del Vino en la localidad de Cafayate y promueve el recorrido de La Ruta del Vino desde el Ministerio de Cultura, Turismo y Deportes, conjugando en este sentido su producción con el turismo y otras propuestas que enmarca como ecoturismo, turismo cultural, de aventura y en relación al circuito de artesanos, gastronómico, la oferta de hoteles exclusivos, etc. y acentuando la belleza del paisaje y la cultura de la región. Como parte del impulso turístico, dicho Ministerio exalta estos atributos, de modo que:

Sus paisajes, sus colores, la brisa de las montañas y un cielo transparente, hacen de la Ruta del Vino salteña el lugar elegido para disfrutar de históricos poblados, viñedos, bodegas y vinos. Dentro de la amplia biodiversidad geográfica que ofrece Salta, la región vitivinícola de los Valles Calchaquíes está rodeada de cordones montañosos de inusual belleza y colores, cielos límpidos e históricos poblados. En esta zona se encuentran los viñedos más altos del mundo (1700 a 3000 msnm) y se produce el emblemático vino Torrontés. En este valle de verdes viñedos y coloridos cerros, tierras nacidas para el vino por sus singulares características (...) podrá optar entre tentadoras propuestas y actividades que van desde baños y masajes en exclusivos spa, a caminatas, cabalgatas o paseos en bicicleta. Despertar y contemplar a través de la ventana la extensión interminable de la viña salteña, al pie de la montaña, a un paso del cielo (Registro provincial de prestadores de servicios relacionados a la Ruta del Vino, Ministerio de Cultura, Turismo y Deporte, 2018).

Si bien el turismo como política de Estado tendiente al desarrollo ya tenía una tradición de al menos medio siglo por parte del gobierno provincial (Cáceres, 2015, 2018), se intensifica a partir de la década de 1970 (Cáceres, 2015; Vázquez, 2014; Villagrán, 2013) y desde el año 1995 se desarrollan propagandas e incentivan el desarrollo de inversiones para atraer visitantes (Villagrán, 2013). En la actualidad, se focalizan ciertos circuitos en los que el recorrido de “La Ruta del Vino” tiene gran repercusión. Así, las principales bodegas de altura del Valle Calchaquí –Cafayate, Cachi, Molinos con Salta Capital- articulan con el turismo a través de sus “pueblos centenarios con una enorme riqueza cultural que se expresa en su música y artesanías” (Sitio oficial de turismo del Gobierno de la Provincia de Salta, 2018).

Por otro lado, los municipios del departamento han procurado mantener las fachadas, establecer calendarios anuales donde se ofrecen actividades al turismo ligadas en mayor

medida a las comidas, música, artesanías, festividades tradicionales, donde la cultura de la población forma parte del atractivo turístico. El municipio de Payogasta, por ejemplo, dirige acciones con el fin de retener el turismo que pasa por Cachi. En este sentido, se está apuntando a la oferta hotelera, el establecimiento de ferias en la plaza, difundir las festividades y potenciar las producciones locales, así como realizar inversiones municipales y provinciales en cuestiones de infraestructura como el adoquinado de las calles, un proyecto de extender el área de la plaza, etc. La proximidad con el Parque Nacional Los Cardones es un aspecto que favorece estos intereses, así como el contar con una bodega y hotel boutique incluidos en la Ruta del Vino.

En este contexto, para el año 2000 ya se registraban siete establecimientos en producción de viñedos de altura en el departamento de Cachi, cifra que ha ido en aumento (tabla 16). Tres de estas bodegas están incluidas en la Ruta del Vino, y también conjugan en sus expresiones hacia los visitantes, atractivos del mismo orden. Así, una bodega de alta calidad de vino orientada a un mercado específico, promociona por ejemplo que:

Cachi, corazón del Alto Valle Calchaquí, conquista al viajero con la inmensidad de su paisaje, su arquitectura colonial, la arqueología preincaica y también con el sabor de sus vinos, en los que se reconocen características particulares, propiciadas por la altitud de sus viñedos (entre 2300 y 2500 msnm) [página web de Bodega Isasmendi]

Asimismo, al menos tres de estos emprendimientos presentan hoteles o cabañas boutique como parte de su infraestructura. Este tipo de alojamientos se remontan en la zona a la década de 1990 y se diversifican a partir de 2001, para alojar a los visitantes dentro de las mismas bodegas con el confort que los caracteriza. En Cachi, uno de estos establecimientos pioneros consta del año 1992, los demás surgen a partir de inicios de la década de 2000. Esta tendencia ha sido creciente, y es visible en la documentación oficial respecto a la infraestructura hotelera y destinos principales de la cantidad de arribos turísticos que llegan a la provincia. Así, en los registros del Ministerio de Cultura, para 2010 se contabilizan 11 alojamientos en total en Cachi, de los cuales cuatro corresponden a hospedajes residenciales. Mientras que para 2013 ascienden a 17 los alojamientos totales, 7 de ellos de características residenciales -a partir del año 2016 se contabilizan 16 establecimientos y 6 de este tipo-. Asimismo, para 2013 se puede establecer un correlato con el registro del incremento en las experiencias vinculadas al atractivo del vino en Cachi (Anuarios Estadísticos del Ministerio de Cultura, Turismo y Deportes de Salta). Respecto al turismo en Salta, como se puede ver en la tabla 17, Cachi se ha convertido en el tercer destino más visitado luego de Salta capital y

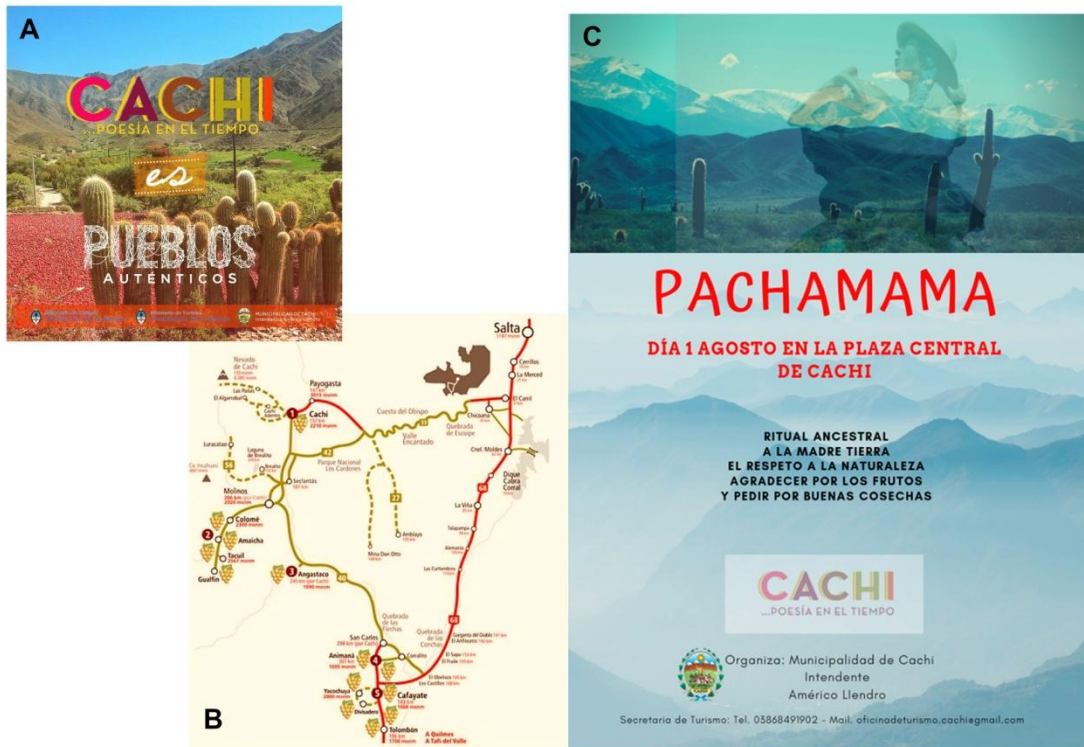
alrededores y Cafayate, a partir del año 2012 en adelante, y ha denotado un gran incremento en los arribos turísticos en pocos años. Además del incentivo estatal, cabe destacar que los medios de comunicación nacionales también se han hecho eco en la promoción turística, acentuando como atractivos principales la disponibilidad de hotelería boutique y los viñedos más altos del mundo en el Norte argentino (La Nación, 2018; Viva, 2016).

De esta manera, el turismo se ha convertido en parte de la cotidianeidad de Cachi, y se ha inmiscuido en algunas dinámicas locales como el carácter público que adquiere el homenaje a la Pachamama que se realiza en la plaza central de la localidad (Figura 10). Es decir que el interés en estos procesos referidos con anterioridad –la instalación de nuevos modelos productivos asociados a los vinos de altura y el creciente interés turístico relacionado en gran medida a dicha actividad–, que se intensifican a partir de inicios de siglo, radica en los impactos que genera en los AFCel. Se ha referido para el Valle a los usos del espacio y prácticas diferenciales que tensionan con otras locales y afectan de diversas maneras la organización productiva de estos sujetos (Villagrán, 2013; Vázquez, 2014; Vázquez y Aguilar, 2014; Villagrán y López, 2017), el impacto en la economía regional y las condiciones de trabajo de la población (Teves, 2005), además de la transformación de la producción regional del vino (Pais, 2011; Vázquez, 2014; Villagrán, 2013, 2014). Para Cachi, se ha abordado en capítulos previos las reconfiguraciones en la estructura parcelaria a partir de una mayor concentración de territorio en un sector minoritario de la población, perturbando aquellos utilizados para la agricultura de los AFCel y significando el avance sobre territorios comunales. Estos cambios, asimismo, acarrearán el incremento del valor de la propiedad, la presión por el agua, la especulación inmobiliaria y otros factores financieros producto de estas inversiones de capital que nada tienen que ver con las lógicas locales (Pais, 2010). Además, estos factores han propiciado dinámicas de movilidad poblacional en los AFCel hacia las localidades principales para desarrollar sus actividades o emprender otras (asociadas al desarrollo de estudios superiores, empleos en organismos públicos, comercios, etc.), así como la acentuación de procesos migratorios de los jóvenes hacia la capital provincial y otras ciudades del país, buscando alternativas a la agricultura.

Figura 10

Imágenes de promoción de políticas públicas asociadas al turismo a nivel nacional (A), provincial (B) y municipal (C), como se ha mencionado en el desarrollo del capítulo (obtenidas del Facebook del Municipio de Cachi

<https://www.facebook.com/municipalidaddecachi/photos>, y <http://saltasoy.com.ar/salta-y-la-ruta-del-vino-mas-alta-del-mundo-2/>).



A la luz de estas transformaciones, es importante tener en cuenta para considerar el impacto que genera en los AFCEI, dinámicas organizativas propias de esferas que se dan por fuera de las de mercado, como las desarrolladas en el capítulo siguiente.

Tabla 16

Cantidad de Viñedos y extensión de los mismos según escala de superficie. Departamento de Cachi.

VIÑEDOS CACHI	0,001 a 0,5 ha	Sup. (ha)	0,5 a 1 ha	Sup. (ha)	1 a 2,5 ha	Sup. (ha)	2,5 a 5 ha	Sup. (ha)	5 a 7,5 ha	Sup. (ha)	15 a 25 ha	Sup. (ha)	25 a 50 ha	Sup.	TOTAL VIÑEDOS	TOTAL SUP.
2000	4	1,24	3	1,94											7	3,18 ha
2005	4	1,2	3	1,9			1	4				1	17		9	25 ha
2010	3	0,9	2	1,5	2	3,22	2	6,98	1	6,59			1	34,2	11	53,41 ha
2015	1	0,04	5	3,38	2	3,23	2	6,98	1	6,59	1	24,2	1	34,2	13	78,61 ha
2018	3	0,9	3	2,5	3	5,6	2	7	2	13,1	1	24,2	1	34,2	15	87,4 ha

Nota. *Elaboración* propia en base a datos de los informes anuales del Instituto Nacional de Vitivinicultura.

Tabla 17

Cantidad de arribos turísticos a los principales destinos de la provincia de Salta.

Año	Salta y alrededores	Cafayate	Cachi	Ros. de la Frontera	Crel. Moldes	S.A. de los Cobres	Resto pcia.	Total pcia.
2009	739.154	76.731	27.613	40.270	43.293	2.812	129.089	1.159.143
2010	878.040	126.016	29.539	52.426	42.138	3.336	219.730	1.480.906
2011	970.024	142.416	36.544	43.457	23.844	4.443	155.306	1.507.082
2012	946.521	148.874	43.949	36.703	37.401	4.636	175.143	1.518.517
2013	975.072	209.890	53.382	32.594	27.884	11.333	168.270	1.679.023
2014	1.008.489	264.644	55.482	30.015	18.436	11.283	170.204	1.706.703
2015	1.002.877	271.242	48.154	33.863	26.806	12.183	202.678	1.768.536
2016	974.075	265.337	50.226	30.729	22.367	15.206	165.304	1.673.734
2017	957.289	247.599	58.077	32.462	21.025	15.988	199.857	1.722.227

Nota. Elaboración propia a partir de Informes Estadísticos de diversos años del sitio oficial de Turismo de la provincia de Salta (Programa de Estadísticas del Ministerio de Cultura y Turismo, <http://estadisticas.salta.gov.ar/web/level3/2/14/126/102/null>). El recorte temporal establecido corresponde a la información de los anuarios disponibles para consulta.

CAPITULO 11

“Darse la vuelta”.

Dinámicas de intercambio.

Características de los trueques y cambios,
préstamos y convidos en la actualidad.

*Yo soy cantora del valle
Y cantar es mi destino
Con hilos de colores
Tejo coplas por el camino*

Eva Arjona, coplera de Cachi



11.1. El valor de los intercambios en la actualidad

En vinculación a lo mencionado con anterioridad, y como refieren Golte y de la Cadena (1986) para los Andes peruanos, las esferas de intercambio por donde circula la producción de bienes de uso y el intercambio no-mercantil de bienes y servicios, y aquellas propias de la producción de bienes de cambio para el mercado general, coexisten en una estructura única. Es decir, a pesar de estar muy presentes las relaciones de mercado en la actualidad (Mayer, 2004),

Las redes de trueque organizan el espacio regional en forma diferente y mueven a personas y bienes por canales y caminos diferentes a la organización del espacio dominado por espacios urbanos y sus sistemas mercantiles. Sin embargo, es importante recordar que esta esfera de trueque y relaciones de reciprocidad existe enmarcado dentro de un sistema más complejo y sobre todo, más poderosos de mercados extractivos, y relaciones de explotación que fuertemente afectan a la economía doméstica de los Andes (Mayer, 2004, p. 67).

En el mismo sentido, Abduca (2007) advierte que las formas recíprocitarias e intercambios no están delimitados a una determinada situación social, sino que se dan en diversos contextos donde, en todo caso, se distinguen bienes de consumo directo y aquellos que no en lo son. Sin embargo, las lógicas de mercado no han llegado a sustituir ni transformar por completo reglas de interacción previas (Golte y de la Cadena, 1986), por lo que es preciso abordar estas esferas como un continuo basado en actividades agrarias interactuando entre sí -dado que muchas veces son interdependientes, otras paralelas o se retroalimentan en forma negativa, etc.- (Mayer, 2004). Así, volvemos a establecer esta diferenciación en la tesis con fines analíticos, pero teniendo en cuenta que

El investigador que trata de entender la dinámica de la organización productiva y de intercambio en el campo andino necesariamente tiene que partir de la doble terminación y analizarla como conjunto; y, al mismo tiempo, debe separar las esferas ya que se trata de dos racionalidades diversas, superpuestas y algunas veces opuestas (Golte y de la Cadena, 1986, p. 19).

Como parte del abordaje de esas esferas, en el capítulo anterior se identificaron los momentos de mayor impulso hacia la comercialización con fines de renta en el área de Cachi, en vinculación a determinados cultivos, organización y prácticas productivas. Asimismo, al inicio de la tesis, se han analizado para el NOA los intercambios itinerantes y los transportes en caravanas tendientes a realizar viajes para obtener bienes de uso que satisfagan las

necesidades de productos de distintas zonas entre la puna y los valles (Abeledo, 2013, 2014; Bugallo, 2008; García et al., 2002; García y Rolandi, 2000; Gobel, 1998; Karasik, 1984; Hocsman, 2010; Troncoso, 2016). También se han mencionado las ferias como encuentros periódicos realizados aun en la actualidad (González y Bergesio, 2016) en espacios en los que se congregan personas de distintos lugares a realizar intercambios, cuya finalidad es el autoabastecimiento (Campisi 2001; Karasik, 1984; Morales et al., 2018). Algunos trabajos para el área de los Valles Calchaquíes salteños registran la práctica hasta hace al menos una década (Torres, 2004), señalando este tipo de intercambios en eventos festivos (Pais, 2011), a partir del interés en productos de distintos pisos ecológicos (Cieza, 2010). En algunas oportunidades, se encuentran menciones etnográficas referidas a que llegaban a Cachi mulas con cargas de cueros o sal, que se trocaban por bolsas de maíz, que hacían moler con frecuencia en el molino de Payogasta para obtener directamente las harinas. Las investigaciones en este molino histórico indican que los contactos con la zona de la Puna, y en particular San Antonio de los Cobres, eran frecuentes y por tanto es posible que esta práctica se haya desarrollado desde mediados del siglo XIX, cuando el molino entró en funcionamiento, hasta la mitad del siglo XX (Pifano y Páez, 2020; Pifano et al., 2021).

Si bien no se dispone de datos específicos para la época colonial, es posible inferir que la complementariedad de recursos entre ecologías diferentes tiene raíces mucho más profundas. La información arqueológica disponible para el sitio Las Pailas, dentro del área de estudio, sugiere la presencia de algunas materias primas que no son del lugar y que habrían llegado a partir de circuitos de movilidad. Tal es el caso de obsidias clasificadas como pertenecientes a las variedades ona, quirón, zapalero y tocomar, provenientes del área de Puna (Carbonelli, 2014). El ingreso de estas rocas, a través de rutas especializadas, permitió la elaboración de instrumentos que sirvieron para la caza de animales, y que también fueron encontrados en ofrendas rituales en lugares del Valle (Páez et al., 2014) dando cuenta del importante valor simbólico y social que tenían estos materiales para el período que se extiende desde el 900 d. C. hasta la llegada de los españoles a la región, hacia 1532. Para momentos anteriores a estas fechas también se identificaron estas materias primas alóctonas (Rivolta et al., 2020), y si bien su presencia no es tan conspicua, alienta a pensar que la circulación de bienes entre diferentes pisos ecológicos ocurría, al menos, desde el primer milenio de la Era Cristiana. Esta práctica también está documentada a partir de otras vías de análisis, como es el caso de la iconografía de piezas utilizadas para la textilería, identificadas en sitios locales y que se pueden relacionar con otras regiones del Noroeste argentino (Sprovieri, 2014). En estos casos, no es posible identificar tan fácilmente si lo que se está moviendo son

los bienes ya producidos o las ideas que le darán origen; no obstante representan un indicio del temprano contacto entre el Valle y otras geografías (Marinangeli et al., 2021).

En este capítulo, se centrará el análisis en la configuración de estas redes de intercambio vigentes y aquellas dinámicas de circulación no mercantiles, que adquieren diversas formas y matices en la actualidad.

11.2. La dinámica de los intercambios en Cachi

Como se mencionó en forma previa, los cultivos diversificados de autoconsumo no se restringen únicamente al abastecimiento familiar. Por lo general los excedentes suelen comercializarse en las ferias que se realizan alrededor de las plazas de Cachi y Payogasta en época de estación de dichas verduras (Figura 11), e incluso se provee a los almacenes locales con quienes se intercambia parte de la cosecha por bienes de consumo o por dinero.

Figura 11

Productos agrícolas expuestos en una feria desarrollada durante el receso invernal de 2018 en la plaza de Payogasta.



Otra red importante por donde circulan estos productos, e incluso también –aunque en menor medida– aquellos elaborados para la venta, tiene que ver con los *préstamos*, *convidos* y *cambios* que se establecen entre parientes, vecinos, amistades, etc. Estas redes están fundadas en relaciones de colaboración y reciprocidad mutuas, así como los *trueques* o

*cambalaches*⁵⁰, por lo general asociados a intercambios de productos de necesidad entre distintos ambientes.

Por un lado, se ha observado con frecuencia como parte de dinámicas cotidianas, el hecho de llevar parte de la cosecha y compartir lo que se tiene con la familia, vecinos y amistades. A esta práctica se la considera un convido, que reviste una actitud desinteresada en la que se da sin mediar una solicitud y sin esperar nada a cambio, y sobre la que no se reflexiona demasiado, al menos cuando se pregunta por la misma. Así, hemos observado personas trasladando zanahorias, cebollas, plantas de orégano, papa, etc. hacia la casa de algún vecino o pariente, o una mujer que convidaba anchi a familiares lejanos tras la fiesta de la comida vallista, quien refirió que después le devolvían y si no, no había inconvenientes.

Si bien en todos los casos comentan que no se espera una retribución, de alguna manera la expectativa es que los demás tengan ese tipo de actitudes también, tal como se mencionó para los intercambios recíprocos al inicio de la tesis. En este sentido, conversando con una señora de un paraje cercano a Cachi que había bajado al pueblo a realizar compras, vio pasar una camioneta mientras esperaba el colectivo para el regreso y se molestó al ver quien era y no se detuvo, porque ella había comprado cosas para su casa y le estaba prestando un favor. De la misma manera, otra persona me sugirió que no importaba si los demás no convidan cuando tienen, pero que eso habla de sus actitudes y qué esperar de ellos, “ya se sabe cómo son”. En los siguientes relatos, es visible esta acción desinteresada de convido entre la familia:

Por ahí si nosotros tenemos cebolla le damos a la señora del otro lado, a veces ella tiene tomate y ya nos pasa. Aquí la gente es buena pero así cambiarse no, porque todos ponen lo que van a consumir. Pero después voy a la banda y la abuelita que tiene 93 años ya nos da un zapallo, dos o tres papas, nosotros llevamos choclo y así nos convidamos lo que tenemos (C., 2017, Punta del Agua).

Los cambios entre familia no se hacen porque ellos ponen todo lo que ponemos nosotros. Por ahí alguna verdura. Ponele: yo no pongo habas, me dice “tengo habas si querés comer ándate a cosechar”, y yo también cuando tengo lechuga o si querés acelga, zanahoria “anda a sacar”. Nos mandamos así directamente, o como vive lejos le pregunto si va a querer y le llevo si necesita zanahoria, por ahí sé que pone poco y

⁵⁰ Los términos presentados en cursiva en el párrafo, son conceptos emic con los que los interlocutores denominan a los distintos tipos de intercambios mencionados. Sólo se hará la distinción en esta oportunidad, y en lo sucesivo se desarrollará cada uno de ellos.

entonces le llevo, pero siempre nos estamos ayudando entre la familia (M., 2016, San José).

Nos conocemos todos, el que no es amigo es familia, nos decimos llévate choclo, juntate habas, hay zapallo, buena es la gente, después cuando hay te traen, así es. Aquí no creció mucho como en Cachi, la mayoría son familias de la finca, también nos prestamos y cambiamos, por ejemplo tenés carne y cambiás por verduras (N., 2019, Palermo Oeste).

Cuando llevo verduras a mis familiares o vecinos lo hago por convidar, por compartir digamos, de regalo. Por ejemplo yo sé que mi hermana no pone tomate ni morrón y yo tengo, entonces le llevo una paila de tomate para ella, una jaula de morrón. O ella me trae un poco de nueces que yo no tengo nogal y así, cuando ella tiene manzanas me trae, pero ya es convidar no es como tipo de pago, sino me devuelve nada es lo mismo. Lo mismo que si te van a visitar, es una forma de amistad decir tengo zapallito ¿querés llevarte?, o si tengo poroto convidas y no esperas cobrar. Si vienen a comprar y por ejemplo yo tengo todo este terreno de zanahoria bueno le digo que lleve porque tengo, como yo les digo siempre cuando hay, hay para todos, cuando no hay, no hay para nadie. No es que es mucho como voy a andar cobrando, no tengo un almacén para vender (N., 2018, Cachi Adentro).

Estas prácticas de compartir y prestarse entre vecinos, familias, amigos están muy arraigadas y se dan con frecuencia en lo cotidiano. Su observación ha permitido profundizar en las entrevistas respecto a las características de estos distintos tipos de intercambios que se mencionan. Los préstamos, otras de las formas de circulación bienes, a diferencia de los convidos toman forma de solicitudes explícitas por las cuales se espera la retribución. Esta retribución no necesariamente debe darse en forma inmediata y puede ser con el mismo producto u otro, o dinero en caso que no los posea esa otra persona. Sucede, por ejemplo, cuando una familia cosecha algo que otro vecino, familiar o amigo no tiene o aún no ha dado sus frutos, y se lo ofrece o piden en préstamo por alguna otra verdura o la misma cuando esté. Lo mismo ocurre cuando hay actividades de faena y se reparte carne, que después cuando carnea la otra persona devuelve, tomando este compromiso implícito. También, sin mediar objetos, los favores suelen considerarse préstamos, en el sentido que se hacen voluntariamente aunque después se espera que esa persona esté disponible para realizar algún favor cuando se lo solicite, o por lo menos se condena la idea de que no acepte. Por

ejemplo, un vecino que solicita a otro en un paraje rural el pago de algún servicio al ir al pueblo, después se espera la voluntad de ese vecino para alguna otra ocasión. En el siguiente fragmento pueden observarse estos favores:

Me han regalado como dos kilos de poroto porque siempre me ocupo para hacer locro, son amistades con la gente, así que siempre me traen cosas, yo no tanto pero si por ahí dicen quiero que me lo mirés al chiquito está empachadito y le digo bueno le tiro el cuerito (J., 2018, Payogasta).

Hay vecinos que por ahí nos hacen un favor, entonces trato de compensarlos con verdura que ellos no ponen. Supongamos un caso me vine y dejaron el agua largando el grifo y el agua estaba yéndose y ellos me hacen el favor y la cierran, entonces le llevo un poco de zanahoria por agradecimiento. Son cosas que con el tiempo se van a ir perdiendo porque antes cuando yo era chica fallecía alguien y mi mamá llenaba su bolsa con papa, cebolla, zanahoria, tomate y se iban como ayuda a la familia del que falleció⁵¹. Esas cosas ahora ya no se hacen, se perdieron (M., 2016, San José).

En relación a otra práctica corriente como los cambios, la diferencia parece estar en que estos últimos, suceden en forma directa e inmediata entre quienes intervienen, y respecto al trueque, que los bienes y medidas que se trocan están más estandarizados, además de ser un término que se emplea por lo general para aquellos intercambios que se dan en un ámbito más regional. Sin embargo, también se han usado ambos de manera indistinta para referir a la voluntad de las personas de hacer un intercambio de bienes o favores que se necesitan en ese momento, siendo este aspecto lo que regula la permuta, tanto para esferas de interacción más locales y familiares como para productos de distintos lugares y personas, en otro. En este sentido, se refiere a ellos como:

Cambios casi no se hacen con gente de acá porque cada uno tiene su verdura, su carne. Antes venía gente de San Antonio a cambiar con sus burritos y llevaban para todo el año. Hace años que no vienen, ahora cambian más cerca y andan en camión, en tren (N., 2019, Palermo).

⁵¹ En el área andina se manifiesta una relación de reciprocidad entre los vivos y difuntos, que se vinculan mediante relaciones de intercambio (Sánchez Garrafa, 2015). En determinadas instancias, como los rituales funerarios al fallecer una persona y aquellos que se conmemoran en noviembre –denominado día de las almitas o de los muertos por los interlocutores–, es visible este sentido de reciprocidad al ofrecer por ejemplo, comidas que le gustaban al difunto.

Vienen de San Antonio a Cachi y llevan, yo llevo para cambiar y para vender, me han regalado medias también. Se llama trueque, cambio, o cambalachear también pero muy poco, es por ejemplo ella me da esta cosa yo le doy esta que no tiene ella, eso es cambalachear. Por ejemplo una vecina siempre me regala plantas y después ya le llevo otras entonces cambiamos, cambalachemos decimos y cambiamos uno al otro, eso es cambalache. El trueque también va más a la ropa, el valor es tanto y tanto ya está. No es tanto por el valor porque si tiene de más me da de más si yo tengo también y así, vos no tenés esta planta dame vos no tenés aquella te doy otra, cambio así es, ella me ha dado el orégano y yo le he dado el cedrón porque si necesita tiene que comprarlo y quizás no le alcanza, no tiene y bueno le doy mejor cambiemos. Cuando no puedo sacar la lechuga le digo ayudame y ya se lleva 2 o 3 plantas, pero eso es más tipo torna. Es lindo poder llevarle uno al otro, si el otro no tiene hay que darle lo que necesita yo así le digo a mis hijos porque así nos han criado a nosotros (J., 2018, Fuerte Alto).

El trueque uno iba y cambiaba las cosas, por ejemplo harina con trigo eso era trueque pero ya no. Antes como no había mucho medio de transporte, iban a comprar una cabra y le llevaban 20 kilos de harina de trigo, era trueque que hacían, cambio a cambio con distintas personas. La gente de San Antonio sabían venir en burro en el mes de julio, agosto, hasta septiembre sabía estar llena la playa esa de burros con el cargamento con las telas de barracán, una tela que hacen de lana de oveja. Iban a Molinos, Cachi, traían medias todo de lana de llama y oveja, gorritas, guantes y nosotros cambiábamos maíz, trigo, papa. Ahora traen también pero vienen en camionetas a vender, ahora ya es plata, ya compran la bolsa de harina. Y van a Cachi a vender sus cosas, o tienen alguien en Cachi que se lo vende ya le dejan y se vuelven, hará más de 10 años que no vienen los burritos. (E., 2018, Payogasta).

Hacemos trueque, cambiamos con maíz a veces con carne, verdura, maíz, choclo, ya buscan por ahí vienen del cerro como ahí no ponen, aquí todos ponemos eso. Se hace por almudo, así se hace no por precio, cambiamos por lo que no se tiene, por necesidad (T., 2019, El Algarrobal).

Mi papá en los tiempos de mayo donde más gordos están los cabritos de la parte del cerro, que tienen mucha hacienda, embolsaba papa, trigo, maíz, cargaba en la mula y se lo llevaba así al cerro. Estaban como tres días para ir y volver, se iban al puesto para hacer el trueque, ellos ya sabían porque siempre iban para esa época para traer carne

de cabritos ya grandes. Y no es que compraban hacían trueque, dejaban todo eso y a cambio le daban carne. Capaz que por una bolsa de trigo le daban un caponcito. Ha traído hasta diez de esos, y cuando llegaban a la casa venía gente para hacer el charqui que se dice ahora, la carne disecada al sol. Parece que la gente sabía que él iba y entonces llegaban a ayudar, yo nose si mi papá les pagaba o venían por comer todo eso. Mi mamá esperaba con el mote, el choclo, todo para comer. Yo también iba con mi mamá a hacer trueque pero en el día a unos puestos más cercanos. Mi mamá sabía hacer pan para llevarles, me acuerdo que llegábamos y nos esperaban con té, queso, quesillo, lo que vos querías comer, íbamos a hacer carne para hacer el trueque y nos veníamos. Siempre íbamos al mismo puesto porque nos esperaban. Pero trueque se hacía antes, ahora más vienen a vender, se está perdiendo todo eso, ahora todo es plata no es como antes que todo se hacía cambio, con la carne, las verduras, antes era comida sana, se cocinaba a leña pero claro ahora a nosotros el tiempo no nos da (C., 2018, San José).

Es visible en estas menciones de personas de distintos parajes que lo que motoriza estas prácticas es cambiar por lo que hace falta, por lo que uno no tiene y que en general, no se produce en su radio cercano. También es notorio el uso indistinto de cambio, trueque e incluso cambalache, aunque en otros casos si se percibe una diferenciación, como se verá más adelante. Asimismo, al producir bienes similares o contar con otras formas de acceder a ellos en los distintos lugares, se remarca que ya no se hace o no tiene motivo realizar los cambios. Algunos de ellos, incluso, han sido referidos para indicar arreglos con quienes los AFCEl comercializan sus cultivos de renta, prestadores de servicios agrícolas, etc. También se han mencionado en relación a los intercambios de trabajo o tornas y préstamos de agua, entre otras labores en las que subyacen principios recíprocos y formas de organización comunales, desarrollados con anterioridad. Una práctica muy común, por ejemplo, consiste en el préstamo de trabajo para la cosecha en los rastrojos, a cambio de parte de los productos de la recogida, así como servicios agrícolas como el arado con tractor se abona muchas veces con parte de los productos al levantar la cosecha. Así, por ejemplo: “Yo ayudo en la producción en el verano y me dan para vender aquí en la feria” (D., 2015, Cachi),

Cambiamos semillas y producción también donde no tienen agua dulce porque ponen otras semillas. Y el abono de cabra cambiamos por bolsas de poroto, hacemos por ejemplo 5 viajes por 5 viajes, bajás abono de cabra por 30 kilos de poroto o por pasto, fardos de alfa. El que tiene haciendita por ejemplo necesita pasto, maíz y bueno platita

para comprar mercadería también, todo lo que necesita uno y necesita otro se hace cambio (Q., 2019, Las Pailas).

El trueque supongamos vos me das esto y yo a cambio tengo que darte otra cosa. Por ejemplo un vecino te dice bueno te voy a trillar una parwa de poroto hoy, y mañana necesito una ayuda para desyerbar o acarrear poroto, ¿me podés ayudar mañana? ahí se devuelve el favor que me hizo, en ese sentido es el trueque (A., 2019, Las Pailas).

Con los cambios o trueques se conseguía lo que no teníamos. Antes hacían trueque pero después ya ha dejado de funcionar, hará seis años. Por ejemplo cambiabas porotos por alguna otra bolsa de azúcar o harina. Esos cambios si todavía se hacen, por ejemplo la vez pasada no pude vender mi locro y me preguntaron si necesitaba poroto, si le digo, cambiemos, y ahí nomás, le he dado una olla y me dado cuatro kilos de porotos y ya está. Y la otra vez hice cambio con queso, me dijo si necesitaba y que estaba \$20 y eran grandes, si tenía alguna cosa por que cambiar y vine con los zapallos y le dejé eso (J., 2018, Payogasta).

Dentro de la lógica de intercambios también se incluyen y han resignificado prácticas que se realizan con los comerciantes de la zona, por lo general almaceneros que se abastecen de los cultivos o productos ovinos y caprinos de los productores cercanos, a cambio de bienes de su comercio o que obtienen de otros rubros para la transacción. En la actualidad, almaceneros de Cachi van con sus camiones y camionetas algunos días jueves del mes bien temprano a la ladera de los cerros en la zona de Piul y Belgrano, donde bajan productores que viven alejados de allí para hacer trueque –de acuerdo al término con el que describieron la práctica los almaceneros-. Los comerciantes llevan mercadería propia u otros productos que les piden los productores en los encuentros anteriores (desde calzado, repuestos de tractor, gas oil, fruta, etc.) y cambian por carne, quesos, yuyos, porotos, charqui. Las personas que se acercan a cambiar suelen ser las mismas, por lo que ya se conocen y si aparece alguien nuevo lo dejan para último y cambian lo que sobra, y tratan de evitar que se acerquen los turistas dado que no tienen interés en intercambiar con ellos. En cambio, con los AFCel de alrededor de los pueblos de Cachi y Payogasta, los almaceneros manifiestan que lo más frecuente es comprarle más que nada verduras y especias en la época de cosecha, porque “si están bien venden, si no cambian” (R., 2017, comerciante de Cachi). Es decir que, si bien la primera opción es la venta de sus productos en el mercado para comprar con ese dinero lo que necesitan en el momento, hay distintas ocasiones en las que se accede a los intercambios.

Entre ellas, con los comerciantes e intermediarios se realizan cuando no se consiguen buenos precios para la producción, cuando no retribuyen en forma inmediata la transacción en efectivo y deben, por lo tanto, cubrir las necesidades del año y volver a iniciar el ciclo productivo. Incluso muchas veces optan por cambiar por algún producto que requieran para que no se devalúe su producción. Así, manifiesta por ejemplo un comerciante de Cachi que “los productores prefieren cambiar por tejidos antes que perder por la inflación con el pimiento”, al demorarles el pago de sus cultivos. De manera inversa, sucede también que se ofrezcan los productos como forma de pago en los comercios o cuando se necesita disponer de ciertos servicios aun sin contar con dinero. Así, en Payogasta principalmente algunos comerciantes nos han comentado que la gente del cerro baja a comprar lo que necesita, anota y luego vuelven con quesos para ofrecer la retribución, cambio que se suele rechazar dado que los almaceneros necesitan el dinero en efectivo para poder reponer mercadería en sus comercios. Un docente de una institución educativa de Payogasta manifiesta que:

Todavía se hace trueque, los comerciantes llevan mercadería los fideos, el arroz, la harina y la gente sale y entrega su queso, su producción y ahí ponen precio: no para mí el queso sale \$60, te doy 2 o 3 kilos de azúcar y se hace el trueque ¿no? pero ese queso llega acá y de acá se va a Salta y se triplica el valor. O sea de todas formas el pequeño productor termina perdiendo. Tendrían que tener una etiqueta para vender al turista, el turista compra el queso y lo paga bien (A., 2015, Payogasta).

Antes cuando tenía 10-15 años se hacía trueque, mi abuelo me mandaba con cueros para entregarle al señor que venía a la Bustamante y me daba sal y otras cosas, se calculaba por el valor. El pimentón y poroto también cambiábamos por mercadería. Era una bolsa de porotos por una bolsa de azúcar y una de harina, el poroto valía ahora no alcanza para nada, la bolsa de pimentón no alcanza para la bolsa de azúcar (V., 2019, Cachi).

Antes cambiábamos poroto, pimiento, comino con mercadería. Venían de los almacenes a vender a domicilio, traían harina, azúcar y después venían a retirar ya los kilos de productos y llevaban, así vivíamos. Los comerciantes que venían de Tucumán, de Montero con el camión pesaban el pimiento, la cebolla y pagaban la plata. En ese entonces era mejor, he aprovechado a comprarme el lote aquí para hacer mi casa (J., 2015, Cachi Adentro).

El trueque uno iba y cambiaba las cosas. Con los almaceneros ahora ya es plata directo. A veces vienen productores con sus quesos a cambiar con los almaceneros, pero se hace muy poco porque aquí la gente que tiene comercio necesita la plata para comprar su mercadería. Y los que bajan a vender el queso también, el almacenero les paga y ahí nomás ellos compran lo que necesitan, todo es con plata (E., 2018, Payogasta).

El trueque bueno cambiábamos traíamos el queso y nos daban yerba, coca, azúcar, arroz, café. Hasta la década del '80, '85 que se empezó a perder, ya se han muerto los viejos almaceneros y empezado a salir los nuevos y ya ahí no con la plata, si no no quieren cambiar. No hay almaceneros que te cambien, van quedando menos y ahora ya no hay ninguno (H., 2017, Cachi).

En estos relatos, así como otros mencionados con anterioridad, se destacan con regularidad en las distintas prácticas las variaciones que han tenido respecto a aquellas que se realizaban “antes”. Incluso, hasta en la interacción diferencial que tenían con los almaceneros locales, con quienes cambiaban por mercadería, y con intermediarios que llegaban de otras zonas, quienes abonaban con dinero y por lo tanto, con quienes preferían negociar. En general, esas alteraciones mencionadas tienen que ver con la injerencia del dinero, nuevos actores y consumos vinculados al mercado, así como un mayor individualismo e inmediatez en distintas dinámicas organizativas:

Nosotras teníamos un puesto en el cerro, bajábamos la carne y cambiábamos por ají, zanahoria, zapallito, maíz porque arriba poníamos papa y habas, otra cosa no daba. Plata usábamos poca, para comprar los secos como yerba, azúcar. Trueque ahora se hace más por Luracatao, por ejemplo si vos tenés chivo de una raza y yo otra cambiamos, o si tenés papas y yo habas, así, siempre por lo que no tenemos. Acá por ahí hay cambios pero más kilo a kilo, no es trueque eso (R., 2019, Fuerte Alto).

La gente del cerro baja con frecuencia a hacer cambios, en las ferias que organiza el municipio de Payogasta se hace el trueque, se acercan a cambiar por ejemplo dos cajones de uva por media res de cabrito. Si no se hace más casa por casa, entre familias. Ahora que todo está tan caro por ahí hacés más, con lo que no podés vender o la fruta disecada porque en esta época mucho no hay (M., 2018, Payogasta).

En el último caso, mencionado en un contexto de crisis económica más profunda que otros años, si bien se remite en primer lugar a la venta de productos para poder obtener bienes con ese dinero, también es notorio como este entramado de relaciones recíprocas subyace y sustenta la provisión de los mismos en caso de no contar con el efectivo.

A partir de estas variaciones respecto a las prácticas de “antes” mencionadas, podemos volver a remitir a la diferenciación de aquellos intercambios de productos considerados “verdaderos cambios”, llamados *trueque* o *cambalache*, en este caso en mayor medida referidos por las personas de más edad. Si bien hemos visto que en muchos casos las personas refieren también como cambios, estas permutas por lo general se asocian a aquellas realizadas con personas de distintas zonas del área, que proporcionan una complementariedad en los recursos de distintos pisos ecológicos.

De esta manera, las personas rememoran de la generación de sus padres o abuelos, que la gente de algunos pueblos y parajes de la puna, como San Antonio de los Cobres o Susques, bajaba en burros con tejidos y panes de sal para intercambiar con productos del Valle en determinados parajes, pautados y conocidos por quienes se congregaban allí. Generalmente se realizaba en determinados momentos del año en una explanada donde concurría la gente de la región a cambiar con estos viajeros, aunque también ellos solían acercarse a las casas de los vallistas para obtener trigo, maíz, papa, verduras y frutas frescas o disecadas, de acuerdo a la época. Los interlocutores rememoran que quienes los frecuentaban han llegado a bajar con 30 o 40 burros, dando cuenta de la concurrencia y organización que requerían dichos viajes. Las latitudes de las que provenían, posibilitan la cría de llama u oveja con las que producen lanas y elaboran tejidos como guantes, chalecos, sacos, pulloveres y telas de barracán (lana de oveja). Sus cargas entonces, consistían en tejidos, mantas y sal principalmente, que traían en mayor medida a parajes más alejados respecto a los principales centros poblados del departamento. Más allá de que algunas personas hacen mención a este tipo de intercambios hasta hace al menos 6 y 12 años atrás, prevalece un fuerte arraigo en la memoria colectiva de los AFCel, lo que hace que lo reconozcan como una experiencia característica del Valle, aunque ya no se practique con la misma asiduidad de antes. Entre los relatos se destaca que:

Venían de San Antonio a cambiar y de distintos lados, de Santa Rosa de los Pastos Grandes daban la vuelta por el Nevado, otros bajan por Las Cuevas. Mi padre también sabía ir a Las Mesadas que está de Payogasta más al fondo, llevaban maíz, harina de maíz, harina de trigo y de allá venían con papa astilla que sabían llamar, papa andina,

carne. Se llevaba a cambio, a trueque, tenían un tarrito antes que le decían almudo con el que cambiaban distintas cosas, nada de kilo, nada (R., 2019, Las Pailas).

Intercambiar ahora no, antes era eso, por ejemplo la gente del cerro traía carne, queso, lana y hacíamos, de aquí le dabas maíz, trigo, fruta. Antes se tenía un tacho que llamaban almud y medían por un almud de trigo, entonces te dejaban la carne por dos almud llenitos de maíz o trigo. Venían más para el invierno porque tenés la cosecha aquí y ellos traen la carne, el queso. A veces venía otra gente de allá de San Antonio y de distintos lado a cambiar, de Santa Rosa de los Pastos Grandes daban la vuelta por el Nevado, otros bajaban por Las Cuevas. De San Antonio traían el pan de sal y de ahí quebrábamos, molíamos en la pecana y teníamos la sal fina ahí y la gruesa para hacer el queso. Entonces decían te dejo dos panes por un almud de trigo, sino tenías no cambiabas y si por ahí tenías plata bueno, o por fruta disecada manzana, pelones, eso se guarda. Ahora ya no vienen de San Antonio ni del cerro, antes venía una señora de San Antonio a cambiar tejidos. Traía chalecos, mantas, medias, gorras así y cambiaba por fruta o maíz porque en ese lugar donde ellos viven dice que no se puede poner nada por la nieve. Después traen yuyos que no se encuentran aquí, por ejemplo yo he ido a buscar ahora que están en la plaza rica rica, pupusa esas cosas que no hay aquí entonces trae la gente de allá (N., 2018, Cachi Adentro).

Siempre venían los del cerro traían carne y cambiábamos maíz y papa por ovejas. Había un tarro así de dos almudes por un cordero. Ahora no se acostumbra. Los que venían de San Antonio a burro también traían medias de lana, chalecos, mantas y cambiaban todo con maíz, trigo. Ahora muchos vienen a vender en las ferias de comida en el pueblo, pero casi no cambian (V., 2019, Cachi).

Antes la gente del cerro le dabas papa y te daban maíz, le dabas maíz te daban carne, cambiaban por cosas así. Por ahí bajan de la mesada y hacen, pero muy poco. Venían también de Susques, San Antonio y traían cargas de sal de la puna y tejidos y de acá se llevaban granos, trigo, maíz, papa, frutas, todo lo que se cosechaba. Hasta hace 6 años será venían a cambiar a las fiestas patronales de Payogasta. Pero en el pueblo se consigue todo y hay más contacto con el turista, en los parajes de se da más el trueque, en Buena Vista se ponen verduras y cambiamos. Acá no es como en Buenos Aires que cada cosa tiene su valor, sino que cambiamos por lo que no tenemos (J., 2017, Buena Vista).

En estos relatos es visible otra distinción que resalta en los discursos y tiene que ver con las medidas que se toman como referencia para los cambios. Así, la base para los trueques consistía en el tamaño de los recipientes donde se cambiaban los productos, adecuados a la necesidad de ese bien de uso en principio. Con posterioridad, cada una de las partes comenzó a fijar un valor aproximado de acuerdo a la valoración prevalente del mercado, de modo de orientar las transacciones. De esta manera, en la actualidad mencionan que se realiza kilo a kilo, y que incluso se establecen las equivalencias de acuerdo al valor que tenga el producto en el mercado en ese momento. Pero en el pasado, se tomaban como referencia medidas de origen españolas como el almud en mayor proporción, que corresponde a una unidad de capacidad con forma de balde. Según recuerdan algunas personas, estos contenedores se reutilizaban a partir del empleo de un producto que venía en su interior –algunos dicen grasa, manteca de chancho, etc.- pero no recuerdan con precisión a cuantos kilos correspondía. También mencionan con frecuencia bolsa, cajón, paila, vara, mientras que la carga de mula, que también es una medida de volumen española, se la asocia con aquella que traían las personas de la región puneña y prepuneña para realizar los trueques. La arroba ha sido mencionada como medida de líquidos pero para épocas anteriores, así como el costal, una especie de bolsa cosida con determinada capacidad.

Estas medidas también se empleaban para los intercambios a nivel local, y es otro de los aspectos que las personas remarcan como transformaciones respecto a los “verdaderos cambios”, al profundizarse las lógicas mercantiles en los intercambios. Así, se producen menciones como:

Por ejemplo yo tengo póngale papa y usted viene con una bolsa de maíz, y usted me quiere vender el maíz y yo le quiero vender la papa, bueno digo entonces hagamos un cambalache, yo te doy la papa y vos me das el maíz y ya está, ese es un cambalache. Y depende de las personas algunos te dan y ya está, sino hay algunos que saben cuánto vale y ponen un precio, entonces ponele yo te tendría que dar más papa porque el maíz vale más (E., 2018, Cachi).

Antes se hacía como un encuentro de trueque digamos, hoy ya o tanto pero si de una familia a otra por ejemplo si yo necesito semillas de maíz y yo tengo semillas de arvejas, te doy y te lo cambio por semillas de maíz y así se van haciendo intercambios, o las verduras de agua dulce y agua salada. Antes el valor de los intercambios era el almud de tanto por el almud de tanto, hoy casi es lo mismo pero se lo practica en

términos de valor actual del peso, pero sigue siendo un cambio (U., 2019, Cachi Adentro).

De esta manera, se expresa que en la actualidad el intercambio de productos por el valor de uso de las cosas, con el que tradicionalmente se asocia la práctica (Burchard, 1974), es bastante infrecuente. Incluso los interlocutores mencionan que ya no suceden los trueques como tales, o no tienen las mismas características, al mediar la referencia monetaria en el valor de lo que se intercambia. En este sentido, el dinero juega un rol central, dado que lo más habitual es que se venda aquello producido para poder acceder a los productos necesarios, y en aquellos casos donde esto no es posible, se recurre al intercambio, cuyo valor de los productos es fijado en moneda. Esta condición, si bien suele plantearse como una ventaja al dar mayor libertad de consumo y acceso a diferentes bienes que se pueden conseguir en distintos lugares y con diferente grado de elaboración, precio, etc., también genera una dependencia monetaria y abastecimiento del mercado, alterando dinámicas locales relacionales, y de organización productivas, entre otras. Por esto mismo, suele ocurrir entre vecinos y no necesariamente está sujeto a una zonificación altitudinal,

Ahora ya casi todo va por el precio, si la arveja vale más le puede dar 3 kilos por 5 de maíz así es, pero más antes no, era tanto y tanto, ahora no dicen que la arveja vale maíz que el maíz (...) la abuela así hacía, ella nos mandaba a cambiar supongamos maíz, con otro que tiene arvejas y decíamos le voy a ir a hacer un cambalache, y llevamos 5 kilos de maíz y el otro nos daba 5 kilos de arvejas o habas. Ahora no, ahora dicen que la arveja vale más ya van los 3 kilos de arvejas por 5 o 6 de maíz, sí así lo hacen (M., 2018, Las Pailas).

Antes existía mucho el trueque, por ejemplo te doy un almudo de maíz, dame cordero. Ahora no, por ejemplo el almudo de maíz son 10 kilos y más o menos te fijás cuánto vale y cuánto vale el cordero y vas equilibrando (...) dinero de por medio, si ya eso se perdió lo de antes lo que era un trueque derecho (A., 2019, Cachi).

O por ejemplo viene el vecino y te trae un tupper de pelones y yo digo bueno le voy a devolver manzanas que tengo porque él me trajo, y no me importa la cantidad pero sé que el pelón vale más entonces yo le doy más manzanas, así es como que hacemos un cambio, seguimos manteniendo esa tradición aunque están esas diferencias (M., 2016, San José).

Ahora ya no son trueques porque calculan tantos pesos por tantos pesos. Antes era almudo por almudo, ahora no ahora vamos kilo a kilo, precio a precio. Un balde o almud de maíz por uno de arvejas era por ejemplo, o cuando se cosechan habas le llevo cinco kilos al vecino y el me da cinco kilos de arvejas, ahora te la cambian por 3 kilos porque saben que vale más pero antes no era así (D., 2015, Cachi).

Como se aprecia en los relatos, la mayoría de los productos cambiados provienen de las huertas del fondo de Valle y productos ganaderos de mayor altura, aunque también se incorporan al circuito aquellos que no se obtienen en Cachi y son comprados en la ciudad de Salta. Estas transacciones pueden realizarse incluso en diferido, porque los participantes reconocen el compromiso y en algún momento, completan el intercambio entregando el producto acordado. Así, “Si los hermanos vienen y llevan tomate, a lo mejor en algún momento nosotros no tenemos choclo y bueno vienen y te dan el choclo a cuenta del tomate que se han llevado en algún momento. Esas prácticas siguen estando” (U., 2019, Cachi).

Es decir que gran parte de la complementariedad actual entre los productores de la parte baja del Valle y los pie de cerro y Puna, sigue sucediendo pero en mayor medida a través el comercio, ya sea entre los productores directamente, o a través de puntos de venta como es el caso de puestos en las ferias en los eventos festivos, o los comercios de Cachi o Payogasta. Incluso, en este sentido, en la actualidad también bajan con frecuencia de las localidades puneñas a Cachi por lo general en transporte público o vehículos particulares, posibilitado por el mejoramiento de los caminos y la adquisición de otras formas de movilidad. Este cambio, conlleva una administración diferente del tiempo y un cambio en la organización y relaciones involucradas en el desplazamiento. Incluso, los momentos del año en que se movilizan, suele coincidir con fechas de temporada turística en la zona, donde llegan a Cachi visitantes con los que también se comercializa en espacios de las ferias y festividades que organiza el municipio en la plaza central. En estas ferias, la gente de la puna vende sus tejidos de lana de llama y oveja, de gran interés para el turismo de la ciudad. En algunos casos también, realizan las ventas a los comerciantes locales, quedando relegada la actividad del trueque con la gente de Cachi para cuando terminan la venta, aunque en escasas oportunidades. En el caso que ocurran estos intercambios, se busca la equivalencia monetaria, por ejemplo si llevan papa y vale \$50 el kilo, buscan algo de valor equivalente para hacer el trueque, como el caso de una señora que se acercó con fruta y según comentó, “le regalaron un par de medias”.

De acuerdo a los relatos, la concurrencia en la época invernal tiene que ver con una mayor presencia del turismo –coincidente con el receso invernal de la provincia de Buenos

Aires-, mientras que anteriormente cuando se priorizaban los intercambios con los pobladores se realizaba para pascua en mayor medida, época de cosecha de maíz y de mayor cantidad de frutas frescas. Sin embargo, aún es habitual el sostenimiento de las relaciones, dado que se alojan una semana entera en las viviendas de los parientes –de sangre o amistades- o en hospedajes facilitados por el municipio. En los relatos se remarca lo siguiente:

La gente de San Antonio de los Cobres traen sal, carne de llama y cambian con trigo, maíz. Todavía se hace, yo tengo manzana y cambian tejidos con manzana, es decir ponchos, pasamontañas, medias, hacían cambios si de manzanas por ejemplo, ellos vienen y cambian igual con uno. Por ejemplo antes yo me acuerdo que papá se quedaba con dos metros de cordoncillo por un almudo de trigo cambio a cambio, eso me acuerdo sabían cambiar así con trigo, con manzana sabíamos tener, durazno, uva. Cada burro traía 2/3 de sal que cambiábamos con maíz, un almudo de maíz por dos cargas de sal, panes de sal, así solíamos hacer antes” (J., 2015, Cachi Adentro).

En semana santa vienen de San Antonio en burros y traen tejidos, sal y cambiamos con maíz, verduras, por ahí han llevado cebolla. Vienen y andan por ahí ofertando sus cosas y ya saben cómo arreglar los precios (C., 2015, Cachi Adentro).

Antes venía mucho la gente de San Antonio, traían de allá tejidos, sal, de todo y de acá se iban cargados con maíz más que nada. Sabían cambiar una carga de sal con tres almudos de maíz o trigo en el molino por ejemplo. Pero no veo ya, se va perdiendo. Hasta 1995 que mi hija era chiquita y vivíamos en La Poma me acuerdo que bajaba la gente que venía hasta acá a cambiar con los burritos, después mermó y ya no vienen (F., 2015, Payogasta).

La gente de San Antonio sabía cambiar la sal en el molino, por ejemplo una carga de sal cambiaba con tres almudos de maíz, trigo con el molinero o a veces con otra gente. Por ejemplo han venido de San Antonio cargados con burros: che dice, señora Julia ¿no tiene maíz? sí le digo, usted está llevando sal, y ¿cuánto cambia? bueno una carga de sal puede cambiar con 3 almudos de maíz por decir, y bueno baje una carga y agarre una bolsa de maíz, a veces estaba desgranado y pasaban al molino, pagaban con plata y cargaban y se iban (J., 2018, Payogasta).

Es importante resaltar que los mismos factores que han operado en la profundización de prácticas mercantiles en Cachi, y que tuvieron incidencia en el decline de la realización de trueques, también han impactado en las regiones de la puna desde donde provenían los caravaneros a realizar los intercambios. Dentro de estos factores, se destaca una mayor presencia del Estado y el capital hacia 1960-1970, en zonas que habían permanecido bastante aisladas como Susques, Antofagasta de la Sierra y San Antonio de los Cobres. Allí, la afluencia de contratistas, Gendarmería Nacional y el aumento de controles fronterizos y posteriormente el turismo, fueron ocasionando transformaciones en las dinámicas de la población (Benedetti, 2005). Asimismo, Sebastián Abeledo (2014) señala como factores que incidieron en el declive de los viajes en caravanas de pastores puneños para intercambiar en Cachi, el incremento del trabajo asalariado y la producción minera, así como la influencia de las rutas que dinamizan el comercio y la comunicación y el desinterés de los agricultores, que prefieren cambiar por dinero.

Si bien no se ha identificado un momento preciso para la merma de este tipo de intercambios, estas prácticas se mencionan hasta mediados de la década de 1980 e incluso la década de 1990, cuando se realizan con preferencia a cambio de dinero, de acuerdo a los precios que fija el comprador. Para esta época además, como se viene señalando, suceden una serie de cambios productivos impulsados por el modelo económico neoliberal imperante en el país, vinculados a prácticas como la incorporación de nuevos productos, paquetes tecnológicos, apertura a nuevos mercados, entre otros (Reboratti et al., 2003) que intensifican la producción agrícola orientada a la renta. Las personas identifican además, que el trazado de rutas que agilizan la vinculación con Salta y otros puntos de la provincia proporcionó cambios en los hábitos de consumo al tener un mayor acceso a distintos bienes a través del intercambio económico. Además, la mayor comunicación con otras regiones a través de la señal de teléfono e internet –que posibilitan conocer los precios que se manejan en Salta para los productos agrícolas, por ejemplo-, ha contribuido a tener una mayor injerencia en el valor de cambio monetario, que ya se venía dando, de acuerdo a condicionamientos del mercado, como la inflación por ejemplo. Asimismo, la mayor afluencia de turistas a los que brindan productos a cambio de dinero y otros aspectos como la cambiante configuración territorial del Valle, influyen en la vigencia de los intercambios no monetarios. En relación a este último aspecto, se ha observado una creciente concentración de población dentro del ejido urbano, lo que repercute en el despoblamiento de las zonas altas e intermedias, relacionadas con la cría de animales (Jakel y Páez, 2020), que en décadas pasadas proporcionaban la carne y la lana que se intercambiaban por los productos agrícolas. En parte, esta movilidad tiene que ver con la escasez de agua que afecta a la zona, no sólo para el riego de las plantas sino también la

bebida de los animales, condicionando en muchos casos, la migración hacia las zonas más pobladas, empleándose en otras actividades no relacionadas con lo agropecuario.

De esta manera, a pesar de las variaciones y resignificaciones en las prácticas de intercambios, así como los sentidos, valor de uso y cambio que se establecen, personas y formas en las que se realizan, etc.; el entramado subyacente de reciprocidad que le da sentido a gran parte de la circulación de bienes agrícolas entre los productores puede verse en la actualidad, aun coexistiendo con lógicas mercantiles que tienen influencia en este y otros aspectos de las formas de vida contemporáneas. En este sentido, las formas de circulación de productos, afectadas a los convidos o préstamos, parecen menos susceptibles, en tanto esto se agudiza en aquellas más vulnerables a la intromisión del dinero en los esquemas capitalistas como es el caso de los intercambios o trueques. Este desplazamiento ha tenido un impacto no sólo en el desarrollo de los cultivos tradicionales, sino también en todas las formas de relación que acompañan la producción con fines comerciales.

En el próximo capítulo, se incluirá el análisis respecto a las dimensiones rituales de las prácticas agrícolas en la actualidad, y cómo se configuran en estas dinámicas mencionadas con anterioridad.

CAPITULO 12

Ritualidad y representaciones de las prácticas agrícolas.

La creencia en la **Pachamama**
y su relación con el ciclo agrícola.

Pachamama santa tierra

Cusi cusilla

Con la tinaja i chicha en la mano

Casi i llegau de rodillas

Eva Arjona, coplera de Cachi



La organización de las prácticas agrícolas conlleva mucho más que las actividades de labranza de la tierra, siembra y cosecha. Como se ha referenciado con anterioridad, en la construcción de territorialidad de los AFCEI están presentes tanto las personas que integran junto a otros seres el espacio, así como todo aquello que les provee la vida, entre otros aspectos de su cosmovisión. En este marco, los saberes ancestrales y aspectos rituales –entre otros elementos que ponen en diálogo estos distintos elementos-, tienen gran injerencia en la agricultura y coexisten con otros saberes y prácticas provenientes de otras lógicas modernas. En este capítulo, estos elementos se presentan en forma disociada por fines analíticos, dado que en la práctica están imbricados conformando un saber hacer ancestral del que, aun con cambios y distintas reconfiguraciones, están vigentes.

Por un lado, ya se ha mencionado con anterioridad el respeto que se le consigna a la tierra, que tiene que ver en gran parte con la gratitud hacia quien provee el sustento y la vida en todas sus formas. En el ciclo anual, hay un mes en particular en el que se le realizan veneraciones, y coincide asimismo con el inicio del ciclo agrícola. Así, agosto representa un período de gran respeto y cuidados hacia la tierra dándole un descanso previo al inicio de los cultivos. “Nosotros lo entendemos como tiempos, y el ciclo coincide con el mes de agosto, donde hay que agradecer a la Pachamama preparando la tierra para volver a sembrar de nuevo y producir alimentos para el año” (U., 2019, La Aguada). En este momento, se concibe que la tierra está hambreada y preparándose para “empreñar”, y por lo tanto tiene la capacidad para dar vida. Durante este período, además de evitar su labranza, se suspende la tala de árboles, caza y cualquier actividad extractiva, y se realiza la limpieza de los canales de riego. En este sentido, han sido múltiples los relatos en los que estos elementos están presentes, entre ellos:

Antes era sagrado el primero de agosto, ese mes no tenías que tocar la tierra porque algo sucedía si no respetabas, eso era lo que me transmitía mi abuelo, porque el mes de agosto era sagrado, él decía que la tierra está “empreñando” entonces no se trabaja directamente. Antes decían que si vos dabas de comer en agosto te protegía, sino la Pachamama se va a enojar y te va a comer, llevaba a alguien de la familia decían ellos, y nosotros gracias a dios las seguimos, y así es (P., 2014, Las Pailas).

Todo el mes de agosto es de descanso de la tierra, se le da de comer porque la tierra está abierta entonces recibe todo lo que le piden, algunos le dan para carnaval también, yo no. En agosto ya vamos regando para poner las plantas, toda planta despierta ya en agosto porque la tierra está empreñando. Usted ve ahora por ejemplo que las plantas están todas secas y cuando comienza el mes de septiembre comienza a

reverdecer todo, entonces hay que pedirle a la Pachamama para que eso siga, y la Pachamama lo que le pidás la tierra está abierta, te da lo que le pidas, pedís por tus cosechas, los animales. Los ciclos de cultivo más vienen en agosto, siembran después más o menos del quince de septiembre en adelante por las heladas (E., 2018, Payogasta).

En agosto nomás hacemos agradecimiento, para agradecer por nuestra salud, la salud de los vecinos, que todo anduvo bien para agradecer de la lluvia, pero lo mismo pedimos también, otra lluvia más. Agosto es el mes más bravo decía la abuela, como ella decía si pasás el agosto ya madura todo así sabía decir, es que es muy frío agosto, mucho frío viento, muchas enfermedades y ella decía pasa el agosto ya madura otro año más sabía decir. Por eso hay que darle de comer a la tierra para que no nos falte la comida y nos deje vivir un año más. Pasa agosto y después ya si están por sembrar maíz o habas, trasplantar pimiento (M., 2018, Las Pailas).

En agosto se hace la ceremonia de la madre tierra porque ahí cuando vos sembrás la plantita, el sol ya está calentito entonces calienta la tierra, el agua y ya se empreña y sale la plantita, y ahí comienza el calendario de la siembra de buscar nuevas semillas. Y todo el mes de agosto es para la Pachamama, respetamos porque cuando dicen que el agosto es bravo es cuando se lleva mucha gente, como dice la coplita: "Pachamama santa tierra no me comas todavía". Es un mes también que empiezan las pariciones, le rinden honores porque es la madre que nos da, se agranda el ganado, empieza la siembra, todo eso y todos agradecen a la tierra y piden también protección de las pestes de los animales, de las plantas porque hoy en día hay muchas enfermedades (N., 2018, Cachi Adentro).

Se le da en agosto antes de empezar la siembra porque la Pacha esta hambreada. Se le da en la casa, en el rastrojo y en el corral porque dicen que si esta hambreada te puede llevar, te puede comer por eso se hace también en la casa. Algunos también lo hacen cuando siembran pero eso ya es muy chiquito, se hace un pocito y pone coca y bebidas. En cambio para agosto se invitan las familias para Pachamama, es sagrado el agosto porque está brotando todo y hay que pedirle (D., 2018, Punta del Agua).

Como puede verse en los relatos, se sitúa en este momento el descanso de la tierra previo al inicio del ciclo agrícola, "en agosto el calendario del agricultor como que se reinicia con fuerza" (H., 2017, Cachi). También ha habido referencias que marcan el inicio del año nuevo para el agricultor el 21 de junio, con el Inti Raymi, que acontece durante el solsticio de

invierno, cuando “...se hacía la ceremonia para que el sol comience a volver decían los abuelos. Pasando agosto ya empezaba a pegar con más fuerza el sol, ahí es cuando ponés la semilla en la tierra, regar y ya va a germinar” (ibid). En este contexto, es visible una vez más el respeto que se le consigna a la tierra, más aún en este tiempo que está abierta y recibe los honores, aspecto que se profundizará más adelante. “Con la tierra estamos, nos da de comer, es la Pacha es la madre de nosotros, ella todo nos ofrece” (J., 2017, Fuerte Alto),

Nosotros tenemos afecto por la tierra ¿sabe por qué? De la tierra se come, en la tierra se muere y en ella se entierra. De la tierra somos y a la tierra volvemos, porque cuando nosotros estamos muertos ¿a dónde volvemos? Ese es el respeto que nosotros tenemos aquí, sin la tierra no somos nada, por eso cultivamos, trabajamos mucho con abonos naturales que sería con estiércol de los animales para ayudar a que se vuelva a nutrir la tierra (E., 2014, Fuerte Alto).

Otro aspecto saliente en las referencias, es la asociación del mes de agosto con una fuerza poderosa que puede brindar vida, agua, salud, buenas cosechas y abundancia en términos de fertilidad, así como quitar las mismas. Y en este sentido, se mencionan retribuciones, agradecimientos y solicitudes a la madre tierra durante este período, que se realizan a través de los honores a la Pachamama. De todas formas, no es la única instancia en el que tienen lugar. Para el área altoandina, hay trabajos en donde se identifican tres momentos especiales dedicados a la celebración ritual de la Pachamama, que si bien están vinculados al ciclo agrícola, a su vez lo trascienden al estar presentes en distintos eventos cotidianos. Uno de ellos tiene que ver con el ofrecimiento periódico de bebida a la tierra antes de tomarla, a modo de compartir y obtener la protección de la Madre Tierra –denominado *ch’alla*-. Otro de ellos, está relacionado a un ritual en el que se queman hojas de coca y realizan otras prácticas vinculadas al agradecimiento y propiciación de distintas actividades que involucran a la familia, como aquellas referidas a la agricultura y el ganado, los traslados, un nacimiento, la construcción de una vivienda, entre otras. Mientras el tercero, vinculado al ciclo anual, presenta distintas instancias en relación al agradecimiento y augurio de buenas cosechas y reproducción del ganado, que tienen lugar antes de comenzar el ciclo agrícola en agosto, y en los meses de enero o febrero al estar creciendo los cultivos (Salas, 2008). En este sentido, las representaciones asociadas a la Pachamama, que también son muy extendidas en la región andina, tienen que ver con una figura maternal asociada a la fertilidad, responsable de cuestiones reproductivas y de crianza, así como de los cuidados y protección que se le consignan a una madre (di Salvia, 2011; Fernández Juárez, 1994; García y Rolandi, 2000; Jiménez Navia, 2015; Mariscotti de Görlitz, 1978; Merlino y Rabey, 1993; Podjajcer y Mennelli,

2009; Salas, 2008). En reiteradas oportunidades incluso, se le han representado cualidades humanas como las siguientes:

La Pachamama es una madre tierra, pero la abuela decía que es una señora la Pachamama que por ahí aparece a las personas, una señora bien ancianita con su bastón, nada más que un vestido tenía, flores, un sombrerito. Que aparece dicen, entonces la abuela se vestía así, con su vestidito lleno de flores, ella llamaba serpentina a unas cintas que compraba y le ponía a los vestidos eso, así hecha una Pachamama me decía ella (M., 2018, Las Pailas).

La Pachamama es como una madre, la Pachamama es una mujer. Mi abuelita sabía contar un cuento. Antes decían que iban al cerro y cazaban los guanacos, las vicuñas, y eso. Y una vez había un hombre que era muy angurriente digamos, él más tenía más quería, y entonces la Pachamama cuando él ha ido al cerro, no lo dejaba cazar, creo que se fue al sucho algo así, se le amontonaron los pies, no podía caminar, los brazos, todo quedó así amontonado. Y dice que hay otro que apenas tenía humita para darle de comer a sus hijos, y ha ido a cazar un guanaco y después le ha dado una mula cargada de plata la Pachamama, eso había contado mi abuelita cuando vivía ella. Por eso ella sabía decir cuando uno va al cerro a cazar un guanaco, no hay que cazar dos o tres, matarlos apenas por matarlos, primero se va y se pide permiso a la Pachamama y mata unito y con eso trae para comer, no agarrar y matarlo apenas por matar y dejarlo porque eso la Pachamama no lo permite. Pero hay algunos que no creen nada, dicen "ah, qué va a hacer la Pachamama, si no se ve", dicen cualquier cosa, pero no es así. Y otros no creen también en dios ni en la virgen, ha visto, pero son cosas que uno tiene que creer porque es la realidad (E., 2018, Cachi).

Sabía decir mi abuelita que a la Pachamama hay que respetarla como si fuese una madre más para uno, porque nosotros de la tierra venimos y a la tierra volvemos sabía decir ella. Y yo digo que es así, es verdad, ella sabía decir que hay que dar de comer todos los años a la Pachamama, porque si vos no das de comer para el otro año menos vas a tener porque ella es la que da, y es verdad, yo todos los años busco lo que sea y doy de comer a la Pachamama. Y gracias a dios estoy bien (N., 2015, Cachi Adentro).

La Pachamama es la tierra, con la tierra estamos nos da de comer, ella es la madre de nosotros ella todo nos ofrece, entonces uno tiene que darle de comer, agradecerle que estamos sobre la tierra y ella nos da de todo, eso creo yo que es. Cuando pongo mis plantitas a veces le pongo la coca y agua bendita. Para el sahumado se usa la ruda, el

romero, el ajo, la alucema todo eso es para hacer la ahumadera el primero durante todo el mes (J., 2018, Fuerte Alto).

Pachamama significa madre tierra, la madre consideramos como que hace una madre: siempre te da de comer, te cuida, te da lo necesario y eso es la tierra que te da la agricultura te da todo porque si no fuera la tierra ¿con qué viviríamos? nosotros y la gran ciudad porque en la ciudad si no llevás la verdura ¿Qué comen? entonces todo sale de la tierra por eso se le dice madre tierra significa Pachamama, es una creencia, una costumbre, por eso le brindamos honores (N., 2018, Cachi Adentro).

En estos relatos resaltan varias cuestiones. Una de ellas es la significación otorgada a los relatos de los abuelos y la importancia de sus enseñanzas. En este sentido, se pueden establecer vinculaciones con una concepción subyacente que prevalece en el mundo andino respecto a la idea de sabiduría y experiencia con la que se asocia a los ancianos (Páez et al., 2019). Por otro lado, y como se mencionó con anterioridad, es notable la presencia cotidiana de la creencia y las representaciones que se le atribuyen a la Pachamama, así como las instancias de veneración. En este sentido, además de aquella ritual de los honores que se le brindan en agosto, que tienen gran adherencia, se han observado expresiones concretas de su veneración en diversos momentos del año, y no sólo en vinculación con los cultivos. Es decir que la creencia va acompañada de un sentido de reciprocidad, en el que se devuelve, retribuye, convida, ofrece, etc. a la madre tierra aquello que provee en forma de gratitud, aunque también esperando propiciar su benevolencia en diversos aspectos de la vida familiar. Por ejemplo, se ha observado con frecuencia en situaciones cotidianas el ofrecimiento o “convidos” de bebidas o comidas volcando las mismas en la tierra antes de ingerirlas en forma de agradecimiento, la acumulación de piedras en las apachetas de las vías de paso para agradecer haber llegado hasta ahí y pedir protección para continuar, así como brindar una pequeña ofrenda mientras se construye una casa para agradecer y pedir por su protección. También, hemos visto ofrecer bebidas a un costado del rastrojo previo a sembrar semillas, veneraciones denominadas *pachachos*, a fin de propiciar una buena cosecha, sobre todo con cultivos como el maíz y la papa; así como en las fuentes de agua y en los corrales de los animales, y nos han comentado que en otros momentos de los ciclos productivos se realiza, como por ejemplo la limpieza de las acequias por donde circula el agua de riego. Es decir que cualquier situación que amerite propiciarla, aclamando protección y cuidado o agradecerle, es motivo para interpellarla (Páez et al., 2019). En este sentido, son destacables las formas en las que se expresan estas situaciones en primera persona:

Antes al momento de sembrar por ejemplo poroto, papa o maíz se hacían las ofrendas con coca y alcohol para pedir permiso, pedir que sea una buena cosecha. Se hacían grandes comidas, le daban de comer a la tierra en agradecimiento en el centro del campo o al costado del campo donde van a sembrar. Todos los años todos acostumbran a darle de comer a la Pachamama, para que no haiga enfermedades para los animales para la gente, por la lluvia, el pasto para los animales. Al sacar la leche, hacer el queso también. Y si te convidan un vaso de vino, vos vas y le ofrecés primero a la Pachamama. Se ofrece en la casa, en el rastrojo y en el corral (D., 2018, Punta del Agua).

Cuando comenzamos a poner los almácigos para el trasplante, de morrón, pimentón, cebolla, es la tradición de mi marido que para comenzar a poner el lleva gaseosa y una cerveza, golosinas, la coca y el bicarbonato, el bica, porque ellos coquean con bicarbonato entonces para la pacha hacen lo mismo, antes hacían la yiyista. Entonces cuando vamos a poner los almácigos hace un agujero grande con la pala y siempre me manda a mí, él nunca lo hace antes que yo, y yo tengo que echar la coca, el bicarbonato sobre la pacha pidiéndole para que salgan bien los amácigos. Así que se larga después la gaseosa, la cerveza toda se la vacía en el pozo y se le echa las golosinas y se la deja destapada hasta que la tierra se lo consume todo eso, a la tarde cuando está sequito se lo tapa. Bueno ese es el tiempo de los almácigos y cuando comenzamos la plantación, cuando preparamos la tierra para trasplantar, también hacemos lo mismo, él sigue así con esas tradiciones (M., 2018, San José).

Con mi familia en el lugar donde íbamos a sembrar papas o maíz, hacíamos un huequito para poner coca y un poquito de vino, gaseosa, y después le largás agua bendita a las bolsas de las papas. Se lama pachacho, es distinto a la Pachamama porque no le damos comida. Es para que te vaya bien en esa cosecha. Nosotros acostumbramos también en el corral, por los animales, porque ella así como nos da, que no nos quite también los corderos (E., 2018, Fuerte Alto).

Nosotros acostumbramos a dar de comer cuando está mi marido donde nace el agua, el ojito que le decimos nosotros y en el rastrojo y después ya venimos aquí y aquí termina. Y ahora se me ha agregado el corral también para darle de comer, si no damos de comer al corral no nos va a dar el chivo para el año. Cuando vivimos en la ciudad teníamos un pocito para darle de comer a la tierra, siempre hemos estado acostumbrados a eso (C., 2017, Punta del Agua).

Como se observa en los relatos, en esta práctica también subyace un compromiso recíproco entre la madre tierra y las personas, mediado por acuerdos (Cavalcanti Schiel, 2007) que se renuevan mediante las instancias rituales (Valencia Parisaca, 1999). En este caso, de carácter más cotidiano y restringido a una situación concreta relacionada con la siembra, que involucra menos preparación y concurrencia de personas respecto al ritual de agosto. En forma similar, también se registraron menciones que, sin utilizar este nombre, podrían asociarse a la práctica de la *ch'alla*, por la cual se le convida bebidas a la Pachamama antes de que la persona misma las consuma, en sintonía con lo referido con anterioridad para el altiplano peruano (Salas, 2008). Una vecina nos relató en relación a un integrante de su familia,

El abre una gaseosa o cerveza para tomar y el antes de tomar, ojalá que sea en la casa no, él va y se sirve en el vaso y va donde hay tierra ahí larga primero para la Pachamama y recién toma, es así, ojalá que sea todos los días no, es como un respeto a la Pachamama, el no quita eso. Hay veces nosotros llegamos a la casa y vienen mis nietos y abren una gaseosa y él les dice ¿ya han dado a la Pacha? ellos ya saben mis nietitos y dicen si si papá si dimos a la Pacha, así que [mi nieta] ya sabe, cuando va a la casa abre la gaseosa y ella solita sale afuera y le da a la pacha y vuelve a entrar de vuelta, ya di a la pacha mami dice, ya está haciéndose así como costumbre. Ya ven que su abuelo hace eso y lo hacen pero en su casa no pero cuando vienen a mi casa si (M., San José, 2018).

12.1. Las instancias rituales de agosto y el ciclo agrícola

Por otro lado, la instancia de veneración desarrollada en agosto tanto en Cachi como en gran parte del área andina, y en especial el primer día del mes, se compone de una serie de rituales que en general se reiteran en sus características en las prácticas de la mayoría de las familias que lo han relatado. El primero de agosto entonces, la celebración comienza bien temprano a la mañana sahumando la casa con la basura que se junta de las esquinas de la vivienda, a la que se le agrega en general azúcar, yerba, el ramo bendito del día de ramos, ruda, romero, alucema, coba coba y otras aromáticas, y se lo quema de tal manera que produzca mucho humo. Este sahumado tiene como finalidad limpiar y eliminar las malas energías del año anterior para renovarlas y proteger a la casa y sus habitantes, y que no les llegue nada malo pidiendo salud, protección y comida a la pacha. Es común observar ese día el humo que sale de las viviendas y el interés de las familias en ser las primeras en realizar la limpieza. Con posterioridad, se prepara un té que se bebe en ayunas para proteger a la familia, denominado *yerbeado*, que contiene por lo general aromáticas, cáscaras de frutas, alcohol y

agua bendita. Estas prácticas se realizan al interior de las familias que habitan en la misma vivienda, más allá del día que destinen para darle de comer a la Pachamama. Así:

(...) El primero de agosto me enseñó mi mamá que sí o sí tenemos que levantarnos temprano a las 6 de la mañana. Ya el día antes limpiábamos la casa y teníamos la basurita juntadita, hacés montoncitos y lo quemás, entonces la casa se llena todo eso de humo, saca todas las malezas porque el agosto viene bravo sabían decir antes, viene con toda la fuerza es la tierra que, unos dicen que se enoja otros dicen que viene brava, viene fuerte, entonces para eso nosotros tenemos que estar fuertes y nos hacían un té la mamá todos los yuyitos juntaban de albahaca, cáscaras de naranja, cáscara de limón, el de la ruda de todos yuyitos echaban así en un té y eso teníamos que tomar temprano. Pero hasta mientras eso quemábamos en la casa y teníamos que rezar el credo, 3 credos mientras ibas rociando con agua bendita la vuelta de la casa. Después preparar los sahumeros, antes era sahumero común, ahora se compra pero igual le agrego la ruda, le agrego el romero sobre todo y eso siempre tiene que estar impregnado los cuartos. Yo pongo en una pala, pongo las brasas y pongo el romero, la ruda y entro en un cuarto y paso queda todo lleno de humo y cierro la puerta, voy a otro y hago lo mismo y así voy cerrando todo y después vengo con agua bendita tirando en cruz, todo tiene que ser bendecido, y después a la vuelta de la casa para que no entren los males y después ya es tomar el té (...) En agosto le dan de comer a la Pachamama para que ella no esté enojada como decían antes, sino la Pachamama se va a enojar y te va a comer decían ellos, llevaba a alguien de la familia, entonces si vos dabas de comer te protegía, esas eran las creencias de antes y las seguimos gracias a dios nosotros, y así es (M., 2018, San José).

La Pachamama es la tierra pacha, mama que nosotros vivimos de la tierra aquí en Cachi, de su tierra, la agua, cultivamos gracias a la tierra y agua tenemos todo esto. Entonces nosotros el día primero se agradece, se sahuma la casa y se da de comer, se agradece con oraciones "gracias madre tierra por todo lo que me diste este año, gracias por la salud" porque algún día también nos vamos a morir y vamos a ir a la tierra nos vamos a volver tierra en el pozo así que... (D., 2018, Cachi).

Y antes se acostumbraba mucho hacer el yerbeado, y nunca falta cuando estás dando de comer, el sahumero con ruda, romero, alucema, coba coba. Siempre temprano antes que salga el sol hay que sahumar las casas, a hacer humo, a quemar las basuras, a sahumar la casa. Se llama sahumar, es tradición aquí (E., 2018, Fuerte Alto).

Varias personas destacan que con anterioridad también se respetaba el primero de agosto para realizar los honores o convites, pero en la actualidad se suele priorizar un día del mes en que la familia se pueda reunir para que estén todos los miembros presentes, y se invita a la familia extensa, vecinos y amigos a participar, mientras que antes solía ser más privada.

Al realizar las ofrendas a la Pachamama, ese día al llegar los invitados, previo permiso, se abre la pacha –un pozo de escasa profundidad cavado en el patio que siempre es el mismo de un año a otro- y se convida a los invitados el alcohol del año anterior que se extrae del pozo que puede tomarse o pasarse por el cuerpo como protección (Figura 12). En este sentido también existen variaciones, mientras algunas familias vuelcan las bebidas de las botellas para ofrecerle de tomar a la Pachamama, otros en cambio las colocan cerradas boca abajo, y las comparten al año siguiente con los integrantes de la celebración (Páez et al., 2019).

Figura 12

Ofrendas y orificio donde se le brindan honores a la Pachamama en una vivienda familiar de Cachi en agosto de 2018.



La comida se prepara con antelación, incluso varios días antes como el charqui -carne seca al sol- y las tistinchas -menudos de cabras y ovejas hervidos con mazorcas de maíz, porotos y habas- y se priorizan alimentos de producción local “porque son las que cultivamos de la tierra” (E., 2018, Cachi), realizados con maíz principalmente, papa, porotos, habas y carne de ovinos y caprinos de la zona. Los ciclos de cultivo de algunos de estos alimentos, como el maíz, no coinciden con la época del año de esta celebración, por lo que se reserva desde su cosecha, dado que es un alimento que no puede faltar en función del valor alimenticio y simbólico que tiene. Productos como la papa, el maíz, el poroto y la carne y bebidas fuertes no

deben faltar porque son del agrado de la pacha, además de preparaciones como empanadas, mote -maíz hervido-, humitas, tamales, tistincho, asado de chivito, entre otros.

Algunas personas mencionan que antes no se permitía comprar, no debía intervenir el dinero y preferiblemente se le brindaba lo que la tierra producía en el año. Hay familias que creen que no deben ofrendarse alimentos elaborados o industriales, sino sólo vegetales (como maíz, papa, poroto, habas; entre otros) que se producen en el rastrojo o en la huerta familiar y que son separados del resto de la cosecha para ser utilizados para este fin. También se ha observado que algunos cultivos de producción local están siendo reemplazados por otros con fines más comerciales, de mayor circulación. No obstante, ante la falta, se prefiere priorizar el alimento de la pacha, por lo que a veces sólo se ponen los productos más locales para ella mientras la gente consume otros. En el momento de ofrendar, es frecuente que la mujer de la familia realice un rezo o mencione unas palabras, agradeciendo y pidiendo para las cosechas del próximo año, por la familia o lo que desee en el momento, lo que es frecuente en otros lugares de los Andes (Fernández Juárez, 1994). La Pachamama es la invitada a la que hay que homenajear primero, por lo que la familia empieza a convidar lo mejor que tiene como coca, tabaco y alcohol preferiblemente y luego se acercan los alimentos en ollas de barro, y todos los asistentes ofrendan en la pacha antes de comer. Los cigarrillos se colocan de a pares en la superficie alrededor del pozo y representan a las personas de la familia, por quienes se le pide para su bienestar. Aunque los miembros de la familia no estén presentes, se prende un cigarrillo para que, aun en la distancia, puedan participar de la celebración. En cuanto a las bebidas, se priorizan las alcohólicas –incluso alcohol puro- y las más “naturales” posibles, aunque se colocan bebidas industrializadas como gaseosas en muchos casos. También se depositan dulces en forma de golosinas, elaboraciones caseras y frutas.

El sentido de reciprocidad no sólo se aplica a la relación con la Pachamama. Los invitados a la casa de la familia en la que se realiza la veneración piden por sus integrantes, situación que luego es retribuida cuando la celebración se realiza en su propia casa. Es frecuente también, que se participe de las celebraciones sin ser invitado por la familia, como el caso de un evento muy participativo y popular que organiza una familia de Cachi, en el que asisten muchas personas y se preparan grandes cantidades de comida y se prolongan las celebraciones todo el día con música, bailes, etc.

Las familias suelen trasladarse el mismo día a realizar ofrendas en otras pachas abiertas en el corral -donde se suele ofrendar la cola que se corta del ganado-, huertas o los rastrojos, lugares donde practican sus actividades agropecuarias, para propiciar la producción y agradecer lo que la tierra da, así como en las nacientes de los ríos que proveen el agua. Después de las ofrendas, la comida se sirve a los asistentes y se baila hasta el atardecer,

momento en el que se tapa la pacha hasta el año siguiente, o hasta que todos los invitados decidan irse. Para dar cuenta de esta conmemoración, se destacan algunos fragmentos de los relatos con las significaciones locales que interpelan a los participantes:

La Pachamama lo hacían solamente para el primero de agosto, ahora lo hacen todo el mes de agosto. Le convidamos para que ella no tenga hambre, le damos un agradecimiento a la madre tierra porque la tierra nos da de comer todo el año a nosotros, si no fuera la tierra la Pachamama no tendríamos la manzana, la naranja, la papa, todo nace de la tierra. Se abre un hoyo así y dan de comer a la Pachamama. Primero cuando abren, le ponen cigarrillos a la vuelta así, después ya la comida y a lo último la bebida y hasta torta, todos ponen un poquito y llevan un poquito también una cerveza, una gaseosa, un vino, lo que sea llevan para la pacha, y ahí le piden a la pachita que no nos falten nunca los alimentos. Si te invitan, vos vas a la familia y pedís permiso para ofrecer, uno pide a la Pachamama santa tierra por la familia de la casa esa, y pedís también por tu familia. Después come la gente todo lo que sea y bailan a la vuelta y esa es la costumbre (M., 2018, Payogasta).

Antes se invitaban los vecinos, se iban a la otra casa y también comían y todo el día era compartir, ahora no, cada uno en su casa. En la víspera se buscaban troncos, se hacía fuego en el piso con tinajas de barro y ponían a hervir el choclo, la mazorca entera con los granos, se ponían las habas maduras a hervir en otra olla. En otra olla ponían panza, charqui, toda la carne que tenías que guardabas del invierno ponías en una sola olla, y en la noche se quedaban a cuidar el fuego para que hierba todo eso. Todos los años hay que darle de comer a la casa, sino la casa te come a uno de los familiares. Y ahí sí ofrecés todo lo que vos querés que sea fructífero para el año y después se da de comer lo que vos cocinás. Yo por ejemplo hago locro, empanada, hago hervir el maíz pero ya en ollas más pequeñas en cacerolas, y el mote y el poroto, primero se separa todo lo que es para la pacha y lo que queda lo comemos nosotros porque ella es la invitada. Ahora ya no lo hacemos pero antes cuando empezábamos a cultivar los almácigos, a hacer los plantines, cavábamos un agujero allá abajo del molle y ahí se daba la coca, el vino lo que había para comer le poníamos ahí y empezábamos recién a trabajar la tierra, ahora se va perdiendo y los chicos de ahora se ríen por lo que uno hace ya, para ellos es algo que es el día y listo, ya no lo llevan adentro arraigado a eso. (...) Antes de abrir ese hoyo que habíamos cavado antes también hay que persignarse, ¡hay que respetarla! no es de ir y cavar un agujero y meter todo ahí, no, uno lo siente, reza y dice permisito Pachamama yo voy a abrirte y voy a darte de comer, y uno abre

el pocito ese que ha hecho antes y al abrir uno encuentra los restos de lo que ella come y bueno ahí ponemos el agua bendita en forma de cruz, bendecimos a ella por todo lo que nos ha dado y por todo lo que nos va a dar. Lo que ella tenía enterrado te convida a vos. Y después se empieza a dar la comida, se prenden los cigarrillos a la vuelta en nombre de cada uno de los familiares, si están lejos igual se pone para participarlos. En la orillita se pone el vino se le echa alcohol, según dicen mientras más fuerte la bebida mejor, antes se tomaba todo natural, la aloja, la chicha bien fermentada. Se pone la comida salada y después la fruta, todos los que están en la familia. Y también algunos bailan, cantan coplas (...). Es el mes donde empieza todo, la agricultura ya está preparándose la tierra para dar los frutos, cuando empezamos o cuando siembra el maíz también se hace, también así se hace un pocito y se pone ahí ya lo que tenés, con el pimiento cuando hacemos los plantines, cuando sembramos el maíz también o la papa que son comidas que se le ofrece siempre todos los años, tiene que ser el poroto, la papa, el maíz y la carne, ve esas son las cosas más aquí en este lugar, y las bebidas por supuesto, porque como dice la gaseosa no le des a la pacha porque eso es cosa que no es natural digamos, es una cosa hecha ya por el hombre, agua podés darle mucha agua bendita, alcohol, vino así esas cosas fuertes dice que le gusta a la pacha (N., 2018, Cachi Adentro).

Todos hacen en su casa una ceremonia, antes no le decían ceremonia y vamos a hacer la pacha decían, ahora como ven televisión dicen ceremonia, ha visto. En la escuela también hacen, la muni, ahora la nueva modalidad es que hacen los equipos de fútbol, en las canchas, es un plato eso no existía (J., 2018, Payogasta).

Para nosotros la Pachamama más que nada es una creencia, ahora el primero de agosto es un día sagrado para nosotros. Hay que agradecer y brindarle a ella como ella nos brinda a nosotros, por ejemplo, ese día hay que darle de comer todo lo que producimos, todo lo que tenemos, porque, si no fuera la tierra no sé cómo podríamos vivir, porque de la tierra cultivamos, vivimos. Nosotros los del campo generalmente, si sale un yuyo, sabemos que el yuyo lo come la oveja, y todo lo que producimos, podemos vender y sobrevivir con eso. Y si no sería la tierra así sea que, por ejemplo para tomar, o para tomar un mate, necesitamos los yuyos, hierbas aromáticas, y bueno todo sacamos de la tierra, todo. Ese día temprano sahumamos toda la casa, con las basuritas que juntamos de las cuatro esquinas de la casa para pasar bien el año, y que podamos llegar hasta el otro año. Eso es, poder llegar, porque siempre hemos dicho que el agosto es un mes fuerte, el agosto para nosotros siempre ha sido un mes fuerte,

un mes de desgracia, un mes donde, viste que siempre muere gente, como dice "Bueno, ya no me he muerto porque ya paso el agosto, no me va a pasar nada", el sahumado es como para atajar eso, que no me llegue, que no me llegue algo malo a la casa, voy a sahumar, porque sabemos que ese día hay que hacerlo y muchos la mayoría reza, pide a la pacha, pedimos salud, comida, protección en todo momento. Hay que rezar, nosotros los creyentes rezamos, siempre viste dice "Bueno, ahora vamos a rezar a la pacha" y rezamos, después de ofrendar todas tus comidas que tenés, pero ojo, ella es la invitada ese día. Primero va a comer ella, viste, si has hecho empanadas, todo lo que sea... primero se separa para la pacha, el asado, lo primero para ella, así que... así sea que te vayas a almorzar, pero ya está listo en su bandeja en el momento que va a venir toda la gente, o todos los que estamos en la casa y, viste, si estamos con los sombreros, estamos hincaditos ahí a la pacha, nos sacamos el sombrero, empezamos a convidarle, a darle, terminamos eso, pedimos, los pedidos de cada uno, rezamos, una vez que lo tapamos, si somos más alegres podemos bailarle alrededor en una ronda, el que le gusta cantar va a cantar unas coplas (E., 2018, Fuerte Alto).

La Pachamama es la madre de la tierra que nos da y a la vez nos quita también porque a veces hay tiempos que da linda la cosecha y hay tiempos que da muy poco, en el corral tenía otra Pachamama. Ahora tengo que hacer hervir maíz, habas, charqui, cabeza de vaca, mote pelado. Eso se prepara el 31 a la noche, el primero a la mañana a las 12 del día sacás todo y hacés un arroz, hacés hervir zapallo, poroto, viene mi familia de allí arriba y ponen asado de chivito, de cordero (J., 2018, Payogasta).

12.2. Dinámicas de los rituales y eventos conmemorativos del ciclo agrícola en la actualidad

La coexistencia de la creencia de raíz local con otras creencias y elementos de culto como los de la religión católica son visibles en algunas de las expresiones al mencionar los rezos, Dios, la Virgen, el agua bendita y la señal de la cruz en los momentos de la conmemoración de la "santa tierra". Estas coexistencias que se manifiestan en la actualidad, han tenido sus momentos de tensión, como cuando algunos párrocos manifestaban que no tiene sentido tirar la comida en dichos rituales y que dios castigaría dichas prácticas. Sin embargo, en los últimos años se ha observado que representantes de la Iglesia aceptan e incluso participan en las celebraciones, considerándolas como un aspecto tradicional o costumbre que los pobladores mantienen de sus ancestros. Incluso ha habido momentos donde se prohibía la aglomeración de personas para estas festividades, como en la última

dictadura cívico-militar, y sin embargo permaneció presente entre la familia al interior de los hogares. En los siguientes fragmentos se pueden visibilizar estas cuestiones:

Tiempo atrás se hacía Pachamama en la casa pero no le contabas a nadie más que a conocidos, a gente de confianza porque en tiempos de colonización se empezó a privar hasta un punto que el culto a la madre tierra comenzó a ser secreto para la gente que vivía acá en la zona. Ahora va a ser la Pachamama comunitaria acá en la plaza. Y el culto a la madre tierra sabe cómo es ¿no? se convida con la madre tierra misma los frutos que se han cosechado ese año, así que en marzo abril cuando empezamos a juntar la cosecha se va separando el fruto que se levanta: la papa, choclo, zapallo se prepara para comer en agosto recién porque se va a compartir con la madre tierra, por eso se separa, se guarda sin que nadie lo toque nada. Pero ahora ya no, se distorsionó mucho porque ya todo es comprado antes no se permitía comprar cosas para la madre tierra salvo el cigarrillo y algunos lo hacían también, iban a buscar hojas de tabaco de allá de la campaña, de Quijano esa zona pero hubo un tiempo que aquí se cosechó tabaco también, hacía madurar la hoja secar y tenías guardada en una bolsa para armar cigarrillos para la Pachamama. Y después el alcohol se hacía de la fruta: durazno, manzana, uva todo era hecho si todo se elaboraba en la casa para compartir con la madre tierra, no debía intervenir la plata dice como que ella no aceptaba eso, que le des un papel porque no significaba valor era un papel cualquiera. Ahora sí porque ahora todos compran, todo se compra hasta las empanadas se pueden comprar pero la idea era compartir una comida con la madre tierra una vez al año, así como se comparte con las almas también se comparte con la madre tierra y bueno se hace un pozo en el medio del patio en el lugar más importante de la casa y primero se tira agua y se sahuma a la mañana temprano y después ya se va poniendo la comida y compartiendo con toda la gente que tenés ahí en tu casa (H., 2017, Cachi).

Vos ofrecés a la madre tierra por ese año que vos has estado lo que has cosechado durante todo el año, lo que vos produjiste en la tierra y si tenés animales bueno hacés secar los menudos y en tiempos de la Pachamama los hacer cocer. También se brinda bebida, bebida alcohólica, gaseosa todo lo que quieras brindar a la tierra. Se pone en un pozo la coca, cigarrillos, algunos acostumbran ponerle una vela yo no porque pienso que es una creencia no es algo que si o si, no es un dios. Antes sí, de los antepasados era un dios para ellos pero ahora vamos cambiando ya hay tantas religiones que te hablan de distintas maneras que vas pensando diferente las cosas, porque si la Pachamama antes era un dios y ahora? si vos sos creyente tenés a Jesús,

tenés un dios bueno los católicos a María entonces adonde vas vos? no sabés vos seguir ciegamente a la Pachamama que ha sido un dios para los antepasados y ahora estás en la religión católica entonces ¿cuál de las dos? por eso yo ahí empecé a pensar no es una creencia y me decían el año pasado y hasta hace poco bueno vos ya has empezado a dar a la Pachamama siempre has dado y tenés que seguir dando porque te va a comer, no tan solo dios sabe digo yo nadie más, él sabe cuándo nos vamos a morir, es una creencia nomás se la respeta a la tierra si pero es una creencia, ese es mi modo de pensar (M., 2017, Payogasta).

Otro aspecto notorio en los últimos años, tiene que ver con la visibilización que adquirió la instancia ritual de los honores a la Pachamama para el turismo, y su conversión como atractivo para los visitantes. En la localidad de Cachi, desde el año 2000 aproximadamente, se abre un pozo en la plaza principal donde los turistas se acercan a compartir la práctica ritual e incluso comparten los homenajes en las casas de familias a las que asisten. Si bien representantes de las comunidades indígenas nos manifestaron que fue una idea de la población local al resistir que la pacha se pierda, con posterioridad comenzó a folclorizarse y volverse un espectáculo para el turismo, transformándose en “un homenaje ritual de fiesta” (E., 2015, Fuerte Alto). Aun identificando que son actividades propuestas para el turismo, la gente del lugar participa de estas conmemoraciones que algunas veces se acompañan por ferias realizadas en la plaza para vender sus productos, aunque sin embargo el turismo en sí mismo no representa una gran ayuda económica ni demasiada interacción. Es llamativo, sin embargo, que se compartan las celebraciones familiares a la Pachamama con personas de otras culturas,

Con el turismo empezó a ser conocido, a partir del 2000 empezó a contarse lo que se hacía porque la gente que nos visitaba nos preguntaba ¿qué hacen ahí? -se ríe- y ahí han empezado a contar pero antes no dejaban contar ni divulgar eso porque la iglesia el cura que te veía divulgando esas cosas decía que eras un pagano, que estabas con el diablo bueno esas cosas. Cosas que en tiempos más atrás antes de la llegada del español la palabra diablo no existía pues, nadie sabía que era eso, no se conocía eso la parte del mal, todo dice que era bueno nomás, todo lo que se hacía porque no había esas cosas, dos cosas así, el mal sino que no te iba bien, la palabra bien tal vez existía era porque vos mismo te provocabas eso, no porque entraba el diablo y te hacía hacer. Y cuando viene ya la religión nos enseñan que hay dos cosas, está dios y está el diablo entonces si hacés mal es porque estás con el diablo. Entonces cuando hacías el culto a la madre tierra decía que era pagano, del diablo, porque al único que había que

adorar, hablarle y eso es a dios porque él nos había creado y entonces así lo entendíamos. Bueno así era todo un lío, bueno yo crecí en un lío de cosas porque por un lado en la escuela también te enseñaban lo mismo, las maestras te decían que eso que tiran la comida a la tierra son ofensas para dios, cometíamos un gran pecado y no nos iba a perdonar nunca entonces bueno no contábamos nada a la maestra y bueno la iglesia también nos decían lo mismo pero después yo cuando iba a mi casa mis padres me decían otra cosa, como mis padres nunca han ido a la escuela entonces nunca le habían dicho esas cosas, no le enseñaron así. Si sabían de la virgen y tenían devoción por la virgen, Jesús o sea que no entendían la otra parte, me he criado en las dos, en la casa decían una cosa y era una mezcla así que no mucha importancia tampoco le daba yo no.

Actualmente algunos curas todavía se resisten y están con la misma idea pero algunos curas no, dicen si es bien no hace nada, si así creen y está bien porque no estamos ofendiendo a nadie, no le estamos sacando el pan de la boca a nadie para darle a la madre tierra nada, es el pan que hemos elaborado nosotros de nuestra mano (H., 2017, Cachi).

Por otro lado, el carnaval o *epuyai* también es considerado un momento importante dentro del ciclo anual, con el que los interlocutores celebran que los frutos están madurando ya para cosechar, y también relacionan a los cultivos en tanto comienza la estación seca, así como para el cálculo aproximado de las heladas. Otros eventos relevantes que han sido mencionados son las pascuas en relación a la merma de producción lechera de las cabras, y el día de las almas a comienzos de noviembre que coincide con el inicio de la estación lluviosa, una época importante también para los cultivos y para comprender la cosmología andina dado que como refiere Millones (1989), en la vida andina la concepción lineal de principio y final, de nacimiento y muerte carece de sentido. Así, expresan que:

El carnaval marca la estación seca. Mi hijo hace el saludo al sol, el inti raymi, yo a la luna porque la luna es de la mujer, el sol es del hombre porque cuando se eclipsa es vienen muchas enfermedades para la mujer, no será para todas pero siempre más se enferman las mujeres y cuando se eclipsa el sol es enfermedad para los hombres por ahí se enferman, así es. Se saluda a la luna llena, le pedís a ella que todo nos da y los hombres al sol. La luna y las fechas marcan los ciclos de las plantitas, cualquier mes no y la luna también por el clima, agosto ya viene lindo septiembre más lindo, en agosto empezás a poner almácigos ya en septiembre no, ya en octubre recién podés poner la

lechuga, el perejil, zanahoria, apio, acelga por cómo crecen las plantitas, el pimiento también en octubre (J., 2018, Fuerte Alto).

La abuelita decía que el carnaval cuando cae más temprano, va a ser año alto o bajo, yo no entiendo muy bien cómo es... Ve, el carnaval cae muy temprano, va a ser año va a helar más temprano. Igual la leche, mi abuela sabía decir, cuando saca leche a las cabras, por ejemplo en carnaval tenían todavía mucha leche las cabras, y una vez que pasaba el carnaval, ya se mermaba la leche y empezaban a secar. Mi abuelita sabía decir "ah, el carnaval ha venido y se ha llevado toda la leche" y ya no tenían leche las cabras, ya empezaban a mermar los quesos y así, y es la época que para pascuas vale más el queso, porque ya no hay queso y todos lo buscan (E., 2018, Payogasta).

Para el carnaval todos están florecientes todos los frutos que se pueden usar, carnaval te trae todas las verduras, choclo por ejemplo todas las verduras están para carnaval y la pascua se lo lleva todo, ya caen las heladas y van desapareciendo. Para carnaval hay, la verdura que busqués hay (M., 2018, Payogasta).

Una diferencia que se puede establecer en cuanto a las formas de desarrollar estas celebraciones, es la reducción de su duración que se relaciona con el tiempo que demandan otras actividades cotidianas y el ritmo que le imprime la concepción moderna del tiempo. Es decir, los interlocutores expresan que sus abuelos se ausentaban por largas jornadas de sus casas para celebrar carnaval por ejemplo, cuando en la actualidad se concentra en determinadas fechas. Lo mismo que la dedicación a la preparación de las comidas y bebidas, que también se ha acotado e incluso muchas veces no implica la elaboración casera de antaño. Sin embargo, como es visible en los relatos, la agricultura es una actividad tan relevante que el respeto de sus ciclos influye incluso en los tiempos de otras actividades. En este sentido, por ejemplo, el Ministerio de Educación incluyó el primero de agosto dentro del calendario escolar como día de la Pachamama, avalando faltas y realizando la celebración en las escuelas de la provincia. También, un profesor de la escuela agrotécnica de Payogasta nos relató que

En la municipalidad cuando sale una obra generalmente los gobernantes tratan de que salgan en la época que no se produce nada, porque la mano de obra en la época que empieza el tema de la producción que sería noviembre, diciembre, enero, febrero y marzo, la municipalidad para la obra pública y la gente se dedica a trabajar en el campo. O sea, se manejan como para coordinar y que la gente tenga un ingreso en la época que no tiene, y la época que puede producir (A., 2017, Payogasta).

La articulación en los tiempos de trabajo, es más notorio y fluido aun en la organización del ciclo agrícola y de la cría y pastoreo de animales, que dan cuenta de la importancia de la complementariedad dentro de las lógicas productivas del Valle⁵². En este sentido, mediante el desarrollo de los trabajos del equipo se han registrado actividades que se organizan de acuerdo a la alternancia entre los ciclos productivos agrícolas y la disponibilidad de pasturas en los cerros (Jakel 2018; Jakel y Marinangeli, MS; Jakel y Páez MS). De esta manera,

Siembro en diciembre además de las plantas también por los animales, porque si no se comen todo. Ya en diciembre llueve y hay verde en los cerros y ellos se van y ya no molestan aquí. (...) Para pastorear cada cual tiene su lugar, eso también viene desde antes, los mismos animales ya saben. Cabras, ovejas y la vaca que está en todo lugar, respetan ellos, ya saben hasta donde ir (M., 2014, Las Pailas).

Las mujeres se ocupan de pastar los animales tempranito, a la tarde los guardan. Normalmente en el invierno se los larga arriba donde hay pasto zonas así de vallecito y después los traen de vuelta. A veces tienen todo el invierno las vacas hasta esta época –septiembre- más o menos que recién las bajan, pero las tienen allá sueltas, salvajes, silvestres de vez en cuando las van a ver (E., 2016, Cachi).

El hermano para criar las cabras usa un amplio espacio territorial. Hay dos, tres, cuatro familias que se juntan y salen con los animales al cerro, los bajan en la época que hay que vacunar o cuando ya no hay pasto en el cerro. Ahí se reúnen varios y bajan todos los animales que están todos distribuidos en el cerro (U., 2019, Cachi Adentro).

Hasta mayo tenemos cultivado, después sacamos y bajamos las vacas del cerro, y en el verano cuando se van se cultiva, y así. Noviembre se pone el pimiento ya suben las vacas que con las primeras lluvias se pone verde el cerro. Cada 15 días van cambiando de puesto y cuidamos todos esos tres meses, no se las deja solas por los pumas (O., 2019, Palermo Oeste, como se citó en Jakel y Marinangeli, MS).

En este último relato además, es visible una práctica de trashumancia entre las zonas más altas de los cerros y las localidades o parajes de fondo de valle. En una oportunidad, una señora relataba que en verano cuando hay pastaje para los animales y su madre e hijo podían llevarlos a pastar, ella vendía la lana de llamas y ovejas y la papa andina en Cachi, o se

⁵² Este aspecto es mencionado sólo someramente en este capítulo, ya que es abordado de manera específica en el marco de otras investigaciones doctorales en curso del equipo (Jakel, 2018).

empleaba allí en casas de familia por ejemplo, dado que hay mayor afluencia de turismo y se requiere fuerza de trabajo. En tanto, en invierno residía en los puestos de más arriba, dedicada a cuidar los animales, con lo cual la crianza de los animales también termina siendo una parte importante del ciclo de la vida, que engloba todo aquello proveído por la Pachamama. De esta manera, es notorio que, además de ser muy frecuente que los agricultores tengan algunos animales, así como que los pastores tengan una pequeña huerta para el consumo familiar, ambas actividades tienen una marcada estacionalidad y con frecuencia se coordinan y complementan en el ciclo anual. Así, cuando escasean las pasturas naturales, se suelen alimentar los animales con la alfalfa de los campos en barbecho, que a su vez son abonados con el guano depositado por ellos. Incluso en los casos que esa alfalfa se obtenga con la compra o trueque, suele buscarse el guano para abonar los rastrojos aunque los animales no se alimenten en ese espacio. A partir de la primavera, se vuelve a iniciar el ciclo en los espacios de cultivo, cuando asimismo comienzan las primeras lluvias que hacen reverdecer los campos de altura, donde se encuentran los puestos de verano. De todas maneras, cabe destacar que, como se ha referido, la disponibilidad de pasturas y los ciclos de cultivo no son los únicos factores que inciden en la movilidad de los AFcel, también intervienen otros como la posibilidad de obtener empleos estacionales de acuerdo a épocas de mayor demanda de fuerza de trabajo en las principales localidades del área (Jakel y Marinangeli, MS).



Yo hablo de la identidad ch'ixi, que es la identidad manchada, es una identidad donde lo indio está manchado de lo blanco y lo blanco está manchado de indio; y en esa mancha, en ese abigarramiento, está la fuerza de la descolonización

Silvia Rivera Cusicanqui en Conversa del mundo (Silvia Rivera Cusicanqui y Boaventura de Sousa Santos, La Paz, 2014)

CONSIDERACIONES FINALES

El objetivo propuesto en esta tesis, ha sido abordar la organización de las prácticas agrícolas de los AFCel de Cachi, teniendo en cuenta que su saber hacer no se reduce a una cuestión productiva meramente, sino que involucra distintos aspectos imbricados en el tejido sociocultural. En este sentido, se han analizado diferentes aristas de la compleja articulación actual de estas prácticas, conformada a partir de un devenir histórico producto de una matriz de raigambre ancestral, interceptada por lógicas introducidas, y otras propias de procesos locales y regionales, dando lugar a estas formas yuxtapuestas, portadoras de contradicciones. Una de ellas tiene que ver con un espacio performado por una idiosincrasia local indígena proveniente de tiempos prehispánicos, de la que se identifican en la actualidad formas de relaciones comunales basadas en la cooperación y reciprocidad, una dimensión ontológica que se relaciona con un determinado vínculo con la naturaleza –de la que se es parte- y prácticas rituales y de cuidado afectuosas -como la rotación de cultivos de acuerdo a sus ciclos y relación con los nutrientes de la tierra, uso de abonos naturales, cambios y reutilización de semillas-, construcción de territorialidad, complementariedad agrícola con la cría y pastoreo de animales en el marco de estas lógicas de cuidado, entre otros aspectos. Esto no implica, sin embargo, pensar dichos elementos como continuidades respecto a un pasado que no ha sufrido modificaciones y resignificaciones, lo que sería negar los profundos procesos de desestructuración y dinámicas socioculturales e históricas que operaron con posterioridad a la conquista. Por el contrario, estas configuraciones de base, presentes en la memoria oral de las personas, han sido interceptadas por otras modernas que inciden desde tiempos coloniales, en distintas formas y con diversos embates, sobre todo a través de instituciones estatales y del mercado, generando reconfiguraciones a partir de los entramados preexistentes, así como coexistencias, confluencias, y articulaciones heterogéneas con sus conflictividades y contradicciones. De esta manera, estos “entremedios”, entidades indeterminadas o intersecciones sin síntesis (Rivera Cusicanqui, 2010), se han ido construyendo sobre dinámicas indígenas atravesadas por distintos influjos de configuraciones modernas en relación a

distintas coyunturas sociohistóricas regionales, nacionales y globales que les otorgan particularidades. Estos influjos se han intensificado en determinados momentos del siglo XX, donde nos hemos detenido en la investigación a partir de la reorientación productiva hacia la agricultura de renta, cambios en la tenencia de la tierra, el mayor influjo tecnológico en la agricultura y los procesos recientes de intensificación productiva vitivinícola asociada al turismo. De esta manera, en estos escenarios dinámicos, los conflictos y desigualdades han estado presentes en forma muy notoria en cada uno de los aspectos abordados, en vinculación con todos los actores sociales que participan de este entramado, caracterizando este devenir que configura el escenario actual.

En este marco, uno de los aspectos donde se visibiliza esta integración de elementos divergentes, es aquel que tiene que ver con la configuración del territorio y las construcciones de territorialidad presentes en Cachi en la actualidad. Estas están dadas por aquellas formas comunales subyacentes a la propiedad privada, que se instaura en la colonia y se vuelve hegemónica bajo la organización del Estado Nación, y actúa mediando el acceso a la tierra de acuerdo a reglas de juego que rigen el mercado. Incluso aquellas territorialidades que se han construido tras la expropiación de la Finca Hacienda de Cachi por ejemplo, o la compra de la Finca Palermo y en tiempos recientes las que avala la Ley 26.160, han sido configuradas desde la organización del territorio que propone el Estado. En el caso de la Ley, si bien se sustenta en construcciones de territorialidad de comunidades indígenas a nivel nacional, compromete en forma previa a una autoadscripción étnica que debe ser avalada por el Estado mediante la obtención de una personería jurídica que acredite esa condición. Aun así, más allá de las percepciones identitarias, lo que se observa en lo cotidiano es un habitar de estos espacios comunes por parte de los AFCel, donde se transitan, ya sea para acceder mediante vías de comunicación a otros lugares, o circular para realizar intercambios, tornas de trabajo, limpieza de acequias, pastaje de animales, cultivo, etc. Estas dinámicas se vivencian como una continuidad respecto a la memoria colectiva de las formas en que habitaban el territorio sus ancestros, en diálogo con una naturaleza de la que se es parte—por ejemplo, a través del respeto y las instancias de veneración realizadas durante el año a la Pachamama—. Estas memorias refieren a la época de los abuelos y bisabuelos de los interlocutores, aunque en algunas referencias se estima que siempre ha sido así, atribuyendo una continuidad respecto a las raíces indígenas o de los antiguos a estas formas de habitar el territorio.

Respecto a la territorialidad entonces, es claro que involucra un arraigo muy fuerte, vinculado en gran medida a que los ancestros han habitado allí y trabajado los territorios, estableciendo relaciones —entre sí, con el resto de la naturaleza, espacios sagrados, etc.—,

desarrollando historias, identidades, prácticas de labranza y conocimientos que trascienden la delimitación del espacio y la posesión de un territorio confinado en términos de propiedad privada. Esta disonancia entre las lógicas territoriales de los AFCEl frente a las categorías rígidas y burocráticas que impone el Estado es difícil de conciliar, dado que corresponden a diversas ontologías que están en tensión, configurando gran parte de los conflictos. Así, por un lado, desde la racionalidad capitalista se concibe al territorio como un espacio mercantilizado regido por la propiedad privada y donde los recursos naturales pueden ser explotados en pos de un rédito económico. Por otro lado, el territorio para las lógicas locales trasciende lo material y se conforma como condición de posibilidad de la vida, en el que se desarrollan diversas formas de relación comunales que con frecuencia las subyacen, incluyendo aquellas entre formas humanas y no humanas que lo habitan. En este marco, se ha referenciado que para poder cultivar, los AFCEl deben acceder a estas formas de tenencia, ya sea en términos de propiedad, arriendos o medierías –estando sujetos por lo tanto a relaciones contractuales desiguales-, y las formas de administración del agua de riego que permitan acceder al recurso hídrico. Aquí también, se han trazado continuidades respecto a cuestiones de infraestructura del sistema de irrigación y la organización comunal coordinada en función del mantenimiento de dichas tomas y canales, junto a los turnos de riego, etc. Esta organización sistemática ha sufrido modificaciones y tiene mucho que ver con aquellas formas prehispánicas en relación a la limpieza de acequias y aspectos rituales, así como las profundas raíces históricas en relación a la distribución de turnos, préstamos de agua, etc. Sin embargo, desde tiempos coloniales los aspectos que regulan su distribución están vinculados a los intereses de quienes acapararon las tierras en la región, y con posterioridad su administración ha estado mediada por una organización que se imparte y regula desde el Estado. Así, en la actualidad está reglada por un código, se cobran impuestos y realizan obras como los revestimientos de canales, y han irrumpido nuevas técnicas de riego y sistemas de uso vinculadas a nuevos esquemas productivos. El Estado en este contexto, ha intervenido en mayor o menor medida en función de las distintas coyunturas, organizando su abastecimiento y distribución según el acceso a la tierra por ejemplo, por lo que tienden a reproducir las desigualdades mencionadas, que se acrecientan con los procesos acentuados de concentración territorial. Asimismo, al ser ambos bienes tan necesarios para desarrollar la principal actividad en el área, han estado sujetos en forma histórica a su acceso en función de las relaciones de poder, imprimiendo una marcada desigualdad en la distribución y uso, que se incrementan con los procesos de intensificación del capital en la región a partir de finales del siglo XX.

En consonancia con las configuraciones de territorialidad de los AFCeI, se han registrado aspectos rituales y formas de relación comunales, donde la reciprocidad y complementariedad son elementos centrales que regulan diversos procesos, aunque en la actualidad reconfigurados a partir de otros elementos que entran en juego. En este sentido, formas de circulación de la producción como convidos, préstamos y trueque, si bien vigentes, se han visto alterados por otras formas de intercambio vinculadas al mercado, predominantes en la actualidad en los circuitos productivos del área. Uno de los aspectos destacados ha sido la mediación del valor monetario por sobre el de uso sobre las transacciones que se realizan, alterando también las medidas que rigen los intercambios, además de las nuevas necesidades de consumo y prácticas individualistas que instala el mercado, donde el dinero ocupa un lugar central dentro de la dinámica económica cotidiana para suplir las necesidades diarias. Sin duda, estos aspectos han estado presentes coexistiendo por muchos años, pero avanzado el siglo XX y, más aún, a partir de la década de 1990, se produce un fuerte avance de las políticas neoliberales en la región mediante la intensificación del turismo y la afluencia de grandes capitales concentrados. Esta intensificación ha tenido sus impactos sobre diferentes aristas de la vida cotidiana, y entre ellas, en las formas de intercambios de productos esta injerencia ha sido más notoria. Sin embargo, también es visible que en dinámicas más vinculadas con lazos cercanos -como entre personas de la misma familia, vecinos y amigos-, "...este tejido de relaciones recíprocas comunitarias no sólo está presente, sino que parece formar parte de un esquema de relaciones cimentado, que se reproduce con más naturalidad que aquellas instaladas por las leyes de la oferta y la demanda. Esto guarda correspondencia con una memoria sostenida sobre la experiencia de la práctica y transmitida generacionalmente, que resiste los embates de un sistema con intereses contrapuestos" (Marinangeli et al 2021). La resistencia de estas formas comunitarias, o al menos los principios subyacentes de dichos mecanismos, permiten compensar o al menos atenuar los imperativos del mercado que son cada vez más prominentes y que, en caso de regular el acceso a todos los bienes, formas de trabajo, etc., sería insuficiente para la cotidianeidad de las familias.

En este marco, está claro que los lazos de parentesco, compadrazgo, amistad entre vecinos, entre otras, se vuelven una parte fundamental del tejido social, difíciles de erosionar pese a otras formas prevalecientes de acceder a los bienes y relacionarse. Estos lazos también se han destacado en los relatos tanto en su importancia para la fuerza de trabajo orientada a la agricultura, como otros aspectos vinculares cuando los jóvenes se van a estudiar a las ciudades residiendo en la casa de los padrinos, o las personas que con anterioridad venían de otras altitudes a cambiar y ahora a vender en las ferias de Cachi se alojan en las casas de los

parientes, las ayudas entre familias cuando alguien fallece, entre otras dinámicas sociales. Incluso en los relatos, se han rememorado las formas de relacionarse con el patrón de las fincas en las que se empleaban, en términos parentales. Así, más allá de las desigualdades y formas de explotación impartidas por aquellos poseedores de los bienes, las personas mencionan lazos al interior de los arriendos donde la amistad, compadrazgo, parentesco son centrales para sostener la vida en comunidad, particularmente en circunstancias económicas adversas.

Otros de los aspectos centrales que se han trabajado tienen que ver con las dinámicas cotidianas, saber hacer y formas de labranza involucradas en la organización agrícola. En este sentido, se han identificado elementos propios de una configuración productiva moderna, así como otras que las personas vinculan a formas locales y ancestrales, regidas por una lógica de cuidado donde el eje no pasa por la productividad sino por un vínculo más integral y comprometido entre quienes participan. Así, por ejemplo, hemos ido identificando formas de rotación de cultivos en función de los nutrientes que requieren y el respeto de ciclos de ciertas plantas en relación a otros eventos de la naturaleza como los períodos de lluvias, ciclos lunares, etc. También los rituales de homenaje a la Pachamama en diversas instancias, prácticas de abono y cuidado de la tierra, complementariedad con eventos de cría y pastoreo de animales (que se suelen dar en el marco de prácticas más generales de cuidado), entre otros aspectos en los que además, siempre están acompañados por palabras o actitudes de respeto hacia la tierra que provee el sustento. Asimismo, estas formas conviven con otras lógicas incorporadas a partir de la orientación productiva hacia la horticultura de renta, a mediados de siglo pasado. Las mismas tienen que ver con la adopción de determinados cultivos orientados a la comercialización, cuyas semillas industrializadas deben comprarse, junto a un paquete de agroquímicos y tecnología que acarrea una mayor mecanización de la producción, que es la prevaleciente en los rastrojos de fondo de valle. Esta forma de producción dependiente de insumos, además de acrecentar desigualdades entre quienes se dedican a la agricultura, que asimismo deben colocar estos productos en el mercado, se suman a las mencionadas con anterioridad respecto al acceso a la tierra y agua de riego para poder desarrollarla, y genera también una tensión que se percibe en algunos discursos de los interlocutores. Así, se han hecho referencias a la resistencia de estas formas de producir respecto a sus prácticas de cuidado –empleándolas por ejemplo sólo para la agricultura de renta y no para autoconsumo–, mientras que otras personas las enmarcan en dichas lógicas en cuanto a optimizar los rindes de los cultivos, no desperdiciar, etc. De esta manera, sobre todo en parajes más alejados de las localidades principales y con personas que desarrollan cultivos

más diversificados, han resuelto muchas veces estas tensiones no colocando químicos para las verduras que consumen ellos (ya sea por voluntad o porque no resulta necesario y/o cuesta obtenerlos), aunque sí para aquellas destinadas a satisfacer las necesidades del mercado, optimizando asimismo la producción para que les rinda más económicamente. Sin embargo, la orientación a los cultivos de renta predomina ante otras formas –al menos en el fondo de valle-, regido por estas formas productivistas donde las reglas de mercado son las imperantes, y sobre las que intervienen y están dirigidas las políticas públicas, más allá del tejido local subyacente en la organización agrícola.

Por otro lado, un aspecto que también ha sido recurrente a lo largo del desarrollo de los capítulos, corresponde a las referencias en torno a las tensiones entre pasado y presente. Es decir, se destaca una reiteración en los relatos de los interlocutores de la idea de que antes determinadas cuestiones eran como deberían ser, mientras ahora muchas se han perdido o son muy distintas. En este sentido, se insiste en que “cada uno trabaja para sí mismo, no le interesan los demás”, “trueques eran los de antes, ahora todo es por plata”, “nadie quiere trabajar en la agricultura, los chicos se van”, “ahora se usa mucho agroquímico”, “se produce para la venta”, entre otros. Asimismo, se señalan aspectos que se han “recuperado” en los últimos años, como la celebración de la Pachamama, el carnaval, los intercambios y la torna. En estos últimos casos, si bien son procesos locales, es el mercado quien ha intervenido propiciando actividades que capitaliza para su comercialización como atractivo turístico, tal es el caso por ejemplo de la ritualización pública de la Pachamama que se realiza desde 2001 en la plaza 9 de julio de Cachi la folclorización de la identidad vallista o la apelación al tiempo detenido y modo tradicional de vida de los habitantes que se expresa en la promoción turística con frecuencia. Por otro lado, mecanismos como el trueque y la torna han sido mencionados por las personas como aspectos a los que han recurrido estos últimos años para paliar la crisis económica, ante la imposibilidad de pagar peones que los ayuden en la labranza, no poder vender la mercadería o la inconveniencia económica de hacerlo frente a cubrir las necesidades intercambiando los productos, sobre todo en áreas no tan influenciadas por el turismo como el municipio de Payogasta. Asimismo, señalan que la “política” o el Estado como institución moderna también ha ejercido cambios en la misma dirección en cuanto a un aumento del individualismo, dependencia del dinero y la influencia de procesos burocráticos para acceder a políticas públicas, créditos, comercializar productos, entre otras.

De esta manera, desde la memoria oral se destacan prácticas y saberes que están vinculados en mayor medida a instituciones modernas, como otras de raigambre indígena, que se ponen en relación en distintas instancias con mayor o menor peso, de acuerdo a las

coyunturas. Sin dudas, en las prácticas mercantiles es donde hay mayor presencia de la occidentalidad, aunque también las prácticas colaborativas e intercambios recíprocos están presentes y menos afectados en los espacios donde no están tan en contacto con el mercado. Y en este sentido, es notorio que a pesar de las tensiones, conflictos, desigualdades mencionadas que atraviesan estas configuraciones de la organización agrícola, las dinámicas comunales, relaciones recíprocas, la memoria colectiva y cuestiones identitarias transversales que hemos analizado para los distintos ejes de discusión, configuran formas de resistencia que representan en mayor o menor medida, la respuesta ante las formas avasallantes que tienen las lógicas capitalistas de imponerse sobre aquellas otras maneras de aprehender el mundo.

Para finalizar, es interesante retomar algunos aspectos mencionados en referencia al contexto andino donde enmarcamos el área de estudio para analizar la organización agrícola de los AFCeI de Cachi. Como se ha expresado con anterioridad, las coexistencias de elementos que pueden identificarse como contrapuestos no conllevaron una fusión o hibridación indiferenciada, sino que constituyen esferas que se ponen en relación generando nuevas configuraciones, caracterizadas por algunos autores como co-determinantes de la organización andina (de la Cadena, 1986; Golte y de la Cadena, 1986). Como se refirió en el capítulo uno, hay diversos trabajos para el área en los que se expresan estas relaciones. Por ejemplo, la referencia a que las instancias individuales y colectivas en las dinámicas productivas preexisten a la intromisión del mercado monetario, aunque este altera la relación entre las mismas, generando tensiones ante los flujos asimétricos de bienes o trabajo o apropiaciones individuales de ámbitos colectivos o de propiedad comunal (de la Cadena, 1986). En este marco, la importancia de la agricultura para la subsistencia no desaparece, si bien es diferente de acuerdo a las zonas, así como la relevancia del parentesco como forma de organizar la mano de obra y el intercambio directo de bienes para conseguir aquello que no se produce, entre otras (ibid). Así, más allá que las interacciones entre las mencionadas instituciones y lógicas andinas y modernas (de la Cadena, 1986) o esferas (Golte y de la Cadena, 1986) sea muchas veces conflictiva, la presencia del mercado "...ha alterado la naturaleza de las instituciones sociales andinas, las que, sin embargo, no han desaparecido" (de la Cadena, 1986, p. 32). Es por ello que no se habla de desestructuración ni sustitución de unas reglas por otras, pero tampoco que lo comunal significa una dimensión igualitaria ni que las instituciones andinas sean como eran antes de la intromisión de aquellas que derivan del mercado, sino que son interdependientes y coexisten en una estructura única (Golte y de la Cadena, 1986). En el mismo sentido, Mayer (2004) concibe a dichas esferas -de mercado y no mercado- como un

continuo en el que interactúan entre sí, interviniendo por ejemplo el dinero en forma diferencial en las distintas etapas productivas, así como el trueque, que asegura un flujo de bienes en términos más estables y predecibles que aquellos intercambios regidos por el dinero. Asimismo, Jiménez Navia (2015) desde la lógica de lo *ch'ixi* como espacio intermedio indeterminado (Rivera Cusicanqui, 2010; 2018), analiza las imbricaciones heterogéneas de prácticas que se dan en el mercado de Apachita Waraqu en el departamento de La Paz (Bolivia). Allí, coexisten creencias y rituales ancestrales vinculados a la Pachamama en contextos fuertemente impactados por las lógicas de mercado, en los que sin embargo, “Los afanes de dinero no entorpecen la manifestación cultura andina sino que se complementan” (Jiménez Navia, 2015, s/n). En este espacio, caracterizado por la convivencia y la complementariedad de estos antagonismos, cada uno mantiene su identidad, sin hibridarse. Por un lado, están presentes allí las prácticas asociadas al carácter sagrado, espiritual y ancestral de la creencia, y el mercantil de Apachita Waraqu por otro, donde se desarrollan otras modernas en determinados contextos construidos. Así, “Este ejemplo altiplánico refleja los nuevos matices que adquieren las prácticas indígenas bajo los nuevos contextos emergentes, de corte capitalista, que son interpretados apelando a lo *chix'i* (Rivera Cusicanqui, 2010, como se citó en Páez et al. 2021, MS)”, en cuanto esta construcción es el producto de la unión de lógicas opuestas propias de la cultura andina y mercado capitalista que deviene en prácticas sociales, económicas y espirituales originales como este particular mercado capitalista andino (Jiménez Navia, 2015).

La confluencia de estos elementos también ha sido analizado para el Noroeste Argentino, en gran medida para el área de la Quebrada y la Puna jujeña. Esta zona, con un importante proceso de patrimonialización reciente, articula tendencias globales vinculadas al consumo y a la producción, con procesos productivos de tradición más local. A partir de la historización que realiza Arzeno (2008) en su tesis, ha habido distintos momentos en los que se valoriza el espacio en forma diferencial, de acuerdo a la integración al capitalismo en vinculación a determinados actores y procesos de cambio (como las emigraciones del sector rural, la difusión de nuevos productos y tecnologías y modificaciones del vínculo de los productores con el mercado, valorización diferencial de las tierras agrícolas en algunas áreas de la Quebrada, políticas públicas y formas organizativas de los productores, etc.). La autora remarca que no todos los lugares se vieron afectados de la misma forma ni experimentaron las mismas transformaciones de estos procesos organizativos, así como tampoco las modalidades de persistencia de los productores fueron iguales. En este sentido, plantea que “...los procesos de integración al capitalismo no han sido ni son homogeneizantes (ibid, p. 9)”.

En esta investigación, si bien quedan aristas abiertas para seguir indagando, la propuesta ha sido identificar estos elementos yuxtaponidos y analizar las características que adquieren en la actualidad a partir de su puesta en relación, y cómo han intervenido los distintos actores en estos procesos, atravesados asimismo por una gran desigualdad.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abdo, E. M. (2017). Proceso de distribución de tierras en Finca Palermo. ¿Un hecho de reivindicación histórica o un cambio de rostro en la relación de subordinación? *I Jornadas Nacionales: Perspectivas e intervenciones en las Ciencias Sociales del NOA*, Universidad Nacional de Santiago del Estero.
- Abduca, R. G. (1992). Unidad campesina y semiproletarización: el caso de Yavi, Jujuy. *Cuadernos de Antropología social*, (6).
- Abduca, R. G. (1995). Campesinos con ocupación obrera. Relaciones campesinas y dependencia salarial en una cabecera de valle argentino-boliviana. En H. Trincherro (Ed.), *Producción doméstica y capital. Estudios desde la Antropología Económica* (pp. 81-103). Editorial Biblós.
- Abduca, R. G. (2007). La reciprocidad y el don no son la misma cosa. *Cuadernos de antropología social*, (26), 107-124.
- Abeledo, S. (2013). *Pastores de los Andes Meridionales: sistemas tradicionales de intercambio y sus transformaciones en Santa Rosa de los Pastos Grandes (Los Andes, Salta)* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires]. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/4331>
- Abeledo, S. (2014). Territorio, caminos y prácticas culturales de los viajes de intercambio del último siglo (departamento de Los Andes, provincia de Salta). En A. Benedetti y J. Tomasi (Comps.), *Espacialidades en las tierras altoandinas. Avances de investigación desde el noroeste argentino* (pp. 29-62). Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Abeledo, S. (2017). Pastoreo, minería y transferencias estatales en Santa Rosa de los Pastos Grandes (Puna de Salta, Argentina). *Runa*, 38 (1), 23-40. <https://doi.org/10.34096/runa.v38i1.2531>
- Achilli, E. (2005). *Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Laborde Editor.
- Acuto, F.; Amuedo, C.; Ferrari, A.; Kergaravat, M.; Goldin A. y Gamarra, L. (2007). Investigaciones Arqueológicas sobre el Período Tardío del Valle Calchaquí Norte. Trabajo presentado en el XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Jujuy.

- Acuto, F.A. y Gifford, C. (2007). Lugar, arquitectura y narrativas de poder: relaciones sociales y experiencias en los centros Inkas del Valle Calchaquí norte. *Arqueología Suramericana*, 3 (2), 135-161.
- Acuto, F., Smith, M. y Gilardenghi, E. (2011). Reenhebrando el pasado: hacia una epistemología de la materialidad. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 16 (2), 9-26.
- Alberti, G. y Mayer, E. (1974). Reciprocidad andina: ayer y hoy. En G. Alberti y E. Mayer (Comps.), *Reciprocidad e intercambio en los andes peruanos* (pp. 13-33). Instituto de Estudios Peruanos.
- Alonso, L. E. (1999). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En L.E. Alonso y L.E.A Benito *La mirada cualitativa en sociología*. Editorial Fundamentos.
- Álvarez Veinguer, A. y Sebastiani, L. (2020). Horizontes etnográficos desde experiencias colaborativas e implicadas. Introducción al monográfico: Etnografías colaborativas e implicadas. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 15 (2), 233-246.
- Ambrosetti, J.B. (1906). *Exploraciones arqueológicas en Pampa Grande (Provincia de Salta)*. Publicación de la Sección Antropológica 1. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Ambrosetti, J.B. (1907). *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de «La Paya» (Valle Calchaquí, Provincia de Salta)*. Publicación de la Sección Antropológica 3. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Amnistía Internacional (2019). *Informe del estado de situación de la Ley de Emergencia territorial indígena 26.160: a trece años de su sanción, la efectiva implementación es un imperativo de derechos humanos*. <https://amnistia.org.ar/wp-content/uploads/delightful-downloads/2021/11/Estado-de-situacion-de-la-Ley-De-Emergencia-Territorial-Indigena-26160.pdf>
- Anderlini, L., y Sabourian, H. (1998). Algunas notas sobre la economía del trueque, dinero y crédito. En C. Humphery y S. Hugh-Jones (Comps.), *Trueque, intercambio y valor. Aproximaciones antropológicas* (pp. 112-134).
- Angrosino, M. (2012). *Etnografía y observación participante en investigación cualitativa* (Vol. 3). Ediciones Morata.

- Archetti, E. P. y Stolen, K. A. (1975). *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Siglo XXI.
- Arenas, P. (2013). La participación de Tucumán en el relevamiento territorial de la ley 26160: una mirada desde las prácticas. *Población y Sociedad, revista de estudios sociales*, 20 (2), 125-136.
- Arqueros, M. X. (2007). Territorio y tramas locales en San Carlos, Salta. En M. Manzanal, M. Arzeno y B. Nussbaumer (Comps.), *Territorios en construcción: actores, tramas y gobiernos, entre la cooperación y el conflicto* (1a ed., pp. 135-167). CICCUS.
- Arqueros, M. X. (2016). *Desarrollo y territorio en San Carlos, Salta, Argentina. El proceso organizativo y de territorialización de la Asociación de Comunidades Calchaquíes* [Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires].
- Arqueros, M. X. y Manzanal, M. (2004). Interacciones y vinculaciones interinstitucionales para el desarrollo territorial-rural: el caso de San Carlos en Salta. *Primeras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales del NOA*, Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Salta, Salta.
- Arzeno, M. (2001). Procesos de transformación del campesinado de la Quebrada de Humahuaca (Pcia. de Jujuy, Argentina). Tendencias recientes. *Actas del 8vo. Encuentro de geógrafos de América Latina*, Universidad de Chile. <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal8/Geografiasocioeconomica/Geografiaagraria/07.pdf>, visitado el 01/03/2013
- Arzeno, M. (2008). *Pequeños productores campesinos y transformaciones socioespaciales. El cambio agrario en la Quebrada del Humahuaca* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires]. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1740>
- Arzeno, M. (2011). El campesinado de la Quebrada de Humahuaca. Análisis de su transformación desde un enfoque geográfico. En M. I. Kollmann (coord.) *Espacio, espacialidad y multidisciplinariedad* (pp. 177-207). Eudeba.
- Arzeno, M. B. (s/f). *Procesos de transformación del campesinado en la Quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy, Argentina). Tendencias recientes*. Observatorio geográfico de América Latina. <http://observatoriogeograficoamericalatina.org.mx/egal8/Geografiasocioeconomica/Geografiaagraria/07.pdf>

- Arzeno, M., y Castro, H. (1998). Agricultura y modernización en la Quebrada de Humahuaca. *Jornadas de Estudios Agrarios Horacio Giberti*.
- Arzeno, M. B., Deheza; R.D.P., Muñecas L. y Zanotti A. S. (2015). Discusiones en torno a las políticas públicas para la soberanía alimentaria y la agricultura familiar en Misiones (Argentina). *Mundo Agrario* 16 (32). http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6877/pr.6877.pdf [consulta: 2016-04-01]
- Avenburg, K. (2011). *Recreando el pasado, posicionándose en el presente. Performance y experiencia en dos fiestas rituales de Iruya (Salta, Argentina)*, [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Balazote, A. (2007). *Antropología económica y economía política*. Universidad Nacional de Córdoba.
- Balazote, A. y Radovich, J. C. (2013). Los usos del pasado en la disputa por los recursos en territorio mapuche, Argentina. En A. Balazote y L. D. Hocsmán (comps.), *Conflictividad agraria y defensa del territorio campesino-indígena en América latina* (pp.159-185). Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Balcazar, F. E. (2003). Investigación acción participativa (IAP): Aspectos conceptuales y dificultades de implementación. *Fundamentos en humanidades*, (7), 59-77.
- Baldini, L. (2007). Cancha de Paleta, un cementerio del período Formativo en Cachi (valle Calchaquí, Salta). *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales-Universidad Nacional de Jujuy*, (32), 13-33.
- Baldini, L., y De Feo, C. (2000). Hacia un modelo de ocupación del valle Calchaquí central (Salta) durante los Desarrollos Regionales. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 25.
- Baldini, L. N., Baffi, E. I., Quiroga, L. y Villamayor, V. (2004). Los Desarrollos Regionales en el Valle Calchaquí Central, Salta. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXIX*, 59-80.
- Baldini, L. y Villamayor, V. (2007). Espacios productivos en la cuenca del río Molinos (Valle Calchaquí, Salta). *Cuadernos de la Facultad de Ciencias Sociales*, (32), 35-51.
- Barabas, A. (2006). *Dones, dueños y santos: ensayo sobre religiones en Oaxaca*. Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Baranger, D. (1999). *Construcción y análisis de datos*. Editorial Universitaria de Misiones.

- Barbetta, P., Domínguez D. y Sabatino P. (2012). La ausencia campesina en la Argentina como producción científica y enfoque de intervención. *Mundo Agrario* 13 (25). <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAv13n25a03/2267>
- Bartolomé, M. A. (1993). *La construcción de la persona en las etnias mesoamericanas*. Instituto Chiapaneco de Cultura, Gobierno del Estado de Chiapas.
- Bartolomé, M. A. (2003). En defensa de la etnografía. El Papel contemporáneo de la investigación intercultural. *Revista de Antropología Social*, 12, 199-222.
- Bartolomé, M. A. (2003). Los pobladores del “Desierto”: genocidio, etnocidio y etnogénesis en la Argentina. *Cuadernos de Antropología Social* 17, 162-189.
- Bartolomé, M. A., & Barabas, A. M. (1996). *La pluralidad en peligro. Procesos de transfiguración y extinción cultural en Oaxaca*. Instituto Nacional de Antropología e Historia/Instituto Nacional Indigenista (Col. Regiones de México), México.
- Baschet, J. (2012). *Resistencia, rebelión, insurrección. Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales.
- Bayón de Torena, N.A. (2010-2011). Experiencia participativa para la introducción de variedades de quinoa en La Poma y Cachi- Salta, *Revista Agraria*, 5(12), 15-23.
- Benedetti, A. (2005). *Un territorio andino para un país pampeano. Geografía histórica del Territorio de Los Andes (1900-1943)* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires]. <http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/geo/ptt/TesisdoctoradoBenedetti.pdf>
- Bergesio, L., González, N. y Golovanevsky, L. (2016). Manka Fiesta: intercambio tradicional en la Puna jujeña (Argentina). *Ponencia presentada en las IV Jornadas SIMEL*. M.S.
- Blaser, M. (2009). Political ontology: cultural studies without ‘cultures’? *Cultural studies*, 23(5-6), 873-896.
- Blaser, M. y de la Cadena, M. (2009). Introducción. *WorldAnthropologies Network (WAN) Red de antropologías del mundo (RAM) electronicjournal*, 4, 3-9.
- Blaser, M., y Escobar, A. (2016). Political ecology. In J. Adamson, W. A. Gleason and. D. Pellow (Eds.), *Keywords for Environment Studies* (pp. 164-167). New York University Press.

- Blum, V. (1994). Modernización y crisis: La economía campesina en el sur andino del Perú. En T. Linck (Comp.), *Agriculturas y campesinados de América Latina Mutaciones y recomposiciones* (pp.90-97). Fondo de Cultura Económica.
- Boletín del Gobierno de la Provincia de Salta (2018). <https://boletinoficialsalta.gob.ar/>
- Boman, E. (1908). *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama par Éric Boman (Vol. 1)*. Imprimerie Nationale.
- Bonfil Batalla, G. (1988). La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos. *Anuário antropológico*, 86, 13-53.
- Borla, M. (1993). *La expropiación de la finca 'Hacienda Cachi'. Estudio de casos en su realidad actual* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Salta].
- Briones, C. (2008). Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales. En C. Briones (comp.), *Cartografías argentinas: Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad* (pp. 9-36). Antropofagia.
- Bugallo, L. (2008). Años se manejaba el cambio y ahora el billete. Participación de población de la Puna de Jujuy en ferias e intercambios entre los siglos XIX y XX. *Estudios trasandinos*, 14 (2), 5-30.
- Bugallo, L. (2014) Flores para el ganado. Una concepción puneña del multiplico (puna de Jujuy, Argentina). En: J. J. Rivera Andía (Ed), *Comprender los rituales ganaderos en los Andes y más allá. Etnografías de lidias, herranzas y arrierías* (pp. 311-363).
- Burger, R. L., y Salazar, L. C. (2015). La cerámica de Coscopunta, un sitio del Periodo Intermedio Tardío en la provincia de Carhuaz, Callejón de Huaylas, Perú. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 44 (1), 23-52.
- Caballero, J. M. (1981). *Economía agraria de la sierra peruana: antes de la reforma agraria de 1969*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Caballero, J. M. (1984). Agricultura peruana y campesinado: balance de la investigación reciente y patrón de evolución. Apuntes. *Revista De Ciencias Sociales*, (14), 3-38. <https://doi.org/https://doi.org/10.21678/apuntes.14.192>
- Cabral Ortiz, J. E. (2018). Materialidad al momento del contacto hispano indígena en la cuenca del río Cachi. Salta-Valle Calchaquí Norte. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 12 (44), 1058-1085.

- Cabral Ortiz, J. E., y Yazlle, L. (2014). Análisis de un contexto de inhumación del momento de contacto Hispano Indígena en el sitio arqueológico La Hoyada (Cachi-Salta). *Revista Escuela de Historia*, 13 (2). <https://www.redalyc.org/pdf/638/63848493005.pdf>
- Cabrera, A.L. (1976). *Regiones Fitogeográficas Argentinas. Enciclopedia Argentina de Agricultura y Jardinería*. Acme.
- Cáceres, C. (2015). *Valorización turística en el sur de los Valles Calchaquíes salteños. Transformaciones socio-territoriales a partir de la conformación de la red de turismo campesino* [Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires].
- Cáceres, C. (2018). Sofisticación territorial y turismo enológico en Salta: desavenencias en el Valle Calchaquí. *Revista del Departamento de Geografía*, 285- 317 <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/cardi/index>
- Caceres, C. y Troncoso, C. (2014). Turismo, territorio y transformaciones recientes en los Valles Calchaquíes Salteños. Cuando el territorio se (re)valoriza con fines turísticos. *I Jornadas de Investigación y Gestión en el Valle Calchaquí (Salta)*, 7-21.
- Cáceres, D. (2003). El campesinado contemporáneo. En R. Thornton y G. Cimadevilla (eds.), *La extensión rural en debate. Concepciones, retrospectivas, cambios y estrategias para el Mercosur*, (pp. 173-197). INTA.
- Calderari, M. y Williams, V. (1991). Re-evaluación de los estilos cerámicos incaicos en el Noroeste Argentino. *Comechingonia* 9, 75-95.
- Calvo, L. M., Espinoza, C., Hosse, T., y Regalsky, P. (1994). *Raqaypampa, los complejos caminos de una comunidad andina. Estrategias campesinas, mercado, revolución verde*. CENDA, Cochabamba.
- Cameroni, M. G. (2010). *Análisis de Producto. Pimiento para pimentón, Alimentos Argentinos*. Secretaría de Agricultura Ganadería Pesca y Alimentos, Dirección Nacional de Agroindustria. http://www.alimentosargentinos.gob.ar/contenido/sectores/aromaticas/productos/PimientoxPimenton_2010_12Dic.pdf,
- Campi, D., & Lagos, M. (1995). Auge azucarero y mercado de trabajo en el noroeste argentino, 1850-1930. *Andes: Antropología e Historia*, 6, 179-208.
- Campisi, A. P. (2001). ... Argentinos, bolivianos, todos somos lo mismo... la comunidad cultural feriante y el problema de la frontera argentino-boliviana en las ferias de intercambios indígenas. *Andes*, (12). <https://www.redalyc.org/pdf/127/12701210.pdf>

- Candau, J. (2006). *Antropología de la memoria*. Ediciones Nueva Visión.
- Carballo A., Bramuglia, G., Gras, C., Plano, J., Rossi C. y Tsakoumagkos, P. (2004). *Articulación de los pequeños productores con el mercado: limitantes y propuestas para superarlas*. Ministerio de Economía y Producción. Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, Dirección de Desarrollo Agropecuario. Serie Estudios e Investigaciones PROINDER Nº 7.
- Carbonelli, J. P. (2014). Obsidias y puntas de proyectil: sustancia y forma de las relaciones sociales en Las Pailas, Catamarca, Argentina. *Revista colombiana de antropología*, 50 (1), 117-137.
- Cardoso de Oliveira, R. (2004). El trabajo del antropólogo: mirar, escuchar, escribir. *Revista de Antropología AVA* (5), 55-89.
- Carrasco, M. (2008). Política indigenista del estado democrático salteño entre 1986 y 2004. En C. Briones (comp.), *Cartografías argentinas: Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad* (pp. 211-242). Antropofagia.
- Castellanos, M. C. (2016). El Valle Calchaquí Medio (Salta, Argentina) durante los siglos XV-XVII: aportes desde el registro arqueológico y las fuentes documentales. *Diálogo Andino* 49, 273-286.
- Castellanos, M. C., Lanusse, P., Rodríguez, L., Sabio Collado, M.V. y Villagrán, A.J. (2018). Los Valles Calchaquíes y los Diaguitas: procesos históricos, desigualdades y disputas identitarias. *Voces en el Fénix* 8 (72), 22-29.
- Cavalcanti-Schiell, R. (2007). Las muchas naturalezas en los Andes. *Perifèria. Revista d'investigació i formació en Antropologia*, 7(2), 1-11. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/periferia.179>
- Cerra, M. C. (2011). Mapeando representaciones, cerros, centros y fronteras, Comunidad Diaguita-Calchaquí 'El Divisadero', Cafayate, Salta. En L. Rodríguez (comp.), *Resistencias, conflictos y negociaciones en el Valle Calchaquí* (pp. 211-229), Prohistoria Ediciones.
- Cerra, M. C. (2014). En el devenir de las políticas públicas. Programa de Relevamiento Territorial de comunidades indígenas. Comunidad diaguita-calchaquí "El Divisadero". *Intersecciones en Antropología*, 15, 103-114.
- Cerra, M. C. (2015). Historiando cerros en la comunidad diaguita-calchaquí "El Divisadero", Cafayate, Salta. Avances de una investigación sobre trayectorias históricas y representaciones territoriales. *Cartografías del Sur Revista de Ciencias Artes y Tecnología*, (2), 191-214. <https://doi.org/10.35428/cds.v0i2.21>

- Cieza, G. (2010). *Procesos Organizativos y Acceso a la Tierra en el Valle Calchaquí* [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata]. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/18177>
- Cigliano, E. M. (1968). Sobre algunos vegetales hallados en el yacimiento arqueológico de Santa Rosa de Tastil. Depto. Rosario de Lerma (Prov. de Salta). *Revista del Museo de La Plata*, 7(38), 15-23.
- Collin-Delavaud, C. (1976). Consecuencias de la modernización de la agricultura en las haciendas de la costa norte del Perú. En J. Matos Mar (Comp.), *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú* (pp. 139-175). Institutos de Estudios Peruanos.
- Comisión directiva del Segundo Censo de la República Argentina (1895). *Segundo Censo de la República Argentina*. Taller tipográfico de la penitenciaría nacional.
- Comisión Nacional (1908). *Censo Agropecuario Nacional: La ganadería y la agricultura en 1908. Tomos II y III*. Talleres de publicaciones de la oficina meteorológica argentina.
- Comisión Nacional (1914). *Tercer Censo Nacional, Tomos I, V y VI*. Talleres gráficos de L. J. Rosso y cía.
- Constantino, A. (2012). *La pampa sigue ancha y ajena: la persistencia del poder terrateniente en la región pampeana argentina durante la etapa de sojización* [Tesis de Maestría, Flacso].
- Córdoba Aguilar, H. (2003). Turismo en el valle del Colca y sus impactos en el desarrollo. *Espacio y desarrollo*, 15, 69-88.
- Correa, M. A., Orell, R. E. y Roncedo, L. (2002). Tecnología alternativa de secado de pimiento para pimentón. *Horizonte agroalimentario*, 7.
- Costa, M., y Karasik, G. (1996). ¿Supay o diablo? El Carnaval en la Quebrada de Humahuaca. En B. Schmelz y N. R. Crumrine (Comps.), *Estudios sobre el Sincretismo en América Central y los Andes* (pp. 275-304). Holos/ Estudios Americanistas de Bonn.
- Crivos, M. A., Martínez, M. R., Remorini, C., Teves, L. S., y Morgante, M. G. (2017). El agua en la narrativa sobre las estrategias de vida en los Valles Calchaquíes Salteños. *Testimonios*, 6 (6), 100-124.
- D'Altroy, T. N., Lorandi, A. M., Williams, V., Calderari, M., Hastorf, C. A., DeMarras, E. and Hagstrum, M. (2000). Inca Rule in the Northern Calchaqui Valley, Argentina. *Journal of Field Archaeology*, 27(1), 1-26.
- de la Cadena, M. (1986). *Cooperación y mercado en la organización comunal andina*. Serie Antropología Nº1, Documento Nº 2, 3ª ed. Instituto de Estudios Peruanos.

- de la Cadena, M. (2020). Cosmopolítica indígena en los Andes: reflexiones conceptuales más allá de la «política». *Tabula Rasa*, 33, 273-311. <https://doi.org/10.25058/20112742.n33.10>
- de la Cadena, M. y Starn, O. (2009). Indigeneity: Problematics, experiences and agendas in the new millenium. *Tabula rasa*, (10), 191-224.
- de la Cadena, M., Risør, H. y Feldman, J. (2018). Aperturas onto-epistémicas: conversaciones con Marisol de la Cadena, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 32, 159-177. <https://doi.org/10.7440/antipoda32.2018.08>
- De Lorenzi, M., y Díaz, P. P. (1977). La ocupación incaica en el sector septentrional del Valle Calchaquí. *Estudios de Arqueología*, 2, 45–59.
- De Luca, M. A. (2016). Fortalezas de la Ley 27.118 de Reparación Histórica de la Agricultura Familiar, Campesina e Indígena como herramienta de transformación agraria. *Derechos en Acción*, 1, 100.
- de Sousa Santos, B. (2006). La Sociología de las Ausencias y la Sociología de las Emergencias: para una ecología de saberes. En Clacso (Eds.), *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social. Encuentros en Buenos Aires* (pp. 13-41). <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/santos/Capitulo%20I.pdf>
- de Souza Minayo, M.C., Ferreira Deslandes, S., Cruz Neto, O. y Gomes, R. (2007). *Investigación social: teoría, método y creatividad*. Lugar Editorial.
- Dean, O. (2008), *Diagnóstico hidrológico e hidrogeológico y caracterización de los sistemas de riego de la provincia de Salta*. FUNDESNOA, Mimeo.
- DeBenedetti, S. (1908). *Excursión arqueológica a las ruinas de Kipón (Valle Calchaquí, Provincia de Salta)*. Publicaciones de la Sección Antropológica 4. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- del Valle Michel, A., Pérez, L. F., Savic, E. (1998). Exportaciones desde Salta al norte chileno. Fines del siglo XIX y comienzos del XX. *Revista de Estudios Trasandinos*, Asociación Argentino-Chilena (Chileno-Argentina) de Estudios Históricos e Integración Cultural, Santiago de Chile.
- DeMarrais, E. (1997). *Materialization, ideology, and power: The development of centralized authority among the pre-Hispanic polities of the Valle Calchaquí, Argentina*. Ann Arbor.

- DeMarrais, E. (2001). La arqueología del Valle Calchaquí. En E. Berberían y A. E. Nielsen (Eds.), *Historia Prehispánica Argentina* (pp. 289–346). Editorial Brujas.
- Denzin, N. K. & Lincoln, Y. S. (2005). The Sage Handbook of Qualitative Research. Third Edition. Thousand Oaks: Sage Publications, Inc. Introduction. *The Discipline and Practice of Qualitative Research*, 1-13.
- Descola, P. (2016). *La composición de los mundos*. Capital Intelectual.
- Descola, P., y Pons, H. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. Amorrortu.
- di Salvia, D. (2011). For a dialectic of Andean nature. A philosophical-anthropological approach to the beliefs of the Quechua in Apus and Pachamama. *Gazeta de Antropología*, 27(1). https://www.ugr.es/~pwlac/G27_13Daniela-di-Salvia.pdf.
- Díaz, P. P. (1983). Sitios arqueológicos del valle Calchaquí. *Revista Antropología Historia. Museo Arqueológico de Cachi*.
- Difrieri, H. A. (1948). Las ruinas de Potrero de Payogasta (Provincia de Salta, Argentina). *Actes du XXVIII Congrès International des Américanistes*, 599-603.
- Dillenius, J. A. (1909). Observaciones arqueológicas sobre alfarería funeraria de la Poma (Valle Calchaquí, Provincia de Salta). *Publicaciones de la Sección Antropológica* 5. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- Dirección General de Estadísticas (2017). *Anuario estadístico año 2016: avance 2017 provincia de Salta*. Ministerio de Jefatura de Gabinete de Ministros de la Provincia de Salta.
- Dirección General de Estadísticas de Salta (2019). *Anuario estadístico año 2018: avance 2019 provincia de Salta*. Ministerio de Jefatura de Gabinete de Ministros de la Provincia de Salta.
- Dirección Nacional de Estadísticas y Censos (1960). *Censo Nacional de Población 1960 y Censo Nacional Agropecuario 1960. Resultados Generales*.
- Duviols, P. (1978). Un symbolisme Andin du Double: la Lithomorphose de l'ancêtre. *Actes du XLIIIe Congrès International des Américanistes* (pp. 359-364), Congrès du Centenaire, Sociétés des Américanistes, Paris.
- Duviols, P. (1979). Un Symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace. Le monolithe huanca et sa fonction dans les Andes préhispaniques. *L'Homme* 19(2), 7-31.

- Eguren, F. y Urioste, M. (1991). Las instituciones de desarrollo y las comunidades campesinas. *Debate Agrario* 12 (2), 133-146.
- Escobar, A. (2011). Ecología política de la globalidad y la diferencia. En H. Alimonda (Coord.), *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina* (pp. 61-92). Ediciones Ciccus.
- Escobar, A. (2015). Territorios de diferencia: la ontología política de los “derechos al territorio”. *Desenvolv. Meio Ambiente*, 35, 89-100. DOI: 10.5380/dma.v35i0.43541
- Escobar, A. (2016). Sentipensar con la Tierra: Las Luchas Territoriales y la Dimensión Ontológica de las Epistemologías del Sur. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, 11(1), 12-32. DOI: 10.11156/aibr.110102
- Estermann, J. (1998). *Filosofía andina: estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*. Abya-Yala, Quito.
- Farberman, J., y Boixadós, R. (2015). Tres formas de la propiedad indivisa en La Rioja colonial: mayorazgos, pueblos de indios y campos comuneros (siglos xvii-xix). *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, 7 (27), 19-45. <http://www.unq.edu.ar/catalogo/357-revistade-ciencias-sociales-n-27.php>
- Farfán Lobatón, C. (2002). El simbolismo en torno al agua en la comunidad de Huaros-Canta. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 31 (1), 116-142.
- Fernandes, B. M. (2004). *Cuestión Agraria: conflictualidad y Desarrollo territorial*. Trabajo presentado en los Seminarios en el Lincoln Center Institute of Land Policy, Harvard University.
- Fernández Juárez, G. (1994). Tinku y taypi: dos recursos culinarios pertinentes en las ofrendas aymaras a la Pachamama. *Anthropologica*, 11, 49-78. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/anthropologica/article/view/622>
- Ferraro, E. (2004) *Reciprocidad, don y deuda: relaciones y formas de intercambio en los Andes ecuatorianos. La Comunidad de Pesillo*. FLACSO.
- Figueroa, A. (1989). *La economía campesina de la sierra del Perú*. 4ªed. Pontificia Universidad Católica del Perú Fondo Editorial.
- Figueroa, R. A. (2017). Evolución de la legislación de aguas en la provincia de Salta. *IV Congreso Nacional de Derecho Agrario Provincial*. Organizado por la Cátedra I de Derecho Agrario de la

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y la Cátedra de Derecho de los Recursos Naturales de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad Católica de Salta

FoNAF (2006). *Documento Base del FoNAF para implementar las políticas públicas del sector de la Agricultura Familiar*. http://www.fonaf.com.ar/documentos/Documento_base_FoNAF.pdf

Frere, P. (2004). *Consultoría: Diagnóstico sobre la población objetivo de las políticas de desarrollo rural de la Provincia de Salta*. PROINDER, Ministerio de Economía y Producción Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos Dirección de Desarrollo Agropecuario. http://redaf.org.ar/p-content/uploads/2012/12/Diagnostico_poblacion-objetivo-Salta_desarrollo-rural-Frere-2004.pdf

Frere, P. y Cosentino, E. (2004). *Consultoría: Diagnóstico sobre la población objetivo de las políticas de desarrollo rural de la Provincia de Salta*. Informe Final. Ministerio de Economía y Producción Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos, Dirección de Desarrollo Agropecuario, PROINDER.

Fuenzalida, F., Valiente, T. y Villarán, J. L. (1967). *Modernidad y tradición local en una comunidad de indígenas del valle de Chancay. Informe Preliminar*. Proyecto de estudio de cambios en pueblos peruanos (Cambios en la Sociedad Rural) del Instituto de Estudios Peruanos y la Universidad de Cornell.

Garay, A., Krapovickas, J. y Mikkelsen, C. (2017). Transformaciones territoriales en ámbitos rurales del Noroeste Argentino y la Región Pampeana hacia finales del siglo XX e inicios del XXI. *Mundo Agrario*, 18 (38), 1-17. <https://doi.org/10.24215/15155994e054>

García, S., y Rolandi, D. (2000). Relatos y ritual referidos a la Pachamama en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXV, 7-25.

García, S., Rolandi, D., López, M. y Valeri, P. (2002). Viajes comerciales de intercambio en el departamento de Antofagasta de la Sierra, Puna meridional Argentina: pasado y presente. *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 2 (5). <https://ddd.uab.cat/pub/redes/15790185v2/15790185v2a5.pdf>. Consultado en diciembre de 2018.

García-Mingo, E. (2015). Voces caleidoscópicas. Desafíos y potencialidades de la etnografía colaborativa en el trabajo con comunicadores indígenas. *Revista San Gregorio*, 70-79.

- Garreta, M. J., y Sola, M. F. (1992-1993). Fincas rurales en el norte del Valle Calchaquí: procesos de conformación, cambios y relaciones sociales. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 14, 41-58.
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Culture*. Basic Books.
- Geffroy Komadina, C., Siles Navia, G. y Soto, M. (2002). *La invención de la comunidad: economía de solidaridad en Huancarani*. Cuadernos de Resumen N°3, Programa de Investigación Estratégica en Bolivia.
- Gentile, M. E. (2003). Presencia incaica en el «paisaje de acontecimientos» de un sector de la Puna de Jujuy: huanca, usnu, cachauis y quipildor. *Boletín de Arqueología PUCP* 7, 217-262.
- Giarraca, N. (1990). El campesinado en la Argentina: un debate tardío. *Realidad Económica*, 94, 55-65.
- Giarracca, N. (2017). Estudios rurales y movimientos sociales: miradas desde el Sur. *Antología esencial*. CLACSO.
- Giovannetti, M. (2005). La conquista del noroeste argentino y los cultivos europeos. *Fronteras de la Historia*, 10, 253-283.
- Giovannetti, M. A. y Páez, M. C. (2012). Agricultura prehispánica en el noroeste argentino durante los períodos tardío e inka. Producción a gran escala en los sitios Las Pailas (prov. de salta) y Los Colorados (prov. de Catamarca). *Memoria XVII Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina y Amazónica* (pp. 137-159). Universidad nacional José Faustino Sánchez Carrión.
- Giraldo, O. F. (2012). El discurso moderno frente al “pachamamismo”: La metáfora de la naturaleza como recurso y el de la Tierra como madre. *Polis. Revista Latinoamericana*, (33), 1-13.
- Girbal-Blacha, N. (1998). *Ayer y hoy de la Argentina Rural. Gritos y susurros del poder económico (1880-1997)*. Papeles de Investigación. CONICET / UNLP / UNQ.
- Glaser, B. y Strauss, A. (1967). El muestreo teórico. En B. Glaser y Strauss, A. *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*. Aldine Publishing Company, New York. Traducción de la cátedra Metodología y Técnicas de la Investigación Social III de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- Göbel, B. (1998). “Salir de viaje”: producción pastoril e intercambio económico en el noroeste argentino. En S. Dedenbach-Salazar Sáenz, C. Arellano Hoffmann, E. König, H. Prümers (Eds.), *50 años de Estudios Americanistas en la Universidad de Bonn. Nuevas contribuciones a la*

arqueología, etnohistoria, etnolingüística y etnografía de las Américas (pp. 867-891). Markt Schwaben, Alemania: Verlag Anton Saurwein.

- Golte, J. (1987). *La racionalidad de la organización andina*. 2° edición. Instituto de Estudios Peruanos.
- Golte, J. y de la Cadena, M. (1986). *La codeterminación de la organización social andina*. Serie antropología N° 5, Documento de Trabajo, 13, Instituto de Estudios Peruanos.
- Gonzales de Olarte, E. (1986). *Economía de la comunidad campesina: aproximación regional*. 2° edición. Instituto de Estudios Peruanos.
- Gonzales de Olarte, E. (1994). *En las fronteras del mercado: economía política del campesinado en el Perú*. Otras editoriales/Other publishers.
- González, L. R., y Tarragó, M. N. (2005). Vientos del sur: El valle de Yocavil (Noroeste Argentino) bajo la dominación incaica. *Estudios atacameños*, (29), 67-95.
- González, N. M. y Bergesio, L. (2016). *Estudio trueque e intercambio no monetario en la Puna Jujeña*. Proyecto pastores andinos.
- Gordillo, G. (1994). La presión de los más pobres: reciprocidad, diferenciación social y conflicto entre los tobas del oeste de Formosa. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 15, 53-82.
- Gras, C. y Hernandez, V. (2009). Reconfiguraciones sociales frente a las transformaciones de los 90: desplazados, chacareros y empresarios en el nuevo paisaje rural argentino. En C. Gras y V. Hernández (coords.), *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Biblos.
- Gras, C. y Hernández, V. (2016). *Radiografía del nuevo campo argentino. Del terrateniente al empresario transnacional*. Siglo XXI.
- Greenwood, D. J. (2000). De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas. *Revista de antropología social*, 9, 27.
- Grillo, E. y Rengifo, G. C. (1990). *Agricultura y cultura en los andes*. Breve biblioteca de bolsillo, Hisbol-PRATEC.
- Guber, R. (1991). El enfoque antropológico: señas particulares. En R. Guber, *El salvaje metropolitano*. Legasa.
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma.

- Gudynas, E. (2015). *Derechos de la Naturaleza*. Tinta Limón.
- Guilcamaigua, D. y Chancusig, E. (2008). *El calendario agrofestivo. Una propuesta metodológica para el diálogo de saberes*. HEIFER Ecuador.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. 1° ed. Española. Prensas Universitarias de Zaragoza
- Hang, G. M., Bravo, M.L., Ferraris, G., Larrañaga, G.F., Seibane, C.I. y Kebab, C.A. (2015). El contexto, las políticas públicas y su relación con la horticultura en La Plata. Argentina. *Revista Facultad de Agronomía La Plata* 114(1), 222-23.
- Hocsman, L. D. (2003a). *Estructura Rural, Territorialidad y Estrategias Domésticas en la Cordillera Oriental (San Isidro, Finca El Potrero-Colanzuli, Finca Santiago, Salta)* [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata]. <https://core.ac.uk/download/pdf/219599475.pdf>
- Hocsman, L.D. (2003b). *Reproducción social campesina: tierra, trabajo y parentesco en el Chaco Árido Serrano*. Ferreyra Editor, Universidad Nacional de Córdoba.
- Hocsman, L. D. (2010). Campesinos y productores familiares, en el desarrollo territorial rural en Argentina. Paradigmas y horizontes políticos, aportes al debate. *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, ALASRU*. Porto de Galinhas (Vol. 15), Brasil.
- Hocsman, L.D. (2012). *Estrategias territoriales, recampesinización y etnicidad en los Andes de Argentina*. Universidad Autónoma Metropolitana, CLACSO, D.F.
- Hocsman, L. D. (2014). Campesinado y agricultura familiar. Aportes para un debate ausente en el desarrollo rural en Argentina. *Veredas: Revista del Pensamiento Sociológico*, (28), 273-295.
- INDEC [Instituto Nacional de Estadística y Censos] (1969). *Censo Nacional Agropecuario 1969. Datos del relevamiento agrícola*. Buenos Aires.
- INDEC [Instituto Nacional de Estadística y Censos] (1988). *Censo Nacional Agropecuario 1988. Resultados Generales*. Buenos Aires.
- INDEC [Instituto Nacional de Estadística y Censos] (2000). *Censo Nacional de Población y Vivienda 2010. Resultados Generales*
- INDEC [Instituto Nacional de Estadística y Censos] (2002). *Censo Nacional Agropecuario. Resultados Generales*. <http://www.indec.mecon.gov.ar/agropecuario/cna2.asp>

- INDEC [Instituto Nacional de Estadísticas y Censos] (2004). Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas 2004 –Complementaria Censo 2001-. Cuestionario.
- INDEC [Instituto Nacional de Estadística y Censos] (2008). *Censo Nacional Agropecuario 2008. Resultados Generales*. Buenos Aires.
- INDEC [Instituto Nacional de Estadística y Censos] (2010). *Censo Nacional de Población y Vivienda 2010. Resultados Generales*. Buenos Aires. <https://www.indec.gob.ar/>.
- InfoLEG [información legislativa del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación], (2014). *Ley 27.118 de Agricultura Familiar*. <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/240000-244999/241352/norma.htm>
- Instituto Nacional de Vitivinicultura (2018). *Informe anual de superficie 2018*. <https://www.argentina.gob.ar/inv/vinos/estadisticas/superficie/anuarios>
- Isla, A. (1992). *Sociedad y articulación en las tierras altas jujeñas. Crisis terminal de un modelo de desarrollo*. Mlal.
- Isla, A. (2002). *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Editorial de las Ciencias.
- Izko, X. (1986). Comunidad andina: persistencia y cambio. *Revista andina*, 4(1), 59-99.
- Jakel, A. (2018). Primera aproximación etnográfica a las prácticas de cría de animales en el departamento de Cachi, Salta, Argentina. *Estudios Antropología Historia del Museo Arqueológico "Pío Pablo Díaz" Nueva Serie*, 5, 7-25.
- Jakel, A. y Marinangeli, G. A. (2021). Agricultura y actividades pastoriles en el Valle Calchaquí Norte (Salta, Argentina). Exploraciones en torno a la etnografía y la materialidad. MS.
- Jakel, A. y Páez, M. C. (2020). Paisajes con memoria. Acerca de la interacción entre pasado y presente en el Valle Calchaquí Norte (Salta, Argentina). M.S.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo XXI.
- Jiménez Navia, M. (2015). Apachita Waraqu: la descolonización expresada en las prácticas ch'ixi durante el mes de la Pachamama. *T'inkazos. Revista boliviana de Ciencias Sociales*, (37).
- Karasik, G. (1984) Intercambio tradicional en la Puna jujeña. *Runa, archivo para las ciencias del hombre*, 14, 56-78.

- Karasik, G. (1994). *Pequeños productores campesinos de Tilcara y desarrollo local*. Proyecto SECTER/D 15.2, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.
- Karasik, G. (s/f). *Transformaciones en la estructura agraria jujeña. Arrinconamiento campesino y proletarización*. ECIRA/CONICET, UNJu.
- Kroeber, A. L. (1948). *Anthropology*. Harcourt.
- Laclau, E. (1996). Poder e representação. *Estudos sociedade e agricultura*, 4 (2).
- Laguens, A., Figueroa, G. y Dantas, M. (2013). Tramas y prácticas agro-pastoriles en el Valle de Ambato, Catamarca (siglos VI y XI dC). *Arqueología* 19 (1), 131-152. <https://doi.org/10.34096/arqueologia.t19.n1.1684>
- La Nación (9 de junio de 2018). Reabrieron Colomé y Casa Colorada, dos lujos de Salta y Jujuy. <https://www.lanacion.com.ar/turismo/viajes/reabrieron-colome-y-casa-colorada-dos-lujos-de-salta-y-jujuy-nid2107601/>
- Lanusse, P. (2007). *Memorias y Alteridades Indígenas en Cachi, Provincia de Salta* [Tesis de grado, Universidad de Buenos Aires]. http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/2663/uba_ffyl_t_2007_839787.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Lanusse, P. (2009). Mito, historia e identidad en Cachi (Valles Calchaquíes, Salta). *Avá, Revista de Antropología* 16, 153- 169.
- Lanusse, P. (2011). Cautiverio y liberación. Memorias de la vida cotidiana en fincas calchaquíes. En L. Rodríguez (Comp.), *Resistencias, conflictos y negociaciones. El Valle Calchaquí, desde el período prehispánico hasta la actualidad* (pp. 171-196). Prohistoria.
- Lazzari, A. (2018). La reemergencia indígena en la Argentina: coordenadas y horizontes. *Voces en el Fénix*, 8 (72), 12-21.
- Lázzaro, S. (2017). Estado, políticas públicas y corporaciones agrarias, 1930-1976. En G. Banzato, G. Blanco y J. Perren (Comps.) *Expansión de la frontera productiva y estructura agraria argentina, siglos XIX-XXI*. Prometeo-Asociación Argentina de Historia Económica (en prensa).
- Lera, M. (2005). *Transformaciones Sociales y Económicas en Cachi a Fines del Siglo XIX* [Tesis de grado, Universidad Nacional de Salta]. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/13445>

- Lera, M. (2011). Proceso histórico y configuración de identidades en el sector norte del Valle Calchaquí, entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. *XIII Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Catamarca.
- Llambí, L. (1981). Las unidades de producción en un intento de teorización. *Estudios Rurales Latinoamericanos* 4 (2),121-153.
- López Amorelli, M. M., Torres, R. M. y Humano, A. D. (2012). *Proceso de construcción de obra de agua para riego en Punta del Agua, Municipio de Payogasta, Provincia de Salta: Una reflexión crítica de la experiencia*.
- Lorandi, A. M. (1988). La resistencia y rebeliones de los diaguito-calchaquí en los siglos XVI y XVII. *Cuadernos de Historia*, (8), 99-122.
- Lorandi, A. M. (1990-1992). Ni tradición ni modernidad. El mestizaje en contextos sociales desestructurados. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XVIII, 93-120.
- Lorandi, A. M. (1992). El mestizaje interétnico en el noroeste argentino. En H. Tomoeda y L. Millones (Eds.), *500 años de mestizaje en los Andes* (pp. 133-167). *Senri Ethnological Studies* 33, National Museum of Ethnology, Osaka.
- Lorandi, A. M y Boixadós, R. (1987-1988). Etnohistoria de los valles calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* XVII- XVIII, 263- 419.
- Lorandi, A. M y Bunster, C. V. (1987- 1988). Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial. Los Valles Calchaquíes. *Runa* XVII-XVIII, 221-262.
- Lozada Pereyra, B. (2001). La visión andina del mundo. *Estudios Bolivianos: Historia y teoría*. [La Paz] Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. *Instituto de Estudios Bolivianos*, 8, 7-75.
- Lumbreras, L. (1969). El área cotradicional meridional andina. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 30, 65-79.
- Madrazo, G. B. (1970). Contribución para un estudio histórico de la tenencia colectiva de tierras en la provincia de Jujuy. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 5.
- Maggi, E. (2007). Pimiento para pimentón. Alimentos Argentinos. *Revista Ediciones Cadenas Alimentarias* 43, 70-73.

- Mansilla, H. C. (2002). Identidades colectivas y proceso de modernización: los indígenas, el Estado y los cambios contemporáneos en el caso boliviano. *Estudios Políticos*, 29, 23-58. <http://revistas.unam.mx/index.php/rep/article/view/37530/34094>
- Manzanal, M. (1987). *Pobreza y marginalidad en el Agro Argentino: la producción agrícola y su comercialización en Cachi, Salta*. Centro de Estudios Urbanos y Regionales.
- Manzanal, M. (1993). *Estrategias de sobrevivencia de los pobres rurales* (No. E50/26). Centro Editor de América Latina.
- Manzanal, M. (1995). Globalización y ajuste en la realidad regional argentina: ¿reestructuración o difusión de la pobreza? *Realidad Económica*, 134, 67-82.
- Manzanal, M. (1998). Vicisitudes de la comercialización de hortalizas entre los pequeños productores agropecuarios (el caso de la producción de tomate fresco en Cachi, Salta). *Realidad Económica* 153, 58-75.
- Manzanal, M. (2009). El desarrollo rural en Argentina. Una perspectiva crítica. En J. Almeida y J.A. Dessimon Machado (orgs.), *Desenvolvimento Rural no Cone Sul/Desarrollo rural en el Cono Sur* (pp. 10-55). Associação Holos Meio Ambiente e Desenvolvimento, Porto Alegre.
- Manzo, A. A. (2010). *De la extirpación de las idolatrías*. Dunken
- Marinangeli, G. A., Páez, M. C., Cieza, R. I. y Platiné Pujadas, I. G. (2016a). Organización de la producción y distribución de cultivos en el norte del Valle Calchaquí. *Actas del VI Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural: "Antropología y ruralidad: presente, transformaciones y perspectivas"*. Facultad de Humanidades de la Universidad de Salta, Salta. Publicación en CD.
- Marinangeli, G. A., Platiné Pujadas, I. G. y Páez, M. C. (2016b). Aproximación preliminar a las transformaciones productivas en el norte del Valle Calchaquí (depto. de Cachi, Salta). *Actas de las VIII Jornadas de Investigación en Antropología Social Santiago Wallace* (pp. 1987-1997). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. http://jiassw.filo.uba.ar/sites/jiassw.filo.uba.ar/files/viiiijassw_actas_final_2aed.pdf (Acceso: 2 de junio, 2021).
- Marinangeli, G. A., Páez, M. C. y Ollier, A. (2021). Trueque y dinero. Tensiones en torno al impacto de las lógicas del mercado en las formas ancestrales de organización andina de los pobladores de Cachi (Salta, Argentina). MS.

- Mariscotti de Gorlitz, A. M. (1978). Pachamama Santa Tierra. Contribución al Estudio de la Religión Autóctona en los Andes Centro-meridionales. *Indiana* 8. Berlin. Gebr. Mann Verlag.
- Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. I. (2012). Metodología de las Ciencias Sociales. 2° ed. Cengage Learning.
- Martínez, M. R. y Crivos, M. (en prensa). El hospital como alternativa médica en una población rural del Valle calchaquí, provincia de Salta, Argentina. *Revista Memories*.
- Mata de López, S. E. (1989). Valle de Lerma, Valle Calchaquí y frontera este: tierra, producción y mano de obra (segunda mitad del siglo XVIII). *Revista Avances en Investigación: Historia y Antropología*, 65-98. CEPIHA
- Mata de López, S. E. (1990). Estructura agraria. La propiedad de la tierra en el Valle de Lerma, Valle Calchaquí y la frontera este (1750–1800). *Revista Andes, Antropología e Historia*, 1, 47-88.
- Mata de López, S. E. (1991a). Comercio regional. Salta a comienzos del Siglo XIX. *Primeras Jornadas Sociedad y Economía en el Mundo Colonial*, Buenos Aires.
- Mata de López, S. E. (1991b). Economía agraria y sociedad en los valles de Lerma y Calchaquí. Fines del siglo XVIII. *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*, (6), 59-80.
- Mata de López, S. E. (1998). Población y producción a fines de la colonia. El caso de Salta en el Noroeste Argentino en la segunda mitad del siglo XVIII. *Revista Andes, Antropología e Historia* 9, 143-169.
- Mata de López, S. E. (2005). *Tierra y poder en Salta. El noroeste argentino en vísperas de la independencia*. CEPIHA.
- Matos Mar, J. (1976). Comunidades indígenas del Área andina. En J. Matos Mar (ed.), *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú* (pp. 179-218). Instituto de Estudios Peruanos.
- Mauss, M. [1925] (1980). Essai sur le don. En *Sociologie et anthropologie* (pp. 143-279). PUF, París.
- Mayer, E. (1994). Recursos naturales, medio ambiente, tecnología y desarrollo. En O. Dancourt, E, Mayer y C, Monge (eds.), *Perú: El Problema Agrario en Debate* (479- 533). SEPIA.
- Mayer, E. (2004a). *Casa, chacra y dinero: economías domésticas y ecología en los Andes*. Instituto de Estudios Peruanos Ediciones.

- Mayer, E. (2004b). Cultura, mercados y economías campesinas en los Andes. *Revista de Antropología* 2 (2), 47- 78. Universidad Mayor de San Marcos, Lima.
- Mayer, E. y Glave, M. (1999). "Alguito para ganar" (A Little Something to Earn): Profits and Losses in Peasant Economies. *American Ethnologist* 26 (2), 344-369.
- Merlino, R. J. (1981). Pastoreo y agricultura en el altiplano meridional: aspectos cosmovisionales y religiosos. *RUNA, Archivo Para Las Ciencias Del Hombre*, 13(1-2), 113-120. <https://doi.org/10.34096/runa.v13i1-2.4459>
- Merlino, R. J., y Rabey, M. A. (1978). El ciclo agrario-ritual en la puna argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 12.
- Merlino, R. J., y Rabey, M. A. (1983). Pastores del altiplano andino meridional: religiosidad, territorio y equilibrio ecológico. *Allpanchis*, 21, 149-171.
- Millones, L. (1989). Los sueños de Santa Rosa de Lima. *Historia*, 253-266.
- Ministerio de Agricultura de la Nación (1930). *Censo Nacional Agropecuario. Tomos I, III y IV*.
- Ministerio de Agricultura de la Nación (1937). *Censo Nacional Agropecuario Partes I y II*. Guillermo Kraft Ltda.
- Ministerio de Asuntos Técnicos (1947). *IV Censo General de la Nación, Tomo II: Censo Agropecuario*. Publicación de la Dirección Nacional del Servicio Estadístico.
- Ministerio de Asuntos Técnicos (1952). *Censo Nacional Agropecuario de 1952*.
- Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación (2014). *Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Información censal del año 2010*. Dirección Nacional de Relaciones Económicas con las Provincias (DINREP) de la Subsecretaría de Relaciones con Provincias, Ministerio de Economía y Finanzas Públicas de la Nación. <http://www2.mecon.gov.ar/hacienda/dinrep/Informes/archivos/NBIAmpliado.pdf>
- Ministerio del Interior, Obras Públicas y Vivienda (2018). *Plan Estratégico territorial Payogasta, provincia de Salta. Secretaría de Planificación Territorial y Coordinación de Obra Pública del Ministerio del interior, Obras Públicas y Vivienda*. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/plan_estrategico_territorial_payogasta_0.pdf

- Ministro del Interior (1869). *Primer Censo Argentino*. Imprenta porvenir.
- Molina Otarola, R. (2011). Los Otros Arrieros de la Puna y el Desierto de Atacama. *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, 43(2), 177-187.
- Mombello, L. (2002). *Evolución de la política indigenista en Argentina en la década de los noventa*. Proyecto Self-Sustaining Community Development in Comparative Perspective Coordinado por el Center for Latin American Social Policy -CLASPO, The University of Texas at Austin. <http://lanic.utexas.edu/project/laoap/claspo/dt/0004>.
- Morales, H., González, L, Dibona, G., Vilches, J. C. y Azócar, R. (2018). Viajes e intercambios entre las comunidades argentinas y chilenas en la puna atacameña (segunda mitad del siglo XX). *Revista Chilena de Antropología*, 37, 249-266.
- Morandi, J. L. (2014). *Caracterización de los sistemas de riego de los Valles Calchaquíes*. Informe Final Carta Acuerdo FAO – INTA.
- Moreira Peña, J. (2017). *Pastores agricultores de Socoroma: un caso de complementariedad ecológica en el siglo XX* [Tesis Doctoral, Universidad Academia de Humanismo Cristiano].
- Morgante, M. G. y Martínez, M. R. (2014). Vejez, cotidianidad e instituciones en Molinos (Valles Calchaquíes, Salta, Argentina). *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, IX (18), 45-72.
- Mossbrucker, H. (1990). *La economía campesina y el concepto "comunidad": un enfoque crítico*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Murra, J. (1975 [1972]). El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En J. Murra *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (pp. 59-115). Instituto de Estudios Peruanos.
- Murra, J. V. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Nielsen, A. (2002). La complementariedad entre los pastores del altiplano de Lipez (Potosí, Bolivia). *Mundo de antes*, 3, 137-162.
- Nogueira, M. E. (2013). Agricultura familiar y políticas públicas en la Argentina de los últimos años. Algunas reflexiones en torno a una relación compleja. *Trabajo y Sociedad* 21, 49-66.

- Núñez Regueiro, V. (1974). Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* V, 169-190.
- Núñez, L. y Dillehay, T. D. (1995 [1978]). *Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta (Chile).
- Obschatko, E. S., Foti, M.d.P. y Román, M. (2007). *Los pequeños productores en la República Argentina: importancia en la producción agropecuaria y en el empleo en base al Censo Nacional Agropecuario 2002*. Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos. Dirección de Desarrollo Agropecuario: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. Buenos Aires.
- Ontivero, D. M. (2018). Procesos de institucionalización del agua a través de los reglamentos de riego: el caso de Cerrillos a fines del siglo XIX (provincia de Salta, Argentina). *Cuadernos de Humanidades*, 29, 177-200.
- Paoli, H. (2002). *Recursos Hídricos de la Puna, Valles y Bolsones Áridos del Noroeste Argentino*. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y Centro de Investigación, Educación y Desarrollo (CIED)
- Páez, M. C. y Giovannetti, M. (2008). Intersecciones y síntesis: Sincretismos en los platos del período incaico en el noroeste argentino. *Arqueología Suramericana* 4 (2), 169-190.
- Páez, M. C., Giovannetti, M. y Raffino, R. (2012). Las Pailas. Nuevos aportes para la comprensión de la agricultura prehispánica en el Valle Calchaquí Norte (provincia de Salta). *Revista Española de Antropología Americana*, 42 (2), 339-357.
- Páez, M. C. y Giovannetti, M. (2014). Canales aéreos y subterráneos en Las Pailas (Cachi, Salta). Aproximaciones al estudio de la red hidráulica. *Revista Estudios Antropología-Historia*, Nueva Serie Nº 2, 99-121.
- Páez, M.C., Lynch, V. y Besa, Y. (2014). Espacios sagrados en el mundo andino. Excavación de una huanca en Las Pailas (Cachi, Salta, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana*, 44(1), 275-284.
- Páez, M. C. (2015). *Informe de trabajo de campo del sitio Las Peras-Sauzalito (departamento de Cachi, Salta)*. Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología, Secretaría de Cultura, provincia de Salta.

- Páez, M. C. y López, L. (2016). *La tecnología hidráulica del Valle Calchaquí Norte (Cachi, Salta)*. MS.
- Páez, M. C. y Marinangeli G. A. (2016). Huancas and Fertility Rituals in the Agricultural Landscape of Calchaqui Valley (Salta, Argentina). *Latin American Antiquity* 27 (1), 115-131.
- Páez, M. C., Pifano, P., Riegler, F., Prieto, M. E., Marinangeli, G. y López L. (2016). Arte y ritualidad en el Valle Calchaquí Norte. En F. Oliva, A. Rocchietti, y F. Solomita (Eds.), *Imágenes Rupestres: lugares y regiones* (pp. 255-266). Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- Páez, M. C., Bonfigli, F. y Pifano, P. (2017). La Herradura, un espacio de memoria en el norte del Valle Calchaquí (Salta, Argentina). *Revista Mundo de Antes* 11, 149-170.
- Páez, M. C., Plastiné Pujadas, I. y Marinangeli, G. (2018) Creencias indígenas en contextos de modernidad. La Pachamama en Cachi (Salta). *Revista Estudios Antropología Historia. Nueva Serie* 5, 27-39.
- Páez, M.C., Plastiné Pujadas, I.G. y Marinangeli, G. A. (2019). Creencias indígenas en contextos de modernidad. La pachamama en Cachi (Salta). *Revista estudios antropología historia- Nueva Serie*, 27-39.
- Páez, M. C. y López, L. (2019). Irrigation Canals from Calchaqui Valley (province of Salta, Argentina). *Journal of Archaeological Science: Reports* (27). <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2019.101989>
- Páez, M. C., Marinangeli, G. A., Pifano, P. J., Plastiné Pujadas, I. G., Gianelli, J., Riegler, E. F. y Bonfigli, F. N. (2019). Ritualidad y memoria en el paisaje social del Valle Calchaquí Norte. *VI Jornadas de Antropología Social del Centro: proyecciones antropológicas en contextos de cambio social*. Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría de la UNICEN.
- Páez, M. C., Martínez, A., Riegler, F. y Martínez, C. (2020). Memoria y resistencia en los relatos de la copla del Valle Calchaquí (Salta, Argentina). Concepciones acerca de la naturaleza. *Revista Runa*. En prensa.
- Páez, M. C., Maidana, C., Plastiné Pujadas, I., Marinangeli, G. A. (2021). Las múltiples Pachamama: memorias prehispánicas en tiempo presente. MS.
- Pais, A. L. (2010). Transformaciones en el espacio agrario: viejas y nuevas estrategias de reproducción social en el campesinado de Cachi, Salta. En M. Manzanal y F. Villarreal (Coords.), *El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino* (pp. 155- 173). Ciccus.

- Pais, A. L. (2011). *Las Transformaciones en las Estrategias de Reproducción Campesinas en Tiempos de Globalización. El caso de Cachi en los Valles Calchaquíes*. [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de Córdoba].
- Paoli H., Elena H., Mosciaro J., Ledesma F., Noé, Y. (2011). *Caracterización de las cuencas hídricas de las provincias de Salta y Jujuy*. INTA.
- Paoli, H. (2003). *Recursos Hídricos de la Puna, Valles y Bolsones Áridos del Noroeste Argentino. aprovechamiento de los recursos hídricos y tecnología de riego en el altiplano argentino*. Convenio Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y Centro de Investigación Educación y Desarrollo (CIED).
- Paoli, H., Bianchi, A. R., Yáñez, C. E., Volante, J. N., Fernández, D. R., Mattalía, M. C., y Noé, Y. E. (2002). *Recursos Hídricos de la Puna, Valles y Bolsones Áridos del Noroeste Argentino. Aprovechamiento de los recursos hídricos y tecnología de riego en el altiplano argentino*. Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y Centro de Investigación, Educación y Desarrollo (CIED).
- Patton, Q. M. (2002). Two decades of developments in qualitative inquiry. *Qualitative Social Work* 1(3), 261-283.
- Paz, G. (1994). Tierra y resistencia campesina en la puna de Jujuy. 1875-1910. *Andes Antropología e Historia*, 6, 209-234.
- Paz, R. (2006). El campesinado en el agro argentino: ¿repensando el debate teórico o un intento de reconceptualización? *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 81: 65-85.
- Paz, R. (2010). Hablemos sobre agricultura familiar: siete reflexiones para su debate en Argentina. En N. López-Castro y G. Prividera (comps.), *Repensar la agricultura familiar. Aportes para desentrañar la complejidad agraria pampeana* (pp. 287-306). Ciccus.
- Paz, R. y Jara, C. (2014). Estructura agraria en Santiago del Estero: el proceso de territorialización de las explotaciones campesinas sin límites definidos y su tensión frente al avance del capitalismo agrario. *Estudios Rurales* 1(6), 4.
- Perren, J., (2010). Sectores subalternos y conflictividad social. Formas cotidianas de resistencia en el territorio nacional de Neuquén (1880-1930). *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, 09.

- Piccolo, A., Giorgetti, M. y Chavez, D. (2008). *Zonas agroeconómicas homogéneas: Salta- Jujuy. Estudios socioeconómicos de la sustentabilidad de los sistemas de producción y recursos naturales 7*, Ediciones INTA.
- Pifano, P. y Páez, M. C. (2020). Aproximación cronológica al funcionamiento del molino hidráulico de Payogasta (Cachi, Salta) durante los siglos XIX y XX. *Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana IX* (10), 45-57.
- Pifano, P., Giovannetti, M. A., Marinangeli G. A. y Páez, M. C. (2021). Molienda de pimiento rojo en el molino histórico de payogasta (Cachi, Salta). Aportes desde la arqueobotánica. MS.
- Piñeiro, D. (1996). Desafíos e incertidumbres para la sociología agraria en la transición hacia un nuevo modelo de desarrollo. En D. Piñeiro, *Globalización, integración regional y consecuencias sociales sobre la agricultura* (pp. 33-73). Unesco AUGM-Universidad de la República.
- Pizarro, C. (2014). La entrevista etnográfica como práctica discursiva: análisis de caso sobre las pistas meta-discursivas y la emergencia de categorías nativas. *Revista de antropología, São Paulo*, 57, (1), 461-496.
- Pizarro, C. y Trpin, V. (2010). Trabajadores frutícolas y hortícolas en la Argentina: una aproximación socioantropológica a las prácticas de reproducción y de resistencia de las condiciones laborales. *RURIS*, 4, (2), 199-228.
- Platt, T. (1987). Entre Ch'axwa y Muxsa: para una historia del pensamiento político aymara. En T. Bouysse-Casagne y otros. *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. Ed. Hisbol.
- Platt, T. (1980). *Apuntes para una historia de la tenencia de la tierra del norte de Potosí durante la República*. Proyecto Nacional de Desarrollo Rural Integral, La Paz.
- Podjajcer, A. y Mennelli, Y. (2009). «La mamita y pachamama» en las performances de carnaval y la fiesta de nuestra señora de la candelaria en Puno y en Humahuaca. *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales-Universidad Nacional de Jujuy*, (36), 69-92. <https://www.redalyc.org/pdf/185/18516802004.pdf>
- Poop, J. y Gasperini, M. (1999). El Mercado de tierras en dos provincias de Argentina: La Rioja y Salta. *Serie Desarrollo Productivo N° 66*. Red de Desarrollo Agropecuario. Unidad de Desarrollo Agrícola. División de Desarrollo Productivo y Empresarial. CEPAL. ECLAC. Naciones Unidas. Santiago de Chile. <http://www.eclac.cl>.

- Programa Social Agropecuario de Salta (1997). *El diagnóstico de nuestras zonas. Presentamos: Valles Calchaquíes (Guachipas, Puente Morales, Cachi, San Carlos, Molinos, Seclantás)*. Boletín de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación de la Nación.
- Prosap [Programa de Servicios Agrícolas Provinciales] (2013). *Relevamiento de áreas de riego en la provincia de Salta*. Proyecto de desarrollo institucional para la inversión de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) y el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca.
- Proyecto de Inclusión Socio-Económica en Áreas Rurales –PISEAR- (s/f). Plan de Implementación de la provincia de Salta. Secretaría de Asuntos Agrarios, Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca. <https://www.magyp.gob.ar/sitio/areas/pisear/biblioteca/PIP%20Salta.pdf>
- Qespi, A. E. M., y Eusebio, A. (1994). Pacha: un concepto andino de espacio y tiempo. *Revista española de antropología americana*, 24, 155-189.
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú indígena*, 13 (29), 11-20. https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/5698653/mod_resource/content/2/quijano.pdf
- Quintan, J. I. (2008). Articulación política y etnogénesis en los Valles Calchaquíes. Los pulares durante los siglos XVII y XVIII. *Andes* 19, 299-325.
- Quintán, J. I. (2013). En búsqueda de la elite salteña, 1850-1880. Comercio regional y distribución de la tierra. *Anuario IEHS* 28, 117-148. <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/2013.html>
- Rabey, M., Merlino, R. y González, D. (1986) Trueque, articulación económica y racionalidad campesina en el sur de los Andes Centrales. *Revista Andina*, 4 (1), 131-160.
- Radovich, J. C. (2014). Política indígena y movimientos etnopolíticos en la Argentina contemporánea. Una aproximación desde la antropología social. *Revista Antropologías del Sur* 1, 133-145.
- Radovich, J. C. y Balazote, A. O. (1992). Trabajo asalariado y trabajo doméstico en la unidad de explotación campesina. *Cuadernos de Antropología social*, (6), 177-196.
- Raffestin, C. (1994). *Por uma geografia do poder*. Ática, São Paulo.
- Ramirez, L. L. (2010). *Estimación de la Pérdida de Suelos por Erosión Hídrica en la Cuenca del Río Juramento – Salta* [Tesina de Grado, Universidad Nacional de Salta].
- Rappaport, J. (2007). Más allá de la escritura: la epistemología de la etnografía en colaboración. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 197-229.

- Reboratti, C. (1996). Ambiente, hacienda y campesinado en los Andes del Noroeste. *I Taller Internacional de Geoecología de Montaña y Desarrollo Sustentable de los Andes del Sur*, U. de Chile/ UNU.
- Reboratti, C., Arzeno, M. y Castro, H. (2003). Desarrollo sustentable y estructura agraria en la Quebrada de Humahuaca. *Población & sociedad*, 10(1), 193-213.
- Remorini, C. (2013). Estudio etnográfico de la crianza y de la participación de los niños en comunidades rurales de los Valles Calchaquíes septentrionales (noroeste Argentino). *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 42 (3), 411-433.
- Repo de Carrasco, R. y Encina Zelada, C. R. (2008). Determinación de la capacidad antioxidante y compuestos fenólicos de cereales andinos: quinua (*Chenopodium quinoa*), kañiwa (*Chenopodium pallidicaule*) y kiwicha (*Amaranthus caudatus*). *Revista de la Sociedad Química del Perú*, 74(2), 85-99.
- Dirección General de Inmuebles (2011). *Resolución N° 34847*. http://www.inmuebles-salta.gov.ar/Resoluciones/revalu/Res34847_11.pdf#zoom=100
- Dirección General de Inmuebles (2011). *Resolución N° 34875*. http://www.inmuebles-salta.gov.ar/Resoluciones/revalu/Res34875_11.pdf#zoom=100
- Restifo, F. (2019). Más allá de la Puna: Artefactos "Saladillo" del Valle Calchaquí (Cachi, Salta, Argentina) como evidencia de ocupaciones humanas del Holoceno Medio. *Revista del Museo de Antropología* 12 (1), 85-94. <http://dx.doi.org/10.31048/1852.4826.v12.n1.19352>
- Ribeiro, D. (1971). *Fronteras indígenas de la civilización*. Siglo XXI.
- Ringuelet, R. (1991). *Cuestiones agrarias regionales*. Serie Estudios/Investigaciones, 6.
- Ringuelet, R. (2011). *Estructura social agraria como una forma específica de la estructura social global*. Cuadernos de Cátedra N° 6. Sociología Agrícola. Departamento de Desarrollo Rural. Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales, UNLP.
- Ringuelet, R., Attademo, S., Salva, M. y Archenti, A. (1992). Tiempo de medianero. *Ruralia, Revista Argentina de Asuntos Agrarios*.
- Ringuelet, R., Rey, M. I. y Cacivio, R. (2018). *Temas de sociología rural*. Editorial de la Universidad de La Plata.

- Rivera Cusicanqui, S. (2010a). Ch'ixinakax utxiwa. *Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010b). *Violencias (re)encubiertas en Bolivia*. Editorial Piedra rota.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible: ensayos desde un presente en crisis*. Tinta limón.
- Rivolta, M. C y Cabral Ortiz, J. E. (2017). El espacio doméstico en las ocupaciones aldeanas del valle Calchaquí Norte (Salta, Argentina). *Arqueología Iberoamericana* 36, 66-78.
- Rivolta, M. C., Cabral Ortiz, J. E. y García de Cecco, M. P. (2020) Paisaje y Materialidad en el Formativo del Valle Calchaquí Norte. *Cuadernos de Humanidades*, 32, 186-212.
- Robin Azevedo, V. (2010). La petrificación de los antiguos en Chumbivilcas (Cuzco, Perú): de la wanka prehispánica al actual ramadero. *Revista Española de Antropología Americana* 40(1), 219-238.
- Robles Mendoza, R. (2010). Sistemas de riego y ritualidad andina en el valle del Colca. *Revista Española de Antropología Americana*, 40, 1, 197-217.
- Robles Mendoza, R. (2017). Lucha por el agua en las explotaciones mineras. *Alma máter segunda época*, (3), 139-168.
- Robles Mendoza, R. (2019). Agricultura de riego y tradiciones en el Valle del Colca. *Revista de antropología*, (6), 135-173.
- Rockwell, E. (2008). Del campo al texto: dilemas del trabajo etnográfico. En M. I. Jociles y A. F. Mudanó (Eds.), *¿Es la escuela el problema?: Perspectivas socio-antropológicas de etnografía y educación* (pp. 90-111). Trotta.
- Rodríguez, L. (2008). *Después de las desnaturalizaciones: Transformaciones socio-económicas y étnicas al sur del valle Calchaquí, Santa María, fines del siglo XVII - fines del XVIII*. Antropofagia.
- Rodríguez, L. (2015). Tierras comunales indígenas en Tucumán. Apuntes sobre un viejo problema en tiempos de reivindicaciones étnicas. *Revista de Ciencias Sociales, segunda época* 47 (27), 47-66.
- Rodríguez, L. (2017). Efectos imprevistos de las desnaturalizaciones del Valle Calchaquí (noroeste argentino). El “doble asentamiento” como estrategia de resistencia. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 49 (4), 601-612.

- Rossi, H. A. (2016). Trabajo y Sociedad. Aportes para pensar la formación del mercado de trabajo en la provincia de Salta. En S. Ataide, *Desarrollo Rural en Debate: Estudios en el espacio agrario salteño* (pp. 11-28). La Colmena.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Universidad de Deusto.
- Sabio Collado, M. V. (2013). *Revisibilización indígena, memoria e identidad en una comunidad urbana. Las marcas de los "ancestros" diaguitas. Claroscuro, Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural*, 12, 54-72.
- Sabio Collado, M. V., y Milana, M. P. (2018). El devenir de la "lucha". La política colectiva de organizaciones indígenas en perspectiva (Salta, Argentina). *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, 26(2), 125-142.
- Salas, P. (2008). Pachamama – Runa – Sallqa; la crianza de la vida. *Volveré V* (31). https://www.iecta.cl/revistas/volvere_31/articulo2.html
- Salazar Lohman, H. F. (2010). *Cultura de las comunidades andinas: un acercamiento a su resignificación de los poderosos forasteros: el caso de Juló Chico* [Tesis de Maestría, FLACSO].
- Saldungaray, M. C., Conti, V., Lauric, A., De Leo, G., y Torres Carbonell, C. (2016). *Antecedentes y actualización de la Unidad Económica Agraria en el Partido de Bahía Blanca*.
- Salusso, M. M. (2005). *Evaluación de la calidad de los recursos hídricos superficiales en la Alta Cuenca del Juramento (Salta)* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Salusso, M.M., Moraña, L.B. y Godoy, J. (2001). *Diagnóstico y evaluación de la contaminación de los recursos hídricos de la Alta Cuenca del Juramento –Provincia de Salta*. Consejo Federal de Inversiones.
- Sanchez Garrafa, R. (2015). After death in the Andean world. An anthropological approach. *Cultura y religión*, 9(1), 64-81.
- Sánchez, M. (2017). Comprender la agricultura en los Andes peruanos: Economía y política en la comunidad de Yanque (Caylloma, Arequipa). *Revista Antropologías del Sur*, 4 (7), 235- 256
- Sanmartino, G. (2015). *Los significados de los alimentos andinos locales en la Quebrada de Humahuaca. Un enfoque antropológico* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Schejtman, A. (1980). *Economía campesina, lógica interna, articulación y persistencia*. Revista de la CEPAL, México.

- Schenkel, E. (2015). La política turística como alternativa económica en la Argentina. *Pasos, Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 13 (3), 619-628.
- Scott, J. (2014). Explotación normal, resistencia normal. *Relaciones Internacionales* 26, 85-104.
- Scribano, A. O. (2008). *El proceso de investigación social cualitativo*. Prometeo Libros Editorial.
- Seca, M. (1989). *Notas preliminares para la geografía histórica de la Quebrada de Humahuaca, con especial referencia al pueblo de Tilcara* [Tesis de Licenciatura, Universidad de Buenos Aires].
- Serrano, A. (1968). *El Precerámico en la República Argentina y Países Vecinos*. Instituto de Antropología de Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- Shanin, T. (1976). *Naturaleza y lógica de la economía campesina*. Anagrama.
- Slutzky, D. (2005). Los conflictos por la tierra en un área de expansión agropecuaria del NOA. La situación de los pequeños productores y los pueblos originarios. *Revista interdisciplinaria de estudios agrarios*, 23, 59-100.
- Slutzky, D. (2008). *Situaciones problemáticas de tenencia de la tierra en Argentina*. Dirección de Desarrollo Agropecuario, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos del Ministerio de Economía y Producción. Serie estudios e investigaciones N° 14, PROINDER.
- Sola, M. F. (1987). *Fincas y economía doméstica. Organización socioproductiva en el Norte del Valle Calchaquí, Salta*. Inédito.
- Solari, L. R. y Gómez, S. G. (1997). *IV Catálogo de germoplasma de maíz*. INTA.
- Soverna, S. (2008). El desarrollo rural en Argentina: situación de las políticas provinciales. *Serie estudios e investigaciones* N° 18. Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Spivak, G. C. (1987). *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*. Methuen.
- Spivak, G. C. (2003). Can the subaltern speak?. *Die Philosophin*, 14 (27), 42-58.
- Sprovieri, M. L. (2014). La circulación interregional en el valle Calchaquí (Provincia de Salta, Noroeste argentino): una visión integral desde nuevas y viejas evidencias. *Revista española de antropología americana*, 44.

- Suárez Rojas, L. A. (2014). *Avatares por el agua: ruralidad, mega-infraestructuras y desigualdades persistentes en el Perú*.
- Tamagno, L., García, S. M., Caselli, M. A. I., García, M. C., Maidana, C., Alaniz, M. y Paz, V. S. (2005). Testigos y protagonistas: un proceso de construcción de conocimiento conjunto con vecinos Qom. Una forma de hacer investigación y extensión universitaria. *Revista Argentina de Sociología*, 3(5), 206-222.
- Tantaleán, H., & Leyva, M. Y. (2011). De la huanca a la estela: la formación de los asentamientos permanentes tempranos (1400 ANE-350 DNE) de la cuenca norte del Titicaca. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, (40 (2)), 259-287.
- Tarragó, M. N. y Díaz, P. P. (1972). Sitios arqueológicos del Valle Calchaquí. *Estudios de Arqueología* 1, 49-61.
- Tarragó, M., y Regueiro, V. N. (1972). Un diseño de investigación arqueológica sobre el Valle Calchaquí: Fase Exploratoria. *Estudios de Arqueología*, 1, 62-65.
- Tarragó, M. N. y De Lorenzi, M. (1976). Arqueología del Valle Calchaquí. *Etnía* 23-24, 1-35.
- Tarragó, M. N. (1977). La localidad arqueológica de Las Pailas, provincia de Salta, Argentina. *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile* (Vol. II, pp. 499–517). Ediciones Kultrun. https://scha.cl/wp-content/uploads/2019/02/ACTAS_VII_CNACH_Vol_II_.pdf
- Tarragó, M. N. y Díaz, P. P. (1977). Sitios arqueológicos del Valle Calchaquí. *Estudios de Arqueología* 2, 63-71.
- Tarragó, M. (1978). Paleoecology of the Calchaqui Valley, Salta province, Argentina. In D. L. Browman (Ed.), *Advances in Andean Archaeology* (pp.485-512). Mouton Publishers, The Hague.
- Tarragó, M. N. (1980). Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del Valle Calchaquí, Provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos*, 5, 29-53.
- Tarragó, M. (1995). Desarrollo regional en Yocavil: una estrategia de investigación. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena. Hombre y Desierto* 9 (pp. 225–236).
- Tarragó, M. (2000). Chakras y pukara. Desarrollos sociales tardíos. En C. N. Cerruti *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista* (pp. 257-300). Editorial Sudamericana.

- Tarragó, M. N. (2003). La arqueología de los valles calchaquíes en perspectiva histórica. *Anales Nueva Época*, (6), 13-42.
- Teruel, A. (1995). Población y trabajo rural en Jujuy. Siglo XIX. En A. Teurel (comp.), *Población y trabajo en el noroeste argentino. Siglos XVIII y XIX*. Universidad Nacional de Jujuy.
- Teruel, A. (2005). Estructuras agrarias comparadas: la Puna argentina y el sur boliviano a comienzos del siglo XX. *Mundo agrario*, 6(11).
- Teruel, A., Fandos, C. A. (2007). Procesos de privatización y desarticulación de tierras indígenas en el Norte argentino (Jujuy, Salta y Tucumán) en el siglo XIX. *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán.
- Teves, L. (2005). Análisis de redes sociales y actividades económicas en las comunidades de molinos. *Redes- Revista Hispana para el análisis de redes sociales*, 9 (2). <https://doi.org/10.5565/rev/redes.71>
- Teves, L. (2011). *El Estudio Etnográfico de la Actividad Textil como aporte a la Caracterización del Modo de Vida en el Pueblo de Molinos y zona de influencia (Provincia de Salta)* [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata].
- Tola, F. C. (2016). El “giro ontológico” y la relación naturaleza/cultura. Reflexiones desde el Gran Chaco. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 27, 128-139.
- Torres, G. F. (2004). Propiedad de la tierra y tipo de familia campesina en San Carlos (Valles Calchaquíes) en la provincia de Salta. *Cuadernos de Humanidades*, 16, 17-35. <http://portalderevistas.unsa.edu.ar/ojs/index.php/cdh/article/view/701/677>
- Torres, G. F. (2019). Propiedad de la tierra y tipo de familia campesina en San Carlos (Valles Calchaquíes) en la provincia de Salta. *Cuadernos de Humanidades*, (16).
- Trentini, M. F. (2015). *Pueblos indígenas y áreas protegidas: procesos de construcción de identidades y territorialidades en el co-manejo del Parque Nacional Nahuel Huapi* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Trivelli, C., y Smith, S. M. (1997). *Cultivos andinos y el mercado: el caso del ulluco en la sierra sur del Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.

- Troncoso, C. A. (1998). *Estrategias de vida de la población campesina en la Quebrada de Humahuaca. El caso de Juella* [Tesis de Licenciatura, Universidad de Buenos Aires].
- Troncoso, C. A. (2016). Hacia una nueva geografía turística del noroeste argentino. La promoción de los “confines turísticos” en las provincias de Salta y Jujuy. *Estudios socioterritoriales*, (19), 97-116.
- Tsakoumagkos, P., Soverna, S. y Craviotti, C. (2000). *Campesinos y Pequeños Productores en las Regiones Agroeconómicas de Argentina*. Ministerio de Economía, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación. Dirección de Desarrollo Agropecuario. PROINDER.
- Valencia Parisaca, N. (1999). *La pachamama: revelación del Dios creador*. Quito: Abya-Yala.
- Valles, M. (1997). Diseños y estrategias metodológicas en los estudios cualitativos. En M. Valles, *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Síntesis.
- Van Dam, C. (2007). *Tierra, territorio y derechos de los pueblos: indígenas, campesinos y pequeños productores de Salta*. - 1a ed.- Serie documentos de capacitación PROINDER N° 2, Secretaría Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos.
- Van Kessel, J. y Condori Cruz D. (1992). *Criar la vida. Trabajo y tecnología en el mundo andino*. Vivarium, Santiago de Chile.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2009). *Los fundamentos epistemológicos de la Investigación Cualitativa*. S/d. CEIL-PIETTE (CONICET).
- Vázquez, E. (2014). Vino, paisaje y cultura cotizan en el mercado global. El caso de la vitivinicultura en Cafayate. *Actas del XI Congreso Argentino de Antropología Social*, Rosario.
- Vázquez, E. y Aguilar, M.A. (2014). Vinos y “Estilos de vida” Transformaciones sociales en los Valles Calchaquíes. *Actas del XI Congreso Argentino de Antropología Social*, Rosario.
- Villagrán, A.J. (2013). “El vino más alto y bajo el más bello cielo”. Procesos de patrimonialización, turismo y estrategias empresariales. El caso de Cafayate (Valle Calchaquí), norte de Argentina. *Vivência: Revista de Antropologia*, 1(42), 41-64. <https://periodicos.ufrn.br/vivencia/article/view/5449/4436>
- Villagrán, A. J. (2014). “La finca”, el tiempo y los eventos en Animaná. Un acercamiento al pasado-presente de los Valles Calchaquíes, Salta. *Memoria Americana, cuadernos de Etnohistoria*, 22(2), 147-182. <http://www.scielo.org.ar/pdf/memoam/n22-2/n22-2a07.pdf>

- Villagrán, A. J. y López, I. (2017). La serenata a Cafayate: “Un regalo para el pueblo” en el proceso de transformación de la fisonomía tradicional. *Trabajo y sociedad*, 29, 223-247. <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/29%20VILLAGRAN%20y%20LOPEZ%20%20La%20s%20erenata%20a%20Cafayate%20Un%20regalo%20para%20el%20pueblo.pdf>
- Villarreal, F. (2010a). *Descentralización y territorio: El caso del conflicto por el agua, en San Carlos (Salta, Argentina)* [Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires].
- Villarreal, F. (2010b). El conflicto entre los productores de San Carlos, Salta, por el agua del río Calchaquí. En M. Manzanal y F. Villarreal (Coords.), *El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino* (pp. 175- 196). Ciccus.
- Vitry, C. (2002). Apachetas y mojones, marcadores espaciales del paisaje prehispánico. *Revista Escuela de Historia* 1(1), 177- 191.
- Vitry, C. (2007). Caminos rituales y montañas sagradas. Estudio de la vialidad inka en el Nevado de Chañi, Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 12 (2), 69-84. <https://www.redalyc.org/pdf/3599/359933356005.pdf>
- Viva (15 de mayo de 2016). El viñedo más alto del mundo. https://www.clarin.com/viva/vinedo-alto-mundo_0_N1OEw-PM-.html
- Viveiros de Castro, E. (2013). *La mirada del jaguar. Introducción al perspectivismo amerindio*. Tinta Limón.
- Vóve (22 de mayo de 2017). Pimiento en rojo.
- Williams, V. (2002-2005). Provincias y Capitales. Una visita a Tolombón, Salta, Argentina. *Xama* 15, 16,17, 18, 177-198.
- Williams, V., Villegas, M. P., Gheggi, M. S., y Chaparro, M. G. (2005). Hospitalidad e intercambio en los valles mesotermiales del Noroeste Argentino. *Boletín de Arqueología PUCP*, (9), 335-372.
- Williams, V., Korstanje, M. A., Cuenya, P. y Villegas, M. P. (2010). La Dimensión Social de la Producción Agrícola en un Sector del Valle Calchaquí Medio. En M. A. Korstanje y M. Quesada (Eds.), *Arqueología de la agricultura: Casos de Estudio en la Región Andina Argentina* (pp. 178-207). Ediciones Magna.

- Yazlle, L., Cabral, J. E., y Rivolta, M. C. (2009). Epifanio Burgos: aproximaciones al estudio de la organización del espacio residencial en un sitio del Valle Calchaquí Norte. *Andes* 20(1), 53-74.
<https://www.redalyc.org/pdf/127/12715039004.pdf>
- Zelarayán, A. y D. R. Fernández (2015). *Línea de base ambiental. Diagnóstico territorial para el Ordenamiento del territorio. Alta cuenca del río Calchaquí*. Publicación del INTA.
https://inta.gob.ar/sites/default/files/linea_base_v_calchaquies_inta.pdf
- Zubrzycki, B. (2002). Campos comuneros en el valle de Hualfín (Catamarca). Antecedentes, problemática y situación actual. *Andes Antropología e Historia*, 13, 305-320.
- Zubrzycki, B., Maffia, M., y Pastorino, L. (2003). La propiedad de la tierra y el agua en el noroeste argentino. El caso de los campos comuneros en el valle de Hualfín. *Estudios Atacameños* 25, 103-116.
- Zubrzycki, B. (2007). *Campos comuneros en el distrito La Ciénaga (Belén, Catamarca)* [Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de La Plata].

